

SAN FRANCISCO

DE ASÍS
(SIGLO XIII)

POR

Emilia Pardo Bazan.

TOMO I.

~~~~~  
CON LICENCIA ECLESIASTICA.  
~~~~~

MADRID.

LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,

Paz, 6.

—
1882.



MURIEL, #4

E. MAURICEY, L. 1890

~~~~~  
ES PROPIEDAD.  
~~~~~



IMPRESA DE A. GÓMEZ FUENTENEBO,
Bordadores . 10.

A LA MEMORIA
DE PIO IX

La Autora.

NOS EL DR. D. JULIAN DE PANDO Y LÓPEZ,

PRESBITERO , CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL. ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA , VISITADOR Y VICARIO JUEZ ECLESIASTICO DE ESTA MUY HEROICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO , ETC.

*Por el presente y por lo que á Nos toca , concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **San Francisco de Asis** (siglo XIII) , escrita por Doña Emilia Pardo Bazán , y recomendada por los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Lugo , Córdoba y Mondoñedo , como por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago ; mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, segun la censure , cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.*

Madrid 10 de Junio de 1882.—Doc-
TOR PANDO.—Por mandado de S. E. I.,
LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ.

AL QUE LEYERE.

Hará poco más de dos años comencé la obra que hoy termino , y la interrumpieron varios contratiempos, quebrantos en mi salud , viajes y trabajos literarios de índole muy diversa : de suerte, que apenas representan estas páginas ocho meses de asidua labor. Dígolo , nó por encarecer su mérito , sino al contrario , por que me sean perdonadas las faltas , omisiones y errores que en ellas se hayan deslizado , á pesar del esmero con que procuré evitarlos. Alegaré también como circunstancia atenuante el no haber podido recorrer en piadosa peregrinación los lugares donde vivió y murió san Francisco de Asís , ni sepultarme en los archivos desempolvando rancias crónicas é inéditos documentos. Antes de escribir la historia de Isabel de Turingia , Montalembert , artista y creyente, realizó lo que tengo por indispensable para trazar una biografía con calor y animación: siguió las huellas de su amada Santa , respiró la atmósfera que ella había respirado , contempló su estatua esculpida por el imaginero de la Edad media , y leyó los manuscritos de letra gótica que narraban sus hechos. Empresas semejantes son difíciles á mi

sexo , y en nuestro país todo autor halla graves obstáculos al intentar procurarse libros antiguos, donde conserven aroma y frescura la tradicion y la leyenda. A quien solicita beber en las primitivas fuentes , más sirven de embarazo que de ayuda los trabajos modernos que , á falta de ellas, es forzoso consultar.

El objeto y fin que me propuse en la presente obra , lo declararé por medio de un símil. Cuando considero la historia del mundo desde el advenimiento de Jesucristo , paréceme ver un edificio grande y sobre toda ponderacion hermoso , á manera de altísima catedral , y que son sus columnas apóstoles , mártires , confesores y doctores. Trece centurias lo han erigido , y un ejército numeroso se empeña en demolerlo , mientras otro pugna por sustentarlo. Prendada de la belleza y majestad del secular edificio , quise tambien ayudar á su reparacion : mas no poseyendo mármoles ni granito, sólo pude contribuir con una arena.

Emilia Pardo Bazán.

Granja de Meirás.—6 de Setiembre de 1881.

CARTA
DEL
ILMO. SR. OBISPO DE LUGO.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Muy señora mía y respetable amiga: Un gozo grandísimo he tenido en saber que se halla ya V. en disposición de continuar y concluir pronto la obra en que se ocupa hace tiempo, titulada SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII. Ella, como todas las que han salido de la singular pluma de V., me proporcionará ratos de gusto y admiración, si es que me permiten su lectura los padecimientos que desde mi entrada en los ochenta años de edad crecen sin intermisión. El Señor quiera conservar la salud de V. para completar este servicio que está haciendo á la religión, á la literatura y al honor de su débil sexo.

Así se lo ruega muy encarecidamente á Dios este su pobre viejo é inútil amigo de V., que la envía su bendición de lo más íntimo de su alma,

JOSÉ, OBISPO IND.^o DE LUGO.

Lugo 17 de Junio de 1881.

Tomo I

CARTA

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE CÓRDOBA.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Acabo de leer los capítulos del precioso libro que, con el título de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, piensa V. dar á la estampa, y que ha tenido la bondad de remitirme.

Si es idea feliz y laudable la de publicar las glorias y merecimientos del Patriarca seráfico, es también idea sobremanera oportuna y esencialmente cristiana en la hora presente. Cuando las pasiones revolucionarias, y sus representantes ó mandatarios los poderes del siglo, emplean su actividad y sus fuerzas en perseguir y maltratar á los hijos legítimos de esos grandes genios del Catolicismo, que con sus virtudes verdaderamente heroicas y con sus admirables instituciones contribuyeron á la civilización y al bienestar de los hombres y los pueblos de una manera más práctica, más eficaz y más fecunda que los que el mundo llama héroes ilustres y grandes conquistadores; cuando esas pasiones y esos poderes, después de haber arrancado del corazón del pueblo la imagen moral del Crucificado, profanan su imagen material, y la pisotean, y la rompen, y la arrojan de

las escuelas; cuando esas pasiones y esos poderes se rebelan contra Dios y contra su Cristo, y contra su Iglesia santa, y poseídos de furor satánico derriban, incendian y matan cuanto lleva en sí la señal divina y, sobre todo, la señal de la vida religiosa, ciertamente que es idea feliz y es, ante todo y sobre todo, una obra verdaderamente cristiana y hermosa hacer que buenos y malos, creyentes y no creyentes, fijen su atención en el alado Serafín del siglo XIII, y con ocasión del mismo, en las heroicas virtudes, en las civilizadoras empresas, en los admirables trabajos de todo género llevados á cabo en el gran siglo de las Ordenes religiosas.

Para conseguir este objeto, el punto de vista por V. elegido nada deja que desear, porque no es posible considerar á san Francisco de Asís, ni narrar su vida y sus empresas sin tropezar á cada paso con las demas Ordenes monásticas de aquel siglo, y especialmente con la que pudiéramos llamar hermana gemela de la de san Francisco, la Orden fundada por nuestro compatriota santo Domingo de Guzman, á la que me glorío de pertenecer.

Por cierto que las páginas en que V. expone con tanta delicadeza y suave colorido la amistad estrecha que unió en todo tiempo á las dos religiones, union fraternal que arrancando del tierno abrazo de los dos santos Patriarcas, fué confirmada y como sancionada por dulcísima amistad entre san Buenaventura y santo Tomás, representan y constituyen una de las muchas bellezas

que avaloran su libro. Según V. nota oportunamente, la sangre de los mártires franciscanos y dominicos corrió mezclada en más de una ocasión como testimonio elocuente de la unión íntima de sus corazones, de la perfecta conformidad de sus aspiraciones, del apoyo mutuo que se prestaban en la conquista espiritual de las almas en Jesucristo y por Jesucristo.

No entra en mi propósito exponer, ni indicar siquiera, las muchas bellezas que atesora su libro, ahora se considere la exactitud de los hechos, ahora la sencillez elegante de la narración, ahora lo atinado y profundo de las reflexiones, ahora, especialmente, el suave perfume de piedad cristiana y la ortodoxia pura, que tan bien sientan en libro escrito por una mujer en la patria de santa Teresa y de Fernán Caballero. Mi objeto al escribir estas líneas es sólo felicitar á V. y felicitar á las letras españolas por la publicación de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, libro que á otras muchas reúne la cualidad inapreciable de ser una apología del cristianismo católico en el terreno de la moral, de la ciencia y del arte.

No ignora V. ciertamente que el mejor testimonio de gratitud que los cristianos podemos y debemos ofrecer al Padre de las luces por los dones recibidos, es emplear éstos para gloria de Dios y edificación de las almas. Por eso yo abrigo la confianza de que seguirá V. poniendo al servicio de la verdad y de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo su privilegiado talento; y en esta confianza

bendice á V., á su libro y á sus obras este su afectísimo S. S. y C., que le desea constancia en el bien y las bendiciones del cielo.

Córdoba 22 de Junio de 1881.

† FR. CEFERINO, OBISPO DE CORDOBA.

CARTA

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE MONDOÑEDO.

Muy ilustre Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Al tener noticia de que habíais determinado dedicar vuestro esclarecido talento y elegante pluma á escribir una obra referente á los admirables hechos del gran Patriarca san Francisco de Asís, y á los de la época ó siglo en que floreció tan insigne fundador, me he regocijado grandemente y he creído oportuno alentaros (como vuestro antiguo director espiritual) en la realización de tan elevado y plausible pensamiento. Yo no dudo que atendidas vuestras convicciones religiosas y vuestra ferviente adhesión á las disposiciones eclesiásticas, someteréis dicha obra á la censura de la Iglesia, y mereciendo tan respetable aprobación, como confío, será leída con avidéz hasta por numerosas perso-

nas que acaso nunca habrán fijado su mente en la prodigiosa vida y hechos de tan edificante Santo, produciendo así la lectura nuevas impresiones altamente piadosas y salutíferas, además de prestar con ella un señalado servicio á la ínclita Orden seráfica (de la que es V. también hija). Aunque ya escribieron acerca de la notable vida mencionada el melífluo san Buenaventura y otros padres muy eruditos, pueden muy bien ocuparse sobre un héroe distintos escritores, ensalzándole cada uno cuanto es posible, presentándole bajo aspectos ó circunstancias diferentes, y ofreciendo variadas y amenas reflexiones religiosas y sociales.

Aplaudo, pues, vuestro excelente propósito; y deseo vivamente os conceda Dios salud, lucés y fuerzas para llevarle á feliz término. Así lo pide este vuestro afectísimo, que os bendice cordialmente,

JOSÉ MANUEL, OB.

Mondoñedo 17 de Julio de 1881.

CARTA

DEL EMMO. SEÑOR

CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Muy señora mía y estimada diocesana, de mi más distinguida consideración: Tiempo há que deseo expresar á V. mi satisfacción por observar en todas sus variadas producciones literarias, de incontestable mérito, la más pura y exquisita ortodoxia; pero mis múltiples y tirantes ocupaciones pastorales no me lo han permitido hasta hoy. Ultimamente ha subido de punto mi satisfacción y alegría al fijar mi atención en lo mucho que tiene ya trabajado escribiendo la vida del seráfico san Francisco de Asís, con un sabor místico literario, que indudablemente endulzará el corazón y el espíritu de los verdaderos amantes de las cristianas letras, que atentamente la leyerén.

Así que, despues de felicitarla por el buen empleo de su talento, y dar gracias al Señor que se lo ha prodigado tan generosamente, espero no llevará á mal que la estímulé á proseguir en tan útil y laudable empresa, sin abandonarla hasta su feliz terminación.

Y con este motivo, me es muy grato confirmar á V. mis anteriores ofrecimientos y repetirme su atento S. S. y Prelado, que paternalmente la bendice,

EL CARDENÁL PAYÁ, ARZOBISPO DE COMPOSTELA.

Santiago 28 de Setiembre de 1881.



INTRODUCCION.

A PENAS hay historiador que no se extienda en referir la corrupcion de costumbres que precedió á la caida del imperio romano: Tácito, Suetonio, la musa indignada de Juvenal, abrieron camino á los modernos escritores para que por los excesos de Roma explicasen su decadencia. Pocos toman en cuenta otro elemento disolvente: el escepticismo romano. Escéptica era la señora del orbe: á la sonrisa de los augures se asociaba el Senado recibiendo en el Panteón los dioses de las comarcas vencidas, los monstruosos númenes de Cartago, las simbólicas divinidades del Egipto. Quizá en su origen, cuando la componían proscriptos y aventureros, creyó en sus tutelares la república romana: seguramente no creía ya, cuando ante aquel Senado indiferente Julio César pone en tela de juicio la inmortalidad del alma, cuando el más elegante de los poetas latinos comenta en verso á Epicuro. Faltó al pueblo rey, en los últimos siglos de su soberanía, el nervio del alma, la fe.

Sin embargo, por singular contradicción, Roma se manifestó intolerante, inexorable con una sola creencia. Ciertamente que no la profesaba ninguna gran nación aliada: eran las doctrinas de un hebreo oscuro, colgado de un patíbulo por sus mismos compatriotas con anuencia del pretor romano. Los discípulos del novador nazareno, apartándose del teatro del cruento suplicio, se diseminan por los países gentiles, anuncian las promesas y enseñanzas de su maestro, y esparcen por todo el orbe la *buena nueva*, ó el evangelio de ellas; pero fuerza es confesarlo: si hallan donde quiera oídos y ánimos dispuestos á acogerlas, dan también con tormentos y muerte; y en Roma, allí donde cabían todos los dioses, el Dios de los cristianos carece de asilo, y há menester ocultarse en las entrañas de la tierra. Reos de Estado, acusados, á despecho de su fidelidad al César, de revolucionarios peligrosos, sufren los moradores de las Catacumbas la más terrible persecución: la ejercida por un pueblo que ahoga el secreto remordimiento de su indiferentismo en sangre humana. En la moderna acepción del vocablo, no eran revolucionarios los adeptos de Cristo: pero no erraba Roma al tenerlos por algo especial y distinto de lo existente: sus asambleas subterráneas contenían el germen de otra sociedad: cuando los espectadores del Coliseo miraban tendidos sobre la arena los despedazados cuer-

pos de los primeros martires, quizá presintieron confusamente lo que en dulces estrofas había cantado el príncipe de la poesía latina: que, próxima á bajar del cielo una progenie nueva, esto es, Jesucristo, había de marcar una nueva era, redintegrar el grande y primer período de los siglos y abrir camino á un nuevo reinado de la Edad de oro. La eflorescencia cabal de este reinado áureo, ó de la soberanía de Cristo sobre el orbe romano, fué sin disputa alguna la Edad media.

Para lograr su advenimiento, no bastaron los humildes que ofrecían en holocausto la vida: necesitáronse los destructores que arruinasen el vetusto y ya cuarteado edificio del mundo romano. Y merece notarse como el Imperio, que se cebaba en los mansos hijos del Crucificado, acogió sin desconfianza á los fieros hombres del Norte. En rigor, no invadieron los bárbaros á Roma: Roma se les entregó, y ellos se posesionaron suavemente, ya del campo yermo que la escasa población latina no alcanzaba á cultivar; ya de las mermaidas legiones que pedían soldados vigorosos; ya, por último, de los altos puestos que les cedía la pereza de degenerados patricios. Agricultura, ejército, generalato, consulado, todo cayó en manos del bárbaro, auxiliar del Imperio. Pero todavía no alcanza esta paulatina infusión de elementos bárbaros á transformar á Roma, á concluir con el pasado, y es fuer-

za que concluya: escrita está su sentencia; á la invasion pacífica suceden violentas irrupciones: los bárbaros se precipitan en masa hácia la tierra deleitable en que madura el dulce racimo, en que la mies alfombra las llanuras con áureo tapiz, en que palacios de mármol contienen vasijas de plata.

No los impulsa únicamente la codicia, ni el ánsia de trocar por más benignas regiones la inclemencia de su cielo, el horror de sus erizadas selvas: sienten que los impele al Mediodía fuerza providencial.—Alguien me empuja—dice Alarico al marchar sobre Roma: Atila se llama á sí propio martillo del universo, azote de Dios; la tribu más devastadora, los vándalos, se declara instrumento de la voluntad divina. Hasta la hechura de sus armas indica el oficio que á desempeñar vienen: en vez de la aguda y corta espada romana, que sólo sirve para el combate, los bárbaros empuñan su frámea contundente, su hacha doble que así abate al enemigo como hiende trabes y derriba puertas. Entran por Italia arrollándolo todo, haciendo riza y estrago: no respetan las magnificencias del arte, el primor de los monumentos, las amenas quintas, los ricos muebles: destruyen como niños, sin reparo ni previsión; cabe el roto lecho de marfil y púrpura, duermen envueltos en ásperas pieles; quiebran el vaso murrino, y beben en el hueco de la mano. En compensación de

tantos destrozos , los selváticos conquistadores traen á Roma lo que más necesita. Próspero y victorioso se alzaba aún el Imperio de Nerva y de Trajano, cuando ya un eximio historiador latino , Cornelio Tácito, reprendiendo indirectamente la desenfrenada licencia de las costumbres y la enervación de las almas, describió á los bárbaros , á los germanos de azules ojos y blonda cabellera, encomiando su castidad conyugal , su lealtad en los contratos , su respeto á la mujer, sus toscas , pero varoniles costumbres. Raza belicosa y sobria , ansiaban los germanos perecer batallando : tenían las madres por afrentosa para sus hijos la muerte natural ; á los cobardes se imponía castigo simbólico , ahogándolos en fango ; consecuencia de tan recia disciplina, eran ciertas prácticas feroces ; apenas se tenía por delito el homicidio ; bañaba sus altares de piedra sangre humana ; el cráneo del enemigo hacía de copa en el festín. No importa : á despecho de su braveza , la indómita horda estaba á punto para recibir la amorosa ley de los perseguidos : el Cristianismo. Creían ya los germanos en la inmortalidad del alma , mal afirmada por César y Cicerón, negada por Lucrecio , concebida por Virgilio como ensueño palingenésico ; y no consideraban la vida futura descenso al vano reino de las sombras, sino entrada real en el Valhalla glorioso , donde premian eternos goces los mereci-

mientos del héroe. De las páginas en que Tácito pinta á las mujeres bárbaras , que reciben un solo esposo , así como tienen un solo cuerpo y vida , parece que se ve surgir la austera y honesta figura de la vírgen y de la esposa cristiana. La energía , gravedad y pureza de los bárbaros los señala y diputa para el apostolado , el sacerdocio y el martirio. Incapaces de comprender el refinamiento de la podrida civilización que á su paso se desmorona y cae , al momento entienden la majestad y hermosura de la joven Iglesia. Genserico y Atila retroceden , poseidos de respeto , ante el papa León ; y cuando sus lugartenientes se maravillan de la conducta del uno , Atila exclama que escudando al Pontífice ha visto aparición terrible , de resplandecientes cabellos. Llegaba la invasora tribu á las puertas de alguna indefensa ciudad , y veíase salir de ella un viejo con hábitos sacerdotales , un obispo cargado de años , ofreciéndose por sus ovejas á conjurar la furia de las hordas exterminadoras : no pocas veces lo conseguía , y por su mediación se libraba la ciudad del degüello y del incendio. Así se impuso el Cristianismo á la fantasía y corazón de los bárbaros ; y si fué memorable jornada aquélla en que Constantino vió en los cielos el lábaro que guía á la victoria , más solemne es la hora en que san Remigio derrama agua bautismal por la cabeza del sicambro Clodoveo. Roma , decrepita y mo-

ribunda, abrazó la causa de la cruz; los bárbaros la adoptaban jóvenes y pujantes.

Unidos el mundo romano y el bárbaro, bajo leyes nuevas para entrambos, comenzó la época de transición que dura hasta el siglo VIII, y prepara la Edad media. Anticipándose á Carlomagno, meditó ya Teodorico el Imperio de Occidente; Carlomagno lo realiza. Extirpadora del Arrianismo, portadora del Catolicismo á Sajonia, la raza franca produjo, no sólo al Cárlos, cuyo martillo, machacando á los sarracenos en Poitiers, inicia los triunfos de Occidente sobre Oriente, sino al otro Cárlos, al jefe de la cristiandad, personaje de desmesurado grandor, pórtico enorme de la Edad media, que resucita la idea de unidad imperial, reúne bajo su cetro á francos y germanos, y es coronado y llamado *Augusto* por el Papa. Engrandecido por el mismo poder eclesiástico en que fundó su trono el merovingio Clodoveo, fué Carlomagno columna y antemural de la Iglesia. Escritores recientes, empeñados en amenguar la gloria del legendario Emperador, buscan causas segundas á que atribuir el renacimiento que á él sólo se debe: como si en el siglo VIII cupiese impulsar letras, ciencias y artes, sin contar con la Iglesia, su única depositaria. Iglesia y civilización eran una misma cosa; los sabios insignes que Carlomagno descubrió en diversas regiones, España, Italia, Anglo-Sajonia, para rodearse

de ellos, llevaban en sus cabezas la marca eclesiástica, la tonsura. Del fondo de los monasterios salieron á la voz de Carlomagno los despojos del naufragio de la sabiduría antigua, recogidos y custodiados allí por manos piadosas. Mas el gran adelanto propio del reinado de Carlomagno, y que lo distingue de todos los anteriores, es que el bárbaro se arraiga, se hace estable, se adhiere definitivamente á la tierra subyugada por sus armas. Hasta entonces, inquieto, movable, empujado por la incógnita fuerza de que hablaba Alarico, no halla reposo; con la misma periodicidad que crecen los rios, descienden los bárbaros á inundar á Europa; no fundan, no se paran á disfrutar lo conquistado; llegan, arrasan y se vuelven. Pero así que sobre las ruinas de la época romana comienza á alzarse otra distinta, la voz que ordenó al bárbaro andar y andar, le manda detenerse; y si ántes su fuerte brazo era ariete, ahora sus hombros robustos serán base y cimiento de la nueva sociedad. Cuando ve fijarse á las aventureras tribus, concibe Carlomagno la unidad administrativa, legislativa, religiosa, anhelada por Teodorico en épocas ménos propicias. ¿Qué importa ya que al bajar al sepulcro su fundador se disuelva el imperio carlovingio? Logróse el objeto principal; está organizada la Edad media.

Es la Edad media como borrosa y denegrida pintura, encubierta además por capas de

denso polvo. Si queremos distinguir el asunto y que se destaquen del fondo sombrío figuras ideales y místicas con auréola dorada, es fuerza que limpiemos antes el lienzo. Adviértese al primer golpe de vista el bello conjunto de la estatua griega: mas para apreciar la hermosura del arte medioeval es fuerza que corrijan entendimiento y corazón el juicio de los sentidos. Así en cuanto á la Edad media pertenece. Acertadamente observa Görres que si estudiamos tan poético período, nó con odio, sino con fe y amor, rómpese la puerta de bronce que de él nos aísla, y á la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos, volvemos á ver lo que produjeron los tiempos pasados. Hoy se practica el precepto de Görres. Anticipóse la imaginación á comprender la Edad media, y sobrevino el período romántico: la inteligencia siguió sus huellas, y Francia, Italia y Alemania compitieron en producir eruditos, que con pacientes investigaciones y crítica sagaz redimiesen á los siglos medios de la nota de barbarie. Si todavía no faltan autores que, arrastrados por ciega parcialidad, califiquen la Edad media de época de tinieblas, de feto monstruoso, los doctos y reflexivos, exentos de las vulgares y mezquinas preocupaciones del *buen sentido* y del siglo XVIII, columbran al través de esas tinieblas luz clarísima, y distinguen la ventaja que lleva la sociedad bárbara al estado romano.

Señal característica de la Edad media es ofrecer al pronto , en todos sus aspectos , confusa diversidad. Definido y concreto , el arte helénico halla inmediatamente límite , mientras el medioeval , aspirando á expresar lo infinito , no cesa de excederse á sí propio y á la naturaleza en sus atrevidos arranques ; y á vueltas de lo pueril y grotesco , suele acertar con lo sublime. De igual defecto de armonía adolecen las instituciones políticas que la Edad media produce : fáltales la uniformidad romana , la fijeza de las sociedades egipcias y orientales , rígidas y cristalizadas luengos siglos en una forma de gobierno ; en la Edad media no hay forma que domine , y conviven todas : monarquía absoluta y mixta , república aristocrática , feudalismo ya despótico , ya patriarcal , demagogías municipales , amén de dos imperios casi siempre en lucha , el sacerdotal y el cesáreo. Por tales indicios , nunca pudo el mundo social creerse más desviado de su centro de equilibrio , la unidad. Engañosa apariencia. Hay en la Edad media un elemento de unidad suprema : elemento no material y externo , sino interno , profundo : la idea de Cristo , que á manera de aura vivificante y sutil penetra por todas partes , inspira leyes , costumbres , artes , ciencias ; columna de fuego que guía á los pueblos errantes en el desierto de Europa , y les mueve á construir y crear , en vez de sentarse afligidos sobre las

ruínas que los cercan. No hay palanca más poderosa que una creencia para mover las multitudes humanas; no hay tampoco lazo más fuerte para unirlos: nó en vano se dice que la religión liga y aprieta á los hombres: otro tanto puede afirmarse de las razas y pueblos. Síntesis de la Edad media, la idea religiosa resuelve toda antinomia. Lucharán entre sí poderes, naciones, ciudades, monarcas: que los llame en su auxilio el Cristianismo, y veremos como se levantan unánimes.

Cuanto elaboró la creadora actividad de la Edad media, lleva, pues, sello cristiano, filosofía, poesía, pintura, arquitectura, ciencia, instituciones, derecho consuetudinario y escrito. Pero considerémos que si el Cristianismo imprimió dirección á la Edad media, no la formó exclusivamente; fuerzas extracristianas concurren á producirla; y, en consecuencia, no hemos de santificar sin restricción lo que de ella procede. Ni el elemento bárbaro ni el paganismo sucumbieron al ser bautizados Clodoveo y Constantino; dotados de vida tenaz, retoñando donde ménos se piensa, explican la complejidad de la historia en la Edad media, los contrastes que suelen maravillar al que la estudia. Si al lado de elevadas nociones morales reinan otras que sublevar la conciencia, distingamos, inquiramos el origen de ambos fenómenos, y su explicación será lógica.

No obstante, demos también á la barbarie

lo que le corresponde. A no ser por ella, Europa decadente se estancaría, como el agua de fétida laguna; las palabras concordarán mal, pero los hechos obligan á decir: gloria á la barbarie que ayudó á civilizarnos.

Dos cosas son fruto indudable de las costumbres bárbaras: el feudalismo y la servidumbre. Al imperio carlovingio sucede la anarquía feudal: comparémosla con la sociedad antigua. Se funda la organización de las repúblicas griegas y romanas en el predominio de la ciudad sobre el hombre: el Estado absorbe al individuo, la población urbana anula la agrícola, y Roma, sacando las últimas consecuencias del sistema, erige su ciudadanía en fuente única de derecho. Si alguno podían reclamar las demás ciudades, de ella lo recibían, como toman los planetas su luz del sol; desigualdad colosal, gigantesco privilegio, atestiguado por las célebres palabras de S. Pablo al sentir el afrentoso azote en sus espaldas. Sólo el ciudadano romano es hombre; los demás son vencidos, esclavos; los legisladores al escribir no contaron con ellos; preciso es que vengan los juristas feudales para declarar que en su origen todo hombre es franco y libre por naturaleza. Combatiendo la centralización romana el feudalismo dividió incesantemente: y un régimen tenido por tan opresivo é injusto fué el que hizo persona jurídica al campesino, al labrador, y lo alzó

del polvo de la tierra á la libertad y á la vida. Quiénes eran los labradores ántes del feudalismo? Reliquias de naciones sojuzgadas, á las cuales el vencedor concedía que, en vez de ser pasadas á cuchillo, le sirviesen de bestias de carga y labor. Y esto se tuvo por cosa tan corriente, que ni á Aristóteles, ni á Platón ni á Séneca, ocurre la idea extravagante de que el esclavo goce de otros fueros que el buey, en compañía del cual suelen uncirle para abrir el surco. Ay de los vencidos! Verdad que en ocasiones el ilota se alza rabioso, como acosada fiera; pero no invoca derecho alguno, pues sabe que no es capaz de él: sólo aspira á vengarse y exterminar. Para sacudir el yugo tiene un medio no más: dar vuelta á la rueda de la fortuna, acabar con los dominadores, hacerlos esclavos á su vez. Superioridad inmensa del feudalismo: no admite esclavitud: se funda en el contrato. El siervo reconoce á su señor y le rinde homenaje; mas la obligación es recíproca; el señor debe protección á su siervo; no divide insuperable valla al dueño de la tierra y al que la cultiva: ántes los une estrecho vínculo, comunidad de intereses. El villano puede redimirse, ascender á otras esferas sociales; la condición del esclavo antiguo era inmutable, la del villano mejora á cada paso: del siglo IX al XI se modifica notablemente; ya el siervo no está atado al terruño en que nació: se convierte en mesnadero; la

guerra le ennoblece, y desde vasallo, sufre á hermano de armas del señor, que á su vez reconoce el deber de vasallaje, acatando al monarca. Camina así el individualismo feudal á resolverse en unidad, y asociando á los magnates al consejo regio, preludia el parlamentarismo moderno: hecho que ayuda á explicar un fenómeno de la Edad media, muy digno de estudio, á saber: el influjo extraordinario de lo que hoy llamamos opinión pública, del sentido moral en la sociedad: fuerza tan poderosa, que hasta alcanzaba á subyugar á los reyes—como sucedió, por ejemplo, á los sucesores de Ludovico Pio, estigmatizados por el trato inicuo que dieron á su padre.—No pudo el feudalismo, forma en sumo grado transitoria, consolidar debidamente la organización europea; y la Iglesia, contrapesando el gobierno individual y local de los señores con la centralización antigua, robusteció un principio más perfecto, las nacionalidades. Fundadora del derecho de gentes, de la noción de igualdad, la Iglesia pudo tolerar provisionalmente el feudalismo, nunca aceptarlo como forma duradera y justa. Después de suprimir la esclavitud, transige por necesidad con la servidumbre, mas no la consagra. Sin tregua recuerda y avisa al señor que no le pertenece ni la vida ni la honra del siervo. En no pocas cartas de emancipación de siervos, el señor se declara movido del deseo de salvar su alma

y redimir sus pecados. Y en efecto el *clérigo*, limosnero ó capellán, que vive con el señor, que se sienta á su mesa, que entretiene las monótonas veladas leyendo algún interminable poema caballeresco, alguna crónica informe, ese hombre que ejerce sobre el rudo barón doble supremacía de saber y moralidad, de ciencia y conciencia, es hijo y nieto de siervo; pero la religión que profesa le enseñó el dogma de la igualdad humana, la redención, la sangre de Cristo derramada por todos los hombres sin distinción de clases: poco á poco ya se lo irá inculcando al altivo descendiente de los bárbaros.

No fueron los siglos medios edad de oro, épocas patriarcales y venturosas: importa declararlo, evitando el riesgo de embellecer y modernizar la Edad media, y mudar y desfigurar su fisonomía histórica. Léjos de fingir una Edad media al uso de nuestros días, conviene que para entenderla, retrocedamos y aprendamos á vivir en ella; arte difícil y de pocos practicado. Convengamos, pues, en que los castillos señoriales no solían ser nidos de tórtolas, sino de buitres, y que el estado permanente del feudalismo es la violencia y el combate: que el siervo se halla á merced de un arrebató de ira; que la sierva moza y hermosa, si amaneció en su cabaña, no vive segura de no anochecer en la sombría cámara del torreón; que el mercader ó el viajero, al

cruzar las lindes del dominio de algún señor famoso por su rapacidad, se encomienda al cielo, recordando que los que atraviesan aquel formidable territorio se exponen á ser colgados de los pies sobre encendida hoguera, ó torturados hasta que suelten oro para rescatar su sangre; que el náufrago, al arrojarlo las olas á la playa, halla, en vez de socorro, cautiverio y muerte; porque lo que el escollo produce, propiedad es del dueño del escollo. ¿Ni por qué han de sorprendernos tamaños desafueros, sabido el origen del derecho feudal? El señor es el bárbaro victorioso de ayer, que ya no emigra, y forzosamente estacionario, habita la porción de tierra ganada á punta de lanza. Cuando no caza ni guerrea, consúmele el tedio, y solitario por efecto de su mismo poder, lo ejerce de inhumana y desapiadada manera. Ignora las delicadezas y primores exquisitos de la opulenta vida romana: un humeante cuarto de jabalí en la ancha mesa de roble, un mediano monte de leña en la chimenea, la luz caliginosa de las antorchas de resina, son su lujo; por lo demás, suele dormir y vestir con no mayor regalo que el siervo; tiene el cuerpo curtido por su dura existencia, y el entendimiento velado por la ignorancia; rapiñas y crueldades le sirven de pasatiempo, y ayudan á engañar la instintiva nostalgia de sus libres bosques. La fantasía del germano, ayer sobreexcitada por la pers-

pectiva de la emigración, hoy ociosa en la tétrica soledad del castillo, pide alimento; mas no siempre se lo proporcionarán fechorías dignas de bandidos: habrá de hallarlo también en el espíritu caballeresco, y, señaladamente, en las Cruzadas.

Hay quien tiene por ficción poética la caballería, confundiéndola con la literatura que de ella se engendró; pero el aroma de la flor caballeresca embalsama la historia de tres siglos, del XI al XIII. No bien de la continenencia y lealtad bárbaras, unidas al Cristianismo, resulta el culto de la mujer y el sentimiento del honor, la caballería nace. Sus ceremonias son simbólicas y religiosas. El postulante á la órden de caballería se prepara con vigiliás, oraciones y ayunos: después comulga y se viste blanca túnica, emblema de la limpieza de su alma; sobre esta túnica suele ponerse sobrevesta roja, indicio del anhelo de verter su sangre por Cristo. Ármanle caballero en nombre de Dios, de san Miguel, de san Jorge, encomendándole la honradez, la sinceridad, el desprecio de la vida, el respeto de la fe jurada: todo acompañado de preceptos entre galantes y místicos. Para el caballero, la mujer es un ente superior á la humanidad: la fe cristiana la glorificó en María, vestida del sol, coronada de estrellas, hollando con divinos piés la luna: ya el bárbaro en sus remotos bosques había visto en las profetisas y vírge-

nes de la tribu algo misterioso y sacrosanto. No obtuvo la matrona romana ser apreciada, sino como medio de acrecentar la república; hija de aquellas sabinas que sus esposos robaron cual robarían un saco de trigo si tuviesen hambre, no llegó nunca á conseguir entero respeto. Sus títulos de gloria son sus hijos: como la heredad, vale tanto cuanto produce: nada es por sí misma; si adquiere personalidad, es la ambiciosa Fulvia, la depravada Mesalina del poeta. En cambio la Edad media coloca á la mujer sobre el pedestal del amor desinteresado, que profesa, nó como vana fórmula, sino en la vida práctica: así es que en épocas de fuerza y violencia, son confiadas á flacas manos femeniles las riendas del Estado, el cetro de la justicia; se otorgan á la mujer los derechos de heredar, de administrar sus bienes, de poseer condados y feudos, de armar á sus vasallos, de juzgar los pleitos y diferencias; con la minoría del hijo empieza la regencia de la madre; las Berenguelas y Blancas de Castilla gobiernan como esforzados varones: la dama es al par sagrada y poderosa; la musa erótica se contiene y eleva, por no profanarla. Aun en la propia inmoralidad de las *cortes de amor*, se nota cierto espiritualismo harto diverso de la franca y brutal corrupción romana. No hemos menester llegar hasta Petrarca para comprobar la existencia del depurado concepto sentimental y platónico que

animó á la caballería; Petrarca pertenece ya al Renacimiento; basta que consideremos al cantor extraordinario que cierra la Edad media; poeta de carne y de sangre, positivo y realista hasta rayar en grosero, legista, filósofo, teólogo; verémos no obstante como recoge en su seno la rosa del amor ideal que tan presto va á marchitarse, y se declara rendido cautivo de una niña, que por vez primera divisó á los nueve años de edad, de quien siempre vivió apartado, pero á cuya vista sentía agitar sus miembros fuerte temblor, y cundir por sus potencias una llama de caridad, que le movía á perdonar á sus enemigos. Cuando el cielo reclama para sí á la hermosa Beatriz Portinari, su recuerdo alumbró el entendimiento de Dante, que por mirarla otra vez cruza los círculos temerosos del Infierno, se baña en las aguas regeneradoras del Purgatorio, y asciende á las esferas de luz del Paraíso. No es ficción poética la mujer bienaventurada: la poesía caballeresca se inspira en la verdad; Beatriz existió y pisó las calles de Florencia antes de ser coronada por los ángeles en las estrofas del poema sacro; la imaginación de los trovadores no creó ritos, ideas, actos caballerescos: limitóse á rimar ó á dar contextura novelesca á la epopeya de la Edad media, la caballería, en sus tres formas: guerra, amor y religión. Ciertó que el esplendor, la edad heroica de la caballería,

fué breve: no obstante, todavía en el Renacimiento exhala su último canto por boca del cisne sorrentino, sus funerales son una lágrima de Torcuato Tasso, una sonrisa de nuestro *manco* inmortal.

A duras penas dispensó Roma á la mujer justicia: la Edad media le concedió la gracia. Al par que el amor caballeresco la exaltaba, la Iglesia la ponía en los altares, ornando su frente con el nimbo de la santidad. En el crepúsculo de la Edad media asoma, como lucero matutino, la celeste figura de la santa mujer; todavía no han comenzado á disiparse las sombras de la barbarie, cuando aparece Clotilde. Reinando Clodoveo sobre los francos, había una princesa de hermosura grande, de claro entendimiento, de firmes convicciones católicas: era sobrina del arriano Gundebaldo, rey de los burgundos. Llevó el galo Aureliano á la doncella el anillo nupcial, de parte de Clodoveo; y á despecho de su repugnancia á desposarse con un pagano, Clotilde lo aceptó, movida de la esperanza de convertir á su esposo. Consiguió desde luego enamorarlo, y nació de su matrimonio un niño que su madre hizo bautizar. Habiendo enfermado y muerto la criatura, dijo Clodoveo con impaciencia: — «no muriera el niño, si estuviese consagrado al Dios de mis padres.» — A pesar de lo cual, al dar á luz Clotilde su segundo hijo, bautizólo también, y cuando

enfermó á su vez, como el primogénito, Clodoveo auguró que moriría, puesto que había recibido el bautismo. Pidió Clotilde á su Dios con lágrimas y oraciones la preciosa vida del infante, y fuéle concedida; y á poco, hallándose Clodoveo empeñado en sangrienta batalla cerca de Colonia, Aureliano le dijo:—«Invoca, señor, al Dios de Clotilde, que te dará la victoria.»—Alzando las manos al cielo, Clodoveo exclamó:—«Jesús, tú á quien Clotilde me anunció como hijo de Dios vivo, tú que, segun ella afirma, proteges á los desdichados, escúchame, porque te imploro: quiero creer en tí; concédeme la victoria, para que tenga fe y reciba el bautismo!»—Inmediato fué el efecto de la plegaria: la vista de su jefe invocando al verdadero Dios encendió en ardimiento á los galos católicos; el enemigo quedó ignominiosamente derrotado, y Clodoveo recibió el bautismo con tres mil guerreros de su ejército. Esta es la leyenda de santa Clotilde, doméstica y sencilla, que se reduce al influjo ejercido en la familia por una mujer piadosa; y sin embargo representa la formación de una gran nacionalidad, una era nueva para los francos y para Europa. Clotilde sirve de precursor á Carlomagno; si éste constituye la Edad media, la Santa merovingia la anuncia.

No hubiera sido muy importante el papel de la caballería, siempre que se redujese á

abstractas contemplaciones de metafísica amorosa , ó á mero ritual de honor : pero tuvo su período de acción , las Cruzadas. El gran movimiento que desplomó al Occidente sobre el Oriente, comienza á fines del siglo XI y llena el XII y el XIII : la época caballeresca. Su valor histórico no pende tanto de su magnitud y duración , cuanto de que revela la unidad infundida por la Iglesia al disorde mundo feudal : las Cruzadas son el primer acontecimiento europeo : el continente percibe su propia identidad mediante el sentimiento que le impulsa y precipita en dirección de Asia; él fué eslabón que enlazó á pueblos tan diversos en lengua , carácter y costumbres. Y no solamente Europa , sino cada una de las naciones que la constituyen , entiende y afirma su unidad moral en tan graves y decisivas circunstancias. La expedición á Troya en busca de la hermosura física , personificada en Helena, formó — á despecho de sus lances desastrosos , — las griegas nacionalidades : los cruzados , atravesando los arenales de Palestina por rescatar el Santo Sepulcro , consiguieron otro tanto para Europa. Y por que no falte á las Cruzadas ningún signo de los que acompañan á los acontecimientos capitales en la Historia, no nacieron en la cámara del consejo de los reyes , ni en la imaginación caballeresca y sedienta de aventuras de los nobles , sino en el pueblo , de las predicaciones de un hombreci-

llo miserable ; ni las determinaron profundas combinaciones políticas , sino el culto de las reliquias , nacido con los primeros cristianos : siendo la tumba de Cristo reliquia venerable entre todas, indignaba á la multitud verla en manos sarracenas: esta consideración era principal recurso de la tosca oratoria del tribuno católico , Pedro el Ermitaño.

Largo tiempo hacía que la cristiandad pusiera los ojos en Jerusalén. San Jerónimo y sus doctas amigas Paula y Eustaquia , san Gregorio , la emperatriz Eudoxia , el emperador Heraclio , moraron por devoción en aquellos lugares , escenario de la sacra tragedia del Gólgota ; mas hasta el siglo VI , podían los cristianos fácilmente visitarlos y habitar en Palestina ; Siria y Judea , pobladas y fértiles, profesaban la fe de Cristo ; y el que solicitaba conocer á Belén y á Sión , no corría peligro alguno en el viaje. A fines del siglo VI , cuando comienza á dominar en Europa el Cristianismo , nace en la Meca un niño, que pasa su solitaria juventud en el desierto , guiando camellos , y á los cuarenta años se presenta y da por profeta del Dios único , fundando la religión del Islam , ley de conquista , que prescribe á sus adeptos la imposición de la fe por medio del alfange. Gran parte de Asia, Africa entera, fueron invadidas por las huestes de los creyentes de Mahoma ; sus triunfadoras armas amenazaron á Constantinopla , penetraron en

la península ibérica, y sólo las contuvo, cuando ya osaban atacar las provincias meridionales de Galia, el brazo semibárbaro de Cárlos, el del martillo de hierro. Mahoma, que no despreciaba la Biblia y se servía de las tradiciones hebreas, inspiró á sus secuaces veneración profunda hacia Jerusalén, que aprendieron á reverenciar por tierra prometida; y dócil á esta creencia, apresuróse Omar á emprender el asedio de la sagrada ciudad, y el patriarca Sofronio espiró de pena viendo á los infieles que profanaban con su presencia los lugares benditos. Amargo y mortal dolor que se comunicó á la cristiandad toda. Desde que los mahometanos son dueños de Jerusalén, las caravanas de peregrinos aumentan; mas no van rebosando alegría, no entonan himnos de gracias: caminan agobiados de tristeza, exhalandos, como Jeremías, hondos gemidos al ver hollada y esclava la ciudad de Dios. Persuadidos de que el cautiverio de Jerusalén es castigo impuesto á las culpas de los cristianos, acuden á ella penitentes, á expiar, á sufrir, palmeros hay que cumplen el viaje descalzos, aherrojados, cabeza y hombros sembrados de ceniza; otros, al regresar á su país, renuncian al mundo encerrándose en algun monasterio. Un pobre cristiano, Leutaldo, llegado al monte Olivete, se consumió á puros ayunos y penitencias, hasta acabar con la vida.— « ¡ Gloria á Dios! » —gritó al exhalar el últi-

mo suspiro. Al tiempo que el nombre de Jerusalén estremecía todos los corazones, y el ansia de libertar el Sepulcro de Cristo devoraba á todos, Pedro el Ermitaño, varón exaltado y vehemente, corrió á los Santos Lugares, y después de unir sus lágrimas á las del patriarca Simeón, volvióse á Italia y fué arrebatando con su zelo, desde las turbas de siervos y mujeres á quienes predicaba en las plazas públicas, hasta el papa Urbano II.

La primer cruzada, como obra de este hombre creyente y sin más direccion que el entusiasmo, fué popular, espontánea, mal preparada y peor dirigida. La vanguardia de las informes y bisonas huestes la pasaron á cuchillo los búlgaros; diez mil cruzados perecieron bajo los muros de Niza; el ejército, ó más bien la horda reunida á las márgenes del Rhin, prefirió degollar judíos á combatir sarracenos; por último, al ponerse en marcha, tomó por guía una cabra y un ganso, sirviendo de desenlace á su éxodo perecer en masa ante el lago Ascanio, á manos del sultán de Nicea: hecatombe estéril y colosal, que por mucho tiempo recordaron blancas pirámides de huesos, bastantes á erigir los muros de una villa.

Sólo la nobleza sabía guerrear: eminente consagración del feudalismo. Mientras el sirvo ara, cultiva, desmonta la tierra, el señor fortifica su brazo, adquiere destreza, ya en los juegos bélicos, ya en el ejercicio de la ca-

za : no soporta el villano el peso de la armadura , ni acierta á regir el noble corcel ; mé-
nos aún á organizar y mandar una hueste. Y
de tal modo lo comprenden los villanos , que
aún la incoherente y heterogénea tropa que
pereció cerca de Nicea había elegido por jefe,
de común acuerdo, á un caballero que casual-
mente se hallaba en sus filas, *Gualtero sin ha-
cienda*, al cual tal vez la pobreza movió á unir-
se con la informe columna humana , y que
combatió como un león, hasta caer atravesado
por siete flechas. Disipada ya la espuma, des-
hecho el indisciplinado é inútil ejército de los
siervos, avanzan hacia Oriente los tercios bri-
osos y magníficos de príncipes y señores, la flor
de la caballería: poetas meridionales, aventure-
ros normandos, héroes de novela y de balada:
Tancredo, el invencible; Boemundo de gigan-
tesca estatura y azules ojos; y, mandando tan
lucida cohorte, el descendiente de Carlomag-
no, el virgen Godofredo, que á pesar de su
corta talla podía, de un mandoble, hendir á un
jinete desde el casco hasta la silla, y segar de
un revés la cabeza de un toro. Detuviéronse
los jefes cruzados, henchidos de curiosidad y
asombro, en los umbrales de Oriente, en Bi-
zancio, que les brindaba un espectáculo des-
conocido de las rudas cortes europeas: un em-
perador retórico, una princesa escritora y filó-
sofa, y, amontonadas en soberbios palacios
de mármol y jaspe, preciosidades, joyas del

arte y de la civilización greco-romana. Cuando dejaron el oasis bizantino para internarse en el desierto, comenzó el suplicio de las pesadas columnas occidentales, presas en cárcel de hierro que caldeaba un sol de justicia. La sed enloquecía y volvía hidrófobos á los lebreles de caza, los halcones se caían muertos. erizado el plumaje; los hombres se disputaban agua pantanosa y repugnantes líquidos; para colmo de padecimiento, rápidas guerrillas turcas picaban la retaguardia á los cruzados: mas estos no eran ya las desordenadas turbas de Pedro el Ermitaño; llegaron diezmados, moribundos, pero unidos y en correcta formación á acampar ante el círculo de Antioquía, donde les reservaba su primer lauro la victoria. Terminaba el siglo XI, cuando los cruzados entraron por fin en Jerusalén, el mismo día y á la misma hora en que espiró el Salvador en la cruz. Fué horrible el asedio: sobre las cabezas de los sitiadores había llovido plomo líquido, estopas abrasando, hirviente pez, fuego griego; mil veces retrocedieron desalentados, lamentando que sus culpas diesen causa á Dios para cerrarles las puertas de la santa ciudad, hasta que reanimándose su ardimiento, les pareció que el celestial caballero San Jorge, embrazado el escudo y lanza en ristre, acudía á auxiliarles, y que las almas de los cruzados muertos combatían á su lado en la muralla. Al tratar de adjudicar la

diadema del reino conquistado , verdadera corona de martirio , todos pensaron en el austero Godofredo de Bullón , el perfecto cristiano , único que , una vez rendida la plaza , en lugar de bañarse en sangre sarracena hasta el pretal del caballo , se descalzó y corrió á postrarse ante el Sepulcro de Cristo. Varon tan heroico y humilde no quiso ser llamado rey donde á Cristo ciñeron irrisoriamente de espinas , ni aceptó más título que el de abogado y baron del Santo Sepulcro. Así se alzó de nuevo la cruz en Jerusalén.— « ¡Ay de los creyentes ! »—sollozaba en elegíacos versos el poeta musulmán. — « No queda á nuestros hermanos otro asilo que el lomo de los camellos ó las entrañas del buitre ! »

Poco más venturosa fué la condición de los cristianos que se establecieron en Oriente. Godofredo ganó en breve la palma de mártir , comiendo envenenada fruta , traidor presente de un emir: su hermano Baldovinos , harto más desdichado , se emponzoñó voluntariamente adoptando los hábitos de molicie de los sarracenos , desposándose con mujer pagana , y muriendo al cabo en mitad del desierto , despedazadas las entrañas por agudos dolores. Sosteníase la posesión del reino de Jerusalén , merced á perennes y mortíferas luchas ; los cristianos menguaban , mientras el desierto enviaba á Palestina y Siria musulmanes más numerosos que sus arenas. No era próspero es-

tado el del islamismo al invadir los cruzados á Judea , antes lo dividían excisiones profundas: el puñal de los seides del *Viejo de la Montaña* siendo pesadilla de los emires , degradado el califato de Bagdad , sin fuerzas el de Cairo , desmembrado el de Córdoba , España adelantando en la reconquista y acorralando cada vez más á sus invasores hacia el litoral , todó indicaba la inminente decadencia de los sarracenos; y no obstante , la tierra abrasada de Palestina , concluía con los cristianos , el clima los enervaba: su propio descuido motivó la entrega de Edesa , donde implacable carnicería proporcionó á los musulmanes cumplidas represalias de Jerusalén. Los cadáveres amontonados en las calles , llegaban hasta las ventanas de las casas; los obispos fueron degollados; azotado públicamente el patriarca armenio.

Fuerza era que se despoblase Europa , si había de atender á las tristes voces que desde Tierra Santa pedían socorro ; si había de vengar la matanza de Edesa , é impedir que los cristianos que aún quedaban en Ultramar sufriesen la misma suerte. Organizóse la segunda expedición al doble impulso de la voz de san Bernardo y de los remordimientos de Luis VII de Francia , ansioso de expiar las crueldades ejercidas en los habitantes de Vitry. Así la cruzada va trasmitiéndose del pueblo á los nobles , de éstos á los reyes y empe-

radores. Con Godofredo no iba ningun monarca : ahora son el rey de Francia , el César de Alemania Conrado , la reina Leonor , quienes se encaminan , seguidos de doscientos mil hombres á Judea. Malos hados cayeron á aquella cruzada segunda : vendido por el Emperador de Constantinopla , extraviado en los infinitos arenales por los guías griegos , hallóse el ejército latino solo en ignota llanura , sin fuentes , sin hierba para los caballos , rodeado de inmensa muchedumbre de turcos que , dice el cronista , ladraban como perros y aullaban como lobos , y hubo de emprender desastrosa retirada , dejando los desfiladeros que atravesó sembrados de muertos. Volviéronse mohinos á Europa los que quedaron vivos para contar la desdicha : todo se había conjurado á motivarla ; la rivalidad de Conrado y Luis , la perfidia de Manuel Comneno , la altivez y liviandad de Leonor , el calor insufrible , las pesadas armas , los lentos y flemáticos trotones alemanes , que no podían competir con los fogosos corceles árabes ; la necesidad que experimenta el hombre del Norte de reponer sus fuerzas comiendo y bebiendo , y la imposibilidad de allegar víveres en las infecundas planicies que tuesta y requema un sol de brasa.

Y todo ello fué preludio , no más , de mayores calamidades. En el último tercio del siglo XII aparece el martillo de la cristianidad , Saladino. Vivió el celebrado héroe mu-

sulmán hasta los treinta años de su edad envuelto en libertinaje, oscurecido en un serrallo. De repente se apareció grave, compuesto, fanáticamente devoto, sometiéndolo á Egipto al imperio de Noredino, destronando á los Fatimitas, y, cuando Noredino muere, haciéndose proclamar sultán de Damasco y del Cairo, príncipe de los creyentes: usurpación que presto cohonestó aniquilando el poder cristiano al borde del lago de Tiberiades, apoderándose de la verdadera Cruz, cogiendo prisioneros,—tantos en número que llegó á venderse un caballero franco por un par de babuchas—y, finalmente, penetrando en Jerusalén, que ya nunca acertaron á redimir las Cruzadas posteriores. La pérdida de Jerusalén arrancó á Europa un grito de dolor, otro á san Bernardo. El ascético abad de Claraval, hombre singular que bebía aceite creyendo beber agua; que escribía diez renglones al rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monje; que caminaba una tarde entera á orilla del lago de Lausana, y por la noche solía preguntar dónde estaba el lago; que asociado á todos los grandes sucesos políticos de su época, desdeñaba la mitra y la tiara; que extenuado por el trabajo y la penitencia, á duras penas lograba tenerse en pié, y sin embargo pudo predicar la Cruzada á cien mil hombres; gimió al saber que los triunfos de Saladino malograban el fruto de su labor he-

roica: «¿Por qué, oh Señor, no has perdonado á tu pueblo!» — Apenas parece posible imaginar mayores desventuras que las que planía el santo reformador del Císter: con todo, en el siglo XIII, las Cruzadas ofrecieron espectáculo más triste aún: la muerte de Luis el Santo, el regreso de Felipe el Atrevido trayendo, á guisa de botín de la expedición de Túnez, cinco ataúdes, que encerraban otros tantos cadáveres de individuos de su familia.

Ciego será no obstante el historiador que sólo vea en el magno arranque de las Cruzadas tentativa vana y estéril, aborto miserable de una gran empresa, ó á lo sumo ímpetu sublime pero infructuoso. Al convencerse Europa de que las Cruzadas fracasaban, la mente volcánica del español Raimundo Lulio concibió que la guerra no es camino de Jesucristo, y que la victoria del Occidente sobre el Oriente había de realizarse por absorción é imposición científica, por nuestra superioridad religiosa, intelectual y moral: generoso ensueño andantesco que llevó al *Doctor iluminado* á morir muerte oscura, gloriosa ante Dios tan sólo, en abrasada playa del Africa. Noble, filosófica y alta era la idea del pensador mallorquin, pero prematura: en la Edad Media hace la guerra oficio civilizador: contacto violento, choque si se quiere, de dos pueblos, de dos razas, al fin las obliga, mal de su grado, á conotarse, á estudiarse mutuamente.

Nunca se armó Europa por más legítimos móviles que para combatir ~~al Islam~~: el derecho de defenderse supone el de atacar, y si la Cristiandad anduviese remisa en embestir, los mahometanos, obedientes á su dogma de predicar conquistando, se hubieran adelantado á arrojarse sobre ella. Instinto poderoso de conservación compelia al Occidente á salvarse dominando el Asia. Mas, aparte de esta ventaja política, débense otros muchos bienes á las Cruzadas. Abrieron vías al comercio y á la industria: enseñaron á Europa refinamientos aprendidos en Oriente, con que suavizar la tosquedad de sus costumbres y vida; en Bizancio entrevieron los esplendores del arte, y cautivos de su hermosura, lo fomentaron mas tarde en su patria; áun moralmente ganaron harto en Palestina los caballeros latinos: volviéronse más humanos, más cortesés, más sociables y benignos en todo: al regresar de Palestina, el señor no es ya el bárbaro hosco y cruel: muchos emancipan sus siervos; otros introducen en su hogar delicados y selectos goces; ya no se creen aislados en su señorío, ni áun en Europa: saben que hay más mundo que el Occidente: traen nociones de geografía, han visto nuevas faunas y floras, razas y hombres; se ha ensanchado su antes confusa y mezquina noción del Universo. En suma, y atendida la magnitud, ya que no el carácter, de sus resultados,

las Cruzadas fueron tan fecundas como la caída del imperio romano y la irrupción de los pueblos del Norte.

Anima á las Cruzadas un pensamiento elevadísimo, que no alcanzan á eclipsar los excesos y crímenes que las mancharon. Son guerra de penitencia, y expiación; la lucha de la Cruz, el fuego del Purgatorio sufrido en la tierra, según enérgicamente decían los cristianos de entonces. Si vencedores, humíllanse ante el Sepulcro Santo; si vencidos, se maceran, porque imaginan que Dios derrama hasta las heces la copa de la ira, en castigo de sus pecados. Cuando Godofredo recibe á los diputados de Samaría, éstos se asombran de ver á tan excelso príncipe sentado en el duro suelo: y como el monarca les contestase que bien puede la tierra servir de escaño á quien en ella ha de morar después de la muerte, inclínanse exclamando— « En verdad que merece conquistar el Oriente semejante hombre. »— Consiguen las virtudes de san Luis edificar á los mismos musulmanes, y hacerle moralmente soberano de sus enemigos. Movido de la fraternidad que establecía el nombre común de cristiano entre los que visitaban aquellas apartadas regiones, Ricardo Corazón de León, que no fué ciertamente en su conducta ejemplar, aunque sí bizarro é incomparable paladín, expuso la vida por salvar la de algún infeliz arquero de su ejército: el jefe arran-

caba de la casa paterna al siervo, pero se conceptuaba obligado á velar por él, á defenderlo; el feudalismo afirmaba en Palestina su carácter patriarcal y protector.

Obsérvase en toda guerra un tanto largo curioso fenómeno: á proporción de la sangre vertida, de las trabadas lides, de los padecimientos y privaciones soportadas, mengua, en vez de crecer, el odio recíproco de los adversarios. Esto sucedió en la pugna secular de las Cruzadas: el Occidente se aproximó al Oriente, y disminuyó su mutuo horror. Otro tanto acontecía en España, donde la Cruzada duraba perpetuamente. Príncipes castellanos tomaron esposas árabes; la guerra se hizo, no sólo con tolerancia, sino con hidalga cortesía; el moro no se quedó atrás, y adoptó formas caballerescas; á su vez la ciencia fué terreno neutral en que pacíficamente convivieron invadidos é invasores, y el califato de Córdoba puerta por donde pasaron á Europa los conocimientos de los árabes, Matemáticas, Comentarios de Aristóteles, Astronomía y Geografía: todo ello sin que se interrumpiese la lidia, sin que estuviesen ociosas un punto tizonas y lanzas. A principios del siglo XIII, las provincias del Mediodía de Francia son en costumbres y usos semi-moriscas, y hasta en sus vicios y herejías se advierten resabios orientales; Federico II es un sultán árabe; Ricardo Corazón

de León ofreció su hermana al sarraceno Malek-Adel, de quien se declaraba compañero de armas. Fué harto provechoso que, cuando apenas existía el derecho internacional, el espíritu caballeresco humanizase la guerra, salvase el honor de las mujeres, la vida de indefensos niños y ancianos, asegurase la observancia de treguas y capitulaciones, la existencia de los prisioneros, é infundiese á los musulmanes ideas que jamás les hubiera sugerido el libro sacro de su fanático profeta. Un trovero contemporáneo nos refiere, en rudo apólogo, como Saladino deseó ser armado caballero por el príncipe Hugo, á quien cautivára peleando. Hugo hace que el mahometano peine y alíe sus cabellos y barba: después le ordena bañarse: el Sultán le pregunta el sentido de aquellas ceremonias.—«Señor, ese baño en que te bañas, significa que, así como el niño, limpio de todo pecado, sale de las fuentes bautismales, así debes salir tú sin mancilla, y tomar un baño de honor, cortesía y bondad.» — «Por Alá el grande—responde el sarraceno— que me place el principio.» — «Prosigue el trovero narrando las demás fórmulas: á cada rito, Saladino pregunta, Hugo explica: la veste de blanco lino es la pureza que el caballero debe guardar; la roja sobrevesta, la sangre que ha de estar pronto á verter por su fe; el negro calzado, la

memoria de la muerte que cura vanidad y soberbia; las espuelas, el deseo de correr en servicio de Dios. Concluida la ceremonia, armado caballero el emir, dícele el cristiano. —«Ahora eres mi compañero y amigo; tengo derecho á pedirte prestado, y te pido la cantidad necesaria para mi rescate.»—

Por la iniciación que la precede, por la confraternidad moral que representa la Orden de Caballería, que se precian de recibir los musulmanes, es fruto del Cristianismo. Buena parte de sus tendencias procede, sin embargo, de la raza germánica, aventurera y andante cual las golondrinas, que salía de los bosques en demanda de altas empresas que acometer, y que en la jerarquía de la tribu poseyó el germen de la nobiliaria; así como de la raza normanda, los Guiscardos, los Rogerios, que con un puñado de piratas intimidaban á Europa, y con una flotilla de esquifes endebles ganaban un trono; pero el Cristianismo señaló más altos fines á la irreflexiva y feroz valentía de los pueblos conquistadores y les mostró, como objeto de la actividad bélica, nó saqueos y estragos, sino la defensa de la religión, la justicia, el amparo de los menesterosos y oprimidos. De tirano pasa el caballero á redentor: admirable metamorfosis, progreso moral que sólo la Iglesia pudo obtener en aquellos siglos. Ideas caballerescas que se comunicaron al pueblo: cuando Felipe Augusto, despreciando

juramentos prestados sobre los Evangelios, quiere invadir á Normandía , niéganse á seguirle sus vasallos.

Unidas caballería y religión , produjeron las Ordenes militares. Vió el siglo XII surgir milicias extraordinarias , obligadas á la doble pugna de vencerse á sí mismas con la continencia y con las armas á los infieles. Frente al Santo Sépulcro, sirviendo humilde hospicio de palmeros , comenzaron los Hospitalarios de san Juan: su prior Gerardo de Ton les fijó regla y traje : túnica negra , y en el pecho blanca cruz. La región aventurera y entusiasta por excelencia , la Península Ibérica , da ella sola seis órdenes , consagradas en cuerpo y alma á la reconquista ; Raimundo de Fitero idea la de Calatrava ; los hermanos Suarez y Gómez, aconsejados de un ermitaño , la de Alcántara; los Santiaguistas se proponen defender á los peregrinos que van á Compostela ; la confraternidad caballeresca de Evora y Avis reúne á los hidalgos portugueses ; Alfonso Enriquez, sintiéndose escudado por luminoso arcángel cuando se mete entre las haces moras á recuperar el estandarte del reino, instituye la de San Miguel. Dedicóse la de Malta á proteger la navegación y el renacimiento del comercio , y fué por espacio de más de un siglo centinela avanzado que impidió al turco lanzarse sobre Italia. Más útil todavía , la Orden Teutónica, establecida en Alemania, bajo la regla de san

Agustín , defiende á Europa de las invasiones septentrionales, sojuzgando á las errantes razas de las orillas del Báltico, dando tiempo á la civilización para organizarse y resistir el empuje de los mogoles, hordas sin patria, límite ni frontera, movedizas como los témpanos de hielo y el polvo de las estepas , y fundando la mayor parte de las ciudades de Prusia : en suma, constituyendo la Alemania del Norte. Célebre entre todas las restantes por su poder, extensión y riqueza, su prestigio poético, su trágica y oscura historia , es la Orden del manto blanco con roja cruz: el Temple. Tan escasa se vió al principio , que en el trascurso de nueve años, no pudo allegar más de nueve miembros; tan pobre , que montaban dos Templarios en un solo caballo; tan dependiente , que el patriarca de Jerusalén les daba habitación cerca del Templo Salomónico , de donde provino el nombre de la Orden. Su regla, austera, mística, belicosa , es obra del apóstol de las Cruzadas, san Bernardo. El mismo dibuja con trazos enérgicos al templario primitivo : pelo cortado al rape, barba erizada y polvorosa, cutis requemado por el hierro y el sol, jinete en fogoso bridón , incansable campeador , hallando su deleite en las armas y su reposo en las fatigas. Así vivían, en efecto, los individuos de aquella Orden insigne, cristianos por la devoción, por la sobriedad árabes , siempre galopando al través de la inflamada arena del desierto, bus-

cando palmeros á quien escoltar ó sarracenos con quien reñir, reclamando y disputando á los Hospitalarios el derecho de formar la vanguardia en los asaltos y la retaguardia en las retiradas. Era precepto para el templario aceptar siempre el combate, aún hallándose uno contra tres enemigos; no podía pedir cuartel, ni ofrecer rescate, ni entregar un lienzo de muralla ni una pulgada de tierra. — «Id» — les exhortaba San Bernardo — «expulsad á los adversarios de la cruz de Cristo, seguros de que ni la vida ni la muerte os privarán del amor de Dios. Ante todo riesgo, decid: *vivos ó muertos, pertenecemos al Señor...* Gloriosos los vencedores, felices los mártires!» — Temible escuadrón de frailes batalladores, el Oriente tembló ante ellos: y no pudiendo vencerlos, los corrompió, los bastardeó, hasta que en el siglo XIV, las inmensas riquezas de la Orden y la codicia de un rey causaron la perdición total de los que el acero no supo rendir nunca. Y, bien mirado, todavía sorprende que se mantuviese puro tanto tiempo el instituto de los Templarios. Apartados de su patria, dueños de sí mismos, expuestos á todas las tentaciones que en ánimos fogosos engendra la guerra, era su situación estado de violencia perenne. Los caballeros de Europa iban al Asia cuando podían ó querían, impelidos por la piedad ó el remordimiento; luchaban, morían, ó se volvían á su país. Los Templarios se es-

taban allí fijos, constantes, siempre armados y con el pié en el estribo para salir á rechazar á los árabes: en los breves intervalos de paz, el clima los incitaba al regalo y la pereza, al lujo sensual de Oriente, al abuso de las ricas y curiosas armas, de los muebles opulentos, de los soberbios jaeces, de los frescos y golosinas; á la posesión del esclavo oriental, sumiso y servil como ninguno. Tenían los señores feudales de Europa vasallos: los Templarios volvieron á Roma y al paganismo, sosteniendo esclavos. Los tesoros que la cristianidad les ofrecía por precio de su sangre y valor, acrecentaron la magna soberbia de la Orden, que llegó á poseer reinos: sus privilegios eximían á los Templarios del fuero común; no había estado en que no se alzasen, ceñudas y almenadas, sus fortalezas. Degeneraron hasta faltar á sus tradiciones pactando con los infieles, con los más detestables, la secta visionaria y terrible de los *asesinos*. Por tales modos preparó el mismo Temple la catástrofe, miserable fin de su gloriosa historia. Pero ¿es mucho que degenerasen los batalladores, si los contempladores se relajaban también? Para entender la misión de hombres como san Bernardo, hay que considerar las alternativas de fervor y corrupción de las Ordenes monásticas, su nacimiento y desarrollo, sus épocas de pureza y zelo; el oficio civilizador que desempeñaron. Desde el principio del Cristianismo, asoman

en Oriente los monjes. Fueron los primeros hombres piadosos que, sin abandonar el siglo, vivían en él con rigor y abstinencia, practicando devoción más acendrada: y sin ligarse con voto alguno, solían guardar castidad y permanecer célibes. Pronto la sed de mortificaciones los movió á apartarse del mundo, á sepultarse en las soledades de la Tebaida, pasando de ascetas á anacoretas y ermitaños. En breve, cediendo al prestigio de algun solitario famoso por sus austeridades y virtudes, ó al invencible instinto social del hombre, los diseminados penitentes se agruparon, y construyendo próximas unas á otras sus chozas de tierra y ramaje, se juntaron para rezar, para leer: así tuvo principio la comunidad y se formó el monje. Adelantaron en su idea de asociación: en vez de chozas ó grutas aisladas, construyeron un edificio, vasto, capaz para todos, el cenobio; ya tiene la comunidad duradera forma: sujetáronse voluntariamente á un mismo método de vida, á prácticas, rezos y horas señaladas de antemano: ya existe la regla. Mas no todos los solitarios se ajustaron á tal organización: el desierto servía de asilo juntamente á ermitaños, anacoretas, monjes y cenobitas, y entre los anacoretas mismos, no todos vivían de igual manera: unos imitaban la formidable y célebre penitencia del Estilita, que pasó su vida sobre la estrecha plataforma de una columna; otros se encierran á meditar en gru-

tas sombrosas , con tosca cruz de ramas á que sirve de pedestal humana calavera ; otros moran en el carcomido tronco del árbol centenario. Hacia fines del siglo IV , la regla de san Basilio unificó algun tanto el instituto monástico. Fué la institución importada á Occidente : arrojado de su silla san Atanasio , retiróse á Roma y le acompañaron varios monjes. En ningun modo formaban éstos parte del clero : se les consideraba enteramente laicos : ni recibían órdenes , ni dependían de la Iglesia más de lo que depende el común de los fieles. Libres y varios en su género de vida , las puertas del mundo no se cerraban nunca para ellos.

Hijos de la tendencia mística y contemplativa del Asia , el Occidente no los conoció al pronto. En vez de la espontánea , popular y ardiente simpatía que acogió ocho siglos después á las Ordenes mendicantes , los primeros monjes hallaron , en la sociedad semipagana todavía en que penetraban , repulsión y horror. Habiendo fallecido extenuada por el ayuno la jóven penitente Blesilla , el pueblo gritaba en sus funerales : — « ¿ Cuándo arrojarémos de la ciudad esta detestable raza de monjes ? ¿ Por qué no los apedreamos ? » — Mas poco á poco se vieron arrancadas las últimas raíces del paganismo : imperó el Cristianismo en las costumbres , y los monjes fueron amados y comprendidos. Adaptáronse ellos á

su vez al genio del país en que vivían , y saliendo de la abstracción contemplativa, se manifestaron más activos , más sociales que en Oriente. Pero la libertad extremada de su vivir se prestaba al abuso y al desórden. Un italiano , de noble familia , nacido en momentos desastrosos para Italia , cuando hérulos y ostrogodos se disputaban la posesión de Roma, probó á sujetar á disciplina severa aquellas inconexas falanges. Benito hacía vida eremítica en una caverna , cerca de Subiaco, en la campiña romana; sus actos extraordinarios , el crédito de su austeridad , le atrajeron numerosos discípulos ; pero cuando hubo sometido á la severidad del método claustral los sueltos monjes , sucedió un caso horrible : enfadados de su rigidez , trataron unos cuantos de envenenarle en el cáliz. Notable diferencia entre el siglo VI y el XIII. San Francisco de Asís no conoció la amargura de que sus propios discípulos pusiesen asechanzas á su vida.

Perseguido , amenazado , Benito se refugió en Monte Casino , cumbre pagana aún , presidida por el numen de Apolo. Hizo Benito añicos la estatua y fundó un monasterio , donde acabó sus días , y desde el cual publicó y extendió su *Regla* de la vida monástica : reducíase á abnegación , obediencia, y trabajo manual sobre todo: clausula que señaló á los monjes rumbo civilizador : restaurar la agricultura. El esclavo romano había labrado la tierra

por precisa necesidad , maldiciendo la semilla que sus manos arrojaban al surco. Europa, cultivada en las regiones á que alcanzaba el poderío de la república y su organización político-militar , en los puntos abandonados á la libre iniciativa del hombre , conservaba su estéril virginidad , era enmarañado y selvático desierto. Misioneros y labradores á la vez , los monjes prefirieron los sitios incultos y bárbaros , imponiéndose la obligación de roturarlos, desmontarlos y fertilizarlos , porque su regla le enseñaba que la ociosidad es enemiga del espíritu. Los nombres de hartos monasterios, que andando el tiempo fueron emporios de riqueza y amenidad, revelan el primitivo horror del lugar en que se fundaron. A la obligación del trabajo se unieron los votos perpétuos con el previo noviciado , su consecuencia natural. Hasta entonces, el monje podía, si quería, volver á la vida mundana : y abundaban ciertos *girovagos*, hoy monjes , mañana seglares , escandalosos y holgazanes siempre, que andaban tomando y dejando la penitencia , como se deja el calzado usado para tomar otro nuevo. San Benito fijó aquellos elementos flotantes, instituyó la obediencia , la renuncia á la propiedad individual. La sabia regla corrió por todas partes , y prevaleció: á fines del siglo VIII , apenas se encuentran más órdenes monásticas que las benedictinas.

Lastimosa era en el siglo VIII la decaden-

cia del clero secular : dueños de pingües haciendas , los clérigos hacían vida enteramente civil y laica ; partícipes del ardor belicoso de los bárbaros , emprendían expediciones guerreras ; el oro los manchaba , los ensoberbecía el poder. Hasta mediados del siglo VIII van disminuyendo los concilios y apagándose el cristiano fervor. Mas la reforma vino , como siempre , de la Iglesia misma, por medio de los monjes. No se limitaron á cultivar el suelo , á penetrar como pacíficos colonos en las medrosas selvas que la mitología céltica y odínica poblara de terribles y misteriosas divinidades , á desecar los pantanos cuyas emanaciones emponzoñaban la atmósfera , sino que contribuyeron también á purificar el ambiente moral é intelectual. Cada vez se acercaron más á la madre del espíritu, la Iglesia : al principio se constituían libre y espontáneamente : después se habituaron á sujetarse á la inspeccion de los obispos : y así vinieron á influir de modo indirecto , però seguro , en la jerarquía eclesiástica. Con lumbré de ciencia ayudaron asimismo á disipar las nieblas de la barbarie. Todo monasterio fué una escuela ; en algunos se imponía al novicio la obligación de enriquecer la biblioteca con un libro útil ; había monasterios que se comprometían á escribir las crónicas de la villa que los albergaba en su recinto. Mientras corren los siglos de hierro en que Europa enmudece aterrada con las inva-

siones , la historia sólo habla por boca de los monjes ; sólo ellos conservan sosiego y serenidad de ánimo suficiente á redactar los anales de épocas tan agitadas y oscuras : apacibles filósofos no turbados por las horribles calamidades que los cercan , resucitan la vida intelectual, merced al hábito de meditar , de aspirar al bien inefable, de refugiarse en mundos superiores cuando la tempestad se desencadena en éste. Casiodoro prescribe á los monjes los trabajos literarios ; Carlomagno escribe al abad de Fulda para advertirle que no se limiten á prácticas religiosas , sino que cultiven ciencias y letras; en Escocia é Irlanda, los monasterios tienen carácter de verdaderos colegios de ciencias físicas y naturales, donde se recogen con esmero los fragmentos del saber druídico: un discípulo del monje san Colombano, Virgilio, obispo de Salzburgo, es el primero en afirmar la existencia de los antípodas y redondez de la tierra. Y no olvidemos los inmensos servicios prestados por los monjes como calígrafos, encuadernadores, copistas. Gracias á ellos, llegaron á las modernas generaciones los restos de la civilización latina y griega, los monumentos arcáicos de las literaturas romances. El monje, encorvado desde el amanecer hasta que trasponía el sol, sobre el fólio de pergamino, gastaba ojos y vida en preservar los tesoros de la humanidad: proverbial llegó á ser el trabajo lento, pacien-

te, erudito, enorme, de los benedictinos. Obrero anónimo y humilde de la ciencia, jamás desmayaba el monje; cuando moría, otro ocupaba su puesto: nunca se interrumpía la cadena. Hasta el siglo XII, monasterios, abadías y capítulos regulares cubren la falta de las universidades, con incansable zelo. Si al pronto difícil de aclimatar, el árbol monástico dió después gallarda muestra de su fecundidad y lozanía. Un suceso dramático y portentoso incitó á Bruno, presbítero de Colonia, á fundar aquella mortificadísima y ascética religión de los Cartujos, silenciosa como la tumba, á la cual se debe la conservacion y copia de tantos libros y manuscritos. Norberto de Genned, opulento canónigo, vió caer á sus piés un rayo, y estableció los Premostratenses. La devoción ascética que inspiraba la Virgen hizo brotar la Orden del Carmelo. Asquerosa enfermedad oriental, conocida por fuego de san Antonio, produjo los Antonianos, que cuidaban á los atacados de ella. Para redimir á los cristianos que gemían prisioneros de los sarracenos, surgieron Trinitarios y Mercenarios. A Cluny y el Cister cupo la gloria de predicar la cruzada: eran poderosas órdenes; el superior de Cluny se llamaba *Abad de los Abades*: el Cister contaba entre sus afiliados á las bizarras cofradías militares de España y Portugal: Santiago, Alcántara, Calatrava y Evora. Mal avenido san Bernardo con las riquezas

y fausto de los Cistercienses , fundó el instituto más severo de Claraval. Es de advertir que al comenzar san Bernardo su reforma, y lo mismo cuando Roberto de Molesme quiso reintegrar en su pristino rigor y pureza el Císter, los monjes viejos se quejaron , protestando ser imposible tornar al fervor de la primitiva Iglesia: y sin embargo , el porvenir reservaba á santo Domingo y san Francisco.

No fueron solamente los monasterios asilo de las almas puras, sedientas de ideal, que huían del mundo : sirvieron también para rehabilitar , para consagrar el arrepentimiento de los criminales : derramóse el rocío vivificante de la gracia hasta sobre la estigmatizada frente de séres que la sociedad tolera despreciándolos. Roberto de Arbrisel , hombre candoroso y ejemplar , penetró cierto día en una casa infame , y sentándose ante el fuego, comenzó á calentarse los piés. Rodeáronle las cortesanas, creyéndole tan pecador como ellas. El recién venido rompió entonces á exhortarlas , á hablarles de la misericordia divina , á estimular su embotada conciencia. Aquellas desdichadas le siguieron en tropel, y Roberto fundó en el valle de Fontevrault dos monasterios de regla benedictina , uno para cada sexo , sin que su pia simplicidad le permitiese advertir que la cercanía y trato frecuente de los habitantes de ambos monasterios ponía el escándalo al lado de la conversión, el delito al

lado de la penitencia. Preciso fué modificar el instituto, pero la empresa de Roberto será siempre rasgo divino de piedad y amor, comentario del tierno episodio de Magdalena en el poema evangélico.

No hay Orden monástica que no encarne y objeque alguna idea moral y civilizadora en grado sumo. En Toscana, una Orden tomó por oficio proteger y hospedar á los viajeros, construir caminos y calzadas; otra se formó en Parma para tender y custodiar un puente sobre ancho río: en Normandía hubo una dedicada á erigir iglesias: sus individuos madrugaban, comulgaban, se reconciliaban con sus enemigos, elegían jefe que los mandase, y emprendían con ardor el trabajo. Los Humillados santificaron, con su existencia activa y santa, la industria más vulgar, la condición artesana; los Servitas dieron el ejemplo de renunciar al mundo, cargarse de cadenas y vivir de limosnas, por pura humildad, por abnegación completa, por amor á la Reina de los mártires. Tantas formas de vida religiosa, tantas manifestaciones de un mismo afecto, son en puridad la nota común, el principio unitario que el historiador se complace en hallar bajo la diversidad de la Edad media: bien como los que estudian filosóficamente la naturaleza distinguen tras la variedad individual la unidad específica, y sobre la distinción de las especies la armonía general del plan creador.

En las manifestaciones más bellas de la actividad é inteligencia humanas, como son artes y literatura, hallamos, á pesar de la imperfeccion de los medios técnicos, que está la Edad media regida por la propia ley de unidad. Cuando la obra artística es tal que á una época dada, y sólo á ella, puede pertenecer, es que hay concordancia profunda entre el fondo y la forma, entre el artista y su creación. Hoy logran los artistas prez de maestros en imitar productos de los siglos que pasaron: pero carecen de ideal estético que exclusivamente les corresponda, sobre todo en lo que se refiere á artes plásticas, ya que la literatura y la música sean excepciones de esta regla. No así la Edad Media: sus obras llevan sello tan genuino y castizo, que es imposible confundirlas con las de ningun otro período. A fuerza de ser original, la imitación se le hizo imposible, y queriendo ajustarse al modelo de las letras latinas, no acertó á prescindir de su estilo, á la vez ingenuo, pedantesco y bárbaro. Porque es de notar que en la Edad media, la barbarie artística va acompañada de cierto refinado atildamiento, según es fácil advertir en la poesía de los trovadores. Es el trovador personaje cuya existencia ficticia y romancesca en los dominios de la imaginación hizo olvidar ó eclipsó su personalidad real, no menos poética é interesante. El trovador no pertenecía á determinada clase social, y

así podía ser Bernardo de Ventadour, hijo de un siervo, como Teobaldo, conde de Champagne y rey de Navarra: sin embargo, para profesar la gaya ciencia, requeríase estar armado caballero. La poesía trovadoresca es eminentemente laica: tiene otro carácter más: es nacional, y de no serlo, perece. Jamás descuida el trovador las armas por el laud: y aunque dada la forma elegante y rebuscada de sus versos, parezca que el trovador anuncia edades de mayor cultura, su musa, en el fondo, es bárbara y feudal. Mientras la Iglesia trabaja por unir, por concertar á Europa, el trovador mantiene vivos los odios de país á país, de raza á raza; azuza al provenzal contra el frances, al señor contra el rey, al pueblo contra los eclesiásticos: y no obstante, al fin de sus años, cansado de galanterías y aventuras, suele parar en el claustro, atraído por el omnipotente imán de la fe. El oficio del trovador es distinto y opuesto al de la Iglesia: mientras ésta propende á pacificar y moralizar, el trovador canta en sonoras rimas la hermosura de las mujeres y el estrépito de los combates. Cierto que la Iglesia á su vez predicó incesantemente, por espacio de cuatro siglos, una guerra, la Cruzada, y que las frases de san Bernardo á los Templarios son un himno bélico: pero la guerra de la Iglesia no se parece á la exterminadora y destructora lid que los trovadores ensalzan. Hemos oído la voz de san

Bernardo; escuchemos al trovador Beltrán de Born, cuyas estrofas respiran fuego y sangre. —«Pláceme—dice—que ante el invasor huyan despavoridos hombres y rebaños, y que tras ellos corra, rugiendo, gran golpe de gente armada. Cáusame regocijo ver el fuerte castillo sitiado, los muros agrietados que se desmoronan; me agrada el valiente hidalgo que llega primero al ataque con su poderoso bridón, y se presenta impávido, animando á su gente con denuedo y proezas. Mirad como la espada y la lanza rompen el casco y el escudo, como los mesnaderos menean el hierro, como huyen sueltas las cabalgaduras de muertos y heridos; cuando esté bien trabada la batalla, ningun hidalgo piense sino en cortar brazos y cabezas: más vale un difunto que un vencido vivo. Digoos que ni el comer, ni el beber, ni el dormir, me saben tambien como oír gritar por do quiera: ¡á ellos! y escuchar el relincho de los caballos que vagan sin jinete en la selva, y voces que exclaman ¡socorro!, y ver como en el foso, sobre la hierba, caen revueltos unos y otros, y mirar los cadáveres en cuyas ingles se hinca el roto astil de la lanza...» — Ni los impulsos de la naturaleza bastan á suavizar tan feroz poesía: hé aquí cómo se expresa el vate refiriéndose á su propio hermano:—«Mi hermano quiere arrebatarme el patrimonio de mis hijos... Declaro que le saldrá mal si se atreve á luchar conmigo. Sacaré los

ojos á quien intente apoderarse de mis bienes. La paz me estorba ; sólo me agrada la guerra... Traten otros de adornar su mansión y vivir con regalo: lo que á mí me gusta es hacer provisión de lanzas, de espadas, de cascos, de corceles.»—¿No parece que vemos al bárbaro del Norte retratarse en estos cantos sanguinarios, y resucitar las orgías guerreras del Valhalla? Este desprecio del fin moral, este pelear por el gusto de dar muerte, este desdén de la vida civilizada y apacible ¿no eran distintivo de las huestes de Genserico y Atila? Cuando uno de los trovadores más célebres del siglo XIII fué á esconderse bajo el sayal franciscano, San Francisco le impuso nombre diametralmente opuesto al papel que había desempeñado en el mundo: llamóle *fray Pacífico*.

Ya se deja entender el mucho esfuerzo que necesitó la Iglesia para contrarestar semejante fiereza y conseguir que gradualmente adquiriesen las costumbres tinte de suavidad y humanidad. Desde luego á una poesía opuso otra: sus cánticos, sus himnos, sus liturgias enteras son modelos de literatura, brillante y oriental á veces, á veces patética, elegíaca y sombría, siempre elevada y profunda. Habíanse apoderado los trovadores de los dialectos meridionales: en el siglo XIII, los poetas frailes y los teólogos señorean las lenguas romances, y riman y escriben en el idio-

ma del pueblo: san Francisco de Asís y su discípulo Jacopone de Todi, aprovechan el primer florecimiento del bello lenguaje italiano, para cantar eclipsando á los trovadores; y Dante, poeta sintético por excelencia, Dante, que asocia en su vasto poema ambas musas, la de los trovadores, ya decadente, y la triunfante de la Iglesia, alumbra con todas las luces teológicas y filosóficas el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, y al par exhala el grito de las discordias civiles. Ya en el siglo XIV, Raimundo Lulio, gran trovero y trovador, mártir y apóstol de la fe, sabe emplear aquella lengua catalana, la lengua de las cortes de amor y de la gaya ciencia, en escribir versos místicos: los trovadores han muerto, la Iglesia ha vencido á la barbarie. En el país feudal por excelencia, Alemania, los *minnesinger* pululan, andan de castillo en castillo, de un príncipe á otro: son coronados y festejados; su historia es una leyenda: uno de ellos, Gualtero de Vogelweide, asume el carácter de poeta nacional que se observa en muchos trovadores, y, antes que nadie, canta la patria alemana: otro, Ulrico de Lichtenstein, se somete, para evitar una deformidad que desagrada á su dama, á dolorosa operación en los labios, y más adelante, rompiendo por ella lanzas en un torneo, le quiebran un dedo, que él se corta y, engastándolo en oro, envía á su beldad entre las hojas de un volu-

men de versos consagrados á celebrarla. Ambos toman parte en el famoso certamen poético de la Vartburga, emblema de la victoria obtenida por la literatura eclesiástica sobre la poesía trovadoresca. Reúnense seis *minnesinger* en el palacio del landgrave de Turingia y discuten acerca del valer de los distintos príncipes alemanes; de esta discusión pasan á retarse á poéticas justas, en que el vencido, el inferior en mérito, perdiese la vida en pena de su inferioridad: reminiscencia pagana y bárbara á la vez, que recordaba las condiciones del combate científico de Odin con el gigante, y la costumbre de los antiguos germanos de jugar ó apostar con frecuencia suma la libertad y la cabeza. Verificóse la liza hallándose reunida la corte y asistiendo el verdugo, enrollado á la cintura el dogal para colgar al vencido. Como Volfrango de Eschenbach fuese ganando la palma, Enrique de Ofterdingen buscó al sabio Klingsor, personificación de la ciencia humana, que á su vez luchó con Volfrango; mas no pudiendo vencerle, llamó en su ayuda al diablo, el cual arrolló á Volfrango fácilmente; y ya se disponía éste á declararse vencido y poner el cuello al dogal, cuando le ocurrió cantar el divino misterio de la Encarnacion; apenas lo hubo realizado, huyó el diablo velozmente, dando fin la batalla con el éxtasis místico de Klingsor, que anunció la aparición de una resplan-

deciente estrella, el nacimiento de la bienaventurada princesa Isabel, hija de los reyes de Hungría. Así termina la leyenda de la Vartburga, que tan profana comienza.

Mas el arte eminentemente religioso en la Edad media, no es la poesía, sino la arquitectura. Desde el origen del Cristianismo se modifica el ideal arquitectónico. El paganismo naturalista de los griegos abrió franca entrada en el templo á la luz, para que alegrase y dorase la yerta blancura del mármol: el culto oficial y formalista de los latinos quiso edificios correctos y majestuosos: los primeros cristianos, obligados á ocultarse, á esconder, por temor de las profanaciones, sus vasos sagrados y las reliquias de sus mártires, edificaron la primer iglesia baja, como oprimida por el terror y la angustia, como doblegada por la humildad y la penitencia; el pesado y corto arco romano comprimió sus puertas, el recinto fué tenebroso y desnudo. Andando el tiempo, cuando el Cristianismo se alza triunfante, al soplo del espíritu florecen y se yerguen las torres; sobre la masa de granito se esparce como un hálito de amor que la anima y eleva; la flecha se lanza al cielo; la ojiva deja paso á la lumbré diurna descompuesta en tornasolados cambiantes; el pórtico se abre para recibir á la multitud devota; la rosa mística esplende, como gala nupcial, sobre el pecho de la doncella desposada, Jerusalem celeste, habi-

táculo de Dios. Bella es cuando nace, con su túnica virginal de piedra, con los follajes de sus chapiteles recién abiertos, con el brillo de sus dorados, de sus gayos colores; pero si la mano del tiempo derriba sus bóvedas y cuarteas sus muros, si los invaden ortiga, hiedra y jaramago, la melancolía y el abandono acrecentarán su hermosura.

La ojiva, pupila que sirvió á la Edad media para contemplar la luz del cielo, es un misterio arquitectónico. ¿Cuándo se abrió por primera vez? Dicen unos que en la más remota antigüedad, entre esos pueblos oscuros á quienes la historia comprende bajo la denominación de pelasgos; otros afirman que entre los árabes, legítimos padres de una arquitectura característica, ligera, transparente, henchida de poesía y gracia. Pero yerran: los árabes no pudieron concebir la ojiva. Sus arcos, más rebajados, más materiales, tienen algo del sensualismo del paraíso musulmán: son una herradura ó una prolongación horizontal ó perpendicular de las dos bases. La ojiva posee la gravedad, el espiritualismo de la teología católica. No nació siquiera en el país cismático, en Bizancio; metrópoli de la decadencia, Constantinopla no mereció engendrar el arte puro y creyente de los siglos medios. Es quizá lo más admirable de las catedrales la unanimidad del pensamiento religioso que se manifiesta en

sus detalles más mínimos, atestiguando la existencia de un pueblo entero de artistas, capitaneados por un genio, el arquitecto, cuyo nombre yace sepultado en el olvido. Sea por misteriosos pactos y compromisos de sus secretas cofradías masónicas, sea por humildad cristiana, los autores de tantos incomparables monumentos se ignoran en todas partes: en Germania, en Italia, en España, en Francia; y los planos de los templos se atribuyeron, en la misma época de su construcción, ya á los obispos, ya á los ángeles, ya al demonio. Cooperó el pueblo á la erección de las catedrales, unas veces retribuido, sin salario las más, acarreando materiales y sentando sillares: del ímpetu de fe que le encendía hay un testimonio, una carta escrita en el siglo XII por el abad Aimon á los monjes de Tutberga, documento que todos los historiadores citan; de tal manera conforma con la idea que tenemos de cómo se elevaron tan grandiosos monumentos. «Es inaudito prodigio»—dice la carta—ver á hombres poderosos, arrogantes por su origen, hechos á vida reglada, uncirse á un carro y acarrear piedras, cal, madera, cuanto se necesita para el santo edificio. A veces, mil personas de ambos sexos van uncidas á un carro solo, tan pesada es la carga; y sin embargo, no se escucha el rumor más leve. Cuando se paran en el camino, hablan, pero únicamente de sus peca-

dos, que confiesan entre rezos y lágrimas. Entonces los sacerdotes les exhortan á deponer los odios y perdonar las deudas; si alguno está tan empedernido que no quiere reconciliarse con sus enemigos y rechaza las exhortaciones piadosas, al punto lo desuncen del carro y lo expulsan de la santa compañía.»

Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexión y sentimiento: las catedrales son la más sublime expresión artística de la Edad media. En una particularidad convienen la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en elegancia y corrección á las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentimientos: hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el ático del Partenón lo que bajo las bóvedas de las catedrales. El Partenón es para nosotros ánfora volcada, urna vacía; sólo el erudito lo explica y comprende. La catedral, por desierta y desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos. Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan á la sombra de la catedral. Iníciase la época de prosperidad y desarrollo de la arquitectura ojival después de que transcurre el terrible año 1000; después de que la sociedad se cree segura de su existencia, y Europa de su unidad y poderío. Antes de tal fecha, es la historia de Europa acceso de pánico continuo, profundo, universal. Jamás atravesó la raza hu-

mana tan prolongado período de terror, tan duradera crisis de miedo é incertidumbre; ni semana tranquila, ni día seguro: plaga tras plaga, desastre tras desastre. Prescindamos del tiempo en que los bárbaros del Norte se derrumbaban periódicamente sobre la zona templada y meridional de Europa, sin más objeto ni propósito que destruir. No bien sus hordas movibles se fijan y aceptan la vida civil y social, otros azotes las reemplazan: los furibundos piratas normandos, los reyes de mar, los Lodbrogos, los Hastings, cuyas huestes se arrojan los niños, por solaz y recreo, de lanza á lanza. Cuando las barcas escandinavas, que en su figura imitan la del dragón ó la serpiente, asoman en el horizonte, entre la niebla que envuelve la costa; cuando resuena el toque agudo de las trompas de marfil, tiembla de pavor la ribera; los abades cargan con las reliquias, las mujeres con sus hijuelos, los hombres antecogen sus ganados, y la muchedumbre espantada se refugia al interior. Venían los temibles invasores de la region ártica de Noruega ó de las islas del Báltico: eran todavía paganos, adoradores de Odin: consideraban á los germanos que abrazáran el Cristianismo traidores y apóstatas, y desagraviaban á su ultrajada y sanguinaria deidad destruyendo cuanto podían, arrasando iglesias, dando pienso á sus caballos en los altares, asesinando clérigos

y monjes. Cuando incendiaban algun territorio cristiano, decían mofándose: — « Les hemos cantado la misa de las lanzas: comenzó de madrugada y terminó á la noche. » — Llegaban, cuando ménos eran esperados, en sus embarcaciones, frágiles, pero rápidas y obedientes al timón como el amaestrado corcel al freno; á Inglaterra abordaron en número tal, que pudieron apoderarse del reino todo, nó sin oprimir reciamente á los pobladores y quemar y entrar á degüello los monasterios. De tal suerte se atrincheraba y resistía el paganismo en las nebulosas y vagas regiones del Septentrión, cercando como cintura de hierro á la Europa cristiana. Los dioses de la mitología escandinava, expulsados de sus selvas, se refugian en los páramos glaciales, y no quieren morir aún. Hasta el año 1000 no aceptan los suecos el Cristianismo, que les impone Olao; hasta el siglo XII no se ven extirpados los restos del culto antiguo. En el X, la pagana Drahomira vierte la sangre de San Wenceslao de Bohemia; en el XI, perece en testimonio de su fe el príncipe Godescalco. Uladimiro el Grande de Rusia, que andando el tiempo depuso su antigua ferocidad y recibió el bautismo, ofrecía á sus ídolos, á fines del siglo X, sacrificios humanos. Uno de los pueblos que infundió más terror, por las crueldades y desafueros que acompañaban á sus correrías,

eran los húngaros, cantábanse letanías en las iglesias para pedir á Dios que libertase á los fieles de la furia de aquellos bárbaros, que á trueque de matar cristianos, abrían el vientre á las mujeres en cinta; y hasta que un rey santo, Estéban, mojó la cabeza de los magiars con el agua bautismal, no alborearon paz y cultura en el país que había de ser patria de Santa Isabel. Mas no eran los pueblos del Septentrión única amenaza, única pesadilla de Europa, ni solamente de las tristes regiones polares salían los invasores: también las comarcas donde nace el sol enviaban huestes devastadoras, alfange en mano. Tiempo hacía que los sarracenos acechaban á España: abrióles la traición sus puertas, y dueños ya de lo que fué solar de la monarquía goda, fijaron codiciosa mirada en las Galias: lograron establecer en Narbona una colonia: ante Tolosa los detuvo el duque Eudo, pero con dobladas fuerzas volvió á intentar Abderraman la conquista, no sólo de Tolosa, sino de toda Francia; y lo conseguiría quizá, á no presentarle el ejército de Cárlos Martel dique formidable — «una fortaleza de hieló» — dice el cronista: á dicha fué que los acorazados pechos resistieron la embestida, las agudas espadas francas segaron la miés sarracena, y Europa se salvó. No renunciaron sin embargo los árabes á caer de tiempo en tiempo sobre las Galias ejerciendo

el pillaje, ni de apoderarse de Provenza. Para contener un tanto sus atrevidas incursiones fué preciso el heroico esfuerzo de la renaciente nacionalidad española; pero á pesar del freno que España les impuso, de las costas púnicas salían continuamente flotillas de corsarios sarracenos, á infestar el Mediterráneo. Penetraron en Cerdeña, y por largo tiempo no alcanzaron á desalojarlos de allí los Papas. Las infelices villas del Mediodía hallaban á cada instante el fuego y el hierro dentro de sus muros; Marsella fué saqueada dos veces en diez años; Borgoña, Italia, hasta Suabia, sufrieron las rápidas embestidas de los infieles; la bella Sicilia cayó en su poder, y Palermo se convirtió en corte de emires. Aterradas las poblaciones de Calabria, se sometían al rey africano, y éste les ordenaba anunciar su próxima llegada á la ciudad de *Pedro el viejo*, á Roma, centro y luz de la Cristiandad. Y en efecto, presto las teas musulmanas incendiaron los arrabales de Roma. Refiere un cronista de la época, que cuando volvían cargados de botín los invasores, cerca ya de Palermo hallaron una barca tripulada por dos figuras sombrías, un clérigo y un fraile. —¿De dónde venís?— preguntaron éstos á aquéllos. —Volvemos de la ciudad de Pedro— contestaron: —hemos saqueado su oratorio, devastado el país, derrotado á los francos y quemado los conventos de San

Benito. Y vosotros, quién sois? — Quiénes somos? vais á saberlo, —respondieron los aparecidos; — y al punto se levantó furiosa tempestad, que tragó la flota entera. Afligido por las incursiones de los infieles á orillas del Tíber, decía el Papa al rey de Francia— «Corre sangre de cristianos: los que se libran del fuego y de la espada, son arrastrados á esclavitud, á eterno destierro. Ciudades, villas y aldeas perecen y se despueblan; los dispersos obispos no hallan más refugio que la Sede de los Apóstoles: los templos son guarida de bestias feroces. Ahora sí que es tiempo de exclamar: ¡Felices las estériles, cuyos pechos no amamantaron! —» Este gemido de dolor es el que por todas partes resuena en la primera época de la Edad media. Sí, la vida era triste y angustiosa para Europa, cuando ni en las costas ni en el interior era posible disfrutar instante de sosiego, ni sembrar grano de simiente sin rezelo de que sarracenos, escandinavos ó húngaros viniesen á quemar la ya granada miés; en que las madres criaban hijos para verlos partir encadenados y mutilados á la esclavitud, cuando nó muertos en sus mismos brazos. Siglos de zozobra y amenaza, tienden un velo de penetrante melancolía sobre las crónicas, las leyendas y las narraciones todas que de ellos proceden. Si consideramos semejante estado de perenne temor, unido al

heroico propósito de defensa que animaba á la cristiana Europa, pasma que existan historiadores capaces de acusar á la Iglesia, porque alguno de sus miembros tomó las armas para rechazar al enemigo. Sería absurdo en verdad que el Cristianismo, habiendo regenerado y constituido ya las naciones, tendiese el cuello á sus verdugos lo mismo que cuando habitaba las catacumbas de Roma. Fácil es decir hipócritamente al cristiano: sufre, perece, aniquílate.—¡Inicuo sofisma, que señala al Cristianismo, por desenlace y fin supremo, su propio exterminio, su desaparición de la haz de la tierra! La Edad media no conoció tan risibles escrúpulos, ni en aquellas edades lógicas los concebiría nadie: la Iglesia predicó paz, pero entre cristianos, pues no ignoraba que con los infieles no cabía paz ni concordia, que el duelo era á muerte, la lid sin cuartel; que el preciado depósito de la verdad y la civilización estaba en sus manos, y que los grandes civilizadores, como Carlomagno, habían menester empuñar el arado con una mano, la espada con otra. Aparte de lo cual ¿es admisible que el obispo y el sacerdote vivan fuera de la humanidad, y se mantengan enteramente ajenos á los intereses, temores y esperanzas de su grey, mostrándose indiferentes al naufragio social, ó, lo que es peor todavía, predicando la resignación, el abandono del niño, de la mu-

jer, de los seres débiles, que una vez presa del enemigo, apostatarán por salvar su vida? Peregrina y desusada prueba de egoismo daría en tal caso la Iglesia! No basta que el sacerdote enseñe: hay ocasiones en que la doctrina pide la acción. Cuando los sarracenos llegaron á adelantarse hasta los arrabales de Roma, un Papa, elegido precipitadamente para la sede vacante, Leon IV, se puso á la cabeza de ciudadanos y tropas, y encendiendo los ánimos con su denuedo, acorraló á los invasores hasta la orilla del mar. Al allanar los dinamarqueses sus monasterios, los monjes sajones se distribuyeron en dos bandos: viejos y niños abrieron las puertas á los piratas, y estóicamente se dejaron martirizar y degollar; pero los mozos fuertes, unidos con el pueblo, se parapetaron tras las macizas murallas conventuales, y se defendieron cuanto fué posible con flechas y piedras. En casos tan apretados, si el obispo es un anciano, un santo, se pone en oración, como nuestro San Gonzalo, y el mar se sorbe las naos del invasor, ó se alza un remolino de polvo que ciega á su ejército. Pero si es hombre robusto, arde su sangre, y estándole vedado manejar la espada, toma una maza, y con ella ejecuta proezas. Así unas veces muriendo y otras luchando, la Iglesia se asoció á las tribulaciones de los fieles, y su corazón latió al compás del de Europa.

A tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad media, hay que añadir la más profunda quizá: la alarma trágica del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnación de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. A medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruinas del potente imperio romano, también podían ver las del carlovingio, tan presto levantado como caído; dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luego, y Europa, después de aspirar á la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta fuga y susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que á fines del siglo X devasta á Europa el hambre, y un celemin de trigo se paga á peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aún eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana. A la puerta del convento en que Rábano Mauro distribuía á los indigentes víveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre

cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora, rompieron—á pesar del endurecimiento que causa la desdicha común—en copiosas lágrimas: pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya á arrojarse sobre el niño para devorarlo, cuando acertó á divisar, no léjos de allí, dos lobos despedazando á un cervatillo: atacólos y arrebatándoles su presa, se satisfizo y áun partió con la infeliz madre, que ya había recobrado los sentidos, la sangrienta vianda. Esta convivencia del hombre y el lobo era frecuente: la fiera bajaba á devorar los cadáveres que quedaban en las calles insepultos; pero el hombre le disputaba el corrompido manjar: en los mercados se feriabán miembros humanos, criaturas abiertas en canal y vaciadas como los corderillos para el asador. Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad media, cuyos síntomas consistían en desprenderse la carne de los huesos y caer podrida y deshecha. No es mucho que el orbe convirtiese la mirada al cielo, implorando piedad; que los reyes envidiasen á los monjes; que los claustros se viesen asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tantos horrores; que el pue-

blo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios ; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas , y que los ricos, esperando , según expresamente declaraban , el fin del mundo , legasen á las iglesias todo cuanto poseían. La actividad humana se había paralizado : ocioso fuera edificar ni labrar la tierra , cuando iba á deshacerse y aniquilarse al són de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió á la temida fecha sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba , y que el sol continuaba brillando en el cielo , y germinando los campos ; y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa. Sobre todo exultó el pueblo, porque había temblado más ; pues los grandes y los reyes—si hemos de estar á las indicaciones de las crónicas—redimidos del hambre por el oro , rezelaban harto menos la catástrofe. Etelredo de Inglaterra se hallaba muy ocupado en tratar con los dinamarqueses ; en Normandía, el conde Raul sometía á la liga de los villanos, infligiendo á sus jefes torturas atroces ; Oton de Alemania no se descuidaba en invadir á Italia, ni en ordenar el suplicio de Crescencio ; el emperador de Oriente, Basilio, arrancaba los ojos á los prisioneros de guerra cogidos en Bulgaria y Macedonia ; los reyes de Navarra y Castilla no cejando en la reconquista triunfaban en la

jornada de Calatañazor ; en suma , parece que los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud , bien poco en los grandes ; pero bastó , porque el arte que va á nacer saldrá del pueblo : arquitectura ojival , música ; poesía romance , todos los capullos prontos á abrirse , todas las ideas ansiosas de manifestarse , infundidas por la melancólica impresión del pasado y las esperanzas risueñas del porvenir , flotan en la masa popular , y sólo aguardan un instante de tranquilidad para desenvolverse : conjurado el fantasma del año 1000 , álzanse do quiera las catedrales.

La catedral , gigante de piedra , necesita voces que salgan del ancho pulmón de sus naves , y expresen la profundidad del sentir , la grave contrición , el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya , pero aislado , solitario ; los modos ambrosianos , aboliendo el ritmo , no habían logrado establecer la diafonía , la sucesion de sonidos , y aquel canto parecía huérfano , monótono , sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio : convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo , al elevarse desde el ábside hasta las bóvedas , como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo IX ; y pasada la época del terror , se propagó en las iglesias la gran sinfonía religiosa , el órgano. ¿ Cómo empezó ? Dónde re-

sonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe: ignorado como el de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros: y sin embargo, complicada y difícil debía ser la construcción de instrumentos tan colosales: el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen á los fuelles; el de Magdeburgo doce; el enorme de Winchester, setenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónico-religiosa, el órgano es la más acabada obra religioso-musical; sus múltiples armonías, que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes, alzan á un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda la catedral: la idea de lo infinito, contenida en sus sonos que pueden prolongarse y durar á medida del deseo, en su vibración ligada y misteriosa. A esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana. Hoy que en cualquier teatro ó concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad

media , contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía: meditaciones , éxtasis , clamores del alma sedienta de Dios : todos los cantos del poema religioso , y al mismo tiempo , la recobrada paz. Al disiparse el terror , al surgir las catedrales , ataviadas , animadas por la campana y el órgano , vestidas de luz y colores , comienza la segunda época de la Edad media , cuyo glorioso apogeo fué el siglo XIII.

En la última mitad de la Edad media , cuando las invasiones septentrionales y orientales cesan y Europa respira , abre la serie de los Pontífices un cultivador de las ciencias físicas , Gerberto , viajero incansable , que fué á aprender de los árabes el conocimiento de la naturaleza , que rebuscó y recogió y conservó cuantos libros antiguos hubo á la mano , y al cual sus astrolabios , esferas é instrumentos de cosmografía , costaron pasar plaza de mágico y hechicero. El siglo XI , sucesor de la sombría centuria décima , se estrena con un Papa sapientísimo. A su pontificado siguieron varios muy breves y turbulentos ; los Emperadores de Alemania , empeñados en dominar á la Iglesia , influían en las elecciones , disponían de la tiara. Es signo de los tiempos : en la escena del mundo van á presentarse nuevos actores : ya no son los bárbaros y el imperio romano , ya no son francos y sajones los que llenan la historia con sus luchas , sino

el Papa y el Emperador ; circunstancia que ella sola basta á distinguir el período que se inicia del que concluye. Personifica lá causa de la Iglesia en el siglo XI un varon ilustre, de extraordinario temple de alma , de carácter entero y privilegiada cabeza, Hildebrando; pero ántes de decir cómo dió principio á la obra que el siglo XIII completa , importa considerar cuánto era necesaria y fecunda la tarea que Hildebrando se impuso. Resalta en el cuadro de la Edad media la Iglesia , como elemento de unidad moral. A no ser por ella Europa no hubiera conseguido nunca descartarse de la anarquía y la barbarie , ni apartarlas de sí cada vez más , desterrándolas á los últimos límites de las fronteras asiáticas y africanas. Ahora bien : en el calamitoso siglo X, á vueltas de angustias y miedos, hambres y pestes ; á favor del desórden introducido por las facciones que hacían blanco de sus intrigas la tiara , la disciplina se había relajado y corrompido , depravándose las costumbres eclesiásticas. A fines del siglo algunos Obispos declaran en un concilio ser pastores de nombre no más , pues dejan perderse en el vicio las ovejas que Dios les ha confiado ; añaden que los monasterios , quemados y arrasados por los paganos, ó despojados de sus bienes , apenas guardan vida regular ; que ni monjes , ni canónigos , ni religiosas , obedecen á sus legítimos superiores , y que hay

conventos que son mandados por un abad laico, que mantiene familia, soldados, caballos y perros. Para comprender cuál sería á la sazón el estado interior de la Iglesia, no hay como leer detenidamente los cánones de los concilios. El de Augsburgo, en el siglo X, prohíbe á los laicos arrojar de las iglesias á las personas encargadas por el obispo de custodiarlas; veda á los sacerdotes tener mujeres consigo, jugar á juegos de azar, sostener lebreles y halcones, y depone á los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos que contraigan nupcias. El mal persiste, y bajo Silvestre II el concilio de Poitiers renueva á los eclesiásticos la prohibición de habitar con mujeres; el de Denham les recomienda el celibato; en el de Pavía, Benito VIII, después de largo sermón contra la incontinencia, les ordena expulsar á sus mancebas, y reduce á la esclavitud é incapacita para heredar á las criaturas nacidas de tan nefandas uniones: el concilio de Bourges impone, como el de Augsburgo, deposición y degradación por el propio delito; Clemente II se ve obligado á estatuir penas severísimas contra la simonía; Leon IX las confirma, pero atenuándolas, porque, á aplicar en todo su rigor los cánones, la Iglesia se hubiera visto privada de un número excesivo de ministros: tantos fueron los que se hallaron reos de la misma culpa. En Reims, en Mayenza, en Roma, el Santo Pon-

tífice truena otra vez contra la incontinencia y la compra y venta sacrílega de bienes espirituales. En suma, hasta monótonos son los concilios del siglo XI, por la repetición continua de los mismos clamores y anatemas contra los mismos pecados. Inaugura su pontificado Víctor II deponiendo á varios obispos convictos de simonía ; poco después, reúne el concilio de Tolosa, sólo para discurrir en la manera de extirpar tan indigno tráfico : el monje benedictino que le sucede, Estéban V, ocupando la Sede menos de un año, tuvo, sin embargo, tiempo de legislar contra los escándalos de la incontinencia ; Nicolás II, al condenar los errores de Berengario sobre la presencia real, dispone que nadie asista á la misa del clérigo concubinario ; en Tours condena nuevamente los excesos de los tonsurados ; otro tanto practica Alejandro II. La serie de estas disposiciones, su continuidad por espacio de dos tercios de siglo, prueba cuán grave era el daño, cuán honda la úlcera, cuán difícil la cura. A gran empeño gran valor : vino Hildebrando.

Hildebrando, nacido en Toscana, hijo de un carpintero, vivía monje cluniacense. Por sus luces, por su celo era, tiempo hacía, director de la Iglesia: Leon IX, Víctor II, obedecían sus consejos : desde su celda gobernaba el mundo. Ardía en deseos de purificar el cuerpo eclesiástico ; pedía á Dios que le arre-

batase la vida , siempre que no pudiese ser útil en algo á la madre común de los fieles. Su alma vehemente se deshacía en ansias de reforma ; rebosaban sus palabras calor del espíritu. — « Sólo una cosa solicitamos » — decía : — « que los impíos se conviertan ; que la Iglesia, pisoteada, desmembrada, cubierta de confusión, recobre su antiguo esplendor ; que Dios sea glorificado en nosotros , y que nosotros , con nuestros hermanos y aún con los que nos persiguen , lleguemos á salvarnos. ¡ Desafia el soldado la muerte por salario vil, y hemos de rezelar nosotros afrontar la persecución por la vida eterna ! » — Con tales propósitos y resolución acometió la empresa intentada por sus predecesores , cuando ciñó su frente la tiara y se llamó Gregorio VII. Tres lazos carnales y mundanos ataban á la clerecía : tres raíces la pegaban al suelo, impidiéndola ascender á las puras regiones en que deseaba Hildebrando colocarla : la mujer, el oro, el temor y acatamiento nimio de las potestades civiles. Lazos que rompió, y de un solo empuje , la vigorosa mano del Papa : no se paró á desatar el nudo gordiano ; lo cortó. Las consideraciones que habían detenido á Leon IX, el temor de que Cristo se quedase sin ministros si castigaba á todo simoníaco y escandaloso, no influyeron en el ánimo de Hildebrando. Desde el momento mismo de su elevación al solio, que fué por unanimidad,

por sufragio de la muchedumbre que se precipitaba á san Juan de Letrán aclamándolo Papa mediante la voluntad de san Pedro, manifestó á Enrique IV, el emperador alemán que pretendía elegir Papas dotados de *entrañas paternas para la fragilidad humana*, que lo descargase, si era posible, de tan grave oficio, advirtiéndole que donde nó, sobrevendrían discordias entre las potestades imperial y pontificia, por no hallarse dispuesto á tolerar abusos. Pero brillaba tan refulgente la legitimidad y autoridad canónica de la elección del nuevo Papa, que no pudo el mismo Enrique hallar camino de revocarla. Afianzado en su silla, dió principio Hildebrando á la gigantesca reforma: recorrió Italia persiguiendo la corrupción y el delito hasta sus últimos baluartes; no se contentó con imponer, á ejemplo de sus predecesores, penas generales, sino que escudriñó hasta dar con los individuos culpables, y excomulgó por sus nombres á los obispos indignos, á los presbíteros simoniacos, y resuelto á arrancar de raíz la zizaña para echarla al fuego, dispuso definitivamente el celibato eclesiástico. Con todo, este hombre austero, rígido, inflexible, propuesto á ofrecer á Cristo una Iglesia libre y pura, no fué nunca ajeno á piedad é indulgencia. Los dóciles á la reforma hallaban en él padre amoroso: cuidó de exceptuar de la excomunión á niños, mujeres, inferiores, á todos los seres sujetos

á obediencia y no enteramente dueños de su albedrío; su clemencia con el hereje Berengario sorprende á los historiadores, atendidos los hábitos de la época. Dulce y benigno con los humildes, con los poderosos es de hierro Hildebrando. Un aliado tuvo: san Pedro Damíán, misionero infatigable que á su vez no cesa de cruzar las comarcas italianas, predicando la reforma con indignada y ardiente elocuencia, insultando á las mujeres causantes de la prevaricación de los clérigos, empleando ya la sátira, ya la amenaza, describiendo á los que, por alcanzar el episcopado, se degradan hasta ser bufones ó parásitos de los príncipes, á los prelados hambrientos de oro y grandezas.—«Apodérase de mí repugnancia invencible»—exclama en un arranque digno de Juvenal—«cuando enumero estas orgulosas nimiedades, que mueven á risa, es cierto, pero á risa que trae de la mano el llanto.»—No bien hubo S. Gregorio VII acrisolado, saneado y purificado su Iglesia, sintióse fortalecido y capaz de hacer frente al Emperador de Alemania, y aún á todos los reyes del mundo. Por sistema quería el Imperio inmiscuirse directa é indirectamente en la investidura de los cargos eclesiásticos, y atribuírsela en concepto de fuero de la corona. El Papa, vencedor en la lid contra las pasiones más potentes en el corazón humano, no temió medirse con el mayor poder de la tierra, el Imperio, refor-

zado en esta ocasión por el feudal, pues creyéndose los señores dueños del privilegio de investir á los prelados confiriéndoles el anillo y el báculo, defendían la prerogativa, cuyos frutos eran duplicar el número de opresores para una sola víctima, el pueblo.—«Pues qué!» exclamaba con toda la energía de su alma recta Gregorio VII—«la mujer más miserable puede, según las leyes de su país, elegir esposo, y la Esposa de Cristo, inferior á la última esclava, ha de recibir el suyo de ajena mano?»—Y fulminó doble excomunión sobre los laicos que confiriesen la investidura, sobre los clérigos que de laicas manos la recibiesen,

Era Enrique IV antagonista de Hildebrando, príncipe violento y licencioso, corrompido desde su juventud con las adulaciones del obispo Adalberto que, por mejor dominarlo, lo pervirtió con indulgencia culpable; los primeros actos de su realeza fueron entrar á Sajonia á fuego y sangre; y por que no le faltase señal alguna de tirano, juntó á la dureza de entrañas la liviandad y el vicio. Después de imponer férreo yugo á los sajones, se revolvió envalentonado contra la Iglesia, porfiando en dar la investidura á no pocos obispos, y el rayo de la excomunión cayó sobre él, y Alemania, acostumbrada á dominar en Roma por medio de los Césares, vió con asombro que Roma, volviendo por sus franquicias, les

declaraba la guerra. Así aprovechó Hildebrando la primer coyuntura de protestar contra el poder ambicioso que, no contento con hostilizar á la Iglesia, se hacía cómplice de sus interiores enemigos, fautor de sus desórdenes. Nombrados por los emperadores y los barones feudales, eran los obispos alemanes instrumento dócil en manos de la autoridad civil, ministros de sus voluntades; y el Estado compraba su ayuda á precio de vergonzosa tolerancia. En pocas naciones halló el celibato eclesiástico propuesto por Gregorio VII, los obstáculos que en Alemania: el futuro país de la Reforma protestante no quería admitir la reforma católica, la medida salvadora que un autor heterodoxo, Michelet, encomia con su elocuencia habitual, diciendo:—«¿Acordarás del pueblo que adoptó según el espíritu aquél á quien la naturaleza dió hijos según la carne? Prevalecerá la paternidad mística sobre la otra? Bien pudiera el sacerdote privarse para dar á los pobres: pero ¿ha de privar á sus hijos? Y cuando resistiese; cuando el sacerdote venciese al padre; cuando cumpliese todas las obras del sacerdocio, aún sería de temer que le faltase el espíritu. Nó: hay en el más santo matrimonio, en la mujer y en la familia, algo que enerva y reblandece, que rompe el hierro y dobla el acero: el más firme corazón pierde algo... Adios Cristianismo si la Iglesia, reblandecida y prosaizada en el ma-

trimonio, se materializase en la vinculación feudal: desvanecíase la sal de la tierra, y se acababa todo. Ni más fuerza interior, ni más aspiración al cielo; nunca semejante Iglesia hubiera erigido la bóveda del coro de Colonia, ni la flecha de Estrasburgo; no hubiera producido el alma de san Bernardo ni el penetrante genio de santo Tomás; hombres de tal especie necesitan el recogimiento solitario.»

A la excomunión de Hildebrando contestó Enrique declarando depuesto de su Sede al Papa. Cencio, prefecto de Roma, adicto al Imperio, no temió penetrar en el templo cuando Gregorio cumplía los santos ritos de Navidad, y, asiéndole por los cabellos de su consagrada cabeza, arrastróle á una prisión. Pero el pueblo, que había aclamado á Gregorio, que no ignoraba ser una misma su causa y la del Pontífice, atacó la fortaleza, sacó al Papa en brazos, y lo llevó al templo otra vez para que terminase el interrumpido sacrificio de la misa: y hubiera despedazado á Cencio, á no salvarle el magnánimo perdón del ofendido. Mas al caer sobre Enrique la maldición espiritual, todos sus enemigos, los duques de Suabia, de Baviera, de Carintia, que hasta entonces respetaban en él la autoridad soberana, se unieron en liga formidable, acordando convocar una dieta en Augsburgo, con asistencia del Romano Pontífice. No esperó Enrique el estallido de la

tempestad, la reunión de la dieta en que la excomunión iba á costarle la corona; y en mitad del invierno, hallándose los caminos cubiertos de nieve, pasó los Alpes acompañado de su mujer y de su hijo, criatura de dos años, y buscó á Gregorio en Canosa, residencia señorial de su fiel amiga la condesa Matilde. Con los piés descalzos, vestido de un sayal, aguardó tres dias en el patio del castillo, que la nevada alfombraba sin cesar de blancos copos; el Papa se resistía á recibirle, entendiendo hartó el origen y consecuencias de la tardía sumisión, hija, no del arrepentimiento, sino de la razón de Estado y del temor político; pero Matilde, compadecida del humillado Rey, intercedió, y se abrieron al fin las puertas de la cámara papal. Salió de allí el Emperador absuelto, pero sonrojado, furioso, más decidido que nunca á habérselas con la Iglesia: hechura suya fué el antipapa Clemente; obra suya la necesidad en que se vió Gregorio de encerrarse en el castillo de Santángel. Libertólo Roberto Guiscardo, descendiente de aquellos piratas normandos que incendiaban monasterios; y el Papa aprovechó la libertad en cumplir piadosa peregrinación á la tumba del abad de Montecasino, de San Benito, que también había arriesgado la vida lidiando con la relajación y el crimen. Presto debían reunirse los dos atletas de Cristo: Gregorio VII fa-

llece á poco en Salerno, y son sus últimas palabras: — « Amé la justicia, detesté la iniquidad; por eso muero desterrado. » — Más triste fin aguarda á su enemigo Enrique, combatido por uno de sus hijos, depuesto por el otro, vendido por su mujer, abandonado de todo el mundo, hasta perecer de hambre á las puertas de un templo por él mismo erigido, y donde le fué rehusado el puesto más humilde y un pedazo de pan.

Si Gregorio VII acaba desterrado, no vencido, sus principios quedan incólumes y fundada la gran teoría del poder eclesiástico. Planteóla con todo el vigor y claridad de su entendimiento, con toda la energía y firmeza de su carácter. Según lo expuesto por Gregorio VII, la Iglesia debe ser independiente de todo poder temporal; el ara pertenece al sucesor de San Pedro; la espada del príncipe es cosa humana; el altar procede de Dios. Importa que la Iglesia viva libre y señora de sí, porque al Emperador concierne lo profano, y lo espiritual al Papa; distintas cosas son el Estado y la Iglesia; y así como es una la fe, la Iglesia es una, uno su Jefe, unos sus miembros; da la Iglesia forma visible á la religión, como el cuerpo al alma; y al modo que el cuerpo precisa comer para sustentar el espíritu, así necesita la Iglesia, para sostenerse, sus dominios temporales. Si han de prosperar Iglesia y Estado, fuerza es.

que se unan y asocien para conseguir la pacificación del mundo: dos luminares puso Dios en el cielo: sol y luna; el sol es el Papa, la luna es la potestad civil; y bien como la luna debe al sol la luz que derrama, reyes y príncipes reciben del Papa su autoridad, y el Papa la recibe de Dios: el rey está sometido al Papa: la Iglesia es tribunal divino, que señala los senderos de justicia; Cristo le ha conferido la potestad de atar y desatar, y el Papa, representante de Cristo, es superior á todos. Así habló Hildebrando.

Profunda concepción política, que tendía no precisamente, como suele decirse, á crear vasta teocracia, sino á imponer al Estado civil, bárbaro, feudal, la dirección del poder más inteligente, más puro, más moral de la tierra; á ordenar la marcha de las naciones según las enseñanzas y doctrinas del Cristianismo. Al afirmar la primacía pontificia, el insigne Hildebrando ata el roto hilo de la tradición apostólica, de los Concilios, de los apologistas y doctores, Tertuliano, Optato, San Cipriano, San Agustín, San Gregorio de Nisa: tradición que es mera consecuencia del principio de unidad que á la Iglesia informa. La Iglesia no puede fraccionarse; la idea fundamental del Catolicismo es contraria á las iglesuelas nacionales, necesariamente sometidas al influjo corruptor del Estado, sujetas á las imposiciones y caprichos parciales

del feudalismo, á la profunda y absorbente tiranía monárquica, á la fuerza bruta, á la violencia, que rompe en pedazos la túnica inconsútil de Cristo. Mirada la cuestión desde el punto de vista humano y político, la Iglesia debió á su organización coherente y vigorosa el poder mantenerse firme, unánime y pujante, y resistir y sobrevivir al Imperio, á las invasiones de los bárbaros, y conservar libertad y eficacia, y ejercer legítima y decisiva influencia en leyes y costumbres. Cuando á los funcionarios del Estado, á los municipios romanos, á los mismos emperadores, señoreaba honda apatía y desaliento y huía de sus negligentes manos el poder, apareció el cuerpo eclesiástico animado de inextinguible zelo, aliento y vida. Sólo el clero era moralmente fuerte: fué poderoso; y la médula y nervio de tal poder consistía en su carácter espiritual. Materialmente no hay cosa más endeble que la Iglesia. ¡Cuán superior en pujanza se muestra Enrique IV á Hildebrando! Tenía en su apoyo las tradiciones del imperio romano, la fuerza del feudalismo; Hildebrando ni aún era dueño de Roma: un prefecto de la ciudad, un alcaide, pudo arrastrarle de los cabellos al pié del ara. Pero Hildebrando estaba armado del espíritu: cuando Enrique se prosternó á sus plantas en Canosa, la fuerza material confesó la victoria de las omnipotentes é incoercibles ideas. Cualquiera

príncipe de los que la Iglesia anatematizaba para enfrenarlos y convertirlos al cumplimiento de su deber, era señor de más tropas que el Pontífice romano; y aún por eso fué necesario á la Iglesia un dominio independiente, una soberanía temporal, que en algún modo protegiese la vida y seguridad de los Papas. Así opinó Roberto Guiscardo, y, sobre todo, la condesa Matilde, mujer singular y heroica, que en aquellos siglos de orgullo feudal y nobiliario se alió al hijo del carpintero de Toscana para contrarrestar el feudalismo y el cesarismo. Era la condesa Matilde la mayor potencia de Italia: dueña de Toscana, de Luca, de Parma, de Módena, de Reggio, Ferrara, Mántua, Cremona y Espoleto, con innumerables feudos más, su diadema de diez y ocho perlas equivalía á la corona cerrada de un rey, y los servicios que prestó á la Iglesia y á la prosperidad de Europa no son inferiores á los de la merovingia Clotilde. Al morir, legó á la Santa Sede sus vastos Estados, proporcionándole así la garantía indispensable para ejercer libre y pródicamente su acción tutelar sobre la Cristiandad.

Conviene hacer memoria de que, antes de reclamar el derecho de dirigir moralmente á los cristianos, Gregorio VII comenzó por depurar la Iglesia, elevándola sobre los humanos intereses; labor titánica, cuando según el dicho de San Pedro Damian, era más

fácil convertir á un judío que á un simoníaco; cuando la simonía descarada, la primera y última de las herejías, intentaba corromper hasta al mismo reformador, al propio Hildebrando. Si la Iglesia aspiraba á reformar al mundo, justificó la pretensión reformándose ante todo á sí propia; caso que jamás se vió en ninguna potestad laica. Del afán de mostrarse irrepreensible y santa para santificar al universo con sus ejemplos y autoridad, se origina la tempestuosa cólera que encienden en los Santos los pecados de los eclesiásticos, el enojo, el furor, las invectivas con que los reprendieron. Por eso, en el tiempo en que los monjes cluniacenses vivían envueltos en lujo y molicie, quiso San Bernardo que los del Císter profesasen pobreza, y ni en los ornatos de las iglesias admitiesen oro ó plata: y más adelante, sucediendo que los mismos reformados del Císter se desvivían por poseer señoríos y rentas, Alejandro III alzó su voz contra ellos. Ni sólo en los monjes censuró San Bernardo el oro: escandalizóse al verlo brillar en el freno y jaeces de las monturas episcopales. Pedro de Blois lamentaba amargamente que las rentas eclesiásticas, que habían de servir para alivio de la miseria de los pobres, se empleasen en delicados manjares, lisonja de la gula. Adriano IV preguntó cierto día á su compatriota, el docto Juan de Salisbury, lo que pensaban las

gentes de él y de la Iglesia Romana; y Juan de Salisbury, sin pararse en barras, contestó categóricamente: «El pueblo se queja de que edificais palacios mientras los templos se desmoronan; de que usais púrpura, mientras los altares están desnudos.... El azote del Señor no cesará de pesar sobre vosotros mientras continúeis marchando por esa vía. Toda vez que me apurais, declaro que debe hacerse lo que enseñais, y no lo que haceis; ya que realmente, quien se aparta de vuestra doctrina, es hereje ó cismático.» — Alabó el Papa la generosa franqueza del filósofo, y trató de aplicar algun remedio á los males que lamentaba. Pero nadie se expresó con más crudeza y energía que el anacoreta Pedro Damián, colaborador en la reforma de Gregorio VII. Hay que leer sus declamaciones fogosas contra el matrimonio de los clérigos, sus diatribas, sus maldiciones á las mujeres cómplices del desorden, á quienes llama— «seductoras de clérigos, cebo de Satanás, espuma del paraíso, veneno de las almas, espada de los corazones, buhos, lobas, sanguijuelas.....» — La palabra era libre cuanto el espíritu sumiso, la voz imperiosa y tonante de los reformadores salía de la garganta de la Iglesia, lo mismo en el siglo de Hildebrando que en los que siguen; varones devotos, henchidos de santidad, ó apologistas del Cristianismo, se suceden denunciando el escán-

dalo, y las sátiras más sangrientas brotan de los labios de Jacopone, Dante, Gerson, Alvaro Pelagio. Admirable fuerza regeneradora la de la Iglesia, que así se renueva interiormente y de suyo.

Al rehacerse, la Iglesia rehizo la moral social. Quien considere el oficio que desempeñó respecto de la civilización, y la contemple en su lucha secular con paganismo y barbarie, y cuente y registre sus nunca interrumpidos trabajos en pró del bienestar moral, intelectual y material del orbe, comprenderá la teoría de Gregorio VII. La benéfica acción de la Iglesia no es artificiosa tesis histórica; es hecho inmenso que salta á los ojos de todo aquél que lea y medite y estudie sus doctrinas, y atienda á un irrecusable testimonio, los cánones de los Concilios, legislación incesantemente perfeccionada, código progresivo fundado en bases de eterna equidad. La tradición de la Iglesia autorizaba las decisiones de tan augustas asambleas, de modo que la ley de ellas emanada, poseía, amén del carácter coercitivo, otro ético y sagrado: cuando habla el Concilio, habla el Espíritu Santo. No se limitan los Concilios á definir el dogma: corrigen las costumbres; y esto desde su origen. Un cánón de nuestro Concilio de Elvira, en el siglo IV, impone ya siete años de penitencia á la mujer que haya inferido á su sierva lesiones mortales; estatuye penas contra

los que rompen el lazo matrimonial , contra los sacerdotes envueltos en la usura y negocios mundanos. Al paso que van reprimiéndose las herejías y estableciéndose la disciplina , cuestiones prácticas reclaman la atención de los Concilios. Del siglo IV es también el canon del de Cartago que ordena honrar á pobres y viejos ántes que á las demas personas, y que dádiva alguna del opresor de los pobres sea recibida en la Iglesia , así como el de Toledo que excomulga al poderoso si despoja á un pobre y no restituye. En el siglo V , el primer Concilio de Orange establece una de las instituciones más piadosas de la Edad media , el derecho de asilo , prohibiendo entregar á los esclavos fugitivos que ofendieron á sus amos y se refugian en las iglesias ; el de Agda , que legislaba durante la dominación de Alarico, dispone que la Iglesia tome bajo su protección á los libertos, excomulga á los homicidas, atiende á la suerte de los niños expósitos; el de Épaona condena al amo que mate á su esclavo ; el V de Orleans manda á los arcedianos visitar todos los domingos á los prisioneros, y á los obispos cuidar de que nada falte á los leprosos; el III de Lion reitera el mismo encargo; el de Macón resuelve que los obispos tengan franca su puerta para extranjeros y pobres ; y veda á los clérigos presenciar ejecuciones capitales; el III de Toledo vuelve á ocuparse en favorecer á los esclavos ; el de Reims,

más radical , reprueba que á nadie se esclavice; el IV de Toledo , censura que se obligue á los judíos á abrazar el Cristianismo por fuerza; el XI depone de su dignidad , para siempre , al eclesiástico que asiste á una sentencia de muerte, ó castiga á cualquiera mutilándolo; el IV de Braga, impide á los obispos affligir con ninguna corrección corporal á sus subordinados. En los numerosísimos concilios de la Iglesia española se hallan repetidos cánones que tienen por objeto amparar y preservar de la muerte á las mujeres é hijos de los difuntos reyes godos: precaución bien necesaria en aquellos tiempos de desapoderada ambición, cuando los parientes del rey que muere se proponen extinguir su descendencia , como se vió en las dinastías merovingias. Igual espíritu de piedad va inspirando á todos los Concilios; el de Berbería prohíbe, al que casó con esclava , repudiarla por su clase; el de Verneuil, ordena á jueces y condes soberanos que juzguen , en primer lugar , la causa de la viuda y del huérfano ; el de Nortumberland exhorta á grandes y ricos á la justicia; el de Arlés, previene que en épocas de hambre se repartan víveres á los pobres. Presenta la serie de los Concilios diferencias merecedoras de ser notadas: atentos, al principio , á definir dogmas, á establecer la disciplina y liturgia , á confutar monstruosas herejías que en los primeros siglos abundaron , les vemos , cuando arrecia la

barbarie y la violencia manda, proteger esclavos, mujeres y niños, dulcificar los códigos, atajar las mutilaciones y suplicios; del siglo VIII al IX, al renacer las letras, sin dejar de mirar por las buenas costumbres de la clerecía, proveen á la instrucción pública ordenando á los obispos leer la Escritura Santa, estudiar, fundar escuelas, dar á los monasterios superiores sabios; y al llegar las centurias X y XI, su tarea es batallar con los vicios eclesiásticos, sin descuidar por eso la causa de los débiles y menesterosos. Pues este continuo grito, clamor perenne de justicia, que tanto consuela oír resonar en edades alborotadas y oscuras, explica harto el predominio social de la Iglesia, fundado en los principios nuevos, humanitarios y fecundos que sustentaba. Profesábalos desde su fundación, pero hasta la Edad media no le fué dado comunicarlos.

No bastó que los santos de los primeros siglos se consagrasen, con perseverancia invencible, al rescate del esclavo, sino que la Iglesia, en cierto modo, le hizo inviolable por medio del derecho de asilo, franqueando sus puertas y consagrando un circuito, por lo regular de treinta pasos á la redonda, para que proscritos y perseguidos, acosados como fieras, tuviesen seguro refugio en épocas vengativas y crueles. Único contrapeso al poder de la espada era la Iglesia; á no existir ella, el mundo se hubiera visto entregado á la tiranía

de la fuerza material. Aún no llegó á más que contrapesar la espada: subyugóla, poniéndola con la caballería al servicio de los oprimidos; con las cruzadas, al de la fe. Mediante una Orden religioso-militar, redimió, ennobleció á los parias de la Edad media, los aborrecidos *gafos*: el gran maestro de San Lázaro era un leproso. Pero al señalar fin ideal á la guerra, se anticipó á enseñar lo que nuestro siglo cree haber descubierto, á saber: que el estado normal y natural de los pueblos cristianos es la paz. Toda circunstancia fué ocasión de predicar paces: epidemias, sequías, hambres, sirvieron de ejemplo que ablandase los corazones: y no pudiendo obtener pacificación completa, instituyó, á lo ménos, la Iglesia un respiro, la *Tregua de Dios*. Acatábase la tregua de Adviento á la Epifanía, del domingo de Quincuagésima á Pentecostés, en las Témporas, en casi toda fiesta del año, y cada semana, desde la tarde del miércoles á la mañana del lunes. Mientras duraba, á nadie era lícito ir armado ni reñir; suspendíase toda contienda. El señor que infringía la tregua, perdía su feudo; el siervo, la mano derecha. En templos, claustros, aldeas, molinos y caminos, guardábase la tregua perpetuamente, y lo mismo en las personas de los eclesiásticos, peregrinos, judíos, mercaderes, mujeres y labradores. Señalada obra de misericordia que dió gran fruto, y no redundó en menor gloria de la

Iglesia, porque en algunas partes fuese la tregua violada, y porque iracundos señores feudales la escarneciesen, y el sanguinario trovador Beltrán de Born hiciese gala de no respetarla. No anduvieron las potestades seculares tan poco avisadas, que no comprendiesen la profunda equidad y sabiduría de la *Tregua de Dios*, y que no estableciesen á su vez la *paz pública*, cuya infracción castigaba Federico I con pérdida de la vida.

Y en quién sino en la Iglesia habían de poner su esperanza multitudes humanas, que dependían de la protección y capricho de un señor? Ay de ellas, si por su mal, el árbitro de sus destinos no se amarraba al dulce yugo de la Iglesia! Y, ay tambien de él si sus desafueros y maldades atraían sobre su cabeza el rayo de la excomunión! Ni amigos, ni aliados, le mantenían su fe, ni los vasallos mismos perseveraban en rendirle pleito homenaje. Aun para conseguir tales efectos no era preciso el anatema eclesiástico; bastaba la maldición de algun solitario ó eremita: la cólera divina pesaba entonces sobre el castillo y el señor; apartábanse de él sus deudos, y sus hombres de armas se negaban á seguirle á la lid; hasta después de muerto el opresor, la fantasía popular encerraba su gimiente sombra en el torreón testigo de sus crímenes. A veces la fe inmuta y reblandece el alma de riesgo del señor; baja de su nido el buitre feu-

dal , corre al templo , se confiesa públicamente, se hace azotar por mano del clérigo, distribuye sus bienes á los pobres , funda un monasterio , y vuelto mansa paloma , edifica á los que ántes escandalizó. El fiero conquistador Canuto, de vuelta de una peregrinación á Roma, convocó á sus súbditos para darles la regocijada nueva de que en lo sucesivo los gobernaría con justicia y caridad.

La Iglesia tendía asimismo su manto protector sobre el peregrino y el viajero ; los Concilios se oponían á que se impusiese á los mercaderes nuevos tributos y peajes, y excomulgaban á quien hiciese en algun modo peligrosos los caminos ; para viandantes se fundaron los primeros hospicios , regidos por monjes ; y así fué creciendo la actividad y prosperaron las relaciones comerciales entre pueblos diversos. Con no ménos empeño fomentó el progreso científico. Carácter de deber religioso dió á la creación de escuelas; los monasterios sirvieron de asilo á toda cultura : las universidades nacieron á la sombra del poder eclesiástico. Tanto miró por el bienestar y subsistencia de los estudiantes en las ciudades escolares, que hasta con penas espirituales combatió la carestía del hospedaje y alimentos. De la enseñanza hizo , anticipándose á la Edad moderna, sagrada magistratura ; y el catedrático tuvo autoridad teológica y competencia en materias eclesiásticas. So-

bre tantos beneficios descuella uno mayor, el establecimiento de la justicia social fundada en incommovible base: la igualdad. Uno es el derecho de la Iglesia, uno su dogma; así como en Adán pecó todo el género humano, también fué redimido todo en Cristo: de donde se sigue que toda alma tiene á las ojos de la Iglesia el mismo valor. Consecuencia de esta idea es la solidaridad de los fieles. En qué hade estribar, según la Iglesia, la nobleza? en lo único sustancial: el cumplimiento de la ley de Dios, el mayor grado de obediencia á la voluntad divina. Clemente IV explica al arrogante rey de Hungría como lo que suele entenderse por nobleza es mero accidente, institución humana, y como todos los hombres son iguales ante la mirada de Dios; Gregorio VII declara á Alfonso de Castilla que no es vergüenza fiar altos cargos á hombres de bajo nacimiento: y nadie lo podía asegurar mejor que quien desde un taller de carpintería ascendió al más elevado sólio de la tierra. En efecto, la Iglesia, no contenta con predicar igualdad, la practica; el Pontificado es accesible á las últimas clases sociales; el nacimiento hace al baron y al rey, la capacidad al obispo y al Papa; en edades aristocráticas, la Iglesia no reconoce privilegios de sangre. Cuando san Gregorio andaba empeñado en separar de su amante á Pedro de Aragon, entre otras razones alegaba una que por sí sola

alcanza á demostrar la natural equidad profesada por la Iglesia : era la mujer esposa de un vasallo ántes de seducirla el rey, y el Papa advierte á éste que la fidelidad ha de ser recíproca entre vasallos y señores, y que el señor la viola indignamente quitando al vasallo su esposa. Concebido así, el derecho feudal es lo que debe ser moralmente, contrato ; y si el señor recibe esta enseñanza, convertiráse de tiranuelo en hermano de armas de sus siervos, y llegará hasta exponerse á las flechas sarrazenas por defender la vida de un vasallo.

Al cristiano concepto de esencial igualdad humana, se debieron leyes más equitativas, procedimientos judiciales ménos feroces, y una ámplia y filosófica idea del derecho. La Iglesia enseñó á castigar por corregir, no menos que por justa vindicta. Un Papa dijo que ni en ley divina ni humana es lícito el tormento ; y que si algun valor se atribuye á la confesión del reo, ha de ser voluntaria. Un Concilio fué el que declaró que—«el fin de la pena es la enmienda.»—Hemos visto cánones prohibiendo á los eclesiásticos asistir á ejecuciones capitales : repugna al espíritu de la Iglesia el derramamiento de sangre : con repetidas providencias trató de desarraigar una de las prácticas jurídicas más atroces, la mutilación ; resabio bárbaro tan tenaz y común, que los Concilios hubieron de vedar expresamente que al monje pecador le sean arranca-

dos los ojos. No pudo la Iglesia cosechar á la vez todo el fruto de sus desvelos : largos años pasaron antes de que la tregua de Dios mudase el estado de guerra perenne en estado normal de paz, y el solemne combate judicial se redujese al vergonzante y clandestino duelo moderno, cesase la piratería y se multiplicasen los hospitales y establecimientos de beneficencia. Si pronta es la destrucción, despaciosas y lentas son siempre las mejoras.

Patente indicio de la humanidad eclesiástica,—sobre todo por recaer en quien recayó— es la tolerancia con los judíos. En ningún país sufrió menos la raza israelita durante la Edad media, que en Roma y demas países sometidos á la Santa Sede. Al ser elegido un Pontífice, le presentaban los judíos un ejemplar de su ley; hubo Papa que la tomó y la arrojó tras de sí, exclamando : — « Vuestra ley buena fué, pero mejor es la de los cristianos: » —y como para probar la verdad del dicho, la ley nueva usó de misericordia con la antigua. Por todas partes, en la Edad media, viven los judíos arrinconados, como arañas, en los tenebrosos ángulos de la sociedad ; desde allí tejen su telaraña de préstamo y usura , para cazar las moscas cristianas que se pongan á su alcance. Su frente se inclina al peso de la reprobación universal ; agobiados con impuestos y oprobios, cuentan los años por las persecuciones sufridas : en ellos se ensañaron los

emperadores paganos , Domiciano , Tito ; los cristianos, Constantino, Justiniano, Heráclio; Mahoma los cubrió de desprecio ; los magos persas los expulsaron. Habiendo crucificado al verdadero Mesías, fueron juguete de varios mesías apócrifos , que los mantuvieron en continuas alternativas de desesperación y esperanza. Cinco siglos después de derramar la sangre del Justo, equiparan á la ley mosáica la compilación del Talmud, y ésta les da la consigna de odiar á los cristianos , de empujarlos cuando estén al borde de un precipicio. Lentamente, recibiendo las piedras que el pueblo les arroja, los bofetones con guantelete de hierro que los señores imprimen en su rostro el día de Juéves Santo, va fermentando en su alma el odio callado y sombrío que tan de mano maestra pintó el gran trágico inglés: no les basta arruinar al cristiano, quieren inauditas represalias : ya no piden oro ; reclaman, como el Silock de Shakspeare, carne humana : en la historia de los siglos medios abundan procesos horribles, niños cristianos robados por los hebreos para crucificarlos con espantosos refinamientos de martirio : son tantos y tan unánimes los testimonios , que apenas cabe dudar de la aterradora autenticidad del hecho : el pueblo se venga con degollaciones en masa, con hecatombes de judíos : los reyes tratan de salvar á miles de desventurados ; pero la más especial protección á tan

detestada raza la dispensa la Iglesia : para el hebreo, como para el eclesiástico, es perpetua la *tregua de Dios*. Sólo en Italia se les permite adquirir tierras y poseerlas : únicamente en los Pontífices hallan benigno amparo : Gregorio IX prohíbe que los maten ; Clemente IV los defiende contra la fanática cruzada popular de los *Pastoruuelos*, que querían exterminarlos ; Alejandro II felicita á los Obispos de las Galias por no haber consentido que los cruzados maltratasen á los hebreos, añadiendo que los protegía—«por caridad cristiana, y á imitacion de sus predecesores.» —Inocencio III, y más tarde Clemente VI, prohibieron que se obligase á los judíos á recibir el bautismo contra su voluntad. Un santo, Hilario de Arlés, mostró tal caridad hácia los judíos, que cuando murió siguieron su féretro llorando. A su vez los Concilios respetaron la conciencia de los hebreos, prohibiendo el empleo de medios coercitivos para lograr bautizarlos.

Fué la Iglesia, en toda ocasión, poder civilizador y humano por excelencia : para esforzar y patentizar esta verdad, consideremos lo que hizo de la nación en que más directamente influyó ; lo que supo hacer de Italia. Quien acuse á la Iglesia de tentativas de dominio teocrático absorbente y exclusivo, puede desengañarse leyendo la historia de los países sometidos al Papado. Allí se formaron

primero los municipios y se conoció la libertad. Mientras en otras comarcas el poder señorial ahogaba las tímidas comunidades nacientes, ó renacientes, por mejor decir, Italia no pierde ni interrumpe la tradición de las suyas, y ve alzarse en su seno florecientes estados, prósperas repúblicas. La organización de las ciudades de Toscana y Lombardia se ajustó al modelo de las antiguas romanas: creáronse magistrados, que eran al par jueces, administradores y capitanes: hubo asambleas soberanas que decretaban, como el antiguo Senado, guerras y paces; los jefes electivos se llamaron Cónsules. Donde se respiraban tan precoces áuras de libertad, también se manifestó tempranamente el movimiento emancipador de los siervos. A mediados del siglo XIII, Bolonia declara que en una ciudad libre no debe haber sino hombres libres, y da por rescatado á todo siervo—«á honra de nuestro Señor Jesucristo.»—Imitaron el ejemplo de Bolonia no pocas ciudades más, y ya se deja entender por estas señas cuán escasa vitalidad poseyó en Italia el feudalismo, combatido, vencido y dominado por fuerzas superiores, las ciudadanías, el estado llano y el comercio: comercio viatorio, armado, militar, base de una aristocracia no inferior á la feudal en consideración y orgullo, pero en sus privilegios menos onerosa. Para impulsar el comercio, era preciso armar flotas, arrostrar peligros, limpiar de piratas las cos-

tas, y constituir, en vez de las trémulas y atrasadas villas feudales, ciudades bellas, abundantes y hospitalarias, gallardamente tendidas al borde del Adriático y del Mediterráneo; emporios de riqueza y arte, cuna del Renacimiento. Y como todas ellas reclamaban ser presididas por alguna autoridad, no impuesta violentamente, sino aceptada de grado y por convencimiento, ejerciéronla los Obispos. Era el Obispo protector nato de la ciudad; él había salido, en los angustiosos momentos de la invasión, á presentarse al jefe bárbaro, á amansarlo; él inventó el paladio, el estandarte de la ciudad italiana, la carroza tirada por bueyes; él tomaba parte en las aflicciones y en las glorias del Estado, de las cuales dependía el esplendor de su Sede, y por eso miraba los intereses de los ciudadanos como propios. Mas el influjo episcopal se originaba de otro superior; del pontificio. Moralmente, el Papa regía y unificaba tanto chico estado como en Italia se formó, y era verdadero soberano con soberanía espiritual; por él se respetaban entre sí y se guardaban fe y lealtad potencias pequeñas y envidiosas. Ofrecieron las provincias del Mediodía de Francia ejemplo de una organización análoga á la de las ciudadanías italianas; pero faltóles el suave freno del Pontificado, y la herejía y la licencia ahogaron en germen su civilización. Sabedora Italia de lo mucho que al Pontificado debía y

del estrecho vínculo que la ataba á la Santa Sede, identificó la causa pontificia á la nacional. Al protestar Gregorio VII contra las investiduras dadas por los legos, se apoyaba en la opinión popular: el pueblo lo sacó de la prisión en triunfo. Si los Emperadores enemigos del Papado, elegían un antipapa, la execración general caía sobre el intruso: la crónica de Sugero nos dice que fué el pueblo de Roma quien—«enamorado de la grandeza y liberalidad de Calixto II»—se apoderó del antipapa Burdino, hechura de Enrique V, y montándolo en un camello y vistiéndole manto de pieles de macho cabrío crudas y sanguinolentas aún, lo llevó humillado á los pies del Papa. Lo más digno de notar es que esta soberanía democrática de los Papas no cayese en exceso alguno de los que suelen manchar y afean la libertad: padres del pueblo, nó complacientes padrinos, se mostraron los Pontífices. Cuando el demagogo reaccionario Arnaldo de Brescia logró con sus predicaciones restablecer en el monte Capitolino la república romana, en los Papas encontró díque la marea sediciosa: mientras, por lógica aunque singular evolución, la algarada republicana de Arnaldo y sus secuaces concluía pidiendo y aclamando por único y absoluto señor de Roma al César alemán: es decir, haciendo retroceder á Italia cuatro siglos, queriendo atarla de nuevo al rollo feudal y al extranjero yugo. No

fué vencido el feudalismo sin lucha: Es más: tal vez su porfiada resistencia impidió la constitución permanente y definitiva de la nacionalidad italiana. Italia no consintió que arraigase en su suelo la planta feudal: los municipios, más poderosos que la nobleza, la echaron de sus nidos de águila, obligándola á bajar á la ciudad, á ponerse en contacto con el estado llano; si el señor resistía, la ciudad arrasaba su castillo. En cambio, el noble adquiere prestigio militar sin salir de la misma ciudadanía: la nobleza, aislada en otros países, se muestra social en Italia. Pero al lado de Italia, separado de ella sólo por la natural frontera de los Alpes, se alza, armado hasta los dientes, blindado de hierro, el coloso del feudalismo, en ninguna parte más pujante que en Alemania; porque Inglaterra y Francia lo contrape-saron con la monarquía, y en España á la monarquía se unieron, para templarlo, un régimen municipal muy sabio y progresivo y la guerra popular y nacional de la reconquista, mientras en Alemania la cúpula gigantesca de la majestad cesárea descansaba sobre columnas de granito, sobre rudos barones semejantes al de la *mano de hierro* descrito por Goëthe. Como enorme masa, se despeñó contra Italia el feudalismo germánico.

Tras de los Alpes resonaron por vez primera los nombres de *güelfos* y *gibelinos*, que costaron á Italia tanta sangre y discordias.

El hijo de un compañero de Atila, Welfo, cuyos descendientes llegaron á duques de Baviera, dió nombre á los *güelfos*; el castillo de Weibling, solar de los condes de Hohenstaufen, á los *gibelinos*. Ambas casas se disputaban el Imperio, y gritos de guerra de sus ejércitos fueron Welf y Weibling: voces que presto habían de repetir los ecos de Italia, país del cual no apartaban sus ojos los emperadores alemanes. En prenda de la codiciada soberanía, usaban el título de *reyes de romanos*, distribuían feudos en Italia; rodeaba su frente el aro de hierro de los antiguos monarcas lombardos; en suma, se atribuían todos los fueros de la realeza en la península latina, renovando la aspiración á la monarquía universal, el dorado sueño de Augusto, Teodorico y Carlomagno. No les faltaban partidarios en Italia misma: de Roma les llegaban mensajes llamándolos á devolver al imperio el esplendor de los tiempos de Justiniano y Constantino; y acaso pudieran realizarse sus vastos planes, tantas veces frustrados, si la desmedida ambición de los Césares no pretendiese, amén del dominio temporal, el espiritual; si no intentase transformar al Vicario de Cristo en lugarteniente del Imperio, y no hubiese patentizado sus miras absorbentes y tiránicas en la cuestión de las investiduras. Al arrojar la careta los Césares, el duque de Baviera Güelfo, que vivió en casto himeneo con Matilde,

la bienhechora de la Iglesia, mantuvo la causa del Papa, y los antiguos nombres de *güelfos* y *gibelinos* sirvieron en Italia para distinguir á los adictos á la Iglesia y al Imperio,

Continuación de la pugna de las investiduras fué la que ocasionó el legado de la condesa Matilde. Al ver que sus feudos pasaban á la Santa Sede, el emperador de Alemania trató de recuperarlos á viva fuerza: nunca pudieron los Papas convencerse mejor de que el pueblo estaba por la Iglesia y con la Iglesia. Se reprodujo, hasta con coincidencia de nombres, el drama de Gregorio VII: Gelasio II fué arrastrado de los cabellos por otro prefecto Cencio, y el pueblo rompió las puertas de su cárcel: Calixto II vió á las turbas traerle arrasando al antipapa imperialista, y el homenaje de los leales normandos, que corrieron á ofrecer al Papa su asistencia, fué parte á que Enrique se aviniese al concordato de Worms, en el cual la Iglesia, con entero desinterés sólo puso empeño en asegurar la independendencia espiritual, mientras el César se reservaba las ventajas materiales y políticas. En breve murió Enrique V, extinguiéndose con él la Casa Sálica; su sucesor, el sajón Lotario, se mostró más propicio á la Iglesia: en pos de él, ascendió al solio el primero de la célebre estirpe de Hohenstaufen, Conrado; y aunque jefe de una casa esencialmente feudal, se asoció al épico acontecimiento que más contribuye á

aniquilar el feudalismo: las Cruzadas. Llevóse tras sí Conrado la pesada caballería teutónica, la que abandonada en el desierto por sus guías griegos, fué hostigada, envuelta, destrozada por los turcos; y el Emperador, que no pudo consolarse del desastre, se volvió á morir á Europa, dejando el poder al héroe legendario que personifica el feudalismo: Federico Barbaroja. Dotado de las cualidades eminentes que requería la representación del imperio: brazo incontrastable, mente alemana, perseverante y soñadora á la vez, se creía, con fe profunda, heredero legítimo y directo de los Césares romanos y del César carlovingio sepultado en Aquisgrán; instruido, elocuente, robusto y temerario, en él encontró Alemania el suspirado Mesías del cesarismo. Recien coronado, llamóle con dulce reclamo la italiana sirena: en la dieta de Roncaglia, los juristas de Bolonia lo reconocieron sucesor de Justiniano; y su primer acto de autoridad fué encender las llamas que consumieron al agitador Arnaldo de Brescia. Breve fué sin embargo el período de concordia entre el Emperador y el Pontífice; Barbaroja aspiraba, como sus antecesores, al señorío absoluto de cuerpos y almas; Adriano IV defendía, como los que le precedieron, la independencía de Italia y la libertad espiritual. Al indisponerse con el Papa, Barbaroja se enajenó el afecto de toda Toscana y Lombardía; despertáronse

los fieros instintos del opresor feudal , y viéronse las villas quemadas y arrasadas , los hombres mutilados , atados los niños á las máquinas guerreras para que los padres no se atreviesen á emplear en la defensa armas arrojadizas ; una gran ciudad , opulenta , hermosa , es demolida , sembrada de sal , y los milaneses vagan sin hogar ni asilo , encendiendo en vengadora cólera los pechos italianos. Elévase entonces la protesta patriótica , la liga lombarda : únense todas las ciudades contra el opresor ; el Papa bendice la confederación ; y el estado llano , los artesanos y mercaderes , se dan tal arte en esgrimir la espada , que triunfan de los aguerridos alemanes , cogen prisionero al hijo de Federico , Otón , y el arrogante Barbaroja se ve compelido á doblar el cuello , y á prosternarse en Venecia ante un Papa de plebeyo origen , á tenerle el estribo y llevar del diestro su montura.

Tan adverso á Federico como la paloma del Espíritu Santo , fué el león de bronce de Enrique de Sajonia : venció Barbaroja al poderoso duque , pero enflaqueció su propia autoridad al conseguirlo. Ya Adriano IV , burlándose de que la casa de Suabia aspirase á la monarquía universal , observaba cómo el nieto de los reyezuelos teutónicos , pretendiente al cetro del mundo , apenas era capaz de someter á los rebeldes magnates de su reino , ó á la salvaje tribu frisona. Federico Barbaroja ,

el perseguidor de la cristiandad , protector del antipapa Víctor y enemigo de Adriano IV y Alejandro III, mudó de rumbo á última hora, quiso morir santamente, y al oír que Saladino era dueño de Jerusalén y de la Cruz de Cristo, tomó las armas á los sesenta y ocho años de edad, envió un cartel de reto y desafío al sarraceno victorioso, emprendió la ruta de Palestina, llamó *perro* al Emperador de Constantinopla que le negaba el paso por sus Estados, abrióse camino con las armas, derrotó al sultán de Iconio, y cuando comenzaban sus triunfos, perdió la vida por bañarse en las aguas del Cidno, funestas á los conquistadores. Nadie sabe á punto fijo dónde reposan las cenizas del gran Emperador; segun las leyendas alemanas, Barbaroja no ha muerto todavía; duerme dentro de vetusto torreón desierto, en áspera montaña, armado de todas armas, y recostado en una mesa de piedra, en torno de la cual se enrosca nueve veces la barba descomunal que blanquearon los años. Cuando despierte, colgará el escudo de un árbol seco, y el tronco reverdecerá, y la justicia reinará en la tierra. Así inmortalizan los pueblos á los que representan y encarnan sus ideales.

Con todo, no es Federico la figura ni el carácter más importante del siglo que termina con él. Sobre la personalidad de Barbaroja, de Ricardo Corazón de León, de Saladi-

no, se destaca la del hombre que, cual Hildebrando en el siglo XI, defiende en el XII la independencia de la Iglesia: Tomás Becket. Solía en la antigüedad ir unido un mito á la historia del nacimiento de los héroes: en la Edad media es frecuente que la adorne una novela. La de Tomás Becket es novela de amor, harto más honesta, poética é interesante que la de Abelardo. Una beldad musulmana, prendada y no correspondida de un cautivo cristiano, le sigue cuando recobra la libertad desde los Santos Lugares hasta Inglaterra: no sabe pronunciar en lengua occidental más que dos nombres, el de la villa de Lóndres, adonde se dirige, y el de su amado Gilberto; pero estos nombres los repite y grita sin descanso, y sola, pobre, mendigando casi, consigue encontrar la villa y el hombre que busca, y logra bautizarse y desposarse con él. De su matrimonio nació un hijo que reunía á las sólidas cualidades de la raza sajona las brillantes dotes de la semítica. A despecho de su origen, Tomás Becket pudo, merced á su educación selecta, convivir con las refinadas gentes de la casta dominadora, agradar á los normandos, y escalar los más elevados puestos de la jerarquía civil. En su mocedad, nadie hubiera creído que algun día se revelase santo y héroe: era alegre, insinuante, obsequioso, cortesano, dado al placer y al lujo; preceptor del hijo de Enrique II,

vestía fastuosamente , tenía á sueldo una escolta de caballeros armados , recamaba el oro los arneses de sus monturas , su vajilla merecía servir para la mesa de un emperador. Lisonjeábale la grandeza , y el rey , que le amaba mucho , declaró su propósito de concederle el primado de Inglaterra. Al saberlo , Tomás se sonríe , y señalando su magnífico atavío , su toca de plumas con cintillo de diamantes , su puñal curioso incrustado de pedrería , sus curvos y afeminados zapatos. — « Repara — dice apaciblemente al monarca — á qué hombre edificante quieres encomendar tan santo cargo. Además , tú tienes respecto de la Iglesia miras que yo no secundaré ; si llego á arzobispo , pienso que dejaremos de ser amigos. » — No le hizo caso el Rey , y mal de su grado , lo sentó en la silla de Cantorbery , de heroicas tradiciones , ocupada un tiempo por el santo Elfeg , el que prisionero de los dinamarqueses no quiso gravar al país pidiendo dinero para su rescate , y prefirió ser martirizado antes que dar á los paganos carne de los fieles , oro de los pobres. Apenas fué consagrado el cortesano canciller para la sede primada , los que le vieron no le conocían. Habíase despojado del soberbio ropaje , y desamueblado el suntuoso palacio ; roto con los encumbrados comensales , y hecho amistad con pobres , mendigos , sajones , con la raza oprimida y vencida. A imitación de los siervos ,

usaba grosera hopalanda, vivía de agua y legumbres, tenía aspecto humilde y contrito, y sólo para el pueblo, se abría la sala de sus festines, y se gastaba su hacienda. Nunca hubo más repentino cambio de vida, ni que de una parte excitase más enojo y de otra más regocijo. Los barones, condes y reyes, amigos ayer de Tomás, se tuvieron por burlados; pero las gentes humildes, el clero bajo, los monjes, los sajones plebeyos, no sabían cómo reverenciar al Arzobispo. Tornóse la amistad del monarca en violenta aversión; vió un enemigo en su antes predilecto favorito, y comenzó la lucha sin tregua en que la personalidad moral de Becket fué creciendo á cada nuevo ataque y sublimándose hasta las esferas del heroísmo. Cuando los señores normandos, reunidos en el Consejo privado del Rey, le llaman traidor y perjuro, se despiertan en Becket remiscencias del pasado, y mirando desdeñosamente en torno suyo, pronuncia una frase caballeresca: — «Si mis sacras órdenes no me lo vedasen, yo sabría responder con las armas á quien me llama traidor.» — Mas cuando los conjurados llegan para quitarle la vida, ya Tomás ha aceptado el cáliz amargo de la pasión: quieren hacerle confesar que su poder viene del Rey, y afirma y se ratifica en que la potencia espiritual sólo procede del Papa: cien veces puede huir, evitar la muerte; mas no lo hace, y espera el golpe al pié del altar

mismo. Sin embargo, al llamarle los verdugos con el adjetivo de *traidor*, Becket no contesta; al vocear por el Arzobispo, preséntase sosegadamente y ofrece su cabeza al filo de las espadas y hachas. El pueblo le lloró, y le veneró mártir, antes de que la Iglesia lo canonizase: la penitencia y humillación del rey ante su tumba, fué victoria de la justicia sobre el poder y la fuerza. Arrodillado al pié del sepulcro del Santo, el descendiente de Guillermo el Conquistador recibió en sus espaldas la disciplina, penitencia de su crimen, administrada por los descendientes de los siervos sajones. La corona de Inglaterra fué desde entonces feudo de la Santa Sede.

¿ En qué consiste la grandeza de Santo Tomás Cantuariense? Seguramente no hay cosa más común en aquellos siglos que padecer un hombre muerte violenta, de orden ó por instigación de un monarca: pero el mártir sajón encarnó dos altas ideas: la independendencia espiritual, la libertad de una raza mediante Cristo. Heridas y asesinadas en él ambas ideas lo sublimaron. No instituye al mártir el hecho material de derramar su sangre, sino la causa que á derramarla le mueve y determina. La Edad media prodigó donde quiera, en guerras continuas, en empresas á veces insensatas, el rojo licor que discurre por las venas del hombre: y con todo eso, entre tanto arroyo de sangre, corren algunas gotas de la de To-

más Becket , y deciden la suerte de un reino, y establecen los fueros de la Iglesia. Por eso decimos de Becket que fué el grande hombre del siglo XII.

Existe hoy una escuela histórica que regatea su gloria á los grandes hombres : un escritor contemporáneo , un fatalista , Heriberto Spencer , es todavía más radical: niega rotundamente su existencia : lo que suele llamarse un grande hombre , no es , según el cerrado determinismo del sociólogo británico, sino un producto de la naturaleza exterior y de circunstancias especiales y extrínsecas: si las modificamos, el prestigio del grande hombre se desvanece. Rechacemos esta teoría mecánica , que hace de la historia un engranaje y autómatas de sus figuras más bellas y nobles. Es evidente que el grande hombre está en relación de armonía con la atmósfera que respira y la edad en que nace : á no creerlo así , fuera absurdo trazar el cuadro de la Edad media ántes de referir la vida de un santo que en ella existió. Nadie se tenga por independiente de su época, de su patria, de su raza y familia, de la enseñanza que ha recibido , de cuanto fué gérmen y alimento de su cuerpo y de su espíritu. Pero dependencia no equivale á esclavitud : las circunstancias influyen en el grande hombre sin coartar su albedrío; el grande hombre á su vez modifica y causa circunstancias , sucesos é ideas: recíproca acción

que importa tener en cuenta para interpretar rectamente la historia y la biografía.

El grande hombre, individuo eminente que representa una época, una idea, un pueblo, es clave de la historia. Hay siglos que se explican con pronunciar un nombre. Si de la historia borramos las extraordinarias personalidades que la llenan, aniquilarémos la severa ciencia que por medio de lo pasado alecciona al porvenir. De pueblos muertos, envueltos en las tinieblas de edades remotas, llega hasta nosotros un conjunto de sílabas, un sonido, el nombre de un héroe, y alcanza á darles existencia histórica: millones de individuos vivieron, se agitaron en esos pueblos, pero uno sólo los redime, de la noche eterna del olvido. Si abstraemos de cada época los individuos que la caracterizan, pasará inadvertida, sin fisonomía ni color. Son las épocas tanto más grandes, cuanto más hombres eminentes engendran; y la magnitud del grande hombre se mide, no tan sólo por lo que en sí valga, sino principalmente por los resultados de su acción, por el número de ideas que origina y comunica. Abarca el grande hombre los conceptos generales de su edad, mas los particulariza, los sella con su propia marca, al modo que Dante, comprendiendo en su poema las tradiciones de la musa antigua y de la musa popular; reuniendo y recogiendo aquí, y allí, y doquiera los disociados elementos de su

obra titánica los unificó , y al escribir el libro más original é inimitable, reflejó en él , cual en claro espejo, toda la Edad media. Así es que cuando surgen hombres como Dante, como Colón , como san Francisco de Asís, tan pronto parece que sus pensamientos son genuinos , nuevos , únicos , y que nadie hasta entonces los había concebido ni expresado, como estudiando detenidamente la época y lugar en que vivió , las necesidades que remedió su aparición , el movimiento que produce , se advierte que el grande hombre correspondió con una idea general, latente y enérgica en los tiempos y pueblos á que pertenece.

Cabalmente, la falta que hacen en el mundo es base del pedestal que erige la sociedad para elevar á los grandes hombres: la humanidad los reclamaba, y llegaron á punto de servirla. No aparecerá un Miguel Angel , ó un Virgilio, entre vándalos y ostrogodos, ni tampoco lo han menester tribus que desempeñan en el drama histórico papel negativo y destructor : Alarico , Atila, son los personajes que convienen al bárbaro. Tal consonancia entre la función que ejerce y la sociedad en que vive, inspira al hombre ilustre aquella fe en sí mismo , aquella seguridad completa del éxito , que claramente revelan sus dichos y actos. Alarico se sentía guiado por la mano de Dios al arrojarle á destruir los estados paganos : otro hombre bien diferente de Alarico, san

Francisco de Asís , decía: — «No soy yo , es Jesucristo en persona quien ha dictado mi regla. » — Y mancebo aún en Asís, exclamaba con profético instinto : — «Sé que en lo futuro seré un gran príncipe.» — Certeza absoluta, incommovible , que se funda en la conciencia de llenar un cargo más importante á la humanidad que á sí propios.

Sin pasar adelante, démonos prisa á distinguir entre la condición del grande hombre á secas , y la del que une á la eminencia el augusto carácter de la santidad. Pocos historiadores atienden á tan importante distinción, y dejan de tener por secundario en el grande hombre aquello que obligó á la Iglesia á colocarlo en los altares. Detengámonos á tratar esta cuestión , que bien lo merece , y veamos si aún desde el punto de vista profano en que el historiador se sitúa , no establece la santidad línea divisoria entre el grande hombre que la alcanza y los que no llegan á poseerla.

Ya se entiende que no nos referimos sino á santos que tengan representación histórica, pues si todo santo es grande moralmente considerado , nó así socialmente. Muchos santos hubo , en efecto , que vivieron y murieron sin influir en la marcha de la humanidad, y si la Iglesia los conoció por el buen olor de sus virtudes , como á la violeta por su aroma, la sociedad apenas hizo alto en ellos. A éstos no aludimos, sino á los que resplandeciendo con

claridad vivísima, alumbraron un pueblo, una época, un siglo. Ahora bien: mientras en los demas grandes hombres, al aislar la individualidad de la generalidad, el aspecto privado del social y público; al observar los pormenores de su vida, confunde y desconsuela encontrar, no sólo vicios y delitos, sino miserias; no sólo moralidad dudosa, sino móviles mezquinos, bajezas y ruindades, en el santo advertimos perfecta armonía entre sus pensamientos y sus obras, completa y absoluta fusión de la inteligencia y la voluntad. El santo profesa una teoría, y la practica llevándola á sus últimas consecuencias: por eso, cuando al par que santo es grande hombre, ejerce tan poderoso dinamismo social: porque el contraste de las teorías con la práctica menoscaba y mina la autoridad del grande hombre, y cuando sus admiradores lo notan, instintivamente tienden un velo sobre sus faltas, disculpan sus maldades é inquieren circunstancias atenuantes de sus crímenes. No ha menester el biógrafo de un santo emplear tales subterfugios: el santo crece en luz y resplandor cuanto más de cerca se mira; en él la esfera real no desdice de la ideal. Doble es su personalidad: pertenece al cielo y á la tierra; el pueblo lo adora, la Iglesia lo canoniza; como el guerrero agita las multitudes; como el filósofo, ensancha el horizonte de las ideas.

Natural es que aumente la importancia del

grande hombre en razón directa de la dignidad del pensamiento que simboliza; diga lo que quiera nuestra época decadente, el nombre del inventor de una máquina ó de un progreso industrial, no significa lo que el del pensador, el artista, el poeta. Si el invento de Guttenberg le valió imperocedera fama, es que con él pudo la inteligencia multiplicar sus caudales. Convince de la verdad del aserto la casi total oscuridad que cubre los nombres de aquellos que sólo con beneficios materiales contribuyeron al provecho de la especie humana. La humanidad no olvida sino lo que no merece recordarse: rara vez yerra en lo que conmemora. Ni es conspiración tácita de los historiadores el consagrar y repetir siempre ciertos nombres: es que sin darse cuenta de ello, obedecen al sentimiento universal. Pues bien: si meditamos en las causas del respeto y amor que infunde la Edad media, vista nó en sus accidentes, sino en su interior unidad, percibimos que toda época se manifiesta eminentemente en sus grandes hombres, y los grandes hombres de la Edad media son los mayores que hubo jamás: son santos.

Santos fueron los que crearon el período histórico que llega á su apogeo en el siglo XIII. Lo crearon en lo que tiene de bueno, de hermoso y sublime: lo depuraron lentamente á costa de combates, luchas y abnegación: es su obra. No hay en él progreso, idea

fecunda , principio de justicia ó de amor, que no le haya sido comunicado por los obreros de la verdad eterna. Ellos extirparon la corrupción romana, iluminaron la noche de la barbarie , resucitaron las artes , las ciencias y el derecho. Desde los Eladios y Germanes, que rescataban esclavos, hasta san Bernardo que predica la Cruzada , en todo suceso capital de la Edad media interviene un santo. Hay variedad infinita en los santos : cada esfera social produce los suyos : el trono y la plebe los cosechan con igual abundancia : la Iglesia ensalza y corona desde la virtud más humilde hasta la más brillante y heroica ; desde las hembras ignorantes hasta los profundos filósofos : fiel á sus teorías no distingue de linajes ni de sexos. Y en las sombras de las primeras épocas medioevales , cuando imperaba la fuerza , así como de los Concilios salía la única voz que hablaba de clemencia y justicia, nació del santo el único ejemplo consolador, el único rayo de luz celestial. Cuando el hombre es mutilado, extendido en la rueda , clavado en palo , atado al potro del tormento , sólo el santo se apiada del mísero siervo, de la oprimida mujer , del abandonado niño , hasta del facineroso y del homicida; porque en su ancho corazón se ha refugiado la piedad , fugitiva de los restantes. En tres palabras puede condensarse la historia de los poderes de entonces : *vino, y destruyó* : sólo la leyenda de los santos

contiene rasgos de sensibilidad, lumbre de inteligencia, auras y perfumes de poesía. Narraciones agiográficas nos legó la Edad media que son enseñanzas admirables y simbólicas : la de San Julian el limosnero presenta la caridad á prueba de sacrificios : la del gigante Cristóbal , el triunfo de la fuerza moral sobre la física ; la de la monja que huye de su convento, y á quien la Virgen reemplaza en sus labores porque no se eche de ver la desaparición hasta que vuelva arrepentida , la misericordiosa dulzura de la mujer.

Así como el siglo XIII es apogeo de la Edad media, lo es también de los santos. Ninguna época produjo santos que ocupen tan alto puesto en la historia , de tal suerte, que apenas hay en el siglo XIII esfera de la actividad humana que no dependa de la personalidad y acción de un santo insigne. San Luis , San Fernando , las Santas Isabeles de Hungría y Portugal, para la monarquía ; Santo Tomás, San Buenaventura, para la ciencia ; Santo Domingo , San Francisco de Asís , para la sociedad : hueste de gigantes que llenan una centuria con sus nombres. Escribiendo la crónica de sus santos , está escrita la del siglo XIII.

No obstante, á los personajes honrados con la aureola, es fuerza agregar dos que no su- bieron á los altares, si bien el uno de ellos se ejercitó en altas virtudes : Inocencio III y Fe-

derico II. El ilustre Papa y el Emperador famoso completan el siglo, lo explican, preparan el que ha de seguirle. Federico cifra, no solamente la antigua ambición de los Césares, sino la naciente tendencia de la sociedad á emanciparse del Pontificado, los gérmenes precoces del Renacimiento y la Reforma; si su abuelo Barbaroja fué cristiano todavía, Federico no lo es ya. Inocencio III personifica el poder eclesiástico en su más alta expresión civilizadora y moral: continúa y da cima á la magna empresa de Hildebrando. A su vez el siglo XII había preludiado al XIII. Con el oleaje de Cruzadas que lo agitó, despertóse lozana y pujante la vida intelectual en la celebrada escuela de París; la de Bolonia, maestra del derecho, reanuda las tradiciones de la jurisprudencia romana, trasmitiéndolas á Oxford, donde aprendían y se formaban hombres como Juan de Salisbury. La filosofía escolástica y la teología toman vuelo con san Anselmo, Abelardo, su contrincante Guillermo de Champeaux, el *maestro de las Sentencias*, Hugo de San Víctor; la ciencia árabe y la rabínica, ponen al servicio de la occidental elementos nuevos; resuena en las escuelas la tenaz y profunda disputa de los *universales*; los estudios se propagan de tal manera, que hasta la mujer aplica á ellos su inteligencia, y el primer filósofo del aula de París enseña á la sobrina del canónigo Fulberto.

A pesar de tan refulgente aurora intelectual, nubes y sombras empañan el último tercio del siglo XII y avanzan, preñadas de tormentas, sobre el XIII. Exceptuado el arrianismo, ninguna herejía cundió nunca tan rápidamente como la maniquea, que inficionó en brevísimo tiempo el centro de la cristiandad, el norte de Italia y el mediodía de Francia. Frente á la Iglesia católica se alzó otra iglesia, otra jerarquía : su Jerusalén era Albi, su Roma Tolosa, su Papa un bizantino llamado Nicetas, que presidía numerosos conciliábulos de obispos maniqueos. Por su parte los valdenses, contrahaciendo la pureza de la primitiva Iglesia, atraían sobre el sacerdocio católico la ira popular. Y, después de dos siglos de descanso, el olvidado y tremendo azote de las invasiones se disponía á caer otra vez sobre la aterrada Europa. A orillas del lago Baikal habitaban feroces pueblos nómadas, los mogoles, maravillosamente dispuestos para guerras de exterminio, ágiles jinetes, grandes esgrimidores de sable y lanza, sobrios, crueles, infatigables ; apenas sospechaba Europa su existencia, cuando entre ellos apareciera ya un genio bélico y conquistador, el Napoleon de las estepas, Gengiskan, vencedor del vasto imperio chino, de los turcos, de los persas, y que de tal suerte devastó el Asia, que el poeta iranio exclamó con voz gemidora:—«En tantas comarcas como recorrí, no

hallé alma viviente ; si por casualidad di con algun sér humano , en vez de ojos tenía dos arroyos de lágrimas.»—Sujeta al férreo yugo el Asia , los mogoles se volvieron hácia Europa , amenazada ya por las ventajas que iban obteniendo las armas sarracenas : Saladino , victorioso en Tiberiades , poseía á Jerusalem ; la muerte de Barbarroja privó á la cristiandad de su campeón más bizarro ; su hijo Federico de Suabia , que le sucedió en el mando , murió también á poco , con santa y heroica muerte , más gloriosa que la que causa el hierro enemigo , pero llevándose á la tumba las últimas esperanzas de los cruzados alemanes ; uniéronse Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto para continuar la obra del titán germánico ; pero ya no poseían los cristianos en Tierra Santa más que á Trípoli , Antioquía y Tiro , muy apretadas por las tropas del emir , que proclamando la guerra santa , se disponía nada menos que á invadir á su vez las comarcas europeas , mientras los cruzados , divididos por necias rivalidades , no acertaban á recobrar , mediante enérgicos esfuerzos , el terreno perdido ; y aunque las fabulosas proezas del rey Ricardo sembrasen el terror en las mahometanas huestes , y las madres acallasen á los niños pronunciando el nombre del paladin inglés , el cerco de Tolemaida costó arroyos de sangre cristiana , y el arrojo incontrastable que valió á Ricardo el sobrenombre de *Corazón de*

León fué estéril, pues no alcanzó á expugnar á Jerusalén. Al distinguir desde lejos los suspirados muros, cubrióse Ricardo el rostro con su cota de malla murmurando : — « Señor, no vea yo tu ciudad santa, ya que no me es dado libertarla de infieles. » — Con este pesar se volvió á Europa, á sufrir entre cristianos dura cautividad, y á plañirla desde el torreón de su cárcel en melancólico serventesio, hasta que un compañero de gaya ciencia, un trovador, oyendo resonar el triste canto, rescata al poeta rey. Tal era, á fines del siglo XII, el estado de los pueblos cristianos : herejías y discordias dentro, fuera razas enemigas prevenidas á lanzarse sobre ellos ; los tártaros desvanecidos con sus triunfos ; el Oriente rehecho por Saladino ; Bizancio sedienta de latina sangre. Pero la Iglesia vivía fuerte y animosa, resuelta á hacer frente á toda adversidad. Enrique VI de Alemania, el felón que no tuvo á menos prender, contra el derecho de gentes, á Ricardo, al héroe de las Cruzadas, y regatear su libertad , invirtió el precio del rescate en asaltar á Italia, mostrándose en la empresa furioso conquistador. Estrenóse en Sicilia exhumando un cadáver, el del rey Tancredo, para decapitarlo ; arrancando los ojos á un mancebo, hijo de Tancredo ; encerrando en lóbrega prisión á dos inconsolables mujeres, la viuda y la hija del desenterrado monarca ; y coronando más adelante con un aro de hie-

ro candente y sentando en trono de fuego al conde Jordán, que quiso libertar de la espantosa opresión á su país. Indignado el pueblo, anticipó con un degüello de alemanes las *vísperas* ejecutadas después en los provenzales de Cárlos de Anjou. Al morir el feroz Enrique, víctima quizá del veneno con que su propia mujer Constanza de Sicilia vengó en él las injurias de la patria, dejaba un hijo de tierna edad, heredero de una corona disputada por los parientes y por los dignatarios del imperio. Mas el padre colocó al niño que había de nombrarse Federico II, bajo la protección y amparo de un excelso pontífice: Inocencio III.

Inocencio III subió jóven á la silla de Pedro: contaba treinta y siete años cuando ciñó la tiara. Llamábase Lotario; era de ilustre familia, erudito, de afable condicion, de vasta y comprensiva inteligencia, adornado con las dotes de zeloso apóstol y de incomparable y magnánimo príncipe. Grandes acontecimientos presenció la cristiandad en su reinado; pero él se hallaba á la altura de cuantos sobrevenir pudiesen. El siglo que comenzaba puso sus esperanzas en él, y no las vió defraudadas jamás. Había escrito Lotario en su juventud como escribe un contemplativo y un filósofo; había ido en peregrinación al sepulcro de Tomás Becket, adalid de los derechos de la Iglesia; y penetrado de la idea del poder eclesiástico, se propuso emular á Grego-

rio VII y Alejandro III. Al verse ascendido á la primera dignidad del orbe, vióse también cercado de cuidados sin número, abrumado por el peso de gravísimos negocios, y obligado á fijar los ojos en el triste cuadro que á la sazón ofrecía la cristiandad. Aparte de la situación de Oriente y Asia, normandos y alemanes disputaban en Europa su patrimonio á la Iglesia; propagábanse las herejías; en España los árabes se disponían á realizar gigantesco y supremo esfuerzo que frustrase la reconquista; en Francia Felipe Augusto repudiaba á su legítima esposa Ingerburga para vivir unido á otra mujer; desgarraban á Alemania los bandos de dos pretendientes; en Suecia reinaba un usurpador. Pero el varón eminente que desde el trono pontificio asumió el gobierno moral de la cristiandad, supo atender á todo, corregirlo todo, concertar las divisiones, extirpar los escándalos que la afligían: su mirada vigilante, su pródiga mano se extendieron por doquier. A fin de allegar recursos para que las cruzadas reviviesen, hizo fundir la vajilla pontificia de plata y oro, y cubrió su mesa con escudillas de barro. Pacificador y prudente, por orden suya aquietó un legado las rencillas de Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto; cuando los cruzados acometieron la osada empresa de apoderarse de Constantinopla y sentar á un latino en el solio de los emperadores de Bizancio, previó la

esterilidad de semejante conquista y la desaprobó: pero, tan hábil político como buen profeta, si alzó su voz protestando contra los excesos y abusos de los cristianos en Oriente, supo absolver lo que ya no cabía remediar. Bien presto declararon los sucesos cuán acertado iba el Papa en sus vaticinios, dictados por su amor á la justicia y sagaz inteligencia: los latinos conquistadores son degollados en toda la extensión del imperio, y Baldovinos, el efímero imperante occidental, desaparece sin que siquiera puedan averiguarse las circunstancias de su muerte. Sin dar lugar al desaliento, Inocencio rehace la cristiandad y pregona la cruzada perenne y fecunda que un pueblo varonil prolongó hasta el Renacimiento en el extremo meridional de Europa. Al saber que seiscientos mil musulmanes se precipitaban desde el Africa sobre España, capitaneados por el príncipe de los creyentes, El-Naser, el vigilante Inocencio dió aviso del peligro, y proclamó la guerra de la Cruz, con ánimo de que todo el poder cristiano viniese en ayuda de los españoles; y la épica jornada de las Navas de Tolosa, donde fué deshecho el poderío africano, cimentó para siempre la reconquista. En Inglaterra, Inocencio III hubo de luchar con *Juan sin tierra*, el opresor aborrecible al cual retrató la trágica musa de Shakspeare; y venciéndolo, y su victoria produjo las libertades del clero y de la nación, consig-

nadas en la *Carta magna*. En Prusia logró evangelizar regiones todavía paganas, de más pacífica manera que la usada después por los caballeros Teutónicos. En Francia, Felipe Augusto, cuyo aborrecimiento hacía Ingelburga crecía, cedió sin embargo ante la firmeza del Papa, y de grado ó por fuerza hubo de recibir á la repudiada consorte; la batalla de Bouvines aseguró á la nación francesa la supremacía sobre la alemana, nó sin gran provecho para la Santa Sede, á la cual era adicta la casa de Francia en general y Felipe Augusto particularmente, á despecho de sus extravíos amorosos. Así dos grandes funciones de guerra, las Navas y Bouvines, comienzan lo que concluyó otra no menos famosa, la de Muret, y hacen al Papa regidor del mundo. Difícil y espinoso cargo, que si Inocencio mereció desempeñar por sus altas dotes, no dejó de abrumar sus hombros.

Asunto en que puso Inocencio III especial cuidado y zelo fué la salvaguardia de los intereses de su pupilo Federico II, cachorro de tigre de los Hohenstaufen, que andando el tiempo tan cruelmente vino á morder la mano que lo nutrió. A Inocencio debió Federico conservar su herencia de Sicilia, de la cual sin trabajo pudiera apoderarse el Papa, hallándose á la sazón en Italia la autoridad pontificia muy fortalecida y pujante. Duró la tutelar solicitud hasta la mayor edad de Fede-

rico; y compadecido á la vez Inocencio de la triste prisionera Sibila, viuda de Tancredo el desenterrado, logró á fuerza de súplicas que fuese puesta en libertad. Tan benigno proceder ganó á su jóven pupilo los ánimos de los sicilianos, ulcérados con la memoria de las crueldades de su padre: bajo la dirección de aquel Papa amable y justo, pudo Sicilia tomar á los Hohenstaufen por pastores y nó por verdugos.

Y en efecto, mientras Federico se atuvo á los consejos de Inocencio, dió de su carácter y dotes los felices indicios que en los albores de la juventud suelen, por extraña anomalía, dar los tiranos. No era Federico vulgar ni pequeño: como su abuelo materno Roberto Guiscardo, poseía arrojo y resolución á toda prueba; como Barbarroja, juntaba talento y cultivada inteligencia á denuedo caballeresco: además, disimulado y sutil, ni sus palabras correspondían con sus pensamientos, ni indicaban sus actos futuros. Educado en Sicilia, territorio mitad sarraceno, mitad greco-normando, adquirió refinada cultura, y al par contrajo el hondo escepticismo que solía producir—con más frecuencia de la que hoy creemos—la ciencia confusa de la Edad media, y que en el siglo XIII inficionó á la nobleza y literatura provenzales. Sus costumbres fueron árabes, muelles, viciosas; su conducta careció de la rectitud que distinguía á Inocencio III.

En algo se asemejan pupilo y tutor : ambos instruidos, selectos en sus aficiones, poetas y grandes políticos, ambos precursores de épocas más civilizadas, pertenecen en cierto modo al Renacimiento; pero Federico lo representa en su corrupción y duplicidad, Inocencio en su clásica elegancia. No desmentía Federico la fama de ambición de los Césares, ambición que fomentaba la raza de los juristas, aduladores sempiternos. El estudio del derecho romano, renovado en Italia en el siglo XII, logró tanto aprecio que se le llamaba *razon escrita* ; ennoblecía á sus profesores, que tomaban el nombre de *caballeros en leyes* ; más moderados los teólogos, no extendían desmesuradamente los fueros de la Iglesia; pero los legistas divinizaban el poder cesáreo : Pedro de las Viñas, el famoso canciller, brazo derecho de Federico, era legista, regalista y partidario de la soberanía universal concentrada en el Emperador. Nunca los emperadores germánicos habían visto realizada su quimera, y no obstante la alimentaban perpetuamente ; ceñíanse tres coronas, la de plata de Germania, la de hierro de Lombardía , el círculo de oro del Sacro Imperio, que recibían en Roma; mas la piedrecilla que siempre iba á herir el pié de barro del coloso, era la excomunión pontificia y la oposición democrática de Italia. Tres veces cayó el gigante : con Enrique IV, con Barbarroja, con Otón; la cuarta tocaba á Fe-

derico II para no volver nunca á levantarse. Y sin embargo, el imperio pudo haber cumplido altos destinos, gran claridad pudo esparcir la luna de la Edad media, si no se negase á recibirla del sol de Roma. A Federico concernía realizar magnos intentos: la conquista de las comarcas septentrionales, rebeldes aún al Evangelio y á la civilización. Acabábase la cruzada de Oriente; pero cabía emprender, con más fruto, la de Occidente. Salimbene resumió en una de sus frases sencillas el juicio de Federico II, que malogró tan buenas dotes con acciones tan pésimas.—«No hubiera tenido igual en la tierra»—dice el cronista franciscano—«si mirase por su alma.»

Preséntase la conducta del hijo de Enrique VI como gigantesca contradicción en el siglo XIII: mientras los reyes de España y Francia, y la nación italiana, marchan á constituir los Estados modernos, Federico sostiene las dos formas más características del gobierno bárbaro y pagano; reúne en su dominio el mal de la antigüedad y el mal de la Edad media; cesarismo y feudalismo; y cuando la cultura católica florece y se desenvuelve, Federico adopta la musulmana. Parece inconcebible que la misma centuria vea reinar á san Luís, á san Fernando y á Federico II: contraste lógico, sin embargo, dado el dualismo del siglo XIII, que si es corona de la Edad media, es también precursor de todas las ten-

dencias anticristianas del Renacimiento. Fermentaba la hostilidad entre la Santa Sede y Federico, cuando estalló por fin. Este disponía, además de las fuerzas del Imperio, de las brigadas sarracenas que en Nocera y Luceria se acuartelaban, y del auxilio de la facción gibelina; pero el antagonista era terrible: no sólo contaba al exterior la Iglesia con la monarquía francesa, enriquecida y fuerte por sus victorias de Provenza, sino con elementos interiores más poderosos: antes de morir Inocencio III, vió alzarse á santo Domingo de Guzmán y san Francisco de Asís, y fundarse las Ordenes de Predicadores y Menores; la última, en especial, anidó al abrigo de la nacionalidad italiana. El primer Papa que hubo de contrarrestar á Federico II, el benévolo Honorio III, fué el mismo á quien tocó confirmar las dos Ordenes.

Ofrece la Historia páginas donde más claramente brilla la acción de la Providencia y el elemento divino: la aparición de san Francisco es una de ellas. A la voz del Santo de Umbría surge un poder nuevo, hasta entonces ignoto: los mendigos: lo último de la sociedad; inferiores al siervo que ni aún poseen un terrón de gleba que cubra su cadáver. Gente son que, para expresar el concepto de fraternidad, se llamarán *frailes*; para indicar el de humildad, *Menores*. Con ellos se desenvuelve y alcanza su fórmula postrera el concepto

igualitario del Cristianismo : en sus asociaciones no hay más superioridad que la que concede la virtud : y aún virtud y mérito no autorizan allí la arrogancia ; y el más sublime de sus filósofos friega la vajilla del convento. Fueron los monjes comunidades reclusas y sedentarias ; los frailes son eminentemente sociales ; su objeto es diseminarse, recorrer el orbe : ya que los herejes tienen misioneros , con mayor razón el Catolicismo los ha de tener. Apóstoles de la gracia, los Franciscanos van por doquiera, entran descalzos en el palacio como en la choza ; cautivando á la sociedad con la efusión de su amor , con el total desinterés de su célico instituto. Desnudos , pequeñuelos y mansos, el pueblo los conoce y adora : besa los remiendos de su hábito y el tosco cordel que ciñe su cintura. El fundador fué copia , trasunto fiel de Jesucristo : los discípulos , el Evangelio en acción que se extendía por todas partes. Manifestó la Iglesia gran empeño, durante la Edad media, en asociar al pueblo á sus ceremonias más tiernas y conmovedoras , consintiéndole celebrar festejos y regocijos , y parodias — como la célebre fiesta del Asno , que disculpaba la sencillez del espíritu — dentro de los templos. San Francisco extremó la iniciación de la multitud en los dramáticos misterios del culto : rodeado de pastores y villanos, hizo altar de un pesebre, conmemorando la bendita noche de

Navidad; al mentar á Belén, balaba como un corderillo; al pronunciar el nombre de Jesús, paseaba la lengua por los labios, cual si saborease miel deliciosa; puerilidades que no mueven á risa, antes arrancan lágrimas y reblandecen los corazones más empedernidos, porque son caridad y amor que rebosan de un serafín humano y van á iluminar é inflamar el mundo.

Recibe la nueva Orden franciscana á cuantos postulantes se le presenten, por lo mismo que, siendo absolutamente pobre, fía á la caridad pública y á la misericordia divina la subsistencia: quien nada tiene, nada teme y nada pierde: *la pobreza vive segura*, dice el poeta fraile Jacopone. Mientras haya cielo, no faltará á los Menores techado: mientras el humilde hogar del campesino despida espirales de humo, no carecerán de una torta de maíz y de un vaso de agua. El espectáculo de la voluntaria mendicidad practicada por opulentos mercaderes y nobles señores, consuela al labrador y al siervo; le abre el paraíso, enseñándole que las privaciones y estrechez que á él le impuso la suerte, son deseadas por reyes como santa Isabel de Hungría y san Luís, que se las imponen y hacen de ellas escala para subir hasta Dios. Así viene á persuadirse de que no hay en el Evangelio de Cristo precepto alguno superior á la condición humana, y que rigurosamente y al pie de la

letra no pueda cumplirse. Doctrina que tome por instrumento la pobreza, tendrá éxito seguro, porque la pobreza engendra desprendimiento y aligera el alma : entre pescadores halló Cristo sus primeros secuaces. ¿Qué ordena el fundador de los Menores á sus frailes? Guardar el Evangelio de Cristo, vivir obedientes y castos, sin poseer cosa propia. Era anhelo perpetuo del Cristianismo esta desligadura de los lazos del interés : san Jerónimo reprobaba ya la propiedad en los clérigos, diciendo que mal podía existir unidad y caridad donde reina el lucro : el Crisóstomo llamaba á Cristo Doctor de los pobres, y tenía por escuela de pobreza toda su vida ; los Padres del desierto consideraron la pobreza cimiento de la perfección. Tendió el feudalismo á poseer, á apropiarse la tierra y el hombre ; la Iglesia á desvincular la propiedad, á hacerla patrimonio de todos ; desde este punto de vista, fueron utilísimas las riquezas de abadías y monasterios, que rescataron el terruño de manos del señor ávido, duro y egoísta, y lo entregaron á hombres caritativos por instituto, agricultores, hortelanos é ingenieros por deber : en las abadías se verificó la transición del siervo al colono. No entraba ya en las Ordenes monásticas la propiedad individual : si al morir el monje se halla en su poder alguna moneda, la comunidad la arroja sobre el cadáver, al inhumarlo en estiércol, pronun-

ciando el terrible anatema : — « Que tu dinero sea contigo en perdición. » — Pero, aunque colectiva , propiedad era siempre la que disfrutaban los monjes ; conocemos la pugna que hubo de sostener san Bernardo contra la opulencia y relajación del Císter : no alcanzó la reforma de Benito de Aniano en el siglo IX á resucitar el monástico fervor, y para que brotase fragantes flores la zarza milagrosa de Subiaco, la zarza del primer reformador san Benito de Nursia , se necesitó que, en el XIII, la tocase el cuerpo de san Francisco de Asís.

Tuvo la idea franciscana el doble carácter que distingue á las de los grandes hombres; satisfizo un anhelo, una aspiración latente del Cristianismo, y al par fué original y nueva por su misma sencillez. ¡ Observar en todo su rigor el consejo más llano , pero el más sublime del Evangelio ! Sobre mil y doscientos años contaba el Evangelio ya cuando san Francisco resolvió guardarlo , y con hallarse la sociedad del siglo XIII nutrida de máximas elevadísimas, parecióle sobrehumano intento y novedad admirable la que san Francisco predicaba. No obstante , el surco estaba abierto , removidos los terrones : sólo faltaba que la simiente cayese y germinase. Los Menores se propagaron como una planta vivaz. Según su regla , no eran dueños ni aún de lo que la caridad les ofrecía : sólo les era lícito el uso ; la posesión

tocaba á la Iglesia ; el mismo pan que llevaban á la boca no les pertenecía de derecho ; los monjes aceptaban la propiedad en común, los Menores áun ésta rechazaban. Ello parece sueño , utopía de la abnegación , y, sin embargo, se realizó plenamente. No halló el fundador de los franciscanos los obstáculos que san Benito, sino amor y simpatía por todas partes. Si al principio de su conversión le tuvo alguien por demente , no tardó en atraer á los mismos que le escarnecían. El rápido desarrollo de la Orden muestra bien su necesidad histórica y moral. Aunque al hombre se le hace tan cuesta arriba empobrecerse , le empuja al sacrificio y á la privación cierto instinto generoso ; el simulacro de pobreza de los valdenses atrajo ya al pueblo, y en cierto modo cautivó hasta á san Bernardo ; la pobreza franciscana, creciendo al arrimo de la Iglesia, suspendió al punto los corazones ; acaso ningún hombre — despues del que fué Hombre y Dios juntamente — logró imprimir tal movimiento á las multitudes , ni ganar con tan irresistible fuerza voluntades y ánimos como san Francisco. Memorable ejemplo es la primer Cruzada de la prontitud con que cundían en la Edad media los impulsos de devoción ; pero ayudaban á Pedro el Ermitaño el espíritu aventurero y belicoso , la curiosidad , cien móviles humanos , mientras la obra de san Francisco, rompiendo , como la de Gregorio VII,

todos los hilos que sujetan al hombre á la tierra, fué realmente sobrehumana.

Sobrehumana, sí, pero nó antihumana, sino altamente social. No son los mendigos de Cristo piadosos holgazanes: su fundador les ordenó expresamente el trabajo. — «Yo trabajaba de mis manos — dice en su testamento: — y quiero trabajar, y los otros frailes quiero firmemente que trabajen en trabajo honesto; y los que no saben. apréndanlo; nó por codicia de recibir el precio del trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren el precio de nuestro trabajo. recurramos á la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta.» — Verdad que este trabajo recomendado por san Francisco, no es la labor metódica, incesante y material de los monjes; indudablemente el fraile Menor no desdeña el arado del labriego ni la herramienta del oficial: pero el precepto que le impusieron se ha de entender más espiritualmente; lo que le incumbe es trabajar la heredad de las almas, predicar, convertir, enviar misioneros á sarracenos y paganos. Diputado para atestiguar el Evangelio con su presencia, se sienta en el hogar del paisano y penetra en el sombrío torreón: unas veces representa *misterios* para el pueblo, otras cruza el puente levadizo del castillo, y pide hospitalidad para pasar la noche. Arrímanse los frailes al calor de la vasta chimenea feudal,

mientras las gentes reunidas para pasar la velada contemplan curiosas su pálido rostro, su extenuado cuerpo, su pobre traje igual al de los siervos, pero más largo y grosero todavía. Ellos refieren alguna de sus ingenuas leyendas, la historia prodigiosa de sus santos, ó recitan la estrofa de sus vates, creadores de la poesía popular. En la hoguera de caridad que enciende la vista de los pobres voluntarios, suelen derretirse pechos tan duros como la cota de maila que los viste, y cuando á la luz del alba sé disponen los frailes á partirse de la torre, oyen tal vez en confesión al arrepentido castellano.

Es de advertir que la Orden franciscana en Italia, no fué solamente popular sino nacional; y en consecuencia de ambas cosas, hubo de ser güelfa. Italia rechazaba el feudalismo: los güelfos componían el partido patriótico, el de las libertades municipales, al par que el de la fe católica. Con el Papa á su cabeza, con la independencia de la Iglesia por divisa, simbolizaban los güelfos la opinión pública, alborotada contra la casa de Suabia, que se enajenó las voluntades persiguiendo al Papa y atacando la organización comunal. Y es lo más peregrino del caso que el inteligente Federico II lo comprendió y declaró no ignorar que quien combate á la Iglesia romana «bebe en el cáliz de Babilonia,» y que su raza, la raza perseguidora, se sintió herida en el cora-

zón por el anatema eclesiástico: cuando el bastardo Manfredo cayó dos veces al suelo, antes de perecer en su última jornada, exclamó con profunda melancolía: «Este es un aviso de Dios.» A despecho de lo cual, y viendo claramente lo inhábil de su conducta en Italia, no la modificaron y continuaron pisando la clásica senda gibelina.

No es mero antagonismo político el que divide á güelfos y gibelinos, sino que los separan principalmente sus diferencias religiosas. En rigor, el gibelino, no es heterodoxo; pero, al abrazar la causa de los enemigos de la Iglesia, rompe el freno moral, se entrega á la violencia, se mancha con odiosos excesos: partidarios del régimen feudal, y no consiguiendo que en Italia preponderase, lo reemplazaron con tiranías locales y urbanas. Autorizábalos á prescindir de las enseñanzas católicas el ejemplo de su Emperador, cercado de odaliscas, mamelucos y astrólogos, distrayéndose durante el cerco de Parma en decapitar diariamente cuatro prisioneros, y estableciendo colonias sarracenas. Por natural impulso, cada bando imitó la conducta de su jefe, y si el de Federico alardeó de vicioso y sanguinario, el del Papa ostentó moralidad y pureza: vióse á todas las almas abrasadas en santidad, ayudar directa ó indirectamente al triunfo de los güelfos, y por disonante que parezca citar tales nombres reseñando discordias civiles,

güelfa es la idea política de san Francisco, de santa Clara, de santa Rosa de Viterbo, de san Antonio de Padua, de los Santos populares, favoritos, idolatrados del pueblo italiano. Domina hoy la errónea creencia de que el Santo ha de vivir abstraído, fuera del mundo y de la realidad: en la Edad media, el Santo es un personaje nacional; forma y anima á su patria.

Al fin colmó Federico II el cáliz de la ira; su guardia infiel se paseaba por los pueblos de Italia asolándolos; como un sobrino del rey de Túnez viniese á Roma para bautizarse, detúvolo prisionero, impidiéndole llegar hasta el Papa: prendió á los legados pontificios, á los obispos, á los predicadores: arrojó los unos al mar, los otros á la hoguera; las villas güelfas vieron demolidos sus baluartes, sus mieses quemadas. Cierta día celebrábase en Padua magnífico torneo que presidía Federico desde alto dosel: mostrábase el César risueño y afable, y su regocijo se comunicaba á la inmensa multitud apiñada en las gradas y atenta á las peripecias de la liza. Mas entre el concurso se hallaban algunos patriotas afiliados á la liga lombarda, algunos güelfos, que quizás habían visto rodar la cabeza de sus hermanos ó hijos bajo el hacha de los verdugos teutónicos, oído á sus hijas y esposas pedir auxilio en brazos de los sarracenos soldados de Federico; y al reconocerse entre el

gentío, decíanse quedo los unos á los otros : «Ebrio de prosperidad está el tirano ; mas hoy es día nefasto para él ; hoy lo excomulga en Roma el Padre Santo ; hoy lo entrega á Satanás.» Nadie pudo averiguar dónde comenzó el fatídico rumor ; pero corrió como un reguero de pólvora, y tendió velo fúnebre sobre la fiesta. ¿Fué adivinación ó noticia secretamente conocida de los güelfos? Lo cierto es que aquel mismo día , domingo de Ramos, Gregorio IX fulminó el anatema contra el expupilo de la Santa Sede.

Arma puramente moral , la excomunión era, sin embargo , poderosísima , sobre todo cuando, al caer sobre la cabeza de un monarca, se unía al anatema el entredicho de todos sus reinos. Ponían pavor en el ánimo más esforzado las lúgubres ceremonias de la maldición eclesiástica. Obispos y sacerdotes se dirigían procesionalmente á la catedral, á media noche , al hondo tañido de las campanas doblando á agonía. Por última vez ascendían á Dios desde el templo las voces suplicantes entonando el *Miserere* ; oscuro velo cubría la imagen de Cristo ; las reliquias de los Santos eran trasportadas á la subterránea cripta ; consumía la llama las postreras especies del pan de los fuertes, de la hostia, como el anatema la esperanza en los corazones ; los concurrentes volvían sus antorchas y las apagaban con el pié, significando la vida espiritual, que se ex-

tinguía en el alma del reo. Revestido el legado con la estola morada de los días de Pasión, se adelantaba, y entre el silencio general, pronunciaba el anatema : desde el punto mismo suspendíase el culto, veíanse enlutados los altares, interrumpidos los sacrosantos misterios. El pueblo rompía en sollozos, en lágrimas, en dolientes ayes ; estrechaban las madres contra su seno á sus hijos ; la multitud, huérfana del Dios consolador y amigo, se volvía desesperada á sus hogares. Cuando la culpable intimidad de Felipe Augusto é Inés de Merania atrajo sobre Francia el entredicho, el reino entero gimió desconsolado, y si el príncipe exhaló al pronto el grito de la pasión vencida y rebelde : « ¡ Venturoso Saladino que no tuvo Papa ! » dobló después la frente y se sometió, vencido por el látigo espiritual. Al escéptico Federico, que se jactaba de poder inventar una religión mejor que la de Cristo para reyes y pueblos, no dolió como á Felipe Augusto el castigo de la Iglesia ; pero su propia contumacia fué parte á que el anatema le perjudicase más en el terreno político. Alemania le detestaba ya por italiano ; Italia, por alemán, y por sarraceno ; ambas naciones pudieron maldecirle ahora por impío. Contra el cismático se alzaron los que nunca se insubordinarían contra el César : los pacíficos mendicantes. Eran las más nobles y opulentas villas, como Milán y Florencia, ciudadelas

del partido güelfo : en ellas se propagó , al lado de la liga lombarda , otra liga , una confraternidad laica instituida por san Francisco de Asís , los terciarios , güelfos de suyo ; — y no ciertamente porque al asociarse se propusiesen un fin político — sino porque amantes de la Iglesia , condenaban á su perseguidor. En la abierta lucha trabada entre el Pontificado y el imperio , Menores y Predicadores son activos agentes al servicio del Papa : expulsados de orden de Federico , del reino de Lombardía , metíanse no obstante por él , cruzaban montañas , vadeaban rios , llevando y publicando en la comarca toda las Bulas de excomunión fulminadas contra el Emperador. Si era forzoso que un mensajero arrostrase el peligro de intimar á Federico alguna nueva decisión de la Santa Sede , la comisión recaía siempre en los frailes. Cuando Federico , infringiendo el mandato del Papa , que le vedaba tomar parte en la Cruzada mientras se hallase bajo el peso de las censuras , pasó á los Santos Lugares , dos Menores fueron los encargados de denunciarlo al Patriarca de Jerusalén ; de prohibir á templarios , hospitalarios y caballeros teutónicos prestarle obediencia. No sin gravísimo riesgo ejercían los frailes tales oficios. Había sido el obispo Marcelino arrastrado y ahorcado de orden de Federico : los Menores enterraron su cuerpo ; los imperiales lo exhumaron y colgaron nuevamente

de la horca ; ensañamiento y braveza que preludió el trato que á los Menores aguardaba: su suerte común , al caer en manos de las tropas de Federico , era la hoguera ó el dogal ; pero usábase además un extraño tormento que les aplicaba de muy buen grado la guardia sarra-cena: en el sitio de la tonsura , les imprimían con un hierro hecho ascua una cruz ; á veces la repetición del suplicio consumía el hueso y descubría la masa encefálica. A despecho de estas atrocidades , el anciano Gregorio IX escribió á su Legado recomendando que los ejércitos papales usasen de la mayor moderación y derramasen la menos sangre posible , á fin de que los prisioneros más bién tuviesen ocasión de regocijarse que de llorar su cautiverio. — « La Iglesia — decía — que protege al criminal para librarlo de la muerte, debe huir de matar ó mutilar. Prohibid tales violencias á los jefes so pena de incurrir en nuestra indignación y en la multa que juzgueis adecuada. »

Hubo un instante en que los partidos güelfo y gibelino, los partidarios del Papa y del Emperador, se hallaron frente á frente personificados en dos hombres. Era el uno de ellos Ecelino de Romano, llamado por toda Italia el *Feróz*, acerca de quien profesaba el pueblo la supersticion referida por Ariosto :

Ezzellino, immannissimo tirano

che fia creduto figlio del Demonio...

(*Orlando el furioso* , CIII.)

añadiendo el poeta que «tanto dañó á sus súbditos y al bello país de Ausonia, que cotejados con él parecerán benignos Mario, Sila y Nerón.» Había Ecelino uncido á su yugo la república veronesa, é impuesto el freno á Vicenzo; logrando al fin dominar á Padua, villa más rica y próspera que las restantes. Bajo su mando, cuantos amaban la libertad pisaron la escalera del patíbulo; sometida á su inicuo poder, la Marca Trebisana temblaba, y consecuencias semejantes al espantoso episodio del conde Hugolino en el poema dantesco, se referían de los negros calabozos, tras de cuyas murallas sepultaba á sus víctimas. Pues bien, este hombre era el lugarteniente predilecto, el yerno de Federico II, y la opresión de gran parte de Italia se sostenía por la autoridad y fuerzas imperiales. Vivía á la sazón en el territorio sujeto á Ecelino, otro hombre idolatrado del pueblo, apóstol de los perseguidos y de los humildes. Pertenecía á la Orden popular por excelencia, los franciscanos; retoño de una raza ardiente, semi-africana, la portuguesa, su palabra desnuda de galas, pero inflamada y persuasiva, atraía de modo tal á las multitudes, que le seguían por campos y aldeas; la comarca se despoblaba por oírle; y aunque profundamente versado en las Escrituras, el orador se ponía al nivel de su auditorio, y predicando al raso, bajo algún olmo, á la sombra de alguna viña, tomaba sus comparaciones de la

naturaleza ó de las sencillas costumbres de los campesinos reunidos al pie de su improvisada cátedra. Saltaban los peces del frio centro de las olas por escuchar la voz del milagroso fraile; mujeres injustamente acusadas se arrojaban á sus piés, y él concedía articulada voz al niño que está en la cuna, para defender á la inocente madre. El entusiasmo y amor que inspiraba llegaron á tanto, que una escolta de mozos fornidos se impuso el cargo de rodearlo para impedir que, al terminar los sermones la gente en su anhelo de tocarle el hábito, lo aplastase. Sucedió que un dia se encontraron cara á cara el verdugo y el Santo de Padua, el hijo del demonio y el fraile á cuyos brazos descendía cariñoso y risueño el niño Jesus: justamente acababa Ecelino de degollar á muchos ciudadanos de Verona.—«Enemigo de Dios, tirano, cruel, can rabioso!»—le gritó san Antonio: — «hasta cuándo derramarás sangre inocente de cristianos? La mano de Dios está sobre tí.»—Disponíanse los que rodeaban á Ecelino á despedazar al fraile, pero Ecelino, herido súbitamente en la conciencia, con asombro de todos, se le prosternó delante, atóse á guisa de dogal su propio cinturón al cuello, y confesó sus culpas.—«No os asombris»—dijo despues á sus estupefactos acompañantes: — «en verdad os aseguro que cuando me apostrofaba, he visto radiar de su rostro un fulgor divino, y de tal modo me es-

panté, que ya me creí en el infierno.»—Mas no fué tan completa la enmienda del pecador, que no siguiese cometiendo, de tiempo en tiempo, algún crimen; y Antonio, que no lo ignoraba, por campos y ciudades iba predicando contra él. Despachóle entónces Ecelino dos emisarios con ricos presentes, y un encargo secreto : —«Llevad de mi parte»—les advirtió—«estos regalos á fray Antonio : si los acepta, matadle ; si los rehusa indignado, volveos sin tocarle al pelo del sayal.»—Obedecieron los mensajeros, y al encontrar á Antonio, dijéronle respetuosamente.—«Tu hijo Ecelino de Romano se encomienda á tus oraciones , y te suplica aceptes este corto regalo que te envía con devoción, y ruegues á Dios por la salud de su alma.»—Desatóse el Santo en maldiciones contra aquellas riquezas, robadas á los hombres, instrumento de perdición, y arrojó de su presencia á los enviados que manchaban el recinto de la celda. Cuando volvieron á Ecelino, éste exclamó : —«Semejante hombre es de Dios : dejadle que de hoy más predique cuanto quiera.»—¿Cómo no había de oscurecerse la estrella imperial, y decaer la causa que contaba defensores análogos á Ecelino y adversarios semejantes al paduano Taumaturgo ?

No triunfó la Iglesia por la alianza con la casa francesa, ni por las armas , sino por el prestigio moral que ejercía. Y fué favorable la

suerte de la guerra á los mismos que incesantemente procuraron la paz. Las legiones de franciscanos y dominicos, adictos al bando güelfo, andaban de aldea en aldea, de villa en villa, pacificando, reconciliando á encarnizados enemigos; Gregorio X anhelaba que no volviesen á resonar en sus oídos los nombres de güelfos y gibelinos, emblema de discordias: el propio fin se proponían los frailes. Tan sañudos eran los odios civiles, que los prisioneros de cada villa sufrían en la vecina, no sólo muerte, sino escarnio y tortura; y si acaso el venerado símbolo de la ciudadanía, el *carroccio*, caía en adversas manos, era objeto de burlescas profanaciones. Sin arredrarse por tal encono, iban los frailes de unos pueblos á otros derramando palabras de paz. Innumerables reconciliaciones se debieron á san Francisco; á ejemplo del cual, su amigo el cardenal Hugolino concertó á Génova y Pisa, el cardenal Jacome aplacó la saña de Montecos y Capuletos; fray Venturino de Bérgamo guió á Roma una peregrinación de diez mil lombardos, clamando paz y misericordia. Fray Juan de Vicenzo ápenas elegía para sus pláticas otro tema sino la paz; en una llanura situada á tres millas de Verona convocó asamblea solemne de representantes de las villas y estados italianos; las ciudadanía se agrupaban en torno de sus magistrados y cónsules, llevando al frente el gonfalón; hasta el en-

diablado Ecelino asistía, seguido de sus vasallos, descalzos todos en muestra de humildad. Jamás, dice el historiador protestante Sismondi, se concibió más noble empresa que la de amigar á veinte pueblos enemigos sin otra causa que el sentimiento religioso, sin otro móvil que el Cristianismo, sin otros medios que la palabra. El pacificador adoptó por texto la frase de Jesucristo: — « Os doy la paz, os dejo mi paz; » — trazó vivo cuadro de los males de la guerra, indicó después el remedio, obtuvo la promesa de reconciliación; para sellar el pacto, hizo que el güelfo marqués de Este se casase con una hija del gibelino Alberico de Romano, y maldijo á los que en lo sucesivo renovasen las discordias. Mitad tribuno y mitad apóstol, Juan de Vincenzo dictó leyes, reformó y modificó los estatutos municipales, pidió y obtuvo por sufragio popular el gobierno de dos ciudades. Poco duró en tan azarosos tiempos la obtenida paz; pero acaso esto mismo aquilata el mérito y valor de la tentativa.

Harto entendió Federico II que jamás cedería la Iglesia, porque no podía ceder; ni ménos se engañó acerca de la unanimidad de miras de los Pontífices; al saber que su amigo el cardenal Fiesco ceñía la tiara, exclamó: — « Fiesco era amigo mio, pero el Papa será mi enemigo; » — vaticinio tan acertado, que Inocencio IV no tardó en excomulgarle. Un

punto se vió el partido gibelino próximo á vencer, cuando el casi centenario é indomable papa Gregorio IX bajó á la tumba, dejando su metrópoli cercada de huestes imperiales, pero lleno de confianza en que la navecilla de Pedro flotaría siempre, segun escribió pocas semanas ántes de morir. Dijérase que, libre de su antagonista, tenía Federico allanado el camino de subyugar definitivamente á Italia y consolidar el imperio. No fué así. Las villas coaligadas se obstinaron en su resistencia, rechazando á los alemanes; negáronse Tolemaida y los cristianos de Palestina á reconocer al excomulgado que se había ceñido con sus propias manos la sacra corona de Jerusalén, la corona del pio Godofredo, en el Santo Sepulcro; y tras de estos reveses, sucedió el primer acto de la tragedia que acaba con la familia de Hohenstaufen; el hijo de Federico, Enrique, se arroja á caballo al fondo de un precipicio, por no ver el rostro de su enojado padre, así como, andando el tiempo, y á impulsos de un terror análogo, el de sufrir el castigo que su amo le impusiese, el canciller favorito de Federico, Pedro de las Viñas, había de romperse el cráneo contra los muros de su prisión.

Por entónces consternaba á Europa el temor de la invasión bárbara: se sabía ya que avanzaban hordas mogolas sobre el Occidente: no eran los conquistadores primitivos,

bárbaros, pero capaces de establecerse y fijarse, de concluir por ciudadanos y agricultores, sino tribus nómadas, errantes, propuestas á no dejar sobre la haz de la tierra ciudad ni habitación humana, á convertir el mundo civilizado en ancha estepa sembrada de ruínas que libremente pudiesen cruzar sus ágiles y peludos caballejos del desierto. Amenazado el rey de Hungría por las olas furiosas del torrente tártaro, pidió socorro á Federico II, ofreciendo rendirle pleito homenaje; Federico, en vez de un ejército, le envió estudiada carta, henchida de fórmulas retóricas, y sólo la Iglesia trató de acudir, hasta donde lo consentían sus fuerzas, á remediar el daño, ya excitando á los príncipes cristianos á unirse y defenderse, ya enviando embajadas y misiones al jefe mogol, con el fin de atraerlo al cristianismo, que vagos rumores y la misteriosa historia del *Preste Juan* le suponían inclinado á abrazar. Segunda vez vendió Federico á la Cristiandad y á Europa; la expiación fué proporcionada á la culpa; el trágico destino de la raza de Suabia se cumple en el mismo siglo XIII; Manfredo enterrado al borde de un camino, bajo un montón de piedras; Encío en eterno cautiverio; Conradino degollado en la plaza de Nápoles; Margarita moriendo con desesperado amor, en su fuga, la mejilla del hijuelo que abandonaba, forman un cuadro comparable sólo al de los infortu-

nios de la familia de Tancredo. Disipóse el brillo y esplendor de la casa de Suabia como la luz de la antorcha que Inocencio IV apagó en las losas del templo al pronunciar la excomuni6n de Federico ; y extinguióse la descendencia del rey que había dicho á los palermitanos : — « Regocijaos conmigo ; la Providencia me concede gran número de hijos, y nunca sufriréis la desdicha de que os falte rey. » — Cuando tales sucesos ocurrían en Italia , cierto caballero mozo , que se divertía cazando por las montañas de Suiza , vió que un pobre párroco , portador del Viático para un enfermo , no lograba atravesar ancho torrente engrosado por las lluvias. Bajóse el magnate de su caballo , ofreci6lo al cura , y, cuando éste montó , tomando el corcel del diestro , gui6lo por el difícil vado. Queriendo el cura restituir el caballo á su dueño , negóse éste á recibirlo , declarándose indigno de cabalgar en montura que sirviera al Rey de los cielos. Corrió la fama del caso ; Alemania bendijo al príncipe , y una reclusa predijo glorias á él y á su estirpe. El protagonista de tal escena , que inmortalizó el pincel de Rubens, era un mancebo denodado , alto y hermoso, Rodolfo de Augsburgo, langrave de Alsacia ; en sus manos cayó la herencia imperial de la casa de Hohenstaufen ; por caprichosa ironía del destino , Federico II le había tenido sobre las fuentes bautismales y armado caballero.

Si las Órdenes mendicantes cooperaron en Italia á la supremacía güelfa , no se concretó su actividad á tan estrecho escenario. Supieron contrastar á Federico , desafiar su ira , calmar los dolores de la patria ; pero todo ello fué parte no más de sus trabajos : el mundo les ofreció ancho palenque , y fieles á la consigna de sus fundadores , se repartieron en dirección de los cuatro punto cardinales del orbe. Donde quiera que hubiese hombres y tierras conocidas , moraban los hábitos franciscano y dominico. El oficio principal de los dominicos fué científico y polémico. Llamábanse Orden de Predicadores , porque armados de elocuencia y sabiduría , buscaban á los herejes para retarlos á la disputa. Segun descripción de un testigo ocular , el Fundador de los Dominicos presentaba el tipo que reprodujo tantas veces en sus místicas tablas el beato Angélico : cuerpo esbelto , rostro apacible y sonrosado , cabellos y barba de un rubio encendido , claros ojos ; por entre sus cejas brotaba cierta luz ; y tan copiosamente poseía el dñn de lágrimas , que saltábanle de los lagrimales como dos inagotables arroyuelos. En el siglo XIII , Santo Domingo y sus hijos viven especialmente en la tierra maniquea del Languedoc , que dos hombres sometieron al catolicismo : nombrando á Domingo de Guzmán , no cabe omitir á Simón de Monforte. A ningún personaje del siglo XIII denigran los his-

toriadorez con más empeño y ménos razón que al vencedor de Mureto. Mostróse tan grande, que apenas se entiende cómo hay espíritu de partido que alcance á negar la majestuosa alteza de su figura. Con ser la Edad media tan fértil en eminentes caractéres y almas de temple vigoroso, no cuenta muchas comparables á la de Simón de Monforte. Recio campeador, su fe le convirtió en otro Macabeo, hizo de él el general en jefe del Espíritu Santo. Empeñado en un combate desigual, decía: — «No es dable que sucumbas; la Iglesia entera ruega por mí.» — En vísperas de la jornada de Mureto, sabedor de que el galante y enamorado rey de Aragón escribía á cierta dama albigense de Tolosa que — «únicamente por sus ojos tomaba las armas,» — exclamó: — «Segura es nuestra victoria, pues tenemos de nuestra parte á Dios, y él sólo los ojos de su dama.» — Y con todo esto, bajo la coraza de Simón de Monforte no latía un corazón de roca: cuando después de lidiar todo el día en Mureto con leonino arrojo, ve tendido en el suelo el cadáver del rey D. Pedro, y le conoce por la elevada estatura, surca sus mejillas compasiva lágrima. Simón y Domingo, el acero y la palabra, yendo por diversas sendas á un mismo punto, cerraron al poder mahometano la entrada de Europa, como la casa de Anjou les interceptó el paso de Sicilia, concluyendo con

los Hohenstaufen. Es de advertir que en este género de cruzadas interiores, los príncipes ortodoxos se extralimitaron á veces, excediéndose de lo dispuesto por los Papas, que si comprendían cuán ligados se hallaban sus intereses á los de Simón de Monforte, el rey de Francia y Carlos de Anjou, no podían ménos de alzar su voz, según el espíritu cristiano, demandando piedad para los vencidos. Desaprobó Roma las matanzas de Carcasona y Béziers y el suplicio de Conradino; y cuando el hijo del fautor de la herejía, del declarado enemigo de la Iglesia, del conde de Tolosa, declara al Papa su intento de cobrar la perdida herencia con las armas, el Pontífice, que ya lo había consolado devolviéndole buena parte de sus feudos, lo bendice afectuosamente. Harto entendía el Papa que la guerra del Languedoc, si comenzó religiosa, terminaba nacional, y que á la Iglesia le tocaba luchar como Santo Domingo, á fuerza de sermones, de actos de caridad y ejemplos; con la eficacia de la palabra y de la virtud.

A san Francisco no se le encuentra solamente en Languedoc, sino en todas partes. Su espíritu circula por cada vena del cuerpo social; practicánlo los reyes santos del siglo XIII; el conquistador de Sevilla, san Fernando, que á imitación del penitente de Umbría se recuesta en ceniza para morir; san Luís de Francia, varón perfecto, educado por

franciscanos , y que fué como un san Francisco en el trono ; la langravesa de Turingia , que ciñó su delicado talle con la nudosa cuerda de los terciarios , se comunicó á Siria y Palestina , al Africa , á Mogolia , al corazón del imperio chino ; á los más remotos países , lo mismo que á los caseríos toscanos . Humildes frailes hollaron las rutas que conducían á Tartaria , y revelaron á Europa un nuevo mundo preludiando los descubrimientos geográficos y cosmográficos del Renacimiento , describiendo el Asia , el Océano índico ; y poniendo en contacto la cuna del género humano con el centro de la civilización . Y si las ciencias físicas debieron tanto á los misioneros , puede decirse también que el florecimiento intelectual del siglo XIII es obra de frailes : memorable obra en verdad , porque en aquel siglo se estableció el comercio de ideas entre europeos , hebreos y sarracenos , se perfeccionó el conocimiento de la antigüedad con las escuelas aristotélica y neoplatónica , difundieronse tratados árabes de medicina y astronomía , Bolonia profundizó el estudio del derecho , adelantó Salerno en la enseñanza de la ciencia de curar , y en París y Oxford lanzó resplandores clarísimos la filosofía escolástica ; vitalidad científica asombrosa que se cifra en los nombres de unos cuantos frailes : Alejandro de Hales , Rogerio Bacon , Vicente de Beauvais , Alberto el Grande , san Buena-

ventura, santo Tomás, Escoto, que cada cual comprende una rama de los conocimientos humanos, y alguno las abarca todas. Con san Francisco renacen y se trasforman la oratoria sagrada, la poesía vulgar, la pintura, la arquitectura gótica, la filosofía mística, la estética de Platón, la escultura. Apenas hubo astro entre los que, del siglo XIII al XIV, alumbran los cielos de la inteligencia, que dejase de tomar luces del serafín de Asís: Rogerio Bacón, el fundador del método experimental en las ciencias de la naturaleza; san Buenaventura, el poeta filósofo: Jacopone de Todi, el cantor de la pobreza, el poeta popular; Nicolás de Pisa, el escultor nuncio del Renacimiento; Cimabue, el último pintor bizantino, y Giotto, el primer pintor humano y moderno; Escoto, el gran dialéctico; Juan de Parma y Gersón, profundos contemplativos; el anónimo autor de las *Floreccillas*, y el vate enérgico que cierra la Edad media, como Homero cerró los tiempos heroicos, todos bebieron en el mismo ardiente manantial de inspiración, todos se calentaron á la llama del amor franciscano. De suerte que no es lícito hablar de san Francisco como de otro cualquiera personaje eminente, sino que hay que apreciarle en la multiplicidad de su acción, y verle dominando á su siglo, siendo como la flecha, como la aguja más aérea y más alta, más próxima al cielo, del edificio ojival lla-

mado Edad media. En la cima del siglo XIII se destaca el Santo de Asís.

Hora es ya de que la flecha gótica rasgue las nubes y la catedral se termine, porque la Edad media toca á su fin. Próxima á espirar, despide la lámpara destellos más vivos: en las postrimerías de la era sarda y heroica, aparece numerosísima falange de héroes y santos. San Luís consagra el postrer esfuerzo de las Cruzadas moribundas: por él aprendieron los pueblos á respetar la corona, á considerar en el rey el ungido de Dios: sublime en cada acto de su vida, nunca lo fué más que cuando la adversidad le abrumó sin rendirle, cuando padeció su lento martirio en Tierra Santa, cercado de hambre y epidemia, las crines de su caballo abrasadas por el fuego griego, batiéndose como un héroe, sufriendo como un estóico y espirando en la postrer tentativa—sin lograr siquiera acercarse á las ansiadas costas del Asia — en las playas africanas, y viendo antes consumirse y fallecer á su hijo, á su ejército diezmado por la peste y exhalando, con el último aliento, el nombre de Jerusalén. El mismo carácter de bienaventuranza que en Luis IX y en su hermana Isabel veneraba el pueblo francés, España lo acató en san Fernando; Hungría en Isabel y su esposo Luís de Turingia; Polonia y Silesia en la duquesa Edvigis; Bohemia en la hija de su rey, santa Inés; Portugal en Isabel su reina: y así como

el feudalismo se hizo aborrecible por la violencia, por las raíces bárbaras que nunca supo extirpar, la forma de gobierno de las sociedades modernas, la monarquía, fué amada por la santidad. No llovió la gracia únicamente sobre el trono; se extendió en el pueblo, en el clero, en toda categoría social. Como en enjuta yesca prende luego la chispa, la más leve circunstancia formó Santos. Andrés de Siena hace penitencia toda su vida por haber dado muerte, en un arranque de indignación, á un blasfemo; san Ambrosio, de Siena también, se dedica á combatir el vicio social de la Edad media, la venganza; san Simón, el carmelita, habita desde la edad de doce años en el hueco de un roble. De puro repetidas se hacen usuales durísimas y extrañas penitencias. Cuando santo Domingo se hallaba en Roma, una de sus ocupaciones era visitar á las reclusas, pobres mujeres que por devoción se emparedaban, y comían de lo que la caridad les arrojase; habíalas en gran número por la ciudad, ya en las laderas del monte Palatino, ya en los derruidos monumentos, en el hueco de las saeteras, en la cavidad de los acueductos. Cierta dia, una penitente emparedada mostró al Santo su seno roído de gusanos, que conservaba amorosamente, como á huéspedes de la Providencia; y al tocarlas Domingo, las repugnantes larvas se convirtieron en diamantes preciosos. Una hija del

rey de Hungría , Margarita , virgen de doce años , dormía por mortificación con una piedra á guisa de almohada ; otro hijo y nieto de reyes , el que más tarde fué san Luís , obispo de Tolosa , se tendía á los siete en una estera ; Peregrino Latiozi , con el muslo devorado por un cáncer , no se quejaba jamás , y llamábanle el nuevo Job ; Amado Ronconi despedazaba sus espaldas á disciplinazos ; Ivo de Bretaña lavaba las úlceras de los enfermos en un hospital fundado por él mismo ; Margarita de Cortona , la Magdalena de la Edad media , llegaba , en el anhelo de la expiación , hasta querer destruir violentamente su fatal hermosura . No hubo estado , por humilde é ínfimo que pareciera , que no tuviese su representación en la aristocracia del bien : santa Zita de Luca , fué criada de servir hasta su muerte ; otro tanto hizo Margarita de Lovaina en un mesón , donde murió asesinada , víctima del cumplimiento de su deber , y el beato Alberto de Bérgamo era un labrador ; el beato Nevolón de Faenza , un zapatero . A fines del siglo sube al trono de san Pedro otro Santo , el antecesor de Bonifacio VIII ; Celestino V , todo embebido en las doctrinas contemplativas de san Francisco , todo desecado por horrendas maceraciones : ¡qué mucho , si hasta la raza de Hohenstaufen dió Santos , y la pura y noble esposa de Dionisio de Portugal , Santa Isabel , era nieta del bastardo de Federico II , Man-

fredo el desalmado? Siglo de peregrinos contrastes fué el décimotercio, como que encierra el crepúsculo vespertino de una edad y el matutino de otra. El entusiasmo de las Cruzadas, que decae en nobles y reyes, se despierta en los inocentes, en los niños. De pronto, sin precedentes que expliquen el hecho, multitud inmensa de criaturas se reúne en Francia y Alemania, y toma la cruz y se pone en marcha hacia Oriente; á las gentes que los encuentran por los caminos y les preguntan que adónde se dirigen, contestan que á Jerusalén por orden de Dios; si les interrogan acerca de lo que les movió á partir, responden que no lo saben. Algunos son robados, maltratados, y perecen miserablemente en los desfiladeros de las montañas: otros mendigan y mueren de hambre y frío en los nevados bosques. Cuando el Papa lo sabe, exclama suspirando y meneando la cabeza: «Esas criaturas nos echan en cara nuestro descuido.» En la última mitad del siglo se advierten nuevos síntomas de la sed de martirio y mortificación que lo consume: organízanse las bandas de flagelantes. Cohortes de penitentes desnudos, ceñida tan sólo la cintura, recorren villas y aldeas, azotándose con recias disciplinas, abiertas las carnes y chorreando sangre. Emprenden tales excursiones hasta de noche, en invierno, en número á veces de diez mil, precedidos de sacerdotes que enarbolan la cruz;

entran en las iglesias y, prosternados, se confiesan con muchos gemidos y golpes de pecho. No son miserable trailla de vagabundos; en sus filas se cuentan doncellas y damas nobles, ilustres caballeros; y al verlos cruzar por los pueblos, las gentes se reconcilian entre sí, restituyen lo mal adquirido, reparten sus bienes á los pobres. Nadie logró averiguar el origen de devoción semejante. Ni Alejandro IV, que á la sazón se hallaba en Anagni, ni el superior de ninguna Orden la habían dispuesto: pero comenzaron diez ó doce individuos á practicarla, y la multitud se reunió y siguió sus huellas en los sombríos países del Norte; tan singular ejercicio se bastardeó, convirtiéndose en iluminismo herético. Al concluir la centuria, crece la perturbación de las almas, suspensas al borde del abismo entre la fe y la herejía: abundan las huestes rabiosamente laicistas y antijerárquicas de *Pastorzuelos*, que afirman no ser enviados de ningún rey ni Papa, sino de Cristo y su Madre; pululan fraticelos y begardos, y se desencadena sobre Europa el soplo huracanado del *libre espíritu*; pero el siglo termina con un himno de fe ortodoxa, el Jubileo universal, al cual los paralíticos se hacen conducir en hombros, y acuden, desde los remotos confines septentrionales y orientales, madres que traen colgados del pecho sus hijos, y ancianos casi centenarios. Entonces es cuando un vate excelso, un vi-

dente, que, grave, pálido y meditabundo, se dirige á Roma, advierte que una edad se va para dejar paso á otra, y fecha el primer verso de su poema sublime *nel mezzo del camin de nostra vita*: en la mitad de nuestro camino mortal. Los siglos que mueren fueron de inmensa poesía: toda la recogió el vasto genio de Dante. Dentro de la epopeya sacra, en la cual verdaderamente colaboraron tierra y cielo, se conservan, cual en preciosa urna, las virtudes del claustro y las agitaciones del mundo, el Pontificado y el imperio; la escolástica y la teología, los odios güelfos y gibelinos y el amor de san Francisco de Asís.

¡Cuán diverso del XIII es el siglo de transición que le sigue! Al dechado de perfección monárquica, San Luis, reemplaza Felipe el Hermoso, el monedero falso que subiendo ó bajando la ley de la moneda, adulterando el cuño, y ahorcando á quien rehuse recibirla, rige, mejor dicho, esquila á sus vasallos. España logra un rey conquistador, pero licencioso, en Alfonso XI: síguele otro no menos libertino, que eclipsa altas cualidades con crímenes enormes, y afea con la crueldad la justicia; sus discordias de familia le obligan á aliarse al infiel sarraceno y al judío codicioso: en cambio, su fratricida hermano inunda á Castilla de rapaces aventureros franceses, y malgasta la hacienda y prodiga las mercedes regías sin tasa. Ya no es la raza semifeudal y

caballeresca de Hohenstaufen la que persigue á la Iglesia : son gentes como Nogaret, legistas prosaicos, ergotistas secos y sutiles, que en vez de armas se valen de argucias; y con tales auxiliares, la estirpe de los Capetos, que produjo á san Luis, ahora abofetea y prende á Cristo en la persona de su Vicario, y segunda vez lo escarnece y da hiel y vinagre por bebida; Francia, la nación güelfa, deja atrás á la gibelina Alemania, y el descendiente de Carlos de Anjou, «*el florde lisado*,» como le llama Dante con enérgica ironía, ultraja al Pontífice en Anagni. Los Papas se ven forzados á huir de Roma y refugiarse en Aviñon; el largo cautiverio de la Iglesia preludia los desastres de Francia, la invasion de los ingleses, las brutales algaradas de la jaquería, el señorío real humillado por el del preboste de los mercaderes, la peste, la miseria y mortalidad espantosas. No es mucho más risueña la situación de Alemania, desgarrada por la discordia, y la de Italia, donde enflaquecido y contrastado el poder pontificio, se sobreponen á las municipalidades los tiranuelos. Sufre la mujer el fatal influjo del decadente siglo; desvanécese la aureola de santidad que rodeó las sienes femeniles, y á las Isabeles de Hungría, Portugal y Francia, á las Blancas y Berenguelas de Castilla sustituyen las nueras de Felipe el Hermoso, con su pública vergüenza y su degradante é inhumano castigo; mancha el pa-

rricidio la progeñie real ; el rey de Inglaterra es bárbaramente asesinado de órden de su esposa ; y la raza del monedero falso se extingue, como la de Federico II , envuelta en sus propios crímenes.† Corrompidas las costumbres en toda Europa, reina la superstición, halla ciega credulidad la magia y hechicería, y el veneno, plaga del Renacimiento, comienza á infundir terror, y á cada nueva epidemia se figura el pueblo que judíos y leprosos emponzoñaron manantiales y fuentes. A su vez las letras se acomodan á la marcha de los funestos tiempos, y en vez de los cantos místicos de Jacopone y san Buena Ventura, y las varoniles estrofas de Dante, viene la grosera é inmoral utopía del *Roman de la Rose*, apoteósís de los sentidos que ni áun cohonesta la elegante forma ovidiana; resuena la carcajada de Bocaccio, cantando el vino y el amor sobre la abiérta fosa de las víctimas que amontonó la terrible peste negra ; hasta en el mismo suave, elegíaco y exquisito Petrarca. se ve patente la decadencia si á Dante lo comparamos. La filosofía escolástica , que resplandeció por última vez con Escoto y Lulio, se anubla con Ockam, y degenera luégo en formalismo estéril y vano; eclípsase el sol de la fe religiosa, y ya no surcan el mar los cruzados por redimir las piedras de un sepulcro, sino los mercaderes en demanda de oro y especias; no nacerán en el siglo XIV dos grandes órdenes, pero

muere infelizmente una de las más gloriosas y poéticas, y el siniestro fulgor de la hoguera de los templarios alumbra el amanecer de la sombría centuria; disminuirán las bellas y tiernas crónicas de Santos, y la leyenda del décimocuarto siglo, laica, y revolucionaria, será la del flechero suizo Guillermo Tell, considerada por la erudición moderna más dudosa é improbable que cuantas refieren los agiógrafos. Por su parte la Iglesia fugitiva, refugiada, entregada á la dudosa protección de los monarcas franceses, cercada de enemigos, ve de nuevo relajarse la disciplina, y los clamores de Alvaro Pelagio, del obispo Durando, de las santas Brígida y Catalina, del Petrarca, se alzan pidiendo urgentemente reforma.

Tal retroceso en el siglo XIV muestra cuanto fué grande la época que le precedió. No por eso hemos de tenerla por única, irremplazable y perfecta, ni creer que en todo realizase el programa del cristianismo; pasó la Edad media para siempre, sin que quepa en lo humano renovarla; Dios le fijó su plazo, y al cumplirse éste, cayó en el abismo de los tiempos; dueños somos de amarla y admirarla, pero no la resucitaremos nunca. Lícito es emprender su vindicación, negando que la humanidad anduviese á tientas y sumida en sombras de ignorancia hasta que brilló la antorcha clásica del Renacimiento; justo es asimismo declarar que en período alguno honraron

la historia caracteres más elevados y sublimes que en el medioeval. Monarcas, paladines, cruzados, monjes, frailes y palmeros fueron harto superiores á los personajes que las edades heroicas de Grecia y Roma ofrecen á nuestra rutinaria admiración : y ciertamente que la edad moderna no puede jactarse de poseer muchos dignos de compararse con ellos. Mas de esto á ensalzar sin restricción la Edad media, á figurarnos que solo volviendo á sus instituciones y costumbres dominará universalmente la ley de Cristo, hay gran distancia. Si algo resalta en el bosquejo que de la Edad media hemos trazado es cabalmente la continua modificación, el incesante progreso que en ella se realiza. A los que pretendan retroceder hasta los siglos medios, les preguntaremos : ¿á qué instante, á qué período? á Constantino, que en rigor los inicia? á Teodorico? á Carlomagno? á Ludovico Pio? á Recaredo? á los terrores del año mil? á las cruzadas? á Inocencio III? á san Luis y san Fernando? Porque si bien se mira, cada centuria y cada década y cada lustro, abrazan una etapa distinta, una dirección consecutiva si se quiere, pero diversa, de la humanidad. Sólo hallamos en la serie de tales transformaciones un punto fijo, un rumbo invariable, como el que marca la estrella polar : este rumbo es el cristianismo. Pero si en muchos conceptos la influencia del cristianismo fué activísima en la Edad

media, no es dudoso que en otros se revela más en las siguientes edades: durante la Edad media, el cristianismo lucha sin tregua ni descanso para imponer su criterio y enseñanzas, y sólo lo consigue á duras penas: consúmese en esfuerzos gigantescos la Iglesia para lograr la paz, para atajar el derramamiento de sangre, para infundir suavidad á las costumbres, respeto á la libertad y vida humanas, reconocimiento del derecho de gentes; y todas estas mejoras, que tan difícil le fué obtener en la Edad media, las ve casiazonadas en la moderna: así se verifica la teoría del progreso enunciada por Santo Tomás de Aquino. Ofrece la Edad moderna una contradicción opuesta á la que en la Edad media observamos: fué la Edad media más cristiana de corazón y entendimiento que de costumbres: creyó en Cristo, le amó, pero anduvo muy reacia en seguirle y en obedecerle; la moderna, más suave y benigna, más cristiana sin saberlo en parte de sus hábitos, en su noción del derecho, en su criterio social, está inficionada por el indiferentismo y el escepticismo, y prepara el advenimiento de un retroceso enorme, de una edad de barbarie moral, porque no impunemente luchan la teoría y la práctica, ni se infringe la ley divina sin que forzosamente más tarde ó más temprano, venga á tierra la regla ética, en unión de las creencias que la instituyeron y la vigorizaron. Mucho bueno

contiene la Edad moderna, pero lo perderá todo si no se convence de que lo recibió del cristianismo.

No falta quien niegue tan clara verdad y preconice otras religiones como más civilizadoras : ceguera inexplicable , ó criminal malicia , que apenas se concibe dados los adelantos de la teología comparada y de la crítica histórica. Ha creado el Cristianismo la dignidad y personalidad del hombre : al vestir nuestra carne , el Hijo de Dios la redimió y regeneró juntamente. Por eso el Cristianismo es divino y humano á un tiempo ; religión de la verdad revelada y de la equidad social. Convirtiendo la vista á los países donde imperaron otras creencias , se encuentra , ya anarquía , ya opresión ; sólo el Cristianismo forma naciones libres , comunicativas , capaces de grandeza y gloria. Nada arguye en contra de este aserto el que la civilización occidental haya sido lenta en su desarrollo : así como el dogma no se definió de una vez sino poco á poco en Concilios sucesivos , la cultura cristiana necesitó , para desenvolverse y completarse , el curso de los siglos. Ni obró el Cristianismo tales maravillas en virtud de cierta conformidad singular y característica con el genio de las razas europeas. La falsedad del concepto que refiere el alma del hombre á la naturaleza exterior y ajusta las religiones á los climas , se evidencia con sólo considerar

lo que el Cristianismo había hecho de Africa y Asia, y lo que hizo después el islamismo. Al invadir los árabes la Siria Central, hallaron países cristianos y al par florecientes, donde nacían un arte y una civilización temprana y lozanísima. Pues bien; aquellas comarcas en que alboraba el progreso, convirtiolas el islamismo en desiertos páramos; aquella raza inteligente y perfectible, en las hordas que hoy los recorren. Otro tanto sucedió con Africa: ¿quién ignora el esplendor de las ciudades púnicas en los primeros siglos de la era cristiana? Celebrados poetas y oradores salían de sus ardientes llanuras para ser pasmo de Roma; allí nacieron y se formaron los elocuentes apologistas, los profundos teólogos, Tertuliano, Lactancio, san Agustín: la tribu bárbara entre los bárbaros, cuyo nombre simboliza la destrucción y el estrago, los vándalos, olvidaran su grosería y ferocidad al contacto de tan brillante cultura, y comenzaban á aceptar y aprovechar sus beneficios, cuando la irrupción musulmana sumió al Africa en la oscura noche que aún hoy la cubre, y la redujo á continente desheredado y salvaje. ¿Y qué diremos de la decadencia del Oriente cismático, del estacionamiento de las regiones indo-chinas, aletargadas por sus panteísticas creencias? Inercia, atraso y fatalismo dominan en los países más feraces y deleitosos del orbe. Aparte de ciertos

adelantos industriales é inventos , que conocieron , pero no aplicaron debidamente ; de algunas ideas de justicia — que nunca faltan porque sin ellas no viviría el hombre ; de un arte más original que bello y expansivo , ¿con qué pueden jactarse las razas asiáticas de contribuir á la civilización actual ?

Otra seña notable presenta el Cristianismo ; y es ser la única religión comunicativa por sistema. El paganismo no concibió jamás que nadie se apartase de Atenas ó de Roma para humanizar al salvaje ó instruir al ignorante ; y si budistas y mahometanos mostraron , en sus primeras épocas , empeño de catequizar — no siempre por medios suaves — cansáronse presto , como no podía menos de suceder , dado el fatalismo en que se basan sus dogmas y filosofía. Religión universal y activa , el Cristianismo en cambio no cesó nunca de hacer prosélitos. Mientras duraba el encarnizado batallar de sarracenos y cruzados , los Papas sostenían correspondencia teológica con los califas , y enviaban embajadas para atraer á los mogoles. A ejemplo de Cristo , que desde el leño de la Cruz abrió los brazos para abrazar al universo , la Iglesia llamaba á sí todos los pueblos , sin pedirles más que su alma y su fe , sin obligarles á innovar formas político-sociales ; vivió con el feudalismo , con la monarquía , con las repúblicas italianas , y hubiera vivido con el imperio , á no haber

éste pretendido arrogarse el ejercicio de dos potestades. No se opuso al Renacimiento del siglo VIII, del XII ni del XVI, antes los favoreció; y al destruir las sectas, siempre combatió algún principio peligroso y antisocial: opúsose al arrianismo, que con sus doctrinas hubiera entregado á Europa al poder mahometano, reduciéndola toda ella al estado presente de Turquía: opúsose al maniqueismo, que negaba toda autoridad y erigía un genio del mal frente al Dios del bien y de la justicia; á la Reforma, precursora del racionalismo moderno, y al racionalismo moderno, que pretende derrocar la revelación, fundamento del Cristianismo. Si al lado de éste parecen tan infecundas las demas religiones, ¿qué diremos de la peregrina fe independiente de nuestro siglo, sin dogmas, sin unidad, sin ley, sin objeto y sin culto? ¿Qué fuerza social, qué vigor y energía ha de ofrecer á los pueblos? ¿En qué consiste y para qué sirve tan vaga concepción de la Divinidad? Con la mano, digámoslo así, se tocan en la historia los efectos, el dinamismo social de un dogma definido y concreto; mas ¿qué darán de sí ideas heterogéneas y amorfas, sin consistencia ni coherencia, hijas del capricho ó del sentimiento individual? Fúndase el derecho, la ética, la propiedad y la familia, conforme al concepto de la ley divina que profesa cada pueblo: ¿en qué los fundará la Edad mo-

derna? De la nada, nada puede hacer el hombre.

No es hoy cuando tales verdades se demuestran plenamente, porque hoy — nunca lo repetiremos bastante — el mundo disfruta aún de los beneficios de la creencia que su indiferentismo va minando. Rechaza el dogma, pero se nutre aún de su moral, de sus teorías sociales; vive de su savia, subsiste de su herencia, ha respirado tanto tiempo cristiana atmósfera, que los átomos más leves de su organismo son, mal que le pese, cristianos. Pero como existe tan íntima relación entre el dogma y la moral que de él se deriva; como los principios que admite todavía la sociedad moderna son hijos de la palabra de Cristo, al negar la autoridad divina de esta palabra, niega de rechazo los principios. Sorprende á veces á la sociedad moderna la vista de lo mismo que en su seno se engendró, y con frecuencia ha renegado de sus hijos legítimos, porque, mirándolos á la luz interior del Cristianismo que lleva en sí, le parecieron monstruos. Cuando logre apagar la lumbre celeste, caerá, según todas las probabilidades, en profundas tinieblas: ó el mundo seguirá cristiano, ó concluirá bárbaro. Estas son las consecuencias que se deducen del estudio de nuestra compleja y crítica Edad, harto más agitada que la Edad media en lo que se refiere al entendimiento y á los problemas sociales, si

más tranquila en lo que á la seguridad material concierne.

Aun cuando no se ajustó la Edad media en todas sus manifestaciones al modelo del Cristianismo, hubo una en que señaladamente cumplió el Evangelio; y fué en la constitución franciscana. Obediencia, castidad y pobreza, son Jesucristo mismo. Y no es leve prueba de la eficacia de la idea franciscana el haber suscitado legiones de hombres que, no sólo en siglos de penitencia, sacrificio y abnegación, sino en edades de interés egoísta y de epicúrea indiferencia, renuncian á todo y se mantienen, como quiso el Fundador, muertos y no vivos, sujetos á estrecha obediencia, á castidad inviolable, á pobreza absoluta; dispuestos á la menor señal á ir entre pueblos salvajes, á dejarse martirizar oscuramente en el Japón, hoy que el martirio no gana otra gloria sino la del cielo. Todavía en el momento en que corre sobre el papel la pluma escribiendo estas palabras, quien visite las cálidas regiones del Magreb y Palestina, regadas tantas veces con la sangre de los Menores, halla en aquellos límites extremos de la civilización el sayal humilde del misionero franciscano: y — cosa singular — ve el sepulcro de Cristo, que á costa de tantos y tan desesperados esfuerzos intentó vanamente rescatar de las profanaciones musulmanas la Edad media, guardado y preservado por los fran-

ciscanos , que lograron así lo que obtener no pudieron las Cruzadas. En el siglo XIV , al cesar las Cruzadas definitivamente , es cuando fray Rogerio Guarini obtiene del Sultán de Egipto que le ceda el sagrado monte Sión. Siempre mostraron los musulmanes singular benignidad y deferencia á los Menores , cuyas austeridades les imponían el mismo respeto que les impuso un tiempo la virtud de san Luís. A fines del siglo XIII , ya un firmán de Malek-Nasér expulsa á cualquier fraile— «que no sea de los de la cuerda » — del convento de Sión. Allí se mantuvieron los franciscanos firmes y quietos, sin arredrarse por los altibajos de la tolerancia sarracena , que frecuentemente se convirtió en torturas y suplicios ; y así , resistiendo briosamente ó persuadiendo con blandura , han logrado no desamparar un solo día el lugar sacro en que Cristo reposó después de muerto , y han conseguido que el cristiano que lo visita reciba el consuelo de asistir en él á las ceremonias del culto.

La idea de san Francisco de Asís es inmortal. Por su carácter caballeresco , por sus inclinaciones de trovador , por su novelesca fantasía poblada de combates, empresas y torneos , san Francisco es el hombre de la Edad media: por su fe profunda, su ilimitada esperanza, su ardiente caridad , san Francisco pertenece á cualquiera de los siglos cristia-

nos. Viva imagen de Jesucristo, es su leyenda la más milagrosa de la Edad media: no todos los milagros que en ella se narran han sido reconocidos auténticamente por la Iglesia; pero en todos ellos, como en los del Salvador Divino, hay tal efusión de amor y poesía, que no es lícito al historiador despojar al prodigioso santo de un solo rayo del áureo nimbo que cerca su frente. Mal pudieran hacerlo plumas católicas, cuando los escritores racionalistas no han sabido pintar á san Francisco sino como lo vió la fe de su época: trucidados piés y manos por sus milagrosos estigmas, manándole de la llaga del costado un río de sangre, crucificado en vida, semejante á Cristo cuando fué descolgado del árbol de la Cruz. Si hay quien piense que es posible describir de otro modo el serafín humano, inténtelo norabuena: el arte, el sentimiento, la tradición y la historia se alzarán á desmentirle.





CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS.

La naturaleza en Italia. — El pueblo natal de san Francisco. — Familia. — Nacimiento. — Educación. — Mocedades. — Rostro y talle de san Francisco. — Planes de vida militar. — Nuevos caminos. — La soledad. — Primera prueba.

.....
*In Christo è nata nova creatura,
spogliato homo vecchio, e fato novello.*

.....
(Amor de caritate : poesia atribuida á S. Francisco.)

.....
Nueva criatura ha nacido en Cristo:
el hombre viejo se renovó.

.....
(Amor de caridad : poesia atribuida á S. Francisco.)

HIENE el paisaje en Italia dos maneras muy distintas de ser bello. Con sólo mirar el mapa de la península latina, se advierte notable diferencia entre el contorno caprichoso, ondulante y accidentado de la costa que baña el Tirreno mar, y la línea severa de las márgenes del Adriático. A la parte del Tirreno están Génova, cantada por el Taso, con sus azoteas de mármol blanco y su bulli-

cioso puerto; la cosmopolita Liorna; Roma y sus esplendores arquitectónicos; Nápoles y la torneada valva de su orilla. Allí esmaltan la campiña las *villas* de recreo, guardando en sus columnatas, en sus vasos de pórvido, en sus estatuas protegidas por la deleitosa sombra de amenos bosquecillos, el recuerdo del sibaritismo romano. Allí los volcanes, cuya lava abrasa primero y fertiliza despues; allí las grutas sombrías, las pendientes abruptas que tapiza el viñedo de follaje purpúreo, el limonero de embriagador perfume, el granado de encendidas flores; allí los golfos surcados de lanchas de pesca, las playas festonadas de conchas de mil colores, los cabos atrevidos que se hunden en el mar, las noches tibias, los abrasados ocasos, la viva luz del firmamento, el matiz de zafiro de las cerúleas olas. Del lado del Adriático se tienden las melancólicas lagunas de Venecia; Ferrara y el brumoso Pó; Ravena, refugio de exarcas griegos y de reyes godos, con su monótona y desolada planicie. Ni un golfo redondea su seno sobre el perfil de la ribera, que en vez de hacer frente á las pintorescas islas de Cerdeña y Córcega, tiene por eterno centinela las regiones salvajes de Dalmacia y de Iliria. Y si descendiendo la nevada cima de los Apeninos penetramos en el país de Umbría, hállase una zona de verdura y de vegetación, pero marcada con cierto sello de austeridad, que pudiéramos ila-

mar pudor de la naturaleza. Faltan los aloes, los mirtos y rosas mitológicas de las aldehuelas napolitanas: álzase el castaño, de lozano ramaje y vigoroso tronco, el moral fresco, el olivo santificado en su jugo, el cipres esbelto, cuya forma ojival convida á la plegaria; el olmo gallardo ceñido por las verdes ligaduras de la vid; los frutales, amables al hombre, junto á los grandes árboles de floresta, amigos de la soledad. De Narni á Terni, presunta patria de Tácito, la vista es cada vez más atractiva; la cascada del Velino, maravilla artificial que creó el genio romano, cae en risueña hondonda vestida de naranjales; más adelante reposa el lago de Pié de Luco, con sus linfas dormidas cubiertas de un tapiz de flores acuáticas. Las montañas de la Somma se yerguen majestuosas, y el valle de Espoleto se despliega feraz á sus piés, regado por el arroyuelo del clásico Clitumno. Bajo un firmamento apacible y despejado, de tonos suaves y celestes; empinada sobre alta colina; henchida de ruínas romanas, cercada por fuertes muros, se encuentra Asís.

Como otras muchas villas de Italia, era Asís, al finar el siglo XII, un pueblo precozmente emancipado del feudalismo, dueño de organizacion municipal y floreciente industria. Extenso y activo comercio, dificultado á veces por las escaramuzas civiles cotidianas á la sazón, sustentaba en Asís la prosperidad de una

ciudadanía poderosa é inteligente. Exportábanse con provecho los frutos de aquella campiña, rica en cereales opimos, y no sin motivo llamada el jardín de Italia. No se consideraba vil la profesión de mercader; ántes los que la ejercían formaban aristocracia privilegiada y fuerte. Una de las familias más acaudaladas é influyentes en semejante aristocracia era la de los Moricos ó Moriconi (1), que tenían por blason tres ánades de plata bogando en un río. Al jefe de la casa, Pedro Morico, llamado de apodo *Bernardone*, conocía todo Asís por hombre opulento, incansable en agenciar, que se pasaba la vida yendo y volviendo á Francia á saldar sus géneros y ensanchando la esfera de su trato y granjería. De su esposa, Pica de Bourlemont, dama de ilustre abolengo frances, sólo había trascendido al público mansa fragancia de domésticas virtudes.

Reinaba durante el año 1181 (2) en toda Umbria presentimiento ó expectacion de algun suceso extraordinario. La viva fantasía del pueblo se hallaba excitada con el espectáculo de fenómenos que en la Edad Media, como en la antigüedad pagana, se tuvieron por anuncio de trastornos y mutaciones en la faz del orbe: largos eclipses, hondos terremotos, desencadenadas tempestades, nubes de fuego al Poniente, el Etna vomitando rios de encendida lava, los campos cubiertos de ese polvillo de corpúsculos rojizos que remeda lluvia de

gotas de sangre. En Asís se apareciera un hombre medio simple, de costumbres puras y sencillas, cuya única ocupación fué recorrer las calles gritando incesantemente: *¡Paz y bien!* Súbió de punto la ansiedad de los comarcanos viendo, por espacio de varias noches, que el valle de Esopoletto y las dentadas crestas de las circunvecinas montañas se teñían en misterioso fulgor, en claridades plácidas como la de la aurora. Por fin, en el transcurso de una velada más serena y magnífica que las anteriores, en que los astros centelleaban amorosamente sobre el pabellón turquí de los cielos, se escucharon hácia una antigua ermita semiderruida, llamada de nuestra Señora de los Angeles, conciertos de acordadas voces, músicas no humanas, armonías dulcísimas, himnos de gozo, que hasta el amanecer siguieron resonando. Miéntas oían suspensos los labriegos del valle, en el hogar del opulento Pedro Bernardone andaba la gente angustiada y confusa: llegára para la dueña de la casa la hora terrible de la maternidad, y el parto, trabajoso y lento, no daba indicios de llegar á decisiva crisis. En los instantes de mayor congoja se entró por las puertas de la casa un incógnito peregrino, que imponiéndose á la turbada familia, sacó á la parturienta de su cómodo lecho, y la llevó á un establo próximo en que, atados un asnillo y un buey, comían en viejo pesebre su ración de paja. No

bien pasó la mujer afligida el umbral del humilde lugar, cuando se abrieron sus entrañas y vió la luz del día Juan Moriconi, llamado después san Francisco de Asis (3).

Al ser llevado el infante á la pila bautismal, presentóse otro peregrino tan desconocido como el primero, reclamando el favor de apadrinar á la criatura. Los peregrinos eran generalmente reverenciados en los siglos de fe: se les suponía ligados por solemne voto de purificarse con la expiación, y cercábales el respeto. Los parientes colocaron al recién nacido en brazos del forastero, que terminada la ceremonia, desapareció sin saberse por dónde, dejando impresa en las gradas del altar la señal de sus rodillas (4). Fué voluntad de la madre que el niño recibiese el nombre de Juan (5). Pocos días después de su nacimiento, hallándose la criatura en el regazo de su nodriza asomó el tercer peregrino, no ménos mozo, galán y afable que los dos anteriores; y tomando en sus manos el tierno retoño, le acarició haciéndole la señal de la cruz sobre el hombro: señal que quedó marcada para siempre, indeleble y encendida como brasa.

La niñez y educación de Francisco fueron cuales se puede colegir, más por racionales deducciones que por noticias largas y minuciosas. Si la tradición conserva las poéticas particularidades del glorioso alumbramiento de Pica; si la crónica archiva los hechos del

Patriarca de Asís desde que comienza su figura á resplandecer sobre el siglo XIII, en cambio los primeros años de Francisco se deslizan cual las horas de la simiente puesta bajo la tierra y que no ha germinado aún. En una ciudad como Asís, más dada al tráfico que al cultivo de las letras, se deja entender que no recibiría Francisco aquella instrucción vasta y profunda que su lozano entendimiento y clarísimas facultades reclamarían en Siena ó Bolonia. Tan inexacto fuera considerar á Francisco prodigio de sapiencia, como calificarle de ignorante y falto de cultura. Si espíritus tan extraordinarios como el suyo pudieran sujetarse á medida, diríamos que, sometido á educación literaria fundamental, sería Francisco quizás asombro de su siglo en las letras humanas, dada la fuerza de su percepción estética y la riqueza de su mente; mas para el fin á que lo destinaba la Providencia, bastóle la tintura de conocimientos que en Italia no faltaba á individuo alguno de acomodada clase.

Bien quisiera la madre adornar con cuantos primores añade la doctrina aquella fantasía juvenil que estaba viendo despuntar, aquel corazon ardiente y generoso cuyos impulsos cada dia observaba: para lograrlo puso á su hijo en pupilaje de unos clérigos dedicados á la enseñanza, que le diesen nociones de literatura y aumentasen las que ella amorosamente le infundiera ya. Mas el padre proyec-

taba hacer de Francisco un socio hábil y diligente, diestro gestor de sus caudales; no le quería letrado, ni clérigo, ni siquiera soldado de alguno de los famosos capitanes que en aquellos tiempos aturdían con el rumor de sus proezas los oídos del vulgo: deseábale aplicado no más que á mantener el crédito de su lonja mediante la economía y la asiduidad al trabajo. En el seno de la familia de Francisco se iniciaba ya la discordia de pareceres que estalló más tarde. Miéntas Pica, en su noble ambición de madre, anhelaba enviar á su hijo á las doctas escuelas donde se formaba á la sazón la juventud, Pedro Bernardone, ejerciendo su autoridad de cabeza de casa, le iniciaba en los misterios del tráfico, llevándole consigo á las excursiones por Francia. Entre el doble influjo paterno y materno, vino á encontrarse Francisco dueño de lo que hoy se llamaría un barniz general de ilustración. Con sus maestros, los eclesiásticos de san Jorge, aprendió el latín, estudió los sagrados libros; salió consumado pendolista, haciendo gallarda letra con ortografía excelente (6); y en los viajes que realizaba con su padre ensanchó el círculo de sus conocimientos y se desarrolló sin duda alguna su afición á la música y á la gaya ciencia (7) no desmentida hasta la última hora de su existir. La facilidad y soltura con que comenzó á servirse de las lenguas francesas de *oïl* y de *oc* (8) fué causa de que, ó

bien su familia, ó bien sus amigos y conocidos, le diesen el sobrenombre de *Francesco*, apodo inmortal que conservó siempre (9).

Con mostrar el jovencillo Francisco agudeza y buen arte para los negocios, distaba mucho de situar y contener sus aspiraciones entre un libro de caja y una lonja. Mientras iba obedeciendo y tomando escuela de su padre; bullíale la mente en sueños, el corazón en ímpetus, la voluntad en deseos vagos é indefinibles. Presa de insaciable afán, ya ponía el oído al eco de los clarines bélicos, fantaseando marchas, gloriosos combates, nubes de polvo, desplegadas banderas, gritos de triunfo y marciales músicas; ya se deleitaba y embebecía con las canciones eróticas y quejumbrosas de los trovadores de Provenza, que entonaba con voz vibrante, apasionada y flexible; ya, ansiando desahogar la opresión de su pecho, buscaba con instinto de poeta los lugares más romancescos y sombríos de las cercanías de Asís, y sumido en interminables contemplaciones recorría los ocultos senderos tapizados de musgo, los riachuelos frescos que le enviaban el sonoro cántico de sus ondas, los lagos en cuyo cristal se copiaban las nubes fugaces de la tarde. Y la naturaleza sosegada y pensativa le decía con sus mil murmullos algo, algo, las primeras letras de misterioso alfabeto, que en vano se consumía por descifrar. A veces le infundía pasajero rego-

cijo ver cautivas en las mallas de seda de las redes que tendiera, inocentes avecillas; pero, disipado al punto el placer del cazador, solía darles libertad suspirando. Andábase Francisco en aquellas fluctuaciones inquietas del espíritu cuando busca en lo finito el perfecto goce y contentamiento que á dar no alcanza. Parece como que, en seductor miraje, se divisan allá muy lejanas dichas embriagadoras que, tocadas, son aire. Finge la ilusion encantados palacios donde la realidad descubre un peñasco desnudo. Mas el hervor de su briosa mocedad fermentaba en Francisco. Sintiendo en su alma gérmenes de grandes resoluciones, de fuerza y pujanza, firmemente se creía llamado á desempeñar papel importantísimo en la escena del mundo, ya por la espada, ya por el poder; y en los devaneos de la inexperiencia imaginaba que el néctar del gozo se encierra en la copa de la ambición.

Por abrir válvulas á su impaciente anhelo, dióse Francisco á cuantas distracciones brindaba á su edad una villa como Asís. No prendado de mujer alguna, y sobradamente limpio de corazon é idealista para enredarse sin amor en torpes lazos (10), prefería al galanteo las bulliciosas juntas de los mancebos sus amigos, con los cuales, en partidas de caza, en juegos y en festines entretenía el tiempo y gastaba la hacienda. Galanas asambleas, conocidas por el nombre de *Corti*, en que se trovaba y ende-

chaba, se promovían certámenes de donaire é ingenio, se celebraban discreciones y se reían gracejos al choque de los vasos rebosando generoso vino, ó al acorde de los bien templados laúdes. A deshora y cuando el vecindario de Asís se entregaba al descanso, discurría por las calles la alegre turba de los compañeros de Francisco, rasgando los aires con tierna serenata, ó con festivo báquico cantar. De cuantos mozos bizarros y arrestados se asociaban para solazarse y divertir sus ocios, era Francisco el más liberal y dadivoso, el más exquisito en la elegancia, el más desenfadado en el porte, el más gentil tañedor, el más animado y jocoso en la mesa del convite. Así vino á ser jefe y natural capitán de todos ellos. Llamábase la gente flor de los mancebos de Asís: la villa laboriosa, que por sus franquicias municipales disfrutaba ya las ventajas de la sociedad moderna y vivía prosaica y apacible, mostrábase, no obstante, indulgente con los alborotados pasatiempos de Francisco, y amaba al galán disipador, ya porque sus arranques de desprendimiento contrastasen con el sórdido y continuo negociar de su padre, ya porque Francisco, en su vivir alegre y fácil, desplegaba las cualidades caballerescas que interesan y atraen al pueblo. No blasfemaba satánica y desesperadamente, como Byron en sus orgías, ni profanaba los hogares y derramaba sangre en pendencias y duelos, como nuestros Maña-

ras y Tenorios; era afable, comunicativo, de apacibilísimo trato y franco genio. Es natural que en sus primeros años mostrase ya Francisco la condicion humana y amorosa que le distinguió despues; porque la gracia no transmuta ni renueva á los que la reciben: ilumínalos tan sólo, para que encaminen al bien las facultades especiales que ya poseen. No crea la gracia en el individuo una alma distinta de la antigua: sólo desarrolla ésta en la direccion más alta, en el sentido más armonioso y perfecto posible.

Temperamento meridional, ávido de luz, de colorido y forma, no solamente gustaba Francisco de canciones y músicas, sino de adornos y galas, de estofas peregrinas y soberbias para sus trajes, de cintillos y joyeles ricos, de delicadas randas, de perfumes y de flores. Era el fausto su natural atmósfera, la gentileza exterior cebo de sus ojos, el dinero siervo de sus manos. Andaba la casa paterna algo desavenida con esta conducta del primogénito. Pedro Bernardone veía con estupor y encubierto enojo—no exento, sin embargo, de cierta pueril vanidad—que su hijo derrochaba con el propio garbo de un Gonzaga ó de un Visconti lo que él, á costa de tantos sudores y cálculos, atesorara; Pica, provista del fondo de inagotable indulgencia peculiar de las madres, disculpaba y consideraba con ojos benignos las prodigalidades de Francisco, queriéndole acaso

más bien distraído en futilidades, que seco y dominado por la codicia. Y lisonjeaba el inocente orgullo maternal mirar al mozo tan gallardo y bienquisto y celebrado y discreto, y pensar en su interior lo que en alta voz y con despecho solía repetir Pedro Bernardone: que más que de linaje de mercaderes, parecía Francisco heredero de un príncipe. Ya fuese que en la memoria de los habitantes de Asís durase aún el recuerdo de los hechos singulares acaecidos al nacer Francisco, ya que les sedujese el profundo atractivo de su persona, ello es que de todos era querido. En su infancia creían la gentes ver reverberar en el fondo de sus pupilas luces extrañas, semejantes á las estrellas pálidas que rielan sobre los lagos; y un hombre de Asís, sencillo é indocto según unos cronistas, letrado según otros, acostumbraba, al pasar Francisco, tender por el suelo su manto, convidando al mancebo á que lo pisase:—«Dios hará con este jóven grandes cosas»—decía; y en señal de veneracion se inclinaba y juntaba las manos, alzándolas al cielo.

Para juzgar del rostro y talle de Francisco en el tiempo de sus vanidades, es preciso valerse de datos posteriores, reconstruyendo con ayuda de ellos su fisonomía en el verdor de la juventud: puesto que las pinturas de su época que lo representan,—incluso la primitiva, que Giunta Pisano trazó sobre la puerta de la gran

sacristía de Asís (11) y que se tiene por fiel y exacta,—corresponden al período en que ya la penitencia, las lágrimas y el fuego interior demacraran, espiritualizaran y consumieran la carne y los contornos de Francisco. Si nos atenemos al retrato hecho por Giunta, la estatura de Francisco era cumplida, midiendo su cuerpo, conforme á las reglas de proporción anatómica, seis veces el altor de la cabeza: el cuello, largo; bien puestos los hombros, ancha y desarrollada la bóveda del pecho, las piernas largas, derechas y de forma escultural, los brazos algo demasiadamente cortos, los piés no muy grandes, las manos de aristocrática delicadeza y pequeñez. La cabeza, y sobre todo, la configuración del cráneo, merecen particular estudio (12). Admira y asombra la región frontal por sus dimensiones y amplitud; y no obstante esta conformación, que se observa también en los retratos auténticos de santa Isabel de Hungría, no constituye imperfección: es una forma anormal, pero que nada tiene de monstruosa. El cráneo de san Francisco en su desmesurado tamaño, es perfecto: por el vasto espacio de la serena frente, que imprime á la parte superior de la faz cierta candidez infantil, vaga el resplandor de la inteligencia; el pensamiento ilumina el extenso hemisferio, como la candela el vaso de alabastro en que está encerrada. Hacia las sienes, blando hundimiento revela la sumisión de los instintos

sensuales á facultades más nobles, y hace que empiece á indicarse el diseño oval del rostro. Este se prolonga ascético, como una ojiva invertida; la barba termina en punta; las mejillas se sumen, el ángulo facial es recto y noble, la boca respira candor y benevolencia; la nariz, levemente aguileña y prolongada, completa el carácter meditabundo y abierto á la vez del semblante. Los ojos son un portento de santidad. Coronados por cejas de arco suavísimo, se abren entre párpados frescos donde no dejaron huella alguna las vigiliass, los trabajos, y el llanto que escalda; la mirada es transparente y profunda como el agua, que á traves de miles de capas deja ver todavía un más allá, siempre claro y límpido. En conjunto, el rostro de Francisco es dulcemente austero. No puede llamarse hermoso, si aplicamos á la estimacion de la belleza criterio clásico y pagano: mas atendiendo á la expresion de la fisonomía, la hallaremos acabada en su género, incomparable. Sus líneas sobrias é incorrectas patentizan el alma, con la misma elocuencia con que las notas de la música encarnan lo inmaterial del sentimiento. Compréndese en los rasgos del semblante de Francisco que la lozanía de la carne, la magia del color, el brillo de la juventud, ántes debieron disminuir que acrecentar su atractivo. Cuantos vieron á Francisco predicando, convienen en que su piel era cetrina y pegada á los hue-

sos, su cara macilenta, su aspecto mísero; y sin embargo, tal la fuerza de su voz, de su mirar, de su ademán, que irresistiblemente se llevaba tras sí los corazones. El gran pintor cristiano que ha producido España, el que en feliz consorcio supo unir á la sinceridad realista la luz superior del espiritualismo, Bartolomé Estévan Murillo, interpretó el tipo de Francisco conforme al ideal que nos formamos del Santo de Umbría. La figura severa, beatificada ya, de Giunta Pisano, conmueve ménos que el cuerpo y el rostro vivos, dotados, al parecer, de calor y movimiento, que tiene san Francisco en los lienzos de Murillo. Ya le represente en extática plegaria, ya cargado con la cruz, ya estrechando en amoroso abrazo á Jesucristo miéntras con el pié huella y rechaza el globo del mundo, san Francisco, comprendido por la mente creadora del artista, alienta y habla casi, y se perciben en su exterior las particularidades de su carácter; la fe, la caridad, la pobreza, la imaginacion poética, y hasta la raza latina y el origen meridional. Con quitarle al san Francisco de los cuadros de Murillo algunos años de edad, ponerle en vez del cerquillo monástico airoso birrete de terciopelo, en lugar del sayal remendado bizarro arreo de brocatel, seda y oro, se ve al apuesto trovador de Asís en lo más florido y brioso de su existencia mundana (13).

Entretenidísimo en ella andaba Francisco

cuando las luchas ~~civiles se llamaron~~ á empuñar las armas (14). Todo ciudadano se hallaba expuesto á tal contingencia, dada la situacion de Italia. Guerreábase de pueblo á pueblo, de villa á villa, de caserío á caserío. Ya eran los municipios que se defendían de las pretensiones avasalladoras de un noble, ya dos casas rivales que trataban de emancipar un pueblo ó de subyugar otro; hasta en el seno de una ciudad misma se alzaban torreones y fortalezas, cuartel de chicos ejércitos, no remisos en embestirse mutuamente (15). Sobre todo, desgarraban el país las dos facciones güelfa y gibelina, cuyas encarnizadísimas é incesantes contiendas indisponían al hermano con el hermano, al padre con el hijo. Por culpa de ellas se hallaban Asís y la próxima villa de Perusa en constante hostilidad. Algunos nobles de Asís, por rencillas con sus paisanos, se acogieron á Perusa, ofreciendo su espada en pago de la hospitalidad: y airados los de Asís cuando supieron la traición, salieron en armas contra el enemigo. Entre ellos iba resuelto y batallador Francisco, el que más tarde había de pacificar tantas discordias. Derrotados los de Asís, quedó la flor de su juventud prisionera en manos de los adversarios. El jefe de las fuerzas de Perusa, Marcomano, sènescal del Imperio, hizo dura la cautividad de los mozos de Asís, imponiéndoles privaciones, y aún amenazando su vida. A dos pasos del regalo de sus hoga-

res, languidecieron los infelices un año, faltos de toda esperanza y alivio. Mientras se consumían sus compañeros de nostalgia y tedio en los calabozos, sólo la jovialidad de Francisco era perenne: ni se le oyó una queja, ni se vió una nube en su rostro. Impacientes los amigos le acusaron de insensible, pues no le conmovían propias ni ajenas amarguras. Y Francisco, con todo sosiego, respondió: — «Jamás ha estado mi corazón tan libre como hoy: yo os digo que un día habréis de verme honrado por toda la tierra.»

Rotos al cabo los grillos de los prisioneros, fuéles posible tornar al seno de sus familias, y aspirar el ambiente de la libertad. Mas sea que la estancia en la prisión y las estrecheces sufridas hubiesen minado sordamente el organismo de Francisco, sea que la elaboración de su espíritu correspondiese con un estado especial de su cuerpo, ello es que se rindió en el lecho á la embestida de peligrosa enfermedad.

¿Qué experimentaría su alma en las horas interminables de ardiente calentura, cuando su temperamento robusto y juvenil luchaba cuerpo á cuerpo con la muerte? ¿Qué imaginaciones, qué ideas le asaltaron entre el incendio de la fiebre y la languidez del sopor? Al pisar de nuevo, extenuado aún, la vega deliciosa que á Asís rodea, no absorbieron sus pulmones las embalsamadas auras campesinas con aquella avidez que suelen los que tornan á vi-

vir; ni el espectáculo risueño de las feraces huertas, las nevadas montañas y el cielo claro y luminoso le produjo aquellos estremecimientos de regocijo que dilatan el sér de los convalecientes. Antojábasele, al contrario, que crecspón de fúnebre melancolía se tendiera sobre la naturaleza toda; y él, amante de flores, praderas, aguas y soledad, no podía soportar la vista de objetos antes tan gratos, ni á sí propio podía sufrirse. Todo estaba oscuro en su alma y fuera de ella.

Bien como en los mausoleos romanos, entre el silencio de la muerte, ardía una lámpara perpetua, en el corazón de Francisco no se extinguiera jamás el instinto fuerte y poderoso de la más fecunda de las virtudes; la caridad. Instinto era, porque Francisco no enlazaba aún con un criterio trascendental el ejercicio de la limosna; pero instinto de tal manera arraigado y dominante, que en ocasión alguna dejó de vencer. En el tiempo que con más asiduidad ayudaba á su padre en los negocios, ocurrió un día que un pordiosero le pidiese limosna; y aún cuando atareado en sus faenas se la negó al pronto, viendo salir al mendigo del almacén, echó detrás y le llenó la mano de monedas, implorando perdón de su dureza. Uno de sus compañeros de cautiverio en Perusa era detestado de los restantes por grosero, rústico é insufrible: abandonáronle todos, y Francisco, atraído ya del imán que le llevó

siempre á buscar el dolor y la miseria, se dió á servir y atender al que los demás rechazaban. En la confusa tristeza y turbación que siguió á su restablecimiento, no hallando en el ánimo reposo ni en nada felicidad, tornára Francisco á agitar planes de dominio y gloria: otra vez la perspectiva de los campos de batalla inflamó su fantasía. Hízose el equipo militar, que en aquella época cada aventurero adornaba á su gusto con cuanta riqueza y galas quisiese; y habiendo salido un día á probar sus atavíos al campo, acertó á topar con un soldado de familia hidalga, pero tan pobre, roto y mugriento, que bien se echaba de ver cuán poco le luciera el botín de las campañas. Francisco le llamó, y despojándose del flamante traje, diólo al mísero veterano á cambio de su raída ropilla.

Aquella misma noche tuvo Francisco un sueño extraordinario. Hallóse en un soberbio y vasto palacio, cuyas crujías y salones atravesaba uno tras otro, admirando el estilo y la magnificencia de su arquitectura majestuosa. De los muros de mármol y jaspe veía pendiente número inmenso de bruñidas corazas, yelmos dobles, espadas y montantes finísimos, lanzas agudas, y, en suma, toda clase de pertrechos de guerra, que tenían sobre el acero resplandeciente grabada una cruz. Y como Francisco se preguntase á sí propio el destino de aquel arsenal, hubo de oír una voz que de-

cía:—«Son para ti y tus soldados.»—En el propio instante despertó.

Correspondía la vision con los guerreros pensamientos de Francisco, y más que nunca persuadido de que el destino le llamaba á segar el militar laurel (16), afirmó la resolución, obtuvo el consentimiento de sus padres, despidióse de sus alegres camaradas, juntó dineros, procuróse montura y salió de Asís para Espoleto. Era su ánimo seguir los pendones de Gualtero de Briena, el *Conte gentile*, idolatrado de los italianos por su caballeresca lealtad, valor indomable y condición generosa, y más que todo, por la continua lucha que sostenía con los alemanes, enemigos natos de la patria. Gualtero defendía contra la despótica ambición de la casa de Suabia la libertad de los Estados, legítima herencia de su consorte, hija del rey de Sicilia; y de las ciudades güelfas le llegaban incesantemente voluntarios entusiastas, que al deseo de gloria unían el de luchar por Italia y por el derecho.

Posó Francisco en Espoleto, y durmióse con la mente henchida de aventuras, de batallas y proezas: y de nuevo otra vision sobrecogió su alma. La misma voz que en el soñado palacio de las armas le hablára, se dejó oír con acento más grave y penetrante, interrogando al absorto mancebo:—«Francisco, pronunciaba, ¿á quién prefieres servir? ¿al opulento ó al miserable? ¿al vasallo ó al rey?»—

Y contestando Francisco trémulo, sin dudar un punto del divino origen de la voz:—«Señor, al rey prefiero,» fuéle replicado.—«¿Pues cómo lo dejas por el vasallo?»—«¿Qué quereis que haga, Señor?» murmuró Francisco.—«Torna á tu patria: allí lo irás sabiendo.»—Volvió grupas Francisco al despuntar la aurora, y de nuevo entró en Asís.

A la sorpresa que motivaba su impensada reaparición, se agregó la de verle metido en sí, mudo, absorto, alejado del trato y como presa de estupor ó hipocondría. Emprendieron sus amigos volverle á los antiguos devaneos y placeres; y sus padres, creyéndole poseído de negro humor, facilitaron los medios de que renovase los solaces juveniles. Otra vez se mezcló con el regocijado bando: mas si el cuerpo estaba allí, ausentárase ya el espíritu. Su voz no tenía las vivas inflexiones de antes, sus ojos no brillaban al gustar el zumo dorado de las vides. Un día, á los postres de ruidoso banquete, salió cual solía la comitiva á recorrer, cantando y moviendo algazara, las calles de Asís. Llevaba Francisco la insignia de jefe de la turbulenta *corte* (17); pero quedábase detrás de todos, caída la cabeza, abismado en meditación profunda. Imaginaron los mancebos que sólo amorosas ansias podían causar tal embebecimiento, y le interrogaron en festivo tono:—«¿Qué es eso, Francisco? ¿En qué cavilas? ¿Acaso piensas en tomar mujer?»—

Alzó Francisco la frente, y pronunció, cual si hablase consigo mismo:—«Así es, en casarme trato, y será con doncella tan noble y hermosa que no la habeis visto semejante.»

Hiciérasele intolerable el comercio, y fué retirando de él. Solitario, dábale á vagar horas enteras á caballo por las cercanías, buscando en el correr del bruto alivio á su inquietud, ó en la vista del campo paz para su alma. En uno de sus paseos divisó, al borde del sendero, tendido un horrible y deforme leproso; y todos sus sentidos de mozo lozano, todo su sér de artista se sublevó de repugnancia y de asco ante aquella viviente podredumbre. Obra fué de un minuto la lucha: inmediatamente, apeándose del corcel, corrió á depositar limosna en la mano del desdichado, sellándole al mismo tiempo con ósculo de paz el carcomido rostro. En vez de náusea, sintió al punto que le inundaba gozo inefable, que corría por sus venas sensación gratísima; y vuelto en sí, miró por toda la extensa llanada y vió que el leproso había desaparecido. Ausente Pedro Bernardone de su casa, hizo Francisco disponer una ancha mesa, con muchos cubiertos y panes: preguntábale su madre el objeto de tales aprestos, y respondió Francisco:—«Son para todos los pobres que están en mi corazón.»

Eran éstas primeras llamaradas del inmenso volcán de amor que consumió á Francisco; mas todavía no lograra su espíritu orien-

tarse, ni hallar luz clara y plena. Entonces convirtió sus ojos hácia la fuente de verdad, la Esposa con quien mora Jesús hasta el fin de los siglos. Apenas se concibe que haya historiadores empeñados en descubrir gérmenes racionalistas en la obra realizada por Francisco de Asís. Si halló en su conciencia, en su inspiración directa, en el apartamiento, las bases de admirable reforma social, en cambio, cual si quisiese demostrar desde un principio que todo nuevo brote religioso debe arrancar del tronco de la Iglesia, comenzó su vida activa yendo en romería al sepulcro de los Apóstoles, por quienes la Iglesia fué iniciada. Y notando que los romeros dejaban á Pedro y Pablo mezuquina limosna, cogió casi todo el oro que llevaba, y arrojóle por la rendija del altar que hacía de cepillo, gritando, no sin asombro de los circunstantes:—«¿Por qué tan miserables ofrendas al príncipe de los Apóstoles?»—(17). Y saliendo del templo, mezclóse con los mendigos—que á la puerta imploraban la caridad de los devotos,—tomó los andrajos de un pobre, regalándole su vestidura; y se pasó el día entero pordioseando con los improvisados amigos. Muy errado andaría quien creyese que el pisaverde mancebo de ayer, tocaba hoy, sin hacerse grave y reiterada violencia, las miserias, las fealdades, las groserías de semejante chusma. Nadie poseyó sensibilidad nerviosa superior á la de Francisco; nadie experimentó

repulsión más viva ~~hacia lo~~ que afecta desagradablemente la vista, el olfato, el tacto. Tanto era así, que las crónicas refieren ingenuamente la impresión terrible que á su vuelta de Roma le produjo el aspecto de una vieja gibosa, apergaminada y ridícula, que, como poseída del espíritu maligno, se le ponía delante ejecutando extraños visajes y muecas.

A poca distancia de Asís se alzaba la ruिनosa iglesia de San Damián, sola y desierta, donde Francisco pasaba largas horas arrodillado ó postrado en el suelo, pidiendo al Crucifijo que coronaba el altar, que señalase un fin, un norte á su vida.—«Francisco, repara mi casa, que se hunde»—oyó un día decir á la imagen de Cristo. Francisco no pensó en la gran morada de la Iglesia universal, sino en aquel pobre santuario testigo de sus primeras lágrimas: llamó al clérigo Pedro, encargado de la cura de san Damián; dióle cuanto dinero pudo, rogándole lo invertiese en aceite, en el culto; tomó géneros del almacén de su padre; cabalgó hasta Foligno, vendiéndolos en la feria, enajenó asimismo la cabalgadura; volvió á Asís á pié con el dinero; ofrecióselo á Pedro, y negándose éste con temor á recibirlo, Francisco depositó la suma en el hueco de una ventana.

Hasta este suceso, el padre de Francisco, con ser de tan distinta condición que su hijo, mostrárase más bien complaciente que otra

cosa respecto de él. Escocíanle los despilfarros, torcía el gesto á las bulliciosas diversiones, reprobaba tácitamente el lujo y la largueza del primogénito; pero al cabo iba aflojando los cordones de la bolsa, y ni vedó francachelas, ni escatimó galas, ni se resistió á los proyectos belicosos, ni puso coto á la liviana y ociosa vida. Mas cuando averiguó que el importe de los fardos de mercancías vendidos por Francisco se destinaba á reparar un templo, montó, nó en cólera, sino en desatentado frenesí. Que un mozo derrochase en placeres, cosa era que aún encajaba bien en las estrechas casillas del cerebro de Pedro Bernardone; pero que gastase en obras pías, significaba no haber otro camino sino encerrarle por demente. Penetró, pues, el mercader en San Damián, buscando al hijo para desahogar en él su furia: ocultóse Francisco en la habitacion del clérigo; y como su padre se aproximase al escondite, se llegó medroso á la pared, y las piedras y argamasa, más sensibles que las entrañas paternas, se ablandaron, formando una hornacina en que se ocultó el cuerpo del perseguido. Pasado el riesgo, huyó Francisco al campo, y se refugió en una caverna de las inmediaciones de Asís. Allí bebía la linfa pura de los arroyos, mezclada con el salado licor de sus lágrimas; comía raíces amargas, insípidas hierbas, el acerbo frutillo de los espinos y zarzamoras, el brote reciente de la morera ó

del álamo: allí eran su lecho de reposo los agudos peñascales, su mantel las florecillas de la pradera, su eterna compañía el rumor del hilo de agua rezumado por las hendiduras de la roca, el silbo del viento en las copas de los árboles, el canto monótono de la rana en la ciénaga, el ronco arrullo de la paloma zurita desde su nido salvaje. Allí, en aquella Arcadia trocada en Tebaida por la penitencia, aprendió el alma de Francisco á interpretar el lenguaje de la naturaleza, que de pocos poetas fué expresado con mayor encanto. Allí oyó la voz de todas las cosas unidas en armonioso concierto y subiendo á los cielos, como sinfonía espléndida de la creacion. Allí se despertó su ternura inmensa por todos los séres, desde la cigarra que canta en el surco, hasta el Sol radiante que ilumina el firmamento. Allí comenzó á mortificar, á aborrecer su carne mortal, guardándola para la vida eterna. Allí, sin ayuda de hombres, solo con el Autor del universo, se verificó la trasformacion, y sobre la larva grosera del cuerpo reveloteó la mariposa del espíritu, irisada con los matices de la luz y de la gloria. Pero cuando Francisco, pasado un mes, abandonó su selvática guarida y tomó á paso lento el camino de Asís, sus compatriotas no acertaron á leer en su rostro las señales de su comercio con el cielo, como más adelante supieron los florentinos advertir en el de Dante las huellas de la bajada al infierno.

El vulgo de Asís no vió sino al antes pulcro, elegante y gentil Francisco, que se presentaba en el estado más lastimoso: hecho guiñapos el traje, descalzos los piés, revuelto é inculto el cabello, crecida la barba, la tez marchita, ojerosos los párpados, apagada la pupila y en todo como fuera de sí. Y el instinto secreto de la crueldad popular, que mancha de sangre las páginas de todas las revoluciones, se despertó, y en vez de mostrar piedad al que consideraban mísero insensato y era poco há regocijo de Asís, se arremolinó la multitud en torno suyo, y silbándole y befándole ignominiosamente, ya le arrojaban guijarros, ya infecto lodo, ya le tiraban de los andrajos, ya le escupían y empujaban; y los chicuelos se divertían en hostigarle, y los perros famélicos le mordían, instigados por el furor público y por su natural aversion á las personas de miserable aspecto. Entre grito, algazara y escarnio seguía Francisco su camino, sin oír quizá las vociferaciones de la muchedumbre más de lo que oye el gran navío el mugir de los mares que va cortando su proa.

NOTAS.

(1) La casa solariega de Francisco era tan vasta, que con el tiempo pudo edificarse un convento en el circuito de sus muros á petición de Felipe III de España.

(2) Si bien Chavin de Malau y otros autores fijan el nacimiento de san Francisco en el año 1182, el P. Palomes, siguiendo la cronología rectificada de Fr. Pánfilo de Magliano, lo pone en 1181. Los presagios de la venida de Francisco al mundo deben corresponder, segun esto, al mismo año.

(3) La devoción transformó despues este establo en una ermitilla ú oratorio, bajo la advocación de *San Francesco il Piccolo*, San Francisco el Pequeño. En el dintel de la puerta escribióse la siguiente leyenda en caractéres de oro:—*Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum, in quo natus Franciscus mundi speculum.*»—«Esta capilla ha sido el establo del buey y del asno, donde nació Francisco, espejo del mundo.»

(4) Conservóse en la iglesia la piedra cercada de una verja de hierro.

(5) Segun Chavin de Malau en memoria del Evangelista, discípulo amado que se recostó sobre el corazón de Jesús, y segun Palomes, del Precursor Bautista.

(6) «En la pluma fué diestro y primoroso, de que da testimonio cierto la regla de su seráfica Orden, que escrita de su mano guarda en su relicario la Santa Iglesia Colegial de Pastrana, en el reino de Toledo. Está escrita en unos pergaminos ó vitelas muy delgadas y largas, como se usaban en aquellos tiempos, de donde sacaron los libros el nombre de volúmen. Estos pergaminos se descogen y recogen en un torno de plata, que está cubierto y ceñido de una caja también de plata sobredorada, con ventanicas de cristal, de tan vistosa curiosidad, que en ello lo primoroso de la labor excede á la preciosidad de la materia. Dió esta reliquia el Ilustrísimo Sr. D. Fray Pedro González de Mendoza, hijo legítimo de los Excmos. Duques de Pastrana, que murió siendo obispo de Sigüenza, habiendo sido en la Religión Seráfica Comisario general de esta familia Cismontana. Guárdase en el sagrario de esta ilustre iglesia con gran veneracion y aprecio. Yo la ví, y la leí, no una, sino algunas veces, con admiración de la hermosura y buen aire de la letra, y con mucha ternura de mi corazón.» — (Fr. Damián Cornejo, —*Crónica Seráfica.*)

(7) Francia descollaba á la sazón en ambos ramos, tanto cuanto puede verse en el libro novísimo de Emilio Gebhat: *Origines de la Renaissance en Italie.*

(8) Llamábase lengua de *oïl* al dialecto que se hablaba en el Norte de Francia, y de *oc* al del Mediodía.

(9) Este es el comun sentir acerca del origen del nombre de Francisco, por más que Chavin de Malau (*Histoire de Saint François d' Assise*) opine que fué debido á hallarse su padre en Francia cuando nació el niño.

(10) Por el testimonio de Fr. Leon, compañero y confesor de san Francisco, y que le vió en sueños empuñando un manojo de azucenas, se conserva la tradicion piadosa de la virginidad del Santo. Si bien parece que la vida disipada de sus primeros años era poco favorable á la pureza de costumbres, es de advertir que ni en la historia ni en la leyenda se hallan rastros de mujer alguna que figurase en los bulliciosos festines por Francisco presididos; y conviene asimismo tener en cuenta que las diversiones importadas de Provenza no carecían de muchos perfiles de delicadeza. Por lo mismo que refinaban, entronizaban y consagraban el amor y la galantería, imponían una especie de caballeresca y anticipada fidelidad á cierta dama ideal, señora de los pensamientos de su caballero.

(11) Esta pintura fué ejecutada en 1230, por disposicion de fray Elías.

(12) El cráneo de san Francisco en este retrato corresponde al tipo llamado *braquicéfalo*, es decir, más ancho que prolongado: pero lo modifica la grande altura de la frente y la forma ovalada del rostro. Si las indicaciones que se basan en el tipo del cráneo fuesen indiscutibles, podríamos deducir que san Francisco pertenecía á la pura raza etrusca. Pero es muy dudosa la determinación exacta de la raza por la forma del cráneo.

(13) Hé aquí cómo describe la figura de san Francisco una monja española, sor María de la Antigua, refiriéndose á una visión que tuvo de él: — «Era entrecano, aunque no mucho: los ojos tenía algo en cuenca, y no muy grandes ni pequeños: el color era más moreno que blanco: el rostro más aguileño que redondo y enjuto: el cerquillo bajo y humilde: el hábito parecía blanco por el gran res-

plandor. No vide el cuerpo, porque todo estaba dentro de una nube.» — (*Desengaño de religiosos: Libro V. cap. I.*)

(14) La mayoría de los cronistas de san Francisco consigna que se batió denodadamente en esta ocasión. Según Tomás de Celano, era Francisco «audaz en extremo y sediento de gloria.»

(15) «Treinta y dos torres ceñían ó amenazaban á Ferrara: ciento envolvían á Pavía. En Florencia la pesada arquitectura de los edificios, de enormes pedruscos salientes, de estrechas ventanas de ferradas puertas, atestigua aún aquel estado de guerra permanente de vecino á vecino.» Cantú: (*Historia universal*).

(16) En aquella época solía decir de sí: «*Scio me magnum principem futurum.*» Sé que con el tiempo seré un gran príncipe.»

(17) Era una especie de báculo ceñido de flores.

(18) *Cum princeps apostolorum sit magnifice honorandus, cur isti tam parvas oblationes in ecclesia faciunt ubi corpus ejus quiescit?*



CAPÍTULO II.

AURORA DE LA ÓRDEN.

Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra á servir á los leprosos.—La lepra en la Edad Media.—Francisco repara tres iglesias.—Desposorios con la pobreza , y nacimiento de la Orden franciscana.

.....
*Christo ti dissi allora :
se vuoi pó me venire,
la croce alta decora
prendi con gran desiro.*
.....

(Jacopone de Todi)

.....
Entonces te dijo Cristo : si quieres
seguirme , abraza con gran deseo
la cruz alta y hermosa.
.....

(Jacopone de Todi.)

LLEGARON hasta Pedro Bernardone ecos del vocerío y escándalo. Saliendo precipitadamente á la calle , cayó sobre Francisco , y abrumándole á golpes é injurias , á bofetones , empujones y puñadas lo fué llevando hasta su casa , donde lo encerró en un chiribitil (1). Doblada era la ira del negociante , ya por ver que su primogénito renunciaba á su porvenir mundano , ya por la herida que abría en su vanidad de ciudadano

influyente de Asís el espectáculo del sucesor de su nombre escarnecido por loco en la plaza pública. De suerte que prodigaba ruegos y amenazas á Francisco en el encierro por lograr que tornase á la vida de sus primeros años. Francisco oraba en su tugurio, oponiendo á las embestidas del padre furioso el escudo de la paciencia. Pica se deshacía en lágrimas, viendo al hijo querido maltratado en su propio hogar. No bien hubo salido Pedro Bernardone á una de las acostumbradas excursiones comerciales, corrió Pica gozosa á la oscura covacha y dió libertad á Francisco, cubriéndole de llanto y besos. En el alma de la madre se refugiaron el amor, la compasión, la tolerancia, que faltaban al ignaro populacho y al carnal y codicioso padre (2), el cual, vuelto de su viaje, hizo nuevos extremos de furor hallando vacía la mazmorra de Francisco; y sabedor de que el hijo se acogiera á San Damian, fué á buscarle allí. Francisco no se ocultó ya: tranquilo y resuelto esta vez, hizo frente al airado Pedro, que, acusándole de defraudador, le pidió el importe de los fardos vendidos en la feria de Foligno. Francisco señaló al poyo de la ventana, donde todavía se hallaba el caudal. Recogiólo Bernardone con avidez; pero aún creía á su hijo dueño de mayores tesoros, y, ya por arrancárselos, ya solamente por perseguirle, citóle ante la justicia. Se negó Francisco á someter al juicio del siglo su conduc-

ta (3). Entonces Pedro elevó su demanda hasta Guido, Obispo de Asís, á quien Francisco se presentó satisfecho, exclamando:—«Iré ante el Obispo; él es padre de las almas.»—Guido recibió con benignidad extremada al mozo penitente, y le exhortó á entregar á Pedro Bernardone cuantos dineros hubiese tomado de él, á fin de que cesase tan penoso litigio.—«Todo lo restituiré»—contestó Francisco: y sin dar tiempo á más, le entregó las pocas monedas que aún le restaban, y con extraña alegría comenzó á desnudarse de su ropa, quedándose en carnes con sólo el paño femural y el interior cilicio; y volviéndose á su padre, pronunció con ímpetu de regocijo estas palabras memorables: «Hasta hoy te llamé padre en la tierra; de hoy más podré decir seguramente: Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien puse mi tesoro y mi esperanza toda» (4). Guido echó los brazos al cuello del mancebo y tendió sobre sus hombros su propio manto: dióle despues el tabardo grosero de uno de sus criados; encima de esta prenda hizo Francisco la señal de la cruz al vestirla.

Divorciado ya para siempre del mundo, corrió Francisco, como ave que ve rotos los hierros de la jaula, á comunicar con las amadas soledades la libertad de su espíritu. Errante vagó por bosques y montañas, cantando en aquella lengua francesa, que era para él idioma de la poesía, los loores de su nuevo

celeste Padre: y como entre las breñas lo detuviesen algunos salteadores, preguntándole su nombre, contestóles con convicción: «Soy el heraldo de un gran Rey.»—«Quédate ahí, impostor y grosero heraldo,» replicaron ellos con burla, desnudándolo, apaleándolo y arrojándolo á un hoyo excavado en la nieve.—Francisco siguió con sus cánticos y su caminar por las selvas. Llegó pidiendo limosna á las puertas de un monasterio. Diéronle de comer en pago de servicios humildes que prestaba en la cocina: mas como no hubiese podido lograr una túnica con que cubrir su cuerpo, partióse á Gubio, donde un antiguo amigo le hizo presente de una hopa grosera, de una correa y de un báculo (5); prendas que usó Francisco por espacio de dos años, hasta ponerse el sayal de su Orden.

Mas la plenitud de su alma pedía desahogo. No era la índole de Francisco estacionarse en la contemplación, sino derramar en actos, en efusiones comunicativas el celo de la casa de Dios que le devoraba. Deseoso de dar empleo á las energías latentes de su espíritu, miró á su alrededor. Y así como en las épocas en que le sonríe la hueca gloria mundana y los fantasmas del poder, su osada fantasía se remontaba hasta los puestos más insignes, hasta ver en sueños la púrpura que cubre el trono, el laurel que ciñe el coronado casco, ahora, al contrario, persiguiendo distintos

ideales, descendió á los abismos de la mayor miseria y abyección que en lo humano cabe, fué á posar allí donde habitan el dolor y el desprecio; donde la sociedad se aparta horrorizada; donde sólo se halla abandono, espanto, hediondez y laceria. El aprendizaje de Francisco, su entrada en las nuevas vías, fué consagrarse al servicio de los leprosos.

Es hoy la lepra tan escasa en nuestras regiones occidentales, que pocos europeos tienen conocimiento de la forma en que se presenta semejante azote. Afección misteriosa, cuyo origen envuelve sagrado terror, que se remonta al comienzo de los días de la humanidad; que imprime su sello pavoroso en las páginas bíblicas, hasta el punto de que Moisés la llame con el nombre expresivo de *tsarath*, es decir, *mal terrible* (6); que á un signo de Dios bajaba, tremenda y muda,—ya á aquilatar la paciencia del justo tendido en el estercolero, ya á abatir la soberbia del impío encumbrado en el trono,—la lepra, antiquísima en Oriente, cayó sobre Europa en la Edad Media. Trajéronla influencias y circunstancias que no es fácil señalar con precisión, pues si bien se atribuyó á la comunicación que con el Oriente establecieron las Cruzadas, consta que ya en el siglo VII el rey Rotario hubo de promulgar leyes draconianas para atajar en Lombardía los progresos de la lepra, y que en el VIII le imitó Carlo Magno en Francia, or-

denando el aislamiento completo y riguroso. En presencia de la calamidad fué evocado el recuerdo de las severas y sabias disposiciones mosaicas, y la sociedad quiso cortarse el miembro gangrenado por salvar el resto del cuerpo. Pero, despierta la admirable actividad de aquellos siglos, asociada la idea religiosa á las medidas higiénicas para dulcificarlas, combatióse el mal que arreciaba, con la caridad que crecía. Formóse la Orden de san Lázaro, en que el gran maestro era siempre un leproso; y esta Orden, heroica en los campos de batalla, incansable en la fundacion de asilos para el dolor, contaba á mediados del siglo XIII diez y nueve mil hospitales suyos esparcidos por toda la cristiandad (7).

Aparecíase la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas (8) y los medios de combatirla. Semejante á árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan empozoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo de horribles variedades. Ya era la lepra negra, que abigarra el cutis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartílago de la nariz, el pabellon de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslíe los ojos en una masa puru-

lenta, y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y piés. Ya la lepra blanca, que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su caries hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma de hombre en monstruosa caricatura de paquidermo; que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesía los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entónces como hoy á los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizá (9), repulsiva á los sentidos, era más temible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado ya á

la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa.

Compréndese bien la impresion producida en los ánimos de la gente, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hombre brotan y pasan cual la flor de los campos (10); de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos (11). Hay quien acusa hoy á los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciado y anatematizado la carne; mas ¿cómo pudieran dejar de ser profundamente espiritualistas edades que veían la gentil hermosura vuelta cieno, la lozana robustez aniquilada por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad y horror, el organismo admirable del Rey de la creacion hecho blanco de todas las miserias, sirviéndole tan sólo la superioridad para acrecentar la tortura? Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física cuando al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apoteosis del cuerpo, cuando éste, declarando su origen de barro y lodo, volvía á la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos (12). ¿Qué valía el verdor de la mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué

el garbo del talle, si de la noche á la mañana, en un instante, era la más linda dama hediondo esqueleto, y el galan más apuesto objeto que ponía espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una sustancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislábase al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia á sitios públicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar á cosa alguna que de su propiedad no fuese, el atravesar por calles ó senderos estrechos, el acercarse á mujer alguna excepto la suya, el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzábase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Estábale vedado dirigir la palabra á nadie: su modo de llamar por los demás hombres era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio; sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y rios; su aliento emponzoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños.—Tal era la condicion del leproso.—Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó á las ovejas enfermas y ro-

ñosas, antes con especial ternura las estrechó en sus brazos. A la antipatía que el pueblo, sensualista por naturaleza, mostraba á los repugnantes gafos, opuso el Cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido por los profetas anunciado al mundo como leproso (13); que había amado á los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imágen del Salvador mismo (14); que sus plegarias, purificadas por el dolor y la tribulación, llegaban más presto á los piés del que llamó á sí á los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo era renacimiento y luz para el espíritu; que si á veces podía la capa de lepra ser castigo de ocultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus predilectos, como lo fueron los males horribles de Job el justo. Los Concilios reclamaron para el leproso la comunión de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, que aseguraba al desdichado el santo consuelo del amor legítimo; y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno (15). Los Papas encomendaban á los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el concilio de Letran, declaróse la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta á los míseros á quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bu-*

no, amados de Jesucristo. Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan las ceremonias con que la Iglesia solemnizaba el acto de segregar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con estola y alba, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del lazo nunca roto que une á la Iglesia con todos sus hijos (16). Bendecía despues los mezquinos enseres, el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la solemne frase: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo*. El pueblo entre tanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz, signo santificador de la mísera morada; al pié, un cepillo recogía la limosna de los transeuntes; y dejando ya al triste en la silenciosa mansion, el clérigo y la multitud se volvían juntos al templo, á impetrar del cielo paciencia para el vivo enterrado. En Pascua de Resurreccion, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando despierta el mundo del hibernal sopor, estremeciéndose de júbilo, la Iglesia recordaba que un pária gemía abandonado, mezclando sus ayes de amargura al concierto inefable de la naturaleza; y entonces decía al lepro-

so: — «En memoria de este tiempo santo en »que Cristo alzó la losa de su sepultura, rom- »pe tú esa cárcel y sal á gozar del perfume de »las flores, y á ver el azul del cielo.» — Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

¿Qué fuera de los leprosos á faltarles el natural amparo de la Iglesia, en épocas en que la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha á presenciar bravezas, inhumanidades y escenas de exterminio, era tan fácil en verter sangre, á pocas persuasiones de la credulidad ó del odio? Si el baluarte moral de la protección eclesiástica no defendiese á los infortunados leprosos, no hay duda en que el populacho concluyera con ellos, sin piedad, allí donde los encontrase. A despecho de la influencia eficaz del Cristianismo, todavía es tal la fuerza de las impresiones sensibles que mueven á repugnar lo feo y lo infecto, á asociar la deformidad moral y la física, que aún hoy, el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres*, *maladres* en Francia, *gafos* en Castilla) es un epíteto insultante; que en Guiena se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que, en suma, á cada momento se hallaban en peligro de ser víctimas del furor de las turbas, y degollados en masa, si religion y

caridad no protegiesen su existencia (17). Y la Iglesia, al proponerse escuchar á los pros-criptos, no echó mano de medios fuertes y violentos: empleó el más suave y seguro: el amor. Amó mucho á los leprosos, y su cariño se comunicó al mundo entero. En los modernos tiempos, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparedada, escondida, por que no asome á la superficie de nuestra soberbia civilización: arrincónase al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible: más ¿quién le ama? quién le acaricia, quién le corteja, como eran en la Edad Media cortejados los leprosos? Filántropos hay que con sincera abnegación se consagran al socorro de sus semejantes; no faltan medios materiales; la bolsa del rico se abre, no sé si de compasiva ó de medrosa; pero ¿en dónde está el amor, que todo lo endulza, calienta y vivifica? En dónde están reyes como San Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? En dónde Isabel de Hungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente y festiva las inmundas llagas del elefanciaco? En dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? (18)

Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad de los desventurados, no se dirigió primero á las clases populares: el ejemplo, la lección sublime, de alto habían de descender: y así como el que murió en la cruz era un Dios, los que le imitasen debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza. Convenía que los pies del leproso fuesen lavados por blanquísimas y bellas manos reales; que orgullo, sangre y beldad se postrasen ante la vileza, miseria y horror, para alzarse despues ceñidas de divina aureola. Así la primera transfiguracion del galan mancebo de Asís se verificó el dia en que halló en el valle de Espoleto un hombre acostado al borde del camino, que levantando la frente y mostrando mejillas, narices y labios devorados por la lepra, quería besar los pies de Francisco. El primer movimiento de éste, dictado por la naturaleza, fué desviarse con horror: el segundo, llegarse al gafo y juntar la boca con la suya en tierno ósculo de paz: al consumarse este acto de abnegacion se halló el leproso repentina y completamente sano, por virtud de la caridad, que purifica cuanto toca.

Las dos veces que se refiere de Francisco esta heroica caricia otorgada al sufrimiento, consigna la historia la batalla que en su alma sostuvo: porque Francisco, jurado enemigo de los sentidos, los tenía muy despiertos, delicados y vibrantes, prontos á recibir con vehe-

mencia la excitación del placer y la percepción de cuanto halaga y deleita. Desde la niñez le infundía espanto la vista y olor de la lepra; y en la ascensión gradual de su espíritu, fué á buscar con libre albedrío aquello mismo que rechazaba ciegamente la carne. Así lo declara en su testamento.—«Y como yo estuviese entonces, dice refiriéndose á sus mocedades, envuelto en pecados, me era muy amargo ver los leprosos; pero el Señor me trajo entre ellos, y usé de misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que ántes me parecía amargo, me fué convertido en dulzura del alma y del cuerpo, y de allí á poco salí del siglo.»—Francisco trasmitió á sus discípulos la propia caridad que le abrasaba: de él aprendieron santa Isabel y san Luis paciencia y serenidad para sufrir la vista de úlceras y miembros que se desprenden, y vivir escuchando, como Dante en el ingreso del infierno:

.....
sospiri, pianti ed alti guai,

diversi lingue, orribili favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte é fioche (19).

Si bien suelen los leprosos padecer más abatimiento y enervación que furia, todavía algunos presentan fenómenos de hiperestesia

que manifiestan en actos violentos y rabiosa cólera. En las *Floreillas* se halla el relato de como Francisco con dulzura y mansedumbre sanó de alma y cuerpo á uno de estos frenéticos. Agitábase descompasadamente en su lecho, profiriendo blasfemias y maldiciones; y los frailes le cobraron temor, creyéndole poseído del demonio. Por esto y por no escuchar sus escandalosas palabras se resolvieron á abandonarle: sabedor de lo cual corrió Francisco á su lado:—«Dios te dé paz, hermano mio queridísimo, dijo saludándole; y el leproso respondió: «¿Qué paz ha de darme Dios á mí, si me ha quitado toda paz y todo bien, y me ha vuelto podrido y hediondo?»—Y como Francisco esforzase su elocuencia en consolar tan amarga y sombría desesperación, el leproso se quejó de los frailes y de su asistencia.—«Hijo, pronunció Francisco, yo te serviré, una vez que los demás no te satisfacen.»—«Que me place, dijo el enfermo; pero ¿qué harás tú más que los otros?»—«Haré lo que quieras.»—«Pues bien; lávame enteramente, porque es tal mi hedor, que á mí propio no puedo sufrirme.»—Entónces Francisco mandó á toda prisa cocer agua con olorosas hierbas: desnudó al enfermo y comenzó á lavarlo con sus manos, mientras que otro fraile daba el agua; y donde Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba sana la carne.—«Entónces, prosigue el anónimo poe-

ta de las *Floreccillas*, el alma se limpió también del pecado, y aquel hombre se deshizo en llanto: quince días practicó penitencia, y al cabo de ellos espiró. Estaba Francisco en oración en una selva, cuando el espíritu redimido se llegó á él.—«¿Quién eres? interrogó Francisco.»—Soy el leproso á quien Cristo bendito sanó por tus méritos, y voy á la vida eterna» (20).

Llegaron á ser para Francisco objeto de tal predileccion los leprosos, que sólo puede compararse su ternura por ellos con la que las madres prodigan á sus hijos si los ven sufrir. Vigilaba incesantemente á los frailes, por que no careciesen los gafos de requisito alguno en la asistencia. Ocurrióle encargar á un santo fraile, Jacobo el *Simple* de Perusa, el cuidado de un leproso más plagado y cubierto de lacras que los restantes; y el fraile, cuya caridad para con los leprosos era proverbial (21), no sólo cumplió á maravilla el encargo, sino que, con ánimo de proporcionar al enfermo ambiente más puro, hubo de llevarle á santa María de los Angeles.—«Hermano Jacobo, advirtió Francisco entonces, has obrado mal: debemos servir en el hospital á los leprosos, mas no traerlos aquí: hay gente que no puede soportar su vista.»—Dolióse el leproso de la fraterna dirigida á su enfermero, y notándolo Francisco, le pesó tanto de lo dicho, que se impuso la penitencia de comer á la puerta del

convento aquel día en la propia escudilla del gafo. «Amemos á los leprosos, solía repetir, pues son los hermanos cristianos por excelencia.»

Pero volvamos á encontrar á Francisco en Gubio, cuando recibida de limosna la eremítica vestidura, andaba solo por las leproserías, implorando de favor la gracia de hacerse siervo de la lepra. Algun tiempo perseveró en esta vida; pero en su corazón resonaba sin tregua la sobrehumana voz que en San Damián le ordenara reparar el ruinoso templo. Interpretando el mandato en sentido literal, imaginaba Francisco que lo que exigía reparación era el mismo edificio de San Damián, agrietado ya y vetusto. Con estos pensamientos tomó la vuelta de Asís. Entró en la ciudad en que era tenido por insensato, sin disponer de un maravedí, ni de un hombre para realizar su empresa; y no obstante, sabía que era preciso restaurar á San Damián, y que iba á restaurarlo. Vista la completa carencia de medios, acudió enteramente á la simplicidad evangélica, y recorriendo la ciudad de Asís, llamaba á las puertas, gritando:—«De parte de Dios, el que me dé una piedra, recibirá una merced; el que me dé dos, recibirá dos; el que me dé tres, recibirá tres.»—Algun vecino disparaba burlona risa; pero el corazón del pueblo se abre fácilmente á la generosidad. Aquí recogía Francisco una trabe, allá un si-

llar, más lejos un poco de argamasa; el albañil le regalaba media jornada de labor; el carpintero, por limosna, clavaba un puñado de clavos; Francisco ayudaba á todo, empleando su cuerpo esbelto y sus adamadas manos en acarrear ladrillo, cal y canto para los muros; y, en suma, San Damián se halló presto, más que reparado, reedificado. El padre de Francisco se enfurecía y enconábanse las llagas de su vanidad al ver otra vez en Asís á su primogénito ejerciendo humildes oficios, llevando al hombro la espuerta ó manejando la pala del alarife. De suerte que cuando Pedro Bernardone, cruzando por las calles de Asís, acertaba á encontrar á Francisco, mísero, maltraído, doblegado bajo el peso de la carga, desatábase su lengua, y cubría de maldiciones al hijo. Y Francisco, que había renunciado á todos los bienes y glorias de la tierra y á las honestas delicias del hogar; Francisco, que no era dueño ni de la hopa que llevaba vestida, no pudo sin embargo avenirse á carecer de paternal bendición, y llamando á un viejo pordiosero que vagaba por Asís en demanda del sustento, le dijo: «Ven, te daré la mitad de mi comida desde hoy; me servirás de padre natural, y cada vez que mi padre me maldiga, yo te diré: *Bendíceme, padre mio*: y harás la señal de la cruz, y me bendecirás.» Así se verificó en lo sucesivo, y la prometida de Francisco, la Pobreza, dió ya á su amador el primer consuelo.

Cap. II.

Los mozos de Asís, antiguos compañeros de Francisco, le miraban mitad con asombro y mitad con desdén; y su hermano menor, Angel, encontrándole una cruda mañana de invierno arrodillado en oración y transido de frío enseñando las amoratadas carnes por los desgarrones de la raida túnica, azuzó á uno de sus amigos.—«Pregunta á Francisco, le dijo, si quiere feriarnos un escudo de su sudor.»—«Lo venderé muy caro á Dios,» respondió Francisco en lengua francesa.

Mientras Francisco penetraba en las pobres chocillas, en los corros de ricos ciudadanos y hasta en los garitos infames, á demandar limosna para su amado templo de San Damián, Pedro, el clérigo encargado de éste, aderezaba, movido de compasión, la comida del penitente mancebo. Un día Francisco cayó en la cuenta de que aquellos manjares eran debidos á la solicitud de Pedro, y tomando una escudilla, imploró unas migajas de sustento á la caridad pública. A medio día se sentó á comer lo obtenido mendigando, y al mirar las revueltas piltrafas amontonadas en la horterera, sintió náusea y repugnancia profunda. Pero luego llegó á sus labios el desabrido manjar, y hallólo dulce como la miel, regalado como la ambrosía. «No me prepares ya el alimento, dijo á Pedro, porque has de saber que dí con un cocinero que sazona á todo mi gusto.»—La escudilla fué desde aquella fecha su despensa y

su plato. Entre tanto adelantaba la fábrica de San Damián. — «Trabajemos, hijos, instaba Francisco á los obreros. Este lugar servirá mañana de asilo á pobres mujeres de santa vida, que glorificarán al celeste Padre» (22).

Despues de la ermita de San Damián, reparó Francisco con infatigable ardor las de San Pedro y Santa María de los Angeles. La ermita de San Pedro atrajo á Francisco por hallarse bajo la advocacion de la *pie*dra angular de la Iglesia, el pescador galileo. Santa María de los Angeles era la pobre capillita, sobre la cual, en la serena noche del nacimiento de Francisco, se escucharon cánticos melodiosos y suaves. Abierta á la intemperie, crecía el jaramago entre sus cuarteados muros, y los pastores de las cercanías abrigaban sus ganados en el derruido santuario. Aquel lugar, caro á Francisco, fué más tarde venerado del mundo entero bajo el título de *Porciúncula* (Porcioncilla), nombre debido á la pequeñez del predio en que se hallaba fundada. Sobre aquel campillo, propiedad de monjes benedictinos, y en torno del santuario que Francisco amó, debía alzarse, andando el tiempo, magnífica basílica, diseñada por Vignola y ejecutada por Galeazo Alesi y Julio Danti. Pero Francisco reparó tan sólo la sencilla fábrica de toscas paredes, cuna humilde de la Orden. Por entónces un hombre, que llegó despues á ser compañero de Francisco, soñó misterioso sue-

ño. Parecióle que muchos ciegos andaban dando vueltas alrededor de la ermita de santa María de los Angeles, pidiendo á Dios, levantadas las manos, que curase su ceguera. Y al formular ellos esta plegaria, descendieron sobre la Porciúncula olas de luz, encendidos resplandores, y los ciegos abrieron los ojos y cantaron regocijados himnos, porque ya veían. Cuando Francisco hubo dado cima á la reconstrucción de las tres iglesias, entró en un período de contemplativo descanso, bien como si impulso involuntario le moviese á detenerse en la cifra tres, número de las gloriosas Ordenes que por fundador le veneran. En la vida de Francisco, tan simbólica y representativa, abundan las figuras: así lo expresa un versículo [de su Oficio, diciendo: *Sub typo trium Ordinum, tres, nutu Dei prævio, ecclesias erexit.*

Atraíale profundamente la Porciúncula, de donde no acertaba á apartarse. Vistió otra vez de lino y seda los desnudos altares; hizo arder los cirios ante las solitarias efigies; y quiso ver elevarse la hostia de paz en la capillita ayer profanada. Logrólo al cabo; y al atender prostrado al oficio divino, hirieron sus oídos, cual si por primera vez las escuchase, estas palabras del Evangelio: «No querais poseer oro, ni plata, ni dinero en vuestra bolsa; no lleveis alforja, ni dos túnicas, ni sandalia, ni báculo» (23).

Francisco se incorporó haciendo extremos de júbilo, ademanes de alegría, como prisionero á quien anuncian la suspirada libertad. «Hé aquí lo que busco, exclamó: hé aquí lo que anhelo con el alma toda» (24). Y descalzándose apriesa, arrojando bastón, cinturón y bolsa, tomó una túnica cenicienta, ciñóse al talle áspera cuerda de cáñamo con nudos, (25). Desde aquel momento nació en su espíritu la Orden franciscana. Afirma la crónica de los *Tres Compañeros ó Socios*, que en el día en que Francisco recibió el evangélico mandato, se redujo á silencio perpetuo el precursor desconocido que iba por las calles de Asís gritando: *Paz y bien*.

Brotaba así la Orden admirable, que por sí sola es bastante para embalsamar con aroma de ascética poesía los siglos medios. Brotaba cual brota la creacion del artista, cual surge el poema, la sinfonía, el lienzo; madurados por largo tiempo en lo más íntimo de la humana conciencia, presentidos y acariciados como el ideal; pero revelados súbitamente al rayo claro y divino de la inspiracion. No precede á las obras más hermosas del genio reflexivo y deliberado propósito, sino tendencia general y armoniosa de todas las facultades hacia un objeto no definido aún, que presto se destacará radiante sobre las nieblas del presentimiento. Años hacía que Francisco, interrogado por sus alegres amigos entre el bulli-

cio de una francachela, había respondido afirmando que era su sueño tomar esposa, tan bella y principal, que en el mundo no pudiese otra alguna comparársele. Y esta novia predilecta, esta doncella sin par, á quien llamaba el amante en las ansias de su amorosa languidez, hubo de permanecer velada y oculta hasta que Francisco oyó la frase del Evangelio. Aparecióse entónces risueña y embelesadora, aunque macilenta y humilde, la mística desposada, la vírgen Pobreza. Así la trazó el gran novador de la pintura italiana, Giotto, en su hermoso fresco de la bóveda de la iglesia baja de Asís. Es allí la Pobreza doncella de beldad celestial; ciñe su frente guirnalda de rosas, mas sus galas nupciales son harapos: á sus piés no se tiende tapiz de seda, sino guijas, abrojos y zarzales. Un avieso can abre sus fauces para ladrar contra la Esposa; dos niños despiadados le arrojan imprecaciones y piedras; pero ella mira con inefable gozo á Francisco, que le ciñe al dedo anillo de alianza. Cristo junta las manos de los enamorados y preside las bodas: el Padre, entre nubes, asistido de angélicas milicias, presencia el misterio de amor.

Larga fecundidad estaba prometida al himeneo de Francisco. No bien hubo estrechado contra su corazón á la amada paloma, á la dama de sus caballerescos pensamientos, comenzó á brotar y cercarle, como á la oliva

sus retoños, la espiritual posteridad, que presto había de multiplicarse hasta henchir la tierra. Bernardo de Quintaval, Pedro Cataneo, Egidio ó Gil, fueron los tres primeros, que atraídos al foco de caridad, abrazaron con Francisco la Cruz y su locura.



NOTAS.

(1) Cuando la casa en que nació san Francisco fué transformada en convento, conservóse el cuartucho en que lo encerró su padre, con el nombre de *prisión de san Francisco*.

(2) En los primeros momentos Pica intentó quebrantar la resolución de Francisco, temerosa de las violencias á que pudiera propasarse el padre: más en breve se convenció de la firmeza del propósito de su hijo, y acariciándole, le dió suelta.

(3) Los jueces de Asís respetaron á su vez la inmunidad de Francisco, considerándole propuesto ya al servicio de Dios.

(4) *Usque nunc vocavi te patrem in terris, amodo autem secure dicere possum: Pater noster, qui es in cœlis, apud quem omnem thesaurum reposui et omnem spem fiducia collocavi.*

(5) La historia pagó tan modesto donativo conservando el nombre del dador, que era Jácome Spada, de la familia de los Spadalunga.

(6) Hé aquí la sinonimia de la lepra: *Tsarath* de los hebreos; *Baras, bohak y assad* de los árabes; *Carin, Kustam y Kusth'ha* del Indostán; *Radesyge* de Noruega; *Skyrbuigur* de Islandia; *Mafung* de los chinos; *Morfea* del Brasil; *Mal rojo* de Cayena:

Elephantia, leontiasis, elephantiasis tuberculata et anaisthetos, satyriasis. Scheder y Cazenave (*Maladies de la peau*).

(7) *Habent Hospitalarii novem decem millia manerorum in christianitate.* (Mateo París.)

(8) Hoy se desconoce igualmente la causa determinante de la lepra. Se observa sí que los climas extremos, la cercanía del Polo y del Ecuador influyen en la aparición de la lepra, pero el hecho de que en la Edad Media reinase también en nuestra zona templada, prueba que el desmedido calor & frío no la originan exclusivamente.

(9) Es dudoso que la lepra sea contagiosa en el verdadero sentido de la palabra, es decir, que se comunique inmediatamente por el contacto de los afectados. Refiérese, sin embargo, que santa Catalina de Siena quedó cubierta de lepra por haber cuidado y amortajado á una leprosa. Lo que no puede negarse es que colocándose en ciertas condiciones hay riesgo de contraerla: pruébanlo los europeos que en Asia la adquieren en nuestros días á poco que se descuiden. Sea ó no contagiosa la lepra, es lo cierto que las severas medidas sanitarias de la Edad Media la fueron extirpando en términos que á fines del siglo XVI ya se hallaba casi totalmente extinguida, no ingresando en las leproserías verdaderos gafos, sino enfermos de otros males cutáneos diversos.

(10) *Qui quasi flos egreditur et conteritur.*

(11) *Putredini dixi: Pater meus es; mater mea, soror mea, vermibus.*

(12) Es tal en efecto la fuerza destructora de la lepra, que suele hallarse la médula de los huesos

de los leprosos convertida en una masa esponjosa y seca. Puede decirse que la lepra no es mal que ataque á una parte dada del organismo, sino descomposicion general del cuerpo todo.

(14) *Et nos putavimus eum quasi leprosum percussum a Deo et humiliatum.* (Isaías, LIII.)

(13) Cuando san Francisco vió la repentina desaparicion del leproso que hallara en la vega de Asís, creyó desde luégo que era Jesús en persona bajo aquella figura. En la leyenda de Juliano, el leproso á quien éste acuesta en su lecho para curarle, se levanta resplandeciente de belleza declarando ser Jesucristo.—Cantú. (*Hist. Univ.*) El leproso horrible con quien Santa Isabel de Hungría practicó el mismo acto de caridad, abrigándole en su tálamo opulento, se halló convertido, al llegar el esposo de la Santa, en una imágen de Cristo crucificado. En nuestro bellissimo Romancero del Cid se refiere como yendo el héroe castellano en peregrinacion á Santiago de Compostela,

.....
allá en medio del camino
un gafo se aparecía
metido en un tremedal
que salir dél no podía.
.....

Bajándose Rodrigo del caballo, lo ayudó á levantarse, llevólo á su posada, dióle de cenar y lo acostó en su propio lecho. A media noche despertó Rodrigo, y hallando vacía la cama, miró espantado en derredor.

.....
mas un hombre á él venía,
vestido de paños blancos,
desta manera decía :

¿Duermes ó velas , Rodrigo ?
No duermo, le respondía :
pero dime quién tú eres,
que tanto resplandecías?
San Lázaro soy, Rodrigo,
que yo á hablarte venía ;
yo soy el Gafo que tú
por Dios tanto bien facías.
Rodrigo, Dios bien te quiere ,
y otorgado te tenía
que lo que tú comenzares
en lides , ó en otra vía ,
lo cumplirás á tu honra
y crecerás cada día.

.....
En diciendo estas palabras
luégo desaparecía;
levantóse D. Rodrigo
y de hinojos se ponía.
.....

(15) Tratóse esta cuestion en los Concilios de Labaur, de Letran, de Worms.

(16) «Hermano, esta separacion no es más que corporal: en cuanto á lo principal, que es el espíritu, serás lo que has sido siempre, y tendrás porcion y parte en todas las oraciones de nuestra santa Madre Iglesia, como si personalmente asistieras todos los dias con los demás al servicio divino.» Chavin de Malau. (De un ritual de Reims, publicado en 1585.)

(17) No alcanzó la accion de la Iglesia y de los monarcas á impedir que hartos infortunados pereciesen en hogueras, ó al filo de la espada de las turbas populares. A fines del siglo XIV, en el terrible degüello de judíos que hizo el pueblo sublevado,

fueron envueltos los leprosos. «El rey D. Juan, dice Lafuente (*Historia de España*),» hizo los mayores esfuerzos para poner término á aquella matanza, y mandó restituir á los judíos bautizados los bienes de que se les había despojado.» En Francia, Luis *el Largo* puso asimismo coto al suplicio de los leprosos, acusados por el vulgo de envenenar las fuentes. En Guiena se formaron hordas de fanáticos, que se nombraban *Pastorcillos*, reclutados en las clases más ínfimas de la sociedad, que se dedicaban á asesinar y saquear hebreos y leprosos, y fué difícil al poder civil concluir con aquellas bandas que sembraban desolacion por todas partes. Una raza proscripta, llamada de los *Cagots* ó *Santurrones*, que todavía hoy existe en el país Vasco y en los Pirineos, fué igualmente blanco de la persecucion del vulgo. Sobre esta raza, cuyo origen se ignora, pero que en ningún concepto es inferior, pesaba tal anatema, que la mayor infamia para una familia del país fuera mezclarse con individuos de tan aborrecida estirpe. Aún no cuenta remota fecha el hecho de que al ir uno de estos *Santurrones* á mojar los dedos en la pila del agua bendita, un mozo del país le segase la mano de un hachazo. Pero cuando tan vivas se mostraban las preocupaciones, ¿quién duda que el Tribunal de la Inquisicion salvó á razas enteras de horrendo exterminio, rescatando con algunas condenas la vida de innumerables desdichados?

(18) Son muy frecuentes estos ejemplos en la Edad Media. Enrique III de Inglaterra solía asimismo visitar los hospitales.

(19) Suspiros, llantos y altos ayes, idiomas diversos, hablas horribles, palabras de dolor, acentos de ira, altas y huecas voces...» (*Inferno*, Canto III.

(20) Fioretti, XXV.

(21) Segun Wadingo, daban á Jacobo el *Simple* los dictados de *Médico y Ecónomo* de los leprosos.

(22) Allí tuvo en efecto principio la Orden de las Clarisas, llamadas tambien Minoritas, Damianitas ó Señoras pobres.

(23) Créese generalmente que el dia en que san Francisco oyó leer estas palabras del Evangelio, fué el 24 de Febrero de 1209, fecha que puede reputarse por la del nacimiento de la Orden. En lo que andaban discordes los pareceres es acerca del Santo cuyo oficio se celebraba en tal dia. Sienten algunos cronistas que fuese el del evangelista san Lucas ; otros, la feria quinta de la octava de Pentecostes, y en tal caso no pudo suceder en Febrero el hecho. — Otros, en fin , el del apóstol san Matías , cuya festividad corresponde efectivamente al 24 de Febrero.

(24) *Hoc, inquit, est quod cupio totis viribus adimplere.*

(25) El color del hábito significaba la ceniza de la tumba: la cuerda, las ligaduras del pecado: la descalcez, desasimiento del mundo. El nuevo traje adoptado por Francisco divide su vida de ermitaño, de su vida de fraile. La túnica dada por Jacobo Spadalunga en Gubio, era corta y sujeta con correa de cuero basto, segun la usanza de los villanos y gentecilla de aquel tiempo. Con este arreo permaneció san Francisco obra de dos años, que se llaman período eremítico, atendiendo á la contemplacion, soledad y vida ejemplar que hizo en ellos; mas no por que estuviese sujeto á morar en ermita alguna, ni porque se hubiese afiliado á congregacion ó regla eremítica. Un autor muy posterior á san Francisco supuso que fué el Santo aquellos años religioso ermitaño de san Agustin: pero en ninguno

de los numerosos coetáneos de san Francisco, que acerca de él han escrito tan por menudo, se halla el menor indicio que confirme esta especie. Mal se aviniera con la iniciativa poderosa y las aspiraciones que se agitaban en el espíritu de san Francisco, el ingreso en ninguna de las Ordenes ya fundadas, cuando precisamente latía en élla idea de algo nuevo, desconocido, el presentimiento de una revelación. En cuanto á la forma y materia del traje adoptado por Francisco al nacer la Orden, era túnica cerrada talar, larga hasta el empeine del pié; capilla que caía sobre la espalda, parecida á la que usaban los pastores: la tela era paño grosero de color ceniciento, ceñido con cuerda, tosca también, de cáñamo. Esto es lo esencial del hábito franciscano: por lo demás sufrió modificaciones y cambios al arbitrio de los superiores. Siempre que el sayal fuese vil y tosco, no tuvieron importancia los detalles de hechura de la capilla, etc. Mas no dejaron de suscitarse polémicas acerca de este punto, en apariencia de tan escasa entidad; hasta el extremo de que Juan XXII tuviese que expedir una bula condenando á ciertos frailes de Narbona, que se empeñaban en dar forma especial á sus hábitos. En realidad san Francisco hubo de usar hábitos de hechuras y materias diversas, porque de limosna los recibía y de limosna los daba á cada paso, y así venían al capricho de los dadores. El hábito que vestía san Francisco cuando recibió los estigmas, y que guardaba el duque de Florencia como un tesoro, era de aquella calidad que en España se llama sayal y en Italia *panno rigato*: tenía un solo remiendo en la boca de la manga izquierda; la capilla piramidal y pegada al hábito.



CAPÍTULO III.

EL APOSTOLADO FRANCISCANO.

Consulta al Evangelio.—Primera mision.—Inocencio III.—Aprobacion de la regla.—Mansion de Rivortorto.—Establecimiento en la Forciuncula.—Los doce Apóstoles de Francisco.—Los cuatro compañeros predilectos.

.....
*Und was kein Verstand der Ver-
ständigen sieht
das übet in Einfalt ein kindlich
Gemüth.*

(SCHILLER. Die Worte
des Glaubens.)

.....
Y lo que la inteligencia de los
doctos no ve, practícalo un
alma infantil en su candor.

(SCHILLER. Las palabras
de la Fe.)

ERA Bernardo de Quintaval pudiente y respetado vecino de Asís: y no bien se declaró compañero y discípulo de Francisco, cuando ambos con las primeras luces del alba penetraron en la parroquia de San Nicolás, donde se celebraba misa. Por el camino se les reunió el canónigo Pedro Cataneo: todos tres hicieron larga oracion hasta la hora de tercia, llegada la cual, consultó Francisco la voluntad divina como la ha-

bían consultado los Apóstoles para elegir sucesor al apóstata Judas (1). Hecha la señal de la cruz, abrió tres veces el Evangelio en memoria de la Trinidad sagrada; y la vez primera, la página del libro de verdad le presentó este versículo: — «Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres (2).» — La segunda: — «No lleveis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengais dos túnicas (3).» — La tercera: «Si alguno quiere venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame (4).» — Alzó Francisco las manos al cielo, y vuelto á los recientes discípulos, exclamó: — «Hé aquí, hermanos, nuestra regla y nuestra vida, y la de cuantos á nuestra Sociedad quieran unirse: id, pues, y haced como habeis oído.» — Tal fué el fundamento de la regla franciscana, en que la mansedumbre y fraternidad evangélica templó y suaviza los varoniles principios del estoicismo, y la contemplación y la actividad andan juntas como hermanas mellizas. Un cuarto de hora despues de la consulta, Bernardo de Quintaval y Pedro Cataneo distribuían en la plaza pública á los menesterosos el dinero de sus arcas, las prendas de su guardaropa, los muebles de su casa: y al ponerse el sol, el rico ciudadano y el prebendado opulento no eran dueños sino de la túnica burda que Francisco les vistió (5).

Siete días más tarde fué recibido Gil: ápe-

nas dispuso Francisco de tres voluntades acordes con la suya, pensó en exhortar á los pueblos á penitencia, bien como los andantes caballeros, en su heroica temeridad, embestían solos contra numeroso y aguerrido ejército. Y al tomar hácia la Marca de Ancona en compañía de Gil, decía con regocijo:—«Nosotros serémos semejantes á los pescadores, que prenden en la red multitud de peces, y volviendo al agua los chicos, ponen en el cesto los grandes.»—Al regreso de la primera y breve predicación, esperaban á Francisco tres nuevos discípulos, Sabatino, Morico y Juan Capella. Congregó Francisco la escasa hueste, y habló así:—«No temais, que en breve acudirán á vosotros nobles y sabios, en gran copia, y os acompañarán en exhortar á reyes, príncipes y pueblos: muchos se convertirán al Señor, y éste por todo el mundo acrecentará y multiplicará la santa familia. Vienen los franceses, se apresuran los españoles, corren teutones y britanos, y se acelera la multitud de las restantes diversas razas.»—Otro discípulo más, Felipe Longo, se agregó á la compañía: y siendo ya ocho con el maestro, ordenóles éste:—«Id dos á dos por las diferentes partes del mundo, anunciando á los hombres paz y penitencia en remisión de los pecados.»—Los ocho, formando parejas y colocados en figura de cruz, rompieron á andar hacia el lado que les tocaba. La despedida de

Francisco fué un versículo del Salmo LIV:— «Pon en el seno del Señor tu confianza, y él te sustentará (6):—Cortas noticias ofrecen las crónicas de los acontecimientos de esta misión, que duró poco tiempo (7). No tardó Francisco en desear el término de su comenzada é incompleta obra. Anheló vivamente ver á sus hijos agrupados en torno suyo (8); y una mañana, sin que hubiese precedido orden, seña ni plazo alguno, se hallaron los misioneros, que andaban dispersos por distintas provincias, reunidos en Santa María de los Angeles. Ingresaron á la sazón en la cohorte Juan de San Constancio, Bárbaro, Bernardo de Vigilancia, y el sacerdote Silvestre. Comprendía Francisco que al naciente monumento, faltaba base aún; que el árbol carecía de raíz. Aquel puñado de hombres, que en el aislamiento y retiro de una ermita meditaba en sujetar el mundo entero al yugo de la evangélica enseñanza, era todavía miembro disperso, no incorporado al organismo siempre vivo y fuerte, ni nutrido en el seno eternamente fecundo de la magna madre. Mientras Francisco no lograba asociar su espíritu nuevo al espíritu perpetuamente renovado que informa el cuerpo de la Iglesia, parecíale que su obra no tenía legitimidad ni coherencia. Buscando centro de unidad, hallábalo en el resplandeciente sol, que aún nublado por eclipses, tormentas y nieblas, lucía lo bastante

para iluminar la noche de la barbarie y los sombríos abismos de la conciencia humana.— «El siervo de Dios—dice San Buenaventura—dispuso ir á presentarse con su compañía de hombres sencillos á la Sede Apostólica, para pedir con súplicas é instancias que la regla de vida que le enseñara el Señor y él había escrito sucintamente, fuese confirmada por la omnímota autoridad de la Sede Apostólica.» Hasta entonces no acostumbraban los fundadores de órdenes nuevas solicitar la aprobación del Pontífice para sus estatutos: constituíanse libremente las comunidades, y si sus frutos eran perniciosos, el Papa condenaba la institución, como hubo de practicar con Valdo y sus secuaces (9). Francisco fué el primer fundador que quiso cimentar sin dilación su edificio en la angular *pedra*. Púsose, pues, en camino de Roma; y al cruzar por Rieti, halló á Angel Tancredo en la calle, y mandóle que se uniese á su comitiva. Con la añadidura de Angel, llegaron á doce los discípulos; y alcanzado este número, en el cual se contaba el futuro Judas, Juan Capella, estuvo completo el apostolado que seguía al grande imitador de Cristo en el siglo XIII. Así llegó Francisco á Roma, á los piés de Inocencio III, rector entonces de los destinos de la cristiandad.

Conocemos ya al insigne continuador de Gregorio VII, al que concentró en sus manos el poder eclesiástico con tan suave firmeza

como perseverante energía mostrara su antecesor. Circulaba por las venas de Inocencio III sangre de vándalos y lombardos; su ilustre casta procedía del fiero rey Genserico; y sin embargo, en pocos hombres lucieron más las amables y brillantes cualidades de la raza latina que en el jóven Lotario. Estudiante en la renombrada Universidad de París, se familiarizó con las letras griegas y hebreas, que habían de ser consuelo y solaz de su vida; en Bolonia profundizó los cánones; y, en la flor de la edad, conducido ya por sus méritos al acceso de las dignidades eclesiásticas, á la sazón tan apetecidas, redactaba las páginas elegantes y selectas, pero tristes, de su hermoso libro *Sobre el desprecio del mundo*. Cierta que estaba bien dispuesta para comprender la idea franciscana, el alma del Pontífice que había escrito estas melancólicas frases: « Un poco de agua y de pan, abrigo y un vestido, hé aquí cuanto ha menester el hombre. Mas ¡qué de necesidades inventa y añade la concupiscencia!... La saciedad viene á reemplazar al hambre, y el hastío al deseo de comer; y no porque así lo reclame el sostenimiento de la vida y el mandato de la naturaleza, sino solamente por halagar el paladar y lisonjear el apetito; de donde resulta que ya no haya vida y salud, sino enfermedad y muerte.

La muerte y la podredumbre horrorizan. ¿De qué sirven entonces tesoros, festines,

placeres y honores? Entonces viene el gusano que no muere, el fuego inextinguible.

Felices, felices aquellos que no han vivido!»

Así expresaba el que había de ser Inocencio III su temprana persuasión de la nada de las cosas y grandezas terrestres. Con la serenidad del filósofo libre de todo apego á lo perecedero, ascendía al puesto más eminente del orbe, en la edad varonil de treinta y siete años. Largamente se resistió á aceptar las llaves que abren el cielo: preciso fué vestirle, mal de su grado, las sacras insignias, llevarlo á San Juan de Letrán y sentarlo en el trono y en la silla estercoraria (10), mientras corría de sus ojos un rio de lágrimas, y levantaban su pecho los sollozos. «¡Ay de mí! decía: alzado he sido sobre todos; pero ¡qué carga! Siervo soy de toda la familia, deudor de sabios é ignorantes. Apenas alcanza un número grande de servidores á servir debidamente á un solo dueño: ¿cómo ha de servir á tantos un siervo solo? ¿Quién enfermará sin que yo enferme también? ¿Quién se escandalizará sin que yo arda? ¡Qué de trabajos cotidianos me esperan! ¡Qué de angustias, tribulaciones y dolores he de sufrir! ¡Qué de empresas superiores á mis fuerzas tengo que acometer! No quisiera jactarme, porque tal vez no alcanzaré á cumplir mi tarea. Los dias contarán á los dias mis labores; las noches á las noches mis inquietudes. No es

mi cuerpo de piedra, ni es bronce mi carne. Mas por frágil é imperfecto que yo fuere, ayudaráme Dios: el Dios que da con abundancia y nunca se cansa de dar. El que sostuvo á Pedro sobre las olas por que no fuese sumergido; el que allana los senderos tortuosos, guiará mis pasos; pues no están los caminos en manos del hombre.»

Cumplióse la esperanza en la ayuda del cielo que Inocencio III manifestaba ante el clero y pueblo reunidos, al subir por vez primera á la cátedra de san Pedro, cuando llegó á sus plantas el penitente del valle de Espoleto, con sus piés descalzos y su remendada túnica. Hallábase en Roma Guido, obispo de Asís, y por mediación del cardenal Juan Colona, logró para Francisco promesa de audiencia del Papa. Mas no sufría la impaciencia de Francisco esperar á la hora marcada, y aprovechándose de la llaneza con que los Papas tenían franca su puerta á todo linaje de gentes, se entró por las salas del palacio de Letrán, hasta llegar á una galería abierta en que Inocencio gozaba del frescor del aire, contemplando la campiña y espaciando su ánimo abrumado de graves preocupaciones. Al ver acercarse á aquel mendigo desconocido, Inocencio, diariamente molestado por fanáticos que le consultaban extravagancias, fijó apenas su atencion en Francisco, y le despidió sin querer escucharle. Mas Francisco no se fué

abatido. Había soñado la víspera que veía un árbol frondoso cargado de apetecible fruta, y tan alto, que no era posible alcanzar á sus ramas: y como Francisco anhelase coger alguna, el árbol mismo se inclinó, brindando sus pomas dulces á la ávida mano. Entendió Francisco que el árbol era la voluntad del Pontífice que se doblegaba á su deseo. A su vez Inocencio III tuvo aquella noche una visión. Soñó que á sus piés brotaba y crecía verde y gallarda palma, que dilatándose en tronco y hojas, desafiaba ya con la copa las altas nubes. Y como anhelase entender el sentido de su sueño, una voz le dijo que la palmera era aquel pobrecillo al cual había rechazado con desdén. Entonces Inocencio hizo buscar á Francisco por toda Roma, y al cabo dieron con él en el hospital de San Antonio. Cuando Francisco se presentó ante el Papa y puso en sus manos la regla, fué su transporte tal, que apenas podía contener los piés, y se movía como si bailase. Era Inocencio capaz de penetrar y entender desde luego el espíritu de abnegación que animaba la regla franciscana: mas los cardenales allí presentes se asustaron de la pobreza absoluta, de la humildad perfecta, del desasimiento casi sobrenatural propuesto por el hombre pálido y extenuado que respetuosamente se inclinaba ante el Pontífice. Inocencio aplazó la resolución. Pero Juan Colona representó con energía á sus compañeros

purpurados que si la regla de Francisco, fiel trasunto del Evangelio, era impracticable, habría que renegar de Jesucristo y tener por superior á las humanas fuerzas su doctrina. Nuevos sueños saltearon á Inocencio aquella noche. Figuróse que la basílica de San Juan de Letrán se tambaleaba próxima á desplomarse, cuando un pordiosero, en rostro y traje igual á Francisco, acudía y con sus hombros sustentaba la gigante mole. Al otro día se presentó de nuevo Francisco á Inocencio. Aún vacilaba éste desconfiando del impulso de su corazón y de los alados huéspedes de la noche: y para vencer la última resistencia, el poeta con sayal habló al poeta con tiara (11) el lenguaje de la imagen y del símbolo que subyuga la fantasía y cautiva la mente. «Habitaba en un desierto, dijo Francisco, una doncella pobre, pero hermosa; y habiendo admirado un gran Rey su gentileza, codicióla para esposa, porque en ella podía engendrar lindos vástagos. Contraído y consumado el matrimonio, nacieron en efecto muchos hijos, á los cuales, llegados ya á la edad adulta, dijo su madre: Hijuelos míos, no os avergonceis, porque hijos sois del Rey: id, pues, á su corte, y él os suministrará todo lo necesario para vivir. Hiciéronlo así, y el Rey, habiendo admirado su belleza y visto como le eran semejantes, les preguntó: «¿De quién sois hijos?» Y sabiendo que eran hijos de la pobrecilla del desierto, abrazólos con jú-

bilo, diciéndoles: «No temais, que hijos míos sois, y si á mi mesa comen los extraños, ¿qué no haré con vosotros, que sois mi legítima prole?» Y, en consecuencia, advirtió á la madre que enviase á la córte todos los hijos por él engendrados. Este rey era Jesucristo; la linda doncella, la Pobreza, que habita los desiertos, porque los hombres la desprecian é injurian. Mas el Rey del cielo se enamoró perdidamente de ella, por su hermosura grande, y descendió á la tierra para poseerla. Celebró, en efecto, sus nupcias sobre la paja de la gruta de Belén. De su esposa tuvo muchos hijos en el desierto del mundo, apóstoles, anacoretas, y tantos como por amor de Cristo abrazaron la Pobreza... Beatísimo Padre, la Pobreza envía hoy á su esposo Jesucristo nuevos hijos, que nada quieren del mundo, y en todo se asemejan á su madre. ¿Cómo podrá su padre abandonarlos?»—Al terminar la parábola, el Papa se volvió á los Cardenales, exclamando: «Hé aquí verdaderamente al que con obras y doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo» (12).—Y confirmando al punto la regla de palabra *viva vocis oraculo*, pidió le fuesen presentados los compañeros de Francisco, confirmando á los laicos la tonsura (13). Logrado su objeto, maestro y discípulos tomaron la vuelta de Asís. En el camino, como no llevasen víveres, se hallaron en despoblado y de noche rendidos de cansancio y hambre. Pasó un incógnito, y

puso en manos de Francisco una hogaza de pan, que bendecida y partida entre trece hombres exhaustos, satisfizo plenamente la necesidad de todos. Hicieron alto en Horta, y ya el pueblo comenzó á besar sus sayales y á apiñarse para oír hablar á Francisco. Huyendo de la lisonja pública, se volvieron al pobre asilo de Rivortorto, choza que se alzaba en pedregosa soledad, bañada por mezquino arroyuelo, y tan reducida, que fué preciso, para que en ella pudiese cobijarse la aumentada prole franciscana, señalar en la pared el sitio que ocupar debía cada hombre. Un día que rezaban en el mísero tugurio, oyen relinchos de corceles, estrepitosos vítores, triunfales marchas: era el cortejo que escoltaba al emperador Oton IV, que cercado de magnífica pompa y llevando á su izquierda al Arzobispo de Milán, iba á Roma á recibir la corona, el globo y el manto. Francisco no salió á ver la soberbia cabalgata, pero envió á uno de sus frailes, que deteniendo el arrogante palafrén del Emperador, pronosticóá éste la brevedad de su poderío. En efecto, un año después caía sobre la cabeza de Oton el entredicho eclesiástico y con él la pérdida del imperio.

En el angosto recinto de Rivortorto se fundieron del todo los corazones de Francisco y sus compañeros, unidos en largas contemplaciones, coloquios santos, comidas que en lo fraternales semejabán agapes de la edad he-

roica del Cristianismo, íntima familiaridad con la naturaleza, silencio rimado por la música monótona del arroyo ó por el murmullo de la oración. Fuése Francisco una tarde á dormir á Asís, á fin de predicar el domingo en la Catedral, y los solitarios de Rivotorto vieron aquella noche, al subir la luna á su zenit, que una carroza de fuego, cuyo centro ocupaba un globo luminoso y resplandeciente como el sol, salió y entró hasta tres veces, girando por la cabaña: y parecióles que el espíritu de su maestro, cual el de otro Elías, era arrebatado hasta los cielos en el ígneo carro. Pero una grosera realidad vino á turbar el melancólico sosiego del oasis de Rivotorto. Hallándose Francisco y sus socios cantando himnos, un villano de las cercanías se entró en la choza con su asno del dñestro, gritando al animal: — «Pasa, pasa, que aquí descansaremos bien» — Alzóse Francisco, y dijo á sus compañeros: «Hermanos, yo sé que Dios no nos ha llamado para hospedar jumentos, ni para que nos distraigan cuando, despues de enseñar á las gentes el camino de la salud, nos retiramos á hacer oración.» — Y levantándose todos, dejaron su albergue. Acogiéronse al primer nido de la Porciúncula, y presto los benedictinos de Subiaco dieron de limosna á Francisco la ermita amada. — «Esta, —decía Francisco, —es morada de ángeles y no de hombres.» En reconocimiento de la propiedad

y dominio que los benedictinos tenían sobre la Porciúncula, todos los años les presentaban los franciscanos un canastillo de peces, cogidos en el riachuelo que corre al pié de la ermita (14).

Habitemos algún tiempo en compañía de sus moradores; conozcamos al apostolado franciscano, y á los nuevos discípulos que se agregaron á los primeros doce. Los genios en la tierra, cual los soles en el universo celeste, atraen y hacen girar en su esfera un sistema de planetas, comunicándoles luz, calórico, magnetismo. Bien como de gran filósofo nace una pléyada de pensadores; como de extraordinario capitán es suscitada una legión de héroes, así Francisco reunió en torno suyo varones singulares, que cada cual comprendía y desarrollaba un aspecto de su inmenso espíritu. De los doce que constituyen el apostolado, dice un autor (15), «hemos oído que todos fueron santos, á excepción de uno que, habiendo salido de la órden y cubiéndose de lepra, se ahorcó con soga, cual otro Judas: por lo cual no faltó á Francisco en sus discípulos semejanza alguna con Cristo.»

Bernardo de Quintaval, primogénito de Francisco, era acomodado ciudadano de Asís, á quien movió á mucha lástima ver al hijo del opulento negociante Morico acarrear ladrillo para la reconstrucción de las iglesias: y ofreciéndole cena y lecho, lo hospedó, según cõs-

tumbre de la época, en su propia cámara. Bernardo fingió profundo sueño, pero acechaba, á fin de sorprender en alguna acción de Francisco la clave de su misteriosa conducta: y al mediar la noche, vió que el penitente se levantaba, postrándose en el suelo, y bañado en lágrimas y como absorto repetía sin cesar la jaculatoria ardiente — «*Deus meus et omnia.*» A la luz del alba Francisco se acostó de nuevo, y Bernardo, arrojándose á sus piés, le preguntó: — «Si un siervo ha recibido de su amo riquezas, y reteníndolas muchos años, pero ya no quiere conservarlas más tiempo, ¿qué debe hacer?» — «Restituirlas á su dueño» — contestó Francisco. — «Hermano, — replicó Bernardo, — yo quiero repartir mis bienes á los pobres.» — Esta iluminacion repentina, este fulminante contagio de la pobreza, obra de Francisco, hizo decir á Dante Alighieri que — «el venerable Bernardo se descalzó primero, y corrió tras de la paz, y aún corriendo, parecíale tardar mucho en alcanzarla (16).» — Ya sabemos como Francisco y Bernardo fueron juntos á consultar inmediatamente el Evangelio, y como Bernardo apresuradamente distribuyó su hacienda aquel dia mismo, en la plaza de Asís. Segun afirma un compañero de Bernardo, era el alma de éste cristal de hermoso matiz, que teñía los objetos en su propio color; por sistema pensaba bien de todo y de todos; y si, al ver un mendigo harapiento,

decía que aquél observaba mejor que nadie el voto de pobreza, en cambio, al encontrar un galan pisaverde, le ocurría que bajo la rica sobrevesta iba oculto un cilicio. Elegido para predicar la humildad franciscana en la doctísima Bolonia, metrópoli de la ciencia del derecho, presentóse Bernardo con su grosero atavío exhortando en sencillo lenguaje á los graves jurisconsultos, á los sabios profesores, á los retóricos elegantes, inflados de erudicion y vanidad. Riéronse éstos viendo que semejante mendigo traía propósito de enseñarlos, á ellos, príncipes de la cátedra y del aula, y á su despreciativa risa hizo coro el vulgo silbando y apedreando en las calles á Bernardo de Quintaval; mas al fin hubo un abogado de nombradía, Nicolás Pepoli, que observando al penitente, su rostro demacrado, sus lomos ceñidos con tosca cuerda, su edificante apostura, comenzó á creer que no era un juglar aquel hombre desconocido, antes podía ser doctor de santidad y costumbres. Y tanto lo fué, que al cabo Pepoli vistió el sayal franciscano, y mudada la opinión pública, fundó Bernardo con limosnas de la ciudad universitaria el convento de Bolonia (17). Bernardo, á quien Tomás de Celano llama socio fiel y necesario de Francisco, acompañó á éste en su viaje á España: y la tradicion afirma que habiendo hallado en Santiago de Compostela á un pobre gravemente enfermo, Francisco

ordenó á Bernardo permanecer al lado del desvalido hasta lograr su curación, y mientras Francisco se adelantaba á Aragón y Castilla, Bernardo en Compostela imploraba la caridad pública para mantener al enfermo, que al cabo, recobrada la salud, le siguió á Italia. Todavía volvió Bernardo á España con misión de fundar conventos, y más adelante, después de la muerte de Francisco, el benévolo y pacífico Bernardo hubo de oponerse con incontrastable resolución al vicario fray Elías, relajador de la santa Pobreza, hasta que éste, para librarse de sus severas censuras, lo desterró á la inaccesible soledad de Fabriano, donde amargas raíces y acres frutos fueron su sustento. En la hora de la muerte llegóse á su lecho su amigo el extático Gil, diciéndole— «*Sursum corda*» — «*Habemus ad Dominum*» — contestó el agonizante. Así se despidieron ambos gladiadores de Cristo (18).

El canónigo Pedro Cataneo se unió á Francisco y á Bernardo cuando se dirigían á San Damian á consultar los Evangelios. Como Bernardo, repartió á los pobres su pingüe caudal. Al renunciar Francisco el generalato de la Orden, confiólo á Pedro Cataneo, que lo desempeñó hasta su muerte. Dícese que, difunto ya Pedro Cataneo, atraía con reiterados milagros muchedumbre de gente á su sepulcro, hasta que Francisco, por no turbar la quietud del convento y de los pueblos circunvecinos,

ordenó al cadáver que cesase de obrar prodigios. Mas los escritores de la época no mencionan esta tradicion, comentario quizás de la fantasía popular á la obediencia franciscana.

En cuanto á fray Gil, tercer discípulo, su recuerdo permanece vivo en las páginas de las *Floreccillas*. Gil ó Egidio, que vivía en Asís, fué movido de la conversión de Bernardo y Pedro, y deseó buscar á Francisco y unirse con él. Mas ignorando el camino del asilo de Francisco, encomendóse á Cristo y tomó el primer sendero que se le presentaba, por el cual derechamente fué á parar adonde Francisco hacía oración. Y Francisco, en su estilo trovadoresco y animado, dijo á Gil:—«Amado hermano, Dios te ha dispensado gracia singular. Si el Emperador viniese á Asís, y quisiese hacer á algún ciudadano caballero suyo, ó camarero secreto, ¿no sería para éste motivo de júbilo? ¿Pues cuánto más debes regocijarte tú, á quien Dios ha elegido por su caballero?—(19). Y llamando á Bernardo, comieron todos juntos la humilde pitanza, con extraña cordialidad y alegría; después de lo cual se dirigieron á Asís, con ánimo de solicitar por caridad el hábito para el nuevo hermano. En el camino hallaron una mendiga que les pidió limosna: Gil echó mano por costumbre al bolsillo; pero como se había desprendido de todo, no encontró moneda, y paróse confuso. Francisco le miró entónces con expresivo mirar y le se-

ñaló el capote, y Gil, despojándose de él, lo dió inmediatamente á la mendiga, y su corazón se dilató de gozo. Cuando Francisco predicaba á las pobres gentes de la calle, Gil añadía siempre: — «Haced lo que dice este padre mio, porque os aseguro que dice muy bién.» — Viniendo á Santiago de Compostela, en peregrinación, no pudo Gil en todo el esquilmo país gallego obtener un mendrugo de pan; pero vió unas habas de desperdicio en una era, y se regaló con ellas plácidamente (20). Otra vez caminando hácia Palestina y detenido en Brindis por falta de nave en que embarcarse, cargó con un odre lleno de agua, y pregonóla y dióla á cambio de alimento, «por vivir de su labor,» — dicen las *Floreccillas*: con el mismo fin tejía en Ancona espuelas de junco; en Roma cortaba leña trayéndola á hombros; ayudaba á los labradores á coger la aceituna, á vendimiar los racimos, á apalear los nogales, á segar la miés: alta santificación del trabajo (21) realizada por el extático con quien familiarmente conversaban los ángeles; á quien Francisco romancescamente llamaba *Caballero de la Tabla redonda*, aludiendo á su fortaleza en la virtud; cuyo espíritu estaba de lo terrestre tan ajeno, y tan embelesado en lo divino, que los niños de Perusa por juego corrían tras él, exclamando: — «Hermano Gil, paraíso, paraíso» — sabiendo que á este nombre se quedaba arrobado y fuera de sí. Quiso

Gregorio IX ver al sencillo fraile en quien obraba el amor tales maravillas, y al verlo, le rogó que tañese una cítara que llevaba oculta en la manga, y con la cual se acompañaba para cantar improvisaciones proféticas y misteriosas: á pocos acordes del instrumento, Gil se detuvo arrebatado, y los circunstantes permanecieron mudos, como si el respeto los hubiera vuelto estátuas. — «Qué debo hacer mientras me dure la vida?» — preguntó el Pontífice á Gil cuando cesó el rapto. — «Conservar, Padre Santo, muy claros los ojos de tu espíritu: el derecho, para contemplar las cosas del cielo y la perfeccion de Dios: el izquierdo, para juzgar de los negocios del mundo.» — «Ora por nosotros, bienaventurado Gil,» — le dijeron los Cardenales. — «Orad por mí vosotros, que me aventajais en fe y esperanza — respondió el extático — pues vosotros, entre los peligros y grandezas del mundo, no desconfiais de salvaros, y yo, en mi soledad y penitencia, tiemblo el punto y hora de comparecer ante el Juez supremo.»

Experimentaba san Luís de Francia, vivo anhelo de conocer á Gil, cuyo nombre corría de boca en boca con encarecimiento de su pureza y santidad; y tomado el bordon y la esclavina del romero, solo y á pié, fué á llamar á la portería del convento de Perusa, preguntando por fray Gil, mas sin quebrantar el incógnito. Bajó Gil, y apenas se vieron el Rey

y el fraile, cayeron de rodillas, y sin hablar palabra confundieron sus almas en prolongado y estrecho abrazo: hecho lo cual, con el propio silencio se separaron. Al saber los demás frailes el nombre del ilustre romero reprendían á Gil por la poca cortesía de no detenerle y agasajarle.—«He conocido su corazón, y él el mío,» respondió Gil, sin dar más explicaciones.

Un dominico muy docto fué al convento para comunicar á Gil sus dudas acerca de la virginidad de la Madre de Dios. Salióle el extático al encuentro, y ántes de que el visitante hubiese proferido la consulta, hirió la tierra con su bastón, exclamando:—«Hermano predicador, María ántes del parto. Hermano predicador, María en el parto. Hermano predicador, María despues del parto.»—Y á los tres golpes del báculo brotaron del suelo tres frescos albos lirios. Departiendo con el gran filósofo san Buenaventura, lo interpeló Gil de este modo:—«A vosotrós los sabios os ha colmado Dios de dones: mas qué harémos nosotros, míseros ignorantes, para salvarnos?»—Respondió el doctor seráfico:—«Nuestro Señor ha concedido á los hombres el amor, y con él les basta.»—«Padre, insistió Gil, ¿puede el ignorante amar á Dios lo mismo que el sabio?»—«Una vejezuela es capaz de amar á Dios tanto ó más que un doctor en teología.»—Salió Gil á estas palabras gritando en muy

altas voces y como demente:—«Vejezuela simple, pobre é idiota, ama á Jesucristo, y serás más grande que el hermano Buenaventura» (22).—Extinguióse Gil dulcemente á los cincuenta y dos años, día por día, de su entrada en la Orden (23). Si bien los cronistas le llaman varón sencillo é indocto, nos quedan de él disertaciones y sentencias suaves, discretas y fervorosas: un aliento varonil anima la moral de estas sentencias, que recomiendan el trabajo, la perseverancia, la energía, la esperanza y la libertad de espíritu. «Descorazónase el hombre, dice fray Gil, ante la perspectiva de un trabajo lento, penoso, cuyos frutos no ve inmediatamente. Mas el labrador comienza por remover y destripar los terrones, y no ve fruto. Después corta y quema raíces y matorrales, y no ve fruto. Después rasga la tierra con el arado, y no ve fruto: vuelve á labrar y abrir surcos; siembra el grano, arranca las malas hierbas, siega la miés, separa el grano de la paja, lo trilla, lo aventá, lo ciérne, lo mete en la troj... Y en la alegría de ver ya el fruto, se propone sufrir aún mayores fatigas por otra cosecha.»

Acerca de Sabatino y Morico, que en el apostolado franciscano ocupan los lugares cuarto y quinto, se muestran avaras de noticias las crónicas (24): y el mismo silencio guardan sobre Juan de san Constante, Bárbaro y Bernardo de Vigilancia (25). Quedó de su

virtud vago perfume, como quedan en el pomo, disipada la esencia, leves efluvios que sólo percibe el sentido delicado. De Felipe Longo, el sétimo, á quien Francisco confió la visita-cion de las Clarisas, permanece tal crédito de pureza, que sus contemporáneos aseguraban que Dios había limpiado sus labios con el ascua ardiente de Isaías. Silvestre era un codicioso presbítero de Asís, á quien Francisco había comprado sillares y materiales para la reedificación de San Damián. Movido del ansia de lucro, se acercó á Francisco después de la conversión del rico Bernardo de Quintaval, diciéndole:—«Hola, Francisco, no me has pagado lo suficiente por las piedras que te vendí.»—Francisco se volvió á Bernardo, y tomando un puñado de oro que éste iba á distribuir á los pobres, llenó con él la mano á Silvestre.—«¿Estais satisfecho, señor sacerdote?» preguntó.—«Del todo,» repuso Silvestre. Pero aquella noche no pudo dormir, cavilando en que el mozo Francisco desdeñaba los bienes temporales, mientras él, viejo ya, era capaz de usar indecorosos ardides por unas cuantas monedas. Rendido al sueño, parecióle ver una cruz enorme, cuya cima se remontaba á los cielos, y cuyos brazos cubrían el mundo, mientras la base descansaba en la boca de Francisco; y despertando, se desprendió sin dilación de cuanto poseía, y corrió á solicitar la túnica de penitencia. Angel Tancredo fué

llamado en Rieti por Francisco con la misma sencillez con que Jesús ordenaba á los pescadores que dejaran las redes y le siguiesen. «Tancredo, dijo Francisco, dando su propio nombre al jóven hidalgo, á quien veía por vez primera, harto tiempo te has ceñido el tahalí, la espada y el traje militar: ahora es necesario que tomes por tahalí tosca cuerda, por espada una cruz, y que adorne tus piés descalzos, en vez de refulgente acicate, el polvo y el fango de las plazas. Sígueme, pues, y haréte soldado de Cristo.»—Y sin oponer objeción alguna, sin preguntar nada, Tancredo obedeció; y llegó á tal intimidad con Francisco, que suele llamársele el tierno amigo, el discípulo predilecto y amado. Conservando bajo el sayal resabios caballerescos, retaba Tancredo al demonio á singular batalla cuando se sentía apremiado de tentaciones (26). El Judas del apostolado de Umbría fué conocido por el de *Capella*, á causa de haber alterado el hábito usando birrete ó capelo, nó sin escándalo de sus hermanos. Instituido limosnero de la comunidad, comenzó á escatimar y regatear una túnica ó un pedazo de pan á los pobres, á quienes Francisco hubiera dado su propia sangre: de tales principios pasó á otros actos de avaricia y dureza: y como si el mal del alma se hubiese comunicado á la carne, cubrióse de horrible lepra, y frenético se ahorcó. Créese que así como Matías fué señalado para cubrir la

plaza de Iscariote, Francisco llenó el vacío que dejaba en el apostolado franciscano Juan Capella con otro fraile, Guillermo Anglico. Así quedaba cabal el colegio de discípulos, que presta al Santo de Asís un rasgo más de semejanza con su modelo Jesucristo.

Aparte de estos doce descuellan en las crónicas algunos compañeros de Francisco, especialmente familiares y caros partícipes de pensamientos, depositarios de su confianza, consoladores de sus tribulaciones. Francisco, de suyo tan humano, tan penetrado de amorosa ternura que deseaba exhalar, cultivó el sentimiento en sus formas más puras y legítimas, y no fué la amistad la que ménos hermoseó los días de su vivir. En todo viaje llevaba consigo al *compañero amable* por excelencia, Maseo de Marignano, el que por su afabilidad, cortesía, concertado hablar y espiritual facundia ganaba los ánimos y se conciliaba las voluntades. Maseo había recibido de la naturaleza don de gentes, y Francisco le colocó en la portería, á fin de que cuantos llamasen al convento hallasen cariñosa acogida y halagüeñas palabras, y empleóle también en la cocina por librarle de la soberbia, hasta que los demás frailes, dolidos de que hombre del mérito de Maseo desempeñase tan ínfimas tareas, á puros ruegos obtuvieron de Francisco que fuese relevado de guisar. Un día que juntos iban Francisco y Maseo demandando li-

mosna, Maseo, gallardo y hermoso de cuerpo, recogió buenos pedazos de pan, al paso que Francisco, afeado por la penitencia, apenas obtuvo algún mendrugillo.—«¡Oh, Maseo! dijo Francisco preparándose á gustar el pan, no somos nosotros dignos de disfrutar este tesoro.»—«Padre, contestó Maseo, ¿cómo llamas tesoro á tal pobreza? Aquí no hay servilleta, ni cuchillo, ni trinchante, ni plato, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.»—«Eso justamente, exclamó Francisco, es lo que yo reputo tesoro.»—Rezó despues, é inflamado en divino amor, con el aliento de su boca suspendió á Maseo en el aire, despidiéndolo á gran distancia, y Maseo experimentó el mismo deleite que sí blando y aromado céfiro lo acariciase. Volviendo Francisco en una ocasion de la selva á donde solía retirarse para meditar, salióle al encuentro Maseo, gritando:—«¿Por qué á tí, por qué á tí, por qué á tí?»—«¿Qué quieres decir?» preguntó Francisco.—«Digo que por qué será que corre todo el mundo á tí, y parece que todos desean verte, oírte y obederte? Tú no eres gallardo, tú no posees gran ciencia, tú no eres noble: ¿por qué, pues, viene el mundo entero á tí?»—Francisco quedó un rato suspenso, fija en el cielo la vista, prorumpiendo al fin:—«¿Quiéres saber por qué á mí, por qué á mí, por qué á mí? Los ojos santísimos de Dios, al mirar á los hombres, no divisaron ninguno más vil, más inútil,

más pecador que yo: y por esto fui elegido para confundir nobleza, grandeza, fortaleza, hermosura y sabiduría del mundo, y para que el que se gloria, se gloríe en el Señor.»—Cuando Francisco obtiene la indulgencia de la Porciúncula; cuando recibe en el monte Albornia el último sello de Cristo, á su lado encontramos á Maseo, que toca sus llagas y participa de sus ardores y ve á los apóstoles Pedro y Pablo regocijándose con la restauracion de la evangélica pobreza y vida. Rufino, pariente de santa Clara, y uno de los autores de la leyenda de los *Tres Socios*, fué asimismo compañero preferido de Francisco (27). Tartamudo y nada docto, Rufino guardaba á todas horas profundo silencio. Acertó Francisco á disponerle que bajase á predicar á la ciudad: Rufino alegó su inercia y falta de elocuencia:—«Irás, insistió Francisco, y por que aprendas á obedecer, te ordeno ir sin túnica, en paños menores.»—Rufino se despojó inmediatamente y se dirigió al pueblo: y las gentes, moviendo la cabeza, exclamaban: «Hé aquí uno de esos á quienes la mortificación ha vuelto locos.» Entre tanto Francisco, pesaroso, se decía á sí propio:—«Hijo de Pedro Bernardone, vil hombrecillo; ¿qué es lo que has mandado al noble fray Rufino? Vé y prueba en tí mismo lo que mandas á los demás.»—Y desnudándose á su vez, corre á la ciudad, donde encuentra á Rufino que cumplía sus preceptos hablando sencilla y lla-

namente, cual pudiera un niño: «Carísimos, huid del mundo, dejad el pecado, restituid lo ajeno si quereis evitar el infierno; guardad los mandamientos, amad á Dios y al prójimo; haced penitencia si quereis poseer el reino de los cielos.»—Francisco se lanza al púlpito, y comienza á discurrir del desprecio del mundo, de los oprobios, dolores y suplicios de Cristo, de la voluntaria pobreza; y todo Asís se conmueve y corren lágrimas, y la multitud se siente arrastrada á postrarse ante los dos hombres desnudos é insensatos por Jesucristo. Afirmaba Francisco que Rufino era una de las tres almas más santas que contenía el mundo, y que su presencia oprimía al espíritu del mal, como en el lagar oprime la viga al racimo. Muy allegada á Francisco y como abrigada al calor de su seno, vivió también la *pecorella di Dio*, la ovejuela de Dios, fray Leon, tan vigoroso, membrudo y atlético de cuerpo como manso y dulce de corazón; pensamiento sereno y sin nubes, que hallaba en el bien su atmósfera y horizonte propio. Confesor de Francisco, nadie mejor que León pudiera ser uno de aquellos *Tres Socios* que con tan amable candor y convicción tan sincera narraron la leyenda franciscana. Él, viviendo en íntima familiaridad con Francisco, escuchó de sus labios la hermosísima y poética parábola de la *perfecta alegría*, que ella sola vale por muchos libros, y que no puede dejar de trasladar quien de Francisco es-

cribiere. Caminaban Francisco y León de Perusa á Santa María de los Angeles; era en invierno; el helado cierzo fustigaba sus rostros, y ateridos y transidos, podían moverse apenas. Precedía León á Francisco, y éste, llamándole de improviso, exclamó:—«Hermano Leon, aún cuando los frailes Menores diesen en todas partes gran ejemplo de santidad y de edificación, escribe y recuerda que en eso no reside perfecta alegría.»—Dos pasos más allá volvió Francisco á gritar:—«¡Oh, hermano León! aunque el fraile Menor hiciese andar á los cojos, enderezarse á los corcobados, expulsara los demonios, diese luz á los ciegos, oído á los sordos, verbo á los mudos, y, más aún, resucitase á difuntos de cuatro dias, escribe que en eso no reside alegría perfecta.»—Anduvo un poco más, y añadió con voz fuerte:—«¡Oh, hermano León! si el fraile Menor poseyese toda lengua, y toda ciencia, y toda escritura; si pudiese profetizar y revelar no sólo las cosas venideras, sino los secretos de conciencias y almas, escribe que no reside ahí alegría perfecta.»—Y más adelante agregó Francisco enérgicamente:—«¡Oh, hermano León, ovejuela de Dios! si el hermano Menor hablase la lengua de los ángeles, y conociese el curso de los astros, y la virtud de las plantas, y los tesoros todos de la tierra, y las propiedades de aves, peces, de todo animal, de los hombres, de los árboles, de las piedras, de las raíces,

de las aguas, escribe que ahí no reside alegría perfecta.»—Y andando otro poco, gritó:—«¡Oh, hermano León! aún cuando el fraile Menor supiese predicar de suerte que convirtiera á todos los infieles á la fe de Cristo, escribe que no reside ahí alegría perfecta.»—Dos millas habían adelantado ya, mientras duraba el discurso de Francisco, y León, atónito, interrogó al Santo:—«Padre, de parte de Dios dime dónde reside alegría perfecta.»—Y respondió Francisco:—Si cuando llegemos á Santa María de los Angeles, calados por la lluvia, yertos de frio, manchados de barro, moribundos de hambre, y llamemos á la puerta del convento, viene el portero colérico y nos pregunta quiénes somos, y le respondemos: dos hermanos vuestros, y él replica: Mentís; sois dos hipócritas que andáis engañando al mundo y apoderándoos de las limosnas de los pobres, idos; y si cuando no nos abra, y nos deje fuera, á la nieve y al aguacero, con frio y hambre, hasta la noche, sufrimos tanta injusticia, dureza y desdén con paciencia, sin murmurar ni turbarnos, pensando con caridad y humildad que este portero nos conoce de veras, y que Dios habla por su boca, ¡oh, hermano León, ovejuela de Dios! escribe que en eso reside perfecta alegría. Y si persistimos en llamar, y él, saliendo airado, nos arroja como á malandrines embusteros con injurias y bofetadas diciendo: Largo, miserables ladrones;

idos al hospital, que no comeréis ni posaréis acá; y lo sobrellevamos con calma, júbilo y amor, hermano León, escribe que en eso reside perfecta alegría. Y si obligados del hambre, del frío y de la noche llamamos de nuevo, rogando y pidiendo por amor de Dios y con muchas lágrimas que el portero nos abra y nos deje sólo abrigarnos, y él, más irritado, vocifera: Yo os daré, porfiados pillastres, el trato que mereceis, y sale con nudoso garrote y nos ase de la capilla, nos echa á tierra, nos arrastra por la nieve, nos muele y acardenala á garrotazos, y nosotros sufrimos todo con paciencia y contento, pensando en los dolores de Cristo bendito que por amor suyo debemos compartir, entonces, ¡ovejuela de Dios! escribe que ahí reside perfecta alegría, porque en nada podemos gloriarnos sino en la cruz de Jesucristo.»

Otro día que asimismo viajaban juntos Francisco y León, faltándoles libro de horas canónicas, Francisco propuso que rezasen dialogando: «Tú — dijo á León — contestarás lo que yo te dicte. Empezaré así: — «Hermano Francisco, tantos pecados has cometido que eres digno del infierno — y responderás tú: «Cierto que mereces el infierno profundísimo.» = «Bien, padre; comienza en nombre de Dios» — dijo con sencillez la ovejuela. Mas al contestar, en vez de lo que Francisco le enseñara, pronunció: — «Dios hará por tí tanto

bien, que irás al paraíso.» = Díjole Francisco: — «No así, hermano León: sino que cuando yo diga: Hermano Francisco, tú has obrado contra Dios tales iniquidades, que eres digno de ser puesto entre los réprobos: tú añadirás: — Ciertamente que mereces ser puesto entre los réprobos.» = «Bueno, padre» — asintió León: mas al abrir la boca, fué para exclamar — «Oh hermano Francisco, Dios te bendecirá entre los benditos.» = Respondió Francisco á León, conminándole por obediencia á que contestase conforme le ordenaba: pero cuantas veces se humillaba Francisco, otras tantas respondía León glorificándole. — «¿Por qué violas la obediencia de esta suerte?» — murmuró severamente Francisco. — «Dios sabe, — declaró León, — que yo quiero obedecer; mas Dios me hace hablar á su gusto, y no puedo responder de otra manera.»

En Junípero, fraile muy querido también de Francisco, llegó á su colmo la sublime insensatez de la Órden nueva, y cumpliósese la enseñanza de Jesús, viéndose al hombre vuelto parvulillo para conquistar el reino de los cielos. — «Nosotros somos sandios por Cristo» decía el Apóstol de las gentes: frase que pudiera ser lema de la vida de Junípero. El relato de sus simplezas, leído en las *Floreccillas*, mueve unas veces á sonreír, otras provoca á tierno llanto: de la mezcla de ambos sentimientos resulta el atractivo de la ingenua narra-

ción. Santa Clara, comprendiendo con intuición femenina la hermosura del alma inocente de Junípero, solía llamarle *jugueteillo de Cristo*; y al verle cerca de su lecho de muerte aún le preguntó festiva—¿si sabía algo nuevo de Dios?»—(28). Sonreiremos, y tal vez, reirá orgullosa nuestra razón, cuando veamos á Junípero, por satisfacer el capricho de un enfermo, cortar la pezuña á un marrano vivo; y arrojarle después al cuello del irritado porquero, invitándole con caricias y súplicas á tomar parte en su obra de caridad, hasta aplacarle; sonreiremos de su entrada en Viterbo medio desnudo; del guiso que hizo en un solo día para medio mes echando en calderas pollos con plumas, huevos con cáscara, frutas con monda,—creyendo librar así al convento de la cotidiana labor de la cocina, y dejar todo el tiempo para la contemplación;— del juego del columpio con los muchachos de Roma, juego en que de propósito se entretuvo para chasquear á los Cardenales que acudían á ver al fraile reputado santo. Mas no sonreiremos ya, cuando le veamos hacer que los pobres le despojen de la túnica, á causa de haberle prohibido el guardián darla voluntariamente; ni cuando arranca el fleco de oro del altar del convento para entregarlo á escuálida mujer que se caía de hambre; ni cuando, prisionero de las mesnadas de rapaz y sanguinario señor feudal, tomado por traidor y espía, acusado

de asesino, puesto en el tormento del potro, ceñidas las sienes con una cuerda que lentamente iban los verdugos apretando hasta que estallasen las venas y crugiesen los huesos, no pronuncia una palabra para defenderse; y al ser preservado por fin de la horca, merced á la casual aparición del guardián de su convento, que reconoce en el supuesto criminal á Junípero, sus primeras frases son humorístico desahogo que revela perfecta y suprema libertad de alma: — «Padre Guardián» — le dice — «tú que conoces mis maldades, extrañas verme así? Toma este paño y límpiate las lágrimas, que á fe que estás grueso, y no te cae bien el llanto.» — Ni podrémos tampoco sonreír cuando el pobre simplecillo piensa en hacer del cráneo de su mejor y malogrado amigo escudilla para la comida y vasija para el agua. Diógenes apagaba su sed en el hueco de la mano por soberbia indiferencia hácia las pompas del mundo, cuya vanidad conocía como filósofo: Junípero pretendía beber en la calavera del compañero bienaventurado para recordar por lo deleznable de la carne lo inmortal del espíritu.



NOTAS.

(1) «*Sortes miserunt Apostoli quando Judas, tradito Domino, periit: et cecidit sors super Mathiam.*»

(2) «*Si vis perfectus esse, vade, vende quæ habes, et da pauperibus.*» (Mat. XIX, 21.)

(3) «*Nihil tuleritis in via, neque virgam, neque peram, neque panem, neque pecuniam, neque duas tunicas habeatis.*» (Luc. IX, 3.)

(4) «*Qui vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*» (Mat. XVI, 24.)

(5) Era el día 16 de Abril de 1200.

(6) «*Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet.*»

(7) La duración de la primera misión franciscana fué abreviada por el escrúpulo que experimentaban los misioneros de predicar sin licencia pontificia. La mala acogida que al pronto lograron en pueblos y aldeas, léjos de arredrarles, les causó, según el cronista Wadingo, singular júbilo.

(8) Para obtenerlo, dice san Buenaventura, oró al que congregaba la dispersa plebe de Israel.

(9) Valdo pidió al Papa, no obstante, licencia de predicar: mas no sometió á la aprobación de la Santa Sede regla alguna de la vida pobre que sus prosélitos hacían.

(10) La silla de estiércol, *sedes stercoraria*, era una piedra colocada á la puerta de la Basílica de San Juan de Letrán: y en ella venía el nuevo Pontífice á sentarse, descendiendo del trono en que recibiera los homenajes de cardenales y pueblo, en memento de la frase de la Escritura, que dice—«que el Señor levanta al indigente del polvo, y del estiércol al pobre, para colocarlo al lado de los príncipes de su pueblo.»—Acerca de la famosa silla esparcieron los reformistas fábulas é imposturas, selladas con la grosería que caracteriza los libelos y sátiras de la primera época de la Reforma; en términos, que veda el decoro hasta indicarlas.

(11) Aparte de la elegancia y galanura de escritos, cartas y toda la prosa de Inocencio III, quedan de él muy bellos himnos latinos, entre otros el *Veni, Sancte Spiritus*.

(12) «*Vere hic est ille vir religiosus et sanctus: per quem sublevabitur et sustentabitur Ecclesia Dei!* (A Tribus Sociis.)

(13) A los legos que iban con Francisco confirió Inocencio, según san Buenaventura, las órdenes: y se cree que, excepto Silvestre, fuesen legos todos, incluso Pedro Cataneo, á pesar de la prebenda que poseía. San Francisco consintió únicamente en recibir las órdenes de Epístola y Evangelio, porque en sueños le había mostrado Dios el esquema del Sacerdocio en la figura de nítida ampolla de cristal, que á la luz del sol despedía vivos destellos: y no

creyéndose dueño del grado de pureza que el Sacerdocio exige, lo rehusó.

(14) Esta forma de feudo fué adoptada por varios conventos, entre otros el de San Francisco en Compostela, que pagaba la misma renta, por concesión de territorio, al abad de San Payo.

(15) Bernardo de Besa.

(16) «il venerabile Bernardo
»si scalzó prima, é dietro á tanta pace
»corse, é correndo, gli parve esser tardo.»
(Par. XI.)

(17) Nicolás Pepoli dijo á Bernardo: «Si quieres lugar en que poder servir á Dios, yo te lo daré de buen grado por la salud de mi alma.»—Entonces Bernardo escribió á san Francisco:—«Padre, el alojamiento está hallado en la ciudad de Bolonia: envía hermanos que moren en él.»

(18) Su cuerpo fué enterrado en la Basílica de San Francisco en Asís.

(19) Fioretti, Vita del B. frate Egidio, C. I.

(20) Añádese que en algunas ocasiones, apretado del hambre, se redujo á pacer las hierbas del campo.

(21) Gil profesaba tal género de horror á la holganza, que su exhortación favorita era: «*Fate, fate é non parlate*: Obrad, obrad, y no habéis.»

(22) «*Vetula, paupercula, simplex et idiota, diligas Dominum Deum tuum, et poteris esse major quam frater Bonaventura.*»

(23) Gil es el único de los doce apóstoles franciscanos, cuyo culto y rezo ha sido aprobado por la Iglesia.

(24) Fr. Pánfilo de Magliano opina que el Morico, discípulo de Francisco y llamado *el pequeño*, es distinto del Morico, religioso crucífero, á quien Francisco curó grave enfermedad con miga de pan humedecida en el aceite de la lámpara. De todas suertes, hay confusion y carencia de datos acerca de Morico.

(25) Créese que Bernardo recibió el sobrenombre de *Vigilante* por la extraordinaria brevedad de su sueño, que no llegaba á una hora.

(26) Angel Tancredo fué uno de los autores de la leyenda *A Tribus sociis*.

(27) Rufino tocó con sus manos la llaga del costado de Francisco, estando éste vivo aún.

(28) *Nova hilaritate perfusa, quærit si aliquid novi de Domino haberet ad manum?*



CAPÍTULO IV.

SAN FRANCISCO EN ESPAÑA.

Vacilación.—Consulta.—El arma de la palabra.—Elocuencia nueva.—Los predicadores franciscanos.—San Francisco desea el martirio.—Combates interiores.—Viaje frustrado á Siria.—Enfermedad.—Cartas.—Venida á España.—Situación de España en 1212.—Itinerario de san Francisco en tierra española.—Fundaciones.—Leyendas.

.....
*La plana de Vich
dih que n'tra florida
des que san Francesch
l'amor hipredica,*
.....

(Jascinto Verdaguer.)

.....
Cubierta de flores diz que está la
vega de Vich, desde que san
Francisco predicó en ella el
amor.
.....

(Jacinto Verdaguer.)

Los primeros tiempos del retiro en la Porciúncula fueron para Francisco período de irresolución é incertidumbre: su voluntad y las aspiraciones de alma, le incitaban á lanzarse al turbulento siglo para despertar las conciencias y reformarlo, al

paso que tendencias ascéticas y el amor de la soledad le inclinaban á la vida contemplativa. En el primer paso de la más rápida y gloriosa carrera que recorrió hombre alguno; en vísperas de señorear, con el poder del corazón, el mundo entero, Francisco se sentía llamado hacia el eterno silencio, hacia el sosegado y melancólico río del olvido, que corre preso entre los estrechos muros del claustro. Dudó de su vocación. Creyóse falto de esfuerzo para la batalla terrible que había de reñir el que quisiese poner á Jesucristo á la cabeza de la sociedad. Hijo de oscuro negociante, ni sabio, ni hermoso, ni fuerte, comenzando ya á sentir su exquisita y nerviosa organización minada por las austeridades, tembló ante el cargo que la Providencia le encomendaba. Y sin embargo, sus huestes crecían, y veíanse acudir diariamente á la Porciúncula, además de los preferidos compañeros que conocemos ya, numerosos adeptos de todas las clases sociales (1). Jacobo y Simón de Asís; Teobaldo, Simón de Colosano, Agustín, que había de espirar el mismo día y á la misma hora que Francisco; Iluminado, Estéban, Leonardo, Juan de Lodi... cuyas vidas son otras tantas leyendas áureas de santidad. Indeciso Francisco, pensó en la vida activa y fecundísima del Hijo del Hombre, en su predicación popular, en sus dolores públicamente sufridos para ejemplo y redención del género humano:

y comprendiendo que la actividad prometía más provechosos resultados que la contemplación, con todo eso, dicen las *Floreccillas*, pidió consejo á fray Silvestre y á la hermana Clara: y ámbos, después de hacer oración, conformes y unánimes dijeron á Francisco que «Dios no le había llamado solamente para sí, sino á fin de que muchos se salvaran por él.»—«Vamos, pues, en nombre de Dios» (2), exclamó Francisco al oír la respuesta. Desde aquel día conoció sus caminos y anduvo por ellos con pié seguro.

Para apoderarse de los ánimos, para remover la sociedad desde sus esferas más altas hasta las más ínfimas, para combatir los vicios, herencia de la cultura pagana, y las crueldades y violencias transmitidas por la barbarie, no contaba Francisco sino con una arma: la palabra. Verdad que esta arma, aguda, veloz, alada y ardiente, fué la que congregó en torno de Demóstenes al pueblo ateniense, y al romano bajo la tribuna de Cicerón. Pero los tiempos habían cambiado; la elocuencia languidecía encerrada en sus caducos moldes, reducida á ejercicio del aula, á artificiosa y pedantesca labor retórica. En Italia, donde jamás se extinguiera la tradición profana, donde contrastando con el latín de la Iglesia, descarnado y austero, se escribían aún atildados exámetros al modo horaciano, conservábanse asimismo los moldes clásicos de

arengas, apologías y discursos, y los predicadores dividían sus sermones y les daban forma sujetándose al tipo reglamentario y ornándolos con primores y galas marchitas, que acaso habría estrenado en el foro algún orador de la romana decadencia. Y entre tanto, mientras que en el púlpito, en la poesía, en los libros, duraba tenazmente—más ó menos respetada—el habla de Virgilio, nacían los dialectos, como protesta contra la supervivencia de la literatura pagana. Pertenecía á los hombres extraordinarios adivinar lo que late en su época y desentrañarlo y sacarlo á luz. Francisco de Asís fué quien, adoptando para la predicación el habla vulgar y las formas populares, determinó en la elocuencia la misma evolución que más tarde impuso á la poesía y á la pintura. Abrió nuevas vías y era nueva á la oratoria, y la lengua toscana comenzó á florecer en sus sermones, como después en sus versos.

Creó el Santo de Asís una escuela de elocuencia, que sacudía el yugo de las reglas hasta entonces acatadas, declarándose romántica é innovadora; que para manifestarse empleara medios y hasta palabras desusadas en el púlpito, y tenía método propio y caracteres especiales. La predicación franciscana, al adoptar el idioma del vulgo, tomó también las bellezas que, como flores silvestres nacidas en inculto páramo, esmaltan el lenguaje popular: las comparaciones gráficas, las expresiones

enérgicas, las metáforas atrevidas, los giros poéticos y felices, la frescura y vivacidad de la frase, el calor del sentimiento, la animación, fuerza y rapidez del estilo. Unido todo ello á extremada sencillez, á la supresión de los alardes eruditos, á las parábolas y ejemplos cuyo sentido fácilmente alcanza la multitud, compuso una oratoria peculiar, á maravilla adecuada para conmover y persuadir. Ello es cierto que á veces las formas de esta nueva elocuencia son rudas, á veces pueriles; el período carece de aquella redondez y sonoridad que hace que la palabra armoniosamente se enlace á la palabra; pero compensan sus imperfecciones rasgos de inspiración lozana y espontánea, que oradores más cultos nunca tendrían. Elocuencia indocta, plebeya en el fondo, pero sincera y eficaz.

Y como la belleza del sentimiento mueve y cautiva más que la del arte, la elocuencia franciscana, que en su candor no pule los conceptos devotos, encierra hermosura bastante para seducir y atraer irresistiblemente á hombres como el primer trovador de la época, llamado *el rey de los versos*, poeta cuyas sienes ciñera de laurel Federico II. Este tal, familiarizado con los elegantes artificios de la musa profana y erótica, acertó á escuchar un día la predicción de Francisco, y tanta mutación se produjo en su alma, que de la gaya ciencia y las córtés de amor pasó al claustro, donde per-

diendo hasta su nombre, célebre ya, no se le conoció nunca sino por *fray Pacífico*. Cuando Francisco hablaba, parecióle al poeta ver que dos espadas le atravesaban el cuerpo: la primera, de los piés á la cabeza; la segunda, formando cruz, á lo largo de los brazos. Y no fué Pacífico ejemplo aislado del poder de la palabra arrebatadora de Francisco, ni fueron sólo muchedumbres ignorantes quienes rodearon los púlpitos de los franciscanos. Tomás de Celano, primer biógrafo de Francisco, registra la época en que gran número de hombres letrados acudieron cómo por mutuo acuerdo á solicitar la túnica y el cordón de penitencia.

Mas el objeto y fin de la predicación franciscana era principalmente influir en el conjunto de las masas populares. Así lo prescribe el capítulo IX de la regla, amonestando á los frailes á que «en la predicación que hacen sean examinadas y castas sus palabras, á provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y virtudes, pena y gloria, con brevedad de sérmón, porque palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra: *quia verbum abbreviatum fecit Dominus super terram.*» Únese el precepto moral al literario: que la predicación sea fructuosa y concisa. El pueblo, hallando por fin alimento para su alma, manantial vivo en que refrigerarse, no se saciaba de él. Inmenso concurso cercaba al fraile que, bajo los árboles de un soto, á la sombra de un paredón, su-

bido sobre una piedra, hacía su plática. En Glatz se veneraba el tilo, cuyas ramas cobijaron á fray Bertoldo de Ratisbona durante sus sermones, y era tal el golpe de gente que se congregaba para oírlos, que fué indispensable á fray Bertoldo construir una torre de palo, en la cual encaramado predicaba, poniendo en la cima un gallardete, que en su direccion indicase á la multitud el lado á que debía colocarse, según el soplar del viento, para oír mejor. Y añade el cronista Salimbene: «Así llegaba su voz á los lejanos como á los próximos; y á nadie se vió marcharse hasta que el sermón daba fin» (3). En la corte de Provenza, nobles y plebeyos, laicos y clérigos, cubrían de besos las manos y los piés de Hugo de Dina cuando acababa de predicar (4); Albertino de Verona lograba que los boloñeses no hiciesen espirar al rey Encio entre las torturas del hambre (5); Reinaldo de Arezzo era aclamado obispo por los canónigos, prendados de la dulce facundia de su hablar. No ignoramos el entusiasmo que producían los sermones del taumaturgo de Padua, causa de que se despoblasen comarcas enteras, yéndose los habitantes tras del Santo y acampando al raso toda la noche para estar prontos á tomar puesto á las primeras luces del alba. Algunos de los sermones de san Antonio parecen á quien hoy los lea llanos y sencillos por demás; pero nos harémos cargo de su eficacia si tomamos en cuenta la expresión

del rostro y de la voz, la muda elocuencia de la tosca túnica, de los descalzos piés, del mortificado semblante; el vigor juvenil del dialecto, el prestigio de la santidad, y la impresión en buen sentido contagiosa, que por causas mitad físicas y mitad morales reciben las muchedumbres con la comunicación de ideas y sentimientos, y se trasmite como la corriente eléctrica á lo largo del hilo conductor. También es de advertir que los franciscanos, viviendo en intimidad con el pueblo, conocedores de sus necesidades, sus pesares y sus alegrías, sabían cómo hablarle al alma. Lo que hoy vemos desde léjos y nos parece incoloro y frío, ofrecía para el auditorio de entónces palpitante interés. No cabe dudar que en el siglo de Inocencio III era conocido el arte de bien decir; á despecho de lo cual los franciscanos y su incorrecta é impetuosa elocuencia obtuvieron la prez de la popularidad. Quejábase el clero secular diciendo: — «¿Por qué vosotros, los frailes habeis usurpado totalmente el oficio de la predicación, de suerte que el pueblo no cura de oírnos á nosotros?» — Y respondía fray Salimbene con estas ó parecidas frases: — «Pues os hemos dejado prebendas y bienes, y vivimos de limosna y de pobreza, y nos afanamos en predicar, justo es que seguemos y recojamos la espiritual cosecha.»

Las regiones de Oriente eran en la Edad Media preocupacion constante, idea fija de

toda mente elevada: los capitanes aspiraban á conquistarlas, los santos á evangelizarlas, los políticos á regirlas, y todos consagraban gustosos á tal empresa vigiliass y sangre. No bien logró Francisco ver establecida la Órden, cuyo rápido incremento sobrepujaba sus esperanzas, volvió los ojos á los pueblos orientales, amenazador límite de la cristiandad. En el Occidente quedaba ya sembrada la fecunda semilla, y fundados en breve tiempo, el convento de Perusa, el de Arezzo,—ciudad donde huyeran las furias de la discordia á la voz de Francisco,—el de Florencia, el de Pisa, el de San Miniato, el de San Geminiano, el de Sartiano.

Por donde quiera que pasaba Francisco, extendíanse la abnegación y la pobreza, y cundía la Órden naciente. Las mujeres, tocadas á su vez del frenesí del cielo, venían también á reclamar su parte en el festín nupcial, y Clara había sido la primera flor del vergel franciscano. Ya era dueño Francisco, de ofrecer su vida á Dios en Levante, seguro de que legaba en herencia á la humanidad un pensamiento impercedero. Su activa existencia de fundador, los cuidados minuciosos y materiales que tan ardua tarea lleva consigo, no le hicieron descender de las cimas de la contemplación en que se espaciaba su alma. Hallándose el lunes de Carnaval al borde del lago de Perusa,—aquel clásico Trasimeno que pre-

senció la derrota del cónsul Flaminio, —rogó Francisco al devoto barquero, en cuya casa se hospedaba, lo pasase en su esquife á una de las isletas que se perfilan sobre el seno azul del lago. Llevó consigo dos hogazas de pan, y encargó al barquero no volviese á recogerlo hasta el día de Jueves Santo. La madrugada del Miércoles de Ceniza se realizó la travesía; retiróse el barquero, y se quedó Francisco en la isla desierta y feraz. Allí buscó un sitio agreste y montuoso, una cueva oculta entre breñas y zarzales; y por espacio de cuarenta días y cuarenta noches ayunó, como el Nazareno en la montaña, sin más alimento que el aire que respiraba, sin más bebida que las lágrimas que surcaban su faz. La tarde del Jueves Santo, no atreviéndose á igualarse al divino modelo, comió la mitad de un panecillo (6). Y cuando el barquero, al trasponer el sol, fué á buscarle cumpliendo su promesa, miró con temor al hombre que se sentaba en su esquife, extenuado y sin cuerpo casi por efecto de la abstinencia, gozoso sin embargo y ligero en el andar, y llevando en la mano, intactos, panecillo y medio. Quizás en aquellas soledades luchára Francisco, á ejemplo de Jesucristo, con el genio de la soberbia, obstinado en brindar deleites y gloria á quien sólo buscaba dolor y anonadamiento. Ello es que, en Sartiano, Francisco sufrió un desmayo de la voluntad, un minuto de agonía

Representáronsele los goznes del hogar y de la familia, las dichas del amor terrestre: pues, al cabo, hombre era el serafín. Despojóse del hábito, y arrojándose en la nieve del huerto donde oraba, se revolcó hasta calmar la fiebre de su sangre. Y tomando nieve con sus manos, se solazó humorísticamente en formar y alinear pellas de diversas magnitudes, que figuraban la esposa é hijos de un casado: burlándose así de la flaqueza de su propio ánimo, y del mezquino bien que codiciaba. A vueltas de tales combates crecía el deseo del martirio. Celebrado que hubo el Capítulo de Pentecostes, se encaminó á Roma, presentóse de nuevo á Inocencio III, le expuso los adelantos de la Orden, y obtuvo su vénia para partirse á Siria. Entonces fué cuando se le unieron Zacarías, romano, y Guillermo, de nación inglesa, sustituto más adelante del discípulo apóstata; entonces fué cuando trabó conocimiento con Francisco aquella noble dama, Jacoba de Sietesolios, renovadora de la tradición de las santas viudas de la primitiva Iglesia, siempre dispuestas á hospedar al apóstol, á enseñar al neófito, á animar al mártir; incansables propagandistas de la doctrina, pródigas de oro, de tiempo y trabajo para servir toda idea generosa. Jacoba adquiere de los Benedictinos de San Cosme el hospicio, que fué primer Convento de Franciscanos en la Ciudad Eterna (7): más tarde volverémos á encontrar á

la matrona besando y ungiendo los piés llagados de Francisco, como Magdalena los de Jesús.

Volvió Francisco á Asís, y habiéndose despedido de sus hermanos, tomando en su compañía á uno solo, se embarcó en la primer nave que se daba á la vela para la suspirada tierra de Siria. Largos dias azotó la tormenta la embarcación, y colgados entre cielo y agua, y perdido el rumbo, abordaron por último á las tristes costas de Esclavonia. Allí se detuvieron para carenar el barco medio deshecho; y no hallándose nave alguna que zarpase hacia Levante, Francisco y su compañero solicitaron por caridad pasaje en una que volvía á Ancona. Fuéles negado, pero se ocultaron en el barco, que se hizo á la mar llevándolos consigo. Al ir á levar anclas, acercárase un incógnito á uno de los pasajeros, entregándole provisiones y diciéndole: — «Guárdalas para los frailes, que van ocultos en la nave.» — Nueva y furiosa borrasca asaltó al barco; faltaron alimentos y la tripulación habría sucumbido á los horrores del hambre, á no repartirles Francisco sus víveres. Al fin se calmó el Adriático, y entraron felizmente en el puerto de Ancona.

Frustrada así la tentativa de mision en Oriente, Francisco, al pisar el suelo italiano volvió á la tarea del púlpito. Uniéronsele entonces Bernardo de Corbio, uno de los proto-

mártires franciscanos, y Juan Simple, pobre labriego de las cercanías de Asís. Hallábase éste arando, y vió pasar á Francisco, á quien llamó.—«Padre»—le dijo—«mucho hace que pienso en tí, y en tus frailes, mas no sabía por donde andabas. Ya que Dios te trajo acá, yo me pongo en tus manos.»—«Da á los pobres lo que tengas»—respondió Francisco. El buen hombre no poseía más que sus bueyes: ofreció uno á Francisco, otro á los pobres, mas su familia alzó el grito, porque el buey es el tesoro del labriego.—«Tomad» les dijo Francisco—«este buey, y dadme en cambio á vuestro hermano.»—Y se llevó consigo al campesino, que llegó á ser uno de sus compañeros más caros. Era Juan Simple corto de luces y en candor extremado; no sabía cómo ganar el cielo; pero, persuadido y seguro de que Francisco lo ganaría, ajustábase á imitarle de tal suerte, que hasta andaba, reposaba, y tosía cuando veía andar, reposar ó toser al maestro. Hacia esta época, ó más bien ántes del frustrado viaje á Siria, sucedió la conversión singular de Juan Parente, que ejercía las funciones de juez en su ciudad natal, Civita-Castellana. Salió un día á pasearse por los arrabales, y vió á un porquero, que inútilmente trataba de recoger su piara en la pocilga, y que tras de mil alaridos y maldiciones gritaba por fin:—«Así entreis como los abogados y los jueces entran en el

infierno—y á tal invectiva, las bestias entraron dócilmente. Tan insignificante y vulgar suceso causó al juez uno de esos repentinos presentimientos de responsabilidad ultramundana, frecuentes en la Edad Media. Imaginóse que la vara de la justicia, vuelta hierro candente, abrasaba en el infierno la diestra del que la torcía en el mundo; y espantado del cargo que desempeñaba, se apresuró á hacerse franciscano, acompañándole al claustro un hijo suyo.

La constitución de Francisco, delicada y sensible, comenzó por aquel tiempo á resentirse mucho de las asperezas, privaciones é inmensos trabajos; el acero iba gastando la vaina que lo cubría. Padeció graves fiebres intermitentes, contagio sutil que siempre acecha al hombre bajo el hermoso cielo italiano, y mal convalecido de ellas, reanudó sus mortificaciones y su vida activa, y las cuartanas se transformaron en cotidiana y lenta calentura, que abrasaba el hígado y las entrañas del Santo. Arrastrábase apoyado en un báculo, por no perder de vista sus fundaciones y comunidades; y cuando la languidez ni aún eso le consentía, dictaba, para desahogar su alma, la célebre carta monitoria dirigida á cuantos invocasen el nombre de Cristo en el mundo.

«A todos los cristianos, clérigos, religiosos, láicos, hombres y mujeres, que están por toda la tierra:

»Felices y bendecidos son los que á Dios aman y cumplen lo que Cristo ordena en su Evangelio: amarás al Señor tu Dios de todo corazón y alma, y al prójimo como á tí mismo. Amemos á Dios y adorémosle con gran pureza de espíritu y corazón: esto pide Él sobre todas las cosas. Ha dicho que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, y en verdad y espíritu deben adorarle los que le adoren. Os saludo en nuestro Señor.»

«Por mi enfermedad (decía en otra epístola) y por flaqueza de mi cuerpo, no puedo personalmente visitar á todos; pero las presentes letras van á recordaros las palabras de mi Señor Jesucristo, que es Verbo increado del Padre»... «Yo, Francisco, vuestro servidor, dispuesto á besar vuestros piés, os ruego y conjuro por la caridad, que es Dios mismo, recibais y practiqueis humildemente y con amor estas palabras de Jesucristo, y las restantes que han salido de su boca. Que todos aquellos en cuyas manos cayeren, y comprendan su sentido, las envíen á los demás, por que les sean de provecho.»

Apenas se hubo restablecido un tanto, emprendió Francisco su viaje á España. Le llamaba á la Península Ibérica el doble empeño de propagar su Orden, y de hallar embarcación en que hiciese la travesía de Marruecos, donde pensaba predicar la fe. Breve mención hacen los biógrafos extranjeros de Francisco

de esta su venida á España; y sin embargo, no es acontecimiento de escasa importancia, ni pudo ménos de dejar huellas profundas en país donde la Orden Franciscana se extendió y prosperó de tal suerte. Cuando Francisco sentó la planta en nuestro suelo ocurrían en él acontecimientos muy graves, atañedores á la independendencia hispana, quizás á la de Europa toda. En Mayo de 1212, año de la entrada de Francisco por Navarra, Inocencio III lleva en procesión por las calles de Roma el *Lignum Crucis*; el pueblo romano, despues de haber ayunado por espacio de tres dias á pan y agua, va descalzo y vestido de luto tras la santa reliquia; encamínanse pueblo, clero y pontífice á san Juan de Letran, y ruegan en voz alta por el éxito de la empresa que va á acometer Alfonso VIII, rey de Castilla. Éste, entretanto, delibera en Toledo con su consejo de prelados y ricos-hombres, y acuden á unírsele Pedro de Aragón, y gran refuerzo de gente de armas venida de extraños reinos, de Francia, de Alemania, de Italia; porque la causa de la Cruz establecía en la Edad Media estrecha solidaridad entre toda raza de hombres. A su vez el emperador de los Almohades, El Nasser (8), despoblaba el Africa trayendo sus guerreras tribus á sostener la conquista del territorio castellano. Un pastor desconocido guía á los cristianos al traves de las intrincadas angosturas de Sierra Morena hasta espaciosa

llanura, hecha como de molde para un gigantesco combate; era el campo llamado las Navas de Tolosa (9). Van á encontrarse frente á frente los hijos del desierto y los briosos reconquistadores de Iberia. De una parte marcha el *Rey Verde* (10), su guardia de diez mil descomunales etíopes, negros como carbón (11), sus arrogantes jeques andaluces, sus ligeros jinetes de Mequínéz, cuyos trotones lucen arneses de oro y seda, sus africanos intrépidos de albos alquiceles y yataganes curvos; El Nasser empuña con la diestra la cimitarra, con la siniestra sostiene el Korán, cuyos versículos poéticos, que halagan la fantasía, lee á las fanáticas tropas. De otra parte, Alfonso VIII hace oír misa, confesar y comulgar á sus huestes cubiertas de hierro; arzobispos, obispos y clérigos recorren las filas recordando á los soldados las gracias y bendiciones otorgadas por la santidad de Inocencio III á los que con las armas secunden los intentos del monarca de Castilla; los tercios navarros, aragoneses, portugueses, gallegos y vizcaínos se disputan el puesto de honor, la vanguardia; los concejos despliegan sus estandartes, y avanzan silenciosos y resueltos los caballeros de las cuatro Ordenes militares, y los Templarios con sus mantos blancos parecidos á monacales túnicas. Trábase la pelea; los cristianos son uno por cada cuatro musulmanes, y retroceden empujados por un to-

rente de hombres que los arrolla: entonces Alfonso VIII se dirige al cronista arzobispo de Toledo, que á su lado se halla, y le grita: —«*Arzobispo, vos é yo aquí muramos*:—y entrándose ciego por lo más recio de la pugna, rehace las huestes; arremete el ejército cristiano llevando ya la mejor parte; rómpese la temerosa valla y parapeto de etíopes encadenados que cerca el pabellon de púrpura y perlas del Miramamolín; y al apagar sus luces el sol que alumbrara el memorable día, quedan en el campo los cadáveres de doscientos mil infieles (12), y los obispos castellanos cantan á coro con los reyes y las milicias el *Te Deum* de la inmensa victoria. Era el fin de los musulimes, como ellos mismos afirmaban dejándose degollar con melancólico fatalismo.

Aún duraría en España la embriaguez de tan extraordinario triunfo, cuando Francisco holló su tierra, si, como se cree, vino á fines de 1212. En caso de que, segun algunas crónicas afirman, entrase á principios de 1213, hallaríanse los ánimos divididos entre el regocijo de las ventajas obtenidas sobre la media luna y la consternación causada por la sequía y hambre cruelísima que entonces desoló las provincias castellanas, impeliendo á las gentes á los extremos de comerse algún padre los hijos de sus entrañas. Nunca hubo sazón más propicia para oir hablar de Dios que aquella en que el azote de su cólera flagelaba al hom-

bre. En la Edad media ~~todo~~ suceso, adverso ó favorable, era justo pretexto para convertir los ojos á la vida futura: en la providencial victoria de las Navas veían los caudillos castellanos el poderío del Señor de los ejércitos; en la miseria y esterilidad, su vengador enojo. En cualquier caso debió ser bien acogido el viajero humilde, que á pié y descalzo venía de Italia, de la tierra apostólica, exhortando á penitencia, á pobreza, á paz y mansedumbre. Y aquel viajero se proponía confiadamente—como la oveja que no teme meterse entre lobos—intentar nada ménos que la conversión del feroz *Rey Verde*, del Miramamolín, el vencido de las Navas, que tras de desahogar su rabia y afrenta segando los cuellos de los jeques andaluces se había retirado á Marruecos, ocultando el corrimiento y despecho entre los muros de torpe harem, donde presto la traición, por medio de envenenada pócima, interrumpió los deleites en que se sepultaba para olvidar la rota y desastre padecidos. Asociábase así Francisco al propósito de la nación hispana: ésta, con las armas, había domeñado al Africa, y el penitente de Asís iba á tratar de imponer al agareno con la palabra yugo de amor. España, unida en el pensamiento de su independendencia, en los esfuerzos sublimes de su reconquista, ofrecía entonces á Francisco campo más fecundo quizás que Italia, donde la prosperidad del comercio y las contiendas

civiles traían los ánimos envueltos en mundanas preocupaciones, y que Francia, donde la pravedad albigena se erguía pujante y el relajado clero descuidaba su deber. En España, al contrario, todas las clases sociales cumplían el suyo, y unánimes marchaban á un fin político, social, religioso especialmente. Querían ser libres, ser unos bajo los pliegues del estandarte de la Cruz, vencer al invasor, expulsar á Mahoma. El ansia de independencia robustecía la fe; Cristo iba delante del más denodado reconquistador; y los héroes de la espada abrían los brazos á los héroes de la penitencia. No es maravilla que el tránsito de Francisco por España fuese continua serie de fundaciones, y lograrse éxito completo y cosecha opima. No la consiguió más rica años después el ilustre español Domingo de Guzman, al traer una Orden basada en la teología y la elocuencia á esta patria de oradores y teólogos. Si todos los conventos que pretenden la gloria de haber sido fundados por el pobrecillo de Asís en España reclaman con justicia semejante origen, puede decirse que donde Francisco puso el pié allí surgió una morada para la pobreza.

~ No poseemos noticia rigurosamente exacta del itinerario de Francisco á través de nuestro país. La tradicion constante, fuente histórica no indigna de aprecio, afirma que entró por Navarra; el primer convento fundado pa-

rece ser el de Burgos: en la portada de la catedral de Burgos colocaron los imagineros cuatro estatuas, dos de las cuales representan á san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán en actitud de presentar la regla á Alfonso VIII de Castilla (13) y á su esposa, retratados, segun se cree, en las otras dos efigies, aunque no falta quien piense que figuran á Fernando el Santo y su consorte. Para solar del convento de Burgos eligió Francisco una colina montuosa apartada de la ciudad (14). El de Logroño fué donación de un hidalgo de la Rioja, Medrano, que se determinó á ello por haberle sanado Francisco á un hijo suyo cuando se hallaba en la agonía. En Vitoria, á donde pasó con resolución de embarcarse en el puerto de San Sebastián, hospedáronle magníficamente los vecinos del pueblo, y la casa en que moró fué despues erigida en convento por doña Berenguela, hija de don Juan, infante de Castilla. Atacado Francisco de grave dolencia en San Sebastián, hubo de considerar tal suceso aviso de Dios, que le vedaba el proyectado viaje en busca del martirio, y apenas convalecido, volvió atrás, internándose por León y Asturias al Noroeste de España, deseoso de visitar el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela. Dejando hechas diversas fundaciones en Asturias, llegó á la ciudad que por entonces emulaba á Jerusalén y á Roma en atraer á su seno caravanas de pere-

grinos devotos. La leyenda da por hospedaje á Francisco en Santiago la humilde choza del pobre carbonero Cotolay (15), que residía en los barrios extramuros de Compostela; y añade que habiendo Francisco elegido para la edificación del convento unas hondonadas conocidas por Val de Dios y Val del Infierno, territorio cuya propiedad pertenecía al Abad de Benedictinos de San Payo, obtúvolas de éste mediante el feudo usual del canastillo de peces; después de lo cual dijo al carbonero, su huésped:—«Ya tenemos el terreno: ahora tú correrás con los gastos de la fábrica.»—«Soy pobre,—respondió Cotolay.—Cava con fe en las márgenes de esa fuente,» ordenó Francisco señalando una que no lejos manaba. Cavó dócilmente el carbonero, y á poco descubrió un arca henchida de monedas y ricas joyas, en cantidad bastante para sufragar la erección del convento (16). Un discípulo y compañero de Francisco, Beníncasa de Todi, era entretanto enviado á la villa de la Coruña á echar los cimientos de otra mansion franciscana. El discípulo se dirigió á los rudos pescadores que formaban el grueso de la población, y ellos alzaron con sus curtidos brazos y costearon con sus limosnas los muros de la casa de paz, situada como un faro al borde del Océano (17). Cuando los operarios carecían de sustento, el fraile se llegaba á la orilla, y llamaba á los peces, que saliéndose del natural elemento

acudían á ofrecerse para mantener á los trabajadores. Otros discípulos fundaban al mismo tiempo en Oviedo y Rivadeo. De Compostela se cree que siguiese Francisco á Portugal, ó cuando ménos á la región entre Duero y Miño, por más que la leyenda lusitana presente á Francisco platicando mano á mano con la reina Urraca, mujer de Alfonso II, y profetizando la independendencia del reino de Portugal (18). Desde allí aparece Francisco en Ciudad Rodrigo, morando en una ermita y fundando; y en Robredillo, donde viendo posarse un águila sobre fragosa eminencia, anunció que allí se alzaría otro convento; tres leguas más adelante fundó el llamado de Monte-Coeli. Pretenden el mismo timbre de haber sido comenzados por Francisco, además del primer convento de Madrid, el de Toledo, el de Ocaña, el de Soria, el de Tudela. Lo verosímil es que todos estos conventos que reclaman la gloria de proceder directamente del Santo de Asís, no tuviesen construido ni un lienzo de muralla cuando Francisco salió de la Península. Llegaba el fundador á un pueblo, elegía lugar para la fundación, trazaba quizá los cimientos, y enviando después á un discípulo con instrucciones, terminábase la obra bajo la direccion de éste. En Soria se detuvo Francisco en ameno prado, y reunió silenciosamente cinco montones de piedras: preguntáronle los circunstantes el sentido de semejante manio-

bra.—«Estoy, respondió, juntando materiales para un convento que aquí ha de alzarse.»—Y así fué en efecto: de las piedras de Francisco surgió el convento de Soria. Lo que más denota la simultaneidad de construcción y antigüedad venerable de estos conventos españoles, es la unidad de pensamiento revelada en su arquitectura, tan conforme á las enseñanzas franciscanas: la iglesia de ordinario pequeña, las líneas del edificio sencillas y sobrias, las celdas estrechas, todo el monumento austero en su estilo, en adornos escaso, y solamente embellecido por alguna ojiva ó rosetón que con curvas graciosas templaba la severidad del conjunto.

Cataluña, ceñida como Provenza con el poético laurel, guarda vivas las interesantes tradiciones enlazadas con el paso del trovador de Asís por su suelo. La fantasía popular supuso que la naturaleza engalanaba los lugares donde se detuvo el penitente; la vega de Vich se alfombra de flores todas las primaveras, porque allí predicó Francisco; recibe el pozo de humilde masía nombre de *agua de vida*, desde que apagó la calenturienta sed de Francisco, desfallecido en deliquios de amor celestial; la ermita construida en el punto donde *San Francisco se moría*, presume de ser el primer templo que tuvo el Santo de Asís, de tantos como erigió el mundo á su memoria (19). Barcelona recuerda que Francisco, al bende-

cirla, le pronosticó ensanche y prosperidad y grandeza en siglos venideros; Gerona, Lérida, Cervera y Perpiñán afirman que sus conventos son fundados por Francisco en persona; y no pocas casas nobles del Principado añaden á sus blasones el del hospedaje concedido á Francisco. Aún se enseña en San Celoni el viñedo en que Francisco y su compañero, sedientos y exhaustos, cogieron un racimo, y, maltratados por el guarda, el amo de la viña no sólo les concedió uvas, sino albergue: y muerto á poco este hombre caritativo, presentáronse en sus exequias veintidos frailes desconocidos, que después de entonar el oficio de difuntos, desaparecieron en silencio y sin que se averiguase por donde.

En suma, por más que no existen documentos comprobantes de la estancia y trabajos de Francisco en nuestro suelo; por más que no pueden registrarse paso á paso los sucesos de su odisea en tierra española, ello es que aquí un bajo-relieve (20), más allá una inscripción, acullá un sepulcro, y sobre todo la tradición, crónica del pueblo, voz del pasado que no está escrito, pero vive, crean una certeza que iguala á la de la mayor parte de los hechos históricos. Y desde luego, ¿cómo explicar, sin las huellas que dejó la presencia de Francisco, la difusión asombrosa de su Orden en un pueblo que podía acoger preferentemente como nacional y castiza la de Guzmán? Po-

cos años, despues del viaje de Francisco á España, ésta se hallaba cubierta de conventos, capillas y ermitas, y ceñía el rey Fernando el cordón de terciario. Mantúvose vivaz el amor de la pobreza en el alma de nuestra patria hasta inspirar al fénix de los ingenios castellanos, á Lope de Vega, hermosas poesías místicas.



NOTAS.

(1) *Multi de populo, nobiles et ignobiles, clerici et laici divina inspiratione compuncti, cœperunt ad sanctum Franciscum accedere, cupientes sub ejus disciplina et magisterio perpetuo militare.* (Tomás de Celano.)

(2) *Si levó con grandissimo fervore é disse: Andiamo al nome di Dio.* (Floreccillas, cap. XVI.)

(3) Grabóse en la sepultura de Fr. Bertoldo, en Ratisbona, el siguiente epitafio:

CIO. C.C. LXXII. XIX. CAL. JAN.
OBIIT. FR. BERTHOLDUS MAGNUS PRAE-
DICATOR.
HIC SEPULTUS LUCIAE VIRGINIS.

(4) San Luis de Francia intentó conservar á su lado á Fr. Hugo de Dina, prendado de la noble libertad de su lenguaje; mas el predicador rehusó, prefiriendo vivir en el retiro.

(5) Despues de haber rogado inútilmente á los carceleros le permitiesen por amor de Dios dar algo de comer al preso, propúsoles Albertino una partida de dados; y habiendo salido ganancioso, exigió entrar en la mazmorra y llevar alimentos al Rey.

(6) *Si crede che San Francesco non mangiase*
Tomo I.

per riverenza del digiuno di Christo benedetto, el quale digiunó quaranta di é quaranta notti, senza pigliare nessuno cibo materiale; é cosi con quel mezzo pane cacció da se il veleno della vanagloria... (Florecillas, cap. VII.)

(7) Llámase hoy *San Francesco á Ripa*: y la habitación que en él ocupó el Santo fué transformada en capilla.

(8) El historiador Lafuente llama al vencido de las Navas Ben Jacob: la crónica árabe *Rouda-el-Kartas*, y los historiadores árabes en general le nombran El Nasser Ben Jacob Ben Jussef Ben Abdel-Mumen.

(9) Dice alguna crónica que este pastor se llamaba Martín Halaja; que entre las señas que dió, fué una que encontrarían en el sendero una cabeza de vaca comida de los lobos, lo cual se verificó también; y añaden que enseñado que hubo el camino, no se volvió á ver á semejante hombre... » Lafuente, *Historia de España*.

(10) Llamábanle así los cristianos por el color de su vestidura.

(11) «Rodeaba la tienda del califa un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacían como un parapeto inexpugnable, y á mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un extenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro.... » Lafuente, *Ob. cit.*

(12) Las crónicas de la época, al par que suben á cantidad tan enorme la de sarracenos muertos, limitan las pérdidas de los cristianos á veinticinco ó treín

ta hombres, cosa en verdad inconcebible, pero cuya exageración misma da á entender lo espléndido y completo del triunfo : haciéndole más glorioso todavía haber faltado en él los auxiliares extranjeros, que por razón ó á pretexto de los calores del estío, abandonaran ya á los ejércitos aragonés y castellano.

(13) Aunque los cronistas y biógrafos de san Francisco suelen decir que la estatua de la portada de Burgos representa á Alfonso IX de Castilla, parecenos inexacta la frase porque si, como opinan todos unánimes, san Francisco visitó á España del año 1212 al 1213, el rey de Castilla entónces era Alfonso VIII *el Noble*, el vencedor de las Navas, que no falleció sino en Octubre de 1214, y al cual sucedió su hijo Enrique I. Y aunque es cierto que Alfonso de Leon, en cuyo hijo *Fernando el Santo* vinieron á unirse definitivamente las coronas de Leon y Castilla, ocupa en la cronología de los Alfonsos de Leon el número VII, y en la de los de Castilla el IX, ello es que en Castilla no reinó jamás: y puesto que Cornejo añade, al hablar de la estatua de la portada de Búrgos, «y Doña Leonor su mujer» debe consistir el error en llamar Alfonso IX á Alfonso VIII, que en efecto estuvo casado con Doña Leonor de Inglaterra, y reinaba en Castilla cuando san Francisco vino á España. Más acertado anda Cornejo al suponer que la reunión de las dos estatuas de santo Domingo y san Francisco 'presentando la regla á los Reyes, no indica que ambos fundadores estuviesen á un tiempo en España (Santo Domingo no vino hasta 1217) sino que la libre facultad de composición del artista los juntó en la portada.

(14) Trasadóse después á Búrgos mismo. En la Catedral de Búrgos se veneraba una antiquísima

pintura de san Francisco, tenuta por retrato auténtico.

(15) En el Archivo de la Catedral de Santiago se guarda un curioso testamento de *D. Cotolaya*, publicado por el Sr. Segade Campoamor, en su leyenda piadosa *Cotolay*. Pero se duda, y no sin causa, que el caballero pudiente del testamento tenga conexión alguna con el carbonero pobre de la leyenda.

(16) En la portería del convento de Franciscanos de Santiago, á mano derecha entrando, se ve un sepulcro de gusto ojival, con estatua yacente, que se supone contener los restos de Cotolay; y Cornejo declara hallarse sepultados en la capilla mayor, como patronos y fundadores, Cotolay y María de Bicos su mujer.

(17) «La fundacion (del convento) se hizo en el mismo sitio en que se halla, sepultando al P. Benincasa á su fallecimiento bajo el arco toral de la capilla mayor al lado del Evangelio: la primera obra se destruyó é incendió en 1591 para impedir el acceso de los ingleses... En la primera estaban las reliquias de los venerables padres fray Hernando de la Jube y Benincasa, en dos medios cuerpos de talla... En este convento se celebraron las Córtes de 1520, y en él se hospedó Felipe II quando en 1551 pasó por esta ciudad para ir á Inglaterra.» Vedia y Goosens: *Historia de la Coruña*. El convento, cuyo estilo es interesante desde el punto de vista artístico, fué destinado á presidio, hasta que recientemente la incuria administrativa lo dejó desmoronarse en parte, causando no pocas desgracias en los penados.

(18) El cronista franciscano Fr. Marcos de Lisboa

dice: «Ficou unha profecía dó Santo, que este reyno nunca sería junto á os Reynos de Castella.»—El patriotismo se ampara en esta tradición del sentimiento religioso, y fuera hasta pueril discutir la autenticidad de la profecía de san Francisco.

(19) A propósito de estas tradiciones tan permanentes en el territorio catalán, no podemos resistir al deseo de trasladar el siguiente hermoso canto del eminente autor de *L' Atlántida*. Tan bella poesía obtuvo en los Juegos florales de 1874 la *flor de alelí*; y si los premios de certámenes no arguyen siempre mérito, en el caso presente puede decirse que el *alelí* simbólico adornó la sien de un verdadero poeta. Al lado de la poesía, y para los que no comprendan el rico dialecto catalán, colocamos la traducción.

**S. Francesch s' hi
morla.**

**San Francisco se mo-
ría allí.**

*Fulcite me floribus,
stipate me malis, quia
amore langueo.*

*Sostenedme con flores,
cercadme de manzanas,
porque desfallezco de
amor.*

(Cant. Cant.)

(Cantar de los Cantures.)

La plana de Vich
diu que 'n trau florida
des que Sant Francesch
l' amor hi predica,
l' amor de Jesus,
l' amor de María.

Tan dulces amors
lo cor li ferían:
sortint de poblats,
pels boscos sospira.

Cubierta de flores diz
que está la vega de Vich,
desde que san Francisco
predicó en ella el amor,
el amor de Jesus, el amor
de María.

Heríanle el pecho tan
dulces amores: y salien-
do de poblado, iba sus-
pirando por las selvas:

—«Mon Déu y mon tot,
per aquell qui us tinga,
mon Deu y mon tot
que dolça es la vida
mes dolça es la mort
si d' amor moria.

Cada mot que diu,
aucells responían :

—«¡Ay dolces amors,
ay flor sens espina!»

Tot pregant, pregant,
d' amor defallia,
los brassos en créu,
l' ullada esmortida,
sembla un serafí
que al cel tornaría :
lo trova un pagés
dessota una alzina,
duya un cantaret,
de béure 'l convida.

Quan s' es retornat,
Sant Francesch sospira :

—«Pagés, bon pagés,
digaume, per vida,
¿d' hont es aquesta aygua
que tant me delita?

—«N' es aygua del pou,
del pou de l' artiga—»

—«Si es aygua del pou,
será el pou de vida,
des que mes amors
l' haurán benehida.»

Y 'ls aucells del bosch
ab gran melodía :

—«¡Ay dolces amors,
ay flor de la vida!»

—«Mi Dios y mi todo,
mi Dios y mi todo, ¡cuán
dulce es la vida para aquel
que os posee! Pero más
dulce es la muerte, cuando
se muere de amor.

A cada palabra que dice
responden los pajarillos:

—«¡Ay dulces amores!
ay flor sin espinas!»

Orando, orando, des-
fallecía de amor, puestos
los brazos en cruz, amor-
tiguado el mirar, seme-
jante á un serafín que
torna al cielo. Hallóle así
debajo de una encina un
payés que llena un cán-
taro de agua, y le con-
vida á beber.

Ya refrigerado, suspi-
ra Francisco :

—«Payés, buen payés,
por tu vida dime, ¿de
dónde es esta agua que
así me consoló?»

—«Agua es del pozo,
del pozo del noval.»

—«Si es agua del po-
zo, será pozo de vida,
desde que haya recibí-
do la bendición de mis
amores.»

Y cantaron con gran
melodía los pajarillos de
la selva :

—«Ay dulces amores!
ay flor de la vida!»

Ahont caygué l' Sant
ara hi ha una hermita,
la de *Sant Francesch* :
Francesch s' hi moria.
de tantes que 'n té
n' es la mes antiga.

Un ángel d' amor
hi canta y refila
de l' hermita al pou ,
al pou de la vida :
n' es ángel de nit
rossinyol de dia ;
Quan canta mes dolç
(pageses ho diuhen)
n' es la veu del Sant
que encara hi sospira .

— « Vigatans , veniu
á la aygua de vida ;
per la set d' amor
de melló 'n tenia
que 'n son quatre fonts ,
mes quatre ferides. »

Vigatans , anemhi ,
puix s' anyoraria ;
que' ls frares no hi son
á cantar Matines
ni hi venen á aplech
la gent que hi venian.

¡Jardí de virtuts ,
dolça patria mia ,
claveller del cel ,
com t' has desflorida !

Serafi encarnat ,
ma terra us estima ,
quan del cel estant .

Donde languideció el
Santo , hay una ermita
hoy , la ermita de *San
Francisco donde él se mo-
ria*. De tantas como en el
mundo posee , la más
antigua es ésta.

Un ángel de amor can-
ta y vuela de la ermita al
pozo de la vida. De día
es ruiseñor y de noche es
ángel.

Cuando más dulce-
mente canta , aseguran
los payeses que es la voz
del Santo , que aún sus-
pira allí :

— « Venid , ausetanos ,
al agua de vida : para la
sed de amores , otra me-
jor tengo : cuatro fuen-
tes de ella son mis cua-
tro llagas. »

Vamos pues , auseta-
nos , que si no se entris-
tecería ; vamos , que ya
los frailes no están allí
para cantar maitines , ni
como ayer acuden en ro-
mería las gentes

¡Jardin de virtudes ,
dulce patria mia , clave-
l del cielo , cómo te mar-
chitaste !

Serafin encarnado , mi
tierra te ama. Cuando
bendigas tu ermita desde

benehiu l' hermita ,
 benehiu los fills
 dels qui l' han bastida ,
 la ciutat de Vich ,
 sos camps y masies ,
 que si' ls benehiu
 tot reffloriria ,
 y ab los rossinyols
 d' aquexes bardisses
 cantarém pel mon
 eix cant de delicies :

¡ Ay dolges amors
 Jesus y María ,
 qui al cor vos tindrà
 tindrà l' cel en vida !

JACINTO VERDAGUER ,
Pebre.

el cielo , bendice tambien
 á los hijos de los que edi-
 ficaron la ciudad de Vich ,
 sus campos y sus masías ;
 que si los bendices , todo
 reflorecerá , y con los
 ruiseñores de esos barda-
 les cantarémos por el
 mundo este cántico deli-
 cioso :

¡ Ay dulces amores ,
 Jesús y María ! el que os
 tenga en su corazón , en
 vida tendrá el cielo !

JACINTO VERDAGUER ,
Presbítero.

(20) En Vich existen dos que representan á san Francisco con las manos alzadas al cielo en actitud de predicar , y que se suponen correspondientes á la época en que el Santo visitó la Ciudad.





CAPÍTULO V.

LA ÓRDEN SE CONSTITUYE.

El cuarto Concilio de Letrán.—Domingo de Guzmán el español.—Domingo y Francisco se abrazan.—Las Ordenes gemelas.—El capítulo de Pentecostes.—Las misiones franciscanas.—Sueños de Francisco.—El protector de la Orden.—El gran Capítulo de las Esteras.

.....
Proles de coelo proditi.

.....
(Gregorio IX—Oficio de San Francisco.)

.....
Una progenie ha descendido del cielo.

.....
(Gregorio IX—Oficio de San Francisco.)

El día 11 de Noviembre de 1215, festividad de San Martín, fué por Inocencio III abierto solemnemente el Concilio IV de Letrán, y XII de las asambleas generales de la cristiandad. Alineábanse en los escaños colocados en la gran basílica cuatrocientos doce obispos, ceñida la sien con sus altas mitras; ochocientos abades

y priores empuñando sus retorcidos báculos; los patriarcas bizantinos con sus aparatosas vestiduras recamadas de oro, los embajadores y heraldos de los monarcas de Europa, ostentando en el pecho los blasones nacionales. Cual si Inocencio hubiese tenido, mejor que presagio, revelación clara de su próxima muerte, puso para encabezar el discurso de apertura aquellas palabras de Jesucristo en el Evangelio de San Lucas: — *«Mucho he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.»* — (I)

Mientras redactaba el Concilio sus importantes cánones, definiendo con precisión admirable el dogma de la Trinidad, condenando los errores del célebre abad calabrés Joaquin y el panteísmo de Amalarico de Chartres y depurando rigurosamente la fe; mientras sentaba en el octavo canon la base del procedimiento criminal en su forma más equitativa, reprimía los excesos de los clérigos, regularizaba la enseñanza teológica, la concesión de los beneficios eclesiásticos, la cura de almas, los sacramentos, pensaba en la creación de escuelas de gramática, vedaba los desposorios clandestinos, y severamente ponía coto á la relajación que había sustituido al monástico fervor de Monte Casino y de Cluny; mientras una vez más se unían el poder secular y el espiritual, mancomunándose para continuar la

eterna gloriosa lucha del Occidente contra el Islamismo, alentaban en Roma dos hombres, á la sazón desconocidos, que venían á ofrecer á la Iglesia su vasto pensamiento y su inmensa voluntad. Ambos hombres se hallaban, puede decirse, en el vigor de la edad viril: el más joven, italiano, poeta, apasionado, encendido todo en caridad, pretendía abrasar con el fuego de su corazón al mundo: el más entrado en años, español, pensador, austero, apostólico, aspiraba á alumbrar el orbe con la luz de su inteligencia. Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, movidos por misterioso paralelismo de ideas, acudieran á Roma durante el Concilio.

El castellano Domingo de Guzmán poseía las cualidades geniales y propias de su fuerte y noble país (2). Hijo de una mujer noble y santa, devoto desde la tierna puericia, consagrado en su flor juvenil á profundos estudios universitarios de letras, de filosofía, de teología, era tan sobrio, que afirmaban los escolares de Palencia que jamás quiso probar el vino; tan grave y precoz en su madurez, que á los cuatro lustros parecía su continente el de un anciano venerable; tan liberal, que al asolar la miseria su provincia, vendió ropa, camay hasta los amados libros en que su inteligencia buscaba la luz de la verdad, para repartir el precio á los menesterosos, diciendo no quería estudiar en pieles muertas, á costa de que muriesen de

hambre los hombres; tan dispuesto á heroicos impulsos, que se ofrecía á venderse por esclavo, en rescate del hermano de una pobre mujer á quien vió llorar la desdicha del cautivo (3). Diego de Acebedo, obispo de Osma, varon evangélico por su celo, grande por sus dotes, hubo de reparar presto en las de Domingo. Afiló al hidalgo licenciado en el capítulo de canónigos de su catedral, que acababa de regularizar conforme á la observancia de san Agustín; y cuando, diputado por Alfonso de León para pedir á la hija de los condes de la Marca por esposa de Fernando el Santo, pasó Diego de Acebedo á Francia y Roma, llevóse consigo á Domingo como su más íntimo confidente y secretario. Juntos cruzaron las provincias meridionales, y con espanto las vieron inficionadas hasta la médula de los huesos del virus albigense, secta sutil y penetrante, organizada entre el misterio, y que amén del cuerpo de doctrinas metafísicas que secretamente profesaba, poseía otro de principios sociales totalmente adversos á la constitución de la Iglesia, del poder y de la familia. Ambos viajeros se dieron mutuamente cuenta del terror experimentado al advertir en las entrañas mismas de Europa tan honda úlcera, más peligrosa cien veces que el alfange sarraceno. Subió de punto su recelo cuando se convencieron en Tolosa de que hasta el huésped que los albergaba era un albigense. Los dos españoles

se miraron entristecidos: mientras su patria derramaba sangre á torrentes por tener á raya al infiel, el hereje era vencedor, allí tan cerca, en Provenza, llave de la frontera española. Y vencía en efecto: los Legados apostólicos enviados por la Santa Sede á predicar en el territorio occitano, se declaraban ya, —tras de increíbles trabajos, —impotentes para cortar las múltiples cabezas de la hidra; y era lo más doloroso que ni encontraban ayuda en los magnates, ni en los obispos, que hacían de sus metrópolis plazas fuertes (4), ni en los párrocos y clérigos, que vestidos de gayos colores, rodeados de pajes y siervos, se daban á la caza de cetrería ó al juego y á otros profanos solaces. Pasó Domingo de claro en claro la noche de su estancia en Tolosa, exhortando al huésped; y al rayar la aurora, el albigense se retractaba de su error, declarándose católico. En el regocijo del triunfo, el castellano vió patente el objeto de su vida: atacar la herejía por medio de la predicación, suscitar briosa milicia de defensores del dogma. La inspiración fué súbita y perfecta. Diego y Domingo aconsejan á los legados del Papa que despidan el lucido séquito, las acémilas y el equipaje que los seguía: despréndese también del suyo el Obispo de Osma, quedándose sólo con algunos sacerdotes destinados á auxiliarle en la misión; y á pié, descalzos, en penitente muestra, comiendo lo que Dios depara, durmiendo,

si es preciso, al raso, recorren la comarca, que por primera vez escucha á los enviados de Roma con interes, viéndolos humildes y pobres (5). Y Domingo, atleta incansable de la disputa, convoca á los herejes por donde quiera que pasa, y argumenta con ellos, y los rinde y los subyuga: con fe heroica toma á sus propios adversarios por árbitros de la discusión, y ellos deciden á favor del generoso enemigo. No eran transcurridos dos años, y ya los albigenses veían descender su pujanza; Domingo recorría, evangelizándola, toda la provincia de Narbona; el episcopado, vuelto á la conciencia de su deber, auxiliaba eficazmente á los misioneros españoles, y á la falda de los Pirineos, en el monasterio de Nuestra Señora de la Pruilla, se albergaban las doncellas de la nobleza languedociana, ayer alumnas de los maniqueos, hoy fervorosas educandas católicas. Cuando el insigne obispo Diego bajó á la tumba, quedóse Domingo solo al frente de la gigantesca obra comenzada. Corrió al mismo tiempo la sangre del legado pontificio Pedro de Castelnau, vertida por los albigenses: y fué su alevoso asesinato señal de encarnizada guerra, que por diez años despedazó el Mediodía. Simon de Monforte y sus cruzados redujeron por el hierro y el fuego las provincias que ya en abierta sedición amenazaban á Roma y á la joven nacionalidad francesa. En tanto que los ejércitos católicos batían á las tropas

albigenses; en tanto que se arrasaban fortalezas, se incendiaban rebeldes villas y se reñían fieros combates, Domingo recorría sin cesar el territorio: mas no escoltado por huestes que le guardasen las espaldas, ni á la sombra del victorioso conde de Monforte su amigo; sino solo, penetrando de propósito en las aldehuelas y villas más adictas al bando albigense, llevando con regocijada paciencia que la hostil multitud le 'escupiese al rostro, le arrojase lodo y piedras, le tratase como á ridículo insensato; expuesto siempre á ser acuchillado ó entregado á la hoguera, predicando continuamente y obteniendo más fruto verdadero, conquistando más almas, que enemigos derrotaban Simón de Monfort y sus aguerridas mesnadas; venciendo mejor con las cuentas de su *Rosario* que Monfort con su bien templada tizona. Al entrar Simón en Tolosa, triunfante y cubierto de lauros, habiendo domeñado la herejía, pudo el viejo guerrero dar por cumplido su oficio en el mundo: pero el de Domingo comenzaba: que si la fuerza se impone un instante, sólo en el convencimiento se fundan las victorias duraderas. En Tolosa vistió Domingo á sus dos primeros socios la túnica de blanca lana y la negra capucha: y sabedor de la convocación del Concilio de Letran, dirigióse á Roma á fin de consultar con Inocencio III sus designios y planes.

No resonara jamás en los oídos de Domin-

go de Guzmán el nombre de Francisco de Asís. Una noche rezaba el español pensando con angustia en los destinos de la hermosa madre de los santos, de la Iglesia, á quien había consagrado las fuerzas de su alma y espíritu. Apareciósele entónces una visión, Jesucristo airado, en ademán de blandir tres agudas lanzas contra el mundo, y su Madre que por aplacarle le presentaba á dos hombres. En uno de ellos Domingo se reconóció á sí propio: el otro era un mendigo pálido y humilde. Al día siguiente, entrando Domingo en una iglesia, vió al hombre de su sueño, con la misma túnica remendada, el mismo aspecto de pobreza, iguales descoloridas facciones. Fuése á él con los brazos abiertos, y estrechándole sobre su corazón, exclamó:—«Tú eres mi compañero: caminaremos juntos; vivamos unidos, y nadie prevalecerá contra nosotros.»—Tomás de Celano refiere como Domingo y Francisco largamente hablaron, asidos de las manos, de cosas divinas y de la salvación de la raza humana; como Domingo pidió á Francisco la cuerda que llevaba ceñida, con ruegos tan vehementes, que hubo de obtenerla al cabo. Al terminarse el coloquio, dijo Domingo:—«Francisco, Francisco, únanse nuestras religiones, y hagamos de las dos una sola» (6).—Cuando Francisco se despidió, murmuraba Domingo dirigiéndose á los presentes:—«En verdad os digo que todos los demás religiosos

debieran seguir á este santo varón. «¡Estar es de perfecto!»—De los dos fundadores que al abrazarse se hallaban persuadidos de que nadie prevalecería contra ellos, ninguno contaba en aquellos siglos de fuerza con medios ni poder material. Pero tenían el uno su corazón, el otro su mente; el entendimiento, que todo lo penetra, la voluntad, que lo mueve todo, la razón serena y el omnipotente amor. Para las masas populares arrastradas por los valdenses, Francisco y su pobreza; para los doctores envueltos en las redes de los sofistas albigenses, Domingo y su elocuencia incontrastable. La sola condición del triunfo era unirse. Por estrechar el lazo entre las Ordenes mellizas; por cortar quizá rencillas no ménos importunas que lo serían las de la diestra con la siniestra mano, estableciéronse costumbres destinadas á mantener la concordia de Menores y Predicadores. Todos los años en Roma el general de los franciscanos, asistido de sus frailes, oficia en la festividad de santo Domingo en la iglesia de los Dominicos, y á su vez lo hace el general de los Dominicos el día de san Francisco. Unos y otros entonan á coro la antifona: «El seráfico Francisco y el apostólico Domingo nos han enseñado tu ley, Señor.» Ya en 1252 el general dominico Humberto de Romanis, y el franciscano Juan de Parma, fieles á la idea de los dos fundadores, se reunían para escribir una carta amonestando á la alianza á todos

los individuos de las Ordenes esparcidos por el universo.—« El Salvador del mundo, dice la epístola, que ama á todos los hombres y no quiere perezca ninguno de sus hijos, adopta en cada época distintos medios para remediar la primitiva ruina del género humano: y en estos últimos tiempos ha suscitado nuestras Ordenes, por que ministren salud... Mediante la gloria de Dios, y nó la nuestra, somos dos grandes antorchas que alumbran con claridad del cielo á los que yacen sentados en sombra de muerte... los dos pechos de la esposa que nutre y lacta á los niños... La divina Sabiduría, que crió todas las cosas con número, no quiso una Orden sola, sino dos, á fin de que mutuamente se asocien en servicio de la Iglesia y en propia ventaja; encenderse deben en solo un amor, ayudarse y animarse; doble será su celo: las fuerzas de la una suplirán las que falten á la otra, y será más imponente el doble testimonio que rindan á la verdad. Caros hermanos, ved cuán abundante debe ser la sinceridad de nuestra dilección, ya que á un tiempo nos dió á luz la madre Iglesia, y que la caridad nos envió apareados para trabajar en la salvación de los hombres. ¿En qué nos daremos á conocer si no es en nuestra afectuosa unión? ¿Cómo podremos infundir caridad en las almas si entre nosotros anda flaca y desfallecida? ¿Cómo resistiremos á las persecuciones si estamos divididos interior-

mente? ¡Cuán grande, cuán fuerte debe ser el amor que nos une, puesto que fué inconmensurable entre los bienaventurados Francisco y Domingo, y entre nuestros antiguos padres! Se consideraban unos á otros ángeles de Dios; se recibían recíprocamente, como hubieran recibido á Cristo; se honraban, se regocijaban de sus adelantos espirituales; se daban santos elogios, se ayudaban en todo, y evitaban cuidadosamente los escandalosos rencores...

»Que siempre la ley de amor regule nuestros actos... Que los protectores y bienhechores de ambas Ordenes sean bendecidos en común; que una Orden no trate de arrebatar á la otra sus conventos, ni lo que le dén de limosna; que no haya celos de ninguna especie en el ministerio de la predicación, sin lo cual, ¿dónde está la caridad? Que una Orden no exalte en forma ofensiva sus grandes hombres y sus privilegios; que los hermanos eviten sobre todo hacer públicas las miserias y defectos de sus hermanos...

»Sabed que cada uno de nosotros desea de todo corazón y plenamente quiere que esto sea por vosotros ejecutado. Los transgresores serán castigados como enemigos de la unión y de la paz.»—Bajo estos dos ministros tan inteligentes y conformes en miras, en el mismo año de 1252, fué instituida la Sociedad de los *Peregrinos de Cristo*, compuesta de domi-

nicos y franciscanos, y destinada á llevar el Evangelio á Oriente, como á las bárbaras regiones septentrionales.

El objeto de la estancia de Francisco en Roma mientras se celebraba el Concilio de Letrán, era obtener de Inocencio III pública confirmación de su Orden é instituto. Allí, á la faz del orbe católico, ante los obispos congregados, declaró el Pontífice asentir á la regla de los franciscanos y admirarla, si bien la bula de aprobación no fué expedida hasta Honorio III. Tornóse Francisco á Umbría, donde fundó varios conventos; y si bien había celebrado ya distintos capítulos, convocó para el día de Pentecostes del año 1216 el que se tiene por primera asamblea general y solemne de la Orden. Era á fines del mes de Mayo, y desplegaba todas sus galas y prodigaba sonrisas la naturaleza, cual si quisiese agasajar á los humildes y pequeñuelos Menores congregados en el nido de la Porciúncula. Cada fraile traía los frutos de su cosecha espiritual, y los depositaba á los piés del maestro. Aún carecía de organización aquel ejército bisoño, y Francisco le daba instrucciones: la milicia había crecido de tal suerte que ya en el capítulo de 1216 ó, como quieren otros autores, en el de 1217, pudo Francisco dividir el mundo en provincias de su Orden y señalar para cada una de ellas ministros provinciales que las gobernasen. Era llegada la época predecida

por Francisco, en que , como magno conquistador y príncipe , enviase sus lugartenientes por todo el globo. En la distribución fué señalado fray Daniel , uno de los mártires de Cúcuta, para Calabria; para Lombardía, Juan de Eustaquia; Benito de Arezo, para la Marca de Ancona; el famoso Elías de Cortona, para Toscana; á fray Bernardo de Quintaval correspondió España , que ya conocía ; á Juan Bonelli tocó el espinoso y glorioso puesto de ministro en Provenza; á Juan de Pena, la alta y baja Alemania. Reservóse para sí Francisco los Países Bajos y París, centro á la vez de temprana cultura y de estragadas costumbres; ciudad ya entonces orgullosa y babilónica, donde cabe las cátedras del Maestro de las Sentencias y de Pedro Comestor se habían alzado las de los panteístas y dualistas , cuyas doctrinas, encarnando en la práctica, anegaran en sangre la Galia Narbonense. Ardía, pues, Francisco por evangelizar la gran metrópoli , á la cual no alcanzaba toda la ciencia de su célebre Universidad para seguir los pasos de Cristo. — « Era cosa maravillosa, dice un cronista español de la Orden (7), ver á unos pobres hombres desnudos, descalzos, despreciados y despreciadores del mundo, dividirse ahora entre sí ese mismo mundo, repartiéndose sus provincias y reinos.» — « Id saludando á todo el que encontréis, encomendaba Francisco á sus discípulos , con las dul-

ces palabras de Jesus : Que la paz sea con vosotros.»

Dispúsose Francisco á encaminarse á la provincia que eligiera, y antes quiso despedirse en Florencia del cardenal Hugolino, su amigo. El Cardenal desaprobó el viaje proyectado, sugiriendo y representando á Francisco lo muy necesaria que era su presencia en Italia para consolidar la naciente Orden.—«Pero, exclamaba Francisco, yo he enviado á varios hermanos míos á remotos países: si me quedo tranquilo en mi convento sin tomar parte en sus trabajos, será mengua para mí, y esos pobres religiosos, que padecen hambre y sed en tierra extraña, tendrán causa para murmurar; mas si saben que yo trabajo lo mismo que ellos, sufrirán de mejor grado las molestias, y me será fácil hallar nuevos misioneros.»—«Mas ¿con qué fin, interrogó el Cardenal, expones á tus discípulos á tan largos viajes y tantos males?»—Y respondió Francisco con fe inquebrantable: «Señor, tú crees que Dios no ha enviado á los frailes Menores sino para nuestras provincias; pero yo te digo en verdad que los ha elegido y diputado para el provecho y salvación de todos los hombres. Irán entre paganos é infieles, serán bien acogidos y ganarán para Dios gran número de almas» (8).

Con todo esto, el Cardenal persuadió á Francisco de la inoportunidad de ausentarse,

y Francisco expidió á Francia en reemplazo suyo á Pacífico, el convertido trovador, á Angel y Alberto de Pisa. El poeta misionero fundó convento en París; de allí pasó á Bélgica, y en Thourot ganó un prosélito singular, un niño de cinco años á lo sumo, que apenas hubo visto á los frailes pidió con lágrimas y extremos á su familia que le fuese vestido el hábito. Rieronse al pronto los padres; pero la tierna criatura se descalzó, ciñóse la cuerda, comenzó á observar la regla y á predicar á los demás niños por plazas y calles. Dos años jugó así á ser santo, hasta que su alma inocente y precoz abandonó el cuerpo: espiró pidiendo la Eucaristía, y muerto él, su padre se hizo dominico, cisterciense su madre (9). En Provenza logró Juan de Bonelli fundar los conventos de Besanzón, Tolosa y Arlés, auxiliado por el influjo de la santidad de su compañero Cristóbal de Romanía. La provincia de Inglaterra, que comprendía á Irlanda y Escocia, fué fecundísima para la Orden de san Francisco. Lóndres, Northampton, Cantorbery, Cambridge, acogieron con abiertos brazos á los frailes, que se cobijaban en cualquier casucha con que les brindaba la caridad, y así vivían y rezaban y aumentaban en número, como en el más espacioso convento; de suerte que á los treinta y dos años de haber cruzado el estrecho los nueve emisarios de Francisco, contábanse en Inglate-

rra cuarenta y nueve conventos y dos mil doscientos cuarenta y dos frailes. Dió la provincia inglesa opima cosecha de sabios á la Orden, de doctores que decoraron las brillantes escuelas de Oxford y Cambridge. No se mostró tan fácil de atraer y ganar la vasta provincia de Germania, que se extendía por todo el Norte de Europa, incluyendo á Dalmacia y Hungría. Malogróse totalmente la primera misión por ignorar Juan de Pena y sus compañeros la lengua del país: preguntábanles si querían hospedaje y si eran herejes, y á ambas cosas respondían: *Ya*, esto es, *sí*, única palabra tudesca que aprender lograran; lo que ocasionó que aquella gente ruda los encarcelsese, apedrease y maltratase en tal manera, que hubieron de volverse espantados á Italia. En Hungría fueron, si cabe, peor recibidos: mas Francisco no acostumbraba abandonar presto el cultivo de una tierra por estéril que pareciese. Bastantes años despues del fracaso de Juan de Pena, en un capítulo que preside el vicario fray Elías, Francisco, tirando á éste de la manga de la túnica, le habla al oído: levántase entonces Elías, y se dirige á los frailes. — «Hermanos, les dice, el Hermano (así era llamado Francisco por antonomasia) me recuerda que existe una region llamada Teutonia, donde los hombres son cristianos, y aún devotos... A veces cruzan nuestro país, y visitan los santuarios cantando himnos á

Dios... Los frailes que hemos enviado allí fueron, sin embargo, mal acogidos: ninguno está, pues, obligado á volver; pero el que movido de inspiracion celeste lo hiciere, tendrá el mismo mérito que si fuese entre infieles... Si alguno hay que no tema el peligro, levántese.»—Noventa frailes se irguieron presurosos, demandando á porfía el puesto de honor. Nombrado ministro Cesáreo de Espira, de trágicos destinos, eligió éste veintisiete de los aspirantes á misioneros en Germania; entre ellos contábase Celano, el primer biógrafo de san Francisco. El éxito, que corona siempre la perseverancia, lució para esta nueva misión de Teutonia, y en breve las principales ciudades alemanas vieron surgir conventos en su seno.

Ya sabemos cómo en España se propagó la Orden: entre los incidentes de las diversas fundaciones, narran las crónicas el caso de dos frailes que, habitando en pobre ermita cercana á Toledo, y subiendo un dia á la ciudad á pedir limosna, por casualidad se entraron en la arena donde algunos mancebos rejoneaban y corrían un bravo toro. Al ver á los frailes los bulliciosos hidalgos por burla les invitaron á bajar al redondel y parar la fiera, prometiéndoles, si lo lograban, darles el toro y la plaza. Entonces uno de los frailes, penetrando sereno en el circuito asió al toro de las astas y lo paró en seco. No menos

parado y estupefacto el concurso, dió á los frailes el terreno prometido y limosnas copiosas para edificar el convento, que fué después el muy famoso de la Inmaculada Concepción. Entre los misioneros de la provincia de España se contaron los generosos mártires de Valencia, cuyo déspota se convirtió después en ardiente devoto, transformando en convento su propio palacio (10). Una provincia sola, la de Romanía ó Grecia, comprendía todo el Levante; y allí, cargado de años como de laureles, trocó la cota por el sayal el rey de Jerusalén y emperador de Constantinopla, Juan de Briena, campeador insigne, de aquella raza de caballeros andantes, que á recios mandobles se ganaban una corona para rematar su escudo de armas, un girón de púrpura para ornar los lomos de su corcel de combate, y al fin venían á pedir un hábito monástico con que amortajar sus glorias. Era el rey Juan de Briena tenido por el mejor campeón de su siglo: píntale su coetáneo, fray Salimbene, alto, vigoroso y atlético, infundiendo pavor en los sarracenos con la percusión de su férrea clava. Y el poeta Obispo de Tournay le describe, octogenario ya, desordenando, impetuoso y terrible como un Ajax ó un Hector, las haces griegas y búlgaras. A tan brioso paladín puso el yugo de perpetua mansedumbre el ministro fray Benito de Arezo.

Italia, como punto inicial de donde se

propagó el movimiento franciscano, contó en su seno diversas provincias: la de Toscana, la de la Marca, la de Lombardía, la de Tierra de Labor, la de Calabria, la de la Pulla: fértiles y pingües heredades donde fué cosechada abundancia de justos. Tierra de Labor es patria de Tomás de Celano, primer escritor que narró la bella leyenda de san Francisco (11). Este pidió el hábito en 1213, cuando una pléyada de varones literatos y de ciencia vino á engrosar las filas franciscanas.

Volviendo Francisco de Roma, gozoso por la aprobación de su regla en el Concilio, presentáronsele tres hermosas aunque humildes doncellas que con las manos asidas le sonreían, y enajenado y absorto entendió ser la Pobreza, Castidad y Obediencia, que andaban á festejarle. Otra manera de visión tuvo después, atañedora asimismo á los destinos de la nueva Orden. Parecióle que una gallina se afanaba y deshacía toda por amparar á su cria de polluelos, asaltada de rapaces milanos; pero no alcanzando á cubrirlos el anchor de sus alas, fueran presa de las aves de rapiña á no sobrevenir águila poderosa cuya llegada puso en fuga á los pájaros crueles. Francisco explicó el símbolo sin tardanza. No ignoraba que su Orden, desde el principio tan floreciente, traía muy despierta la envidia y la emulación, ya en no pocos poderosos de la tierra, ya en mucho clero secular y prelados, más de lo

justo celosos de sus prerogativas, ó ménos de lo debido amantes del rigor y pureza evangélicos. Enconaba la ira de estos tales el mucho amor que el pueblo iba profesando á los frailes Menores. Ya había sucedido negar ásperamente el Obispo de Imola la licencia de que Francisco predicase en su obispado, licencia que luégo otorgó movido de las mansas súplicas del pobre de Asís. Calculó, pues, Francisco que si á él, débil y pacífica gallina, faltaba vigor para la defensa de su Orden, urgía buscar un águila fuerte que á tanto alcanzase. ¿Y quién mejor pudiera amparar á Francisco y á su familia que aquel grande amigo suyo, el cardenal Hugolino, obispo de Ostia? Prelado era éste que por su ciencia, elocuencia y piedad merecía universal veneración; ensalzábanle todos, desde el santo Francisco, hasta Federico II, el perseguidor cismático; ponía respeto su hermosa senectud, la augusta nieve que coronaba sus sienes apacibles, en torno de las cuales veía Francisco fulgecer el cerco aureo de la tiara, cuando en tono profético encabezaba así las cartas que escribía al anciano Cardenal: «Al reverendísimo Padre y Señor Hugolino, futuro Obispo de todo el mundo y Padre de las naciones.» Cumplido verémos el vaticinio, y al purpurado de Ostia ocupando el trono de los Pontífices, y sabremos cómo exaltó á su vez al humilde que le había pronosticado la grandeza. Pasaba ya

Hugolino por águila entre los individuos del Sacro Colegio, disfrutando alta fama de prudencia y sabiduría; y como tanto se mostraba prendado de Francisco, gustando de desnudarse la púrpura y vestir el sayal de los franciscanos y asistir á sus rezos y tomar parte en sus penitencias, fué solicitado para protector titulado de la Orden, y así lo otorgó la santidad de Honorio III. Ponderan Tomás de Celano y los *Tres Socios* el celo con que Hugolino desempeñó su cargo. Miró en atender á cuantas necesidades ocurriesen á la Orden; dilató su fama por apartadas regiones; escribió al episcopado encomendando no se hostilizase á los frailes, ántes se les recibiese y atendiese como a hijos predilectos de la Iglesia romana. Notable alivio para Francisco la cooperación generosa del príncipe Cardenal, que gestionando la parte terrestre—digámoslo así—de su instituto, dejaba al fundador desahogado y suelto para libremente discurrir en lo espiritual y divino, para vivir dentro de sí. Por consejo de Hugolino se resolvió Francisco á exponer á Honorio III ante el consistorio de Cardenales el estado de los asuntos de su Orden, á fin de captarse la benevolencia pontificia; pero sentía Francisco de sí tan bajamente, que no se tuvo por capaz de decir cosa de provecho ante aquel senado; y con este temor anduvo muy atareado concertando las partes de su oración y atildándola y estudiándola lo posible. Mas

al abrir la boca halló no recordar palabra del preparado discurso, con lo cual invocó al Espíritu Santo, y espontáneamente fluyeron de sus labios las frases como arroyos de leche y miel, abundantes y dulces.

Honorio III, sucesor del glorioso Lotario, vió cuajarse de flores y frutos rojos y odoríferos el árbol de la Orden franciscana, que apenas mostraba capullos y yemas al espirar su antecesor. Dos años eran pasados desde que Honorio regía la cristiandad, cuando convocó Francisco á los frailes Menores para asistir á capítulo general, señalando para su celebracion la Pentecostes del año 1219. Mientras corría la convocatoria, no interrumpió sus trabajos Francisco, y amén de varias fundaciones que datan de aquella época, entre otras la del conventillo de Grecio, teatro de tan tiernas escenas—atendió á muchos negocios de la Orden, y pasó en Perusa con el cardenal Hugolino largos coloquios y conferencias relativas al gobierno de su grey.

Llegóse el tiempo prefijado para el capítulo, y se vió descender por las laderas fértiles de Umbría, que á los blandos céfiros primaverales comenzaban á vestirse de vegetacion lozana, grupos de hombres con ceniciento sayal, que sin báculo ni alforja, descalzos los piés, cantando salmos ó platicando entre sí, se dirigían hácia un punto mismo, la Porciúncula. A 26 de Mayo de 1219 estaba el vallecillo

hecho humana colmena, y el astro del día, al lanzar sus primeros dorados reflejos sobre la cresta de las montañas, alumbró á más de cinco mil hombres congregados á la voz de Francisco (12). Diez años hacía que en aquella iglesia de la Porciúncula oyera Francisco las palabras del Evangelio que le sugirieron la idea de su Orden.

Cuantos escritores tratan del extraordinario Congreso, se extasían advirtiendo el contraste entre los cuarteles de los ejércitos y el apacible real franciscano. Acampaban los frailes divididos en escuadrones de ciento ó de cincuenta: y siendo el sol claro y la estación ya calurosa, alzaron para cobijarse cobertizos y tinglados de estera, por donde es llamado Capítulo de las *Esteras* aquel concurso. Respiraba todo él compunción y fervor, el fervor encendido y activo que distingue á las Órdenes jóvenes: de tantos franciscanos como bajo los toldos de esparto vivían, éste regaba con lágrimas la cotidiana oración, aquél caminaba con la tortura de los cilicios encogido y temblando; acá un bello mozo meditaba en los abrasados conceptos de la teología mística; allá un viejo todo albeado de canas se dolía de la carga de los años, que le vedaba ir de misionero á remotos climas. Los expertos generales, ante todo piensan en procurar víveres y sustento á sus huestes; Francisco no cuidó de disponer ni un mendrugo de pan con que aplacar el hambre

de los cinco mil huéspedes, á quienes encargó mucho fiasen en la providencia: y acertólo, pues conforme fué abriendo el día, y subiendo á la mitad del cielo el sol, se vieron llegar al campamento gentes de los vecinos lugares, cuál con cestos colmados de frutas tardías, cuál con jaulones de aves, cuál con el canasto en que latén entre fresca yerba los argentados peces, cuál con el odre de generoso y balsámico vino. Luégo se pobló el campo de varia multitud que hacía pintoresca y gaya vista, destacándose sobre los hábitos sombríos de los frailes, ya la faldamenta de blanco lino y el jubon de verde sarga de las plebeyas, ya los ceñidos briales de escarlata golpeados de armiño, ó franjeados de oro, de las damas de alto linaje. Venían con sus tiernos hijuelos, que presentaban á los macilentos penitentes para que los bendijesen. Y los niños, risueños y animados, ofrecían á los frailes viandas, frutos, tortas y panecillos, pareciendo el cuadro uno de esos opulentos retablos de la decadencia, donde al lado de los santos graves en actitud de orar, ríen traviesos ángeles envueltos en sarmientos y racimos, en guirnaldas de pommas y flores.

Halláronse en el capítulo de las Esteras Hugolino, el protector de la Orden, y Domingo de Guzman, el español apóstol de Provenza (13). Comenzó á advertirse en los frailes congregados cierta mortandad, que pudo ori-

ginar la atmósfera un tanto palúdica de aquellos campos, ó las fatigas del viaje y escaseces del alojamiento. Temió Hugolino se declarase la epidemia, y Francisco ordenó á los capitulares irse á la mano en las penitencias, entregando los instrumentos de mortificación: orden que se cumplió, apareciendo hasta seiscientos cilicios, mallas, gruesas cadenas y rillos erizados de puas. Pronunció Hugolino un panegírico de la institución franciscana: y levantándose Francisco, dijo la exhortación memorable: — « Grandes cosas hemos prometido: mayores nos ofrecieron: cumplamos las unas, aspiremos á las otras. Breve es el goce, eterno el castigo, leves los padecimientos, infinita la gloria, muchos los llamados, los elegidos pocos. Cada cual recibirá según sus merecimientos. »

Fueron varios los asuntos que en el capítulo de las Esteras se trataron. Las disposiciones adoptadas, importantes al porvenir de la Orden, son la de mentar en especial á san Pedro y á san Pablo en las oraciones *Protege nos* y *Exaudi nos*, y la de cantar todos los sábados misa solemne á honra de la Inmaculada Concepción (14). Tales acuerdos, en apariencia meramente piadosos, significaban, el primero, la perenne ortodoxia de la Orden y su adhesión á la Iglesia madre; el segundo el criterio teológico de la Orden que atiende á la belleza no ménos que á la rectitud de la Verdad

soberana. También comenzó á agitarse en el capítulo de las Esteras la magna cuestión de la pobreza, destinada en lo venidero á desgarrar la Orden con hondo y sañudo cisma. Alegando especiosas razones, llegaron al cardenal Hugolino los ministros provinciales fray Elías y Juan de Eustaquia, á sugerirle la necesidad de modificar la regla en lo tocante al absoluto desasimiento de todo bien y posesión temporal. Así el ideal de Francisco, como los ideales todos, no bien roza la tierra con sus alas de luz, las ve manchadas de polvo impuro, de humana escoria. Francisco contestó al Cardenal.—«Sabe, señor, que no soy yo, sino el mismo Jesucristo, quien ha escrito la regla, y ni en un ápice puedo alterarla.»—Tomando en seguida de la mano al Protector, le guió adonde se hallaban los frailes congregados en capítulo, y habló de esta suerte:—«Hermanos, hermanos míos, yo he sido llamado por Dios á la vía de la sencillez y humildad, á fin de que siga la locura de la Cruz. Para gloria de Él y confusión mía y paz de vuestras conciencias, os declararé que me ha dicho: Francisco, quiero que seas en el mundo un insensatuelo, que de palabra y obra predique la locura de la Cruz; que tú y tus frailes no sigáis más que á mí; que yo sea el único modelo de vuestra vida.»—Pronunciada la arenga, salió Francisco, y vuelto Hugolino al senado exclamó:—«Bien veis cómo el Espíritu Santo

habla por boca del apostólico penitente: su palabra sale como espada de dos filos, penetrando hasta el fondo del corazón: no contristéis al espíritu de Dios, no seáis ingratos á los beneficios que os dispensa: realmente está en ese pobre, por medio del cual os manifiesta las maravillas de su poder.» —Callaron todos, y por entonces quedó asentada y firme la pobreza.

Los frailes expedidos á misiones dieron quejas á Francisco de haber sido maltratados en varias partes, no sólo de las gentes, sino del clero alto y bajo que los acogía con ménos cordialidad que recelo. A fin de remediar este mal sin rencillas ni discordias, solicitó Francisco de Honorio III el breve siguiente:

«Honorio, Obispo, siervo de los siervos de dios: á los Arzobispos, Obispos, Abades, Deanes, Arcedianos y otros preladós de las iglesias: Como los amados hijos fray Francisco, y los compañeros suyos de vida y religion de los frailes Menores, despreciadas las vanidades y delicias de este mundo, hayan elegido un camino de vida que aprobó dignamente la Iglesia Romana, y sembrado las semillas de la palabra de Dios, á imitación y ejemplo de los apóstoles, y viven en diversas partes y mansiones; á todos vosotros universalmente rogamos y exhortamos en el Señor, mandándoos por este rescripto apostólico que á los que llevaren las presentes letras, siendo

del colegio y congregación de dichos frailes, cuando llegaren á vuestros territorios, los recibais como á católicos y fieles, y además, por reverencia de Dios y nuestra, les seais favorables y benignos. Dado el tercero de los idus de Junio, año tercero de nuestro pontificado.»

Con estas letras comendaticias dispuso Francisco dar nuevo y mayor empujé á la comenzada obra de las misiones: que no cabía ya el espíritu franciscano en los estrechos ámbitos de Italia, y pugnaba por derramarse en todo el mundo conocido. Allí, en aquel Capítulo, viendo reunido en torno suyo lo más granado de su numerosa prole, pudo discernir y señalar á los más idóneos para cada oficio. Hacíalo así investido de autoridad suprema, habiendo sido elegido unánimemente General, cosa que bien presentía él iba á suceder, cuando en el camino de Perusa á Asís dijo al fraile que le acompañaba:—«Imagínate que en este Capítulo me piden que les predique, y que después de hablar yo como pueda, con calor y lisura, soy motejado de ignorante, y por rústico me desprecian y baldonan, y que gritando: «no queremos por superior á este sandio» me arrojan del Capítulo. Pues si no permaneciere sereno é inalterable en este caso, no me tendré por fraile Menor verdadero. Ahora bien, más que á tal suceso temo yo á ensalzamientos y honores.»—Vióse harto en los primeros ejercicios de su poder la sencillez de su mé-

todo y la fuerza de su voluntad. Unas cuantas palabras suyas enviaban á lejanas naciones hombres heroicos, penetrados totalmente del pensamiento franciscano. El diploma se reducía á la más breve fórmula.—«Yo, el hermano Francisco de Asís, ministro general, te mando por obediencia á tí, hermano Añelo de Pisa, que vayas á Inglaterra á ejercer el cargo de ministro provincial. Adios» (15).—Tres circulares completaban el lacónico mandato: era la primera para los clérigos, encomendándoles encarecidamente manejasen con respeto y guardasen con decoro la Eucaristía: la segunda se dirige á las potestades temporales, á las cuales dice:—«Considerad atentamente que la hora de la muerte se aproxima; con todo el respeto posible os ruego, no sea que con el tráfago de los negocios mundanos echeis en olvido á Dios y quebranteis sus mandamientos, que malditos son cuantos del Señor se apartan.»—Y la circular tercera enseñaba á los superiores de la Orden que «hay cosas altas y sublimes ante Dios, tenidas quizás por los hombres en concepto de viles y abyectas; bien como otras, muy estimadas de los hombres, son á los ojos de Dios despreciables.»

Todo el tiempo que duró el capítulo no cesaron los pueblos comarcanos de acudir con manjares y socorros. Domingo de Guzmán, que al pronto temió diezmasse el hambre á

aquella muchedumbre falta de todo recurso, salió, según se asegura, maravillado y ardiendo en deseos de cimentar su Orden en la misma completa pobreza evangélica. Y el anciano Hugolino, recorriendo las apretadas filas que se tendían por la llanura como copiosa mies trugal donde no asoma cizaña; viendo aquella legión resuelta, cual la chica hueste griega de Leonidas, á lidiar ella sola contra todo el universo, prorumpió, vertiendo lágrimas de gozo, en esta frase:—*Vere castra Dei sunt hæc.*—*Este sí que es el real de Dios.*»



NOTAS.

(1) *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar: Dico enim vobis, quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.* (Luc. XXII, 15.)

(2) Santo Domingo de Guzmán fué natural de Caleruega, diócesis de Osma en Castilla la Vieja. Llamábanse sus hidalgos padres D. Félix de Guzman y Doña Juana de Aza, venerada por santa en los altares.

(3) Lacordaire: *Historia de Santo Domingo.*

(4) «El obispo Diego y el canónigo Domingo, llegaron de Roma á Montpellier, á tiempo que los tres legados apostólicos resolvían tristemente resignar en manos del Papa su cargo de misioneros. Eran, no obstante, hombres de gran fe y espíritu: pero abandonados de todos, ni bien podían obrar por vía de autoridad, ni de persuasión. Ningun obispo de aquellas provincias viniera en juntarse con ellos para exhortar al conde Raimundo VI á recordar los gloriosos hechos de sus antecesores. Ni tuvieron mejor resultado las conferencias con los herejes, pues éstos oponían siempre la lastimosa vida del clero, repitiendo las palabras del Señor: En sus frutos los conoceréis.» Rohrbacher: *Histoire de l'Eglise Catholique.*

(5) Un día, como el Abad del Cister saliese con sus monjes, cercado de pompa, para ir al Languedoc á trabajar en la conversión de los herejes, dos castellanos que volvían de Roma, el obispo de Osma y uno de sus canónigos, el famoso Santo Domingo, no vacilaron en decirle que tanto lujo y boato destruirían el efecto de sus palabras. — Con los piés descalzos—dijeron— hay que marchar contra los hijos del orgullo; ejemplos quieren, y no los reduciréis con frases.—Los cistercienses se apearon de sus monturas, y siguieron á los españoles. Michelet: *Histoire de France*.

(6) Algunos opinan que esta proposición de santo Domingo fué hecha cuando en 1219, ántes del capítulo de las Esteras, se encontraron otra vez ambos fundadores en Perusa, en casa del cardenal Hugolino. San Francisco respondió en estos términos: «Hermano mio, es voluntad de Dios que nuestras Ordenes crezcan separadas, porque esta variedad conviene á la humana flaqueza, que por ventura habrá quien huya de la estrechez de una Orden y se conforme con la suavidad de otra.—En la misma ocasión rehusaron los dos Santos las prelaturas y dignidades eclesiásticas que Hugolino les ofrecía para sus hijos.

(7) Fr. Damián Cornejo.

(8) *Domine, vos putatis quod solummodo propter istas provincias Dominus miseret Minores; sed dico vobis in veritate, quod Dominus eos elegerit et miserit propter profectum et salutem animarum totius mundi. Et non solum in terris fidelium, sed et infidelium et paganorum benigne recipientur et multas animas Deo lucrabuntur.* Bartolomé de Pisa, citado por Chavin de Malan.

(9) Fr. Pánfilo da Magliana ~~de~~ *Storica Compendiosa di San Francesco*.

(10) Los mártires de Valencia fueron Juan de Perusa, presbítero, y Pedro de Sasoferrato, lego. En la sacristía del convento de San Francisco de Valencia se conservaba un cuadro, obra del famoso canónigo Victoria, discípulo de Cárlo Marata, que representaba á D. Vicente Belbis «llamado ántes Zeit-abu-Zeit, rey árabe de Valencia, á quien su hermano Zaen, rey de Denia, despojó del trono; y él acudió á Calatayud en busca del rey D. Jaime, conquistador de esta ciudad: recibió la religion cristiana y cedió este sitio, en donde estaba su palacio, para los frailes de San Francisco.» Ponz: *Viaje de España*.

(11) Algunos creen al Beato Tomás de Celano autor también de la *Vida de Santa Clara*, por otros atribuida á S. Buenaventura.

(12) Número más sorprendente si se tiene en cuenta que en los conventos quedaban muchísimos frailes por necesidad.

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de san Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia*.

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Ássisio, minister generalis, præcipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et ibi facias officium ministeriatus.*



CAPITULO VI.

PRIMER CORONA.

La sexta Cruzada. — El aviso del penitente. — San Francisco y el Sultán. — Los protomártires. — Primer corona. — Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia. — Predicación. — Retiro. — Anécdota. — Visión.

.....
Pues infinitas estrellas
son mártires infinitos,
como las llagas parece
que el imperio habeis partido.»

.....
(LOPE DE VEGA: *Romance á las
Llagas.*)

BREVE tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente y premiosa epístola del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. «Nunca, decía el mensaje, se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de Ultramar, y no hallándose en esta tierra ni una acémila, ni un

corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vituallas y monturas. El gran sultán Sefedino tiembla, porque sabe que llegaron aquí el rey de Hungría, los duques de Austria y Moravia; teme asimismo á la flota de los frisonos, y queriendo ganar ventajas, manda á su hijo Conradino que nos ataque. Pero sabed que nosotros tratamos en asaltar á Egipto por mar y tierra, y en poner cerco á Damietta, abriéndonos así camino hácia Jerusalén.» — Dirigióse Honorio descalzo y compungido á San Juan de Letrán, siguiéndole el clero y pueblo, con no menores señales de penitencia: oró allí largo trecho; volvióse á su palacio, y escribió una circular á todos los obispos, ordenándoles que á cuantos en sus diócesis hubiesen tomado la cruz, encargasen estar dispuestos para salir prontamente á Tierra Santa. Reunidos en Tolemaida los cruzados, concertóse el plan de campaña; en vez de forzar la entrada de Palestina tuvieron por más acertado el sistema que Inocencio III concibió con notable previsión política: invadir á Egipto, estrechar y tomar á Damietta. Las riberas del Nilo vieron entonces acampar dentro de tiendas enclavadas en su limo viscoso al rey de Jerusalén, el indomable Juan de Briena, asistido del Patriarca, de muchos obispos, del duque de Austria, de los caballeros del Temple y San Juan, y de aguerridos tercios frisonos y germánicos. En

los principios de la empresa reinó, como suele suceder, mucha unión, concordia y entusiasmo: resfriáronse luégo los ánimos con las dilaciones del largo y trabajoso asedio, y la paz y armonía antigua se volvieron rencillas y enemistades en el campo cristiano. Motejaban los jinetes á los peones y éstos á aquéllos; las gentes de diversos países se acuchillaban por la menor causa, y para que hasta lo más alto llegase el desórden, el cardenal Pelagio, legado del Papa, pretendía atribuirse el mando supremo, perteneciente á Juan de Briena. Enredados y distraídos con sus internas discordias descuidaban los cruzados lo esencial, no apretando á Damietta, como pudieran, si aprovecharan la situación crítica de los musulmanes y la muerte de Malek-Adel. De suerte que en el ejército latino las disposiciones militares se adoptaban sin cordura ni seso, y acaeció que en cierta ocasión, hallándose las fuerzas de Juan de Briena mal dispuestas y peor situadas, le compelieron los sediciosos á dar la batalla. Y en la vigilia del día del combate, cuando los soldados acicalaban sus armas y todo el ejército se aprestaba á la pelea, llegaron al real muy fatigados y miserables dos penitentes, y el uno de ellos, habiendo solicitado ver á los jefes de la Cruzada, les encargó de parte de Dios que desistiesen de entrar en acción, y cuando nó, contasen con desastrosa rota. Rieronse los capitanes del

augurio : en aquella época pululaban en los campamentos visionarios, iluminados y profetas, y sus vaticinios no alcanzaban gran crédito. Mas á las pocas horas el anuncio del penitente se cumplió, bebió arroyos de sangre cristiana el cálido suelo de Egipto. Seis mil combatientes perecieron en la jornada funesta, y fueron conducidas al sultán en azafates las cabezas de cincuenta jefes cruzados.

Francisco era el penitente, que por tercera vez salía en busca del suspirado martirio. Para mejor lograr el objeto de sus ansias, al terminarse el capítulo de las Esteras fió el gobierno de la Orden á Elías, ministro provincial de Florencia, y reservándose la misión de Levante, tomados consigo doce compañeros, encaminóse á Ancona, á fin de embarcarse. Los dias que se detuvo en el puerto esperando nave, se le unieron muchos neófitos, y porfiaban por seguirle á Siria. Entonces Francisco llamó á un tierno niño, que pasaba casualmente por allí, rogándole señalase con el dedo á aquéllos que debía llevar en su compañía, y el niño fué apuntando á los doce ya elegidos por Francisco: entre éstos se contaban Pedro Cataneo, Bárbaro, Sabatino, Iluminado, Leonardo de Asís. Hiciéronse á la vela para Chipre, de donde pasaron á Tolemaida; allí Francisco repartió su gente y la distribuyó por las diversas provincias, con encargo de ir predicando la fe. Quedóse él con solo fray Ilu-

minado, y siguiendo el viaje llegaron á la vista de Damietta, donde el ejército cruzado tenía sus cuarteles. Francisco consideró las tiendas, el real sombrío en cuya oscuridad rojeaban las fogatas ó relucían las cotas de acero y los hierros de lanza, y dijo con angustia á su socio:—«Sé que los cristianos llevarán la peor parte en el encuentro. Mas si lo digo, tendránme por loco, y si nó me remorderá la conciencia. ¿Qué haré, hermano Iluminado?»—«¿Ahora te paras, padre, contestó éste, en eso de que te tomen por loco? Teme á Dios más que á los hombres, y di la verdad» (1).—Ya sabemos como fué menospreciado el aviso de Francisco, y el mal suceso de las armas occidentales. Hasta el invierno no lograron los cruzados rendir á Damietta, alfombrada de cadáveres de sus defensores, y tales fueron los estragos del hambre, de la peste, de la guerra, que el rey cristiano de Jerusalén y el sarraceno sultán de Egipto lloraron juntos tristes y copiosas lágrimas al estipular la tregua (2).

Dejó Francisco el campo cruzado, y entróse por el de los musulmanes, regocijados y soberbios con la victoria y cebados aún en la reciente matanza: mala sazón por cierto para convertir á aquella muchedumbre fatalista. Y aún es maravilla que al divisar á los dos penitentes se contentasen los soldados de las avanzadas con golpearlos, maniatarlos y lle-

varlos arrastrando á presencia del sultán; porque, según pregón, valía un besante de oro cada cabeza bautizada. No lo ignoraba Francisco, y al comenzar la ruta iba cantando: «Señor, pues estais conmigo, aunque camine entre sombras de muerte, no temeré á mal alguno.»— Y más adelante, habiendo visto dos ovejas que sosegadamente pacían, dijo á Iluminado haciendo extremos de gozo: —«Fia en el Señor, hermano, que en nosotros se cumple aquel dicho del Evangelio; hé aquí que os envió como ovejas entre lobos.»—quizá no degollaron á Francisco y su compañero, al cogerlos, gracias á la propia intrepidez con que ellos solicitaban ser llevados al sultán. Conducido ante Malek-Kamel, Francisco dió suelta á su encendida elocuencia, discurrendo muy de propósito acerca de la Trinidad inefable, dogma radicalmente opuesto al sensualismo mahometano. Oyóle Malek con sorpresa primero, con mansa tolerancia luégo, con vivo interés por último. No eran nuevas para el sultán las doctrinas que enseñaba Francisco: que al fin la lucha es contacto, y en tantos años de guerra, cristianos y sarracenos habían llegado á conocerse mutuamente. Pero lo que á Malek admiraba en Francisco era lo que maravillaba también á Europa: el espíritu del Evangelio mostrándose encarnado en un hombre. Los voluntarios de Cristo con que Malek combatía eran en ocasiones rapaces, crueles

y altivos, mientras ~~aquí que venia a~~ presentársele pacífico y ~~desarmado~~ tenía en su dulzura, en su eficacia, en su humildad, unos perfiles y reflejos del mismo crucificado Redentor. Aficionóse, pues, el Sultán á Francisco por extraordinaria manera, y aún le rogó continuase discurrendo, porque le placía mucho escucharle; pero no quería Francisco regalar oídos é imaginaciones con vanas retóricas, sino llegar al corazón y convertir.—«Me quedaré aquí, dijo al Sultán; me quedaré y consagraré la vida entera á enseñar la verdad á ti y á los tuyos; pero es preciso que con fe y esperanza creas en Jesucristo.»—Malek titubeó; convertirse era rendir la bandera nacional, era ponerla por alfombra donde la desgarrasen las espuelas de los cruzados: el conquistador y el monarca se despertaron en él, y movió la cabeza en señal negativa.—«Escúchame, insistió ahincadamente Francisco: convoca á tus imanes y á los doctores de tu ley; haz encender una hoguera; ellos y yo entremos por el fuego juntos, y aquél á quien respeten las llamas, ese será el que adore al verdadero Dios.»—Malek sonrió con ironía, porque acababa de ver á uno de sus imanes más viejos y reverendos escurrirse disimuladamente del concurso.—«Temo, respondió, que ninguno de mis alfaquíes ha de admitir la prueba.»—«Pues enciende la hoguera, que yo solo me meteré por ella, porfió Francisco.

Si las llamas me consumen , impútalo á mis pecados ; mas si salgo incólume , tu alma es de Jesús.»—No se resolvió el Sultán á consentir el experimento, temiendo algun prodigio que sembrase el pánico en sus vencedoras filas; pero probó á Francisco lo mejor que supo y pudo su respeto y amor; cubrióle de dádivas, que no fueron aceptadas, dióle licencia ámplia de recorrer sus dominios, y al apartarse de él manifestó gran pena. Los historiadores de la época dan á entender, y áun algunos lo afirman, que Malek conservó toda su vida memoria de la entrevista y deseo de ser cristiano, y áun que lo fué en su última hora. Jácobo de Vitry, testigo ocular del cerco de Damietta, nos presenta al Sultán despidiéndose de Francisco con la súplica de rogar á Dios por él para que al recto camino le guiase (3). Ello es que Malek se mostró siempre caballeresco y magnánimo con los cristianos, dando libertad á los prisioneros, medicina á los enfermos, redención á los esclavos y pan y viandas á los hambrientos, cuyas angustias y dolores lloró con el rey de Jerusalén (4).

Malek facilitó á Francisco salvo-conducto con el cual pudiese internarse tierra adentro, predicando la fe de Cristo; si bien añadió el peregrino encargo de no maldecir de Mahoma. Francisco é Iluminado prosiguieron la ruta, pero su misión rendía escasos frutos; el odio al nombre cristiano era inveterado y pro-

fundo después de tantos y tan recios combates, y la palabra de Francisco, que en Occidente abrasaba, al decir de san Buenaventura, como encendida antorcha las almas, en el Oriente no pasaba de los oídos. Durante las jornadas de tan estéril viaje requirió de amores á Francisco bella y liviana moza egipcia; y al verla delante, con galano arreo, con halagüeña y blanda risa en los labios, en los ojos la lumbre del sol oriental, turbada la voz y pronunciando con modulaciones de sirena tiernos requiebros, Francisco asió á puñados los ardientes tizones del hogar, y esparciéndolos por el suelo y arrancándose el hábito, se acostó sobre las brasas, convidando á la moza á hacer de aquella cama de fuego tálamo de las nefandas nupcias propuestas. Y añaden los cronistas que llorosa y corrida la desenvuelta mujer, viendo sujetas á tal suplicio las carnes inocentes del Santo, hubo de convertirse y dejarse catequizar y bautizar. Francisco se volvió al cuartel cristiano, donde esta vez le recibieron con veneración, reconociéndole por aquel pobre de Asís tan nombrado en Europa, y sus exhortaciones pusieron algún coto á la licencia y desenfreno militar. El historiador Jacobo de Vitry explica en estos términos la impresión que causaba Francisco: — «Hemos visto — dice — al Fundador y Superior general de los Menores, hombre sencillo y sin literatura, amado de Dios y de la gente, al cual llaman el her-

mano Francisco; y anda de tal suerte embriagado con el fervor del espíritu, que habiendo venido al campo de los cristianos ante Damietta, pasó al del Sultán para convertirle á la fe» —(5). Del campamento siguió Francisco á Palestina, visitando el Santo Sepulcro: y en fragosa soledad próxima á Antioquía, dió con un antiquísimo monasterio de Benedictinos, que trocaron en masa su negra cogulla por el franciscano sayal. Por entonces recibió Francisco noticias de disensiones y embarazos en el gobierno de su Orden; un fraile, enviado sigilosamente á Palestina, trajo encargo de advertirle que en Italia era su presencia indispensable. Con esto tomó la vuelta de Candía, y de allí sentó la planta otra vez en país latino, desembarcando en Venecia. Frustrósele así por tercera vez el plan y anhelo de derramar su sangre en Oriente.—«¡Hombre beato en verdad!—dice á este propósito san Buenaventura—que, si no traspasó tu carne el cuchillo del verdugo, todavía no perdiste la semejanza del divino Cordero inmolado. ¡Beato y dichoso en verdad, que no caíste al filo de la espada perseguidora, y sin embargo alcanzaste la palma del martirio!»

Mas lo que en su persona no pudo Francisco obtener, consiguiólo en la de sus frailes. Al tomar para sí las regiones de Oriente, había elegido y destinado á las de los sarracenos occidentales seis misioneros: Berardo, Pedro,

Ayuto, Acursio, Oton, y Vital, que los mandaba. A ejemplo de Josué, Francisco buscó para el empeño más arriesgado, varones fuertes y sobrios, á toda pelea y fatiga dispuestos: al despedirse de ellos, comprendiendo que caminaban á un peligro inminente, dióles con gran ternura y llorando el ósculo de paz y la bendición. Esta, y el breviario y regla, era todo el viático que llevaban. Entraron en España, pasando á Aragón, donde el superior fray Vital, mortalmente enfermo, vió no poder ir más adelante, y resignando la autoridad en Berardo, ordenó á sus compañeros prosiguiesen el camino. Llegados á Coimbra, la reina Urraca, esposa del vencedor de los moros cordobeses, Alfonso II, quiso á toda costa platicar con los santos misioneros, y en la entrevista les rogó que la informasen de la hora en que tenía de cogerla la muerte. — «Señora, —respondió fray Berardo— cuando nuestros cuerpos despedazados por los infieles sean traídos á Portugal, téngalo vuestra alteza por señal cierta de morir luégo,» —(6). Urraca mandó los frailes muy recomendados á la infanta doña Sancha, que residía en Alenquer, y allí se hospedaron en el convento, fundación de san Francisco y donación de esta bienaventurada princesa (7); la cual surtió á los misioneros de ropa seglar para que sin obstáculos siguiesen el viaje. Merced al disfraz, penetraron en el territorio mauritano, y se in-

trodijeron en la populosa y magnífica Sevilla, envanecida con su acueducto de seis leguas, su mágico alcázar, su erguido observatorio astronómico (8) y su incomparable mezquita, donde tan presto había de plantar la cruz el terciario franciscano san Fernando. Ante una de las afiligranadas puertas se colocaron los frailes, nó sin haberse vestido otra vez sus hábitos, y Berardo, que poseía la lengua árabe, predicó: era el día festivo, inmensa la concurrencia; movióse gritería y escándalo, y fueron arrojados con desprecio, como sandios y dementes; acudieron á otra mezquita, y siguieron la plática, con el mismo resultado; entraron intrépidos por el palacio del Emir, y éste, con más tedio que cólera, los puso presos en la Torre del Oro. Desde los altos ajimeces exhortaban á los transeuntes; y entónces los llevaron á un subterráneo, sin darles alimento, cargándolos de grillos hasta que al fin, no sabiendo qué hacerse con ellos, y huyendo quizás de ofrecer á la culta metrópoli sevillana un cruento espectáculo, los embarcaron para donde más deseaban, para Marruecos. Era allí á la sazón valido del Miramamolín y general organizador de sus ejércitos un infante de Portugal, don Pedro, á quien desavenencias y disgustos con su hermano Alfonso habían conducido al afrentoso extremo de ofrecer espada é inteligencia á los enemigos de su Dios. Los misioneros declararon á don Pedro como ve-

nían á predicar la fe, y el Infante, aterrado, comenzó á disuadirlos de su propósito: usaban los marroquíes tácita tolerancia con los cristianos; sin desconfianza veían á un caudillo católico al frente de las tropas sarracenas; crecía y prosperaba el comercio entre el Mediodía de España y el Magreb, y hé aquí que iban á perderse tantos bienes por la resolución de cinco hombres empeñados en buscar el martirio. Pero los frailes no se pagaron de las razones del Infante, y subiéndose á lo alto de una carreta exhortaban á la muchedumbre. Internados, de orden del Miramamolín, en el desierto, volviéronse á la ciudad tan pronto se vieron libres: los encarcelaron con ánimo de dejarlos morir de hambre; se desencadenó entonces desatada tormenta, que hizo creer al supersticioso pueblo que la cólera celeste vengaba á los infelices cautivos, y por segunda vez los soltaron; nueva predicación, que dió por resultado que el infante don Pedro los recogiese á su palacio, de donde huyeron á la primer coyuntura favorable, para repetir la confesión pública. El Emperador, que volvía de cumplir una ceremonia y rito de su culto, se dió de manos á boca con el gentío que rodeaba á los misioneros; impaciente ya, los sepultó en una mazmorra: de allí fueron sacados, convidados á retractarse, entregados al Arraez, juzgados sumariamente á la manera árabe, azotados hasta descubrirse sus huesos,

regadas las llagas con vinagre y sal, arrastrados los cuerpos palpitantes de dolor sobre abrojos; y vivos aún los mártires, el Miramamolín quiso verlos y arrancarles la abjuración; no lográndolo, de un solo golpe de cimitarra les fué hendiendo en dos mitades la cabeza por la frente (9). Aquella noche, á la infanta doña Sancha, en su melancólico camarín de Alenquer, se aparecieron cinco frailes que le mostraban gozosos una sangrienta cuchilla. Y al recibir Francisco la nueva del tránsito de los misioneros, exclamó regocijado:—¡«Ahora sí que puedo decir con verdad que tengo cinco frailes Menores!» — Volviéndose despues á la parte de España, donde se hallaba el convento de Alenquer, le dirigió estas frases:— «Santa casa, tierra sagrada que has producido y presentado al Rey del cielo cinco bellas purpúreas flores, de suave perfume! Santa casa, ¡seas siempre morada de santos!»

Traspasado el infante don Pedro de lástima y terror, recogió piadosamente las despedazadas reliquias, que después de servir de ludibrio á la plebe, habían sido dejadas para pasto de las fieras y aves de rapiña: supieronlo los moros, asaltaron el palacio del Infante para quitarle los despojos santos, y en la refriega que se trabó por defenderlos fueron muertos Martin Alfonso Tello, hidalgo portugués, y Fernando de Castro, castellano. Al fin se llevaron los sarracenos las reliquias y

las arrojaron al fuego, que no prendió en ellas, ni destruyó un solo cabello de las cabezas separadas del tronco; y á fuerza de oro, pudo el Infante otra vez rescatarlas; buscó á tres niños inocentes que lavasen, ungiesen, embalsamasen y envolviesen en limpios cendales randados los puros cuerpos, y depositólos en urnas de maciza plata. A este tiempo recibió con júbilo un mensaje secreto de su hermano el rey Alfonso, brindándole paces y llamándole á su lado, con lo que dispuso cautelosamente la fuga, y tras peligroso y dramático viaje al través de las montañas del Atlas, en que fué su guía el instinto del mulo á cuyos lomos iban las preciosas reliquias, pudo embarcarse para su patria, muy á tiempo, que ya la suspicacia del Miramamolín, exaltada por el incidente de la protección á los mártires, disponía á su garganta un lazo corredizo. Entró el prófugo en Coimbra, al repique de las campanas, cercado de multitud inmensa, que festejaba la llegada de los cuerpos santos: los reyes salieron á recibirlos con solemne aparato, y la reina Urraca se preparó para la muerte, que le sobrevino á pocos días. El infante don Pedro escribió menudamente la crónica de los protomártires franciscanos, tan enlazada con su propia historia (10).

Ciertamente que Marruecos, lo mismo que Palestina, era tierra dura y refractaria, cuando ni á aquélla la sangre de los mártires,

ni á ésta la presencia de Francisco de Asís, lograron conmover, como solían, á la sociedad europea. Pero quizás los musulmanes, pueblo formado por la cimitarra, necesitaba, para recibir el Evangelio, que otro conquistador deshiciese la obra de Mahoma y arase con la espada el campo estéril, ántes de arrojar en él la semilla. Para una raza fatalista y sensual, que pone á Dios de parte de los que triunfan, no hay misionero más persuasivo que un vencedor, ni elocuencia como la de las ciudades arrasadas y los sojuzgados imperios. En Europa, de tantos siglos atrás cristiana, la voz del pobre Francisco, predicando el rigor evangélico, no había menester sino tocar las conciencias para que despertasen las ideas mamadas con la leche, disueltas en el espíritu de las gentes; desfallecidas quizá, nunca muertas. A la raza agarena, hecha á soñar con un paraíso de materiales goces, cuyo ingreso se compra á precio de cabezas de enemigos; prendada de la poesía, del color, de la luz, de lo carnal y tangible, no podía conmover la espiritual hermosura de la pobreza, de la penitencia, del frenesí de la cruz. De suerte que ni áun honraron en Marruecos á los misioneros con el recelo que inspiran los novadores: tuviéronlos solamente por locos y maniáticos, inofensivos primero, molestos después, insufribles por último. El mismo aprecio merecieron de allí á pocos años los sublimes már-

tires de Ceuta (11), siete Franciscanos que ganaron la triunfante palma tras de haberse preparado comulgando y lavándose los piés entre sí, y de dejar escrita una carta digna de los siglos heroicos del cristianismo (12), y que caminaron á rendir los cuellos al acero, cual los griegos de las Termópilas, descritos por un gran poeta, como si fuesen á espléndido convite (13).

Mas no padecieron en balde los generosos confesores, que así como suele ocurrir que el polen de una flor es llevado por el aire á larga distancia para fecundar otra flor en distinto clima, el martirio de los Franciscanos, infructífero en Marruecos, fué eficacísimo en Europa. La Orden de Menores, que briosa y joven salía al palenque, recibió de sus protomártires el bautismo cruento, la consagración de la sangre que ha menester toda obra redentora. De aquella sangre brotó el taumaturgo de Padua; y así como el empeño que puso Francisco en evangelizar las comarcas de Oriente hizo de sus discípulos fieles custodios del sepulcro de Cristo y de los lugares testigos de su Pasión, el suplicio de los mártires de Marruecos cimentó para siempre en el fértil Magreb la tolerancia y el respeto hacia la Orden de Asís y el culto cristiano, que consintió el Miramamolín en sus dominios, con condición expresa de que fuese servido por hijos de san Francisco (14). Todavía hoy en las aldeas

berberiscas, como en las tolderías y aduares beduinos, es acogido con amorosa familiaridad el fraile misionero y venerado el burdo sayal, proscrito en las ciudades católicas de España (15).

· Volvamos á Francisco, que corría á Italia espoleado del afán de defender á su dama la virgen Pobreza; pues mientras las cinco rojas flores franciscanas embalsamaban el antiguo jardín de las fabulosas Hespérides (16), y la Orden cogía en Mauritania el primer lauro, en Italia era combatida por la primer borrasca, y resonaba la primer nota disorde en la celestial sinfonía de Asís. Ya en el capítulo de las Esteras Juan de Eustaquia y Elías de Cortona habían tratado de insinuar á Francisco, por mediación del Cardenal protector Hugolino, la conveniencia de que mitigase el rigor de la regla en el artículo de la pobreza: sabemos cuál fué la respuesta de Francisco. Ahora, en torno del mismo Elías, nombrado General de la Orden, comenzaban á agruparse los que querían engrandecerla según la carne y no según el espíritu, y llegaban á oídos de Francisco noticias de la edificación de capaces y suntuosos conventos, de hábitos de fino paño, de celdas cómodas y apacibles, á la vez que de graves novedades en el régimen interior: sus frailes, hechos á comer indiferentemente, á fuer de pobrecillos y mendigos, lo que la caridad les diese, conforme Cristo enseñó á sus

apóstoles para cuando peregrinasen por el mundo, y á vivir lo mismo de succulentos manjares que de tosca galleta de maiz, estaban ahora sujetos á una prescripción fija de abstinencia de carnes; aparente austeridad, que en el fondo pugnaba con el espíritu de la regla. Hacíasele á Francisco largo el camino de vuelta á Europa.

Detúvose en Venecia, y una tarde salió á espaciar el ánimo por las márgenes de las lagunas. El paisaje, ameno al par que melancólico, convidaba á meditación: en lontananza se tendía la azul planicie del Adriático, erizada de menudas olitas; á los piés del Santo dormitaba el agua parda é inmóvil de los canales, y sombreábanla frescas plantas palúdicas, abedules y cañaverales de follaje lustroso. En aquel lugar solitario, pocas veces hollado del humano pié, se refugiaban infinidad de aves acuáticas, que saludaron á Francisco con regocijada algarabía. Rogóles Francisco que guardasen silencio, y arrodillándose, comenzó á alabar á Dios con el rezo de las horas: y entretanto las aves, paradas en graciosas actitudes de reposo, formaron círculo en torno suyo, sin aletear siquiera. En el lugar donde ocurrió tan poética escenase alzó una ermita y un convento más tarde (17).

De Venecia pasó Francisco á Padua, á Bérgamo, á Cremona, donde halló otra vez á Domingo de Guzmán, el cual bendijo, á rue-

gos de Francisco, las aguas malsanas de una cisterna, purificándolas. De Cremona siguió á Mantua, entrando por fin en la sabia Bolonia. Innumerable concurso salió á recibirle fuera de las puertas de la ciudad: pasado era el tiempo en que profesores y le- gistas escarnecían á los pobrecillos de Asís: la fama de Francisco llenaba la cristiandad, y atropellábanse las gentes por contemplar de cerca al hombre extraordinario y tocar el borde de su raida túnica. Dos de los me- jores estudiantes de cánones, Peregrín Fale- rone y Rizzerio de Mucia, corrieron á pe- dir el hábito penitente, y con ellos entró en la Orden Bonicio, compañero íntimo de Fran- cisco después. En aquella ocasión fué cuando el arcediano Tomás de Espalatro escribió el curioso documento, hallado en los antiguos archivos de la Catedral, que dice así: «Yo, Tomás, ciudadano de Espalatro y arcediano de la iglesia catedral de la misma villa, sien- do estudiante en Bolonia por los años de 1220, he visto, el día de la Asunción de la Madre de Dios, á san Francisco predicando en la plaza pública, ante el Palacete, hallándose allí toda la ciudad congregada. Dividió su ser- món de esta suerte: ángeles, hombres y de- monios; y de estas criaturas, inteligentes to- das, discurrió tan bien y con tal exactitud, que muchos literatos que le escuchaban se mara- villaron de que así lo platicase un hombre sen-

cillo. No siguió el estilo ordinario de los predicadores, ántes como orador popular habló solamente de la extinción de las enemistades y de la necesidad de estipular paces y concordia. Era su hábito roto y sucio, exigua su persona, demacrado su rostro; pero Dios prestaba á su palabra eficacia tal, que multitud de hidalgos, que desenfrenados y crueles habían vertido mucha sangre, se reconciliaron allí mismo. El afecto y veneración por el Santo eran tan universales y fuertes, que hombres y mujeres corrían á él en masa, y dichoso quien lograba tocar la fimbria de su ropa.»

Hallábase en Bolonia el cardenal Hugolino; Francisco fué ante todo á besarle la mano, y después á visitar el convento construido á costa de la ciudad y regido por Juan de Eustaquia. Apenas hubo fijado la vista en el edificio, exclamó con profundo dolor é indignación: «¿Y es esta la casa de los Menores? Mejor parece morada de príncipes. A ninguno que en ella habite reconoceré por hijo mio. Ea, si ahí dentro hay algun fraile Menor, que salga y la abandone luego.»—Dóciles y confusos fueron saliendo todos, incluso León, la *Ovejuela de Dios*, que gravemente enfermo se hizo conducir en brazos fuera. Toda la ciudad de Bolonia, y con ella Hugolino, rogó entonces á Francisco permitiese á los frailes habitar la casa erigida por la devoción, y de la cual no se tenían por propietarios, ántes la consi-

deraban dada de limosna. Mal de su grado hubo al fin de acceder Francisco; pero á guisa de protesta no quiso aposentarse en el convento, y á todos sus moradores ordenó hacer expiatoria penitencia. Después, en compañía de Hugolino retiróse Francisco al monasterio de la Camándula, empinado en la majestuosa cima de los Apeninos, que ve y domina, según la descripción de Ariosto (18), las costas adriáticas y mediterráneas, el mar de Toscana y el de Esclavonia, y al cual rodean centenarios abetos y castaños frondosísimos. El tiempo que pasó allí en soledad y recogimiento fué uno de los períodos de calma que tanto necesitaba Francisco para cobrar ánimos y proseguir valerosamente su obra. Hecha larga oración y contemplación en la Camándula, separáronse los dos amigos, tomando Hugolino la vuelta de Bolonia y Francisco la del monte Albernia. Iba con Francisco uno de sus frailes, mancebo de Asís, de muy noble estirpe, y viendo al Santo montado en un jumentillo que para remediar su cansancio le prestara un labriego, decía entre sí:—«Hé aquí que el hijo de Pedro Bernardone va caballero, y yo á pié sirviéndole de paje.»—Francisco adivinó lo que pasaba por las mientes al mozo, y apeándose, le ofreció su cabalgadura.—«Sube, le dijo, que no es razón que el hijo de Bernardone vaya mejor acomodado que tú, que eras más ilustre en el siglo.»—Arrojóse el joven fraile,

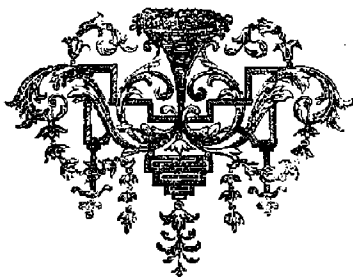
encendido de vergüenza, á las plantas del Santo, y las bañó con lágrimas de arrepentimiento.

Llegando Francisco al valle de Espoleto, vióse rodeado de sus frailes que de los muchos conventos de los contornos acudían á verle, á cerciorarse con el testimonio de los ojos de que no había perecido en la arriesgada misión de Palestina. Especialmente los partidarios de la pobreza estrecha, los futuros celadores, rebosaban júbilo por la vuelta del Santo. Francisco comenzó á girar visitas á los conventos, con propósito de observar hasta dónde se relajaba é infringía la regla. Fray Hubertino de Casal, que escribió á principios del siglo XIV, refiere una anécdota concerniente á esta visita, anécdota decimos, porque la veracidad de Hubertino no es tal que permita dar á sus palabras completo asenso. Conforme á la relación de Hubertino, el general fray Elías se atrevió á presentarse ante Francisco con hábito de rico y primoroso paño, de luenga y piramidal capilla y el talle ceñido con cuerda muy prolijamente labrada: y Francisco, alabando mucho ante todos los frailes la elegancia y buen corte de la ropa, pidióla prestada por ver cómo le caía; y vistiéndola, comenzó á pasearse con prosopopeya, erguida la cerviz, saliente el pecho, y dirigiéndose en tono protector á los atónitos frailes, les decía:—«Buenas gentes, Dios os dé paz» (19).—Y de pron-

to, arrebatado, encendido, arrojó lejos de sí el hábito, gritando:—«Así vayan los hijos espúreos de la Orden» (20).

Lo que puede darse por cierto es que Francisco, al tornar de Siria, halló iniciados en su Orden los abusos y disturbios que más adelante habían de desgarrarla. Y en el primer paroxismo de la amargura que affige á cuantos encuentran dificultada la realización del ideal por la flaqueza y miseria de la humana condición, tuvo entre el silencio y paz nocturna apocalipsis maravillosa y terrible. Vió una estatua de desmesurada magnitud: el semblante era bellísimo y de oro puro y resplandeciente fabricado; el pecho y brazos de plata bruñida; de bronce el vientre y los muslos; de hierro las piernas, y los piés de arcilla. Absorto miraba al coloso, el cual le habló diciéndole:—«Esta es tu Orden: la cabeza de oro, representa los tiempos heroicos del primitivo fervor; los brazos de plata, el período de engrandecimiento en que producirá apologistas, sabios, prelados y pontífices; los muslos de bronce, la época de propagación y difusión grande, pero en que el encendimiento del espíritu se amortigua; las piernas de hierro figuran el cisma, las disputas y desavenencias interiores, la dureza del corazón falto de caridad; y, finalmente, el pié de arcilla, simboliza la caída de los que se encenagarán en el lodo de la tierra, debiendo vivir en las cimas

del cielo.—No era esta bíblica y grandiosa visión de Francisco más que figura de una verdad que el historiador ve á cada paso patente; á saber, que no pueden las ideas divinas bajar á la tierra sin exponerse á que empañe su nitidez y hermosura la imperfección humana. Y así como en blanco lino se echa de ver toda mancha, y al diáfano cristal hasta el vaho del aliento lo deslustra, así Francisco la más leve falta tenía por defecto gravísimo en la pureza de su Orden.



NOTAS.

(1) *Respondit socius: Frater, pro minimo tibi sit ut ab hominibus judiceris, quia non modo incipis fatuus reputari.* San Buenaventura: *Vida de San Francisco.*

(2) « Como el Rey se hallaba sentado enfrente del Sultán, prorrumpió de repente en llanto, y habiéndole preguntado el Sultán por qué lloraba de aquel modo; *motivo tengo para ello*, respondió: *cundo veo al pueblo, confiado por Dios á nuestros cuidados, perecer en medio de las aguas y atormentado por el hambre.* Enternecido de su pesadumbre, el Sultán lloró igualmente. » Cantú: *Historia Universal.*

(3) *Tandem vero metuens ut aliqui de exercitu suo verborum ejus efficacia ad Dominum conversi, ad christianum exercitum pertransirent, cum omni reverentia et securitate ad nostrorum castra reduci præcepit, dicens ei in fine: — Ora pro me, ut Deus legem illam et fidem, quæ magis sibi placet, mihi revelet.* Jacobo de Vitry: *Historia Occidental.*

(4) Calcúlanse, segun Mateo Paris, en treinta mil los cautivos cristianos á quienes de una sola vez dió libertad Malek; y á su muerte dejó grandes sumas destinadas á los hospitales cristianos y á rescate de esclavos.

(5) *Vidimus primum hujus Ordinis fundatorem et magistrum, virum simplicem et illiteratum, dilectum Deo et hominibus, fratrem Franciscum nominatum, ad tantum ebrietatis excessum et fervorem spiritus raptum fuisse, quod cum ad exercitum christianorum ante Damiatam in terra Ægypti devenisset, ad Soldani Ægypti castra intrepidus, et fidei clypeo munitus, accessit.* Jacobo de Vitry : *Historia Occidental.*

(6) Con referencia á una leyenda antigua, guardada en el archivo de Santa Cruz de Coimbra, narra el cronista Marcos de Lisboa de distinta manera este incidente. Segun el viejo manuscrito, lo que la Reina preguntó á los misioneros fué si moriría antes ó después de ella su esposo : y los frailes dieron por respuesta que moriría primero el que primero saliese á recibir sus reliquias. Con esto la reina, al tener noticia de que ya se acercaban á Coimbra los despojos de los mártires, rogó al Rey se adelantase, que ella le alcanzaría presto. Estaban las reliquias á una legua de Coimbra, y el Rey y su séquito iban á encontrarlas, cuando cruzando por un bardal cerdoso jabalí, incitó á Alfonso II, grande amigo de caza, á entrarse por el monte ; y la Reina, que detrás venía por el camino trillado, fué la primera en topar los santos cuerpos, y entendió que á despecho de sus ardides, la cogía el peso de la sentencia.

(7) Doña Sancha murió en olor de santidad y muy venerada del pueblo lusitano.

(8) La Giralda.

(9) Calculando por la fecha en que se verificó el suplicio de los protomártires franciscanos, el Miramamolín que se hizo verdugo suyo, debió ser El-Mustansir, hijo del Rey Verde, el vencido de las Navas.

Los emperadores de Marruecos tomaban el título de *Amir-el-Mumenin*, ó sea Príncipe de los Creyentes, desde que uno de ellos, Jusef, conquistó el país dominado por los musulmanes en la Península, y todos los príncipes mahometanos le reconocieron por jefe y señor; y los españoles por corrupcion hicieron de *Amir-el-Mumenin* la palabra *Miramamolín*. El-Mustansir, en modo alguno heredero de las dotes guerreras de su padre el Rey Verde, murió en el año de 1224, á los veintiuno de su edad, de la cornada que le dió una vaca brava, que con gran número de toros trajera de España para la lidia, á que era aficionadísimo; y habiendo los protomártires ganado la corona en 1220, resulta que El-Mustansir contaba diez y siete años cuando les partió el cráneo con su cimitarra.

(10) Escribieron asimismo las actas de los protomártires el Obispo de Lisboa, el Provincial de los Menores en Portugal, y el doctor Juan Tisserando, con arreglo á los datos suministrados bajo juramento por los hombres de armas del Infante.

(11) Aunque muchos historiadores de san Francisco, y entre ellos el recientísimo P. Palomes, fijan la fecha del martirio de los siete frailes en Céuta un año despues del de los de Marruecos, el padre Magliano, que tan esmerada y diligentemente rectifica la cronología de la leyenda franciscana, demuestra como este suceso no pudo ocurrir hasta 1227, segun consta de la crónica de los veinticuatro Generales, y así lo consignan los Breviarios corregidos.

(12) Llamábanse los misioneros de Céuta, Angel, Domilo, León, Nicolás, Samuel y Ugolino, é iban al mando de Fr. Daniel de Calabria. Cargados de cadenas en su prisión, dirigieron al párroco del barrio de Genoveses, en Céuta, la epístola siguiente:

« Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, que nos sostiene en las tribulaciones, y que preparó al patriarca Abraham la víctima para el sacrificio; á Abraham, que obtuvo la justificación y amistad de Dios, porque dejó su patria y vagó por el mundo henchido de confianza en los mandamientos del Señor. En consecuencia, el que fuere sabio, hágase insensato para saber más, pues la ciencia mundana, ante Dios es locura. Nos han dicho: id, y predicad el Evangelio á todas las criaturas, y enseñad que al siervo no toca ser mayor que su amo. Si os persiguieren, considerad que yo también fui perseguido.—Y nosotros, siervos pequeñuelos é indignos, hemos dejado la patria, hemos venido á anunciar el Evangelio á las naciones infieles, somos para los unos aroma de vida, para los otros hedor de muerte. Hemos predicado aquí ante el Rey y ante su pueblo la fe de Jesucristo, y nos han cargado de cadenas. Pero sin embargo, estamos sumamente consolados en nuestro Señor, y esperamos que reciba nuestra vida como holocausto agradable.—Al noticiarles la sentencia de decapitación, los seis frailes cayeron á los pies del ministro Daniel exclamando con lágrimas: « Gracias damos á Dios y á ti, padre, que nos has guiado á ganar la corona del martirio. »—Daniel respondió:—Regocijémonos en el Señor, hoy es día de fiesta; los ángeles nos rodean, el cielo está abierto..... »

(13) «

Parea che a danza, e non a morte, andasse
ciascum de' vostri, o a splendido convitto

.....

dice Leopardi pintando la actitud de los soldados de Leonidas en la defensa del memorable desfiladero; y el antiguo cronista franciscano había escrito ya, casi con las mismas palabras: « Ibant illi gaudentes Do-

minum laudantes, perinde ac si ad opiparum essent invitati convivium.»

(14) En 1227 tomó Fr. Agnelo, compañero de san Francisco, el título de Obispo de Fez y Marruecos, por letras apostólicas de Gregorio IX, y desde entonces, no sin grandes vicisitudes, y alguna vez persecuciones y martirios, no han dejado los franciscanos de residir en el Magreb. Es muy curioso notar como los marroquíes, reacios y tercios en recibir la doctrina del Evangelio, veneraban sin embargo cada vez más á los frailes, y hasta solían atribuir las calamidades públicas á cualquier molestia que se les causase. Acerca de este asunto y otros no menos interesantes referentes á nuestros vecinos de Africa, véase la obra reciente de Fr. Manuel Castellanos: «Descripción histórica de Marruecos.»

(15) Los franciscanos, que en Africa usan su túnica y capilla tradicionales, se han visto precisados á ocultarlas en España bajo una especie de manto eclesiástico, y á cubrirse la cabeza con un sombrero de canal, á fin de no llamar la atención, y quizás provocar la agresión de las gentes.

(16) En el territorio del Magreb (la Mauritania Tingitana de los antiguos geógrafos) y hacia los últimos estribos del Atlas sobre el Océano, se creyó situado el jardín de las Hespérides.

(17) Llámase del Desierto de Contrada.

(18)
Apennin scopre il mar Sciavo é il Tosco
.....
.....

(19) «*Bonæ gentes: Dominus det vobis pacem.*»

(20) «*Sic incident bastardi Ordinis.*»



CAPÍTULO VII.

PASIÓN.

El pesebre de Grecio. — Prueba. — Donación del monte Albernía. — Descripción. — Sed de la Cruz. — Última morada. — El serafín. — Luz en derredor del monte. — Los estigmas y llagas del costado. — Calor que exhala Francisco. — Despedida.

.....
Pone me ut signaculum super
cor tuum, ut signaculum su-
per brachium tuum, quia for-
tis est ut mors dilectio.
.....

*(Canticum Canticorum, C. VIII.
v. 6.)*

.....
Ponme como un sello sobre tu
corazón, como un sello sobre
tu brazo: que más fuerte es el
amor que la muerte.
.....

*Cantar de los Cantares. (C. VIII.
v. 6.)*

ANTES de referir los dolores del cal-
vario franciscano, detengámonos un
punto en las inocentes alegrías del
pesebre de Grecio. Cuando Honorio III hubo
aprobado la segunda regla, Francisco solicitó
y obtuvo autorización para celebrar solemne-

mente en el caro conventillo la próxima Navidad. Con tal ocasión soltó Francisco la rienda á su poética y ardiente fantasía meridional. En una gruta de la montaña formó el establo, y sobre el heno del pesebre colocó la imágen del Salvador reciennacido; á su lado la Madre Virgen contemplándole amorosa, el patriarca José velando á la criatura indefensa, la mula y el buey exhalando tibio aliento para calentar sus desnudas carnes. Por todo el monte sembró luminarias, y repartió hachas encendidas á los frailes y al pueblo venido de los lugares comarcanos. Francisco hacía estos preparativos con júbilo infantil, con vivos extremos de gozo; y viendo admirados á los frailes, decía-les: — «Dejadme, hijos, dejadme, que yo soy el loquillo del niño de Belén, *fatuelus pueri Bethlehem.*» — A media noche, en el monte orlado de festones de luz, se celebró el oficio divino, haciendo de altar el pesebre, cantando Francisco el Evangelio revestido de diácono: era templo la naturaleza, cúpula los cielos, y muchos de los que con alma creyente asistían á la ceremonia vieron un hermosísimo infante, vivo y trémulo de frío, que dejando el lecho de paja, iba á abrigarse en brazos de Francisco acariciándolo.

Dos años había sufrido Francisco terrible prueba espiritual; y padecido gran sequedad y oscuridad interior, aquel estado que los místicos llaman desolación y es universal desam-

paro con falta de todo consuelo: desmaya el corazón, envuelto en tristezas, temores y desconfianzas, y en la oración no halla sino cansancio y hastío: momentos en que el Rey profeta gime que las aguas penetraron hasta su alma, y el Hijo del Hombre, colgado en la Cruz, exclama:—«Padre mio, ¿por qué me abandonasteis?—La tribulación se disipó como las tinieblas al rayar la aurora, cuando Francisco hubo oído una voz divina que le mandaba:—«Si tienes fe, coge esa montaña y trasládalala á otro lugar.»—«¿Cuál es la montaña?»—preguntó Francisco.—«La tentación.»—«Hágase, pues,»—pronunció con firme y vehemente voluntad, y en efecto, al punto dejó de pesar la enorme montaña sobre su espíritu, y se halló libre de arideces y lleno de regocijo. A poco de la representación del misterio en Greccio, pasó á predicar á Foligno, y acompañábale su vicario fray Elías, el cual de noche tuvo una visión: se le presentó un anciano sacerdote con blanca túnica, y le dijo:—«Vé y advierte á Francisco que ya se cumplieron diez y ocho años desde que renunciando al mundo se unió á Cristo, y que dos le quedan sólo de vida.»—No bien recibió Francisco el aviso, retiróse á su predilecto monte Albornia con cuatro compañeros, que Celano designa por sus cualidades: Maseo, el fraile de la exquisita discreción; Rufino, el de la paciencia singular; Angel, el de la gloriosa sencillez, y León,

el de cuerpo vigoroso y ánimo benigno. Estas eran las cuatro columnas en que Francisco descansaba (1).

Cómo vino á poseer Francisco aquellas breñas de Albernia, Gólgota de su crucifixión, lo hallaremos en las *Floreccillas*, referido con gran copia de pormenores. Yendo de Espoleto á Romanía, pasaron un día Francisco y León ante el castillo de Montefeltro, y vieron gran tropel de gentes en muestra festiva: el joven conde de Montefeltro acababa de recibir la orden de caballería, y lo celebraba con banquete y funciones: oíase alegre relinchar de corceles, trovas de cantores provenzales y de juglares italianos llamados para amenizar la fiesta. Recordó Francisco cuán caras habían sido á su mocedad las caballerescas usanzas, y dijo á León:—«Entremos, que vamos á armar un caballero espiritual.» — Cruzó el patio de honor, subióse á un muro, y empezó á predicar tan elocuentemente sobre el tema:— «Tanto es el bien que aguardo, que todo dolor me es deleite»—(2) que así nobles como hombres de armas y vasallos allí reunidos interrumpieron juegos y solaces, y suspensos le oían. Entre los primeros se hallaba Orlando Cataneo, señor de Casentino: cuando Francisco bajó del improvisado púlpito, Orlando le llamó aparte. — «Padre, —le dijo, — quisiera hablar contigo de la salvación de mi alma.» — «Honra ahora el festín á que estás invita-

do, — contestó Francisco, — que lugar habrá para que departamos despues.»—Así que Orlando se levantó de la mesa del banquete, buscó otra vez á Francisco, y tras de larga plática:—«Padre,—insinuó,—poseo en Toscana una montaña muy religiosa, llamada Albernia: es aislada, silvestre, conveniente para los que desean hacer penitencia lejos del mundo: si te agrada, te la daré para ti y tus compañeros en descargo de mis pecados.»—«Señor,—respondió Francisco,—cuando vuelvas á tu castillo te enviaré algunos de mis discípulos, verán el desierto, y si realmente es propio para hacer vida religiosa, acepto tu caritativa oferta.»—Volvióse el conde Orlando á sus dominios, Francisco á Santa María de los Ángeles, desde donde expidió dos frailes á Casentino, distante una milla de Albernia: y acompañados de Orlando y de una escolta de cincuenta hombres de armas para precaverse de los bandidos y las fieras, vieron el monte, cuya hórrida soledad les pareció á maravilla dispuesta para contemplación y retiro; y sobre empinada meseta entretejieron unas celdillas de ramaje, tomando así posesión del lugar.

Cuando supo Francisco la traza del monte, con alegre rostro dijo á los frailes:—«Hijos, cerca está nuestra Cuaresma de San Miguel Arcángel: pienso que sea voluntad de Dios la celebremos en esa montaña bendita.»—

Tomó consigo á León, Angel y Maseo, y emprendió la caminata. Como fuesen aproximándose á la áspera falda del collado, y Francisco, exhausto con vigiliass y ayunos no pudiese andar, pidieron á un pobre labriego les prestase su asno, — «¿Sois vosotros, — interrogó el campesino — de esos frailes del fraile de Asís, de quien dicen tanto bueno?» — Al oír que para el fraile de Asís mismo le pedían la montura, dióla con gran reverencia; y andando un trecho de camino, preguntó á Francisco: — «Dime, ¿eres el hermano Francisco de Asís?» — Sí, — declaró Francisco. — «Pues procura, — repuso el villano — ser tan bueno como te creen las gentes: porque muchos tienen gran fe en ti: y así te amonesto á que no seas distinto de lo que esperan.» — Enamoró tanto á Francisco la rústica ingenuidad del buen hombre, que arrojándose del asno le tomó y besó los piés, agradeciendo el aviso. Acercábanse á la mitad de la subida, que era ágría y el calor mucho, el labriego comenzó á gritar que moría de sed. Francisco se arrodilló, poniéndose en oración, y de dura peña brotó un chorro de agua viva, en que todos se refrigeraron. A poco de llegados á la cumbre, Orlando acudió con provisiones para sus huéspedes: pidióle Francisco que le edificase una ermitilla al pié de copuda haya, desviada un tiro de piedra de las celdas prevenidas para los demas frailes. El Conde se ofreció á atender á

la subsistencia de todos: mas no bien hubo Orlando tornado á su castillo, Francisco les dijo: — «No os atengais tanto á la caritativa promesa de Orlando, que en algo ofendais la santa pobreza nuestra señora (3). Tened por cierto que cuanto más despreciemos la pobreza, más nos despreciará el mundo, y más necesidad padecerémos; pero si estrechamente nos abrazamos con la santa pobreza, el mundo correrá á nosotros y dará copioso sustento.»

Singular complacencia probó Francisco en el apartamiento del monte. Es Albernía el más alto collado de la cordillera de los Apeninos; conjunto de enormes peñascos y hondos precipicios, lamen sus faldas el Arno y el Tiber. Por tres lados es enteramente inaccesible, y de una sola parte le dan entrada bravías trochas, más que para planta humana, dispuestas para la ágil pezuña de la cabra montés. Corre por sus flancos algun riachuelo, y á veces nemoroso grupo de hayas presta sombra á las calcinadas peñas. De las fisuras del terreno brotan hierbas aromáticas y medicinales, y alza sus tallos y su flor rastrera, defendida por espinosas hojas, la *imperial*, que la tradición supone fué señalada por un Ángel á Carlomagno, como remedio á la peste que invadía la armada franca (4). El ambiente, dilatado, puro y límpido, propaga con extraña intensidad el sonido en aquellas latitudes; y cuando el conde Orlando, á fuer de

generoso huésped, hubo descolgado la campana de su torre señorial para ofrecerla á los solitarios, el tañido melancólico despertó con vibración grave los múltiples ecos de la montaña. Francisco vivía en íntima familiaridad con árboles, arroyos y grutas. Ni uno solo de aquellos riscos ignoraba los rezos y éxtasis del penitente. Un halcón, morador del haya que sombreaba la celda, de tal suerte llegó á acostumbrarse á la presencia de Francisco, que doméstico y cariñoso bajaba á comer en el hueco de su mano. Pero los breñales son albergue de fieras, y en Albernia vivía una de las más sanguinarias, un hombre expulsado de la sociedad, un facineroso sármata, que perseguido por sus fechorías huyera de su tierra, y se cobijaba en las madrigueras del collado, bajando á veces al llano á despojar y asesinar viajeros; por su crueldad, los campesinos espantados le llamaban el *Lobo*. Enfurecido por la instalación de los frailes, se presentó un día ante ellos profiriendo temerosas amenazas; Francisco le tendió los brazos, y el bandolero cayó á sus piés demandándole el sayal; en vez de *Lobo*, Francisco le llamó *Cordero*, frate *Agnello*: recuerda esta tradición una masa de rocas, mayor que las restantes, y de ellas separada por un abismo que cruza frágil puente, sitio salvaje conocido hasta el día de hoy por *Sassò de fra Lupo*. Parece que á imitación de sus fieros habitantes, se rindió tam-

bién al amoroso conjuro de ~~Francisco~~ el montaraz desierto, puesto que la leyenda afirma que Albernia, árido al pisarlo los frailes, se cubrió despues de lozano verdor.

Cuando Francisco se recogía á la celdilla para meditar y orar, sólo fray León, la *Ovejuela* predilecta, penetraba en su retiro llevándole pan y agua. Un dia halló á Francisco arrobado, alzado del suelo, y sobre su cabeza vió áureo letrero que decía:—«Aquí está la gracia de Dios.»—En el mismo lugar, y para consolar á León de una interior congoja, escribió Francisco la bendición que se ha conservado y trasmitido hasta nosotros (5). Era fray León confidente de los tiernos secretos de su maestro; en cierta ocasion, como se dispusiera á tender los manteles sobre una larga losa que servía á Francisco de mesa, éste se alzó con ímpetu y exclamó:—«Hermano Ovejuela, sobre esa losa se me ha aparecido nuestro Salvador Jesús; prepara bálsamo y perfumes para ungirle, que es el ara de Dios (6).»—Mas no tenían tan dulce sabor todas las visiones de Francisco; otras veces eran obsesiones tremendas; Satanás intentaba precipitarle de altísimo tajo á pavorosa sima, y al asirse los crispados dedos de Francisco al granito de la roca, ablandábase éste, permitiendo que hiciese presa y se sostuviese sin rodar al despeñadero.

Cuando Francisco, recibida la advertencia

del plazo de su muerte, subió por última vez á la amada montaña, entendió dentro de sí que algun extraordinario acontecimiento le estaba apercibido. Para consultar la voluntad divina, valiése del medio que había empleado cuando comenzaba á sentir las ansias de la vocación; tres veces hizo que la Ovejuela abriese el Evangelio, y otras tantas salió la pasión de Cristo. Con esto se le hizo patente que, cumpliendo sus más fuertes deseos, iba á participar de los dolores y suplicios de la Pasión. Siempre anhelaba ajustarse en todo al modelo de Cristo, como se ve por muchas acciones de su vida; pero especialmente quería identificarse con sus suplicios y muerte. Abrasábasele el alma en aquella sed inextinguible de sufrimiento y cruz que consumió las más elevadas y heroicas de la Edad media. Como san Bernardo, ansiaba Francisco hacer con los dolores del Salvador un ramillete de mirra y ponérselo en el seno, y no apartarlo de sí nunca. Continuamente se ofrecían á su imaginación las afrentas, martirios y escarnios padecidos por Jesús, y veía representada la tragedia del Gólgota. Las imágenes del Crucificado le movían á tal piedad, que parece que le llevaban tras sí las entrañas. Solía abrazar con tierna lástima los piés del Crucifijo, exclamando: —«¿Por qué estás tú en la Cruz y yo no?» —«En nada debemos gloriarnos, (decía también) sino en la Cruz de Cristo, llevándola y padeciéndola con

él á todas horas. «¡Pájaros, suplicaba á las aves del monte Albornia, no canteis, sino gemid; hermanos arroyuelos, lloremos juntos; y vosotros, árboles, no endereceis las ramas al cielo, ántes dobladlas y unidlas en figura de cruz!»—Su enajenamiento llegó á tanto, que ni le bastaban los ojos para las lágrimas, ni le cabían en la boca las quejas, ni en el corazón los suspiros.»—Preguntábanle la causa del continuo llorar, y respondía:—«Lloro por la dolorosa y amorosa Pasión de Cristo.»—En sus oraciones solicitaba para su cuerpo los suplicios de Jesús, y para su espíritu el amor desmedido que le hizo soportarlos. Subían de punto estos afectos en la cueva de la montaña, cuyos cóncavos creía Francisco haber sido abiertos por el terremoto que sacudió al orbe en la agonía del Salvador (7). En suma, engolfado Francisco en el amargo mar de la Pasión, y sediento del acerbo licor bebido por Cristo en el cáliz del monte Olivete, no cabía en sí, y sentía arrancársele el alma á puras violencias del deseo, que no parece que la tuviese en donde tenía su cuerpo ya. Muerto del todo á las cosas del mundo, las potencias dormidas, vivo sólo el amor, abrazábase con la Cruz, derritiéndose todo en anhelos de sentir en carne y espíritu los dolores de la víctima de paz. Después de pasar por la tribulación de tristeza y frialdad que dijimos, era llegado á aquella Morada sexta que explica nuestra mis-

tica Doctora, donde el alma, habiendo conocido más y más en las cinco anteriores la grandeza de Dios, y hallándose al par tan ausente y apartada de gozarle, ve crecer con el amor el deseo, y á veces por mínimas circunstancias, por un ligero pensamiento, por una palabra se siente herir de un ímpetu amoroso, como rayo ó saeta de fuego que ata las potencias y las anonada; hasta aquí se rendía á la voluntad de Dios, ahora ya no es señora de su razón, ni hay criatura de la tierra que le pueda hacer compañía sino sólo el objeto amado; y perdidos los estribos de los sentidos en este traspasamiento y arrebató, tan imposible viene á ser resistir sus extremos, como estando metido en llamas no quemarse (8). Mas ya la gracia, arrolladora y pronta como un torrente, se disponía á subir á Francisco hasta la inefable Morada sétima, última que en la tierra puede habitar el espíritu humano. Al llegar aquí todo hagiógrafo moderno cede la palabra á san Buenaventura, persuadido de no poder competir en la narración del misterio del Gólgota franciscano con el filósofo, el poeta, el santo, el que inflamó su inteligencia en la misma hoguera que consumía el corazón de Francisco. Diga, pues, el seráfico Doctor los arcanos amorosos de los serafines.

«Cuando el fiel siervo y ministro de Dios Francisco, dos años ántes de dar el espíritu, hubo empezado el ayuno cuaresmal á honra

del arcángel Miguel en el lugar eminente llamado Albornia, reboseó más de lo acostumbrado dulzuras de contemplación, y encendido en llama ardentísima de celestial deseo, comenzó á sentir en mayor copia los dones y carismas de la gracia. Mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba á Dios, y por compasiva ternura transformábase en el que por caridad quiso ser crucificado, hé aquí que una mañana, hácia la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz (9), orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogositas, quien con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios; y quedándose suspenso en el aire, apareció á un tiempo alado y crucificado: brazos y piés extendidos y fijos en cruz, y las alas en disposición maravillosa; porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura del rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo, y con las dos de enmedio volaba. Pasmóse de admiración Francisco, y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado de la belleza de la aparición que le favorecía, aquél del cruento espectáculo del suplicio, que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la imposibilidad de la seráfica naturaleza, la visión se le ofrecía en aquel aspecto por que en-

tendiese que nó con martirios de la carne, sino con incendios del espíritu, debía transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado. Despareció la visión después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con ardor seráfico, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del crucifijo: nó de otra suerte que la cera blanda á los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente empezaron á descubrirse en manos y piés los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalían de las palmas, y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los piés sobresalían las cabezas á los empeines, y las puntas retorcidas en las plantas: y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza, con labios rubicundos de la sangre, que vertían tanta que á veces teñía la túnica y paños menores» (10).

No dejó Francisco escrito cuál fuese el estado de su alma después de recibidos los estigmas, pero imaginémoslo segun los trasportes que de sí refiere nuestra Doctora al sentir el dardo de oro y llama con que le transverberaba las entrañas Cristo en forma de serafín. —«Era tan grande, dice santa Teresa (11), el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este

grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aún harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensase que miento.»—Recordemos las cláusulas ardientes del poeta que en *In foco* parafraseó los gemidos de amor de Francisco, los arrobos y sabrosas penas de su martirio deleitable.—«En una hoguera me puso el amor: el amor me puso en una hoguera, ¡hoguera de amor! El amante corderillo, mi nuevo esposo, me dió una sortija: prendióme, y después me hirió con un puñal, partiéndome el corazón; partiéndome el corazón y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el carcaj del amor flechas mortales: en guerra se trocó mi paz, y de amor espiró» (12).—Pinta aquí el poeta el instante de la lucha: mas ya logró el alma victoriosa remontarse hasta la Morada sétima, donde Dios le comunica la más subida merced: no puede apartarse de él, y es su relación más estrecha aún que la del desposorio, pues los desposados y unidos son dueños de separarse; pero acá el alma ya se juntó á Dios como el agua del cielo que cae en un río ó fuente, como luz que entra por dos ventanas de una misma pieza y se mezcla, que aunque entra dividida, se hace dentro una sola luz: en suma, muerta es el

alma y sólo vive en ella Cristo (13): todo se ha consumado. El poeta expresa esta final serenidad cantando:

«Luégo reviví y de tal modo me tornaron los ánimos, que pude seguir las huellas que á la córte del cielo me enderezaban. Y después traté paces con Cristo, porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.»

En la misteriosa noche de la estigmatización, todo el monte Albernia, dicen las *Floreccillas*, parecía arder en esplendente llama que iluminaba en torno montes y valles, como si el sol estuviese en el horizonte: y los pastores que en la campiña velaban, viendo inflamado el monte y tanta luz en derredor, sintieron miedo grande, según contaron á los frailes después, afirmando que por espacio de más de una hora había durado la llama sobre Albernia. Y asimismo los resplandores de esta luz, entrando por las ventanas de la posada, engañaron á unos muleteros que pasaban á Romanía, y que imaginando salía el sol, ensillaron y cargaron sus acémilas y emprendieron el camino hasta que cesó la luz y apareció el sol realmente (14). Bajó del monte Francisco, por último, trayendo consigo la efigie del Crucifijo, no figurada en tablas de piedra ó leño por mano de hábil artífice, sino escrita y delineada en su carne por el dedo de Dios vivo (15). De tal manera se había comunicado

á Francisco la condición de los serafines, puras sustancias abrasadas en un fuego penetrativo y continuo, que más adelante, habiéndole cogido la noche en despoblado con un compañero y no pudiendo éste resistir el frío y la nevada, tocándole sólo Francisco con la palma de la mano le prestó tal calor, que se durmió regaladamente hasta el alba; y otra vez mudándole León la venda de la llaga del costado, Francisco en un movimiento involuntario de dolor apoyó los dedos en el pecho de la Ovejuela, y León sintió en el corazón tal transporte y dulzura, que á poco se cae en tierra desmayado. Según la frase de Celano, una fuente de iluminado amor llenaba las vísceras de Francisco y le rebosaba por todas partes. Mas no era Francisco todavía el serafín glorioso, sino el crucificado, el mártir de amor. En este mundo—declara el cronista Salimbene—no hubo sino uno solo, el bienaventurado Francisco, en quien Cristo á semejanza suya imprimiese las cinco llagas: y como atestiguaba su amado compañero fray León, que se halló presente cuando lo lavaban para sepultarlo, parecía sin duda alguna el Crucificado descendido de la cruz: así pueden aplicársele las palabras del Apocalipsis:—«He visto uno semejante al Hijo de Dios.»—Por eso exclama san Francisco de Sales refiriéndose á la pasión de Albernia:—«¡Oh Dios! ¡Qué de amorosos dolores y de dolorosos amores! Porque no sólo

entonces, sino todo el resto de su vida anduvo siempre el pobre Santo arrastrándose y desfallecido, como enfermo grave de amor» (16).

En efecto, no eran las llagas aparentes y superficiales, sino abiertas, profundas, de parte á parte en manos y piés, traspasada cada una por un clavo de color oscuro y férreo. Las cabezas sobresalían; las puntas estaban por dentro como torcidas y remachadas, de suerte que entre el garfio se podía introducir un dedo. Dejaban libre el juego de nervios, músculos y tendones, pero al sentar el pié en el suelo causaban acerba tortura, por lo cual desde entonces hubo de usar Francisco báculo, y para los caminos, jumento. Santa Clara ideó unos ingeniosos zapatos de muesca, á fin de mitigar los dolores del Santo. Eran los clavos como de una carne nerviosa, duros, fuertes, sólidos y tan de una pieza, que empujándolos por la cabeza asomaba más la punta. De todas las heridas manaba fresca y copiosa sangre: León era el encargado de restañarla aplicando paños que mudaba con frecuencia. Tres dedos de ancho medía la del costado, que tenía abundantes hemorragias. Estos detalles tan dramáticamente realistas, que constan de los autores contemporáneos á Francisco (17), ayudan á comprender el estado de aniquilamiento corporal que sufrió hasta su muerte, y la exaltación cada vez mayor de su encendido espíritu.

Si bien trató Francisco de ocultar y encubrir sus estigmas, hubieron de notar los frailes que lavaban su ropa la mucha sangre que empapaba los femurales, y la dificultad que hallaba para sentar el pié en tierra; y viendo que no era posible guardar más el secreto á los que le rodeaban, convocó algunos de los más familiares y les consultó con palabras embozadas lo que debiese hacer, recordando el mandato divino: «Mi secreto es para mí; no divulgueis el secreto del Rey.» Entre los frailes consultados se contaba uno santísimo, fray Iluminado, que con verdadera iluminación de Dios, respondió:—«Hermano Francisco, no para tí sólo, pero tambien para los demás te muestra Dios sus sacramentos, y debes temer su enojo si ocultas lo que para utilidad ajena te enseñó.»—A pesar de este dictamen no dejó Francisco de celar cuanto pudo las heridas, cubriendo con la manga las de las manos y con el calzado y túnica las de los piés, y sólo León, su cariñoso enfermero, las veía y tocaba algunas veces. Cuando pensamos en aquel período prodigioso de una vida ya de suyo tan extraordinaria como la de Francisco, le vemos siempre como le describe Michelet, exangüe, desfallecido, moribundo, recorriendo Italia sobre su jumento, seguido de una multitud que se disputaba el derecho de tocar la fimbria de su hábito y de mirar de cerca el semblante trasfigurado, interiormente alum-

brado por luz extática.—«Habiendō descendido del monte san Francisco, canta la amante musa de las *Florcillas*, como la fama de su santidad se hubiese divulgado ya por el país y los pastores hubiesen referido que vieran todo inflamado el monte Albernia, y que debía ser señal de algún gran milagro que Dios hacía con san Francisco, al oír la gente del país que pasaba corrían todos á verlo, hombres y mujeres, chicos y grandes, los cuales con gran devoción y deseo se ingeniaban para tocarle y besarle las manos... Y acercándose á una villa de los confines de Arezo, se le puso delante, llorando mucho, una mujer con su hijuelo de ocho años en brazos hinchado del vientre... y él aplicó sus santas manos sobre el vientre del niño, y súbitamente se disipó toda hinchazón... El mismo día pasó san Francisco por el burgo del Santo Sepulcro, y ántes que llegase al castillo, la turba del castillo y de la villa salió á encontrarle, y muchos se adelantaban con ramas de olivo, diciendo á grandes voces: Ahí viene el Santo, ahí viene el Santo» (18).—Himno de esta marcha triunfal es la poética invocación de san Buenaventura:—«Ahora, pues, denodado caballero de Cristo, lleva las armas de tu caudillo invencible, que te darán fuerza para vencer á todos tus enemigos. Desplega el estandarte del gran Rey, cuya vista alcanza á infundir valor á cuantos militan en sus divinos ejércitos; muestra el

sello del gran Pontífice, que á todo el mundo haga respetar por irreprochables y auténticas tus palabras y obras. Nadie te aflija ya, puesto que llevas en tu cuerpo los estigmas del Salvador Jesús ; al contrario, profésente gran devoción tus servidores. Las gloriosas señales que certísimamente has recibido, según atestiguan no dos ó tres personas, que bastara, sino á mayor abundamiento un gran número, dan sensiblemente en tí y por tí nueva prueba de las divinas verdades, quitan todo pretexto á la incredulidad de los infieles, confirman la fe de los cristianos, alientan su esperanza y en fuego de caridad los abrasan (19). Asi se cumple tu primer visión cuando supiste que, como jefe de la milicia de Cristo, serías revestido de celeste armadura y honrado con el signo de la Cruz. Al principiar tu conversión la vista de Cristo crucificado que se te apareció, te penetró de lástima, y una espada de dolor atravesó tu alma. En otra ocasión oíste voz que salía de la Cruz, trono y propiciatorio de Cristo. Fray Silvestre vió una cruz maravillosa que salía de tu boca; el bienaventurado Pacífico, dos espadas luminosas en forma de cruz, que atravesaban tu cuerpo; y Monaldo, hombre angélico, te vió en el aire como una cruz mientras san Antonio predicaba; y hé aquí que al fin de tu vida te muestran la figura sublime de un serafín junta con la humilde imagen del Crucificado, que por dentro te abrasa y te mar-

ca por fuera. Eres el ángel del Apocalipsis que asciende del Oriente y lleva en la mano el signo del Dios vivo.»

Con haber recibido Francisco en Albernia tanto celeste regalo, ¿qué mucho que profesase á su vez gran ternura á la que Alejandro IV llamaba «florecente montaña, lugar donde el amor que abrasaba su corazón se inflamó más y más á vista del serafín, y rebosando recibió las maravillosas llagas que le hicieron parecer crucificado y dieron á su cuerpo, adornándolo como otras tantas piedras preciosas, dignidad proporcionada á la alteza de su espíritu? ¡Cuántas veces, prosigue diciendo el Papa, prosternado regó aquella tierra feliz con sus lágrimas, aunque alguna le consolase la presencia de los espíritus celestiales!»—Fué en efecto Albernia testigo mudo de los dolores de Francisco, pero tambien de los consuelos más suaves que gozó. Un día que débil y rendido tras varias noches de insomnio, deseó, nó alimento para el cuerpo, sino algun delicado manjar para el alma, comenzó á rogar á Dios le permitiese entrever algo de las alegrías beatíficas: de pronto se le apareció resplandeciente ángel, con una viola en la siniestra mano y el arco en la diestra; y mientras Francisco lo contemplaba atónito, el músico del cielo pasó una vez el arco sobre las cuerdas: la suavidad de la melodía fué tal que, por decirlo así, el alma de Francisco se voló á mil

leguas del cuerpo de puro deleite; y según dijo después á sus compañeros, si el ángel vuelve á pasar el arco, á buen seguro que le arrancase enteramente el espíritu la intolerable dulzura sentida. No es maravilla que el viajero pise sobrecogido de respeto y veneración las sendas del Horeb y del Sinaí franciscano (20), ni que al despedirse Francisco de la santa cumbre y de los que en su soledad le acompañaron, lo haga con tan tiernos encarecimientos:—«¡Quedaos en paz, hijos amadísimos, adios! Mi cuerpo se separa de vosotros, pero os dejo mi corazón. Me voy con el hermano Ovejuela de Dios á Santa María de los Angeles, y ya no volveré. Me voy: adios, adios, adios á todos; adios, monte Albernia, adios, monte de los Angeles, adios, amado hermano halcon; gracias por la caridad que mostraste conmigo; adios, adios, duras rocas, ya no volveré á visitaros: adios, rocas que me recibisteis en vuestras entrañas para confusión de Satanás: ya no hemos de vernos!»—Y añade el sencillo cronista, testigo ocular de esta efusión de un alma amante (21):—«Mientras nuestro amado padre pronunciaba estas palabras vertían nuestros ojos arroyos de llanto, y él se partió lloroso aún, llevándose nuestros corazones y quedándonos nosotros huérfanos. Yo, fray Maseo, escribí estos renglones con muchas lágrimas: Dios os bendiga.»

NOTAS.

- (1) Thom. á Celano. (*Vita.*)
- (2) « Tanto é il bene che io aspetto, che ogni pena m' é diletto. »
- (3) « Non ragguardate tanto la caritatevole proferta di Orlando, che voi in cosa nessuna offendiate la nostra Donna é Madonna Santa Povertade. » (Fioretti, *Consid. sull Stigmat.*)
- (4) Cornejo: *Crónica de la Relig. de S. Franc.* Chavin de Malan: *Histoire de S. Franc. d'Ass.*
- (5) El texto de la bendicion de San Francisco es como sigue: *Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat faciem suam tibi, et misereatur tui; convertat vultum suum ad te, et det tibi pacem.*
- (6) Al rededor de la piedra en que comía san Francisco, edificóse andando el tiempo una capilla; y como sucediese que los devotos hacían añicos la piedra por llevarse algun trozo, fué colocada en el sagrario con esta inscripcion: *Mensa B. Francisci, super quam habuit mirabiles apparitiones, sanctificamque ipsam, effudit oleum desuper, dicens: Hic est ara Dei.*
- (7) Tradicionalmente creía lo mismo el pueblo, segun el testimonio de Baronio (*Annal.*). *Tum*

quoque Alberniæ montem in ~~Etruria~~ ~~et Caserte~~ promontorium scissum traditione constar plurimorum.

(8) Santa Teresa de Jesus : *Moradas*.

(9) Cornejo fija la fecha de la impresión de los estigmas á 14 de Setiembre de 1224, dos horas después de la media noche. San Buenaventura no dice sino que fué hacia la Exaltación de la Cruz. Bernardino de Corvis siente que el 16 de Setiembre; Marcos de Lisboa, el 13. La Iglesia celebra la fiesta de las Llagas el 17.

(10) S. Bonavent. : *In legen. Sti. Franc.*

(11) *Vida*.

(12) Véase el original italiano y la version completa de la cancion *In foco amor mi mise*, en el capítulo IX, tomo II.

(13) Santa Teresa : *Moradas*.

(14) *Consid. sull. Stigmat.*

(15) S. Bonavent.

(16) San Francisco de Sales : *Traité de l'amour de Dieu*.

(17) Uno de los testimonios más curiosos y auténticos que en este asunto hallamos es el de nuestro Lucas Tudense, contemporáneo de Francisco, que en su *Impugnacion de los Albigenses*, para probar que los clavos de Cristo fueron cuatro, y la herida en el costado derecho, dice : « Alii nulla tuti auctoritate asserebant tribus tantum clavis Cruci fuisse Dominum affixum, et non dextrum latus eius, sed sinistrum lancea vulneratum. Sed Omnipotens Deus, qui infirma mundi eligit ut fortia

quæque confundat, per servum suum Franciscum, litterarum elementis fere rudem, sed cultum fide, ita illorum confundit argumenta fallacia, ut etiam inviti cedant manifestissimæ veritati. Si autem quis forsitan adhuc audeat dicere ista miraculose et non ad instar Passionis Christi in Beato Francisco fuisse gesta, audiat quod in ejus obitu legitur: manifeste resultabat in eo re vera forma Crucis et Passionis Agni immaculati, qui lavit crimina mundi, dum quasi recenter a Cruce videretur depositus, manus et pedes claves confixos habens, et dextrum latus quasi lancea vulneratum.»—El Tudense había conferenciado largamente en Asis con fray Elías un año despues de la muerte de Francisco, y arrebatado de fervor, añade: «Decenter et pulchre a creatura laudatur quem Creator nostris temporibus tanta excellentia decoravit. Præ cæteris enim sanctis signis Passionis Dei et hominis antonomastice sublimatus.»

(18) *Consid. sull. Stigmat.*

(19) No faltaron de estos incrédulos á que se refiere san Buenaventura, salidos casi todos de la jerarquía eclesiástica y de las Ordenes, caso muy frecuente en la Edad media. El obispo de Olmutz, en Bohemia, prohibió á los Menores y fieles de su diócesis representar á san Francisco con los estigmas; por lo cual Gregorio IX expidió una bula en que le decía: «Has tenido la imprudencia de confiar á un hombre de moderacion escasa é inclinado á la blasfemia las cartas patentes que diriges á todos los fieles de Jesucristo, exponiendo así ante el mundo las señales de tu presunción. Entre algunas cosas buenas que se hallan en dichas cartas, hemos visto otras muy malas, como ésta: Que ni san Francisco, ni ningun santo, debe aparecer en la Iglesia con los estigmas; que quien sostenga lo contrario peca y no merece crédi-

to, siendo enemigo de la fe, porque habiendo sido el Hijo del Padre Eterno el único crucificado por la salud de los hombres, sólo á sus llagas debemos rendir homenaje, segun la Religion cristiana.

» Queremos examinar las razones que tengas en apoyo de tu sentir, á fin de hacerte ver que carecen de fuerza, para que las abandones... » Aquí añade el Papa argumentos teológicos, y prosigue: « ¡ Cuántas pruebas no hemos tenido de que san Francisco, después de vestir el hábito de penitencia, crucificó su carne con la práctica continua de la virtud, y que en ella se imprimieron realmente los estigmas! Muchas personas dignas de fe, que plugo á la bondad divina hacer testigos de esta maravilla grande, certifican su verdad, autorizada por la Iglesia, que de éste y otros milagros muy auténticos tomó principal motivo para la canonización del bienaventurado confesor. ¿ Qué responderás á cosas que son tan públicas, y que por consiguiente no ignoras, sino que prefieres tu propia opinión á cuanto la razón dicta? En lo cual nos ofendes, ó más bien á Dios, sin que logres bien alguno por ello, y perturbas la Orden de los Frailes Menores, que Nos es cara, y á cuantos la aman. Vuelve pues en ti; ya que abriste la boca contra el cielo, no reíncidas en tal lenguaje, haz penitencia para aplacar la cólera del severo Juez; apresúrate y esfuérzate á reparar, si es posible, el escándalo que diste á todos los fieles con tus cartas, y á hacer respetar como ántes los conventos de Frailes Menores existentes en Alemania.

» A fin de que cosa tan conforme á la piedad se ejecute puntualmente por la gracia de Dios, te ordenamos y mandamos por estas letras apostólicas no emprendas en lo sucesivo nada que pueda irritar la Majestad divina y desagradar á la Santa Sede. No tengas la osadía de esparcir más falsedades contra el privilegio de los estigmas, concedido por la bondad de Dios para gloria de su siervo; al contrario,

dedícate á hacerlo tan famoso en Alemania como lo es en otros países, bien persuadido de que el Santo fué honrado en vida con tales estigmas, que varias personas los han visto (aunque se esforzaba en ocultarlos por desprecio de las alabanzas humanas y por contemplación de las celestes), y que, en fin, cuando dejó esta vida para ir al cielo, fueron expuestos á la vista de todo el mundo. Dada en Viterbo el 31 de Marzo, año 11 de nuestro Pontificado.»

Un dominico, en Opavo (Moravia), fué más adelante que el obispo de Olmutz, y afirmó en el pulpito que san Francisco no había recibido en su cuerpo los estigmas. Gregorio IX decía con este motivo en otra Bula dirigida á los Piores y Provinciales de la Orden de Predicadores: «Hemos sabido con tanto dolor como sorpresa, que un fraile de vuestra Orden, llamado Everardo, viniendo á predicar á Opavo, villa de Moravia, se ha hecho blasfemo predicando, y ha osado decir en público que san Francisco no llevó en su cuerpo los estigmas de Cristo, y que lo que dicen de esto sus discípulos debe ser tenido por impostura... Como no solamente profirió estas palabras llenas de maldad, sino que añadió otras igualmente vitandas, sin cuidarse ni de su salvación ni del escándalo causado entre los fieles, os ordenamos y mandamos expresamente, por virtud de obediencia, si en vuestra prudencia juzgais que el hecho es cierto, que suspendais de predicación á este religioso, y Nos lo enviéis para que sea castigado como merece.» Además de estas amonestaciones particulares, dirigió una á todos los fieles en general, á quienes decía: «Inútil creemos exponer en estas letras los grandes méritos que guiaron á la patria celestial al glorioso confesor san Francisco: ningún fiel los ignora; empero juzgamos que conviene informaros á todos más particularmente del maravilloso y singular favor con que ha sido honrado por Cristo... Es que recibió por virtud di-

vina, y en vida, estigmas en manos, piés y costado, que allí quedaron despues de su muerte. El conocimiento cierto que Nos y Nuestros hermanos los Cardenales hemos tenido de este hecho... ha sido el principal motivo que Nos indujo á ponerle en el catálogo de los Santos.» Es de advertir que Gregorio IX, tierno amigo de Francisco de Asís, había visto distintas veces los estigmas de manos y piés, pero nó el del costado; y dudando de su existencia, una noche en sueños se le presentó san Francisco pidiéndole una ampolla para recoger la sangre que manaba la herida lateral. La bula *Seraphim volabant*, del mismo Pontífice, conmina con el anatema á los detractores de los estigmas. En la misma Orden Franciscana hubo un fraile joven, que no podía conformarse á creer en los estigmas, y de quien refiere la leyenda que se le apareció san Francisco, diciéndole como Cristo á santo Tomás: «Toca mis manos y mis piés.» Alejandro IV, que también conoció familiarmente á Francisco, y con sus ojos había visto los estigmas, hubo de emitir la célebre bula *Benigna operatio divinæ voluntatis*; y más tarde, la incredulidad que respecto del prodigio manifestaban algunos eclesiásticos de Castilla, Leon y Galicia, le obligó á expedir la que comienza *Quia longum esset*, donde excomulga y priva de grados á cuantos lo contradigan. En el mismo sentido dió Nicolas III la suya *Cum ad aures nostras*.

(20) A despecho de la expulsión de las Ordenes religiosas, los Menores de la estrecha Observancia no fueron arrojados de la Albérnia; y produce singular impresión al peregrino oír sobre el mismo lugar en que Francisco fué estigmatizado, el cántico: *Signasti, Domine, hic servum tuum Franciscum*, á lo cual responde el coro: *Signis redemptionis nostræ*. Hasta que san Francisco volvió de España no se fundó el convento del Monte Albernía. Es

parecido al de Santa María de los Angeles; irregular como el suelo en que descansa; cuatro horas de penosa subida conducen á él, allí hay hospedería para los peregrinos, servida por los frailes. Hizo la consagración del convento y bendición de la montaña san Buenaventura; y habiendo venido á poder de los Menores llamados *Conventuales*, los descendientes del conde Orlando lo reclamaron para entregárselo á los *Observantes*, conforme al deseo de san Francisco, que al despedirse de la Albernia dijo á fray Maseo: «Sabrás que es mi intencion que en este lugar haya religiosos que teman á Dios y sean de los mejores de mi Orden; esfuércense, pues, los superiores en poner aquí á los mejores; y no digo más.» Mucho tiempo se disputaron el convento las dos ramas de la familia franciscana; pero los *Observantes* han vencido. En varias ensenadas del monte hay esparcidas ermitas, y en el dintel de una de ellas, sombreada por aya frondosa, se lee esta inscripción: *Anno Domini 1224. Beatus Franciscus sub hac arbore sæpe cum gratiarum actione et lætitia spiritus comedit.* Allí se hallaba la famosa piedra ungida. La iglesuela llamada de los Estigmas es el más antiguo monumento del monte Albernia: á ámbos lados tiene las armas del conde Orlando: una cruz y tres lises. Como en aquellas latitudes frias y húmedas no se conservan lienzos ni frescos, ambas iglesias encierran relieves de barro vidriado, obra alguno de ellos del famoso Lucas de la Robia. Al monte Albernia se retiró san Antonio de Padua para componer sus sermones, y san Buenaventura para hallar la inspiración mística de su *Itinerario de la mente á Dios*.

(21) Están tomados estos trozos de una carta de fray Maseo de Marignano «á todos los hermanos é hijos del gran Patriarca Francisco» — que se conservaba en el archivo de San Damián de Asís.



CAPÍTULO VIII.

AGONÍA, MUERTE, RESURRECCION.

Padecimientos y dolores de Francisco.— Las lágrimas le ciegan. — Muda de lugares. — Acércase la muerte. — Jacoba de Sietesolios. — Bendición á última hora. — Tránsito. — Semejanza con el Crucificado. — Sepelio. — Clara y sus hijas. — Valle del Infierno y Valle del Paraíso. — Himno de Gregorio IX. — Canonización. — Traslación y misterioso depósito del cuerpo. — Leyenda. — Cántico de Triunfo.

.....
Ante obitum mortuus, post obitum vivus.
.....

(Epitafio de san Francisco, por Gregorio IX.)
.....

Muerto antes de morir, vivo después de la muerte.
.....

(Epitafio de san Francisco, por Gregorio IX.)
.....

CUANDO descendió Francisco del monte Albernía no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos. Aparte de las cinco llagas que ya le asemejaban á su prototipo, el Varón de dolores, aquejábanle violentas

hemoptísis, crueles ataques al estómago, á los nervios, al hígado, y especialmente sus ojos, escaldados y devastados por torrentes de abrasadoras lágrimas, apenas iban viendo la bella luz del *hermano Sol*. Y no obstante, por aquel tiempo, el contento interior de su espíritu se exhaló en himnos de gozo, y bendijo á Dios en las criaturas y en la naturaleza toda, con tal efusión, que como uno de sus compañeros se admirase de su alegría, Francisco hubo de confesarle que se regocijaba de su próxima libertad y tránsito á la gloria del Paraíso (1). Declare estos sentimientos un pasaje de uno de nuestros eximios escritores místicos. — «Estando san Francisco de Asís — dice el Padre Nieremberg (2) — muy afligido de un dolor de ojos que no le dejaba tomar algún descanso del sueño, molestándole juntamente el demonio con llenarle el aposento de ratones que con muchas carreras y ruido aumentaban su pena, daba con gran paciencia gracias al Señor, porque le castigaba tan blandamente, diciendo: Señor mio Jesucristo: mayores castigos merezco, pero vos como buen Pastor, concededme que por ninguna tribulación me aparte de vos. Estando en esto, oyó una voz que le dijo: Francisco, si toda la tierra fuera de oro puro, y los rios fueran de bálsamo, y los montes y peñas fueran piedras preciosas, y diamantes, ¿no dijeras que este era un gran tesoro? Pues sábete que hay otro

mayor tesoro, cuanto es más el oro que el cieno, el bálsamo que el agua, y una piedra preciosa que un guijarro; y este rico tesoro se te debe por premio de tu enfermedad, si estás contento con ella: gózate, Francisco, que este tesoro es la gloria, al cual se va por tribulaciones.»—San Buenaventura nos refiere que, para mostrar cuán caras le eran las dolencias, Francisco no les daba nombre de penas, sino de hermanas (3). En cierta ocasión, viéndole un fraile sufrir cauterio en los ojos, le dijo: Padre, ruega á Cristo que te trate con más blandura — y respondióle Francisco, no alterado del dolor y sí de la advertencia: — A no saber que eres de sencilla condición, te arrojará de mi presencia, por atreverte á juzgar á Dios.»

Con hallarse su cuerpo tan agobiado y consumido de males, la piel pegada á los huesos, sin poder sentar los piés por los clavos que los trucidaban, debilitado por pérdidas incessantes del licor de sus venas, alentaba de tal suerte el espíritu de Francisco, que, repitiendo no haber hecho en toda su vida cosa alguna para gloria de Dios, quería con renovado afán comenzar entonces á servirle, y ansiaba volver al servicio de los leprosos, ó á predicar la fe en Siria. Mas las mortales enfermedades le sujetaban, y no conformándose á la inacción, en un jumentillo recorría, como sabemos, campos y ciudades, desfallecido y semi-

vivo, repitiendo con trasportes de caridad:— «Jesucristo, mi amor, ha sido crucificado.»— Y absorto en la raptura de su ánimo, ni oía los clamores de veneración de la multitud, ni sentía que le cortaban á pedazos el sayal para guardarlo como reliquia.

Resistíase á tomar medicinas que aliviasen sus angustias, pero fray Elías, que lo cuidaba como una madre, logró al cabo reducirle á que descansase algo y se pusiese en cura, instalándolo en un aposentillo próximo al convento de San Damián, á fin de que santa Clara y sus hijas pudiesen cuidarle y preparar sus remedios. Mas como su estado no mejorase, trasladáronle á Foligno, sin que tampoco la nueva mudanza de aires, ni la asistencia de renombrado médico, atajasen los progresos del mal. Elías no desmayó en su lucha con la muerte, y en los dos años que dura la agonía lenta de Francisco le vemos intentar cuanto cabe, probar distintos climas, ensayar medicamentos heroicos, disputar á la tierra el cuerpo, consumido de encerrar un alma toda fuego y luz. De Foligno volvió Francisco á Asis, casi enteramente perdida la vista. Un día, deseando departir con su primer discípulo Bernardo de Quintaval, salió á buscarle al monte donde tenía su retiro, y le llamaba á voces diciéndole:—«Fray Bernardo, hijo, ven á consolar á este pobre ciego.»—Engolfado Bernardo en sus rezos no le oyó; y Francisco, que no

por vivir en las esferas del amor divino dejaba de experimentar con vehemencia los afectos de la humana amistad, se turbó y entristeció en gran manera. Pero cuando supo la causa del silencio de Bernardo, se tendió en el suelo y le ordenó que tres veces le pisase la boca, lo cual hubo de ejecutar el discípulo, no sin mucha resistencia y repugnancia.

Para consultar con los médicos pasó Francisco á Rieti. Alguno le advirtió que sus continuas lágrimas le causaban la ceguera, y que las contuviese para sanar; á lo cual respondió Francisco:—«Hermano médico, por amor de la vista corporal, que también disfrutan las moscas, no hemos de perder la del espíritu.— A la desesperada resolvieron aplicarle lo que entonces se consideraba remedio supremo: introducirle en la nuca un hierro hecho ascua, abriéndole un sedal. «Hermano fuego — dijo el paciente al ver el hierro enrojecido — hermosa criatura de Dios, templa para mí tus rigores.» Y en efecto, no sintió Francisco la quemadura, ni el dolor más leve. Un tanto aliviado, se volvió á Asís, donde aceptó la hospitalidad del Obispo, á principios del año 1225. Aprovechó un corto intervalo de mejoría para que le llevasen por los pueblos de Umbría y Nápoles, edificando á las gentes. En esta expedición curó en Bagnorea un niño enfermo. Al extender sus manos sobre el infante para devolverle la salud, Francisco exclamó: «¡Oh

buena ventura!» El niño salvado por el moribundo penitente fué despues el gran pensador franciscano, san Buenaventura.

Moribundo puede ya llamarse á Francisco, pues antes de llegar á Nocera apretaron de tal modo sus dolencias, que le fué forzoso detenerse en una aldeilla. Los magistrados de Asís, temerosos de que Francisco espirase fuera del recinto de su ciudad natal, despacharon dos cónsules con gente armada para trasladarle, y para asegurarse, en caso de necesidad, del precioso tesoro de su cadáver. Transportaron al enfermo con mil precauciones hasta Sartiano, donde se detuvieron para concederle algun descanso: y siendo la poblacion pequeña y los forasteros muchos, no hallaban de comer, con ofrecer duplicados los precios de las viandas. Quejáronse al Santo de la penuria de los labradores, que por ningun dinero les querían dar bastecimientos. Francisco les contestó:— «No hallaréis víveres mientras confiéis más en vuestras moscas (así llamaba al dinero) que en la providencia del Altísimo. Salid con mis compañeros, y dad la vuelta al pueblo pidiendo limosna por amor de Dios.»—Salieron los soldados con los frailes, y recogieron copioso donativo.

Otra vez albergó á Francisco el Obispo de Asís; pero empeoraba, y Elías le condujo á Siena en Abril, buscando más suave y templado ambiente. Allí le sobrevino tan copioso

vómito de sangre, que le daban ya por difunto; y él mismo, creyéndose llegado á punto de muerte, se despidió de sus frailes con estos últimos encargos:—«Amaos los unos á los otros con amor puro y sencillo, como yo os amé siempre: amad con todo esfuerzo á mi señora la santa pobreza: vivid sujetos á la Iglesia.»—Quedó de esta crisis Francisco muy quebrantado, pero apenas recobró algunas fuerzas, las empleó en escribir cartas exhortatorias á los frailes de su Orden. Sabedor Elías del grave peligro del maestro, fué á buscarle, y llevóle á Cortona, pero esta última tentativa fracasó: una hinchazón general se apoderaba de los miembros de Francisco: declaróse la hidropesía, y ansioso de morir en la Porciúncula, rogó á Elías que sin dilación le condujese á Asís. Fué indescriptible el júbilo de la ciudad viendo dentro de sus muros al Santo: quiso el Obispo recogerle de nuevo en su palacio, y así que se supo cuán en peligro de muerte venía, los magistrados pusieron guardias en torno de la residencia episcopal, velando día y noche para que no les fuese arrebatado el santo cuerpo.

Aquellas horas últimas encruelecieron los dolores del agonizante, con tal violencia, que habiéndole preguntado un fraile qué soportaría de mejor grado, si el martirio por mano del verdugo, ó los achaques de su enfermedad, Francisco, protestando de su perfecta sumi-

sión á la voluntad divina, aseguró que preferiría cualquier linaje de suplicio á los tres dias de angustia transcurridos. Y á pesar de todo ello, su espíritu brillaba más que nunca, como la luz que próxima á extinguirse resplandece con mayor viveza; y doctrinaba y exhortaba elocuentemente á sus compañeros reunidos en torno del lecho del dolor. Por fin le anunció el médico de Arezzo, que no se apartaba de él, la proximidad del tránsito. Recibió el aviso con extrañas muestras de alegría, y empezó á cantar con rostro radiante y en voz sonora y alta la estrofa compuesta por él mismo en loor de su hermana la muerte. Como el patriarca Jacob, reunió á sus hijos y los bendijo cruzando los brazos; después quiso ser llevado á Santa María de los Angeles para exhalar el espíritu de vida allí donde recibiera el de gracia. Le condujeron en su propio lecho, y cuando estuvieron en la llanura dijo á los portadores:—«Volvedme de cara á la ciudad.»—Incorporóse y exclamó:—«Bendita seas, ciudad fiel á Dios: morada serás de santos» (4).—Y lloró, despidiéndose de su patria. Apenas hubo llegado á la Porciúncula acordóse de su tierna amiga Jacoba de Sietesolios, á quien solía llamar *fray Jacobo* por sus varoniles virtudes, pues amaba mucho á la ilustre matrona, protectora y hermana de todos los frailes Menores. Y deseando verla por vez postrera en el mundo, comenzó á dictar una carta en estos

términos:—«Sabrás, carísima, como Jesucristo me ha otorgado la gracia de revelarme el plazo de mi vida, que está ya muy cercano; por lo cual, si deseas verme vivo, vente enseñada que recibas esta carta al convento de santa María de los Angeles; porque si llegases despues del sábado inmediato, ya no me hallarás con vida. Trae contigo jerga para mi mortaja y cera para mi sepultura: y también alguna de aquellas viandas que medabas cuando estuve enfermo en Roma»...—Aquí se detuvo de pronto, y dijo al fraile amanuense:—«No escribas más, que no es necesario; deja ahí la carta.»—Momentos despues se oyó llamar á la portería, y apareció Jacoba acompañada de sus dos hijos, trayendo la mortaja, la cera y los manjares que deseaba el Santo: á cuyos piés se arrojó la matrona, regándolos con lágrimas. Empezó á cuidarle y asistirle, y quería despedir á sus hijos para Roma; pero Francisco la detuvo, diciendo:—«No los despidas, porque ciertamente moriré el sábado, y concluido mi funeral te podrás volver con tus hijos á tu casa» (5).

Aquellos dias últimos de su vida no cesaba Francisco de cantar el himno de las criaturas, que había compuesto. Pidió perdon á su cuerpo de haberle maltratado tanto en provecho del espíritu; dictó su testamento admirable, y habiendo hecho la señal de la cruz sobre un pan, lo partió y distribuyó á sus compañeros,

que rodeaban el lecho; tras de esta imitación de la eucarística cena bendijo á Jacoba de Sietesolios, y despues más especialmente á fray Gil y á su primogénito fray Bernardo de Quintaval, á quien con inapreciable ternura dijo:—«Tú, primero que fuiste elegido para esta Orden y te hiciste pobre por amor é imitación de Cristo, seas bendito en todos los lances de tu vida, en tus entradas y salidas, dormido y despierto, en vida y en muerte.»—Como la hora se aproximaba, quiso expoliarse y yacer en el suelo desnudo sobre un lecho de ceniza: tapó con la mano izquierda la llaga del costado, y dijo á los frailes:—«Yo obré lo que me tocaba. Cristo os enseñe lo que os toca á vosotros.»—Lloraban los compañeros viéndole en tan triste estado, y uno de ellos, con súbita inspiración, se llegó al moribundo y presentóle una túnica, cuerda y femurales, pronunciando:—«Te presto esas cosas como á un mendigo, y te mando usarlas por santa obediencia.»—Francisco las tomó alegremente, hallándose fiel hasta la muerte á la amada Pobreza. Recordando al que amó á los suyos hasta el fin, congregó á todos los frailes y se despidió de ellos diciéndoles:—«El tiempo de prueba y tribulación no está distante: felices los que perseveren. Yo voy á Dios, y os encomiendo á su gracia.»—Luego dió la bienvenida á la muerte, que sentía acercarse.—«Bien vengas, hermana muerte, exclamaba

con efusión. — Otra vez quiso que lo desnudasen de sus ropas para exhalar el último aliento, y pidió que despues de haber espirado lo dejarasen estar así el tiempo que puede tardar un hombre en andar cómodamente una milla. Enseguida rogó que le trajesen el Evangelio y le leyesen la Pasión de Cristo segun san Juan, comenzando en las palabras *Ante diem festum Paschæ*. Mientras tanto lo desnudaban como deseó, y rodeábanlo de ceniza. Con voz clara y entera aún cantó el salmo *Voce mea ad Dominum clamavi*, y al terminar el versículo *Me expectant justi donec retribuas mihi*, dió su espíritu, y como dice Dante,

.....
del suo grembo l'anima preclara
muover si volle, tornando al suo regno
ed al suo corpo non volle altra bara.

Por la atmósfera serena, donde ya se iba alzando el lucero vespertino, vió entonces un fraile cruzar otra estrella refulgente que se remontaba al cielo.

Cuarenta y cinco años tenía el mártir de amor. Lo que de él quedaba en la tierra lo lavó y ungió piadosamente Jacoba, ayudada de los frailes, y le puso una túnica abierta por el costado para que se descubriese la llaga, depositándolo despues sobre alto estrado, que cubrió con ricos tapices. La población de Asís inva-

dió la estancia mortuoria con sed de contemplar el santo cuerpo. Estaba el cadáver natural y flexible; la carne, de suyo morena y curtida, se volviera blanca: destacábase la herida lateral con bordes replegados y color purpúreo, semejante, dice san Buenaventura, á una bella rosa; y en manos y piés los prodigiosos clavos. Un incrédulo de los estigmas, el caballero Jerónimo de Asís, fué á moverlos y palparlos repetidas veces. Con vivos toques describe cómo se vieron los restos santos fray Elías, en la carta en que participa á los ministros provinciales la muerte del Fundador.— «Cuando vivía (dice) y su espíritu animaba su carne, era de aspecto y semblante despreciable, porque las penitencias y enfermedades habían vuelto su piel pálida y denegrida, y todos los miembros de su cuerpo, con la fuerza de los dolores y continuos achaques, estaban maltratados, y de la contracción y encogimiento de los nervios, rígidos, deformes é intratables, como lo están los de los cuerpos muertos; pero luego que murió, quedó con semblante y rostro hermoso, claro y venerable, cuya extremada hermosura y maravilloso candor daban gozo y alegría á quien le miraba. Quedaron, en fin, todos sus miembros suaves al tacto, tratables y fáciles en el juego de sus coyunturas; de suerte que se movían y doblaban al arbitrio de quien los tocaba, como si fuesen de un niño tierno.»—Y añadía:—«El

amado de Dios y de los hombres descansa ya en las mansiones de la luz. Él era luz de verdad, cuyo resplandor alumbró á los que se hallaban en las tinieblas, sentados con ociosidad en sombra de muerte.»

Pasaron los Menores la noche del sábado cantando himnos y salmos en torno del cuerpo, y desde que amaneció el domingo acudió el pueblo entero de Asís con luces y ramas de oliva para acompañarlo á la sepultura: los nobles llevaban el cuerpo á hombros; el pueblo seguía entonando cánticos, en tanta multitud y con tantas hachas y palmas que más parecía festejar á un triunfador que despedir á un muerto. Al pasar cerca del convento de San Damián, situado extramuros de Asís, detúvose el cortejo, y depositaron el cuerpo en la iglesia, á fin de que, según el pronóstico de Francisco, su hermana espiritual Clara pudiese verle aún una vez en el mundo. Ella y sus hijas salieron á besar y á regar con llanto las heridas, los clavos, los pies del cadáver, sobre el cual hicieron trágica lamentación.—«Maldito sea, gemían, el día funesto de oscuridad y tristeza que apagó la antorcha que alumbraba al mundo! ¡Oh Francisco, padre! ¡Por qué nos dejas débiles y miserables encerradas solas en estos muros! ¡Eramos tan felices cuando nos visitabas! ¡A todas las riquezas preferíamos tu pobreza; nos fortalecía tu dulzura!... Virgen María, ¿has olvidado á tus humildes sier-

vas?»—Apartaron del cadáver á aquellas mujeres inconsolables como las hijas de Jerusalén, y el convoy se puso otra vez en marcha, hasta llegar al templo de san Jorge, donde Francisco siendo niño había estudiado los rudimentos de las letras y donde había predicado su primer sermón, y allí, por vez primera después de tantos años de heroica lucha, reposó el atleta de Cristo (6).

Mas de las tinieblas de la tumba va á resurgir glorificado su nombre, y su imagen rodeada de la aureola de oro de los bienaventurados. Las *Floreillas* refieren esta resurrección del penitente con laconismo extraordinario. — «Y después, dicen, fué canonizado san Francisco en mil doscientos veintiocho por el papa Gregorio IX, que vino personalmente á Asís á canonizarlo. Y esto baste á la cuarta consideración.»—No imitemos la elocuente concisión, que acaso sea uno de los mayores encantos del libro que mereció ser llamado *Ilíada franciscana*, ántes contemos cómo la poesía sagrada deshojó sus más bellas flores sobre la losa del bendito sepulcro, y cómo fué decretada la apoteosis del hombre evangélico. Alzábase cerca de Asís un siniestro cerrillo donde se ejecutaba á los reos de muerte, y Francisco había manifestado deseos de ser enterrado en aquel sitio infame. Cuando Gregorio IX, que se gloriaba haber sido amigo de Francisco (7), resolvió canonizarlo, dispuso

que ántes se construyese soberbio monumento donde se depositase su cuerpo, y confió la comisión á fray Elías, que recordando la voluntad de su maestro, eligió para erigir la basílica el cerro llamado *Valle del infierno*, que desde entonces recibió el nombre de *Valle del Paraíso* (8). Entre tanto procedíase á la canonización: Gregorio IX examinaba detenidamente en consistorio pleno la validez del expediente, y en Perusa, donde á la sazón le habían obligado á refugiarse las turbulencias de los gibelinos y los manejos del emperador de Alemania, inscribió á Francisco en las páginas del libro de oro de los santos. Hecho lo cual, se dirigió á Asís con su curia á celebrar la ceremonia solemne. Atrajo ésta gentes de todas partes de Italia, no pocos obispos, más de dos mil frailes Menores. La concurrencia se agolpaba en el pórtico de la iglesuela de san Jorge en la mañana del día 16 (dominica III) de Julio, y una oleada de entusiasmo la estremeció toda cuando, abierto el sepulcro que encerraba los restos de Francisco, subió el Papa al trono que le habían preparado, y comenzó el panegírico (9), tomando por tema las palabras del Eclesiastés: «Como la estrella matutina entre las nubes, como la luna llena, como el sol en su esplendor, así brilló en el templo de Dios.» —El anciano Pontífice habló, con los ojos húmedos y la voz embargada por el llanto, de la íntima familiaridad que le había unido con

Francisco, del amigo de la tierra que ahora era protector en el cielo, y acudiendo á la poesía para mejor expresar sus afectos, entonó la glosa *Caput draconis ultimum*, compuesta por él para aquella circunstancia.

«La última cabeza del dragón, armada de la cuchilla vengadora, despliega el sétimo estandarte, se alza contra el cielo, y trata de atraer gran número de astros á las filas de los réprobos.

»Mas hé aquí que Cristo por su parte expide un nuevo Legado: sobre su bendito cuerpo resplandece la enseña de la Cruz.

»Francisco, noble príncipe, ostenta el sello real; convoca á los pueblos de todos los países del orbe; contra el odio cismático del dragón organiza tres milicias de caballeros armados á la ligera, que dispersarán las hordas infernales que al dragón auxiliaban» (10).

Terminado el himno, levantóse el cardenal Octaviano y leyó en alta voz los milagros examinados, nó sin muchas lágrimas del concurso, entre el cual se elevaban voces exclamando:—«A mí me aconteció eso: es verdad, es verdad.»—El cardenal diácono Raniero Capocio le siguió refiriendo muchas cosas de la vida de Francisco, á quien había conocido. Acabada la relación, se incorporó el Pontífice y extendiendo las manos y alzando los ojos al cielo, pronunció:—«A honor de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la

gloriosa Virgen María, de los apóstoles Pedro y Pablo, y de la Iglesia romana. Venerando al beatísimo padre Francisco, á quien el Señor glorificó en los cielos, y con el consejo y aprobación de nuestros hermanos y de otros prelados, le inscribimos en el catálogo de los santos, y mandamos que el cuatro de Octubre, día de su dichoso tránsito, se celebre su fiesta.»—Promulgada la sentencia, entonaron los Cardenales el *Te Deum*, rompió el pueblo en aclamaciones, y el Papa, descendiendo de su trono, vino á postrarse ante el arca que encerraba el cuerpo de Francisco, y la adoró y besó repetidas veces. Imitáronle Cardenales y nobles, y el ataúd descubierto, fué colocado en el centro del santuario. Celebró el Papa la misa, mientras los frailes Menores, alzando con la diestra verdes ramos de oliva, cercaban el altar.

Antes de dejar á Asís ofreció Gregorio IX al sepulcro de Francisco preciosas joyas, y en las zanja y desmontes abiertos por Elías sentó por su mano el primer sillar de la gran basílica que había de recibir el cuerpo. No bastando á su devoción fundar el majestuoso templo, el himno de piedra que despues vió nacer bajo sus bóvedas la nueva pintura italiana, Gregorio quiso erigir otro monumento litúrgico, compuesto de himnos, cánticos, antífonas y glosas : el bellissimo Oficio que rezan los Menores, y en el cual son de Gregorio IX

algunas de las composiciones más hermosas, y el resto, de los Cardenales que á la canonización asistieron (11).

Cuando fray Elías vió terminada en brevè tiempo la iglesia subterránea que debía servir de cripta fúnebre al santo cuerpo, resolvió el dia de la traslación, y convocó en Asís capítulo general para mejor solemnizarla. El veinticinco de Mayo, vigilia de Pentecostes, el atrio de la iglesia de san Jorge se vió otra vez cercado de inmensa multitud. Al comenzar la ceremonia, fray Elías leyó al pueblo las letras apostólicas de Gregorio IX, privado por los negocios de la Iglesia de asistir en persona á la ceremonia.—«Entre los males que nos agobian, decía, hallamos motivo de gozo y de gratitud en la gloria que Dios derrama sobre el bienaventurado Francisco, padre nuestro y vuestro, y quizá más nuestro aún que vuestro. Aparte de las espléndidas maravillas de que fué instrumento, tenemos pruebas auténticas de que hace poco resucitó en Alemania un muerto por su intercesión. Esto es lo que más y más nos anima á publicar los loores de tan gran Santo, en la confianza de que, pues nos amó tan tiernamente cuando estaba en el mundo, donde vivía como fuera del mundo, nos amará más aún hoy que está más próximo á Cristo, que es todo amor, y no cesará de interceder por nosotros. Esperamos también que vosotros, á quienes engendró en Cristo y á

quienes dejó por herederos de las riquezas de su pobreza suma; vosotros á quienes llevamos en las entrañas de nuestro amor con ardiente deseo de procurar el bien de vuestra Orden, emplearéis vuestras plegarias para obtener de Dios que nuestras tribulaciones sirvan para salvación de nuestra alma.»

Traían los legados portadores de este rescripto ricas preseas para adorno del altar: un relicario de oro esmaltado é incrustado de perlas, conteniendo un trozo de la verdadera cruz; servicio de altar de sobredorada plata; terno de brocado de oro; velo para cubrir el altar, de preciosa tela; y á la vez muchos privilegios y exenciones apostólicas para la nueva basílica (12). Sacaron después la caja que contenía el santo cuerpo, y la pusieron en soberbio carro triunfal sobrecargado de adornos, tirado por bueyes con paramentos de escarlata, cuyos testuces engalanara de cintas y flores la alegre devoción del Mediodía. El cortejo se puso en marcha al són de estruendosas músicas y de himnos compuestos por Gregorio IX (13).

«Del cielo ha descendido una raza, obrando nuevos prodigios; descubre á los ciegos el sol, abre rutas en el desecado mar.

»Despojados fueron los egipcios; el rico se hace pobre, sin perder nombre ni bienes, y en la miseria es dichoso.

»Francisco y sus apóstoles ascienden, como

Cristo, á la montaña de la nueva luz, con los dones de la pobreza.

»Segun el deseo de Simón, haced tres tabernáculos donde resida eternamente el Altísimo.

»Rindiendo homenaje de reconocimiento en solemne fiesta á la ley, á los Profetas y á la gracia, celebra el oficio de la Trinidad, mientras el huésped, con sus virtudes, repara el triple hospicio y consagra á Cristo el templo de los espíritus bienaventurados.

»¡Oh Francisco, padre nuestro; visita la casa, la puerta y la tumba, y arranca del sueño de muerte á la raza infeliz de Eva!

»¡Apresúrate, san Francisco, ven, Padre, á socorrer á este pueblo que gime mortificado por la carga y yace agobiado entre lodo, paja y ladrillos; sepulta á Egipto bajo la arena; extirpa nuestros vicios y libértanos!»

Tratemos de representarnos el aspecto de aquella procesión triunfal en la Edad media. De una parte los cónsules y magistrados de la ciudad, reforzados con buen golpe de gente de armas; de otra el pueblo, densísimo, conmovido; de otra el clero secular; por último, los frailes Menores con antorchas encendidas en las manos, y toda esta multitud ascendiendo por abrupta colina, bajo los rayos de un sol meridional, entre cánticos estrepitosos y ecos de trompas y atabales, y apiñándose en torno del carro que encerraba el tesoro del cuerpo,

recelosos de que álguien se lo sustrajera. De pronto, en aquel humano mar, se levantó una ola más arrolladora que todas, y aprovechando la confusion, los hombres de armas forman viviente muralla é impiden el paso al clero y al pueblo, y los magistrados de Asís, arrebatando el féretro á los sacerdotes que lo custodiaban y cargándolo en sus hombros, lo llevan á la basílica, cierran las puertas, y secretamente lo entierran en lugar sólo de ellos conocido, mientras la multitud, agolpada fuera, gritaba y maldecía de los profanadores. Dictó este acto de violencia el deseo de ocultar el cuerpo en tal manera que nadie supiese donde se hallaba y los habitantes de los pueblos vecinos no pudiesen robarlo, propósito que no dejaban de alimentar, en especial los de Perusa, y créese que los magistrados de Asís al hacerlo estaban de acuerdo con fray Elías, al cual se había oído decir que el sepulcro de san Francisco debía estar oculto, como el de Moisés. Gregorio IX se indignó al tener noticia del escandaloso desórden, y escribió á los obispos de Perusa y Espoleto: — «He colmado de beneficios á los habitantes de Asís; debieran agradecerme los, sobre todo en ocasión tan señalada para mí, y los ingratos me ultrajan. Saben que despues de canonizar á san Francisco hago erigir á honra suya una iglesia, cuya primer piedra senté con mis propias manos; que la ilustré con varios títulos que hon-

ran á su villa; que dispuse con autoridad apostólica fuese trasladado á ella el cuerpo del Santo; que á este efecto establecí por vicarios míos al Ministro general de los Menores y á otros buenos religiosos de la misma Orden; y que á esto añadí grandes indulgencias, y, como Oza, han tenido la insensatez de poner sus manos profanas y sacrílegas sobre lo que únicamente debían tocar los sacerdotes, impidiendo se tributasen al Santo los honores debidos y turbando toda la fiesta.» — Envió á Roma diputados la villa para obtener el perdón del Papa, lo que consiguieron al fin; y la acción atrevida de los magistrados de Asís añadió un rasgo más de poesía y misterio á la leyenda franciscana. El secreto del lugar donde descansaba el cadáver, inspiró al pueblo peregrinas consejas: creíase que Francisco se hallaba en rico santuario subterráneo, de pie, los ojos alzados al cielo, abiertos y claros, las heridas manando fresca sangre, los brazos extendidos en perpetua oración por los pecados de los hombres, implorando á Cristo y aplacando la cólera divina. Andando el tiempo se refirieron pormenores dramáticos de visitas secretas á la cripta, y Francisco de Baucio contó al Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba (14) la bajada del papa Nicolás V al lugar terrible, entre el silencio de la noche á la hora décima, descendiendo las quince gradas de mármol de torcido caracol y cruzando formidable puerta

de bronce después de abrir con tres llaves otros tantos candados, sin omitir cómo el Papa se deshizo en lágrimas al ver el santo cadáver de pié, sin apoyarse en parte alguna, cubierta la cabeza con la capilla, las manos cruzadas y los piés, el uno descubierto enseñando la llaga, de donde corría roja sangre y se exhalaba fragancia deliciosa, y el otro pisando la fimbria del hábito; y como absorto Nicolás V en la contemplación de tan raro prodigio, no acertó á salir de allí hasta que rayó el alba (15). Lo cierto es que el sepulcro, cerrado á la multitud, pudo ser franqueado alguna vez cautelosamente: existían cinco llavecicas, llamadas llaves de san Francisco, destinadas sin duda á abrir las puertas de entrada al sepulcro, y que posteriormente dispuso un General de la Orden se encerrasen en un arca sellada con siete sellos. En nuestros días se ha sabido la verdad; bajo Pio VII, en 1818, se realizó la invención del cuerpo de san Francisco, habiéndose verificado las investigaciones secretamente, perforando muros y rocas hasta llegar á una reja de hierro que encerraba un esqueleto humano tendido en un ataúd de piedra. Medio deshechos en polvo yacían á su lado trozos del hábito de grosera lana, de la cuerda, y en torno algunas medallas y monedas dejadas allí para memoria por los secretos visitantes de la cripta; y adheridos á la mandíbula todavía muchos de aquellos dientes apretados, blancos

é iguales de que hablaba Tomás de Celano. Practicadas las diligencias necesarias para establecer la identidad de los restos, el Pontífice declaró en breve de 5 de Setiembre de 1820 que «con autoridad apostólica, y segun el tenor de las presentes, consta de la identidad del cuerpo encontrado bajo el altar mayor de la basílica inferior de Asís, que tal cuerpo es verdaderamente el de san Francisco, fundador de la Orden de los frailes Menores.»

Así se desvaneció la leyenda de la inmortalidad material del cuerpo martirizado del penitente de Asís. Pero su inmortalidad en el corazón humano y en la historia es indestructible. Mientras subsistan los dos sentimientos fundamentales del Evangelio, compasión de los hombres y caridad divina, amor del prójimo y amor de Dios, permanecerá el recuerdo del serafín que vivió y murió abrasado en ambos, y la humanidad seguirá dándole los nombres dulcísimos, prodigándole los amantes requiebros que la Edad Media cantó en su letanía (16).—«Padre amable, admirable, venerable y benigno, abanderado de Cristo, caballero de la cruz, imitador del Hijo de Dios, serafín ardiente, horno de caridad, arca de santidad, vaso de pureza, espejo de castidad, ejemplo de virtud, patriarca de los pobres, mártir de deseos, prodigio de la naturaleza, antorcha del pueblo, luz de su patria.»

NOTAS.

(1) Fioretti , *Consid. sull. Stigmat.*

(2) Diferencia entre lo temporal y lo eterno.

(3) *Cumque duris corporis angeretur doloribus, illas suas angustias non pœnarum censebat nomine , sed sororum.*

(4) *Ad planitiem sub civitatis declivio.... Benedicta tu a Domino, civitas Deo fidelis.* Bartolomé de Pisa. (Conform.)

(5) Bernardo de Besa: *Vita di san Francesco.*

(6) *In eo siquidem loco puerulus litteras didicit, ibique postmodum prædicavit, postremo ibidem locum primum quietis accepit: S. Bonavent.*

(7) El cardenal Hugolino, á quien san Francisco solía llamar proféticamente *obispo de todo el mundo*, sucedió á Honorio III el 27 de Marzo de 1227, tomando el nombre de Gregorio IX.

(8) Los habitantes de Asís se oponían á que fuese erigida en semejante lugar la basílica y tumba del Santo , y decían á Elías : « Por qué no eliges un lugar honroso en la ciudad ? Estamos prontos á ceder-te hasta el solar de nuestras propias casas. »

(9) *Prædicat primitus populo universo papa Gregorius, et affectu melifluo, voce sonora, nuntiat præconia Dei; sanctum quoque Franciscum patrem nobilissimo sermone collaudat... Totus lacrymis madidatur: (Thom. a Cel.)*

- (10) « Caput draconis ultimum
ultorem ferens gladium
excitat vellum septimum.
Contra cælum erigitur,
et mittitur attrahere
maximam partem siderum
ad damnatorum numerum.
Verum de Christi latere
novus legatus mittitur:
in cujus sacro corpore
vexillum crucis cernitur.
Franciscus princeps inclytus,
signum regale bajulat,
et celebrat concilio
per cuncta mundi climata.
Contra draconis schismata
acies trinas ordinat
expeditorum militum
ad fugandum exercitum,
et his catervam dæmonum
quas draco super roborat. »

(11) El himno de Vísperas, que empieza *Proles de cælo prodiit*; la antífona *Propera, veni Pater*; la glosa *Caput draconis ultimum*; el himno fúnebre *Plange turba paupercula*, fueron compuestos por Gregorio IX. El responsorio octavo *De paupertatis horreo*, por Oton Cándido, cardenal de san Nicolás. El séptimo, *Carnis spicam*, y la antífona *Salve Sancte Pater*, con la elegante glosa *Lætabundus*, por Tomás Capuano, cardenal de santa Sabina. El himno *Plaude turba paupercula*, por Raniero Cap-

cio , cardenal diácono de Santa María. La ~~antífona~~
Cœlorum candor splenduit, y los dos himnos *In
 cœlesti collegio* y *Decus morum dux Minorum*, por
 Esteban de Casanova, cardenal del Santo Angel. De
 Tomás de Celano, el inspiradísimo autor del *Dies
 iræ*, son la antífona *O martyr desiderio* y la bella
 glosa *Sanctitatis nova signa*. Todo el resto de este
 célebre oficio se atribuye á san Buenaventura, y
 también en parte á fray Julián Teutónico, gran poe-
 ta y músico primoroso, que fué en el siglo maestro
 de la capilla Real de Francia: floreció en el genera-
 lato de san Buenaventura. El Prefacio de la Misa
 es obra del Santo fray Juan de Albernia. El oficio de
 las Llagas (aparte de las Lecciones, que son de san
 Buenaventura) lo compuso el general de la Orden,
 Gerardo de Odon.

(12) Wading. (Ann.)

(13) «Proles de cœlo prodiit
 novis utens prodigiis,
 cœlum cæcis aperuit,
 siccis maris vestigiis.
 Spoliatis Ægyptiis
 transit dives, sed pauperis
 nec rem, nec nomen perdidit,
 factus felix pro miseris.
 Assumptus cum apostolis
 in montem novi luminis,
 in paupertatis prædiis
 Christo Franciscus intulit.
 Fac tria tabernacula
 votum secutus Simonis
 quem hujus non deseruit
 numen vel omen nominis.
 Legi, prophetæ, gratiæ
 gratum gerens obsequium,
 Trinitatis officium

festo solemni celebrat.
 Dum reparat virtutibus
 hospes triplex hospitium
 et beatarum mentium
 dum templum Christo consecrat.
 Domum, portam et tumulum
 Pater Francisce visita,
 et Evæ prolem miseram
 a somno mortis excita »

En el Breviario franciscano sobre la fiesta del Santo Patriarca, llega hasta aquí el himno de vísperas. Las ideas más bellas ó principales de la estrofa, que hemos añadido en la traduccion castellana, las expresa de esta manera el himno de Laudes:

«Hunc sequantur, huic jungantur,
 Qui ex Ægypto exeunt:
 In quo duce, clara luce
 Vexilla Regis prodeunt.»

(14) De esta entrada de Nicolás V en el sepulcro de san Francisco y de lo en ella referido, escribió dos elegantes cartas Francisco de Baucio, duque de Andria: una al obispo de esta ciudad y otra al Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, diciendo haber adquirido esta noticia de boca de Astergio, cardenal arzobispo de Benevento, testigo de vista, estando en la hora de la muerte; á lo cual se movió de escrúpulo de que cosa tan digna de eterna memoria no quedase sepultada en el olvido.» Cornejo: *Chron. de la Felig. de N. P. S. Franc.*

(15) Cornejo refiere otras muchas bajadas al sepulcro de san Francisco: la que consta de la relacion de Galeoto de Galeotis; la de Sixto IV en 1476; la del célebre cardenal Gil de Albornoz; la de san Pio V, que se frustró por no haber podido dar con

la entrada de la escalera de caracol. Parece curioso reproducir aquí el epitafio de san Francisco, compuesto por Gregorio IX, y grabado en una lápida de mármol por orden de Francisco Esforcia:

«.....
 Viri seraphici catholici Apostolici
 Francisci romani, celsa
 humilitati conspicui,
 Christiani orbis fulcimenti
 Ecclesiæ reparatoris,
 Corpori nec viventi, nec mortuo,
 Christi crucifixi clavorum
 plagarumque insignibus
 admirando.

Patris pauperum novæ prolis foetura latissimus
 munificentia possuit.

Anno D. M. CC. XXVIII

XVI Kal. Augusti

Ante obitum mortuus

Post obitum vivus.

(16) *Letanía de San Francisco.*

S. Francisce, pater amabilis.

S. Francisce, pater admirabilis.

S. Francisce, pater benigne.

S. Francisce, pater venerabilis.

S. Francisce, vexillifer Jesu Christi.

Eques Crucifixi

Imitator Filii Dei.

Seraphim ardens.

Fornax charitatis.

Arca sanctitatis.

Vas puritatis.

Forma perfectionis.

Norma justitiæ.

Speculum pudicitæ.

Regula pœnitentiæ.

Prodigiorum mirabilis.
Magister obedientiæ.
Exemplum virtutum.
Patriarcha pauperum.
Cultor pacis.
Profligator criminum.
Lumen tuæ patriæ.
Decus morum.
Expugnator dæmonum.
Vivificator mortuorum.
Salvator famelicorum.
Obsequium leprosum.
Præco magni regis.
Forma humilitatis.
Victor vitiorum.
Planta minorum.
Lucerna populorum.
Martyr desiderio.
Prædicator silvestrium.
Portans dona gloriæ.
Auriga militiæ nostræ.
Novis utens prodigiis.
Cælum cæcis aperiens.
Gratum gerens obsequium.
Templum Christo consecrans.
Hostes malignos proterens.
Prodigium naturæ.
Spargens virtutum munera.
Ad gloriam iter amplians , ora pro nobis.



ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria.	
Al que leyere.	
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Lugo....	I
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba.	II
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Mondoñedo....	V
Carta del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago. ...	VII

INTRODUCCION.

La Edad media y el siglo XIII.

“Decadencia romana.—Los Bárbaros.—Carlo-
magno.—Como hemos de considerar la Edad
media.—Su unidad.—Derecho antiguo y de-
recho feudal.—Esclavos y siervos.—Vida
feudal.—Caballería.—Culto de la mujer.—
Amor desinteresado.—La mujer bienaventu-
rada.—Leyenda de santa Clotilde.—Origen
popular de las Cruzadas.—Nacimiento y con-
quistas de Mahoma.—Estéril Cruzada de
siervos.—Cruzada de la nobleza: toma de Je-
rusalen.—Desastrosa Cruzada de los reyes.
Saladino recobra á Jerusalem.—San Bernar-
do.—Fruto y carácter de las Cruzadas.—Sa-
ladino armado caballero.—Ordenes milita-
Tomo I.

res.—El Temple.—Principio de los monjes.
 —San Benito.—Regla benedictina: agricultura y ciencia.—Ramas del árbol monástico.
 —Concepto del arte medioeval.—Los trovadores.—Triunfa la literatura eclesiástica.—
 La catedral: la ojiva.—Calamidades de la Edad media: los normandos: resistencia del paganismo; los húngaros; los sarracenos.—
 Europa y la Iglesia se defienden.—Terrorres del milenario.—Hambre, miseria y peste.—
 El terror se disipa.—Organos y campanas.—
 Nuevos actores en la escena del mundo.—
 Estado de la Iglesia: necesidad de la reforma.
 —Gregorio VII.—Su aliado Pedro Damián.—
 Las investiduras.—Lucha de Gregorio y Enrique IV.—Fin de ambos.—Teoría del poder eclesiástico; su significación y alcance.—La Iglesia se purifica á sí propia.—Oficio civilizador de los Concilios: legislación progresiva.—Asilo y tregua de Dios.—Freno del feudalismo.—La igualdad y el derecho segun la Iglesia.—Los judíos.—Constitución política y social de Italia bajo el pontificado: municipios, comercio.—Güelfos y gibelinos.—
 Barbarroja y la liga lombarda.—Tomás Becket.—Porqué fué un hombre eminente.—
 Qué cosa sea el grande hombre.—El Santo.—De cómo el Santo formó la Edad media.
 Albores del siglo XIII.—Maniqueos, valdenses.—Los Tártaros.—Fracaso de las Cruzadas.—Enrique VI.—Inocencio III.—Federico II é Inocencio III anuncian el Renacimiento.—Regalismo de los juristas.—Nuevo elemento social: san Francisco: los pobres voluntarios.—Carácter nacional de la Orden franciscana.—Santos y frailes son güelfos.—

Excomuni6n de Federico II.—El entredicho.
—Terciarios y Menores.—Ecelino el Feroz
y San Antonio de Padua.—Los frailes pacifi-
can.—Federico vende á Europa.—Tragedia
de la raza de Hohenstaufen.—Rodolfo de
Augsburgo.—Cargo especial de los Domini-
cos.—Santo Domingo y Sim6n de Monforte.
—Difusi6n del esp6ritu franciscano.—Rena-
cimiento del siglo XIII, producido por san
Francisco.—La Edad media concluye.—Sus
últimos resplandores: falange de santos.—
Dualismo del siglo XIII.—Arranques de de-
voci6n: Cruzada de ni6os; flagelantes.—He-
rejías revolucionarias.—Dante anuncia el fin
de la Edad media.—Decadencia del si-
glo XIV: la monarquía: la mujer: las cos-
tumbres: las letras: la Iglesia.—Grandeza
de la Edad media.—Imposibilidad de retro-
ceder hasta ella.—Contradicci6n de la Edad
moderna.—El Cristianismo y las demas re-
ligiones.—Porvenir de la Edad presente.—
Los franciscanos en Palestina.—De qué ma-
nera ve la historia á san Francisco de Asís.. IX

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeros años.

La naturaleza en Italia.—El pueblo natal de
san Francisco.—Familia.—Nacimiento.—
Educaci6n.—Mocedades.—Rostro y talle de
san Francisco.—Planes de vida militar.—
Nuevos caminos.—La soledad.—Primera
prueba. I

CAPÍTULO II.

Aurora de la Orden.

- Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra á servir á los leprosos.—La lepra en la Edad media.—Francisco repara tres iglesias.—Desposorios con la Pobreza y nacimiento de la Orden franciscana..... 33

CAPÍTULO III.

El Apostolado franciscano.

- Consulta al Evangelio —Primera misión.—Inocencio III.—Aprobación de la regla.—Mansión de Rivotorto.—Establecimiento en la Porciúncula.—Los doce apóstoles de Francisco.—Los cuatro compañeros predilectos. 65

CAPÍTULO IV.

San Francisco en España.

- Vacilación.—Consulta.—El arma de la palabra.—Elocuencia nueva.—Los predicadores franciscanos.—San Francisco desea el martirio.—Combates interiores.—Viaje frustrado á Siria.—Enfermedad.—Cartas.—Venida á España.—Situación de España en 1212.—Itinerario de san Francisco en tierra española.—Fundaciones.—Leyendas..... 103

CAPÍTULO V.

La Orden se constituye.

El cuarto Concilio de Letran. — Domingo de Guzmán el español. — Domingo y Francisco se abrazan. — Las Ordenes gemelas. — El capítulo de Pentecostés. — Las misiones franciscanas. — Sueños de Francisco. — El protector de la Orden. — El gran capítulo de las Es-
terras 137

CAPÍTULO VI.

Primer corona.

La sexta Cruzada. — El aviso del penitente. — San Francisco y el Sultán — Los Protomártires. — Primer corona. — Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia. — Predicación. — Retiro. — Anécdota. — Visión. 171

CAPÍTULO VII.

Pasión.

El pesebre de Grecio. — Prueba. — Donación del monte Albernia. — Descripción. — Sed de la Cruz. — Última morada — El Serafin. — Luz en derredor del monte. — Los estigmas y llagas del costado. — Calor que exhala Francisco. — Despedida. 201

CAPÍTULO VIII.

Agonía , muerte , resurrección.

Padecimientos y dolores de Francisco.—Las lágrimas le ciegan. — Muda de lugares.— Acércase la muerte.— Jacoba de Sietesolios.— Bendicion á última hora.— Tránsito.— semejanza con el Crucificado.— Sepelio — Clara y sus hijas.— Valle del Infierno y valle del Paraíso.— Himno de Gregorio IX.— Canonización.— Traslacion y misterioso depósito del cuerpo.— Leyenda.— Cántico de triunfo. 231

FIN DEL TOMO I.

FE DE ERRATAS ⁽¹⁾.

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
LXXI	26	de hielo»	de hierro»
LXXII	27	un fraile	un monje
CII	1	aun no llegó	aun llegó
CLXVII	4	terciarios , se	terciarios ; se
CLXIX	7	sarda	santa
CLXXXIII	14	huellas en los	huellas. En los
CLXXXII	5	expansivo	expresivo
29	6	Chavin de Malau	Chavin de Malan
III	II	donde	de donde
240	5	inapreciable	inexplicable

(1) No habiendo podido la autora revisar las pruebas, se han cometido algunas; por lo que se anotan las principales.

SAN FRANCISCO

DE ASÍS
(SIGLO XIII)

POR

Emilia Pardo Bazan.

TOMO II.

~~~~~  
CON LICENCIA ECLESIASTICA.  
~~~~~

MADRID.

LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,
Paz, 6.

—
1882.

~~~~~  
**ES PROPIEDAD.**  
~~~~~

IMPRESA DE A. GÓMEZ FUENTENEYRO,
Bordadores, 10.



CAPÍTULO PRIMERO.

LA ÓRDEN TERCERA.

Dos corrientes en la Edad media. — La Iglesia encauza la corriente ascética. — Carácter, objeto y regla de la Orden Tercera. — Su utilidad social. — Luquesio y Bonadona. — Mateo de Rubeis, — División de la Orden. — Palabras de Pedro de las Viñas. — Terciarios célebres. San Fernando y Berenguela su madre. — San Luis y Blanca de Castilla. — Dante, Calderon y Lope de Vega. — Últimas horas de Cervantes. — Colón en la Rábida. — La Orden Tercera en nuestros días.

.....
Io aveva una corda intorno cinta.
.....

(Dante : Inf. C. XVI.)

.....
A la cintura tenía yo ceñida una
cuerda.
.....

(Dante : Inf. C. XVI.)

ADVIÉRTENSE en la Edad media dos corrientes sociales: de actividad, esfuerzo y combate la una, la otra de retiro, ascetismo y desprendimiento de la vida terrena. Origina la primera las empresas extraordinarias, las encarnizadas y continuas

pugnas, los rasgos de heroismo mixtos de barbarie; de la segunda se engendran los casos de voluntario sepelio en oscuras celdas, las penitencias rigurosas y espantables, los retiros á eriales y montes broncos, á hórridas espeluncas, á desiertos de toda humana vecindad remotos. Frecuentemente ocurre que ambas direcciones se reparten la existencia de un hombre, y no escasean figuras como la de Juan de Briena, primero infatigable campeador victorioso en justas y palenques y encuentros y batallas, que con ayuda sólo de su fuerte brazo realizó la más romántica novela que soñar pueda la imaginacion; ocupar el tálamo de una princesa hermosa, ceñirse diadema real, y un día, de pronto, descender voluntariamente de la cima de las grandezas, con el propio gentil talante con que la había escalado, y enterrarse vivo bajo un hábito, y macerar su cuerpo, hecho á púrpura y armiño, y morir descalzo y pobre sobre las losas del pavimento. Hay en la Edad media,—al par que fe pujante y briosos alientos para acometer hasta lo imposible,—no sé qué vago convencimiento de la nada de las cosas, percepción confusa del mal del humano vivir, pesimismo creyente que llevaba á pisotear las venturas deleznables y los efímeros y vanos bienes de la tierra, y á buscar el reposo, allí donde se halla, en el apartamiento, en la renuncia á todo interés perecedero. El oficio de la Iglesia fué equilibrar la

fuerza de dos corrientes tan opuestas, evitando preponderase la última y extinguiéndose—como en los países budistas—toda energía y acción social. Salía apenas Europa de la penosa crisis de su nueva organización, y al mundo cristiano amagaba el grave peligro de encerrar su lozana vitalidad en los claustros. Si leemos las historias y crónicas de aquellos días, parece á veces que el Occidente entero aspira á sumirse en la contemplación, interrumpiendo el curso glorioso de los triunfos que le aseguraron la primacía del orbe. Mas no es posible: la civilización cristiana ha de seguir su marcha: el germen no se deja ahogar: y la Iglesia, encargada de custodiarlo, lo preserva de semejante riesgo.

Uno de los momentos en que más se pudo creer que pueblos enteros pretendían eximirse de la vida activa y sus cuidados y aniquilarse en masa, fué aquél en que Francisco de Asís, recorriendo Umbría y Toscana, vió que á su paso se despoblaban villas y aldeas, y que le seguía inmensa multitud, pretendiendo toda ella abrazar, á imitación suya, el estado religioso; y se disolvían las familias, y parecía romperse el nudo conyugal, y maridos y mujeres se echaban á sus piés, rogándole los ciñese con la cuerda y vistiese con el sayal penitente. Entonces, á fin de contener el desbordamiento ascético sin menoscabo del ardiente fervor de la devoción, concibió el plan

de su *Orden Tercera*, gran confraternidad laica, que con razon sería llamada francmasonería católica, si algun misterio cupiese en su clara regla, y si alguna enfática y burlesca ceremonia comprendiesen sus ritos. Lo que admira en las constituciones de la *Orden Tercera* es el profundo conocimiento de las necesidades de la época, que revelan, y el criterio eminentemente social que las dictó. Más que fruto de una mente caldeada y exaltada por místicos arrobos, enflaquecida por el ayuno y la mortificación, parecen obra de un legislador reflexivo, encanecido en ahondar problemas sociológicos. La *Orden Tercera*, primeramente llamada Orden de los Hermanos y Hermanas de la Penitencia, admite en su seno clérigos y laicos, célibes y cónyuges, varones y hembras; ninguna excepcion; caben en ella cuantos profesen la fe católica y se reconozcan hijos de la Iglesia. Cuatro condiciones se imponen para el ingreso: restituir los bienes mal ganados; reconciliarse leal y plenamente con los enemigos; observar el Decálogo, los mandamientos de la Iglesia y la regla; y, para las mujeres casadas, consentimiento expreso o tácito del marido. No obstante, la infraccion de la regla no constituye pecado mortal; así se mantiene libertad continua, aquiescencia del todo espontánea en el hermano. Para formar parte de la Orden el postulante era examinado de la fe; y al solicitar entrada, los mi-

nistros inquirían diligentes su oficio, estado y calidad, y le reiteraban mucho las condiciones, insistiendo en la restitución de lo ajeno. Al ser recibido, era exhortado también con empeño á que pagase sus atrasos y deudas. No era obligatorio un traje dado, pero sí la humildad y sencillez en el vestir; la ropa de las mujeres había de ser ancha, de colores apagados, de forma por todo extremo honesta, ceñidas las mangas y altas de cuello las túnicas; las pieles, pobres y de cordero; las bolsas, de cuero sin ribete ni cinta alguna de seda. Estaba vedado á hermanos y hermanas asistir á convites, autos ó regocijos bulliciosos, y dar cosa alguna á histriones y juglares; y prescritas ciertas prácticas, ayunos, confesiones, comuniones y rezo de horas. No se les consentía traer consigo armas ofensivas, sino es para defensa de la Iglesia romana, la fe de Cristo ó la patria (1). En el plazo de tres meses desde su admision en la Orden debían hacer testamento. No eran lícitas entre hermanos terceros rencillas ni discordias, y si alguna surgiese, al punto las dirimían los superiores ó el obispo. Prohibido el juramento solemne, salvo cuando lo requiriese la paz, la fidelidad, el despejo de una calumnia, y los contratos de donación, compra y venta. Cada tercero tenía encargo de ejercer en el seno de su familia pedagogía moral, exhortándola y reformando sus costumbres.

Bien distinta es la sociedad contemporánea de aquella para la cual fué estatuida tan sabia norma, y con todo eso, si no consideramos en la Orden Tercera su carácter religioso y la juzgamos únicamente como regla ética, verémos de cuánto provecho sería su observancia para muchos males de los que hoy nos afligen. Básase en una tendencia general á la modestia en vida y costumbres; más bien que la pobreza material, reclama el espíritu de pobreza, lo contrario del ánsia inmoderada de goces que consume en el día á todas las clases sociales. El arreglo de los negocios temporales, el testamento pronto, evitados los litigios, pagadas las deudas, son otras tantas garantías de orden y moderación que algo pudieran contribuir á encauzar el torrente de lujo y prodigalidad, por desdicha tan arrollador y desatado. Y, para aliviar la honda llaga de nuestro siglo, para apaciguar un tanto la sorda, pero enconada lucha entre el proletario y el poseedor, ¿dónde hay más humano y suave bálsamo que aquella confraternidad de los terciarios, cuando movidos de generoso impulso ponían en comun sus haciendas, logrando así que la estrechez de cada uno se remediase con la abundancia de todos, y alcanzando aún las sobras para fundar hospitales y repartir limosnas? (2) Al lamentar los progresos del socialismo, al deplorar que el comunismo vandálico se levante amenazador ante

nuestras viejas sociedades, ¿no pudiéramos convenir en que gran parte de culpa en el mal toca al individualismo egoista de las clases pudientes?

Por diversas razones fué la nueva institución de Francisco de Asís en sumo grado benéfica, y utilísima en cuanto robusteció los fundamentos de la familia y de la potestad civil con todo el vigor del sentimiento religioso. Santificados se vieron en ella los fines prácticos de la vida, y el hombre que no tenía hogar, hijos ni bienes, bendijo los desposorios, la actividad humana, el comercio que enriquece á las naciones y el trabajo que las dignifica.—«Sin romper — dice un historiador de la Iglesia — (3) la union de los matrimonios, ni despoblar el país, prometióle una legislación espiritual que, en medio del mundo, brindase la paz de la vida religiosa.»

Tejió la leyenda sus áureas gasas para envolver el origen de la Orden Tercera en la mente de su fundador. Aparecióse Cristo una noche á Francisco pidiéndole que le diese cuanto poseía; y respondiendo él que sólo era dueño de su pobre túnica:—«Mete la mano en tu seno — insistió Cristo — y ofrécame lo que encuentres.»—Obedeció Francisco, y con gran sorpresa suya sacó hasta tres monedas de oro. Cristo le dijo entonces: Esas monedas son las tres Ordenes que fundarás, y durarán hasta la consumacion de los siglos.» (4)

Fué primero en vestir el hábito de terciario un mercader del estado de Florencia, Luquesio, hombre rico y agenciador, acérrimo güelfo, que repentinamente se consagró á la piedad con el mismo ardor que ántes al lucro y la política. Al atravesar Francisco la villita de Poggi-Bonzi, en Toscana, Luquesio, que en otro tiempo era su amigo, y que ya comenzaba á dedicarse á caridades y penitencias, estaba allí con su mujer Bonadona, dueña honrada, pero económica en demasía y muy zelosa del dinero de sus arcas. Vió ésta un día que su marido daba á los pobres cuanto pan había cocido ella en el horno, y que aún ordenaba distribuir más, y le apostrofó diciendo: «Cabeza sin juicio y enflaquecida por el ayuno, cómo así descuidas tus intereses? (5) Luquesio entonces la obligó á abrir la artesa donde se guardaba el pan, y hallándola más colmada que antes, pesó á Bonadona su dureza y comenzó á emular en beneficencia al esposo. Como ambos pidiesen á Francisco una regla de vida, él les vistió un traje de corte usual, pero de ceniciento paño y ceñido con cuerda, y oralmente les comunicó los estatutos de la Orden Tercera, que escribió más adelante. Ingresó en ella el segundo un patricio romano de la esclarecida sangre de Orsini, Mateo de Rubeis, que conoció á Francisco en Roma, y le convidó á su mesa; y aunque éste aceptó el convite, en mitad de él huyó, y

fué á mezclarse con los mendigos que á la puerta esperaban los relieves del banquete. Mateo le dijo: «Hermano Francisco, pues no quieres comer conmigo, comeré yo contigo;» y participó á su vez del festín de los pordioseros. Tenía Mateo un niño llamado Juan, á quien Francisco tomó en sus brazos, pronosticándole que llegaría á papa, y rogándole que para entonces fuese con su Orden benigno. Llamóse después aquel párvulo Nicolás III (6).

Como no era letra muerta la regla de los Terciarios, antes se observaba estrecha y rigurosamente en sus ápices menores, y en realidad vivía en las conciencias, presto llegó á ser una fuerza social. A los veinte años de fundación había cundido como planta vivaz, y sus raíces penetraban hasta el corazón del pueblo italiano. Pedro de las Viñas, aquel oscuro estudiante de Bolonia á quien su talento poco común elevó á canciller imperial y brazo derecho de Federico II, escribía alarmado al César:—«Los hermanos Menores y Predicadores se han alzado contra nosotros en odio; públicamente han reprobado nuestra vida y conversación; han quebrantado y anulado nuestros derechos... Y hé aquí que para enervar más aún nuestro poder, y privarnos de la adhesión de los pueblos, han creado dos nuevas cofradías, que comprenden á todos, hombres y mujeres. La multitud acude á

ellas, y apenas se halla persona que en una ó en otra no esté inscrita» (7).—Porque es de advertir que á su vez Domingo de Guzmán estableció una Orden análoga á los Terciarios, bajo el nombre de *Milicia de Cristo*. Así en la gigantesca lucha trabada en Italia entre el cesarismo y el pontificado, entre el poder heterodoxo é invasor de Alemania y la idea nacional que representaban los Güelfos, las cofradías de Terciarios vinieron á ser como la organización del pueblo, los comités en que el sentimiento patrio halló la fórmula de su unidad y se reconoció enlazado por la aspiración á la independencia (8).

En cuanto á los frutos espirituales de la Tercera Orden de Asís, lea el que pretenda conocerlos las vidas maravillosas de aquellos terciarios antiguos, conforme las narran las crónicas sencillas, escritas tal vez por oculares testigos, y llenas, por tanto, de color y fuerza, de persuasión y ternura. Terciarios fueron algunos de los hombres más ilustres con que la humanidad se honra; y es de notar que no se ciñeron por mera fórmula la cuerda de nudos, y que sus actos llevan impreso un sello particular, un cristianismo acendrado y puro, que llamar pudiéramos espíritu franciscano.

Embarga el ánimo de respeto encontrar en las páginas de la historia — á vueltas de tanto célebre bandido, de tanta magna ini-

quidad vestida de proeza—algún nombre de los que igualmente la llenan con el brillo de sus hechos y el de sus virtudes: figuras luminosas é inmaculadas, horizontes claros entre turbias nubes, honor de la humana especie, y alegría del mundo. Isabel de Hungría, cuya vida en otra parte se reseña, é Isabel de Castilla, que tiene escrita la suya en la página más resplandeciente de nuestros anales; san Luís y san Fernando, los dos reyes en quienes tomó carne el ideal monárquico; Dante, que cantó la gran epopeya católica, y Cristóval Colón, que realizó la gran epopeya humana: en suma, los personajes más extraordinarios y simpáticos de la Edad media y del Renacimiento, llevan todos la cuerda tosca de san Francisco, como símbolo de un pensamiento fijo en lo divino, en medio de la incesante y gloriosa labor de su existencia.

Extraño destino el de san Fernando. El incansable adalid de la Iglesia y de la unidad religiosa hispana, nació bajo el peso de las censuras pontificias, que condenaban el matrimonio de su padre Alfonso de León con su madre Berenguela de Castilla, á la cual le unía parentesco en grado prohibido, como ya le aconteciera con su primer desposada Teresa de Portugal. El rayo de Roma hirió á los enamorados cónyuges; el entredicho enlutaba el reino de León, y en torno de la cuna del bienaventurado niño rugía la cólera celeste.

Cuando Fernando fué reconocido y jurado heredero del trono, ya se habían separado sus padres, acatando al fin las reiteradas intimaciones de la Santa Sede. Aquel consorcio reprobado y maldecido produjo el más grande, sin duda alguna, de los cristianos príncipes. Frecuentemente le comparan los historiadores á Luis IX de Francia, y, en efecto, existen semejanzas notables entre ambos. Una de las que más presto se echan de ver, es la de las madres, que á los dos tocaron en suerte. Berenguela no es inferior en nada á Blanca de Castilla. Pertenece á la raza de ilustres princesas del siglo XIII, que reunieron las cualidades que más realzan á su sexo y las dotes varoniles necesarias para la gobernación del Estado: díganlo sus hechos, su odisea interesantísima, desde Autillo hasta hacer aclamar á su hijo en Valladolid (9). Prosigue el hado singular de Fernando, disponiendo que el más piadoso doncel del mundo comience su carrera por guerrear contra su mismo padre, empeñado en arrebatarle la corona. Como san Hermenegildo, Fernando hubo de desacatar mal de su grado la autoridad paterna, y ayudóle su madre, vendiendo joyas y adornos para sostener la lid: y aunque fué el leonés vencido, todavía insistió en la demanda, hasta que con mejor consejo se resolvió á pactar treguas y á ceder por último. Ocurrió entonces el fallecimiento del irreconciliable y jura-

do enemigo de Berenguela, del cizañero y violento D. Alvaro de Lara, instigador de Alfonso, y causante de cuantas turbulencias nublaron la aurora del reinado de Fernando; y como muriese pobre, Berenguela regaló el paño de brocado para amortajar decentemente su cadáver.

De las felices nupcias entre la hermosa Beatriz de Suabia y el jóven rey castellano, nació aquel gran trovador de la Virgen, aquel varon de ciencia, conocido por Alfonso el Sabio; y vino al mundo el propio año en que sus padres colocaban la primera piedra del poema gótico que se llama la catedral de Burgos. Desde la misma fecha comenzó Fernando la serie de hazañas, que ellas solas bastaran á immortalizarle. Distinto en esto de san Luís, dijérase que la victoria, abriendo sus alas de oro, seguía á sus ejércitos, y que la fortuna dejaba atrás el esfuerzo de su incontrastable espada y brazo. Andújar, Martos, Baeza, Loja, Alhama, infinidad de villas y castillos de que eran señores los árabes, cayeron en su poder; vencedor entró en Córdoba, y la mezquita de los kalifas, el bosque de columnas de oro y colores, semejante á las perspectivas sensuales del Corán, presenció el sacrificio incruento, y, según frases de un gran poeta germánico,—«en la torre donde el muecin convocó á la plegaria, resuena ahora la campana cristiana con melancólico tañido (10).»—Rota, Jerez, Sanlúcar y Arcos,

se rindieron á sus armas, y, finalmente, la perla del Guadalquivir, Sevilla la magnífica, hubo de doblar la frente y recibir la cruz. Fué entonces cuando el sabio infante Alfonso pronunció unas palabras, que nos valieron la conservación de una joya artística. Solicitaban los moros, para capitular, que se les permitiese el derribo de su Mezquita mayor, hoy la espléndida Catedral sevillana: el Monarca consultó á su hijo, y éste contestó airado que si una sola teja faltara del monumento, haría rodar las cabezas de todos los sitiados; y que por cada ladrillo que echase de ménos en la torre, no dejaría un infiel con vida. Las huestes cristianas pudieron arrodillarse en la gran Mezquita, transformada en templo; y feneció el imperio de los Almohades, y el poeta árabe de Ronda exhaló su triste elegía, plañiendo la pérdida de Sevilla y la ruina del Islam (II).

Ciertamente que se puede llamar dichoso el Monarca en cuya cabeza por vez primera se juntaron las coronas de Castilla y Leon; el que dilató la reconquista hasta el mismo riñón de Andalucía, centro del poder musulmán; el que cimentó las catedrales de Burgos y Toledo: el que estableció la Universidad de Salamanca y el fuero de Córdoba; el que inició las Partidas, y todo ello en el corto vivir de treinta y cinco años no más que le otorgó el cielo. Al contemplar en la Catedral de Sevi-

lla la imagen del santo Rey, obra del pincel de Murillo; al ver el tipo demacrado, pero varonil, que creó la inspiración del artista, pensamos que así debió de ser en efecto hombre tan extraordinario, consumido por la llama de la penitencia y por la heroica calentura de la conquista; que sólo se desnudó la cota para vestir el cilicio; que soñó con llevar á las costas de Africa el hierro y el fuego traído á España por liviandades de Rodrigo, y que murió con una soga al cuello, los piés descalzos, la cuerda de terciario á la cintura y una capa de ceniza por lecho; émulo de Jaime *el Conquistador*, el cual logró este nombre solamente porque su contemporáneo Fernando se llamó *el Santo* (12); esposo, padre, guerrero, asceta, y en todos los estados perfecto. Lafuente reclama para san Fernando el título de *hombre modelo de la Edad media*, otorgado á san Luís por Chateaubriand; y aunque es difícil conceder superioridad á uno de los dos, ello es cierto que el nuestro parece todavía más hábil gobernante que el frances. Líbrenos Dios de juzgar las acciones humanas según su éxito; no obstante, es evidente que harta sangre y oro cristiano dispendió san Luís en Palestina, que pudo ahorrar si su celo generoso dejase espacio á la previsión política. En amor á su pueblo no cedió san Fernando al hijo de Blanca de Castilla; y nadie como él supo aliar el ejercicio de la regia autoridad al

respeto de las franquicias municipales y los derechos del reino. — «Más temo, decía, la maldición de una vejezuela agraviada, que á las lanzas moras.» Tachan en san Fernando su rigor en perseguir á los herejes, como si la herejía no fuese entonces el más terrible enemigo de la nacionalidad española. Ni en ese terreno fué ménos severo que él san Luís.

De la madre del rey francés forma un historiador (13) este juicio, que en sustancia puede aplicarse á la del español: «Después de haber nutrido á su hijo con su leche, se consagró á educarle con maternal severidad, sin querer en esta tarea más asistencia que la de fray Pacífico, el amigo de san Francisco.» Decía Blanca á Luis todas las mañanas: — «Dulce y caro hijo, eres lo que más amo en el mundo; pero prefiero verte morir á que te manches con un solo pecado mortal (14).» Fruto de tales enseñanzas fué un Marco Aurelio cristiano, el hombre de lo justo y de lo recto, que ántes de obrar se preguntaba á sí mismo si la acción que iba á ejecutar era esencialmente buena ó mala; que según Urbano IV vino al mundo como un ángel de paz, *tanquam pacis angelus*; y según un cronista coetáneo suyo (15), fué la persona que más trabajó para introducir paz y concordia entre sus súbditos; y según Voltaire, armonizó política profunda y justicia exacta, no siendo dado á nadie llevar más allá la virtud. San Luís practicó, en

efecto, el sistema—declarado impracticable por los partidos medios—de gobernar acertadamente sin transacciones con el mal. Fué un radical de la virtud ; realizó todas sus teorías, y no pactó nunca con la injusticia. Llegó á restituir á las naciones vecinas estados enteros, movido por un sentimiento de equidad ; y, conforme advierte un escritor moderno (16), acaso por vez primera se vió en la historia que la caridad guiase á un rey , dando resultados más felices que las combinaciones vulgares de la política. Con san Luís empieza Francia á salir de la confusión y anarquía feudales y á poseer leyes , códigos y ordenamientos: por él se establecen tribunales , se administra justicia á los plebeyos y se constituye el poder real , ántes fraccionado y repartido entre ambiciosos y turbulentos varones. Así era el Monarca honrado en el reino y fuera de él, como el astro del día (17). Protector de los siervos , repelió siempre la imposición de la fuerza , reprimió el lujo y la usura ; no comprendió jamás la legitimidad del derecho de conquista; y por puro amor á la justicia , llegó hasta oponerse á lo que más respetaba, el poder pontificio , y á reclamar las libertades de la iglesia galicana , si bien esta frase en sus labios no tenía el sentido que le atribuyeron después Fleury y los jansenistas (18). Luís dejaba de noche su tarima para rezar hasta el alba ; se entregaba á penitencias que

ponen espanto; recorría las calles de su capital en ayunas, vestido pobremente, pisando con desnudos piés el fango y las piedras; y en suma, según la feliz expresión de César Cantú, era Francisco de Asís entronizado y reinando. Quien hubiese leído las *Floreccillas*, no ignorará un episodio de devoción franciscana: el viaje de san Luís al convento de Perusa, y su entrevista con fray Gil.

Al lado de estos coronados terciarios colocáremos otros que también lo fueron con corona de laurel inmarcesible: Dante, Lope de Vega y Calderón de la Barca, usaron el cordón de la Tercera Orden. El Fénix de nuestros ingenios, el fecundísimo dramaturgo, consagró su musa á ensalzar al Serafín de Asís. ¿Quién no leyó los bellos sonetos y romances de Lope de Vega á las *Llagas*, á *San Francisco*? En uno de estos últimos dice:

« ...
 Vuestro cordón es la escala
 de Jacob, pues hemos visto
 por los nudos de sus pasos
 subir sobre el cielo Empíreo,
 nó gigantes, sino humildes;
 porque su brazo divino
 levanta rendidos pechos
 y humilla pechos altivos.

..... »

Muchos años ántes había escrito Dante :

«

Io aveva una corda intorno cinta ,
é con essa pensai alcuna volta
prender la lonza alla pelle dipinta (19).

.....»

De cuál fuese la admiración profesada por el sumo épico italiano á san Francisco, da testimonio el magnífico canto once del *Paraiso*. Como recuerdo perenne del ingreso de Dante en la Orden Tercera, queda el retrato del poeta, con hábito, pintado por Giotto en la basílica patriarcal de Asís. Es asunto de la pintura el Triunfo de san Francisco, y allí se ve á Dante representando la Orden Tercera; á su lado está la figura de fray Juan Muro, que simboliza la primera, y de una clarisa, emblema de la segunda. San Francisco aparece en actitud de animar á los tres á que trepen á una alta roca.

Monseñor de Segur cuenta á Miguel Angel y Rafael en el número de los Terciarios; pero bastaría para prez de la Orden haber contado en su seno, durante el Renacimiento, á Cervántes (20) y á Colón. Ingresó Cervántes en ella hácia las postrimerías de su vida, « teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano, y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió

en la gloriosa batalla de Lepanto. Cuando le hubieron vestido el hábito, quedó con sotanilla que sólo llegaba á cubrir el calzón, con manga cerrada y ferreruelo de estameña, cuello y cuerda que le caía hasta las rodillas (21). » En el punto de su agonía, cuando se entreabría para él la eternidad, «no murió Cervántes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarle sus hermanos de la Orden Tercera, para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanza de eterna vida. Todos los hermanos de hábito descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada, y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que, llegada la hora del entierro, entraron todos, é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oración del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervántes, y suplicando á Dios le diese el eterno descanso. Llevaron en hombros el cadáver, con la cara descubierta, los Hermanos á la iglesia de las Trinitarias, donde Cervántes quiso tener sepultura, en gratitud afectuosa de haber debido á los Padres de esta Orden ser sacado del cautiverio... Desde que se acercó á la iglesia el entierro, doblaron las campanas segun el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo, era el de la de san Francisco. Los Hermanos no

abandonaron á Cervántes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

»A la salida del templo, el religioso visitador vió á D. Francisco de Urbina y D. Luís Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervántes para el *Persiles y Sigismunda*, ya que tantos altos poetas le habían abandonado en la muerte. — « Bien me parece el intento, respondió el Visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano* (22). »

Así consoló el pobre de Asís en su última hora á aquel ilustre pobre, rico sólo en ingenio é invención peregrina. Un fraile rescató de su cautiverio al autor del *Quijote*, otro auxilió al descubridor de América. La llegada de Cristóval Colón al convento de la Rábida, parece novelesca aventura, y es episodio real, estrofa del poema de la historia, cuyo poeta es la Providencia.

Un día abrasador de estío, en que el sol cayendo á plomo tostaba llanuras y campos, dos caminantes de á pié, de humildes trazas y muy cansados, llamaban á la portería del monasterio de San Francisco, en Palos, puercecillo de Andalucía. Era uno de los viajeros hombre formado y maduro; el otro, mancebillo de tierna edad. Pedía el hombre pan y agua para el niño, y en cambio brindaba la dádiva de un mundo, vanamente ofrecido á los

soberanos de Europa, que no querían alargar la mano para cogerlo. Mientras el niño aplacaba hambre y sed, acertó á pasar por allí el Guardián del convento, fray Juan Pérez de Marchena. Fijó sin duda su atención la noble apostura, la vasta frente y profundos ojos del fatigado viandante; llegóse á él, y le preguntó su historia. Satisfizo prontamente á la demanda: era genovés, de familia hidalga, pero muy venida á ménos; su padre cardaba lana; su raza era raza de expertos navegantes; él había estudiado en las aulas de París latinidad, matemáticas, geografía, astronomía; la cosmografía sobre todo le embelesó: fué á Lisboa, ciudad donde pululaban á la sazón pilotos, navegadores, mareantes consumados, inventores de tierras, que exploraran con audacia y suerte las costas del Africa; respirábase allí un ambiente embriagador de descubrimientos y proezas; hablábase de países desconocidos, de regiones mágicas, henchidas de oro, pedrerías y especias; leyendas marítimas, que se contaban sobre la toldilla las noches de luna, y que inflamaban la mente y hacían palpar el corazón. El las había bebido con avidez, y allá en su cerebro las enlazaba con unos vagos presentimientos, intuiciones científicas, que le asaltaban al estudiar el mapa de la tierra conocida hasta entonces. Nó; el mundo no podía ser extendido y llano como vasta sábana: algun término

tendría el mar de Atlante, considerado por los cosmógrafos de la época sin orillas ni límite. El genovés recordaba las misteriosas palabras de los poetas de su nación, Dante, Pulci, Petrarca, cuando dicen que el sol, al dejarnos, va quizás hácia otras gentes que le esperan; y aquel desierto de agua repugnaba á su entendimiento, y las enigmáticas frases tenían para él claro sentido. Firme ya en su convicción, había solicitado ayuda de los Monarcas y Estados para armar una flota: en Juan II de Portugal no la halló; en Génova menos: y venía á pedirla á los excelsos Reyes de Castilla, en sus empresas tan arriesgados como dichosos.

Al punto comprendió y acogió el franciscano la atrevida y nueva teoría del cosmógrafo. ¡Cuántos planes maduraron juntos acerca del destino que se podría dar á las riquezas de los fabulosos países indianos! Recobrar el sepulcro de Cristo; vencer para siempre á Mahoma; dilatar el Evangelio hasta los últimos confines del orbe... Marchena, que había sido confesor de Isabel la Católica, dió á Colón letras para fray Fernando de Talavera, que desempeñaba á la sazón el mismo cargo. Al pronto Talavera recibió con frialdad al proyectista; no desmayó Marchena; volvió á la carga; interesó al cardenal Mendoza, y obtuvo por fin Colón la audiencia real. Isabel y Fernando prestaron atento oído á sus teorías,

y reunióse, para examinarlas, la famosa asamblea de sabios y teólogos, en Salamanca; y tuvo lugar la escena que la pintura ha reproducido tantas veces: Colón, puesta la mano sobre la carta geográfica, trató, sin fruto, de comunicar su convencimiento y de vencer las preocupaciones de su siglo. A punto estuvo de naufragar allí la idea, y de perderse tan grande conquista para España, porque aquellos varones de rutina, interpretando mezquinamente las escrituras, combatieron los asertos de Colón con textos bíblicos, y autoridades de Padres de la Iglesia: memorable ejemplo del tino que deben emplear los que no estudiaron una ciencia al calificar sus hipótesis, siquiera por no hacer solidario al cristianismo de sus yerros é ignorancia. Largo tiempo de esperar desesperando; largo aplazamiento de sus deseos, costó á Colón el veredicto del congreso salamanquino. Sólo un dominico, fray Diego de Deza, y el constante franciscano Marchena, le alentaron en los años de desconsuelo que aguardó. ¡ Tener fe profunda en su idea; cumplir ya el año cincuenta y cinco de su edad, y verse en la alternativa de legar á los venideros un nombre inmortal, ó perecer como visionario insensato! qué lucha para un alma bien templada, exclama con razón Cantú. Volvióse con los religiosos de la Rábida, entre los cuales consiguió lo que reyes y naciones le negaban: atención,

oidos que le escuchasen, simpatía tan necesaria á los que acometen empresas nuevas, y eficaces recomendaciones para Isabel. Concedidos ya los subsidios, armadas las carabelas, pocos dias ántes de que se hiciesen á la mar, tuvo fray Juan Pérez de Marchena que recorrer el puerto exhortando y animando á los marineros de Palos, que se negaban á embarcarse temerosos de los ilimitados océanos y desconocidas regiones adonde se dirigía el genovés. Bien dice un ilustrado escritor español (23) que en la Rábida halló Colón albergue, alimento, consuelo, acceso á la corte, valimiento en ella, el camino, en fin, del virreinato y de la gloria. Fray Juan Pérez, el adicto amigo, el alma capaz de asociarse á tan magna empresa, tuvo el júbilo de vestir al almirante, momentos ántes de salir á cruzar el Atlántico, el hábito de terciario, con que debía enterrarse (24); bendijo después la chica, pero resuelta flota; y, añade el escritor ya citado, «rompiéronse á poco los juncos del entenal, y el manso viento de tierra, que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas en que se había pintado el signo de la redención. Lenta, majestuosamente, cual si el maderamen participara de la impresión de los hombres que sostenía, la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la auro-
ra, pasaron una tras otra ante los espectadores de la orilla la nao *Santa María*, y las cara-

belas *Pinta* y *Niña*. » ¡Bogad, bajeles, bogad sobre los apacibles mares: vais á completar el globo y á traer á la civilización un nuevo hemisferio!

Extendímonos recordando estos terciarios inmortales en la historia, y apenas queda lugar para el elogio de otros no ménos grandes: Roque de Montpellier, el valeroso adversario de la peste, el paciente ulcerado y encarcelado; Conrado, Elceario, héroes de la caridad; Ivón, el párroco modelo; la victoriosa hueste de mártires del Japón; el portentoso cura de Ars; y tantos y tantos como se han ido ciñendo la cuerda de Francisco, desde el mercader Luquesio, hasta los pontífices Pío IX (25) y Leon XIII hoy reinante.



NOTAS.

(1) « *Impugnationis arma secum fratres non deferant, nisi pro defensione romanæ Ecclesiæ, christianæ fidei, vel etiam terræ ipsorum aut de suorum licentia ministrorum.* » (Reg. c. VII.)

(2) — « Los cuales » — (los Terciarios de Florencia) — en muchas cosas imitaban las cándidas costumbres de la primitiva Iglesia, principalmente en la negación de sus bienes, haciendo de todos una pella, de que sacaban lo necesario para el sustento y decencia civil, y lo demás que sobraba repartían en el socorro de los pobres, principalmente encarcelados y vergonzantes. De las sobras de los bienes unidos y de las limosnas que pudieron adquirir, fundaron un célebre Hospital, cerca de los muros, para curar enfermos y albergar pobres ancianos; en cuyas asistencias se empleaba lo más noble y lucido de la ciudad. » Fray Damián Cornejo. (*Crónica de la Religión de N. P. san Francisco.*)

(3) Röhrbacher.

(4) *Revista franciscana*, núm. 3, año de 1873.

(5) « *O sine mente caput, vigiliis et inedia multa exhaustum! ó nimium, nimiumque oblite tuorum!* » (Bolland., p. 600.)

(6) Al devolverlo á su padre, dijo: — « El niño

no será religioso de nuestra Orden , pero sí protector ; nó hijo , sino padre , bajo cuya sombra vivirán alegres nuestros hermanos : muchas cosas buenas para nosotros contemplo yo en este niño ; en estas manecitas se guardan para nosotros muchos beneficios. » (Annal. Wad.) El padre se asombró del vaticinio , y conservó en su corazón las palabras hasta que las vió realizadas por la exaltación de su hijo al Pontificado , con el nombre de Nicolás III. Ya cardenal , fué protector de la Orden , y de papa se volvió para ella amante padre , de tal suerte , que al llamar al cardenal Juan Gactani para sucederle en el protectorado , le dijo : — « Doite lo mejor que tengo , el deseo de mi corazón , las niñas de mis ojos. » Pánfilo de Magliano , (*Storia di S. Francesco.*)

(7) *Nunc autem , ut jura nostra potentia enervaret , et a nobis devotionem præciderent , singulorum duas novas fraternitates creaverunt.*

(8) La regla de la Tercera Orden , compuesta por san Francisco , fué aprobada de palabra por Honorio III y Gregorio IX , y confirmada con Bula particular por Nicolás IV , primer papa de la Orden de Menores , que levemente la modificó con arreglo á las circunstancias de su época. La Tercera Orden fué instituida para las personas que viven en el siglo ; pero andando el tiempo tomó tres formas : secular , congregacional y regular. Los seculares son los que viven en su casa segun la regla. De la segunda forma fueron aquellos devotos de Florencia que pusieron sus bienes en comun , y vivieron empleados en obras colectivas de piedad y caridad. Leon X , en Bula del 20 de Enero de 1521 , modificó la primera regla aprobada por Nicolás IV , haciendo otra segunda , adecuada á las personas que viven en comunidad con los tres votos sustanciales , y ésta

constituye la tercera forma. No obstante, ántes de que Leon X formulase y aprobase la nueva regla para las comunidades religiosas de Terciarios, éstas existían ya. En Tolosa se habían establecido dos casas de la Orden Tercera en 1237, costeándolas un tal Bartolomé Bechino; comunidades que, al hacer la profesión, añadían los tres votos. Juan XXIII confirmó esta forma de profesión. De aquel árbol fueron retoños las Recoletas, los Hermanos de la estrecha Observancia, las Hermanas grises (de donde san Vicente de Paul tomó la idea de sus Hermanas de la Caridad) las Anunciadas, las Estigmatinas, etc.

(9) «Convenciéronse las ciudades más rebeldes de la razón y derecho de doña Berenguela, y abandonando el partido de D. Alvaro, acudieron á Valladolid. Fué, pues, reconocida y jurada doña Berenguela como reina de Castilla; mas ella, con magnánimo desprendimiento y con más abnegación todavía de la que había demostrado al abdicar la regencia y tutela de su hermano D. Enrique, hizo en el acto renuncia de su corona en su hijo don Fernando, con admiración y con beneplácito de todos. «Lafuente: *Hist. de Esp.*»

(10) «.....
Auf der Thurme, wo der Thürmer
zum Gebete aufgerufen,
tönet jetzt der Christenglocken
melancholisches Gesumme.
.....»
H. Heine: *Almansor, romance.*

(11) «Al modo que un amante llora la ausencia
de su amada, así llora el islamismo la pérdida de la

golpe horrible, irremediable, hirió de muerte á España; resonó hasta en Arabia, y el monte Ohod y el monte Thalan se conmovieron... Preguntad ahora por Valencia; qué ha sido de Murcia? Qué se hizo Játiva? Dónde hallaremos á Jaén? Dónde está Córdoba, la mansion de los ingenios? Qué ha sido de tantos sabios como brillaron en ella? Dónde está Sevilla con sus delicias? »

(12) Clemente X canonizó á Fernando de Castilla.

(13) César Cantú.

(14) *Biau et douls filz, rien au monde ne m'est plus cher que vous: mais préfere vous perdre de mort que soyez entasché d'un seul peché mortel.*

(15) Joinville, el Senescal, que refiere interesantísimos pormenores del carácter y vida de san Luís.

(16) *Estudios sobre la Historia de la Humanidad: El Feudalismo y la Iglesia.*—F. Laurent.

(17) *Relucebat quidam in eo quasi solare jubar, gratia admirabilis, ex intimo charitatis fervore proveniens, se taliter diffundens in omnes quod non erat qui a calore ejus se absconderent vel splendore; aut qui ejus beneficia in aliquo non sentirent.*» D'Achery: *Spicileg.*

(18) V. Röhrbacher.

(19) «Yo tenía una cuerda ceñida á la cintura, con la cual á veces pensé sujetar á la fiera de manchada piel.» (*Inf. C. XVI.*) El comento dice de este verso: «Significa que fué Dante fraile Menor, pero

en su niñez y sin llegar á profesar. La fiera representa la lujuria, de la cual pensó librarse el autor con el voto de la religión franciscana. San Francisco, fundador de los que van ceñidos de *cordón*, solía llamar á su cuerpo *asno*, que se sujetaba con el cabestro; por donde es la cuerda símbolo de domar la naturaleza animal.»

(20) Sobre la profesión de Miguel de Cervántes Saavedra en la Orden Tercera puede verse la discreta narración que publicó la *Revista Franciscana*, año de 1873.

(21) Narr. cit.

(22) Ibid.

(23) D. Cesáreo Fernández Duro: *Aniversario de la salida de Colón del puerto de Palos en busca de las Indias*.

(24) Roselly de Lorgues: *Vida de Cristóval Colón*.

(25) La Orden Tercera cuenta aún hoy con inmenso número de afiliados en Italia, Francia, Bélgica, España, Alemania, Inglaterra, América, el mundo entero. En 1867 se calculaban en Francia más de cien mil terciarios. Pio IX decía en un Breve: «*Gratulationes... nomine totius sodalitatis Tertii Ordinis S. Francisci perjucundas habuimus ut pote domesticas. Cum enim in minoribus constituti ei familiæ nomen dederimus...*» (16 de Noviembre de 1871.)



CAPÍTULO II.

LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS.

San Francisco pide á Dios la indulgencia. — La obtiene de Honorio III. — El zarzal florido. — Visión gloriosa. — Promulgación. — Qué cosas son indulgencias y jubileos. — Su importancia social en la Edad media — El jubileo magno del siglo XIV. — El de la Porciúncula. — Alegoría de la penitencia en el purgatorio de Dante.

.....
*Da Pier le tengo, e dissoni eh 'io emi
anzi ad aprir, che a tener la serrata,
pur che la gente a piedi mi s'atterri.*
.....

(Dante. *Purgat.* C. IX.)

.....
De Pedro las he recibido; y me dijo
que antes me excediese en abrir que
en cerrar, con tal que la gente se
postrase á mis piés,
.....

(Dante. *Purgat.* C. IX.)

UNA noche, en el monte cercano á la Porciúncula, se deshacía mucho Francisco de Asís en ansias ardientes de la salud y provecho de las almas, rogando con eficacia por los pecadores. Apareciósele de improviso un celeste mensajero, y

le ordenó bajar del monte á su predilecta iglesia Santa María de los Angeles. Al llegar á ella, entre claridades vivísimas y resplandecientes, vió á Jesucristo, á su Madre y á muchedumbre de beatos espíritus que los asistían. Confuso y como fuera de sí, oyó la voz de Jesús, que le decía: — «Pues tantas son tus lágrimas y afanes por la salvacion de las almas, pide, Francisco, pide.»—Francisco pidió una indulgencia latísima y plenaria, que se ganase con sólo entrar confesado y contrito en aquella milagrosa capilla de los Angeles. —«Mucho pides, Francisco, respondió la voz divina; pero aún así accedo contento. Acude á mi Vicario para que te confirme mi gracia.»

A la puerta esperaban los compañeros de Francisco, sin pasar adelante por temer los extraños resplandores y nunca escuchadas voces. Al salir Francisco rodeáronlo, y les refirió la visión; al rayar apenas el alba, tomó el camino de Perusa, llevando consigo ál cortés y afable Maseo de Marignano. A la sazón estaba en Perusa Honorio III, el gran propagador del Cristianismo por las regiones septentrionales, que debía unir su nombre á la aprobación de la regla de la insigne Orden dominicana.

—«Padre santo, dijo el de Asís al ántes cardenal Cencio: en honor de María Virgen he reparado hace poco una iglesia; hoy vengo á solicitar para ella indulgencia, sin gravamen

de limosnas.» — «No es costumbre obrar así, contestó sorprendido Honorio; pero dime cuántos años é indulgencias pides.» — «Padre santo, replicó Francisco; lo que pido no son años, sino almas; almas que se laven y regeneren en las claras ondas de la indulgencia, como en otro Jordán.» — «No puede conceder esto la Iglesia romana,» objetó el Papa. — «Señor, replicó Francisco; no soy yo, sino Jesucristo, quien os lo ruega.» — En esta frase hubo tal calor y eficacia, que ablandó el ánimo de Honorio, moviéndole á decir tres veces: — «Me place, me place, me place otorgar lo que desees.» — Intervinieron los Cardenales allí presentes, exclamando: — «Considerad, señor, que al conceder tal indulgencia anulais las de Ultramar y menoscabais la de los apóstoles Pedro y Pablo. ¿Quién querrá tomar la cruz para conseguir en Palestina, á costa de trabajos y peligros, lo que pueda en Asís obtener descansadamente?» — «Concedida está la indulgencia, contestó el Papa, y no puedo volverme atrás; pero regularé su goce.» — Y llamó á Francisco. — «Otorgo, pues, le dijo, que cuantos entren contritos y confesados en Santa María de los Angeles sean absueltos de culpa y pena: esto todos los años perpetuamente, mas sólo en el espacio de un día natural, desde las primeras vísperas, inclusa la noche, hasta el toque de vísperas de la siguiente jornada.» — Oidas las últimas palabras de

Honorio, bajó Francisco la cabeza en señal de aprobación, y sin despegar los labios salió de la cámara.—«¿A dónde vas, hombre sencillo? gritó el Papa. ¿Qué garantía ó documento te llevas de la indulgencia?»—Bástame, respondió el penitente, lo que oí; si la obra es divina, Dios se manifestará en ella. No he menester más instrumento; sirva de escritura la Virgen, sea Cristo el notario y testigos los ángeles» (1).—Con esto se volvió de Perusa á Asís. Llegando al ameno valle que llaman del *Collado*, sintió impulsos de afecto en sí, y desvióse de sus compañeros para desahogar su corazón en muchos rios de lágrimas; al volver de aquel estado de plenitud de gozo y de reconocimiento, llamó á Maseo á voces: «¡Maseo, ¡hermano! exclamó. De parte de Dios te digo que la indulgencia que obtuve del Pontífice está confirmada en los cielos.»

No obstante, corría el tiempo sin que Honorio, ocupado en atender á las Cruzadas, á la lucha con los maniqueos y á la pacificación de Italia, formalizase los despachos autorizando la proclamación de la otorgada indulgencia: tal retraso atribulaba grandemente á Francisco. Acontecióle que se halló en mitad de una fría noche de Enero abismado en rezos y hondas contemplaciones. Impensadamente le saltó una idea ó sugestión violentísima: ocurrióle que obraba mal, que faltaba á su deber trasnochando, macerándose y extenuándose á

fuerza de vigiliass, siendo un hombre cuya vida era tan esencial para el sostenimiento y prosperidad de su Orden. Vínole al pensamiento que tanta penitencia pararía en enflaquecer y enajenar su razón, tocando en las lindes del suicidio; con tales imaginaciones se halló del todo acongojado. Para desechar esta tentación peligrosa, nacida quizá del propio cansancio y debilidad de su cuerpo, se levantó, desnudóse del hábito, corrió al oscuro monte desde su celda, y no pareciéndole tortura asaz el cruel frio, se arrojó sobre una zarza revolcándose por ella. Manaba sangre de su desgarrada piel, y se cubría el zarzal de blancas y purpúreas rosas, fragantes, balsámicas, frescas, como las del benigno Mayo. Exhalaba suave aroma la mata recién florida, y las hojas verdes, salpicadas con la sangre del Santo, se tachonaban de pintas bermejas ó gotas de carmin. Una zona de blanca y fulgurosa luz radió disipando las tinieblas, y hallóse Francisco rodeado de innumerables ángeles.—«Ven á la iglesia; te aguardan Cristo y su Madre, cantaban á coro sus inefables voces.»—Francisco se levantó transportado, marchándose de allí por entre una atmósfera luminosa y ardiente.

En torno suyo revoloteaban como mariposas de fuego los serafines, y esplendían, cual luciérnagas magníficas, las aladas cabezas de los querubines; el monte se abrasaba todo sin consumirse en aquel sobrenatural foco de luz;

oíanse acordes de melodía deliciosa; el suelo estaba cubierto de refulgentes alfombras y tapices de flores, sedas y oro; sobre su propio cuerpo veía Francisco veste cándida, diáfana como el cristal, relumbradora como los astros. Cogió Francisco de la zarza florida doce rosas blancas y doce rojas, entrando en la capilla. También deslumbraba el humilde recinto. Bañábanle rios de claridad semejantes á oro líquido derretido; envueltos en aureolas más inflamadas aún y en brillantes nubes de gloria, estaban Cristo y su Madre hermosísima, con innúmeras milicias celestiales, que semejaban constelaciones de espíritus y archipiélagos de llama. Francisco cayó de rodillas, y fijo el pensamiento en sus constantes ánsias, impetró la realización de la suspirada indulgencia, cual si la vista de las hermosuras del cielo le impulsase á desear con más ardor que se abriesen sus puertas para el hombre. María inclinóse á su Hijo, que habló así:—«Por mi Madre te otorgo lo que solicitas; y sea el día aquél en que mi apóstol Pedro, encarcelado por Herodes, vió milagrosamente caer sus cadenas.» — «¿Cómo, Señor, preguntó Francisco, será notoria á los hombres tu voluntad? — Vé á Roma, repuso, cual la vez primera; notifica mi mandamiento á mi Vicario; llévale por via de testimonio rosas de las que has visto brotar en la zarza; yo moveré su corazón y cumpliráse tu anhelo.» — Francisco se levantó y en-

tonaron los coros de ángeles el *Te Deum*; con el último acorde de vaga y deleitosa armonía extinguióse la música, desvaneciéndose la celeste aparición.

Fué Francisco á Roma con Bernardo de Quintaval, Angel de Rieti, Pedro Cataneo y fray Leon, *la ovejuela de Dios*. Se presentó al Papa llevando en sus manos tres rosas encarnadas y tres blancas de las del prodigio; número designado en honra de la Trinidad. Intimó á Honorio de parte de Cristo que la indulgencia había de ser en la fiesta de san Pedro *Advíncula*. Presentóle también las rosas, frescas, lozanas y fragantes, burlándose de la crudeza del erizado invierno. Se reunió el consistorio, y ante las flores que representaban en Enero la material resurrección de la primavera confirmóse la indulgencia, resurrección del espíritu regenerado por la gracia. Escribió el Papa á los Obispos circunvecinos de la Porciúncula (2), citándoles para que se reunieran en Asís el primer día de Agosto, á fin de promulgar solemnemente la indulgencia.—«En el día convenido,—escribe uno de los cronistas del suceso (3),—concurrieron allí puntualmente; con ellos gran multitud de las regiones comarcanas acudió también á la solemnidad. Apareció Francisco en un palco prevenido al efecto, con los siete obispos á su lado, y después de ferviente plática sobre la obtenida indulgencia, terminó diciendo que en el mismo

dia y todos los años perpetuamente, quien confesado y contrito entrase en aquella iglesia, lograría plena remision de sus pecados. Oyendo los obispos á Francisco anunciar indulgencia semejante, se indignaron, exclamando que si bien tenían órden de hacer la voluntad de Francisco, no lograban creer que fuera la intención del Papa promulgar el indulto perpetuamente; en consecuencia se adelantó el Obispo de Asís resuelto á proclamarle por diez años solos; pero en vez de esto repitió involuntariamente las palabras mismas que Francisco había pronunciado; unos después de otros, pensando cada cual corregir al anterior, reprodujeron los obispos el primer anuncio. De esto fueron testigos muchos, tanto de Perusa cuanto de las inmediatas villas.»

Así quedó solemnemente publicada y promulgada la gran indulgencia de la Porciúncula, rival por el concurso y la importancia de los más célebres Jubileos de la Edad media. A su misma extraordinaria amplitud se atribuye que ninguno de los primeros biógrafos del Santo de Asís haga mención explícita de ella, ni de las circunstancias que la precedieron. Cuando se cifraba en las Cruzadas la esperanza de la Europa y del cristianismo, fuera imprudente é impolítico del todo, segun observaban los Cardenales, esparcir el rumor de que los peregrinos de Asís lograban iguales gracias que los palmeros de Jerusalén. Hasta

disposiciones de los Concilios vedaban cuanto pudiera en algún modo impedir ó dilatar las Cruzadas. Por muchos años, pues, fué sólo conocida oralmente la indulgencia de la Porciúncula, y sólo medio siglo despues del tránsito de Francisco hallamos el primer documento auténtico de Benito de Arezzo (4). Muertos ya entonces también los testigos oculares del suceso, echóse de ver la conveniencia de registrarlo en forma legal y solemne. Al testimonio del compañero de san Francisco, Benito, se agregan otros muchos de obispos, canonistas, cronistas é historiógrafos (5).

No todos saben lo que significa una indulgencia: acaso lo ignora en parte la mayoría de los católicos. Es la parcial ó total remisión de las penas temporales que expían los pecados en esta ó la otra vida, áun despues de la reconciliación entre Cristo y el alma. Aneja va de ordinario á la indulgencia una obra pía; una limosna para construir iglesias, fundar instituciones benéficas, cubrir, en suma, el presupuesto de la fe, de la caridad ó del culto. Mas el requisito de la limosna constituye sólo lo exterior y formal de la práctica: lo esencial é interno estriba en la firme voluntad y propósito de renunciar al pecado, en la renovación del espíritu; así lo enseña la Iglesia, declarando el fruto de la indulgencia plenaria proporcionado á las disposiciones del alma que á lograrlo aspira, y de cuyo albe-

drío depende obtenerlo. Distingúase la indulgencia del Jubileo (6) en que cabía en éste la absolución hasta de censuras, ó casos reservados enormísimos, exceptuándose la herejía y conmutación de votos, privilegio guardado sólo para los Jubileos magnos.

Esto eran espiritualmente las indulgencias: socialmente podemos considerarlas como una manifestación internacional de mayor influencia para el adelanto de los pueblos que nuestras modernas exposiciones. Difícil es que hoy nos formemos cabal idea de lo que significaba en la Edad media un Jubileo. Abría la Iglesia la fuente de sus gracias á las naciones sedientas, y especialmente á las milicias de la Cruz, aún más pródigas de su sangre que Roma de sus espirituales tesoros. Fueron acaso las indulgencias uno de los medios más potentes de civilización que empleó la gran civilizadora del orbe. Por ellas se comunicaban gentes de remotas comarcas, se establecía comercio activo, se roturaban vías de comunicación y se colgaban puentes sobre los abismos de los senderos de atajo. Por ellas tomaba la cruz el magnate, dejando los goces de su castillo; al paso que con su espada combatía en Oriente, abarcaba su inteligencia nuevos horizontes, y traía en su pupila, al regresar, la luz de aquellas misteriosas comarcas. Con el producto de las indulgencias se edificaban hospitales y hospicios, com-

prándose además el cáliz y el humilde ornato del templo rural; el dinero bendecido multiplicábase, bastando para mil urgencias é innumerables buenas obras, que sólo Dios puede contar. Del entusiasmo que en el alma del pueblo despertaban las indulgencias podemos juzgar por las crónicas que refieren el gran acontecimiento que, estremeciendo hasta las últimas fibras de la conciencia de Dante, dió por resultado la *Divina Comedia*. « El 22 de Febrero de 1300, dice una pluma elocuente (7), publicó el papa Bonifacio VIII las indulgencias del Jubileo para todos los romeros que verdaderamente arrepentidos visitasen por espacio de quince días las basílicas de los Santos Apóstoles. » Conmovió el anuncio del perdón á toda la cristiandad. Cruzaron las puertas de Roma hasta treinta mil personas cada día; llegaban así de las salvajes estepas de Ucrania y Tartaria, ó de las frias montañas de Iliria, como de las floridas vegas valencianas y cordobesas, llevando los hijos en parihuelas á sus ancianos padres, las mujeres á sus hijos colgados del seno, y siendo las vírgenes sostenidas por sus hermanos mozos; acampaban en las calles, dormían en los pórticos, comían en el regazo, bebían de las públicas fuentes: el número de romeros se calculó en dos millones. De tal suerte eran deseadas las indulgencias, que aquel gran Jubileo se impuso en algun modo á la Iglesia por un

plebiscito : el pueblo recordaba por tradición el Jubileo de cien años ántes , y exigía otro para comenzar el nuevo siglo. Puede inferirse de aquí cuánto sería el concurso á la indulgencia del valle de Asís , gratuita y como ninguna popular. Allí afluían cientos de miles de peregrinos , caravana patriarcal como la de las tribus de Israel en los primeros días de su éxodo ; niños , mujeres , familias , aldeas enteras , cobijadas en un seto , bajo de un risco , por todos los rincones del venturoso valle (8). El Jubileo determinaba una suspension de discordias y luchas (9) ; la *tregua de Dios*. Sitiado Asís en cierta ocasión por las tropas de Perusa , el segundo día de Agosto se interrumpió el ataque , y los Menores perusinos pudieron entrar en la villa para obtener la Indulgencia. A despecho de la providencia de Gregorio XV , que hizo extensivo el Jubileo de la Porciúncula á todas las iglesias franciscanas del mundo , no menguó la concurrencia á la pequeña población de Asís.

La víspera del solemne día llamaba á los fieles la Campana de la Predicacion (10) ; se cubría el campo de toldos y enramadas , que hacían fresca sombra , guareciendo de los calores de Agosto , y , convidando á ello la mucha hermosura de las noches , acampaban al raso los peregrinos. Al lucir el nuevo sol verificábase la ceremonia de la absolución , descrita por el divino Poeta , bajo el velo de misteriosa y

bella alegoría, en el canto IX del *Purgatorio*. Llega el pecador á una puerta recóndita, á la cual conducen tres escalones, de blanco y pulimentado mármol el primero, de una piedra sombría, ruda y calcinada el segundo; el tercero de un pórfido de sangriento color. Son las tres condiciones de la penitencia: confesión sincera, contrición, satisfacción. El ángel, imagen del sacerdote, está sentado en lo alto: tiene en la mano la espada, con la cual toca la frente de los pecadores, al modo que el penitenciario hiere con su varita la cabeza de los peregrinos, que ve de hinojos delante. Empuña el ángel dos llaves, una de oro, otra de plata, símbolos de la autoridad y ciencia sacerdotales; ha recibido ambas de san Pedro; significan el ejercicio de una prerogativa pontifical. Arrójase á sus pies el pecador, golpeándose tres veces el pecho, y pidiendo misericordia; el rito mismo de la confesión sacramental. Al abrirse así con las sacras llaves las puertas del cielo, oleadas de bienaventuranza descendían sobre la Porciúncula, una especie de resplandor bañaba sus humildes muros, y en la serena noche del primer día de Agosto los frailes en éxtasis veían revolotear por las naves blanca paloma; sobre el altar se aparecía la Madre Virgen, teniendo en su regazo al Niño, cuyas manecitas extendidas bendecían el recinto de paz (11). Más tarde, para cubrir aquellas murallas toscas, y res-

guardarlas como estuche precioso á joya inestimable , verémos alzar , por el majestuoso plano de Vignola , las tres soberbias naves y gran rotonda de la Porciúncula actual. Aca-so flota aún en su clara atmósfera el aroma de las rosas que abrieron sus cálices puros al contacto de un cuerpo más puro todavía.



NOTAS.

(1) Algun autor asevera que en tal ocasion contestó san Francisco:— «Mis llagas son los sellos que autorizan la Bula de esta indulgencia.» El Cardenal Berlarmino da por apócrifa la frase, y lo prueba con el sencillo argumento de que, cuando fué concedida la indulgencia de la Porciúncula, aún no tenía san Francisco llaga alguna.

(2) Eran, segun la relacion del obispo Conrado, los de Asís, Perusa, Todi, Foligno, Espoleto, Nocera y Gubio.

(3) El obispo Conrado.

(4) Dice así; «En el nombre de Dios, Amén. Yo fray Benito de Arezzo, que estuve con el beato Francisco mientras aún vivía, y que por auxilio de la divina gracia fuí recibido en su Orden por el mismo Padre santísimo; yo que fuí compañero de sus compañeros, y con ellos estuve frecuentemente, ya mientras vivía el santo Padre nuestro, ya después que se partió de este mundo, y con los mismos conferencié frecuentemente de los secretos de la Orden, declaro haber oído repetidas veces á uno de los susodichos compañeros del beato Francisco, llamado fray Maseo de Marignano, el cual fué hombre de verdad y clarísimo en su vida, que estuvo con el hermano Francisco en Perusa, en presencia del señor papa Honorio, cuando el Santo pidió la indul-

gencia de todos los pecados para los que, contritos y confesados, viniesen al lugar de Santa María de los Angeles (que por otro nombre se llama Porciúncula) el primer día de las calendas de Agosto, desde las vísperas de dicho día hasta las vísperas del día siguiente. La cual indulgencia, habiendo sido tan humilde como eficazmente pedida por el beato Francisco, fué al cabo muy liberalmente otorgada por el Sumo Pontífice, aunque él mismo dijo no ser costumbre en la Sede Apostólica conceder tales indulgencias.

» Las mismas cosas y del propio modo declaro yo, fray Raniero de Mariano de Arezzo, compañero del venerable fray Benito, y estas cosas las he oído frecuentemente al ya citado fray Maseo, compañero del beato Francisco, del cual Maseo fuí yo, fray Raniero, amigo especialísimo.

» Las declaraciones susodichas han sido todas publicadas en la celda de fray Benito de Arezzo, en presencia de fray Compañero de Borgo, Reinaldo de Castignone, Caro de Arezzo y Macario de Arezzo, llamados y congregados con gran premura. Año del Señor MCCLXXVII, hallándose vacante la Sede romana, Indiccion V, día de Dominica, último de Octubre. »

(5) Entre éstos se cuentan y reverencian por verdícos y antiguos el cardenal Belarmino, Rutilio, Benzonio, Suarez, Jacobelli, las Tablas eclesiásticas, los martirologios de Maurólico y Molano. La relacion hecha en 1310 por el obispo de Asís, Teobaldo Offreducci, que tiene carácter apologético, es muy larga y detallada, conteniendo todas las particularidades que la tradición guarda sobre la Indulgencia de la Porciúncula. Empieza así: « A todos los fieles cristianos á cuyas manos llegasen las presentes letras, Teobaldo, por la gracia de Dios obispo de Asís, salud en el Salvador de todos. — A causa

de las lenguas de algunos detractores, que por exceso de envidia, ó quizás de ignorancia, impugnan descaradamente la Indulgencia de Santa María de los Angeles, que está cerca de Asís, nos vemos obligados á explicar con las presentes el modo y forma de la misma.»—Las tres declaraciones de fray Benito de Arezzo y de los obispos Teobaldo y Conrado se completan; refiere la primera el hecho de la Indulgencia, la segunda el modo de obtenerla, y la tercera su publicación.

(6) En esta categoría se halla la Porciúncula, por indultos apostólicos de Alejandro IV, Paulo III, Gregorio XIII y Urbano VIII.

(7) Ozanam.

(8) Con respecto á la fecha de la concesión de esta gran Indulgencia hay algunas dudas. Ateniéndonos á las indagaciones de fray Pánfilo de Magliano, autor reciente y escrupuloso en materias cronológicas, la concesión de la Indulgencia corresponde al año 1216, á Enero de 1217 la determinación de la misma, y á las siguientes calendas de Agosto la solemne publicación y consagración de la Porciúncula por siete obispos. Algunos autores, entre ellos Wadingo y fray Damián Cornejo, que sigue á Wadingo generalmente, fijan la primera fecha en 1221, y la segunda en 1223, incurriendo Wadingo en la contradicción de declarar que á Roma acompañaba en 1223 á Francisco fray Pedro Cataneo, cuya muerte había sido registrada dos años ántes. Historiadores modernos de san Francisco, entre ellos Chavin de Malan y el padre Palomes, siguen tambien esta errónea cronología; siendo el yerro mayor hacer ir á Roma en 1223 á fray Pedro Cataneo, personaje conocidísimo en los anales franciscanos, y cuya muerte, ocurrida en 1221, consta de documentos

tan irrecusables como su lúpidamente mortuoria, que se conserva en el muro de la Porciúncula, y de una anotación en el propio breviario que san Francisco usaba. (Véase á fray Pánfilo de Magliano, *Storia compendiosa di San Francesco e de Francescani*; Roma, 1814.) La Indulgencia de la Porciúncula fué aprobada por Honorio III, confirmándola *vivæ vocis oraculo* sus sucesores Gregorio IX é Inocencio IV. A Alejandro IV se atribuye una Bula de confirmación. Clemente V, que suprimió no pocas Indulgencias porque con ellas se traficaba, manifestó no querer ni áun tocar á la de la Porciúncula. Benedicto XII dió á este efecto una Bula especial, que empieza *Fundata in montibus*. Sixto IV extendió la Indulgencia á todos los conventos de Primera y Tercera Orden de san Francisco. Paulo III la hizo valedera para todos los dias del año en la Porciúncula. Confirmaron esto mismo Paulo V y Gregorio XV. En 1624 Urbano VIII, al suspender las indulgencias por ser año de Jubileo, exceptuó de esta medida la Porciúncula sola.

(9) V. Röhrbacher, *Histoire de l' Eglise*.

(10) En el campanario del *Sacro Convento* habíanse, entre otras, dos campanas muy antiguas: llamábase la una *Campana de la Predicación*, y era la que tocaba á la Indulgencia: tenía esta inscripción:

A. D. M.CC.XXXIX. F. HELIAS FECIT FIERI.
Bartholomæus Pisanus me fecit cum Loteringo,
filio ejus.

Ora pro nobis, B. Francisce.
Ave María, gratia plena, alleluia.

La otra se nombraba *Campana de Prima*. Hace algunos años que los religiosos han hecho fundir

todas sus campanas. El repique es magnífico é imponente, mas echo de ménos la vieja campana de fray Elías. ¿Quién nos dará una historia de la campana católica y de sus armonías misteriosas? Chavín de Malan : *Histoire de Saint-Francois d' Assise.*

(11) A fray Conrado de Ofida atribuye la leyenda esta visión.





CAPÍTULO III.

SAN FRANCISCO Y LA MUJER.

La mujer en la Edad media.—Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino.—La hermana espiritual de san Francisco.—Inés.—Las Clarisas. — La arrepentida de Rímíni. — Filósofas y escritoras.— Las Terciarias.— La enemiga del César.— La arrepentida de Cortona. — Isabel de Hungría. — Libertad de la mujer en la fe.—Las mujeres y san Francisco.

.....
Das unbeschreibliche
hier ist gethan ;
das Ewig-Weibliche
zieht uns hinan.
.....

(*Goethe; Faust.*)

.....
Aquí se realiza lo indescripti-
ble : lo eternamente femenino
nos atrae aquí.
.....

(*Goethe; Fausto.*)

Si las creaciones del entendimiento influyen poco en la mujer, las del corazón la mueven y dominan pronta y enteramente. No estaba en la Edad media vedada á las mujeres la instrucción, ni causaba extrañeza el que se dedicasen á elevados estudios: entre los hielos del Norte, Salomea de

Cracovia interpretaba la Sagrada Escritura, mientras que en el centro mismo de la vida intelectual, París, no tuvo á ménos el orgulloso Abelardo, que se consideraba á sí propio el mayor filósofo del mundo, convertirse en pedagogo de una doncella de la clase media, y ponerla al corriente de las profundidades escolásticas y primores de las lenguas doctas. Pero alejada la mujer del aula, candente yunque en que el martillo de la disputa afinaba las inteligencias; sujeta á su hogar y al preciso desempeño de aquellas haciendas y labores que, en épocas de tan escasa actividad industrial, no se eximían de desempeñar reinas y princesas; escaseando los libros, que á duras penas y con indecible trabajo se proporcionaban los sabios, carecía la mujer de estímulos que la excitasen á seguir con la mente las grandes controversias filosóficas de las universidades, las discusiones de los Concilios y el renacimiento de las ciencias morales y políticas que tuvo principio á la sombra de los claustros.

Mas si las escuelas y las cátedras, los cronicones y los códices, las fuentes de la ciencia griega y los trabajos de los Padres de la Iglesia eran, en general, indiferentes y casi ignorados, lo mismo de la castellana que entretenía sus veladas solitarias recamando rico tapiz, ó hilando suave copo de lino, que de la plebeya que amasaba y cocía el negro pan ó cardaba la vedija de lana burda, en cambio el

acrecentamiento del fervor devoto , la aparición de las nuevas órdenes , el esplendor del culto , interesaron grandemente al sexo femenino. Merced á la íntima relación que unía en la Edad media los asuntos espirituales á los temporales, la fe á la política, la mujer tomó parte en las turbulencias civiles, vivió la vida nacional y religiosa de su época ; y si no empuñó las armas en defensa de los Güelfos ó Gibelinos, del Papa ó del Emperador , si no altercó públicamente en Oxford , en la Sorbona ó en Colonia , no por eso dejaron de ocupar su voluntad y pensamiento las luchas que presenciaba. La mujer de la Edad media se distingue de la romana , cuanto se diferencian el cristianismo y el paganismo. En la Edad media no se cree ya la mujer ligada á pensar como el Estado en materia de religión , ni á adorar los dioses de la patria. La convicción de sus derechos espirituales, de su alma redimida , formó las mujeres valerosas , pacientes y libres , cuyo recuerdo vamos á evocar para rendirles homenaje , al cual son harto más acreedoras que las Clelias y Lucrecias.

Curioso es ver como en una edad tenida por bárbara en concepto de la mayoría, por semibárbara en el de los más indulgentes, no se halla rastro de hostilidad al desarrollo y cultivo de la inteligencia de la mujer. La Iglesia maestra de doctrina, cuyos fallos eran acatados entonces , alentó con su aprobación el vue-

lo del entendimiento de mujeres ilustres, que en la soledad monástica especulaban sobre altos dogmas y misterios, recorriendo el camino que con tanta gloria pisó nuestra doctora de Avila. Hildegarda, venerada por san Bernardo y por numerosos pontífices, recibe consultas de arzobispos, de reyes, de comunidades religiosas, de doctores, sobre difíciles lugares teológicos; admira Europa sus escritos henchidos de ciencia y sabiduría, y sus explicaciones de la Encarnación y de la Trinidad (1). Margarita Colona obtiene renombre por gran latina y versada en las Escrituras; Angela de Foligno se entrega á hondas especulaciones metafísicas acerca de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo; la beata Elena de Padua tiene revelaciones, arcanas y altísimas; y penetra tanto en los abismos de la Trinidad Clara de Montefalco, que al abrir su cadáver piensa la devoción hallar depositada en sus vísceras portentosa prueba del misterio. Así ardió la luz de la teología en almas femeninas tan puras como vasos de alabastro.

Es verdad que á principios del siglo XIV, el Concilio ecuménico de Viena hubo de anatematizar á ciertas devotas, llamadas Beguinas (2) por sus continuas disputas é investigaciones teológicas: mas no se fundaba la condena en el sexo de las disputadoras, sino en las erróneas conclusiones que sustentaban.

Fueron condenadas como otros muchos sectarios, nó por pensar, sino por errar pensando. Dada la intensidad del sentimiento religioso en la mujer, y la viveza de su fantasía y mente, no era natural que el sexo ménos docto se librase del contagio de doctrinas que subyugaban á inteligencias fortificadas por la dialéctica y el método en los estudios: ántes al contrario, la mujer hubo de abrazarlas con mayor ardor, si cabe, que el hombre. Los novadores y visionarios que de tiempo en tiempo aparecían, Tanquelino (3), Eon de la Estrella, Segarello, no hallaron prosélitos más entusiastas ni más ciegos secuaces que las hembras. Particularmente ejercieron fascinación en la mujer las herejías que presentaban carácter á la vez misterioso, práctico y sentimental. Un doctor arguyendo con sutileza y minando el dogma, puede influir en el entendimiento de los sabios; pero un iluminado que predica en las esquinas ó enseña en conciliábulos secretos, con ritos peregrinos y extraordinarios, señorea el corazón y la fantasía, lados vulnerables del pueblo y de la mujer. Por eso se advirtió que en la mujer y en las clases populares se arraigaba y cundía con mayor prontitud la orgullosa mendicidad valdense y el panteísmo místico de los begardos, que los errores albigenses, más metafísicos, y entre cuyos defensores se contaban tantos hombres doctos, tantos grandes y poderosos de la tierra. Seducían á la mu-

jer, más que los razonamientos, las acciones; y el demacrado rostro de un fanático, las ceremonias de la iniciación celebradas en alguna cueva tenebrosa, las extravagantes penitencias, las vagas teorías, más creídas cuanto menos razonadas, eran cebo de la curiosidad y señuelo de la imaginación de las sectarias. Algunas perecieron en la hoguera sin retractarse, con extraña tenacidad y feroz valentía.

Si en tanto grado agitó á las mujeres el tempestuoso oleaje de la devoción independiente, ¿qué mucho que la arrastrara la corriente mansa, pero fortísima, de Asís? ¿Quién reunió más dotes que san Francisco para prender y cautivar á seres dotados de gran sensibilidad y ternura, si puede decirse que en él encarnó ese elemento inefable que eleva las almas á las esferas celestes, y que Goëthe llama *lo eterno femenino*? La vida maravillosa de Francisco, su caridad abrasada, que comprendía á todos los seres, su afectuosa comunicación con la naturaleza, los prodigios que por él y en él obraba el amor, la poesía inexplicable de sus menores actos, eran llamadas y atractivos para los corazones puros y las encendidas mentes, que en el sexo femenino abundan, por más que no sean patrimonio exclusivo de él.

La primer tórtola que acudió al dulce reclamo, fué Clara Sciffi, hija de los Condes de Sassorosso. Seguramente ántes que la noble vírgen se arrojase á los piés de Francisco,

había éste hecho correr con su voz lágrimas de contrición por hartas hermosas mejillas , y no pocas damas , orando en soledad , con la frente sepultada en los cogines de terciopelo del reclinatorio , sintieran ímpetus de cubrir su cuerpo gallardo con el sayal, y ceñir su talle con la cuerda del milagroso penitente. Pero Clara obedeciendo al divino impulso , ganó el puesto de hermana espiritual de Francisco (4) , y según bellamente la nombran los cronistas de la Orden, de estrella matutina del firmamento franciscano.

Llevaba Clara, como Francisco, un nombre nuevo y nunca hasta entonces usado , á causa de haber sido la Condesa de Sassorosso confortada en las angustias de la preñez por una voz que le dijo : «Mujer , no temas que parirás luz que ilumine el mundo.» Por lo cual la condesa llamo *Clara* al fruto de sus entrañas , y la educó piadosamente. La niñez y adolescencia de Clara corrieron contemplativas , perfectas , libres de los combates y tentaciones que asaltaron á santa Teresa en su edad juvenil. Elegida para modelo , para ser saludada por la Iglesia con el título de *matris Dei vestigium: imagen de la Madre de Dios*, nunca un soplo de concupiscencia agitó la límpida superficie de su alma. Volaba la fama de Francisco desde Umbría á toda Italia, cuando los padres de Clara pensaron en que la florida doncellez de su hija pedía bodas , y le propu-

sieron para esposo un mozo hidalgo de la ciudad misma de Asís. Entonces meditó Clara en su destino y vocación. No se sentía dispuesta á nupcias terrestres : procuró celebrar algunas entrevistas con Francisco y descubrirle su horror al matrimonio, sus aspiraciones á otro estado más alto y perfecto. Francisco acogió con júbilo á la paloma guía que anunciaba la llegada del bando. La amaestró muy bien en lo que había de hacer, y Clara se despidió gozosa y resuelta.

El Domingo de Ramos acudían los moradores de Asís á la misa y bendición de las palmas, y causaba pasmo el brío y bizarría de Clara, que entre las demas jóvenes de la nobleza caminaba al templo. Habitadas las gentes á verla con modesto continente y sencillo arreo, se sorprendían mirándola tan engalanada y hermosa, con rico traje y joyas magníficas. En el momento de la distribución de las palmas, las otras damas se agolparon al presbiterio, y Clara con timidez se quedó atrás: visto lo cual por el Obispo, descendió las gradas, yendo á colocar la palma en manos de la doncella, y el murmullo ahogado que en la iglesia promovió este incidente, subió de punto notando que el ramo amarillo y seco se vistió de lozano verdor al asirlo Clara.

Cuando vino la noche de aquel día, abandonó Clara recatadamente la casa paterna, acompañada sólo de Bona Guelfucci, parienta

entrada en años que ya la había escoltado en sus visitas á Francisco. Salieron al campo por una poterna del palacio, obstruida tiempo hacía por escombros, vigas y trozos de sillar que Clara, mostrando vigor sorprendente, apartó con sus débiles manos. A paso ligero se encaminaron ambas mujeres á la iglesia de la Porciúncula. Hallábase ésta iluminada como para fiesta solemne; entonaba Francisco y sus hermanos el rezo de laudes. Al entrar Clara, quitóse el manto negro que la rebozaba, y se dejó ver con el propio atavío que ostentara por la mañana en la bendición de las palmas. Resplandecían á las múltiples luces de los cirios el oro y brocado de su rozagante brial, las pedrerías pendientes de sus orejas y garganta. Postrada ante el altar, comenzó á arrancarse y á arrojar en los escalones los brincos y joyeles, á destrenzar las perlas, á desprender las flores que engalanaban su cabeza gentil. La mata de pelo blondo y rizo se tendió libre por sus hombros, como la mies dorada por el llano, y un momento despues rechinaron las tijeras entre aquellas suaves ondas, y Francisco colgó la perfumada crencha á los pies de la Virgen. En seguida desapareció el traje galano, y vistieron á Clara la túnica grosera y lisa, la cuerda de ásperos nudos, los velos, blanco el uno como la pureza perenne, negro el otro como la soledad perpetua. Y mientras la jóven desposada de Cristo pro-

nunciaba los votos eternos, los franciscanos cantaban regocijadamente el epitalamio de las divinas bodas.

Tan pronto como se advirtió la desaparición de Clara, y lograron sus parientes investigar su paradero, dirigieron al convento de Benedictinas en que provisionalmente la había albergado Francisco, propuestos á disuadirla de su resolución y sacarla del claustro de grado ó por fuerza, y, rehusando Clara acompañarlos de nuevo al siglo, dieron muestras de querer emplear medios violentos. Entonces la mocita de diez y ocho años se alzó el velo, mostrándoles en su cabeza la tonsura, y cogiéndose al altar con sobrehumana fuerza, reclamó la espiritual independencia del cristiano, que no puede ser de nadie coartada. El respeto al ara y á los santos votos detuvo á los airados parientes, que dejaron á Clara; pero á pocos dias hubo de renovarse la batalla, con causa reciente y diversa. Tenía Clara una hermana menor, Inés, que sabedora de la resolución de la mayor, á vuelta de poco más de dos semanas se fué á acoger al regazo de Clara, con propósito de adoptar la misma vida. La familia de Sciffi, que á duras penas sobrellevaba la pérdida de la prudente y discreta Clara, montó en cólera desmedida al ver desaparecer del soberbio palacio señorial á la cándida Inés, cuya presencia, á modo de sonrisa de la auro-
ra, alegraba los severos aposentos. Uniéronse

los deudos de los nobles linajes de Fiume y Sciffi, y capitaneados por Monaldo, tío de las jóvenes novicias, se dirigieron al monasterio de Santo Angel, no ya con ánimos de rogar y amonestar, sino con furioso denuedo, propuestos á atropellar por todo y traerse á Inés si el mundo entero lo estorbaba. No osaron las Benedictinas de Santo Angel cerrar las puertas á la armada tropa, la cual, habiendo penetrado hasta la celda de las dos hermanas, arrancó á Inés trémula y llorosa del seno de Clara, y se la llevó en volandas como robada, nó sin mesarle los cabellos y ofenderle á puñadas el rostro, con toda la característica rudeza de aquellos tiempos. Clara entre tanto se había puesto en oración. Al llegar á la mitad del camino se aflojaron un tanto las manos de los raptos, é Inés con no vista presteza se arrojó al suelo, determinada á dejarse hacer pedazos más bien que seguir adelante. Probaron á alzarla entre todos, pero hallaron que su esbelto cuerpo era de un peso tan grave y extraordinario, que los esfuerzos unidos de doce caballeros no bastaban á moverla una pulgada. Llamaron en su ayuda á algunos viñadores que allí cerca trabajaban, y los robustos gañanes, sudorosos y rendidos, desistieron de la empresa, no sin exclamar entre risueños y atónitos:—«A fe que para que pese tanto la niña, debe haber comido plomo toda la noche»—(5). Irritados de su impotencia, los pa-

rientes desahogaron la rabia golpeando de nuevo cara y cabeza de Inés: y Monaldo, más que ninguno déspota, alzaba ya el puño cerrado para descargar un golpe, acaso funesto, sobre las sienes de la niña, cuando se paró exhalando un aullido: horrible dolor acababa de paralizar su mano. Huyeron todos despa- voridos á tiempo que Clara llegaba para inter- venir en la bárbara escena. Antecogió á la cordera casi exánime y mordida de los lobos, sosteniéndola hasta el monasterio, donde á poco pronunció Inés los votos deseados.

Eran ya dos las mujeres consagradas á la penitencia bajo la regla de Francisco, y éste resolvió alojarlas en San Damián, la ermita por él reconstruida, nido cuyas pajas había jun- tado, por decirlo así, una á una. Allí tuvo su cuna pobre la Segunda Orden franciscana, cuyo rápido incremento sabrémos en breve (6). Fran- cisco nombró á Clara primera abadesa. Antes de hablar de la Orden, terminemos la historia de su fundadora. Es la de un alma á trechos sumergida en celestes delicias, á trechos abru- mada por cargos y responsabilidades que des- empeña y arrostra con tino y firmeza varonil. Para entender cómo seguía Clara las huellas de Francisco, baste decir que era su cilicio áspera piel de cerdoso jabalí, ó recia estera de crin de caballo; que salaba las legumbres con ceniza, y con llanto blandaba el pan; que tres días por semana se abstenía de pro-

bar bocado, hasta ser preciso que el Obispo de Asís la ordenara tomar, cuando menos, onza y media de sustento á cada sol; que dormía en las frias losas, con un leño por cabecera; que iba descalza en invierno, y que lavaba humilde los pies á sus monjas, besándolos al enjugarlos. Divulgada la fama y nota de su santidad, los paisanos del valle de Espoleto invocaban á la vírgen Clara para curar á epilépticos y energúmenos, y su nombre libraba á la pastora ó al viajero extraviado de las manadas de feroces lobos, merodeadores de las montañas. Mientras la simplicidad de los campesinos honraba así á la hermana espiritual de Francisco, el Vicario de Cristo á su vez se inclinaba ante ella reverente. Venerábala ya Honorio III; Gregorio IX le escribía largas epístolas, narrando las amarguras que le ocasionaba el cisma, las inquietudes y zozobras que combatían su espíritu; Inocencio IV no sólo mantuvo con Clara seguida correspondencia, sino que visitó en dos ocasiones el convento de San Damián. La primera ordenó á Clara bendijese los panes de la humilde colación dispuesta en el refectorio, y en cada hogaza se vió grabada una cruz; la segunda, estando Clara á punto de muerte, llegó á tiempo de consolar su agonía, y aún quiso canonizar á la bienaventurada ántes de que hubiese sido sepultado su cadáver (7).

Clara era de esforzado corazón y ánimo

resuelto: cualidades de fundadora. Rigió con mansedumbre y energía la grey numerosa que tuvo á su cargo. En el sosegado aprisco de San Damián suspiraba secretamente, atormentándola el anhelo de ir á buscar martirio entre los infieles: aspiración de tantos nobles espíritus de los siglos medios. A punto estuvo de ver colmados sus deseos, sin moverse de Umbría. Tenía á sueldo Federico II veinte mil feroces alárabes, que á modo de trailla de sangrientos lebreles soltaba por el país adicto á la causa pontificia. Un día los arrojó sobre Asís. Oíanse sus gritos de exterminio en los arrabales de la ciudad, cuando Clara tomando en las manos la custodia y abiertas las puertas del convento, salió con paso tranquilo al encuentro de los invasores. El ropaje de la Santa, el semblante, y el arca sagrada que oprimía contra su pecho, lanzaban resplandor misterioso. Los habitantes de Asís cobraron fuerzas viendo aquella monja confiada y apacible que andaba derecha al enemigo. Los bárbaros fueron rechazados. No tardaron nuevas fuerzas imperialistas en embestir la villa. Entonces Clara y sus monjas cubrieron de ceniza las cabezas clamando á Dios, que pues bien sabía que Asís daba á sus siervas pobres el sustento, conjurase la plaga espantosa que al pueblo amenazaba. Un torbellino que levantó espesas nubes de polvo, ayudó á hacer retroceder segunda vez á los cismáticos,

perseguidos de cerca por los ciudadanos de Asís.

Dedicóse Clara con afán incansable á conseguir que imperase en su Orden aquel espíritu de total pobreza, que es como esencia y sustancia de la regla franciscana. Perseverante en su empeño, combatió cuantos obstáculos le ofrecían la benevolencia y compasión, más peligrosas en este caso que el odio. Movido de lástima al ver á unas flacas mujeres imponerse tales austeridades y privaciones y fiar á la caridad pública el cuidado de su subsistencia despojándose de todo emolumento, Gregorio IX quiso mitigar la regla, ofreciendo á Clara absolverla del voto de pobreza.—«Padre Santo,—respondió con entereza Clara—la única absolución que pido y necesito es la de mis pecados».—Más adelante impetró de Inocencio IV, con humildes y tiernas súplicas, el privilegio de pobreza evangélica perpetua para su Orden. Inocencio IV escribió de su puño y letra la Bula, añadiendo á tan singular concesión la de su llanto, que corrió abundoso sobre el privilegio (8).

Parecía como si Francisco hubiese cedido á la hermana predilecta parte de su alma al asociarla á su obra. Lo mismo que Francisco, tenía Clara un género de devoción encendido y vehemente, y en sus arrebatos y trasportes percibieron sus compañeras y discípulas más caras, que ya le rodeaba la cabeza un

nimbo luminoso , ya le nacían en los hombros rojas alas de fuego , con que volar á las esferas del amor. Otras veces contemplaban á Jesus , que en figura de lindo rapazuelo se sentaba en el regazo de Clara , con la misma familiaridad con que los pintores lo representan travesando en el de la Virgen. *Las florecillas* narran como hallándose Clara enferma y encamada el dia de la Natividad de Cristo , y sintiendo gran dolor por no poder asistir á los oficios en el templo , el Esposo , condolido de su pena , la trasladó á la iglesia de Francisco , donde presenciase el rezo matutino , la Misa del Gallo , y recibiese la Eucaristía , volviéndola despues á su lecho. Asimismo hablan del banquete memorable en que Francisco y Clara , comiendo juntos el pan y la sal , consagraron la fraternidad de las almas , sin distinción de sexo ante la fe. Dejemos al relato su candor y su frescura seductora. « Al primer manjar—dice—comenzó san Francisco á hablar de Dios tan suave, alta y maravillosamente que descendiendo sobre todos la abundancia de la divina gracia , fueron en Dios arrebatados. Y estando arrebatados así, con ojos y manos alzadas al cielo , los hombres de Asís y de Betona , y del país comarcano , veían que Santa María de los Angeles, y todo el lugar, y la selva próxima, ardían fuertemente, y parecía como si fuese un gran fuego que ocupara iglesia , lugar y selva ; por lo cual con mucha

priesa corrieron allá para extinguir el fuego, creyendo realmente que todo ardía. Mas llegados al lugar y encontrando que no ardía nada, entraron adentro y hallaron á san Francisco y á santa Clara, arrebatados en Dios por la contemplación, y sentados en torno de la humilde mesa. Por donde entendieron que aquél había sido fuego divino, y no material, que Dios hiciera aparecer milagrosamente, para demostrar y significar el fuego del divino amor en que ardían las almas de estos santos frailes y santas religiosas (9).

Al espirar Clara, vieron las monjas que rodeaban el mezquino catre en que á puras instancias del médico tendiera su cuerpo macerado la *Madre de humildad*, abrirse á deshora la puerta de la celda, y penetrar silenciosa procesion de vírgenes con albas túnicas, ceñida la frente de nítidas azucenas, y en pós deellas la Emperatriz del cielo, que entre cantos y festivas aclamaciones de ángeles tomaba á Clara en sus brazos para conducirla al tálamo del Esposo. El pueblo de Asís, léjos de entonar tristes salmodias por Clara, prorrumpió en himnos de gozo cuando supo su muerte: repicaron á gloria las campanas, y suave fragancia inundó la cámara mortuoria. Dos años después de su fallecimiento, día por día, se expidió la bula de canonización de Clara. Es Clara el único santo cuya imagen anduvo estampada en moldes ó formas de hostias: de or-

dinario tales moldes representan una cruz, un cáliz, un cordero ó cualquiera otro signo eucarístico.

Llamáronse las monjas de la Orden segunda *Damianitas*, *Señoras pobres*, *Claustales*, *Minoritas*, y finalmente *Clarisas*: propagáronse, en pocos años por todo el Mediodía y el Norte de Europa. Más fácil fuera contar las estrellas que titilan en el ancho firmamento durante una noche apacible, ó las margaritas que se abren en el prado al tibio soplo de la primavera, que decir cuántas trenzas de hermosos cabellos fueron segadas al pié de los altares después de la de Clara, ó cuántas frentes juveniles sombreó el velo púdico de las Clarisas. Son las virtudes del estado monástico en la mujer de suyo tan mudas y discretas, que las compendia una reja y una sepultura: sólo Jesucristo cuenta las lágrimas, las penitencias, los abatimientos y los consuelos del alma solitaria: espiran los sollozos, y se ahogan los himnos en las espesas murallas, y los lirios nacen, embalsaman y fenecen dentro de cerrado vaso que archiva hasta el polvo de sus hojas. No obstante, á veces un suceso inesperado viene á descubrir la sellada fuente del heroísmo, que atesoran pobres y débiles mujeres en la paz y silencio de la clausura. Díganlo las Clarisas de Tolemaida. A fines del siglo XIII, cuando la Cristiandad atribulada veía á los árabes recuperar el Oriente y posesionarse otra vez del

Sepulcro santo, ayudados por la apatía de algunos príncipes y la torpe complicidad de otros, Malek-al-Aseraf, soldán de Egipto, asaltó la rica ciudad de Tolemáida, baluarte del poder occidental, y la tomó, á pesar de la briosa defensa que hicieron los caballeros Hospitalarios. En el momento de horror en que sesenta mil infantes y otros tantos jinetes musulmanes entraban á sangre y fuego por calles y plazas, la abadesa del Convento de Clarisas reunió á sus monjas, y dándoles ejemplo y enseñanza de cómo habían de burlar la brutalidad de los infieles, se cortó la nariz. Imitaron todas el sacrificio, y mutilaron y desfiguraron sus rostros con tal empeño, que al entrar los mahometanos y hallar en vez de bellas vírgenes, sangrientos y espantosos monstruos, no pensaron sino en pasarlos á cuchillo. Con harta razón dice un historiador de la Iglesia, que á haber mostrado los hombres el valor de estas monjas, no se perdiera la Tierra Santa.

Abordaron á las costas de España las dos primeras Clarisas enviadas por Clara, á fin de que extendiesen su Orden, atravesando el Mediterráneo en frágil barquichuelo, sin velas ni remos, sacudido al capricho de las olas. En España fundaron numerosos conventos. Los Reyes Católicos, compadecidos de la precaria situación de las Clarisas de Madrid, conocidas por *Descalzas Reales*, les obtuvieron, sin consultarlas, dispensa pontificia del voto

de pobreza. Dudaron ellas un punto si deberían guardar el privilegio, sin hacer uso de él, en sus archivos: mas al cabo, no queriendo ni aún conservarle, ocurrióles una idea ingeniosa. Cortaron el pergamino en menudos trozos, y de ellos fueron armando el fondo ó cáliz de las flores de trapo y papel con que todos los años, en poética profusión, engalanaban la custodia.

Clara vió agruparse en torno suyo al resto de las mujeres de su familia. No sólo su primera compañera Inés, á quien tan tiernamente amó, y que habiendo fundado el convento de Florencia, siguió á Clara al sepulcro á pocos meses de distancia,—como si apagándose en este mundo el gran espíritu de la maestra en Cristo, faltase luz y calor al de la discípula (10),—sino que también Beatriz, hermana menor de Clara é Inés; Amata, su sobrina; Hortulana, madre de Clara; y Bona Guelfucci, la tía que la acompañaba cuando pronunció los votos en la Porciúncula, se acogieron á San Damián bajo el báculo de Clara, que vino así á mandar sobre sus mayores, ejerciendo el derecho de primogenitura ante el Señor. Amata era una hermosa mocita, dada á galas, niñerías y afeites, que á las fervorosas exhortaciones de Clara trocó lisonjas y halagos del mundo por tosco hábito y desasimiento de toda vanidad. Bona llegó, bajo el nombre de *Pacífica*, á superiora y re-



formadora de una comunidad de Clarisas: y faltando á ésta en el interior de sus muros agua potable, á las oraciones de Pacífica acudió blanca y gallarda cierva, que hiriendo el suelo con la ligera pezuña, hizo brotar dentro de la clausura un caño de agua cristalina y fresquísima, conocido después por *f fuente de los milagros*. Entre las primeras hermanas de Clara interesa, por su candorosa discreción, Inés de Opórtulo, la monja de viva fantasía, que no pudo oír un sermón en que hipotéticamente era puesta en tela de juicio la venida de Jesucristo al mundo, sin hallarse asaltada de congojosas dudas que la trajeron á mal traer, hasta que durante el silencio de la noche oyó resonar en su corazón la voz de Jesucristo mismo, que con acento de tierna queja le decía: — «Inés, ¿no andas buscándome? pues en tí estoy.» En el vergel de San Damián florecieron Francisca de Asís, la extática, que al mirar la hostia consagrada no veía sino un lindo niño; y Benvenuta, la que junto al lecho de muerte de Clara divisó á la Emperatriz del paraíso con su comitiva de cándidas doncellas resplandecientes de gloria.

Poseidas de amor por la pobreza santa, dejaban las reinas y princesas la púrpura y los roedores cuidados que la acompañan, para cumplir, con piés descalzos y alegre espíritu, la peregrinación por este valle. En vida de Clara acudieron ya á su Orden hartas palo-

mas de nido real. Margarita, esposa, é Isabel, hermana de san Luis (11), que rompió los desposorios tratados con Conrado de Alemania, por abrazar la cruz de Cristo; Inés, hija de los reyes de Bohemia, criatura singular que en los primeros meses de su vida se extendía en cruz en la cuna, cuya adolescencia transcurrió en una amena mansión campestre, en que rodeada de sus compañeras, saciaba en la melancólica poesía de la naturaleza las ansias tempranas de un alma contemplativa; que llegada al estío lozano de su maravillosa belleza, desechó los opulentos presentes nupciales que le brindaban á porfía Enrique de Inglaterra y el emperador Federico II, para aceptar con júbilo inexplicable un velo tosco, una escudilla y un vaso groseros, que desde Italia le enviaba Clara como en arras de las bodas con la Pobreza (12); Elena, hija de Alfonso, rey de Portugal, cuya fe viva hizo en mitad del invierno cubrirse un cerezo con frutos de escarlata; las dos infantas de Castilla, que fundaron el convento de Clarisas de Toledo, cuyas abadesas se transmitían el privilegio caballeresco de guardar de noche las llaves de la ciudad; y, finalmente, aquellas dos cuñadas, flores de nieve abiertas al hálito de los cierzos del Norte: Salomea y Cunegunda, esposas amantes ambas, y ambas enterradas con la palma de su inmarchita virginidad. Salomea, estudiosa y

docta , casó con el hijo del rey de Hungría , y tuvo el dolor de ver perecer , quizá á impulsos de traidora ponzoña , á un esposo digno y perfecto. Cunegunda , que nació rezando la salutación angélica , halló un alma gemela de la suya en su marido Boleslao , llamado el *Púdico*. Enseñábanse en Polonia con devoción y ternura las huellas que al huir de los Tártaros dejó en la peña el pié de esta beata , que fué á la vez una gran reina ; las minas de sal que descubrió y puso en explotación para prosperidad de su pueblo ; y su estatua , de madera tallada , que se conserva en su convento , y tiene en una mano un pomo de cristal , emblema de pureza ; estatua misteriosa y animada como la de Memnon , que al tocarla los labios de los devotos , parecía caliente y flexible como la carne viva , y mostraba encendidas las mejillas y brillantes los ojos al anunciarse un suceso dichoso para Polonia , y palidecía y se demacraba en vísperas de calamidades nacionales ; bien , como si el espíritu del malaventurado pueblo polaco residiese en aquella imágen.

Donde quiera que se propagaron las Clarisas , nacieron mujeres extraordinarias. Al lado de Inés , en el convento de Monte-Coeli , que fundó en Florencia , vivió Clara de Ubaldino , que para atender á la voz que la llamaba á aquel asilo , hubo de contrariar el instinto más ciego y enérgico en la mujer , el amor

maternal. Sucedió á Inés en la prelación, y cuando años después de su muerte fué su cuerpo trasladado á otro convento más capaz, construido á expensas del cardenal Octaviano, se vió al venerable cadáver alzarse del ataúd, y sentándose en el alto sillón abacial, bendecir el concurso. Extraña vida también la del Job femenino, Elena de Pádua. Tomó el hábito á los doce años de edad, y en lo más verde de su primavera fué visitada por raro y cruel achaque: quedóse muda, ciega, casi paralítica, sin tener más medio de comunicación con sus semejantes que un alfabeto de signos hechos con los dedos. En la oclusión de sus sentidos, en la quietud de su cuerpo, la baldada jovencilla veía interiormente, en mística perspectiva, el purgatorio, el cielo, los luminosos abismos de la Trinidad y las profundidades consoladoras de la gracia. A los veintiocho años pasó de este mundo, dejando á Pádua henchida de la fama de sus visiones y ardores. Si no abundase más la miés que el espacio para contarla, no habría tarea preferible á la de ir ensartando, como perlas por un hilo tosco, tan preciosas vidas por estas páginas. No quedarán entonces sin extensa biografía Felipa Mareri, sabia monja dada á estudios bíblicos; ni Margarita Colona, docta en latinidad, á quien Jesús coronó de azucenas y puso en el dedo nupcial anillo, haciéndole tocar la llaga de la mano izquierda,

y causándole tan violenta sacudida, que, dilatándose el corazón, se rompió el pecho de la beata vírgen y brotó un reguero de sangre; ni Clara de Montefalco, en cuyo cuerpo se grabaron las meditaciones de su mente con signos visibles. Quisiera asimismo poder referir las dramáticas leyendas, impregnadas de religioso terror, de Constancia Florentina y de la *Borgoñona*. Mas el asunto es vasto, y nombres insignes quedarán sin mención, que, si quiera de paso, la mereciesen.

No sólo en el siglo XIII, sino en los siguientes, dió fruto el árbol plantado por Clara. Si bien Urbano IV introdujo modificaciones en la primitiva regla de las Clarisas, y posteriormente Eugenio IV á su vez la mitigó, en el siglo XV fueron renovadas las austeridades y rigores primitivos, por una joven animosa, francesa de nación. Coleta sentía impulsos reveladores de que su vida tenía algun objeto importante. Comenzó por desear hallarse libre de su hermosura como de un estorbo, y en efecto, vió ajarse las rosas de su tez. Anduvo como desorientada, pasando de una congregacion de Beguinas á la Orden Tercera, y de ésta fué á anclar en las Clarisas. Orando en su celda vió brotar á sus piés gentil arbusto, cargado de perfumados capullos y pomas. Cuantas veces lo arrancaba, otras tantas renacía, embalsamando el ambiente. Interpretando esta visión, sintióse llamada á enlazar al través

de dos siglos su pensamiento con el de Clara, emprendiendo la restauración de la Orden. Aprobada la idea por el Papa, no conoció ya Coleta descanso, viajó noche y día, á pié, descalza, fundando, reformando, edificando con las limosnas recogidas hasta trescientas ochenta iglesias, perseguida por aviesos contradictores que la acusaban de hereje (13), confortada por la visita de san Vicente Ferrer, que desde España llegaba exprofeso para ver á la mujer insigne, dotada de las facultades organizadoras de un Ignacio de Loyola, y de la fuerza de voluntad que forma los héroes.

También en el siglo XV decoró el Orden de las Clarisas, con su pluma y con sus obras, una dama de honor de Margarita de Este, que á los catorce años dejó voluntariamente el elegante fausto de la corte de Ferrara por la monástica austeridad. Catalina de Bolonia manejó con igual soltura el italiano y el latín, y compuso tratados ascéticos en la forma correcta y galana, que domina en los prosistas á mediados del *cinque-cento*. Ya las brisas naturalistas del Renacimiento impulsaban el bajel de la literatura, cuando Catalina terminó su libro: *De las siete armas espirituales* (14).

En las crónicas de la Orden Franciscana se refiere la vida de una mujer de carácter tan extraordinario, que si en el sexo femenino caben Tenorios, Clara de Agolancia realiza cumplidamente el tipo clásico del desaforado cal-

vatrueño en quien un día se despierta la conciencia elevándole á santo. Clara es un carácter agigantado en los extravíos como en la penitencia; sin freno en el placer, en el arrepentimiento sin medida. Hija de unos nobles de Rímini, altiva y resuelta desde la niñez, casada á los doce años con un hijo de su madrastra, viuda á los quince, privada de su padre y de su hermano, que fueron muertos en las civiles discordias, quedó Clara dueña de sí, hermosa, con hacienda sobrante, con esfuerzo más que varonil, libre, osada, fiera, insaciable. Como potro á quien arrancan brida y freno, y dejan que suelto devore el espacio, así se halló la jóven patricia, que fué bien presto asombro de Rímini con sus aventuras. No dominaban y arrastraban tanto á Clara los galanteos, cuanto los ejercicios masculinos, á que se entregó con ímpetu. Cubierto su cuerpo airoso con el talabarte y las calzas de seda que usaban los mancebos nobles, ya amaba corceles indómitos haciéndolos caracolear con no vista destreza, ya en las selvas perseguía al ágil gamo ó alanceaba el colmilludo jabalí, ya esgrimía las armas con puño de acero y músculos de atleta. No prodigaba complacencias al primer galán que acudiese en demanda de ellas: semejante siempre á los Mañaras y Tenorios, amaba con desmedido ardor, y cuando la hostigaban los celos, tomábase satisfacción cumplida á punta de da-

ga, nó en sus rivales , sino en el infiel mismo. Oíanse á veces gemidos lúgubres en la revuelta de alguna callejuela iluminada por moribundo farolillo de retablo , y se veía á un hombre revolcarse en charco rojo , y á los primeros rayos del alba huían espantadas las gentes timoratas de Rímini , murmurando quedo de Clara y de sus desatinados tratos. Hubo un hombre bastante resuelto y prendado para dar mano de esposo á Clara conociendo su historia , que Clara misma le refirió menudamente; y si bien guardó incólume la fe conyugal, Clara prosiguió arrogante en su vida suelta y caballeresca , y tan desasida de todo pensamiento religioso , que al pasar ante la iglesia , en vez de signarse con la cruz al uso de la época, solía torcer la faz. Pero Cristo amaba mucho á aquella alma poderosa. Un día, á tiempo que Clara entraba casualmente en el templo , oyó que un crucifijo le decía: — « Clara, Clara, no rezarás siquiera un Padrenuestro por mí? » — Quedóse ella, á pesar de su intrepidez , como Saulo cuando fué precipitado de la montura por la claridad repentina. Hondo escalofrío corrió por sus venas , chocaron sus rodillas; sobrecogida de estupor, salió sin darse cuenta de lo que experimentaba, y la fuente de las lágrimas, seca tanto tiempo hacía , manó por su rostro en refrigerantes ondas. A poco la vió el pueblo recorrer calles y plazuelas, descalza, con un dogal al cuello, haciendo confesion á

gritos de sus pecados. Los días de Jueves y Viernes Santo anduvo por Rímini un penitente velado, atadas las manos á la espalda, coronado de espinas, empujado por tres hombres, que lo iban azotando con recias cuerdas, y que al llegar á la puerta de la Basílica lo ataron á un pilar y prosiguieron con la flagelación hasta que se viesen pegados á la carne viva los guiñapos sanguinolentos del velo. El penitente era Clara. Muerto su marido, profesó en un convento de la Orden Segunda. Allí vivió llevando al cuello una argolla de hierro, guarnecida interiormente con puntas, y otras semejantes en brazos y muslos, de peso de treinta libras; trayendo á raíz del cuerpo una malla de acero; durmiendo de pié, comiendo sapos y sabandijas asquerosas para castigar la gula, hiriéndose el pecho con un guijarro, mortificándose con una mordaza de hierro la lengua, hasta que enconada y tumefacta, se le saliese de la boca. Cuanto mas se considera á la arrepentida de Rímini, más parece ver en ella representación cabal de los siglos medios: tiempos apasionados, guerreros, tempestuosos, pero prontos siempre á escuchar la voz de Cristo, á penar y morir por él: nunca medianos ni mezquinos, sino vivaces, ricos y potentes, que rescataban culpas grandes con expiaciones tremendas y con actos sublimes.

España, que glorifica en sus anales literarios y científicos á la perla del Carmelo, debe

á la Orden Franciscana eximias escritoras, cuyas obras honrarían á vigorosas inteligencias masculinas. En el primer puesto colocaré á la venerable Sor María de Jesús de Agreda. Vivió tan insigne mujer en el siglo XVII, en la villita de Agreda, enclavada en la frontera de Castilla la Vieja, que linda con Aragón. Niña enfermiza, criada á la sombra de un hogar pobre, piadoso é hidalgo, redujéronse sus estudios á encender luces en un altarcillo chico, rezando allí fervorosamente. Doce años tendría, cuando su familia adoptó resolución singular. El padre con los dos hijos varones se entró en un convento de Franciscanos; la madre con las dos hijas transformó en claustro su propia casa, adoptando el instituto de las Concepcionistas. Así María de Jesús pudo colocar su celda en el propio aposento en que quizás se meciera su cuna. El escaso plantel del monasterio de Agreda se multiplicó, y María de Jesús vino á ser, andando el tiempo, su abadesa. La fama de su vida pura y angélica llenaba aquellos contornos, trascendiendo hasta la corte. Felipe IV, yendo de jornada para Zaragoza, quiso ver á la portentosa reclusa, de quien se contaban extraños prodigios. Háblola dentro de su retiro, y desde aquel día trabó con ella no interrumpida correspondencia acerca de los asuntos del Estado. Convirtióse la humilde monja en consejero: escribála el Rey en un pliego doblado á lo largo,

ocupando un lado solo y dejando el otro en blanco para que lo llenase María: veintidos años (1643-1665) duró este epistolar comercio. Existen los originales autógrafos en la Biblioteca Nacional, según nos dice el P. Fidel Fita, quien los ha visto allí, y está en hacer de ellos una edición correctísima. Ojalá no pasen muchos años sin que lo logre.

Veinticinco de edad, á lo sumo, contaría María de Jesús cuando comenzó á concebir la idea de la obra capital de su vida, el libro intitulado *Mística Ciudad de Dios* (15). Dos veces la obligó un confesor indiscreto á quemar las páginas que llevaba trazadas, y otras dos un varón docto y de levantadas miras volvió á poner en manos de la escritora la gallarda pluma. María de Agreda merece figurar entre nuestros clásicos por la limpieza, fuerza y elegancia de la dicción; entre nuestros teólogos por la copia y alteza de la doctrina; entre nuestros filósofos por la lógica profunda y el vigor mental. En su tiempo anduvieron confusos y maravillados sabios obispos y graves doctores, sin atinar como una hembra falta de estudios, á quien sirviera de escuela la contemplación tan solo, podía seguir con firme paso las huellas de santo Tomás y de Escoto, especular sutil y hondamente acerca de elevadísimos misterios, interpretar con feliz novedad las Escrituras, y todo ello, ignorándose de dónde brotasen las fuentes de su ciencia, por

lo que hubieron de creerla infusa y sobrenatural, considerando á María iluminada por luz divina y extraordinaria (16).

De bien diversa índole es el talento de Sor María de la Antigua, clarisa lega del convento de Marchena. Si en la Venerable de Agreda admiramos un entendimiento y razón varoniles, en María de la Antigua, espíritu formado en moldes teresianos, domina el amor. De origen portugués, tiene esta escritora lozanísima imaginación meridional, alma tierna y sensible, estilo fácil, candoroso, dulce y encendido. Por asemejarse en un todo á la gran carmelita, confiesa que en sus primeros años se volvió distraída y fría en la devoción, á despecho de los arrebatos místicos experimentados en su peregrina niñez. Cuando María de la Antigua se siente oprimida y ahogada por las ansias del afecto, de prosista se trueca en poetisa, y derrama su corazón en romances sencillos y flúidos, sembrados á veces de rasgos patéticos y felices. El sentimiento estético es tan natural en María de la Antigua, que para dirigirse á Jesucristo, acuden á sus labios las frases más bellas de la Esposa de los Cantares: su oración favorita es el *Magnificat*; sus visiones mismas presentan un colorido dantesco. Enamorada de Cristo, pasa con él deleitosos y suavísimos coloquios: y para explicar la ternura femenil de su cariño, dice con delicado concepto: — «Si naciera yo

antes que Dios se hiciera hombre, yo le temiera como á Señor, mas no me regalara con él: porque todo lo que en él amo, es lo que de mi naturaleza conozco.» — Un rígido teólogo podrá encontrar en esta frase algo que tildar, y aún mucho; pero el amor tiene un timbre especial y su lenguaje propio, que rectifica la inexactitud de la palabra, y pone en claro el verdadero vuelo del pensamiento. — Ninguna de las dulzuras de la Mística falta en los escritos de María de la Antigua: calor, vida y sentimiento circulan por su libro, análisis autobiográfico del rico corazón de la autora (17).

Por nacidas en nuestra patria no debemos echar en olvido á Ana de Cristo (18), que dejó inéditas sus *Meditaciones* sobre lugares de la Escritura; á Jerónima de la Asunción (19), celosa propugnadora de la Inmaculada, que escribió en prosa y verso con igual soltura y fluencia; á Magdalena de la Cruz (20), autora de un largo y erudito tratado de la *Oración mental*. Todas estas mujeres doctas é inspiradas, cuyas obras por ventura duermen desconocidas entre el polvo de rancias bibliotecas, ó murieron antes de ver la luz, aniquiladas por el descuido ó enterradas por la modestia, son no obstante gloria del régimen monástico, que despertaba en la mujer aficiones tan elevadas, y monumento de la historia literaria de España, que atesora riquezas incalculables ocultas aún, por culpa de la apatía de nuestro

carácter y de la perdularia negligencia con que manejamos nuestra hacienda intelectual.

Podemos agregar á estas escritoras hispano-franciscanas otra cuya personalidad es discutidísima en nuestros días, cuyo nombre anda mezclado con la historia contemporánea española. Mencionaríamos á la Concepcionista María de los Dolores Quiroga, conocida por Sor Patrocinio, á causa del *Ejercicio* que en honra de la Virgen del Olvido escribió: libro piadoso, no despreciable por su forma fácil y elocuente. Cuanto al carácter y vida de la célebre monja, indiscrecion sería tocar algo que á tal asunto se refiriese, ni parase en sitio donde amontonó cenizas el fuego de las políticas pasiones, careciendo de los datos y exactas noticias indispensables para discernir la verdad. De nuestros días es también la notable historiadora irlandesa María Francisca, del convento de Kenmere.

En el siglo de la Venerable de Agreda contó la Orden franciscana con una mujer española, del ilustre linaje de los Hurtados de Mendoza, Sor Jerónima, abadesa de las Concepcionistas de Priego, que vivió fuera de sí, trasportada de amor y espirituales delirios (21). Jerónima de Priego, al narrar su vida interior, es persuasiva y tiene la gracia del estilo que se origina de la espontaneidad. Nació, como Francisco, en un pesebre; y en los primeros ejercicios de su dura penitencia,

veía con los ojos del alma á Francisco que la exhortaba sonriendo á poner el hombro á la Cruz. Algún tiempo fué confesor de Jerónima el sabio cronista de la Orden franciscana, Cornejo.

Pero á más andar nos hemos desviado del siglo XIII, entretenidos espigando por el campo fecundo que regaron con llanto y sangre Clara é Inés. Tornemos ya á los principios de la Orden. Si bien nacieron las Clarisas como retoño gemelo de la religion franciscana, procuró Francisco cerrar la puerta á la malicia del mundo, estableciendo el debido aislamiento y aún desaprobando el nombre de *Minoritas*, que solían tomar las comunidades de mujeres sujetas á la regla de Clara. Las monjas, pobres é incapacitadas por su sexo para implorar la caridad tan eficazmente como los frailes, esperaban de éstos la provision del sustento necesario; mas Francisco, cuando salió de Italia con ánimo de ganar en Siria la palma de mártir, dejó expreso encargo al Cardenal protector de la Orden de que sus frailes no se familiarizasen ni mostrasen pródigos de ayuda y visitas con los monasterios de mujeres. Ya fuese que entendiera Francisco que el Dios que mantiene los pajarillos no deja morir de hambre á las reclusas; ya que temiese, más que todo, los graves peligros que el trato entre los dos sexos origina, ello es que le congojaba mucho el cargo de mirar por las monjas.—

«Temo—solía decir — que habiéndonos Dios »quitado esposas, nos dió el diablo hermanas.»—(22) Hizo chapuzarse en rio casi helado, en el rigor de la estacion invernal, á un fraile que había visitado en San Damián á una parienta reclusa. Por efecto de este afán que mostró Francisco en evitar riesgos á sus hijos, encargóse el cardenal Hugolino de la dirección de la Orden. Nombráronse visitadores, eligiendo varones de pura fama y limpias costumbres. Fray Felipe Longo fué el segundo. A los doce años de la fundación de las Clarisas, redactó Francisco la regla austera y admirable que observaron: y después concedió á los deseos de Clara la carta que sella la unión de la Orden Primera con la Segunda (23).

En la Tercera, cuyo inmenso influjo y utilidad social conocemos ya, tenían cabida los dos sexos: y no es mucho que las mujeres acogiesen con amor una institución que sin apartarlas del hogar ni de los deberes que impone la naturaleza, antes ayudándolas á cumplirlos con mayor puntualidad y zelo, les abría á la vez caminos de perfección y penitencia. Distinguiéronse siempre las reformas de Francisco á diferencia de la que predicaban los supersticiosos sectarios de Mediodia por un carácter de profundo respeto hacia cuanto ciemента y robustece el Estado y la asociación humana. El matrimonio, la familia, los lares

domésticos, fueron sagrados para él que voluntariamente renunciaba á sus goces. Léjos de condenar el lazo conyugal y los que de él se derivan, Francisco quiso santificarlo más aún; léjos de arrastrar á los casados al claustro, puso el clautro y sus méritos en el siglo mismo. Como quiera que el fervor religioso impulsase á bastantes consortes á separarse, tomando el marido el hábito franciscano y la mujer el de las Clarisas, y quedando á veces con esto desamparados los hijuelos y frio el hogar, la Orden Tercera remedió tales inconvenientes, pudiendo desde luego cada casa convertirse en templo, cada alcoba ser casta celda y evangélica morada. Sabemos las condiciones de esta Orden: para nadie ofrecía más atractivos que para la mujer, hecha desde el nacimiento á tener por teatro de sus hazañas y palenque de sus luchas las paredes silenciosas del domicilio. La esposa del primer terciario Bonadona, se opuso, no obstante, en un principio á la liberalidad de su esposo, impulsada por el espíritu práctico que domina en las matronas y suele degenerar en mezquina economía; pero ablandóse después su corazón, y emuló á Luquesio en buenas obras. Mas nadie representó mejor el fin humanitario y fecundo de la Orden Tercera que las dos nobles criaturas Viridiana y Humiliana. Nacidas ambas en el suelo florentino, combatieron la avaricia, la codicia, el ansia de rique-

zas, vicios capitales de los pueblos donde el comercio desarrolla la prosperidad material y empedernece las entrañas de los hombres. Humiliana, perteneciente á la aristocracia mercantil de la rica república, fué símbolo de la equidad, de la probidad inflexible, en medio de una familia entregada al agio y á la especulación sin tregua. Mientras su marido agenciaba caudales por todos cuantos medios la ley permite y veda la misericordia, Humiliana en el retiro de su gabinete se consagraba á interior pobreza. Como si la conducta de aquella mujer modesta é íntegra fuera vivo reproche y afeamiento de la ajena, deudos, padres y marido la satirizaban por su generosidad, y la perseguían con odio y burla. Viuda ya, su propio padre, que la veía sembrar dinero entre los necesitados, usó de un infame ardid para desposeerla de todos sus bienes y reducirla á la dependencia. Así vivió Humiliana el resto de sus días, relegada á una torre de su propia casa, sola con la oración, los éxtasis, las visiones, y perturbada aún en aquel asilo por la malevolencia de su parentela. Murió á los veintisiete años legando á Florencia ejemplo de desinterés. La vírgen Viridiana no fué ménos activa y entusiasta en la caridad. Durante el hambre de Florencia se la vió repartiendo á los pobres los cereales acaparados por su usurero tío; y al reclamar éste furioso los granos, hallólos reduplicados en la troj. Viri-

diana pidió más tarde al pueblo, de ella tan socorrido y amado, que le pagase el beneficio, sustentándola de limosna los largos años que pasó en una ermita, tapiada la puerta y abierto sólo un ventanillo para recibir la pitanza que arrojaban los campesinos, no sin encomendarse á las oraciones de la penitente solitaria. El ánimo más entero desmayára en aquella reclusión en que el menor descuido de las gentes de los contornos, ó del cura, podía condenar al recluso á los horrores del hambre. Allí no obstante se mantuvo Viridiana, lidiando en su lúgubre soledad con espectros y apariciones horribles; allí la vió Francisco catorce años despues de emparedada, y ciñó á sus escuálidos lomos el cordón de la Orden Tercera. Allí espiró finalmente, de rodillas y con el cuerpo derecho, á guisa de atleta que adopta para morir la postura del combate.

La vida de cada heroína de la Orden Tercera contiene una enseñanza social, maravillosamente adecuada al tiempo y á las circunstancias. Si las virtudes de las Clarisas se dirigen al cielo, como la suave luz de los cirios asciende á lo alto, en cambio las de las Terceras, solicitadas cual el fuego al aire libre por el viento de la lucha, esparcen calor en todos sentidos. Humiliana y Viridiana dieron á una sociedad afanosa de lucro lecciones de desprendimiento: Rosa de Viterbo enseñará á su sexo como ninguna modifi-

cación política debe ser á la mujer indiferente, por cuanto se enlaza siempre con altos intereses religiosos y morales. No es dable idear, ni con ayuda de brillante fantasía, historia más dramática que la de la graciosísima niña, temprana rosa entreabierta y salpicada aún del rocío de la aurora, á quien los huracanes de la guerra y del cisma sacudieron iracundos, sin poder partir ni doblegar su frágil y erguido tallo. Increíble parece que haya existido la extraordinaria Rosa de Viterbo, y que en los diez y siete años de su brevísima vida se encierre tal suma de actividad y heroísmo. El virginal despojo, el cuerpo tierno y adolescente, que tan presto bajó á la tierra, pudiera pretender el lauro que rodeó las frentes altivas de los grandes patriotas griegos y romanos, si los ángeles no hubiesen tejido ya para las sienes bellas é inmaculadas de Rosa de Viterbo, guirnaldas de las flores de luz que se crían en las celestes praderas.

Federico II, que llena todo el siglo XIII con sus ambiciosas tentativas de usurpación de la corona universal, con sus combates contra el Papado, con los estragos y depredaciones cometidas por sus feroces tropas, con la tiránica inmensidad de su carácter en suma; Federico, en quien se cifró la colosal opresión de los Césares, y se anunció la tendencia absorbente del Estado moderno, contaba en la ciudad de Viterbo acérrimos parti-

darios, granjeados quizá más por el terror que por el afecto : y asimismo no le faltaban adversarios decididos que recordasen con orgullo la desesperada resistencia opuesta en 1243 á las tropas imperialistas; defensa digna de otra Numancia, y en que las mujeres tomaron parte arrojando peñascos á los sitiadores, extinguiendo con vinagre el fuego griego, arrancándose con los dientes, por no dar lugar á que estuviesen ociosas las manos, las flechas que se clavaban en su carne. Cuando ocurrió este episodio de las contiendas que desgarraron á Italia, sumaba tres años de edad la criatura Rosa. ¿Qué efecto producirían en su mente precocísima las escenas del asalto? Ello es que Rosa era ya entonces un sér singular. Hija de padres pobres, nacida cuando la madurez de su madre no prometía fecundidad, dícese que al salir del claustro materno se dibujaba en sus labios una sonrisa; y que en todo el período de la lactancia no se la oyó llorar una vez sola. A gatas, por no saber aún sostenerla sus piececillos, íbase á la iglesia; y los pájaros del cielo, y particularmente las palomas que anidaban en los viejos aleros de los tejados, venían á rodearla y á posarse en sus hombros presurosas. Todo Viterbo andaba embelesado con las gracias infantiles de la rapazuela, cuyas muñecas y juguetes eran cilicios y recias disciplinas. Vióse el extraño espectáculo de una niña de

seis á ocho años , vestida con un sayal, descalza, suelto el rizado cabello por los hombros, apretado en las manos un crucifijo, predicando penitencia por calles y plazas. Y á cada prodigio de la parvulilla admirable , la opinión pública de Viterbo, suspensa entre el Papa y el Emperador , se inclinaba á la causa del pontífice. Rosa, á quien las monjas Damianitas no habían querido admitir , por su poca edad, en el convento, vivía en su casa en un retiro ó celda ; y en medio de las lágrimas que regaban sus mejillas puras, de los disciplinazos que abrían sus carnes inocentes , de los ayunos que demacraban su organismo no desarrollado aún , su pensamiento no se apartaba un punto de las tribulaciones de la Iglesia: oraba por ella y contra Federico. A los diez años fué á despojarse públicamente de las galas femeniles; cortó la selva de rubios bucles, que encerraban como en nimbo de oro su rostro ; se vistió el tosco hábito de terciaria; se ató al talle el cabestro de un jumento , y desde aquel día empezó á exhortar á la multitud á obedecer á la Santa Sede , á resistir á los cismáticos, que á la sazón dominaban en la ciudad. La gente se agolpaba para oír las arengas en que un aura tribunicia y patriótica, un generoso soplo de independenciamiento espiritual, competían con la dulzura cristiana. Encendíanse los pechos, y perdía terreno el César. El padre de Rosa temió la venganza de

las autoridades, y airado contra la tierna agitadora, mostrando la fría crueldad de los cobardes, la asió de los cabellos y la abofeteó y arrastró, denostándola. Rosa sufrió en silencio y mansamente el mal trato, y continuó con sus predicaciones, subiéndose á los poyos para ser mejor oída, entrando en los templos y concitando, bajo sus sacras bóvedas, la indignación popular contra el enemigo de la fe. El Gobernador de la plaza, no atreviéndose á cercenar en el tajo aquella gentil y amada cabeza, quiso no obstante hacer de suerte que pereciese la candorosa y terrible adversaria del Emperador, y tratándola de embaucadora, visionaria y fanática, la ordenó salir instantáneamente de la villa, sin dejarla tomar abrigo, en crudísima noche de invierno; esperando que la nieve que caía fuese su sudario, y los lobos hambrientos sus enterradores. Mil veces, hasta que rayó la aurora, estuvo Rosa á punto de rodar á un precipicio, ó de sumirse en un pantano: helada y exánime vió lucir la mañana, y su primera idea, al arribar á un pueblecillo, fué encaramarse á un tablado en la plaza pública, y pedir á los habitantes auxilio para el Vicario de Cristo, perseguido por el cisma. Así anduvo recorriendo ciudades y caseríos, sin que descansase en su tarea de despertar á Italia contra el opresor alemán, arrancando lágrimas con la terneza de sus años y la ascética hermosura de su semblan-

te, gritos de entusiasmo con su inflamada elocuencia. Hallando en un pueblo que una vieja predicadora, adicta á Federico, traía soliviantada á la muchedumbre en favor del César, ofrecióse á discutir con ella y convencerla; y cierto, que fué peregrina vista la de una fresquísima primavera arguyendo á un invierno árido y marchito. Al fin, como no se desaferrase de sus ideas la vieja, Rosa apeló al fuego, entrando intrépida por una hoguera encendida, sin que las llamas ofendiesen ni el pelo de su ropa. Muerto Federico, pudo el Papa volver á Italia, y Rosa á su villa natal; y Viterbo la recibió en triunfo, al repique de las gozosas campanas, y al eco de músicas y vítores. Mas Rosa sentía que, no existiendo ya el perseguidor de la Iglesia, la defensora del pontificado había terminado también su labor y objeto en el mundo. Escondiéndose del amor popular, que la festejaba y aclamaba, buscó el retiro de un claustro. En ningún convento la quisieron recibir, porque asustaba á las hijas de paz lo extraordinario de la vocación y de la persona de Rosa. Profetizó entonces que si las monjas no la acogían viva, no se eximirían de albergarla difunta. Dispúsose á morir serenamente, y á poco rindió su alma. Tenía diez y siete años. Vióse sobre su sepulcro una fragante rosa, y su cadáver reposó en efecto en el monasterio de Clarisas, que en señal de veneración impusieron

al monasterio el nombre de la joven Santa (24).

Al lado de la figura de Rosa, semejante á ángel vengador que encarnase en el cuerpo delicado de una vírgen, se destaca la de la rehabilitada cortesana, la Magdalena de la Edad media, Margarita de Cortona. Toda la poesía dolorosa de la expiación que embellece á la arrepentida del Evangelio, se encuentra en la historia de Margarita. Libre y cortejada en su mocedad, vivió escandalizando á Albiano con devaneos, galas y amoríos, no velados por la prudencia, con un mozo noble, espadachin y libertino. Una noche esperó en vano al amante, que no acudía a la cita; turbada por la ausencia, guiada por los ladridos plañideros de una perrilla fiel, muy favorita del galán, rastreó las huellas de éste, y hallóle en un lugar desierto, bajo un haz de paja, cosido á cuchilladas, y ya fétido é hirviendo en gusanos. Cuando Margarita hubo dado rienda • suelta á los sollozos, cortádose el cabello, pisoteado sus atavíos, pedido perdón á sus padres y á Albiano todo de su conducta, herido el rostro con las manos, arrastrádose á los piés de los hombres en demanda de piedad y redención, se encontró con que éstos, que liviana la festejaban, la rechazaban penitente; tuvo que sufrir injurias, repulsas del padre, fierezas de la madrastra, y al fin fué arrojada ignominiosamente de la casa paterna, con su

hijuelo, para que mendigase el pan por los caminos. Entonces la desamparada mujer, estrechando en sus brazos al fruto de sus entrañas, se sentó bajo un árbol, y miró al mundo, hallándose tan sola, que su alma se despedazaba de dolor. Y en aquel absoluto abandono, vió de pronto ante sí al mismo Jesucristo, que le prometía ayuda, consuelo, misericordia. Al eco de la voz del Redentor, Margarita se alzó, y fué en busca de un asilo: lo halló en Cortona. Los franciscanos, desconfiando al pronto de la conversión de la pecadora, concluyeron por ceñirle el cordón de la Tercera Orden y admitir á su hijo en el convento. Margarita lloraba día y noche; estremecían sus horribles penitencias; intentó cortarse los labios para perder su peligrosa hermosura; públicamente se acusaba de sus extravíos, y cuando la gente la miraba con desprecio, exultaba, sintiendo el brazo de Jesús que la sostenía amorosamente. En los días solemnes de la Pasión, Margarita iba tras de Jesús por la vía del Calvario; experimentaba las angustias de las santas mujeres ante los tormentos del pretorio y de la Cruz; y, como Magdalena, preguntaba á cuantos hallaba por el paradero de su Amado (25).

Bajo la regia púrpura se ocultó no pocas veces el humilde cordón de penitencia. Isabel de Portugal (26), casada en tierna edad con Dionisio, era víctima de las celosas sospechas

de éste. Desconfiaba, sobre todo, el Monarca de un pajecillo devoto y humilde, á quien distinguía la Reina. Dionisio envió al mancebo á un mensaje, haciéndolo portador de una carta fatal como la de Urías, que sentenciaba al que la entregase á perecer tostado en un horno. Por extrañas peripecias no fué el pajecillo favorito de Isabel el que llevó la misiva, y pereció en la abrasada boca, sino otro paje que, envidioso y maldiciente, despertara el recelo en el ánimo del Rey; con cuyo suceso, Dionisio imploró el perdón de Dios y de su esposa, y se trocaron en respeto sus dudas. Cuando Isabel hubo enviudado, descubrió el hábito de terciaria, usándolo en público durante el resto de sus ejemplares días. ¿Y qué diré de la tia de esta Isabel, que llevó el mismo nombre, la dulce landgravesa de Turingia, que elocuente y gallardamente no haya expresado su ilustre biógrafo Montalembert? En la catedral gótica de Marburgo, entre los esplendores de la airosa fábrica, perteneciente á lo más selecto del arte ojival, acertó el conde de Montalembert, viajero que iba allí en busca de recuerdos é impresiones, á divisar una estatua de mujer, de líneas puras y delicadas, ceñida á un pilar por el angosto plegado del traje que caracteriza las esculturas hasta el siglo XIV; vió allí también cuadros en tabla, ya denegridos y confusos, relieves desperfilados é inciertos, y su soñadora fantasía, su

alma de artista, evocó la memoria de santa Isabel, y de la visita á la catedral de Marburgo nació un libro hoy célebre (27). Declara Montalembert, en frases conmovedoras, la melancolía que le inspiró ver el templo de la Santa de Turingia, sellado con el abandono, desnudez y soledad propias del culto protestante; los altares desiertos y desgarnecidos en el día de la festividad de Isabel; vacío el cofre de plata de donde un descendiente de la Santa, adicto á la reforma, extrajo las cenizas venerables para aventarlas con furia; y, finalmente, el pueblo, tan caro á la buena duquesa, y ya olvidado de su nombre y devoción. En verdad que no es maravilla que una mente de artista y poeta se enamore del encanto de la vida y carácter de Isabel de Hungría. La mujer joven y de angélica hermosura, á quien Murillo representó en el acto sublime de lavar con sus blanquísimas y suaves manos las costras repulsivas que cubren la cabeza de un muchachuelo mendigo, es uno de los tipos más interesantes que ofrece la Edad media. Hija de reyes, desposada mientras duraba su lactancia, enviada á los cuatro años de edad á la corte del padre de su esposo, como arbusto exótico que tempranamente es trasplantado por que vaya haciéndose á nuevo y más riguroso clima; colocada tan ternezuela entre la seca y despótica autoridad de su suegra y la envidiosa malevo-

lencia de su cuñada, ya desde el albor de la niñez atrae y conmueve el destino de Isabel. A los cinco años la vemos pedir misericordia para los verdugos de su madre, alevosamente asesinada; y cuando por muerte de su buen padre político el duque Hernán, queda á merced de cuñada y suegra, comienzan á ser objeto de tedio y mofa sus precoces devociones, de burla su humilde modestia. Pero el hermano, el elegido de su corazón, el joven duque Luís, no perdía de vista á su tierna novia, y enviándola un dia un precioso joyel, le prometió el cariño conyugal, que sólo hubo de interrumpir la muerte. Luís é Isabel dieron á Turingia el espectáculo de la unión de dos almas puras: Luís se inclinaba á la virtud viril de la justicia, en Isabel rebotaba la virtud divina de la misericordia; y áun por eso, siendo Luís tan ilustre príncipe, Isabel le aventaja muchos quilates en santidad. Mientras Luís reprimía á los blasfemos, á los usureros; mientras limpiaba á Turingia de malhechores y gente perdida, Isabel curaba las llagas de los leprosos, asistía á los niños enfermos con regalos y mimos de madre, se privaba de lo más necesario por acudir á remediar las estrecheces del pueblo. Su alma fué sujeta á pruebas que la acendrarón más aún. A los veintiun años perdió al esposo ejemplar y único, á quien perniciosas calenturas concluyeron en las Cruzadas; y los her-

manos del duque Luís, usurpando el poder, arrojaron á Isabel y sus tiernos hijos del palacio. Hallóse la duquesa de Turingia sola, en la calle, rodeada de criaturas transidas de frío y sueño; y cual si todos los corazones del pueblo ingrato fuesen de pedernal, no hubo quien le abriera su puerta y le diese un rincón junto al fuego: aquella noche los herederos de la corona de Turingia y la viuda del Duque reposaron sus miembros cansados en una pocilga de puercos. Cuando al amanecer oyó Isabel la campana de un convento de Franciscanos, corrió á él, llevando de la mano á los inocentes niños hambrientos, é imploró una limosna; y los pobres de profesión socorrieron aquella mendicidad regia, á riesgo de concitar las iras de los usurpadores (28). Era tal el desamparo de Isabel, que hasta una aviesa vieja, á quien por señas había mantenido en los hospitales de su fundación, osó arrojarla en el lodo de la calle, cubriéndola de dictorios: y era tan grande su ánimo, que se alzó de la inmunda charca con la sonrisa del perdón en los labios. Más tarde, cuando tras dolorosas tribulaciones tornó Isabel á poseer su rango en la córte, y su mismo cuñado Enrique se arrepintió de la maldad cometida, se la vió renunciar al poder, reirse de las vanidades, resistirse á nuevas nupcias, y morir á los cinco lustros no cumplidos, después de una existencia que envidian los serafines.

Isabel fué la que primero vistió en Alemania el hábito de la Tercera Orden ; y en verdad que realiza el ideal de la institución de Francisco: esposa amante cual ninguna, madre embelesada con sus hijos; gobernadora dulcísima para sus reinos, todas las amables virtudes del mundo se unieron con las altas perfecciones del claustro para coronar su hermosa frente (29).

La Orden Tercera contó en el siglo XIV con Angela de Foligno , escritora mística , cuyos libros, aprobados por la Iglesia , corren en varias lenguas traducidos ; cuya razón investigadora se paró á considerar gravemente los problemas de la naturaleza y de la gracia, de la eternidad y del tiempo. En la misma centuria dieron olor de suavidad Cristina Maccaboi, cabeza de una congregación de Terceras; y Micaelina Metelli, que repartió sus bienes á los menesterosos, quedándose con sólo la ropa que llevaba puesta ; Juana María de Maillé , que usando públicamente el hábito de penitencia , edificó á Tours; Isabel *la Buena*, admiración de la villa de Constanza; Delfina, la perfecta consorte de Elceario , que fué sepultada cabe la tumba de su marido con el sayal franciscano. Adelantando el siglo XV, aparecen: Angelina, condesa de Civitella, cuyo sarcófago sudó gotas de sangre al entrar los turcos en Constantinopla ; Isabel Amerina y la pia Paula Gambará. Angela Merici, fundadora de las Ursulinas , corresponde al XVI;

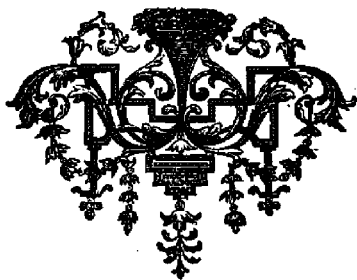
así como Jacinta Mariscotti, la doncella orgullosa y mundana, que despertándose, á los veinte abriles, de sus sueños de vanidad, vivió cuidando á los enfermos con total abnegación, y la noble viuda Luisa Albertoni, cuyo monumento funerario ideó Bernino. Aun en los siglos XVII y XVIII no se interrumpe la gloriosa tradición de la Orden. En 1667 muere en España Juana de la Cruz, notable autobiógrafa: á la misma era pertenecen: Beatriz de Langa, que produjo varios libros de piedad; Isabel de la Paz, enterrada en el convento de San Diego de Murcia, poetisa y escritora insigne; é Isabel de Medina, autora de epístolas ascéticas. El siglo XVII fué también testigo del martirio de tres valerosas hermanas Terciarias japonesas: la raza asiática no desmintió en las mujeres su firmeza para el testimonio de la fe; espiraron todas tres en las llamas, entonando con yocunda y alta voz las letanías. Finalmente, en 1715 nace en Nápoles Francisca de las Cinco Llagas, cuyo cuerpo sufrió los dolores, desgarramientos y torturas de la redentora Pasión (30).

Contemplando la áurea cadena que forman al través de las edades las almas de estas mujeres unidas por el pensamiento de Francisco, aprenderémos á tener confianza con el inmortal espíritu que sopla donde quiere y desciende sobre toda carne, ya sea la vigorosa del varón adulto, ya la delicada de la mujer ó

del párvulo. Aun cuando el escálpelo agudo y las finas pinzas del anatómico y del fisiólogo disequen uno por uno los nervios, los tejidos, las fibras del cuerpo femenino, penetrando hasta los últimos grupos de células y los centros nerviosos más complicados; aunque pensando el cerebro y analizando el organismo de la mujer intenten demostrar que en vaso tan frágil y quebradizo no se acomoda un alma igual á la del varón, cualquiera de los nombres que han llenado estas páginas,— Clara, Rosa de Viterbo, Isabel de Hungría,— es réplica elocuente á tales afirmaciones. La mujer, que conquistó su personalidad al venir al mundo la ley de amor, mantendrá, gracias á esta ley, el derecho contra el concepto materialista que en nuestros días la amenaza con nueva esclavitud.

Antes de perder de vista las gentiles ó heroicas figuras que en este capítulo nos acompañaron, recordemos que Francisco, como Jesucristo, halló en las mujeres corazones prontos á la simpatía, ecos de las ansias del suyo. Ya en los antiguos libros de las Sibilas parece que están consignados vagos presagios del papel que Francisco había de representar en la historia: diez años ántes de que naciese el Santo de Umbría, vióle en espíritu Hildegarda, sosteniendo y consolando á la Iglesia de Dios (31); Clara suspiraba por Francisco sin haberle conocido aún; Jacoba de Sieteso-

lios ungió y enjugó sus llagados piés, como Magdalena los del Nazareno, y fué su amparadora, sierva y amiga hasta después de la muerte; y por último, cuando al empezar Francisco su transformación, padre, hermanos, consocios, el mundo entero, lo befaba y escarnecía, sólo hubo un alma que vibrase al compás de la suya, un sér que le comprendiese: su madre.



NOTAS.

(1) Quedan de santa Hildegarda varios libros de *Revelaciones*; ricos en doctrina. Falleció en el último tercio del siglo XII, y la Iglesia celebra su fiesta el 17 de Setiembre.

(2) No hay que confundir á estas beguinas condenadas por el Concilio de Viena, y que profesaban el iluminismo, el quietismo y otras supersticiones. con las beguinas que fundó Lamberto el Tartamudo en Lieja en el siglo XII, y que subsistieron y subsisten aún hoy aprobadas por la Iglesia.

(3) Sabida es la sumision y el entusiasmo que Tanquelino halló en sus prosélitas. A una señal suya, todas le ofrecieron las joyas que llevaban puestas, como regalo de boda, en sus sacrílegos desposorios.

(4) Santa Clara y san Francisco recibieron las aguas del bautismo en una misma pila.

(5) «Ha mangiato tutta la notte piombo, non fa quindi maraviglia se pesa tanto»

(6) En San Damián se guardan los restos de santa Clara, y con ellos un anillo dado por Inocencio IV cuando comió en el monasterio. Véase tambien tapia-da la puerta por donde salió Clara con el Sacramento á alejar á los Sarracenos.

(7) «Habiendo comenzado los frailes Menores (en el entierro de Clara) el oficio de difuntos, el Papa quería que se cantase el de las Vírgenes, como para canonizar de antemano á la Santa: pero el cardenal de Ostia le representó que no convenía apresurarse tanto.» (Rohrbacher, *Histoire de l'Eglise catholique*, t. XVIII, pág. 583.)

(8) Este privilegio, escrito todo de la mano apostólica, parece ser único en los anales de la Iglesia.

(9) *Fioretti di san Francesco*, cap. XV.

(10) Celébrase la fiesta de santa Inés el 16 de Noviembre.

(11) Fundó la Abadía de Longchamps. Declaróla bienaventurada Leon X.

(12) A Inés de Bohemia escribió santa Clara epístolas elocuentes y bellas. Trasladamos para muestra de su estilo el encabezado de una:— «A la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, á la serenísima reina Inés, mi carísima madre é hija especialmente querida sobre todas: Clara, indigna sierva de Cristo, y sierva inútil de sus siervas, que habitan el monasterio de San Damián, manda salud, y la gracia de cantar con las otras vírgenes santas el nuevo cántico delante del trono de Dios y del Cordero, y de seguirle adonde quiera que vaya.»

(13) «Algunos sacerdotes alzaron contra ella acusaciones de herejía: predicaba el radicalismo de la pobreza, del desprendimiento, de la abnegacion absoluta: debía, pues, estar tocada de la herejía de los Husitas.» (Chavin de Malan: *Histoire de Saint François d'Assise*, cap. IV.)

(14) Escribió santa Catalina de Bolonia los tratados siguientes : *Las siete armas para la batalla espiritual.*—*De algunas particulares revelaciones.*—*Opúsculos varios en prosa y verso.*—*Rosario métrico de la vida de la Virgen María y de los misterios de la Pasión de Cristo.* (Consta este último de 5610 exámetros latinos , que todos terminan en la sílaba *is* , es decir , *Jesus*.)

(15) «Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia: historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava Sor María de Jesus, abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Agreda, de la provincia de Burgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre san Francisco: para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica, y confianza de los mortales.»

(16) Despues de muerte la Venerable, el General de la Orden Franciscana trató de examinar minuciosamente sus escritos: á cuyo efecto se juntaron ocho teólogos franciscanos, de lo más granado y respetable. Varios meses invirtieron en el exámen, resultando aprobados los libros y encargados de comentarlos y anotarlos los doctos Jiménez Samaniego y Sendín Calderón. Ya en vida de la Venerable sujetara Felipe IV sus libros á la censura de varios teólogos y obispos que los aprobaron y admiraron. Hízose la primera edicion de la *Mística Ciudad de Dios* el año de 1670 en Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego. Cuarenta años despues había sido reimpressa en Barcelona, en Valencia, en Amberes, en Marsella, en Panormo, en Milán, en Trento, en Bruselas, en Aversa y en Augsburgo, y traducida á

cuatro idiomas vivos y al latín, sin que en ello interviniesen los Franciscanos, sino el gran renombre de la obra. Al hacerse la edición de Madrid, fué denunciada á la Inquisición, denuncia que dió origen al larguísimo y célebre juicio que vamos á referir. La Inquisición examinó la obra siete años: después presentó á los Franciscanos las objeciones que se le ofrecían: ésta dió sus respuestas: formóse junta de inquisidores calificadores: cinco años duró el exámen nuevo: y al cabo paró en aprobar la obra en 1686. Los émulos de la Venerable la denunciaron entonces á la Inquisición de Roma: prohibió ésta la *Mística Ciudad*; pero á los cinco meses alzó la censura el Papa. Entonces los adversarios acudieron á la Sorbona, que después de leve exámen y apasionada contienda, en que llegaron á formarse dos bandos, llamados de *Agredistas* y *Antiagredistas*, tachó varias proposiciones y condenó la *Mística Ciudad*. Comenzaron á llover apologías é impugnaciones. Carlos II ordenó á las universidades primadas del Reino examinasen la obra, y Salamanca y Alcalá la aprobaron unánimes; Inocencio XII, en vista de ello, reservó esta causa para su particular decisión. Clemente XI ordenó borrar la *Mística Ciudad* del Índice de los libros prohibidos, en que por descuido aún andaba. La Universidad de Lovaina la estudió y aprobó á su vez. Por todo el siglo XVIII continuó, no obstante, la discusión acerca de los escritos de la Venerable: hubo ataques sañudos y vigorosas réplicas: la fama, el rumor del extraordinario libro llenaba á Europa. Tradújose no sólo á las lenguas más generalmente conocidas, sino á algunas tan extrañas como la griega, flamenca y arábica. Fuera interminable el catálogo de los insignes defensores de esta obra. En cuanto al espíritu de ella, consta del exámen que la autora siguió en muchos puntos á Santo Tomás; en algunos, pero contados, á Escoto. Nos hemos extendido en referir las vicisitudes de la *Mís-*

tica Ciudad de Dios, porque aparte del valor intrínseco de la obra, ellas solas bastan para darle interés extraordinario,

(17) La obra de la venerable madre Sor María de la Angustia se titula : *Dcsengaño de religiosos y de almas que tratan de virtud*. Forma un voluminoso. infolio, y á pesar de su título no tiene carácter di dático.

(18) Natural de Getafe, religiosa en las Descalzas de Manila.

(19) Religiosa en el propio convento de Descalzas manileñas.

(20) Abadesa del mismo convento de Manila.

(21) Escribió su vida el padre Rodríguez de Cisneros.

(22) *Timeo ne dum Deus nobis abstulit uxores, diabolus nobis procuraverit sorores.*

(23) Dice así:— «A la carísima hermana Clara y á las demas hermanas de San Damián : Francisco, salud en Jesucristo. Ya que por divina disposición os habeis hecho hijas y siervas del Altísimo, del Rey supremo, del celeste Padre, y habeis elegido al Espíritu Santo por Esposo vuestro, á fin de vivir según la perfección del Evangelio, prometo tener siempre cuidado de vosotras, bien en persona, bien por medio de mis frailes, con la misma solicitud y vigilancia que por ellos debo tener. Os saludo en el Señor.»

(24) Santa Rosa de Viterbo fué canonizada por Calisto III. Aunque Rohrbacher no le da sino doce ó trece años de vida, la opinión más común de los autores es que murió á los diez y siete años.

(25) Santa Margarita de Cortona fué canonizada por Benedicto XIII.

(26) Santa Isabel de Portugal fué canonizada por Urbano VIII. Era hija de Pedro III de Aragon y biznietita de Federico II de Alemania. La admirable prudencia de su reinado, hace de ella un cumplido modelo de *mujer fuerte*.

(27) *Historia de Santa Isabel (de Hungría, duquesa de Turingia: por el conde de Montalembert, par de Francia.*

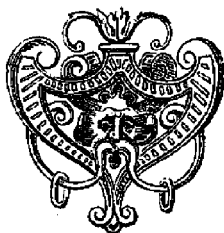
(28) La primera idea de Isabel al entrar en el convento, fué rogar á los frailes cantasen el *Te Deum*, en accion de gracias por la tribulacion sufrida.

(29) Santa Isabel de Hungría pasó de este mundo el 19 de Noviembre de 1231. Al ser trasladado su cuerpo, un año después, el emperador Federico II, que viuda la pretendiera en casamiento, se acercó descalzo y vestido de sayal á depositar una corona sobre la frente del cadáver, diciendo que pues no pudo coronarla emperatriz de sus estados en vida, la coronaría reina del cielo en muerte. Uno de los pormenores más poéticos y legendarios de la historia de Isabel es el célebre certámen de la *Wartburga*, que precedió á su nacimiento y que refiere Rohrbacher en los mismos términos que Montalembert.

(30) En este siglo se cuenta entre las Terciarias á la célebre estigmatizada de Bois de Haine, Luisa Lateau, y á otra estigmatizada en Oria (Italia) cuyo nombre es Palma.

(31) Hé aquí cómo se refiere la profecía de santa

Hildegarda : *Vidit Sancta Hildegardis in spiritu Ecclesiam Dei facie quidem pulcherrimam , sed pulvere plenam, dice ntensibi: Vulpes foveas habent, volucres cœli nidos; ego autem adiutorem et consolatorem non habeo, nec baculum, super quem incumbam, et a quo sustenter: statimque suscitabit sibi brachium Domini Pauperem, et sustentaculum Ecclesiæ Sanctum Franciscum.*





CAPÍTULO IV.

SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA.

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo.—Los monjes.—La Edad media y el Renacimiento.—La Edad moderna.—Los solitarios del yermo.—Plenitud de amor en san Francisco.—Los corderos y las aves.—El hermano lobo.—El misterio del pesebre.—El himno.—Las alondras.

.....
*O pietas simplex, o simplicitas
pia!*

.....
(Tomás de Celano.)

.....
*Oh sencilla piedad, oh pia
simplicidad!*

.....
(Tomás de Celano.)

ACUSAN hoy á la Edad media de haber mortificado, desdeñado, maldecido la naturaleza; de haber cubierto con crespón fúnebre sus ricas galas; de no haber sentido sus atractivos, ni amado su hermosura, ni deleitándose con su variedad incesante, ni gozado de su armonía, y sublimidad. Aserto que á fuerza de repe-

tido, pasa ya por dogma de crítica; siendo frecuente dividir la Historia en tres grandes períodos: la antigüedad clásica, que amó la naturaleza; la Edad media, que la aborreció, y la Edad moderna, que la hizo renacer. Fácil criterio en verdad, que presto se aprende y sirve de clave elemental para descifrar todos los enigmas; de hilo conductor, al través de todos los laberintos de la Historia: explicación sumaria, que se completa con la añadidura de que el Cristianismo fué causa y origen del desprecio de la naturaleza, vengada más tarde por la resurrección del ideal pagano en el Renacimiento. Considerando, dicen, el Cristianismo á la tierra como valle de lágrimas, á la carne como enemiga del alma, á la belleza como cebo de Satanás, mortificó el cuerpo, cerró los ojos por no mirar los esplendores de la creación, cubrió al mundo físico con el sudario de la penitencia y de la muerte. Así —añaden— se explican los Cristos ensangrentados, lívidos, presos en angosta enaguilla; las Vírgenes ojerosas, flacas, cautivas en los rígidos pliegues de su ropaje; los mártires que tienden en el duro potro sus demacrados y exiguos miembros; los confesores pálidos por las vigiliass, los ángeles de cuerpo etéreo, emblema de la abstracción; así se explica la grosería y barbarie en el diseño, la falta de vida y realidad en el arte. Así se entiende también porqué la agricultura y el pasto-

reo fueron descuidados en aquellos siglos de hierro; por qué los animales, amigos del hombre y copartícipes de sus fatigas, cesaron de inspirar á los poetas con sus costumbres y sus amores, y se redujeron en las artes á valor puramente ideográfico (1): el cordero simbolizó á Jesucristo inmolado por los hombres; la paloma, al espíritu divino; el pelícano, á la caridad heroica; el ciervo, al alma abrasada en sed de amor. Hasta perdieron su figura propia, y al leon le salieron alas en el lomo, y el águila vió duplicarse su cabeza, y de un sueño calenturiento nacieron los grifos, los buhos con rostro humano, los monstruos espantables que sostienen los pilares y repisas de la arquitectura ojival. Y la naturaleza, desterrada por el espíritu, fué durante largo tiempo objeto de execración, porque el cristianismo lo reprueba en ella todo, inclusa la beldad.

Esto dicen, nó sin muchas lamentaciones, sobre la triste y férrea Edad media, acusada de haber extinguido el amor á la belleza en el corazón humano; como si semejante extinción fuese posible, y como si no fuesen del todo arbitrarias tales barreras y límites y separaciones entre dos edades de la Historia. Dejáronnos los griegos en su plástica modelos insuperables, que felizmente imitaron los latinos: mas no domina en las estatuas helénicas el sentimiento de la naturaleza, por lo

ménos entendido al modo que lo entiende nuestra edad. Su perfección misma lo veda: apenas hay cuerpo humano que junte cumplida apostura, noble regularidad, majestuoso vigor y sublime armonía de formas en el mismo grado que los Apolos y Venus nacidos del cincel de los antiguos escultores. El arte griego aspiró á presentar el tipo de una raza superiormente hermosa, en la flor de la juventud, de la salud y de la fuerza; pretensión que con su propio exclusivismo se opone á lo complejo y universal del sentimiento de la naturaleza. Entre tantas esculturas de hombres y mujeres en el verdor de la edad como nos ha legado Grecia, son muy raras las que representan al anciano; á duras penas se hallará la de un niño menor de diez años; y cuanto á las de animales, además de escasas, son defectuosas: hay magnífica Diana de mármol, á cuyo lado resalta más la incorrección de la corza que la acompaña; grupo incomparable hay, como el *Toro Farnesio*, deslucido por la inferioridad de las figuras de animales. Y si el simbolismo aleja del estudio de lo real, ¿dónde, sino en la fantasía griega, nacieron y pulularon séres monstruosos y emblemáticos, desde los doctos Centauros, hasta los Silvanos groseros; desde las dulces Sirenas, hasta las malignas y funestas Harpías? Los mismos poetas griegos se inclinan á buscar en la naturaleza emblemas, alegorías y sig-

nos, ideas más bien que realidades: si Alceo recuerda las violetas oscuras, es para compararlas con los bucles de Safo; si oye el ronco mugido de la tormenta, piensa en arrimarse al hogar apurando el cráter colmado de rojo vino; si Sirio brilla esplendoroso en el firmamento, ocúrreles remojar la garganta, desecada por la canícula. Oye Anacreonte rugir el torrente engrosado con las lluvias del invierno, y su violencia le recuerda la de la pasión que domina las almas; ve Safo abrirse la temprana rosa, y piensa en Afrodita, cuya sangre dió carmín á la gallarda flor. El jacinto nacido en la espesura, la manzana solitaria en la rama, significan la intacta virginidad de la joven doncella; el árbol frondoso es el galán mancebo desposado. Sirvió así la naturaleza al pueblo clásico de texto de comparación, de repertorio de imágenes, que no de manantial de emociones profundas originadas de su contemplación directa. Los romanos, hijos y sucesores de la cultura helénica, aún en esto la copiaron; Ovidio, con su mágico cosmorama de metamorfosis, Lucrecio, con su estrecha filosofía materialista, carecieron del sereno sentimiento de la naturaleza. Tuvo sí la civilización latina un poeta sincero, un contemplador, y fué (digámoslo así) el más cristiano de los vates del paganismo: Virgilio.

Al cantar Virgilio, el Cristianismo nació. No tardaron en celebrarse sus ritos santos

bajo el pavimento de Roma, en misteriosas galerías socavadas en las entrañas de la tierra. Cientos de neófitos mojaban diariamente con el humor de sus venas las fascas de los lictores, el ecúleo ó la arena del Coliseo: sus cuerpos, recogidos con devoción después del suplicio, dormían en las negras encrucijadas de las Catacumbas, cuyos moradores, al regar con llanto el nicho custodio de las preciosas reliquias del mártir, entallaban sobre la lápida algún tierno emblema, tomado de la naturaleza; ya la hoja, símbolo de lo deleznable y caducó de la vida; ya el pez, figura del agua regeneradora del bautismo; ya la paloma, con el ramo de oliva en el pico, nuncio de días mejores. En la clave de las subterráneas bóvedas, veíase al Buen Pastor llevando á sus hombros la perdida oveja ó el descarriado cabritillo; y como regocijando aquellas mansiones sombrías, entrelazábase por la pared el follaje de las vides eucarísticas, picoteadas de golosos pájaros, y gentiles zuritas se inclinaban para beber en un cáliz, y los corderillos, erguido el cuello, se nutrían de los frutos de la palmera (2). De esta suerte, en los húmedos corredores, jamás visitados de la alégre luz solar, conmemoraba el arte la frescura y lozanía, la poética vida de la naturaleza. Llegaron tiempos bonancibles para el Cristianismo, y tras ellos vino la irrupción de los bárbaros á comprimir las risueñas ficcio-

nes del genio latino. Contodo, en el pensamiento de las rudas hordas del Norte germinaba, nebulosa y oscura, pero grande, la conciencia de la naturaleza, sentida más profundamente acaso, con mayor energía expresada en sus informes poemas, que en la clásica literatura meridional, sobrado atildada y elegante para ser sincera (3). Que la decadencia pagana, más desviada cada vez de la libre y franca inspiración de la naturaleza, tenía que carecer de los elementos de vigor, intensidad y riqueza de fantasía, patrimonio de las razas nuevas venidas del fondo de los bosques. En las literaturas de los nacientes idiomas vulgares, así como en las bellas liturgias latinas de la Iglesia, se patentizó más tarde el generoso y vital hervor de la sangre juvenil transfundida de las razas bárbaras á la sociedad culta. Y á guisa de expresión práctica del renovado amor á la naturaleza, vemos aparecer, al principiar el período medioévico, una clase de hombres que juntamente fueron cultivadores, jardineros, poetas y artistas: los monjes. Ellos, rebuscando y salvando los dispersos fragmentos de la ciencia rústica de los latinos, desbrozarán las impenetrables selvas de Galia y Germania; abrirán con el arado la corteza del terreno, repartirán por las vegas el agua en canales, engrosarán praderías, poblarán los estanques de peces, de ganado los establos; ellos abrigarán en el helado in-

vierno la zumbadora colmena, y darán asilo á las yertas aves bajo los aleros y cornisas de los claustros. Ellos observarán pacientes y amorosos las innumerables maravillas de la tierra y de los cielos; conocerán las virtudes medicinales de las plantas, el curso de los astros, las nociones rudimentarias, de donde más tarde nazcan las ciencias naturales. Ellos, con perspicacia y sagacidad, notarán los mínimos pormenores de la flora y de la fauna occidental, mientras no les llega el día de ser cronistas sapientísimos de la de más remotos confines; y cuando la contemplación, exaltando su mente é inflamando su espíritu, los vuelva artistas, tomarán el pincel, y sembrarán por los suaves folios de vitela de los misales, códices y libros de rezo, elegantes y sueltas orlas de hojas y flores, ricas viñetas de frutos y animales; y en torno de las gallardas mayúsculas de complicada crisografía, enrederá sus tallos la fresa silvestre, alzará la azucena su blanca copa cuajada de granos de oro, y se arrastrará lento el caracol, dejando plateado surco de baba; la pintada mariposa abrirá sus alas polícromas, el tordo picará gozoso los maduros melocotones; y á fuer de discípulo de la naturaleza, el monje iluminador la interpretará con fiel acierto, con profundo realismo, imprimiendo al diseño, al colorido, verdad y vida.

No es razón negar á la Edad media el sen-

timiento de la naturaleza, porque su arte religioso, emancipándose de la servidumbre de la forma, principalmente atendía á la expresion significativa, al alma. En las mismas catedrales, así durante el período latino-bizantino, como después, que reinó la ojiva, los ojos pudieron regalarse viendo florecer en las cimbras y capiteles el trébol, el acanto, la hiedra, y enroscarse en caprichosas volutas el sarmiento ciñendo los pilares y diseñando la tracería de las balconadas, y ostentar los tragaluces la forma de la más bella flor, de la rosa. Y en aquellas edades de combate y vigoroso empuje, no faltaban por cierto poetas que se deleitasen considerando la hermosura del prado florido, como nuestro Gonzalo de Berceo; cantando á la enamorada avecilla de las selvas, como Guido Guinicelli: describiendo, como Chaucer, las trémulas argentinas gotas de lluvia colgadas de las hojas de los matorrales, y que se evaporan al hálito del brumoso amanecer. ¿Faltaríale sentimiento de la naturaleza al Seráfico Doctor San Buenaventura cuando tan bellamente pinta la alondra, amiga de la luz? ¿Faltaríale al coloso de la epopeya, al divino Dante, al gran realista, al que vistió, por decirlo así, de carne y hueso las cosas sobrenaturales, para que más patentes y claras las viese la humana inteligencia?

Más bien que resucitar la naturaleza, cu-

brióla el Renacimiento con artificioso disfraz; tomóla por teatro donde representase farsas la suelta imaginación; distribuyó por valles y montes las sombras de las muertas divinidades paganas, entreverando con ellas pulidas zagalas y pastores discretos, músicos y quejumbrosos. No supo el Renacimiento apreciar mejor que la Edad media la hermosura grande de lo creado: que con restaurar el reino de la forma clásica, más homenaje rendía al arte, que á la naturaleza varia y libre. Por lo cual, en el período renaciente, las artes de imitación rayaron de puro exactas en anatómicas; y á fuerza de primor y galanura vinieron las de imaginación á decaer y esterilizarse. Pertece al Renacimiento el estudio entusiasta de la belleza en el cuerpo humano; culto libre de los sentidos, adoración del hombre á sí propio. Fuera de esto, en ninguna época quizá fué ménos amada la naturaleza y su sencillez sublime que bajo el Renacimiento. La vida se reconcentra en las opulentas ciudades, y para que agrade una residencia campestre, es fuerza que sea cómodo y lujoso palacio, con enlosadas azoteas; estatuas de mármol y vasos de pórvido distribuidos en los bosquecillos, bien peinados jardines y avenidas simétricas de árboles. Arte y siempre arte, forma y siempre forma. Con más razon que el Renacimiento, puede nuestro siglo jactarse de amar la naturaleza. Todo tiende hoy á conocerla, descri-

birla, gozarla, ensalzarla: arte, ciencia, prosa, poesía. ¡Lástima grande que tal corriente vaya derecha á parar al golfo, sin orillas ni puerto, del panteísmo!

Ello es así: himnos y ditirambos, meditaciones y ensueños, tienen al presente, en su mayoría, vago sabor panteístico; dicenlo bien á las claras la exaltación del estilo actual, próxima al lirismo; el éxtasis religioso que ante la naturaleza domina á tantos insignes escritores modernos; las metáforas misteriosas y las sibilíticas frases que le consagran; el lenguaje con que la cantan, lenguaje arcano y solemne, bajo el cual se advierten místicos acentos de adoración. El concepto panteista infiltrado en la literatura, diseminado en átomos sutiles por la atmósfera moral, inspira á los poetas, se impone á los artistas, da origen á nuevas leyes é instituciones (4). Afecto desordenado, que vuelve á la naturaleza, de madre pródiga y fecunda, en ídolo tirano, á la postre aborrecido: que tales son las conclusiones del moderno panteísmo; después de deificar el Universo, con terrible lógica y por una serie de bien coordinados raciocinios, se llega á solicitar aniquilarlo y volverlo á la nada: última lucubración de la novísima filosofía á quien el panteísmo informa (5). Tamaños extravíos autorizan la aserción de que no puede nuestro siglo gloriarse de entender y amar mejor la naturaleza de lo

que lo hizo la Edad media. Supersticiosas ideas, exhumadas del panteón de las soñolientas religiones indo-egipcias, y vestidas de sentimentalismo declamatorio, es lo que se divisa en el fondo del tan preconizado amor de la naturaleza, por ventura más aparatoso que fuerte. Acreciéntanse los conocimientos, progresan las ciencias naturales, estúdiense con prolijo interés las costumbres del mundo animal, y su innúmera riqueza de formas y metamorfosis; pero ni el sabio ni el zoófilo contemporáneos pueden jactarse de poseer más cabal y perfecto sentimiento contemplativo de la naturaleza que los anacoretas del yermo, los monjes cristianos, y, en plena Edad media, san Francisco de Asís.

Llenas están las crónicas de los primeros siglos del Cristianismo de leyendas patéticas que dan indicios de cómo la nueva religion vino á estrechar los vínculos de amor entre la naturaleza y el hombre. Las fieras traídas por los emperadores paganos para sucumbir entre los monstruosos combates del circo y en las nauquias, brindando con su agonía cruel regalo á los ojos, aplacadas y mansas se tienden ante los mártires, lamiendo con su áspera lengua la sangre que les manaban las heridas; y las alimañas de los desiertos se amigan con los solitarios, que allí se refugiaban huyendo de la cárcel de las ciudades y del enfermo y decadente mundo antiguo. Lejos de las multitudes,

albergados en grutas sombrías y en hondas cavernas, ante las montañas erizadas de rocas y pobladas de árboles, ante las vastas y silenciosas llanuras y los hondos valles, familiarizábase el hombre con el bruto, y renovábase la edad de oro soñada por los primitivos poetas. Un solitario acaricia á un búfalo bravo, que se deja halagar como perro doméstico (6); otro ordena á los onagros silvestres no dañen á su huerto, y es obedecido (7); aquél se apodera de la caverna de un oso, y la fiera se la cede (8); éste se interpone entre la cierva acosada y los lobos que le van á los alcances (9). Señaladamente el león, depuesta su fiera natural, ya sirve al cenobita de mansa cabalgadura, ya abre fosa para su cadáver que quedó insepulto, ya agradecido de la extracción de aguda espina que se le hincaba en el pulpejo, acompaña y sigue á su bienhechor por todas partes, y viéndole sin vida, se acuesta para dejarse morir sobre su tumba. Por la cueva de Macario, en ocasion de estar muy absorto en sus rezos, se entra una hiena, y le presenta á su cachorro, ciego desde el nacer, y el Santo asceta devuelve la vista al pequeñuelo, y la fiera, en muestra de gratitud, trae á Macario una piel de oveja que éste acepta á condición de que la hiena no reincida en matar ninguna otra inocente criatura de Dios. Tales y tan poéticas tradiciones quedan de la morada de los eremitas de Oriente en

aquellas vastas soledades, de las cuales dice un gran doctor de la Iglesia «¡ Oh dichoso desierto, donde siempre es primavera por las flores de Cristo!» (10).

Mas ni la leyenda cristiana ni la pagana fábula mentan á nadie que de tal suerte amase la naturaleza y la atrajese á sí como Francisco de Asís. Llamado es unánimemente el Orfeo de la Edad media: y cierto que de él pudo decirse lo que de Orfeo cantó Simónides:—«Innumerables pájaros revoloteaban sobre su cabeza, y, enderezándose, saltaban los peces fuera de las sombrías olas por oír su dulce cántico. Enmudeciera el bosque, y ni un soplo de viento agitaba el follaje.»—Los seres inferiores corrían á Francisco ofreciendo el más gico aspecto de los primeros dias de la creación, cuando en torno del hombre, puro é inocente todavía, triscaba el corderillo cabe el lobo, y la paloma no cautelaba del milano rapaz (11).

Tanto amor rebosaba y se derramaba del corazón del Santo de Umbría, que después de amar á Jesucristo con el deliquio y encendimiento mayores que quepan en el alma; después de amar á los hombres con caridad que le consumía y derretía todo, quedábale aún caudal inmenso de afectos que emplear en todos los seres, desde el sol que espléndido alumbra los cielos, hasta el gusano que rastrea entre el limo. Su alma de poeta distinguía en las más viles criaturas, en los objetos inanima-

dos , el carácter por donde reflejan la hermosura soberana del Criador. Loaba en el agua la casta nitidez de sus ondas , y al lavarse rostro ó manos , buscaba lugar en que la sobrante no fuese enturbiada y pisoteada ; al sol estimaba por su brillo , y á la noble criatura del fuego por su energía y poder. Enajenado con los ímpetus del amor , salíase Francisco corriendo por el valle , y abrazaba los árboles , y arrojábase al suelo y pegaba su boca al polvo de la tierra , y la vista de las menudas florecillas del campo le causaba transportes y raptos muy vivos y profundos. Aconteciale á veces pasarse horas largas arrobado mirando un paisaje á la claridad de la aurora ó á los arreboles del ocaso , ó contemplando en serena noche el firmamento azul tachonado de estrellas. En su pía simplicidad caminaba bajos los ojos , atento á no aplastar el humilde insectillo oculto entre la yerba (12) , á no hollar la violeta silvestre , á no tronchar el cáliz encendido de la amapola , ó el delgado tallo de la espiga. No le sufría el corazón ver padecer lo más mínimo á los irracionales ; la compasión que tuvo de ellos es proverbial y legendaria. Yendo hacia Roma , dió con un pastor que llevaba un cordero sujeto con sogas recias. Se estremecieron de lástima las entrañas de Francisco , y llegándose al pastor , preguntó con lágrimas en los ojos : « ¿ Por qué llevas maniatado á ese inocente ? Qué vas á hacer de él ?

Venderlo — respondió el rústico. — Y ¿qué hará de él el que lo compre? — Matarlo, y asarlo para comérselo.» Aquí Francisco se angustió todo, y con turbación y grandes muestras de sentimiento ofreció su capa á cambio del corderillo: y soltándole las ligaduras y halagándolo, llevóle en sus brazos, y desde aquel día fué el cándido animal amigo del Santo, hasta que al partir de Roma lo dejó encomendado á Jacoba de Sietesolios, y segun narración de san Buenaventura, el cordero, hecho á acompañar á Francisco en las horas de rezo y en los espirituales ejercicios, era maestro de devoción para aquella piadosa matrona, recordándole con insistentes balidos la hora de ir al templo. Ni fué éste el único cordero por Francisco salvado, ántes á muchos libró del cuchillo. Como en cierta ocasión acertase á ver que una oveja pacía en un ribazo, rodeada de muchas cabras y machos cabrios, con gran ternura dijo á sus frailes: — «Así andaba entre los judíos y fariseos nuestro dulce Salvador;» —y estando él en tales exclamaciones, pasó un mercader, que por darle gusto compró la oveja; y Francisco la condujo hasta la villa más cercana con mucho cariño, de lo cual no se maravilló poco el Obispo, que estaba esperándole. Esquilando el vellón de aquella oveja, tejieron despues unas pobres monjas sayal para el Santo, que se lo vestía siempre con gran regocijo, besándolo primero.

A los labradores rogaba que aligerasen la carga del buey ; y habiéndose refugiado entre su túnica una liebre corrida , no paró hasta recabar con ruegos de los cazadores la dejaran volver libre á su encamo. La aventura del Santo y de unas tórtolas cuentan las *Floreillas* con gracia y candor tales, que al pié de la letra merece la traslación. Habiendo cogido un mancebo muchas tórtolas llevábalas á vender, cuando se encontró con san Francisco. El cual experimentaba siempre piedad singular hacia los animales mansos ; y mirando á las tórtolas con ojos compasivos , dijo al mozo : — « Mozo honrado , pídotte que me las des , y que ave-cillas tan mansas , á quienes en la Escritura son comparadas las almas castas y humildes y fieles , no caigan en manos impías que las maten. » — Y entonces el mozo, de pronto, con inspiración de Dios , dió todas las aves á san Francisco : y él tomándolas en su regazo comenzó amorosamente á decirles : — « Oh hermanillas mías , tórtolas simples , inocentes y castas , ¿ por qué os dejasteis coger ? ahora yo quiero salvaros de la muerte y labraros nido, donde crezcáis y os multipliqueis , segun el mandato de nuestro Criador. » — Y fué san Francisco , y labró nidos á todas ; y ellas los habitaron , y comenzaron á poner sus huevos y empollarlos á la vista de los frailes : y tan domésticas se mostraban con san Francisco y con los demas frailes , como si fuesen gallinas

criadas á mano: y no volaron hasta que san Francisco con su bendición les dió venia para partirse. Y dijo san Francisco al mancebo que se las había dado. — « Hijo mio , todavía serás tú fraile de esta Orden , y servirás preciosamente á Jesucristo. » — Y así fué , porque el mozo entró fraile , y vivió muy santamente en la Orden (13).

Hermanos llamaba Francisco amorosamente á los séres todos del universo ; á los irracionales hablaba y enseñaba cual si fuesen capaces de razonado juicio ; y á su voz atraídos , obedecían y se postraban. Saludábanle todos los conciertos de la naturaleza , como pretende la fábula que saludaron á Apolo los ruseñores y las cigarras de Delfos ; y corrían los séres inferiores á él , como en los primeros virginales dias del mundo corrían al hombre , ignorante aún de los crueles ardidés de la caza. Cuando de Clusio subió Francisco al retiro del monte Albernia , de cada rama de los fresnos y hayas enormes , de cada seto de chaparros y espinos , de cada mata de retama ó tomillo oloroso , salieron piando regocijadas y canoras aves , que juntas en bandas le hicieron festivo recibimiento con blanda música , y se atropellaban á posársele en los hombros , á rodearle muy mansas ; por lo cual dijo á su compañero :

« Fuerza será parar aquí , ya que los hermanos pajarillos se alegran tanto de vernos. »

Especial era su simpatía hacia todas las aves, acaso porque semejantes al alma sedienta de lo ideal y de lo infinito, abandonan la tierra y se remontan á esferas de claridad y esplendor, acercándose al sol, fuente de luz para el orbe, cual Dios lo es para el espíritu. Volviendo una tarde de Bevagna, vió con admiración el arbolado del camino cubierto de aves diversas que allí se aglomeraran: y entonces dijo á sus compañeros: — « Esperadme, que yo voy á predicar á las hermanas aves. » — Bajándose éstas de las ramas, formaron en semicírculo, y Francisco les habló del Criador que les había prestado alas veloces para ser libres, y abrigo de suaves plumas para desafiar la intemperie; de la providencia amorosa, que les da sustento y grano, á ellas que ni siembran ni siegan nunca; que les señaló por morada las regiones de la serena atmósfera, por refugio los recónditos valles y montañas, y por nido gigantescos árboles. — « Mucho os ama vuestro Criador — les repetía — cuando tantos bienes le debéis: guardaos, pues, hermanillas, del pecado de la ingratitud y alaben siempre vuestras gargantas á Dios. » — Abrieron las aves sus picos, tendieron el cuello, sacudieron las alas, é inclinándose, con apacibles gorgoros mostraron su júbilo, y Francisco las miraba y embelesábase su muchedumbre, belleza y variedad de pintados plumajes, y su familiaridad y aten-

cion en oír. Al cabo, bendiciéndolas, les dió licencia para que volasen. Y mientras Francisco se reprendía á sí propio por no haber pensado ántes en predicar á las avecillas, que tan reverentes escuchaban la divina palabra, ellas dispersábanse por el cielo en cuatro bandadas, siguiendo la forma de la cruz trazada por el Santo. Así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por Francisco, había de recorrer el mundo, llevándola los frailes, que cual los pájaros no poseen cosa propia en esta vida y fían su sustento á la Providencia (14).

A orillas del lago de Rieti dió á Francisco un pescador exótica y arisca ave fria que allí mismo apresara: y el pájaro, que en manos del pescador se agitaba, deshaciéndose por cobrar la perdida libertad, quedóse sosegado al asirlo Francisco. Soltólo el Santo para que volase, y el pájaro se estuvo quieto hasta que Francisco, bendiciéndolo, le ordenó partir. Asimismo un halcon, habitante de los precipicios y tajos del monte Alberna, de tal modo se aficionó á Francisco, que con sus roncós graznidos le marcaba la hora del rezo, cuidando de atrasarla algo cuando estaba enfermo el penitente.

En el propio monte, al promediar sosegada noche de verano, departían Francisco y el amado compañero Fray León, contemplando el firmamento adornado de innumerables luces, el gran concierto de los eternos resplan-

dores, y el girar de la plateada rueda de la luna, cotejando quizá la maravillosa y concorde proporción de los astros y los cielos con la bajeza de la tierra, menudo átomo perdido en el espacio, á tiempo que un ruiseñor comenzó á verter desde un árbol próximo melodioso raudal de notas, con tal dulzura moduladas, que el ánimo suspendían.— « ¡ Oh hermano León, — exclamó Francisco: — ¿ no escuchas á ese ruiseñor cómo nos convida á que le ayudemos en loar á Dios ? Cantemos , León, cantemos. — Yo no sé cantar, — dijo León; — canta tú, padre , que tienes voz sonora. » — Sintióse Francisco trovador otra vez , y entre el silencio y poética melancolía de la serena noche, cantó improvisadas estrofas porfiando con el pájaro. Enmudecía éste cuando Francisco alzaba su voz , y al callar el Santo , tornaba el ave á sus perlados arpegios. Largo rato duró el torneo, creciendo á cada paso la destreza de los combatientes ; pero á Francisco iba ya faltando estro y voz , mientras la filomela, con garganta cada vez más ágil, con brio mayor, entonaba sus cadenciosos acordes: la naturaleza triunfaba del arte humano.— « Venciste, hermano mio ruiseñor, » — dijo Francisco; y llamando al ave , acaricióla con extraña alegría.

Gustaba á Francisco sobremanera la pard a pluma de la alondra, semejante al franciscano sayal en su matiz humilde de ceniza y polvo;

asimismo le agradaba la campesina solfa de la cigarra, que parece alzar estridente y continuada loa al sol, al calor fecundo, á la cosecha. Un mediodía oyó á la rústica cantora, que entre las mieses entonaba su agreste música. Llamó al insecto, y colocándolo en la palma de la mano, convidóle á proseguir el comenzado canto (15). El insecto, sin asustarse, continuó haciendo funcionar su aparato musical por largo tiempo, hasta que Francisco le ordenó que volase. Así estuvo ocho días viniendo á la hora de la siesta á alegrar con su tonada á Francisco, hasta que éste acariciándola le dijo: — « Bien lo has hecho, hermana cigarra: ahora te dejo libre, vé á donde te plazca más. » — Y abrió sus alas el insecto, sin que volviese á vérselo nunca.

A veces Francisco en su inocencia reprendía á los irracionales como si en ellos cupiese discurso, y daba preceptos á la obediente naturaleza. A los grajos y gorriones que infestaban el huerto de un convento, turbando con parlara algarabía las meditaciones de los solitarios, mandóles que callasen ó partiesen, y así lo hicieron dóciles. — Disponiéndose á predicar al pié de copuda encina, vió que subían por el arrugado tronco caravanas de hormigas; y como Francisco estaba muy mal con las hormigas, por ser de condición tan ahorrona y codiciosa, y tan desconfiadas de la Providencia, les ordenó abandonar el árbol; y

el hormiguero desfiló en busca de otra guarida. San Buenaventura, el gran filósofo en quien la profundidad y alteza del raciocinio no limitan la fantasía poética ni la delicadeza del sentir, refiere como Francisco, predicando en Alvierno á tiempo que muchas golondrinas con pios y gorjeos cubrían su voz, les dijo: — «Golondrinas mis hermanas, harto habeis hablado; ahora me toca á mí. Escuchad la palabra de Dios, y callaos mientras el sermón dure;» — y ellas enmudecieron, quedándose inmóviles. Años después, un estudiante parisién, al cual no dejaba estudiar la charla de una golondrina, dijo á sus condiscípulos: — «Esta es una de las que estorbaban en su plática al bienaventurado Francisco;» — y al ave: — «En nombre del siervo de Dios Francisco, te ordeno calles y vengas á mí.» — Y al punto la sintió que volando acudía á posarse en su hombro: pasmado le dió suelta, y volóse el ave sin cantar ya nunca más. Francisco era juez á veces de sus hermanillos inferiores, como solía él llamar á los animales: trájole en la primavera una alondra moñuda su pollada, y al notar que el mayor polluelo picoteaba á los menores hurtándoles el grano, le maldijo por cruel y ambicioso: vió á una lechona feroz devorar á un corderillo recental, y recordando por los palpitantes miembros de la inocente víctima á Jesucristo y sus tormentos y muerte, maldijo también á la culpable.

Si los animales glotones é inmundos que los imagineros de la Edad media esculpían en las gárgolas y canes, simbolizando pecados groseros y pasiones viles, eran para el delicado temperamento de Francisco objeto de repulsión y horror, las bestias salvajes y bravas, pero nobles, le atraían, y afanábase por amansarlas y suavizar su natural fiereza, así como se desvivía por reblandecer con mansedumbre y amor el corazón empedernido de asesinos y salteadores. Gubio conserva aún memoria del famoso pacto celebrado entre Francisco y el lobo. Era éste uno de gran corpulencia y voracidad insaciable, que no atacaba sólo á los ganados, sino que aún en los viandantes y niños saciaba su rabia; y ya los habitantes del Gubio se habían reunido para batir el monte, resultando siempre infructuoso el ojeo y libre la fiera. Súpolo Francisco, y solo y desarmado, se encaminó al lugar donde se suponía guarecerse el lobo. Salió éste con los ojos hechos brasas y abiertas las temerosas fauces; y el Santo le dijo: — «En el nombre de Dios te ordeno que no vuelvas á causar daños;» y la fiera, súbitamente domesticada, vino á acostarse á sus piés. Y entónces Francisco la exhortó: — «Hermano lobo — le decía — muchos daños causas acá: no sólo acogotas y devoras los ganados, sino que te atreves á matar á los hombres, imágenes de Dios: mereces, pues, la horca como

ladrón y homicida, y toda esta tierra está contra tí. Pero yo, hermano lobo, quiero poner paces: si tú no vuelves á hacer mal, ellos te perdonarán las pasadas ofensas.» — Bajó el lobo la cabeza como aprobando: — «Hermano lobo — prosiguió el Santo — esta tierra se compromete á alimentarte mientras vivas, por que el hambre no te obligue á ser malvado; pero es fuerza que tú me ofrezcas no atacar nunca á hombres ni animales: ¿me lo ofreces? — Y el lobo inclinaba la cabeza. — «Dame señal del contrato — añadió Francisco; — y el lobo levantó la pata y la colocó en la diestra del Santo. Ordenó éste á la bestia que le siguiese, é hízolo ella así, entrando ambos juntos en la plaza de Gubio; y allí, á la faz de todo el pueblo, renovóse solemnemente el pacto. Y desde aquel día vivió en Gubio la fiera, entrando en cada casa, y siendo en todas regalada y acariciada como inofensivo faldero; y, añade el poeta incógnito de las *Flore-cillas*, de allí á dos años el hermano lobo murió de vejez, y muy llorado de los ciudadanos; porque el verle andar tan pacífico por la ciudad, les recordaba al Santo Francisco (16).

Cuando el invierno amortaja con blanco sudario á la naturaleza; cuando la escarcha quema el botón de las plantas y mata los gérmenes y sepulta en frío sueño á la semilla, Francisco pensaba en las abejas yertas y desfallecidas, que carecían de un rayo de sol que

las reanimase y de un cáliz de flor en que libar el sustento ; y mandaba á las colmenas miel y vino generoso , con que se calentasen y mantuviesen los insectos trabajadores, los diligentes obreros del panal balsámico , que se derrite y consume ante el sagrario como el alma del extático en la contemplación y consideración divina (17). El día de Navidad , en que vence á la tristeza de la estación el júbilo del inefable misterio de Belén , acordábase Francisco de los pajarillos ateridos y hambrientos , y á estar en su mano , ordenara á los alcaides de las villas desparramar grano en campos y calles , á fin de que las aves se regocijasen también por el santo gozo de la Madre Virgen , y mandara á los dueños de mulas y bueyes les diesen doble ración de paja, heno y avena, en memoria de haber asistido al humilde nacimiento del Salvador del mundo. En las tiernas representaciones de Greco; en aquella misa celebrada á media noche , sirviendo de altar un pesebre , de presbiterio una gruta , de nave del templo la vasta montaña , de cúpula la bóveda azul del firmamento , á cuyas titiladoras estrellas eclipsaba la luz de los hachones llevados por innumerable pueblo que acudía de las campiñas próximas, como los pastores de Judea acudieron al portal á adorar á Jesucristo niño y desnudo ; en aquel solemne drama , quiso Francisco que no faltase actor alguno, y colocó á los lados del

altar el manso buey y la fuerte mula , y una vez más , al alzarse la sacrosanta hostia , reposó el divino Infante sobre la paja del pienso , entre los dos animales que velaron su primer sueño en la tierra.

Así era de Francisco convidada la naturaleza á la fiesta de nuestra redención. La naturaleza , que él amaba con tal ternura , que con tanta inteligencia comprendía , que atraía con tal poder ; la naturaleza inspiró al trovador de Asís el magnífico himno al sol , la poesía más bella y conocida de todas las suyas ; el cántico en que la lengua italiana comienza á romper su tosco capullo y á querer lanzarse , provista ya de alas y colores , á la sublime región del arte ; cántico que , á despecho de la rudeza de la forma , emula por la fuerza de la inspiración al himno que brotó de entre las llamas del horno de Babilonia. La naturaleza , que , junto con el amor , hizo poeta á Francisco , celebró con demostraciones de alegría su feliz tránsito ; y á la hora nocturna en que el alma del milagroso penitente arribaba á las playas luminosas del cielo , las alondras vestidas de sayal gris , á quienes Francisco llamara sus hermanas pobres , á pesar de su horror por las tinieblas , acudieron á miles , revoloteando sobre la celda mortuoria ; y cual los ruiseñores de Tracia en los funerales de Orfeo , celebraron la apoteosis de Francisco con las notas más alegres de sus melodiosas gargantas.

NOTAS.

(1) «En el pensamiento cristiano, el animal es sospechoso, la bestia parece una máscara. • Michel, *Biblia de la Humanidad*.

(2) Véase Ozanam : *Les poètes franciscains*.

(3) Véase Menzel: *Geschichte der Deutschen Dichtung*; y Taine : *Histoire de la littérature anglaise*.

(4) Entre éstas pueden contarse las medidas adoptadas en Inglaterra y otros países para asegurar el bienestar de los animales, la prohibición de las vivisecciones, la sanción penal establecida en el Código de aquellas naciones para los atentados y violencias contra los animales domésticos, el aumento de las Sociedades protectoras de animales y plantas, etc. No todo ello se debe por cierto á las corrientes panteísticas; en gran parte pueden atribuirse tales instituciones al deseo de fomentar la agricultura y la ganadería, y al de suavizar las costumbres: propósitos ambos muy loables y justos. Pero á poco que estudiemos el curso y desarrollo de las ideas filosóficas contemporáneas, percibiremos su influencia, directa ó indirecta, en el nuevo criterio que regula la conducta para con el mundo animal. El transformismo y la teoría de la evolución que hacen al hombre descendiente de la bestia; el panteísmo idealista que confunde á todos los seres

en la misma unidad sustancial y total, para evaporarlos luégo en una abstracción; el naturalismo materialista que aplica al pensamiento humano la propia ley fatal que regula la caída de la piedra, han trascendido ¿y cómo no? al espíritu de las naciones de Europa. A esto se debe el que acoja la Iglesia con recelo y desconfianza instituciones como las *Sociedades protectoras*, que si no fueran originadas más que de natural piedad y conmiseración hacia los irracionales, estarían muy de acuerdo con la dulzura y amor peculiares de la Religión Católica.

(5) No parecerá exagerada tal afirmación al lector que conozca algo de los recientes sistemas pesimistas y deterministas.

(6) Lo narra la vida de san Karileff.

(7) Refiérole la vida de san Antonio.

(8) San Columbano.

(9) San Laumónovo.

(10) San Jerónimo (Epístola á Heliodoro).

(11) «*Illustre exemplum, imo speculum, hujus humilitatis fuit S. Franciscus, qui proinde per eam gratiam, et gloriam Dei, angelorum, et hominum est adeptus; nam primo per eam adeo possedit terram cordis et corporis sui, ut illa mansuetudine hac animi plane imbuta subjaceret se spiritui ad omnes labores, et pœnitentias... Secundo per eam accesit ad primævam innocentiam quam habuit Adam in Paradiso, ut animalia etiam fera eum quasi herum agnoscerent, uno ab eo mansuefieri sinerent; aves, et agni eum quasi fratrem ambiebant, nec recedebant nisi accepta benedictione.*» Cornelio á Lápide, cit. por Chavin de Malán.

(12) « Circa vermiculos etiam nimio flagrabat amore. » Tomás de Celano : *Vida de san Francisco*.

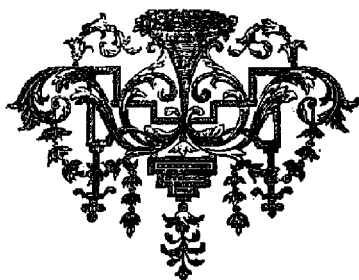
(13) *Fioretti di san Francesco*, c. XXII.

(14) *Fioretti di san Francesco*, c. XVI.

(15) La cigarra canta por medio de un complicado aparato, semejante á un tambor, que ocupa su cavidad torácico-abdominal, y por la analogía de tal instrumento con la humana laringe, no se considera impropio aplicar al reclamo de la cigarra el nombre de canto. V. Le Chant de la Cigale : *Révue Scientifique*.—Diciembre 7 de 1877.

(16) *Fioretti*, XX.

(17) *Et apibus in hyeme, ne frigoris algore deficerent, mel, siue optimum vinum faceret exhiberi*: Tomás de Celano, op. c.





CAPÍTULO V.

LA POBREZA FRANCISCANA Y LAS HEREJÍAS COMUNISTAS.

Actividad intelectual del siglo XIII.—Monjes y frailes.—Tendencia comunista — Relación histórica de la Orden franciscana y las herejías del siglo XIII.—División de las sectas.—Valdenses.—Maniqueos : su origen.—Saber gnóstico del maniqueísmo — Su difusión y creencias.— Pedro Parente.—Cruzada contra el Mediodía de Francia.—Papel de la Orden franciscana en el territorio albigense.—Fray Elías.— Su historia y carácter.—Indicios de zelantismo — Joaquín de Cosenza.—Amalrico de Chartres.—El Evangelio eterno.—La Universidad de París.—Libelo de Guillermo de san Amor.—Juan de Parma.—Zelantes y fratricelos.—Juan de Oliva.—Celestino V.—Bonifacio VIII.—Espirituales y mitigados —Relajación.—Hubertino de Casal.—Segarello.—Las turbas de apostólicos —Dulcino y Margarita —Begardos y beguinas.—Distinción de zelantes, fratricelos y dulcinistas.—Orígenes del panteísmo místico.—El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante.—Enlace del budismo con las herejías comunistas.—Carácter pesimista del moderno nihilismo — La controversia sobre la pobreza de Cristo : espíritu social de la Iglesia.—Puntos de contacto

de las herejías del siglo XIII y el socialismo y comunismo actuales.—Esperanza en la palin-genesia final —Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden franciscana.

.....
*Ma perché non proceda troppo chiuso,
 Francesco e Povertà per questi amanti
 prendi oramai.*

(Dante. *Paradiso*. C. XI.)

.....
 Mas para no parecer por demas oscuro,
 diré que Francisco y la pobreza son los
 amantes de que hablo.

.....
 (Dante. *Paraiso*. C. XI.)

EN pocas épocas desplegó tanta actividad el pensamiento humano como en el admirable siglo XIII. Iniciada desde el XII la decadencia del feudalismo; triunfante en principio, ya que no en todas sus consecuencias, la unidad monárquica y el régimen municipal, sale á la escena un actor nuevo: el pueblo (1), que así como de esclavo se convirtió en siervo, de siervo pasa á colono ó ciudadano, y en suma, á ser libre. Primer señal de emancipación es el ejercicio de su inteligencia, el interés que le inspiran las hondas cuestiones propuestas por la escolástica y en las áulas debatidas, y su anhelo de tomar parte en la vida religiosa, no sólo con la devoción, sino con la acción. Satisfacen aquél las Universidades, y éste las Ordenes mendicantes, singularmente la fran-

ciscana , cuyo carácter comunicativo y popular reconocen los historiadores. Aislados los padres del yermo y los monjes en sus retiros; consagrados á la contemplación ó al estudio solitario , no pudieron ejercer la influencia social que desde luego alcanzaron los frailes. Un hecho atestigua elocuentemente esta verdad. Mientras los eremitas buscan desiertos, *yermos*, para sepultarse en ellos , y Benedictinos y Bernardos fundan sus majestuosas abadías y vastos monasterios en algún apartado valle ó montaña, Predicadores y Menores prefieren establecerse en el piñón de las villas , en los más populosos barrios de las ciudades; por cada convento establecido en lugar salvaje, lejos de toda habitación humana, se hallarán cien en poblaciones y campiñas fértiles. Otra causa hay: el monje vive labrando sus tierras, ó haciendo que se las labren sus *siervos*; el fraile, de limosna. Si no ha de morir de hambre , le es forzoso acercarse á sus semejantes y morar entre ellos ; y así viene á constituir la pobreza vínculo estrecho que enlaza al fraile con el resto de la humanidad. De los subsidios que recibe, toma el fraile lo estrictamente necesario para la vida , y el resto lo devuelve al pueblo en una ú otra forma : capillas, iglesias , públicas distribuciones de víveres, caridades que á su vez reparte á los necesitados , hospitales y leproserías. Como su regla le veda poseer , no se estanca jamás en sus ma-

nos el caudal; como su regla le prohíbe regalos sensuales, no dilapida: admirable fruto de la pobreza voluntaria, tal cual la concibió el genio de san Francisco.

Mas al invadir la marea intelectual y el movimiento político á la plebe, despertaron en ella la aspiración comunista. No ha de entenderse en este caso la palabra comunismo en el sentido restringido que hoy tiene, sino en el general y filosófico. El comunismo existe latente en todos tiempos; pero en unos arcecia más que en otros, y se manifiesta en distintos terrenos, según las épocas. Siempre que la multitud solicita que se distribuya entre la mayoría un bien que posee la minoría, hay petición comunista; pero el bien apetecido puede ser de muy diverso linaje. En Grecia quisieron los más regir el Estado que gobernaban los menos, de donde las luchas entre oligarquías y democracias. En el siglo XIII pretenden las muchedumbres, nó los beneficios espirituales del cristianismo, que esos de hecho los gozaban, sino interpretar la Escritura, definir el dogma y establecer independientemente reglas éticas; pretensión que fué germen de múltiples y variadas herejías. Más práctico el moderno comunismo, sin prescindir de la omnímoda libertad política y religiosa, reclama principalmente la partición de la riqueza: por eso nos hemos habituado á considerar en el comunismo el problema eco-

nómico , olvidando que encierra otro político é intelectual. Si se limitase el comunismo á afirmar el derecho natural de todo hombre , á realizar los fines todos de la vida por medios lícitos , no haría sino atenerse á un principio practicado por la Iglesia , que dió á las clases ínfimas acceso á la más alta magistratura de la tierra , el Pontificado ; pero el comunismo no pide derechos para el individuo , sino para la colectividad : este es el golfo en que naufraga. Cada individuo contiene la especie , y por ello ésta se afirma ó se predica de él : lo que del individuo decimos en general , de la especie también ; y sin embargo , lleva el individuo tal sello de personalidad , que así como en dos cantidades irreductibles la serie más larga de aproximaciones no puede evitar la fracción que las separa , de un individuo á otro habrá siempre diferencias que les impidan representar valor exactamente igual. Por eso de todos los comunismos es el intelectual el más absurdo ; los demas pueden realizarse materialmente mucho ó poco tiempo ; éste , aunque en rigor absoluto sea posible , todavía si atendemos á los hechos y al indescriptible vigor y agilidad del espíritu , claro está que no se verifica ni el espacio de un instante.

Está la historia de la Orden Franciscana muy ligada á la de las herejías del siglo XIII , de algunas especialmente ; en tal manera , que hasta para distinguirlas conviene no separar-

las. Obsérvese no obstante en los modernos cronistas del Santo de Asís tendencia á pasar de largo , á rehuir ese punto , ó á tocarlo con cierto recelo y temor , muy de rechazo , como episódicamente. Respetando los motivos de prudencia que dictan esta conducta , séanos lícito adoptar otra. Abre el misterio la puerta á la sospecha , y la verdad no ha de temer la luz. Yerro notable es creer que el aproximar los sucesos históricos , y compararlos , valga tanto como identificarlos ; y equivocación no menor figurarse que los hechos se dan aislados en la historia , que no los enlaza íntima solidaridad , ni los regula ley ineludible. Las épocas de mayor vida religioso-intelectual son propensas á dar á luz más abortos de herejías ; cuando se medita sobre la naturaleza de Dios , es cuando se puede errar acerca de ella. Del teólogo ortodoxo al heresiarca media siempre un error intelectual ; pero este error , parecido á sombra de un cuerpo opaco , no existiría sin presuponer el foco de luz que baña el otro hemisferio.

Conócense las herejías de los siglos XIII y XIV con diversísimos nombres , y se dividen en innumerables sectas ; pero en rigor pueden reducirse á tres principales : *valdenses* ó *pobres de Lyón* , *albigenses* , *cátaros* ó *patarinos* (que son en conjunto *maniqueos*) y *fraticelos* ó *begardos*. Su distribución geográfica es como sigue : los maniqueos , venidos de Oriente , se

extienden por Tracia y Bulgaria, Alemania, Lombardía y Francia; los valdenses y fratricelos invaden el Delfinado, Suiza, Provenza, Italia y parte de España; los begardos, las orillas del Rin. Carecerá siempre de exactitud nimia esta corografía de las sectas; pues aunque el foco de los albigenes — por ejemplo — sea Provenza, y el de los cátaros Lombardía, cundieron por todas partes, y no cabe limitarlos á un territorio, como tampoco clasificarlos exactamente según sus dogmas; tanta es su variedad, y tal la dificultad de hallar datos seguros en que fundarse. Sectas por lo regular esotéricas, y doblemente obligadas á encubrir sus creencias por huir de las persecuciones; quemados ó destruidos casi en su totalidad los pocos libros que escribieron (2), faltan importantes documentos para juzgarlas en detalle. Por lo cual es conveniente no considerar en ellas los menudos arroyuelos, sino los anchos ríos, las corrientes mayores; conocerlas en sus direcciones capitales y en su papel social. Dan luz para entender lo que fueron las principales herejías los procesos instruidos á sus fautores, los libros en que los apologistas católicos las atacan, las doctrinas que consta predicaron públicamente sus jefes, y la conducta que siguieron sus afiliados.

Son los valdenses ó pobres de Lyon la secta de origen más moderno, de patria más conocida y de genealogía más clara de las

tres en que se dividen los herejes del siglo XIII. Tuvo por precursores á Enrique de Lausana y Pedro de Bruís, que á vueltas de negar la eficacia de los sacramentos, clamaban reforma en las costumbres del clero y supresión de las pompas del culto. A ambos combatieron san Bernardo y Pedro el Venerable: Enrique de Lausana murió en perpetuo encierro; Pedro de Bruis fué arrojado por el pueblo á la hoguera en que se disponía á quemar las cruces arrancadas de los altares. A fines del siglo XII, un comerciante de Lyón, Pedro Valdo, ve caer herido de muerte repentina á un conciudadano suyo: su imaginación se exalta; vende sus bienes, los distribuye á los necesitados, y reuniendo gente humilde, comienza á explicarle el Evangelio; en breve junta buena porción de discípulos, que toman el nombre de *pobres de Lyón*. Visten ropas modestas, usan los zapatos cortados por arriba, en signo de pobreza, de donde viene llamarles *insabattatos* (3); leen frecuentemente las Escrituras, y muestran condición pacífica. De tal modo es inconsciente, ó encubierta al principio, la heterodoxia de Valdo, que en 1198 Inocencio III otorga á los valdenses permiso para leer las santas Escrituras y orar en asamblea, esperando pararían en comunidad religiosa (4); ellos, por su parte, le piden autorización para predicar, y, en 1212, la aprobación de lo que llamaban su Orden. La vida

de los pobres de Lyón , en aquéllos primeros tiempos , era en sumo grado mortificada y edificante (5); pero del exámen detenido de sus doctrinas , resultó que querían secularizar el culto , suprimir la confesión , poner la liturgia en lengua vulgar; que consideraban aptos para predicar y administrar sacramentos á los legos y hasta á las mujeres ; que negaban la eficacia de la oración por los difuntos. Del extracto de un proceso formado á algunos valdenses en 1387 , aparece que en sus conciliábulos se enseñaba que sólo podían salvarse ellos , condenándose el resto de los cristianos; que desde san Silverio la Iglesia era congregación de pecadores ; que sólo hay Paraíso é Infierno , y el Purgatorio es la vida humana; que Cristo no fué verdadero Dios , porque Dios no pudo morir ; que no deben celebrarse las fiestas de los santos , con otras muchas doctrinas igualmente heterodoxas (6). Desde 1215 habían sido condenados los valdenses en el Concilio de Letrán , cuyos cánones encargaban encarecidamente á los obispos de las diócesis infestadas de herejía la mayor vigilancia y celo para su extirpación. Cualesquiera que fuesen los errores dogmáticos profesados por los valdenses después , la raíz de su heterodoxia es laicista y comunista. Censuraban el boato y peores vicios del clero, lo cual no es ciertamente herejía ; pero con las censuras mezclaban errores , declarando no ser válida

la absolución dada por el sacerdote pecador, y serlo la del lego justo; reprobando el poder temporal de los Pontífices; arrogándose el derecho de predicar, porque eran pobres, y negándolo á los prelados y abades, porque poseían bienes. De este comunismo religioso se engendró otro práctico: vivían en forma que hoy llamaríamos falansteriana; no conocían mio ni tuyo, y celebraban fraternales agapes. Reconocen los protestantes por antecesores á los valdenses, y no sin razón, pues de ellos pudieron heredar la interpretación *ad libitum* de la Escritura y el odio á la jerarquía eclesiástica y á la autoridad pontificia; por eso dice el protestante Mosheim que — «no pretendían los valdenses introducir nuevos dogmas, sino reformar el gobierno eclesiástico, y que clero y pueblo tornasen á la evangélica pobreza» (7). — Anticipándose al protestantismo, dedicáronse los valdenses á difundir la Biblia traducida á dialectos vulgares y tratados religiosos en verso romance, por el centro y Mediodía de Europa (8); trabajo encomendado á sus predicadores ambulantes, á quienes llamaban *barbas* ó *tios* en señal de respeto. Según opinión de un ilustre autor contemporáneo (9), la secta moderna con que más afinidad tienen los valdenses es la cuáquera; y, en efecto, se les asemejan hasta en el horror á tomar las armas; en tener por ilícito el juramento y la pena de muerte, en la

exterior austeridad y pureza de las costumbres, afirmada por un testigo de mayor excepción, san Bernardo (10). No cundieron tanto los valdenses como los maniqueos: hízoles la persecución replegarse en el siglo XV á los Alpes; vino la reforma, y se incorporaron á la comunión protestante, pero conservando sus creencias. Fueron tan tenaces en guardarlas, que aún las guardan hoy en apartados rincones de Suiza y Francia, donde existen numerosas familias valdenses. Los secuaces de Valdo recibieron, entre sus varios nombres, el de humillados: importa no confundirlos con otros humillados de Lombardía, congregación aprobada por la Iglesia, y curiosa en extremo, puesto que se componía de caballeros y damas nobles que por devoción y humildad, vistiéndose un hábito vil, se dedicaron ellos á tejedores y ellas á hilanderas, estableciendo fábricas de telas de lana, y viviendo en continuo trabajo: notable caso de asociación monástico-industrial en plena Edad media.

Orígen y filiación harto más remota es la de albigenses, cátaros ó patarinos. Del Oriente vienen las creencias todas de la especie humana, y en Oriente, entre las más antiguas religiones conocidas, encontramos el mazdeismo ó culto de la luz, profesado por un pueblo ario que saliendo del Norte de Asia, fundó en la Bactriana inmenso imperio (11).

Reconocía el mazdeísmo dos principios: Ormuz, el bueno, y Arimanes, el malo, que luchan sin tregua, estando reservada al bien la victoria final. Iba el culto mazdeo decayendo de su primitivo fervor, cuando lo restauró Zoroastro, á quien se atribuye el libro sagrado del Avesta, y en cuya leyenda la verdad anda tan mezclada con la fábula (12). Zoroastro admitía los dos principios: los buenos son hijos de Ormuz, los malos de Arimanes; pero buenos y malos serán purificados y salvados á la conclusión de los tiempos. Prohíbe la moral de Zoroastro el ayuno, encargando que esté fuerte el cuerpo para que no se enflaquezca el espíritu; permite y aún aconseja el incesto en su grado más nefando: matrimonio del hermano con la hermana, de la madre con el hijo. Aún vive hoy en la India este culto, á despecho de la encarnizada persecución de los mahometanos; llámanse sus secuaces parsís ó güebros, y adoran el fuego con supersticiosa reverencia; á Europa fué traída la simiente mazdea por la inmigración de celtas, germanos y escandinavos. La semejanza de algunos dogmas del culto de Ormuz con otros del cristianismo contenidos en el antiguo Testamento, pudo ser parte á que del mazdeísmo se engendrara la herejía más insidiosa y tenaz con que hubo de luchar la Iglesia: la iniciada por Manes. El fondo de la religión de Ormuz es panteísmo emanantista:

así el bien como el mal emanan de un solo principio, de modo que bien y mal, idénticos en su origen, son igualmente divinos. Casi toda la heterodoxia de los cuatro primeros siglos se enlaza con la teología mazdea, fundándose en la doble emanación, admitiendo ángeles y demonios, dando al mundo por obra de un genio maléfico, con el cual es preciso luchar sin descanso, y esperando en la salvación ó *palingenesia* final, idea que encierra el germen de la *redención por el progreso* anunciada por las escuelas humanitario-socialistas de nuestro siglo. Era Manes discípulo de los magos, y al par gnóstico; y el mazdeismo y gnosticismo se dieron la mano para constituir la doctrina maniquea. Para Manes, la materia era Satanás; la luz, Dios; el cuerpo, obra del demonio: á diferencia de Zoroastro, consideraba ilícito el matrimonio y la comida de carnes. Del sabor gnóstico (13) que tomó el maniqueismo, nacieron sus misterios y el secreto de sus prácticas; del dogma del mal coeterno con el bien, la sentencia pesimista que reprueba la conservación de un mundo imperfecto, ni más ni menos que pudiera hacerlo hoy un crudo discípulo de Schopenhauer.

Alentaba oculto, pero poderoso, el maniqueismo en Tracia y Bulgaria, traído de Armenia por los paulicianos (14), y de allí salían de vez en cuando misioneros encargados

de difundirlo por los Alpes en las naciones latinas (15). No tardó en dar sus frutos la misión. Ya en el año 1022 fórmasen en Tolosa una secta maniquea, siendo los dogmatizantes dos clérigos sabios y de vida ejemplar, Estéban y Lisedo (16). Otro clérigo normando, Herberto, los secundó; pero Arefasto, caballero católico, se introduce entre ellos, sorprende sus ritos, y los denuncia; del interrogatorio resulta que afirman la eternidad del Cosmos increado, consecuencia rigurosa del panteísmo, la moral desinteresada y escrita en la conciencia, y la inutilidad de las buenas obras para la vida ulterior; negando al par la autoridad de la Escritura, y dando á los dogmas valor puramente esquemático (17). En la trabazón y liga racionalista de estos errores se echa de ver que los enseñaban *clérigos*, gente de letras; y aunque pueda haber exageración en las horribles prácticas que se imputan á los maniqueos tolosanos (18), cierto que la indiferencia moral que declaran no es buena garantía de virtud. Murieron en las llamas estos herejes sin retractarse ni temer: hacia la misma época aparece en Bélgica Tanquelino, que no es hereje docto, como Estéban ó Lisedo, sino entusiasta visionario y embaucador, que se dice hijo de Dios y penetrado del Espíritu Santo, y se hace adorar, y arrastra principalmente á las mujeres. De la misma laya es Eudo de la Estrella, hidalguelo

ignorante que revuelve á Gascuña con sus predicaciones.

Con estos chispazos comenzó el gran incendio maniqueo, que por poco abrasa á Europa. De su rápida propagación se reconocen muchas causas: la claridad del dogma dualista, que fácilmente se insinúa, y el misterio de prácticas y doctrinas secretas, que enciende la imaginación y detiene á los iniciados por vanidad, y por curiosidad á los que no lo son todavía; la corrupción del clero y falta de recta enseñanza católica en muchas comarcas; en Italia, los rencores gibelinos, y en el Languedoc y países limitados por el Ródano y Garona y el Mediterráneo, el refinamiento y relajación de las costumbres, la licenciosa y escéptica poesía de los trovadores, la inmoralidad general (19). Desde luego se notan diferencias entre el maniqueísmo de Lombardía y el de Provenza; los cátaros y patarinos afectan piedad y pureza de conducta, mientras los albigenses son indiferentistas prácticos y se entregan al desenfreno. El nombre de patarinos viene de *pati* (sufrir) porque alardeaban de mártires (20); el de cátaros, del griego καθαρός, que significa *puro, limpio*. Si concordaban todos en ser dualistas, difieren bastante las noticias que nos quedan de los artículos de su credo, y algunas hasta son contradictorias: ya aparece que adoraban á Cristo, ya al espíritu del mal, á quien llama-

ban *dragón*; ya profesaban doctrinas antropomorfistas, y sostenían la materialidad de Dios; ya consideraban á Cristo mera sombra ó fantasma, y aparentes sólo su pasión, muerte y resurrección; ya se les achácan torpes excesos, ya vedar hasta las legítimas nupcias. Decíase que, al terminar sus asambleas, apagaban las luces, pronunciando una fórmula clásica, y entregábanse después á todo linaje de abominaciones; y por otro lado afirman que se maceraban, que ayunaban tres cuaresmas al año, y que su oración era continua; el dominico Sandrini, que registró los archivos del Santo Oficio de Toscana, declara que en ningún proceso halló que los patarinos cometiesen semejantes atrocidades. Ello es que tales acusaciones han caído siempre sobre todo cónclave secreto, sobre toda institución que, evitando la claridad, se envuelve en sombra; así fueron juzgados los Templarios, sin ser herejes. Lo probable es que en esto, como en lo tocante á la variedad de dogmas, encierran fondo de verdad las más contradictorias aserciones: entregados los cátaros á su propia inspiración, no observarían en todas partes igual conducta, y más cuando carecían de regla fija de fe y moral, como lo prueba el hecho de reunirse en una catedral de Lombardía siete obispos cátaros para ponerse de acuerdo en los artículos de su creencia, y lejos de haberse entendido, separarse excomulgándose reci-

procamente. Un lazo común une á cátaros, patarinos y albigenses : negar la autoridad de la Iglesia y de la magistratura laica ; profesar un dualismo más ó ménos mitigado , más ó ménos pesimista , fatalista casi siempre ; y — punto en que andan muy acordes los testimonios — reprobar , fuese en teoría ó fuese en práctica , las nupcias y la propagación. Hay asimismo conformidad en lo que se refiere de su jerarquía y ceremonias religiosas. Negando los sacramentos todos, habían establecido uno para sí, el consuelo (*consolamentum*) ó bautismo del Espíritu Santo, que consistía en imponer sobre la cabeza del neófito el Evangelio de san Juan. Parece que al consuelo dado *in extremis* se enlazaba una práctica terrible; mientras los asistentes recitaban ciertas oraciones, cubrían de almohadas la faz del moribundo; si al terminar el rezo no aparecía asfixiado , ascendía á *perfecto*, grado superior , equivalente al sacerdocio, dirigía la enseñanza de los catecúmenos , y renunciaba al matrimonio, propiedad y uso de carnes : había también *perfectas*, encargadas de instruir á las de su sexo.

A despecho de sus pretensiones de pureza y mansedumbre , los cátaros de Italia derramaron la sangre de uno de los pocos hombres que en aquellas duras edades pueden alabarse de no haberla vertido en el ejercicio del poder civil y religioso : Pedro Parente. Fué Pedro Parente enviado por Inocencio III á gobernar

á Orvieto , cuyos habitantes católicos se quejaban de las continuas violencias de los cátaros , numerosísimos en aquella ciudad. Entró en ella el nuevo Gobernador pisando flores y laurel, que le arrojaba el pueblo en muestra de alegría; y en breve tiempo, con medidas enérgicas , pero sin emplear tormentos ni cadalsos , redujo á los sediciosos y pacificó la comarca. Llegaba la Pascua , y pasó á Roma para celebrarla con su familia ; preguntóle el Papa por el desempeño de su cometido , y respondió : — « De tal modo lo hice , que los herejes amenazan matarme. — Vuélvete allá , » repuso Inocencio. Entonces Pedro pide absolución de todos sus pecados hasta la hora de la muerte : se despide de su madre y esposa, deshechas en lágrimas, y torna á Orvieto, donde ya tenían concertado en su ausencia el modo de asesinarle. Cierta noche el infiel secretario del Gobernador abre las puertas del palacio á los herejes , que maniatan á Pedro Parente , lo sacan descalzo y arrastrando , y por último lo acribillan de heridas , hasta rematarle. Al recibir el primer golpe , Pedro traza en el suelo , con un dedo mojado en sangre , la palabra *Credo* (21). Entre tanto arrecia en Francia el maniqueismo ; en Albi, de donde toma nombre, todo es suyo , hasta el señor de la comarca , Roger de Beders ; en Tolosa y en Arrás domina. Un obispo, el de Carcasona, dimite, no pudiendo contrarrestar

el torrente albigenense; y toda la risueña comarca del Mediodía, en suma, arde en fuego de heterodoxia (22). Entonces el conde de Tolosa, Raimundo, escribe al abad y capítulo del Císter la angustiosa carta, donde, entre otras cosas, dice: — « Ha invadido esta herejía hasta á los sacerdotes; abandonadas y en ruínas yacen las iglesias, niégase el bautismo, se desprecia la penitencia... Pronto estoy á esgrimir contra los malvados la espada que Dios puso en mis manos; pero mis fuerzas no alcanzan; el error inficiona á mis principales vasallos... No bastan las armas espirituales, hay que emplear las materiales; venga el rey de Francia; le abriré villas, plazas y castillos, le señalaré los herejes, le ayudaré hasta derramar mi sangre para aplastar á los enemigos de Cristo. » No eran sólo daños espirituales los que temía el conde de Tolosa: grave era el peligro social, triste y anárquico el estado de aquellas comarcas. Proscribiendo el matrimonio, abrían los maniqueos la puerta al libertinaje; los principios panteistas y fatalistas, grosera y literalmente aplicados por las masas, atacaban al derecho de propiedad y destruían la noción de responsabilidad moral; de suerte que, en vez del apacible falansterianismo valdense, reinaba entre los herejes del Mediodía la depredación, el robo y la violencia. Cada castillejo señorial era madriguera de donde salían las bandas llamadas

de *brabanzones* á despojar y quemar las iglesias, talar y arrasar la campiña; más tarde se les agregaron los *ruteros mercenarios*, antecesores de nuestros contrabandistas, caros á los magnates albigenses, precisamente — escribe una gallarda pluma (23) — á causa de su impiedad, que los hacía insensibles á las censuras eclesiásticas. No tenía el Catolicismo en aquellas provincias ni el antemural del clero: su relajación le había despojado de todo prestigio (24); ni ofrecían espectáculo más edificante los nobles (25); ni la división en pequeños estados, gobernados cada cual al capricho de su señor, era propia para contener la anarquía religiosa y civil. No sólo se vió la Francia monárquica libre de estas tormentas, sino que aún redundaron en provecho suyo.

Quiso el grande Inocencio III atajar el daño, cuya magnitud comprendía; y prefiriendo emplear medios suaves, ántes de desenvainar la espada como deseaban los reyes de Francia é Inglaterra, envió legados á las comarcas meridionales; el fruto de la legación fué escaso; más lograron dos españoles que casualmente se hallaban allí, y por todas partes iban clamando contra los maniqueos: el anciano Diego de Acebedo, obispo de Osma, y un mancebo su acompañante, Domingo de Guzmán, despues fundador de la Orden Dominicana. Pedro de Castelnau, el legado pontificio que había anunciado que la religión no

refloreería en el país Occitano hasta que lo regase la sangre de un mártir, bañó con la suya las orillas del Ródano; un escudero del fautor de los albigenses, el conde de Tolosa, le hundió en el pecho su daga. Pero no fué aquella sangre más que primer gota de los anchos arroyos que había de costar al Languedoc la herejía.

Al llegar á este punto observa un historiador (26): — « Este gran cisma, en que tomaron parte todas las clases y categorías sociales, parece que no podía extinguirse sino por medio de un golpe formidable descargado sobre la población en masa, una guerra de invasión que arruinase el orden social. » — Vino la guerra, y vino tremenda, sin cuartel ni misericordia. A la voz de Inocencio III, que decía al rey de Francia: — « Levántate, soldado de Cristo; levántate, príncipe cristianísimo; » — se reunió como por ensalmo un ejército, una cruzada de guerreros de todo linaje y nación, pero en especial franceses y flamencos, que ostentaban en el pecho la cruz roja: un poeta contemporáneo (27) hace ascender el número á doscientos mil, sin contar — añade — ciudadanos ni clérigos. — Marchan sobre Beziers, cuyo señor no quiso imitar el ejemplo del de Tolosá, sumiso ya á los jefes de la cruzada. Inútilmente entra el obispo de Beziers en la villa para exhortar á los habitantes á la rendición: sólo logra que salgan con él

algunos católicos. Mientras los jefes de la cruzada deliberan sobre la resolución que han de adoptar con Beziers, los sitiados hacen una salida, despedazan á un cruzado, lo precipitan de un puente, y traban ligera escaramuza con las avanzadas sitiadoras. Entonces los truhanes, los famosos *goujats*, criados del ejército, ejecutaron tremenda hazaña: oigamos cómo la narra el poeta: — « Cuando el rey de los truhanes hubo visto la escaramuza... llamó á los truhanes todos, gritando: ¡al asalto! Al punto corren los truhanes y se arman con sendas porras, sin otra defensa alguna. Son más de quince mil; todos descalzos, todos vestidos de blusa y calzones: se ponen en marcha, rodean la villa para derribar los muros; se arrojan en los fosos; unos manejan el pico, otros rompen las puertas. Viendo lo cual, los ciudadanos comienzan á aterrarse; y, rechazados de la muralla por los cruzados que se arman á toda prisa, toman sus hijos y mujeres, y se refugian en la catedral. Sacerdotes y clérigos se revisten, tocan las campanas como para el oficio de difuntos; pero ántes de celebrada la misa entran en la iglesia los truhanes: ya penetraron en las casas, matando, acuchillando cuanto encuentran. Degüellan hasta á los refugiados en la catedral; no les valen altares, cruces ni crucifijos. Los truhanes, los miserables, los bufones, mataron clérigos, niños, mujeres; pien-

so que ni uno escapó con vida. » — A poco, no quedaba de Beziers sino enorme montón de escombros y cenizas, y algunas espirales de humo que subían hasta el cielo. Así terminó el primer acto de la tragedia, cuyo desenlace fué la batalla de Mureto, ganada por el heroico Simón de Monforte, donde quedaron deshechos los últimos restos de la nobleza albigense, y muerto el rey de Aragón que los auxiliaba. Completóse la nacionalidad francesa con el Languedoc, y según la poética frase de Cantú, — «sucedió el silencio á los serventesios de los trovadores. »

Había autorizado Inocencio la cruzada; pero nó las crueldades, de que, por otra parte, no solía eximirse ninguna empresa guerrera en aquellos siglos, y aún mucho después. Lejos de aprobar la matanza, continuamente exhortaba á la clemencia; tendió su mano protectora sobre las inocentes cabezas de los hijos de los príncipes albigenses, y les restituyó sus dominios, que fácilmente hubiera podido agragar á los Estados de la Iglesia. Tanta era la moderación del Papa, que acaso, si los cruzados se atienen á sus instrucciones, nunca hubieran sometido el Languedoc: hermosa benignidad en un Vicario de Cristo, que reúne tan altas dotes políticas como Inocencio III.

Con no menor constancia que Inocencio, reprochaba más adelante Gregorio IX las vio-

lencias ejercidas en los sediciosos herejes de Tolosa (28). Por lo demás, quien leyere estas páginas sangrientas de la Edad media con el propio criterio que leería la sección de noticias de un periódico contemporáneo, jamás las entenderá. Es preciso hacerse cargo de las costumbres y carácter de la época, y recordar que ni vencidos ni vencedores se paraban en cadáver más ó menos: ya conocemos la suerte de Pedro Parente y Pedro de Castelnau: en Provenza los albigenses no desperdiciaban ocasión de exterminar á todo fraile que cogían solo en ciudades ó campiñas: el conde de Tolosa manda ahorcar de un nogal á su propio hermano Baldovinos, por defender la causa católica, y el conde de Foix ayuda á colgarlo y alzarlo del suelo para que la estrangulación se efectúe. Unicamente la Iglesia protesta de tales horrores; la luz de la conciencia arde en ella inextinguible, como la lámpara del santuario. No realiza en breve tiempo la obra gigantesca de desarraigar la barbarie, porque todo progreso moral es lento, y porque el poder de los Pontífices, aunque tan extenso, ni un instante deja de ser combatido de recias tempestades, y limitado por otros poderes subalternos, pero numerosos: emperadores, monarcas, señores feudales, tan pronto aliados como enemigos, y hasta obispos y clero, que también en la jerarquía eclesiástica halla á veces el Pontificado con-

tradición. Al reprobar la Iglesia las hecatombes de la guerra albigense, instituye la Inquisición, que en vez de aquellas carnicerías, estableció procedimientos judiciales, harto más perfectos y equitativos que cuantos empleaban entonces los tribunales ordinarios (29). Algo significa el hecho de que los países donde más funcionó la Inquisición se hayan visto libres del azote de las guerras religiosas; algo también el que la Inquisición romana haya sido la más benigna de todas (30).

¿Qué papel desempeñó la Orden Franciscana en la historia del maniqueísmo occidental? De su seno salieron los inquisidores y calificadores de la herética pravedad, que en compañía de los dominicos recorren los países donde abundan los albigenses, y á veces pagan con la vida su celo, como ocurrió á Estévan de Narbona y Raimundo Carbonario, despedazados con otros siete inquisidores de la Orden de Santo Domingo, en el mismo palacio del conde de Tolosa (31), donde se hospedaban, y á Pedro de Arcagnano, degollado en Milán por orden de Manfredo de Sesto, jefe de los patarinos lombardos. No obstante, los dominicos figuran en mayoría, como inquisidores, cosa natural dada la índole de su Orden, instituida para perseguir el error. De cuatro maneras fué éste combatido: con las armas y la ley, género de persecución que ejercieron las potestades seculares, conside-

rando á la herejía delito de lesa majestad y de atentado á la paz pública (32); con los castigos espirituales, excomuniones, entredichos, que fulminaba Roma; con la teología, la filosofía y el restablecimiento de la pureza del dogma, y con la persuasión y ejemplo: medios los dos últimos que pusieron en juego las órdenes mendicantes, distinguiéndose en el primero la de Predicadores, y la de Menores en el segundo. ¿Quién mejor que unos frailes pobres, de vida humilde y estrecha, podía contrapesar el escándalo causado en el pueblo por aquella sed de riquezas, aquella codicia que Inocencio III lamentaba? Al llegar aquí, ántes de conocer la tercer rama de herejías, conviene reseñar sucesos importantes en los anales de la Orden Franciscana. En otro lugar hemos visto cómo, hallándose en Siria san Francisco, surgieron ya algunas dificultades respecto de la observancia de la pobreza. Con esta primer disensión se enlaza el nombre de un hombre muy diversamente juzgado por los cronistas franciscanos: fray Elías, segundo vicario de san Francisco. Fray Elías nació en Asís; era hijo de un pobre colchonero, y después de haber cultivado su natural ingenio con brillantes estudios, ingresó en la orden de Menores. Nombrado ministro provincial de Toscana, á la muerte de Pedro Cataneo fué electo para reemplazarle en el vicariato, y comenzó su amistad con san Francisco; amis-

tad en tal manera estrecha y cariñosa, que, según el verídico cronista Tomás de Celano: — « San Francisco había elegido á fray Elías para que le sirviese de madre, y de padre á los demás frailes »; — añadiendo que, cuando en Siena se agravaron los achaques del Santo, — « fray Elías se apresuró á reunirse con él, y no bien hubo llegado, de tal suerte se mejoró el Santo Padre, que dejando aquella ciudad pudo irse con él al convento de Cortona. » — Pero queriendo morir en Asís, manifestó sus deseos á fray Elías, que le complació al punto; y hallándose cercano ya á la hora postrimera, hizo que rodeasen su lecho los discípulos predilectos y más allegados á él, á fin de bendecirlos; y como de puro derramar lágrimas se había quedado casi del todo ciego, cruzó las manos, á semejanza de Isaac, y su diestra vino á posarse sobre la cabeza de Elías, arrodillado al lado izquierdo de la tarima. — « ¿Sobre quién tengo puesta la mano derecha? — preguntó; y cuando se lo dijeron, — « Hijo mio — exclamó — en todo y sobre todo te bendigo; y puesto que en tus manos acrecentó el Altísimo mis hermanos é hijos, en tí y por tí los bendigo á todos. Bendígate en la tierra y en el cielo el Rey de lo creado. Yo te bendigo como puedo y más que puedo; lo que yo no puedo, hágalo por tí el que lo puede todo. Recuerde Dios tus obras y trabajos, y resérvele la retribución de los

justos. Séate otorgada cuanta bendición desees, y cúmplase lo que dignamente pidas.» — Si el texto de esta bendición es literalmente el que pronunciaron los labios de san Francisco — como debe esperarse de la buena fe de Celano, narrador de tan interesante escena — parece que en él se descubre previsión de los actos posteriores de fray Elías por el conocimiento de su carácter. No falta quien se maraville de que el Santo de Asís otorgue tan afectuosa y amplia bendición al futuro prevaricador fray Elías: si con atención la examinan, descubrirán en ella reticencias asaz para mudar de parecer. Aquel — «recuerde Dios tus obras y trabajos» — suena á invocación prematura de la misericordia divina; aquel — «cúmplase lo que dignamente pidas» — á restricción expresiva y amenazadora. San Francisco apreciaba en su justo valor las dotes de gobierno de fray Elías, en cuyas manos se acrecentaba la naciente Orden: conocía su solitud, su esmero en prevenir cuantas dificultades prácticas se ofreciesen, y á eso alude sin duda el cronista cuando dice que servía á san Francisco de madre, y de padre á los demás: con tales cualidades de singular prudencia, agregadas á otras de preclara ciencia, no es mucho que san Francisco le dejase por sucesor en el gobierno de la Orden, tanto más cuanto que, según se desprende de las relaciones de los escritores coetáneos, no cometió

Elías en vida de san Francisco culpa alguna, ántes dió muestras de piedad (33). Hasta 1305 no escribe fray Hubertino de Casal, cuya imparcialidad es más que sospechosa; y en él por primera vez se lee la anécdota referente á la conducta y palabras con que san Francisco reprendió la relajación de la pobreza, causada por fray Elías (34), y aquella otra, donde con razón dice un historiador moderno (35) que Hubertino puso en labios de san Francisco una blasfemia, á saber: que habiendo querido fray Elías dar una comida, hizo sentar á los frailes de más humilde condición al extremo de la mesa, visto lo cual, san Francisco dispuso otra al día siguiente, y colocó á su lado al cocinero y á todos los pospuestos de la víspera, diciendo á Elías y sus parciales: — «Sentaos vosotros por ahí como podais.» — Y después de áspera reprimenda, añadió increpando á fray Elías: — «Lo que me asombra es que Dios, que sabe bien cómo tú eres, quiera entregar en tus manos la Orden» (36). — Ni parece más digna de crédito la historietta de esconder maliciosamente Elías el original de la segunda regla que le había confiado san Francisco, y del terremoto que estremeció el monte donde el Santo oraba, cuando Elías y los suyos fueron á pedirle que la mitigase. Con menudos detalles reproduce este cuento un distinguido cronista español (37), defensor acérrimo del zelantismo. Lo más verosímil

es que, si san Francisco viviese, contenido Elías por el indudable respeto y amor que le profesaba, no cometería jamás los desafueros á que le arrastró más tarde su ambición, noble al principio, pero finalmente desapoderada y funesta. Elías en el siglo hubiera sido hábil hombre de Estado; nacido en las gradas del trono, glorioso príncipe; vasta inteligencia y energía le hacían apto para el mando. Bien demostró su iniciativa y actividad en la erección del gran monumento artístico-religioso levantado en Asís á honra de san Francisco por orden de Gregorio IX. En tres años escasos la magnífica fábrica, que Elías quiso adornar con todos los primores del arte, se halló lo bastante adelantada para que pudiese trasladarse á ella el cuerpo del Santo. Conocemos el tumulto promovido por fray Elías en tal ocasión; no fué sino preludio de otros disturbios más graves.

En el mismo Capítulo del día de Pentecostés de 1230, se promovió discusión acerca de si era ó no lícito á los Menores hacer uso simple del dinero: sostenían la afirmativa los del partido de fray Elías; y otros, entre ellos el taumaturgo de Pádua, la opinión contraria: llegó la disputa á encenderse más, y los de Elías quisieron colocarlo por fuerza en el puesto del ministro general, que era entónces fray Juan Parente. A despecho de este escándalo, tres años después fué Elías elegido ministro

general, porque aún duraba é influía el recuerdo de su familiaridad con san Francisco. Es justo declarar, con el fiel cronista Salimbene, que cede en alabanza de Elías haber fomentado en la Orden los estudios teológicos; resolución á que se debió la gloria de los Escotos y Mayrones. Pero al mismo tiempo se vió al superior de una religion fundada en humildad y pobreza tener cocinero especial, que le aderezaba delicadas golosinas; rodearse de pajes con librea de colores, y cabalgar en briosos palafrenes, dando ocasión á que el venerable Bernardo de Quintaval, primer socio del Santo de Asís, hiriese el anca del caballo con la mano, y exclamase brotando indignación: — « No dice esto la regla; » — y otras veces, tomando el pan negro y la escudilla de palo, se entrase por la cámara donde el General se refocilaba solo, y se sentase con él á la mesa, diciendo: — « Vengo á comer contigo este bien de Dios. » — Vióse á fray Elías poseer ameno sitio de recreo en Cortona, donde pasaba la estación calurosa; viósele, ejerciendo despóticamente su autoridad, poner espías al lado de los ministros provinciales y enviarles visitadores, que más bien parecían exactores, segun los vejaban y oprimían. Anteponiendo los legos á los sacerdotes para todo cargo, sucedió que bajo su mando los legos obligasen á los sacerdotes á asistir en la cocina, dejando así de celebrarse el santo sa-

crificio. Consigo llevaba siempre Elías un familiar, Juan de Lodi, especie de verdugo encargado de corregir á disciplinazos á todo fraile que se rebelase. Mientras de tal suerte manejaba su rebaño, íbase convirtiendo el sucesor del Pobrecillo de Asís en una potestad secular; su extraordinario talento le había ganado la confianza de los dos mayores personajes que encerraba el orbe, Gregorio IX y Federico II, y cuando en 1238 el podestá de Parma visitó á fray Elías, que iba de camino, y le preguntó el objeto de su viaje, pudo el fraile responder orgullosamente que llevaba embajada del Papa para el Emperador; de un amigo á otro amigo. Mas el mensaje no dió resultado, y el Papa se dejó persuadir por las súplicas de los Menores á convocar Capítulo general: en esta asamblea, que presidió el mismo Pontífice, fué depuesto fray Elías, y elegido Alberto de Pisa, á la sazón provincial de Inglaterra. No se hizo la eleccion sin turbulencias de Elías y los suyos: aseguraba Elías que los frailes, al conferirle el gobierno de la Orden, le habían dicho: — « Ampara nuestra debilidad, aunque comas oro; » — y Aimon, santo viejo, alzando las manos trémulas, explicó al Papa: — « Señor, es cierto que le dijimos que comiese oro, mas no que poseyese tesoro. » — Al fin el Papa aprobó la elección de Alberto de Pisa; y fué tal el júbilo de los frailes al saberlo, que los presentes dijeron no

haber visto nunca igual regocijo. Retiróse Elías despedido á Asís , y de allí á Cortona, acompañándole doce ó quince adictos , entre ellos el hábil cocinero fray Bartolomé de Pádua , que hasta la muerte no le abandonó: al poco tiempo , seguro de haber perdido ya la protección del Papa , unióse al enemigo de la Iglesia , Federico II ; hecho que coronó los escándalos de su vida , y atrajo sobre su cabeza el rayo de la excomunión y el odio universal. No fué perdonado á fray Elías el haber contaminado con su fausto la bendita pobreza de san Francisco , tan cara al pueblo , ni ménos el juntarse con el César alemán , el terrible perseguidor de los Pontífices , invasor de Italia , tenido por ateo , y en cuya corte el profanado hábito franciscano rozaba la hopalanda del astrólogo árabe y el brial de seda de la cortesana. La opinión pública personificó desde entonces en fray Elías al prevaricador y al apóstata: acusáronle del misterioso delito de darse á la alquimia y nigromancia , y villanos y niños y mujeres , cuando por los caminos de Toscana encontraban algun fraile Menor , cantaban :

.....
Hor attorno fratt' Helya ,
.....

Ke pres' ha la mala via:

— « Y á tal cantinela — dice fray Salimbe-

ne — que tantas veces escuché yo mismo , los frailes se entristecían y temblaban... » — En suma , Elías , excomulgado por Gregorio IX, y después por Inocencio IV , siguió las huellas de Federico , negociando sus asuntos diplomáticos en Oriente , nó sin perjuicio de la Santa Sede y de los intereses de la Cristianidad ; pero ántes de su muerte , acaecida en 1253 , quiso reconciliarse con la Iglesia , y morir en su seno ; como lo hizo , recibiendo la absolución del Arcipreste de Cortona : ántes de espirar recitó el Miserere repitiendo :—
« Domine, adjuva me propter misericordiam tuam, et propter merita servi tui Francisci, quem indigne et ingrate contempsisti. »

Como se ve , fray Elías no es un hereje, sino un relajado que atentó á la humildad y á la pobreza : otros hallarémos que yerrén por querer extremar el rigor de su observancia. Merece tenerse en cuenta, al tratar de fray Elías, que entre toda la serie de disipaciones que cometió, y á pesar de residir en la córte de Federico , monarca disoluto, no se refiere de él (aunque prevaricó siendo todavía jóven) el menor exceso en otras materias. Unicamente la ambición, el aseglaramiento, la sed de grandeza y mando, dieron causa á todos sus extravíos. Ni ha de desconocerse cuánto protegió ciencias, letras y artes , ni cuánto prosperó bajo su mando la Orden , á despecho del ejemplo pernicioso de su conducta. De todas suertes cabe

creer que las cuestiones sobre el uso del dinero, iniciadas en tiempo de Elías, fueron siemiente de las que más tarde habían de dividir y desgarrar la familia franciscana.

El mismo año de su elección murió el buen general Alberto de Pisa, para cuyos funerales compuso Gregorio IX el canto *Plange, turba paupercula*. Sucedióle el inglés Aimon de Faversham — el que en el Capítulo general había alzado su voz contra Elías — gobernando sólo tres años; al faltar éste fué elegido el médico Crescencio de Yesi; y ya bajo su mando se advirtieron anuncios de zelantismo, y hubo frailes que, invocando la primitiva sencillez, querían particularizarse, señaladamente en el corte del hábito: tendencia que el General combatió. A Crescencio vino á reemplazar el bienaventurado Juan de Parma, insigne en virtudes, á quien fué dada la gloria de preceder á san Buenaventura en el alto intento de reunir la Iglesia griega á la latina. Cuando varón tan ilustre tomó las riendas del gobierno de la Orden Franciscana, mediaba el siglo XIII, y corrían y eran leídas con pasión y entusiasmo las obras de otro hombre singular, el abad calabrés Joaquín de Cosenza. Joaquín nació hácia la mitad del siglo XII; pasó á Tierra Santa á visitar los lugares venerandos donde padeció Cristo; encendió su espíritu ayunando una cuaresma entera con los solitarios del monte Tabor; vuelto á su patria,

vistió el hábito del Císter, y se dió á meditar la Biblia y á escribir obras teológicas. Buscando mayor retiro y soledad, dejó su convento, y fundó en Flora renombrada abadía con austera regla, que aprobó Celestino IV. Allí, entre mortificaciones, rezos y éxtasis, nacieron aquellas profecías, que, recogidas y compiladas por un compañero suyo, iban de gente en gente, ayudando á esparcir las la fama de santidad de su autor, á quien los Papas incitaban á escribir, y consultaban reverentemente los reyes, muy en particular Federico II. Distínguense entre sus obras: el *Salterio de las diez cuerdas*; la *Concordia del Antiguo y del Nuevo Testamento*; *Sobre la Sibila Eritrea y el profeta Merlín*. Místico de sospechosa ortodoxia en algunos puntos de sus escritos, no fué nunca heterodoxo de intención el abad de Flora, y siempre protestó sujetar su juicio al de la Iglesia: tienen sus libros color de apocalipsis; y por eso mismo quizás influyen tan poderosamente, no sólo en el pueblo, sino en alguna de las más grandes inteligencias del siglo XIII. Santo Tomás no ve en sus profecías luz sobrenatural alguna, pero Dante le coloca en el Paraíso, cantando de él: — « A mi lado resplandece el abad calabrés Joaquín, dotado de espíritu profético» (38).— En sus doctrinas se inspiran beatos como Juan de Parma, y herejes como Arnaldo de Villanova, sin que pueda negarse que el número

de los segundos excede al de los primeros (39), y que alguno de los mayores errores del siglo XIII se enlaza más ó ménos íntimamente con las obras del célebre abad. Tres ideas arrancan de éstas, á saber: exaltación desmedida del estado monacal y de la pobreza; profecías á plazo fijo, con sabor milenarista, y por último, la famosa división de las épocas del mundo, correspondientes á Padre, Hijo y Espíritu Santo. Veamos cuánto camino anduvieron en breve tales conceptos.

Al alborear el siglo XIII asoma la herejía universitaria con Amalrico de Chartres, clérigo que enseñaba lógica en la Facultad de París. Las tres personas de la Trinidad Santísima eran para Amalrico manifestaciones sucesivas de la divina esencia; y transcurridos ya los reinados del Padre y del Hijo, principiaba el del Espíritu Santo á la sazón. Todo cristiano, según Amalrico, se hacía miembro físico y natural de Cristo. Obligado á retractarse, murió el heresiarca lleno de enojo y pesadumbre; pero dejó discípulos que dedujesen consecuencias de su doctrina. Profesaron los amalricianos cerrado panteísmo: todas las cosas son una sola, porque todo es de esencia divina; los mayores crímenes, cometidos con miras caritativas, se justifican; ni infierno ni paraíso existen; el pecador lleva el infierno dentro de sí, y el justo el cielo. La filiación *joaquinista* de los sectarios de Amalrico se re-

vela cuando dicen que el poder del Padre duró mientras regía la ley mosaica, y que habiéndola derogado Cristo, imperó el del Hijo, hasta que con ellos comienza el del Espíritu Santo, por cuya interior infusión todos podían salvarse sin necesidad de ningún acto externo. Consecuentes con el principio de las evoluciones sucesivas y progresivas, separaban las obras de la Trinidad, afirmando que el Padre obra encarnando en Abrahan, por el judaismo; el Hijo encarnando en María, por el Cristianismo, y el Espíritu Santo, encarnando á cada paso en nosotros, por la ciencia; con lo cual viene la Trinidad cristiana á transformarse en triada india. Resabio de joaquinismo parece también la manía profetizante del corifeo Amalriciano Guillermo (40). Obispos y doctores reunidos en la Universidad de París condenaron á los jefes de estos sectarios, que en la hoguera perecieron: perdonóse á las mujeres y personas ignorantes que se habían adherido á la secta. Fueron desenterrados y esparcidos los huesos de Amalrico de Chartres, y se entregaron á las llamas los cuadernos de David de Dinanto, que encerraban proposiciones análogas á las de Amalrico.

Eran pasados más de cuarenta años, y corría el segundo tercio del siglo XIII, período de sereno esplendor intelectual, en que apenas cruza alguna leve centella de hetero-

doxia, tan presto inflamada como extinta, y en que la Orden de san Francisco ve alzarse en su horizonte, cual brillante constelación, á Alejandro de Hales, á Dunsio Escoto, á san Buenaventura, á Rogerio Bacón, cuando un oscuro mancebo franciscano escribe la Biblia del joaquinismo heterodoxo, el célebre *Evangelio eterno*. Pretendía el Evangelio eterno ser al Nuevo Testamento lo que éste al Antiguo; así como el Nuevo anunció la ley de gracia y la venida del Hijo, el Evangelio eterno pronosticaba la del Espíritu Santo, inminente ya; las Ordenes mendicantes eran las llamadas á realizar la universal transformación religiosa, por medio de la vida contemplativa. Publicóse el libro en 1254, y promovió no pequeño escándalo. Cabalmente por entonces el general franciscano Juan de Parma hubo de pasar á París, donde los doctores seculares ponían graves obstáculos á los de las Ordenes mendicantes. Celosos de sus privilegios, ó más bien envidiosos de la superioridad científica que iban adquiriendo los frailes catedráticos, habían establecido en 1252 que ninguna Orden regular pudiese tener en la Universidad parisiense más de un profesor y un aula: el prior de los Predicadores y el guardián de los Menores de París, apelaron al Papa de tal disposición. Un año después, habiendo la ronda maltratado á algunos estudiantes, los doctores hicieron suyo el agra-

vio, y juraron no explicar más hasta que se cumpliese el castigo: no quisieron los Dominicos conformarse con su acuerdo si no les otorgaba el claustro dos cátedras perpetuas; recrudecióse la furia de los seglares hasta expulsar totalmente á los Dominicos: y temeroso Juan de Parma de que los Franciscanos sufriesen igual suerte, corrió á defenderlos. Usando de conciliadora elocuencia, logró, no sólo conjurar la tormenta, sino ganarse las bendiciones de toda la Universidad (41). A pesar de tal bonanza, uno de los doctores, Guillermo de San Amor, compuso el libelo *De periculis novissimorum temporum*, donde condensó cuanto puede decirse en desdoro de las Ordenes mendicantes y de la pobreza religiosa: dos refutaciones, obra de santo Tomás y de san Buenaventura, le contestaron al punto. Trabada así la contienda entre seglares y regulares, el *Evangelio eterno* vino á convertirse en arma poderosa que aquéllos esgrimieron contra éstos, atribuyéndolo, nó al desconocido fraile que era su verdadero autor, sino al mismo general de los Franciscanos, al insigne Juan de Parma (42). Verdad es que tampoco faltó quien lo creyese obra del propio Guillermo de San Amor, pérfidamente urdida en daño de las Ordenes. Alejandro IV condenó el libelo del doctor parisiense, igualmente que el *Evangelio eterno*; y mientras tanto, se hundía en el olvido el nombre del que lo escribie-

ra, Gerardo de San Donino, llamado *Gerardino* á causa de su juventud (43), y á quien san Buenaventura había castigado con severo encierro. Fuese por la imputación del libro, ó por las voces que contra Juan de Parma hacían correr sus enemigos tiñendo de siniestros colores sus opiniones joaquinistas, resolvióse el General á la renuncia, y tuvo el acierto de designar á san Buenaventura para sucesor. Pocos años después se instruye proceso en averiguación de las opiniones de Juan de Parma, hallándose que no seguía á Joaquín contra Pedro Lombardo, ni en ningún punto erróneo, y limitábase á excusar su intención en lo que escribió de la Trinidad, nó sin creer añadidos por extraña mano los errores que pudiesen contener las obras del famoso abad, y condenarlos en el mismo sentido que lo hacía la Iglesia (44). Es curioso que en aquel proceso intervengan dos cardenales que más tarde serán papas, Juan Cayetano de los Ursinos, después Nicolás III, y Otobón, el futuro Adriano V: el primero inclinado al rigor, el segundo en extremo favorable á Juan de Parma, hasta el punto de salir garante de su fe, tanto, que á ruegos suyos se permitió al procesado, absuelto ya de todos los cargos que le hacían sus émulos, elegir residencia. Optó por la del conventillo de Grecio, poblado de recuerdos de san Francisco (45). Aun cuando parece que este procedimiento suena

á castigo impuesto á Juan de Parma, la Iglesia lo ha beatificado : no cabe añadir más en abono de su ortodoxia (46).

Al ocupar la Sede Pontificia Cayetano de los Ursinos, dedicóse á estudiar la regla de los Menores, de lo cual resultó su famosa Decretal *Exiit qui seminat*, amplia y solemne declaración de los puntos que pudiesen ofrecer dudas (47). Sin embargo, la cuestión de la pobreza va á seguir perturbando la Orden. Hay historiadores que al referir estos sucesos confunden dos cosas no absolutamente independientes, pero distintas: la parcialidad de los zelantes y la secta de los fraticelos (48), así como la polémica de la pobreza franciscana y la de Cristo y sus Apóstoles : no se necesita ahondar mucho la materia para huir de tanta ligereza. La discusión sobre pobreza franciscana fué suscitada por Pedro Juan de Oliva, nacido en Languedoc, que había tomado el hábito apenas salido de la niñez; era docto escritor y letrado, y partidario de la rigurosa observancia de la regla. Hallábase en el Capítulo de Pentecostés del año 1292, y como se renovase la diversidad de pareceres sobre el uso pobre, no sólo del dinero, sino de todo bien, Pedro Juan de Oliva sentó que los frailes Menores no habían de regirse en ese particular sino por el criterio de la declaración *Exiit qui seminat* y por el universal de la Orden. Era correcto el dictamen; pero

extremáronlo en sentido zelante los muchos secuaces que abrazaron las opiniones de Juan de Oliva. Ya antes de esto, en la provincia de la Marca, se habían opuesto enérgicamente algunos frailes á los abusos que iban relajando la pobreza; pero los mitigados los trataron como á facciosos, condenándolos á encierro: su sentencia se leía todas las semanas á los frailes congregados en Capítulo, para ejemplo de los que pensasen de igual modo; y al exclamar cierto fray Tomás de Castel de Milio, que tales castigos desplacían á Dios, fué sepultado en una cárcel hasta su muerte. En 1239 eligieron Ministro general á Gaufredo, en la pobreza riguroso: trasladóse á la Marca, rependió el mal trato dado á los que sólo querían guardar los ápices de la regla, y comprendiendo que no podía dejarlos otra vez expuestos á las iras de los mitigados, optó por enviarlos á Armenia misioneros, donde ganaron tanto crédito de virtud, que hasta el Monarca solicitaba deponer su corona y acabar entre ellos su vida. Vueltos á Italia, se arrojaron á los piés de Pedro de Morón, Papa ya con el nombre de Celestino V, exponiéndole sus quejas, y como deseaban vivir reunidos observando estrictamente cuanto dispuso san Francisco en su regla y testamento. Era Pedro de Morón un santo viejo, y su existencia larga serie de austeridades y mortificaciones: no sólo accedió á lo que le pedían, sino que

desligó á los suplicantes de todo vínculo de obediencia á la Orden franciscana , y los constituyó en comunidad aparte bajo el nombre de *Celestinos* , autorizándolos para recibir á aquellos compañeros suyos que pensasen de igual modo y quisiesen dejar sus conventos. Otorgó á la nueva congregación grandes privilegios: era lícito pasar de otra Orden á ella , pero nó lo contrario : estaban exentos de la jurisdicción episcopal , y facultados para predicar. Fué efímero el contento de los zelantes: Celestino V renunció el papado , y le sucedió Bonifacio VIII , que al pronto no los molestó, y aún es fama que dijo á los enemigos de los zelantes: — « Dejadlos en paz, que obran mejor que vosotros; » — pero sugirióles que los Celestinos dudaban de la validez de su elección , y creían extorcida violentamente la renuncia del antecesor , y Bonifacio dió en perseguirlos : disolvió sus comunidades , las incorporó al resto de la Orden , y depuso á Gaufredo, el ministro general adicto al zelantismo. — « Entonces — escribe uno de los zelantes , que murió en olor de santidad (49) — nos reunimos , y , deliberando , resolvimos atenernos hasta la muerte á los mandatos del Sumo Pontífice. » — Mas no todos mostraron la misma resignación , y al estudiar los poetas franciscanos , veremos cómo en Jacopone de Todi encontró el zelantismo su irritado Juvenal , al par que la pobreza su amante can-

tor. Realmente la Orden entera se hallaba dividida en dos parcialidades : zelantes ó *espirituales*, y *conventuales* ó mitigados : en algunas provincias , como Toscana, dominan los primeros , y arrojan á los segundos de sus conventos ; más tarde los de Narbona y Provenza imitan su ejemplo , echan á los superiores, eligen otros á su gusto , y cambian la forma del hábito : en Sicilia ocurren hechos análogos. Entre tanto , era muerto Pedro Juan de Oliva , y sus últimas palabras habían sido declaraciones á favor de la pobreza , que siempre defendió con tanto brío. — « Declaro — dijo — que es esencial á nuestra vida evangélica renunciar á todo derecho temporal , y contentarnos con el uso simple de las cosas; pecado mortal sostener tercamente las transgresiones de la regla y las imperfecciones contrarias á la pobreza , y obligar á ellas á los frailes , y perseguir á los que observan la regla en su pureza toda. Más criminal aún introducir relajación en todo el cuerpo de la Orden ; y las más perniciosas , las relajaciones duraderas y públicas, causa de escándalo, como son los opulentos edificios, las iglesias grandes y costosas. Es apartarse de la regla pleitear por gastos de entierro ó mandas pías , aunque aparentemente se haga por medio de seglares. Otro tanto digo de procurar para nuestras casas entierros por el provecho que dán; de las fundaciones anuales de misas , y en general

de cuanto suene á renta perpetua. Es burlar la regla querer que sea lícito á nuestros frailes vestir y calzar bien, andar á caballo, y vivir tan cómodamente como los canónigos regulares... » — Ya san Buenaventura había encargado mucho la parsimonia en todos los gastos de la Orden, por no ser gravosos á los bienhechores; y el mismo general Juan de Muro, el que ordenó quemar los escritos de Oliva, decía en el Capítulo de Génova: — « Sé que hay comunidades que poseen tierras; casas y viñas, y rentas perpetuas; sé que no solo las tienen las comunidades, sino algunos frailes en particular, y que otros admiten fideicomisos y siguen pleitos: prohibo tales abusos bajo pena de excomunión *ipso facto*. » — El analista Wadingo nos ha legado el cuadro de la relajación de aquellos tiempos: los frailes teniendo el cepillo para recibir dinero, fijando el salario que les correspondía por las misas de difuntos, traficando con cirios y acciones en plazas y calles, llevando consigo niños amaestrados que recogiesen las monedas, erigiendo suntuosas viviendas, no queriendo morar sino en su país natal, entre sus parientes y amigos. Tales atentados contra la humildad de pobreza, piedra angular de la Orden, explican la reacción zelantista y sus excesos. Pedro Juan de Oliva, al morir (50), dejó un discípulo que le iguala en fervor, si no en mérito, en la persona de Hubertino de Casal. Le encon-

tramos defendiendo las doctrinas de Oliva en diversos consistorios, luchando con el maestro Alejandro de Alejandría, denunciando al Pontífice las transgresiones de la regla, hasta que Clemente V, en el Concilio de Viena, da la constitución *Exivi de paradiso*, encaminada á dirimir la contienda; donde después de declarar que la observancia del Evangelio no obliga más á la Orden de Menores que á cualquier cristiano, reprueba en los frailes la solitud de los bienes temporales, los fideicomisos, la posesion de huertos ó viñas para vender sus frutos, las iglesias ricas, los preciosos ornatos, las cuestaciones pecuniarias, el calzado sin necesidad; declara á los Menores incapaces de heredar, y obligados, amén de los ayunos de su religión, á cuantos prescribe la Iglesia; y resuelve el punto más controvertido, decidiendo que los frailes, por la profesión de su regla, están especialmente limitados al uso simple, sin posesión. Aquietó las disputas esta constitución recta y sabia; pero, como suele suceder, no dejó satisfechos á los radicales de ambos partidos.

Mientras tanto, las profecías joaquinistas y el Evangelio eterno habían retoñado en las multitudes, y la herejía, abandonando las aulas, tomaba forma comunista y popular. Un mancebo de la plebe pamesana, indocto y de cortos alcances, pero subidamente fanático, Gerardo Segarello (51), es el profeta y

fundador de los *fratricoselos*. En vano había solicitado el hábito de Menor : no pudiendo obtenerlo, pasábase el día entero en la iglesia de los frailes, — « meditando cuanto lo consentía su estolidez, » — dice el cronista Salimbene. Acertó á fijarse en una pintura de los Apóstoles ; y viendo que llevaban sandalia y clámide prendida en los hombros, se arreó en la misma guisa , por donde sus secuaces fueron llamados á veces *Apostólicos*; y para imitar también á Cristo, se acostó en un pesebre envuelto en pañales, y se hizo circuncidar , con otros risibles extremos (52). Predicando por caminos y aldeas , presto reunió muchedumbre de secuaces , gente zafia toda, que adoptó vida errante y vagabunda. Eran verdaderas tropas de mendigos, y el paso de aquel ejército comunista, harapiento y medio desnudo , dejaba en campiñas y caseríos las mismas huellas que una nube de langosta. La ignorante turba, bien hallada con el ocioso vivir , iba además conducida por la idea de realizar el reino del Espíritu Santo, éra de amor , perfección y libertad que entonces comenzaba, y que dentro de mil años coronaría el advenimiento de Cristo. En las cercanías de Novara , Dulcino y Margarita su amante predicaban aconsejando el hurto cuando fuese negada la limosna; y apoyándose, como Arnaldo de Brescia , en los gibelinos , amotinaban al pueblo contra la autoridad de la

Iglesia y el poder papal. En Alemania, begardos y beguinas profesaban desenfrenado quietismo, y decían que, llegado el hombre á las altas cimas de la perfección, es impecable, y ni está obligado á obedecer á las potestades civiles ni á la Iglesia; puede conceder á los sentidos lo que le pidan, y goza en esta vida de la beatitud perfecta, viendo á Dios con vista real. Tienen todos estos errores muchos puntos de contacto: en todos hay un fondo místico comunista y la proclamación del testimonio interior; todos tienen carácter popular, sólo que en los begardos y *hermanos del libre espíritu* prepondera el comunismo religioso y el panteísmo, y en los dulcinistas y fratricelos el comunismo social, con no escasa levadura racionalista. Ya veremos más adelante la causa de tal diferencia.

¿Qué relación existe entre los fratricelos y los zelantes franciscanos, con quienes suele confundírseles? Los zelantes, como tales, no aspiraban sino á la rigurosa observancia de la pobreza: alguno pudo añadir errores teológicos á este programa: muchos lo extremaron más de lo justo; pero que el zelantismo por sí solo no constituye herejía en ningun grado, basta á probarlo el ejemplo de Jacopone de Todi, zelante como el que más, que no se retractó nunca de su zelantismo, y que fué beatificado por la Iglesia. Mas aquellos profetas vagabundos, aquellos inspirados que recorrían los ca-

minos de Italia, fuese por captarse las simpatías del pueblo, fuese por prestar autoridad á sus doctrinas, tomaban el nombre de san Francisco, y unos se decían frailes y otros hermanos de la Orden Tercera. Bien es posible que siendo estos últimos tan numerosos, se contase alguno ó muchos entre los fraticelos; y también se concibe que los zelantes de tal convento, temerosos de castigo ó de libertad deseosos, se hubiesen incorporado á las turbas. En conjunto no hay nada más diferente que la existencia de los frailes y la de los fraticelos. El fraile vivía sujeto á un método claustral y autoritario: el fraticelo, errante, no reconocía más método que no tener ninguno. Verdad que todos se mantienen de limosna; pero el fraile la recibe, el fraticelo la pordioseá, y el dulcinista, si no se la dan, la toma. Alvaro Pelagio describe la abigarra-da cohorte de albañiles, pastores, leñadores y porqueros de que se componen las legiones de fraticelos; y añade: — « Estos no quieren sufrir el yugo de la obediencia, sino gozar de su miserable libertad; ni observar regla alguna, aunque se dan por religiosos aprobados de la Iglesia » (53). — Villani, escritor contemporáneo también, dice de Dulcino: — « En 1305, de Novara en Lombardía, fué un fraile Dulcino, que no era fraile de regla ordenada, sino *fratricello* sin Orden, y se alzó en error con gran compañía de he-

rejes, hombres y mujeres, campesinos y montañeses de baja ralea, proponiendo y predicando el dicho fray Dulcino que él era verdadero *apóstol* de Cristo, y que todas las cosas debían ser comunes en caridad. » — De suerte que no hemos de fiarnos en el *fra* antepuesto al nombre de algunos herejes de aquella época, que acaso fuesen tan frailes como Dulcino. Aunque Cantú no distingue bien á los zelantes de los fratricelos, refiriéndose á éstos dice que — « *monjes no inscritos en ninguna Orden* vagaban por toda Italia predicando humildad y pobreza : » — y la Orden Tercera, á la cual pretendían los fratricelos pertenecer, dió querrela contra ellos á la Sede Apostólica (54). En 1316, habiendo sido elegido general de la Orden Franciscana Miguel de Cesena, púsose de acuerdo con Juan XXII para reducir á los espirituales ó zelantes díscolos, que se declaraban independientes en sus conventos; á este propósito emanó el Papa la constitución *Quorundam exigit*. « Exhortamos. — decía — y amonestamos y mandamos por obediencia y bajo pena de excomunión, que los predichos frailes de la Orden de Menores, que usaron ó usan hábitos cortos y distintos de los que lleva el ministro general y demas frailes de la comunidad, los depongan y vistan otros al arbitrio del mismo General, y le obedezcan humildemente, y le atiendan en esta y las demas cosas, según la regla del bienaven-

turado Francisco y las declaraciones presentes. » — Al poco tiempo expidió Juan XXII la Decretal *Sancta Romana et universalis Ecclesia*, contra — « algunos hombres de una profana multitud, vulgarmente llamados Fratricelos, ó Hermanos de la vida pobre, ó Bizocos, ó Beguinos, así de Italia como de la isla de Sicilia, provincia Narbonense y Toscana, y otras partes cismarinas y ultramarinas; » — donde reprueba que no siendo de ninguna de las Religiones aprobadas por la Silla apostólica, se atrevieron á usar hábitos á su arbitrio, portándose como religiosos y pidiendo limosna, y fingiendo observar la regla de los Menores, sin vivir sujetos al General y provinciales. Diez y ocho días después de esta Decretal, aparece la constitución *Gloriosam Ecclesiam* condenando á los espirituales cismáticos que se habían segregado de su comunidad, aislándose en Sicilia. Estos tres documentos de Juan XXII han dado ocasión, por su proximidad, á que se oscureciese el verdadero origen de los fraticelos; y no obstante, distinguen de tal modo á fraticelos y espirituales, que no es posible equivocarlos: hasta los epítetos son claros: á los fraticelos llaman *profana multitudo*, mientras á los espirituales rebeldes da el título de *apóstatas*, que mal cupiera aplicar á quien, no habiendo profesado en Orden alguna, no podía apostatar de ella.

Son quizá un tanto prolijos los anteceden-

tes que quedan expuestos , pero indispensables para la inteligencia del asunto , y para cerciorarse de que no ligaban estrechos vínculos de parentesco á los secuaces de Segarello y Dulcino con los de Juan de Parma y Pedro Juan Oliva. Si se trata de afinidad moral , de semejanza en la esfera de las ideas , tampoco la hallaremos. Ciertamente que la filosofía propia de la Orden Franciscana es mística ; pero ¿quién osará comparar el claro misticismo de san Buenaventura , todo impregnado de aromas platónicos , con la brumosa teosofía de Amalrico y los Begardos ? Ciertamente que la Orden Franciscana es popular , y , si es lícita la palabra , democrática en sus formas ; pero desde el primer momento de su existencia la encontramos constituida y fundada en acatamiento á la jerarquía eclesiástica : la vemos consagrar el matrimonio y la familia por medio de la Orden Tercera , y realizar todos los fines humanos compatibles con su instituto , acogiendo en su seno ciencias , letras y artes. De Orden en que ingresaron miles y miles de hombres , no fuera mucho que surgiese alguna heresiarca. No sucedió así. Ni los mitigados , como Elías y Acquasparta , ni los zelantes , como Jacopone y Juan de Oliva , cayeron en errores graves en cuanto á la fe. La génesis , como hoy se dice , de las herejías místicas de los siglos XIII y XIV , está en las obras del abad de Flora , que no era franciscano ; y si lo

fué el autor del *Evangelio eterno*, halló tan pocos secuaces entre los de su Orden, que ni en los zelantes, tan atentos á vindicar á sus grandes jefes, se halló quien clamase contra la prisión de Gerardino, ó hiciese su apología, ó redimiese su nombre del olvido. Lo que realmente tomaron de los franciscanos, fraticelos y begardos, fueron detalles exteriores del traje, la cuerda que se ceñían, la veneración que decían profesar á Celestino V; en el fondo, iban por caminos muy opuestos.

Ahondando más para hallar los orígenes de estas sectas místico-panteistas, llegamos, como con los maniqueos, hasta Oriente. La teología de una religión india, introducida en Egipto y en el mundo greco-romano, influyó en las sectas místicas de la Edad media no ménos que influye en la filosofía novísima. El príncipe real Gotama, rico, cercado de cuantos goces brinda el mundo, se sume á la edad de veintiocho años en meditaciones, de las cuales deduce la religión desesperada conocida por *butismo*. — «Nada hay estable en la tierra— piensa Gotama:—la vida es como la chispa que produce el frote de dos palos... Enciéndese y se extingue, y ni sabemos de dónde viene, ni á dónde va...» — Para explicarse este misterio de la vida, el joven príncipe aspira á la *gnosis*, á la ciencia suprema; pero á fin de revelarla y difundirla por la humanidad toda. — «Debe haber alguna cien-

cia suprema en que hallemos el reposo... Si yo la alcanzase, podría dar á los hombres luz; si yo fuese libre, podría libertar al mundo. ¡Oh, si no hubiese vejez, enfermedades ni muerte! Vacío es todo fenómeno; vacía toda sustancia; no hay en torno sino vacío. El mal es la existencia; lo que produce la existencia es el deseo; el deseo nace de la percepción de las ilusorias formas del sér: efectos todos de la ignorancia. La ignorancia es pues causa primera de cuanto parece existir. Conocer esta ignorancia, es ya destruir sus efectos.» — Para entender la serie de ideas que van enlazándose en la mente de Gotama, es fuerza recordar que había sido educado en la religión de su país, el bramanismo, y que la concepción bramánica del mundo es trasmigración perpetua. Para el cristiano la tierra es un lugar de paso: cualesquiera que sean sus méritos ó sus faltas, la muerte termina para siempre la vida de este mundo. Para el indio, la muerte es punto de partida de una nueva existencia; los males que le esperan son infinitos como sus renacimientos. Las meditaciones de los bramanes no tienen más objeto que uno: descubrir un medio de sustraerse á tales trasmigraciones: esta idea es el fondo de la religión de la India, que segun un filósofo frances, pudiera definirse — « *arte de librarse de la necesaria metempsicosis* » (55).— De modo que Gotama, ó sea el Buda, el sa-

bio (56), como fué llamado después, no traía ningún principio nuevo: su obra propia fué extender estas ideas entre las castas inferiores, y, digámoslo así, popularizar los principios fundamentales del bramanismo, que las castas privilegiadas de bramanes y chatrias se reservaban para sí, mientras el pueblo apenas conocía sino prácticas maquinales y supersticiosas, y una especie de grosero fetiquismo. Para el Buda, como para los bramanes, la existencia es un mal; la obligación de renacer, suplicio eterno; y la emancipación es, nó la muerte — porque al fin se renace — sino la extinción de la personalidad, de la voluntad, del deseo, con lo cual se llega á la nada, al paraíso budista. Preferible es el no sér á la cadena de existencias, al renacimiento continuo en un mundo de dolor: la beatitud del budista reside en el *nirvana*, estado en que cesa toda acción y toda manifestación, y, acabando la existencia, comienza el reposo. La teodicea que el bramanismo legó al budismo, es panteística: absorción de la individualidad humana en el sér universal: el budismo vulgarizó esta noción, y millones de hombres aprendieron, merced á la palabra del Buda, que el modo de salvarse era dejar de obrar y de ser. Apenas se concibe cómo religión que se basa en tales dogmas pudo ejercer civilizadora influencia sobre extensas regiones del mundo: parece que sus resultados debían ser

apatía y embrutecimiento: afortunadamente hay en el hombre una feliz falta de lógica, que le impide sacar todas las consecuencias de muchas premisas que acepta.

Para conseguir la deseada emancipación, recomendó el Buda como medio eficacísimo el ascetismo, que reprime deseos y pasiones y convierte la mente á la contemplación pura. Sobrepujan los rigores del ascetismo indio á las mortificaciones de la regla más estrecha de ninguna Orden católica. Al asceta budista se prescribe vestirse de harapos recogidos en los cementerios; mora en las selvas, sin más abrigo que el follaje de los árboles; come los restos que encuentra por el suelo; ha de dormir sentado ó de pié, porque no debe acostarse; sus ayunos son tales, que la piel se le pega á los huesos, y la lengua al paladar; así alcanza los cuatro grados de contemplación: en el primero conoce la naturaleza de las cosas; en el segundo, cesan el juicio y el raciocinio; en el tercero, se evapora el sentimiento de su perfección intelectual; en el cuarto, desaparece hasta la conciencia vaga del sér, y se abren las puertas del nirvana, donde recorre otras cuatro esferas: la infinidad del espacio, la infinidad de la inteligencia, la esfera donde nada existe, y la esfera donde no existe siquiera la idea de la nada (57). Nos hallamos en el centro del nirvana, en las profundidades más inefables y arcanas del cielo

indio, á las cuales se llega por medio de doble y lento suicidio moral y físico; y estamos también encontrando el quietismo de los begardos y el enervante misticismo de los amalricianos. Europa pudo recibir los gérmenes budistas por Grecia, ó por Rusia, donde se propagaron desde Tartaria. Esta concepción radical del mal de la existencia debió arraigarse de tal modo en aquellas tristes regiones esclavas, que aún tiene hoy no poca parte en el tremendo conflicto político-social que las consterna (58). Nadie desconoce el carácter pesimista del nihilismo; sus sombríos matices místicos han sido notados en distintas ocasiones; muchos de sus afiliados muestran el horror al matrimonio y conservación de la especie que distinguía á ciertos herejes de la Edad media (59), supremo arbitrio propuesto por Schopenhauer y Hartmann, filósofos del pesimismo contemporáneo, para extirpar el mal de la existencia. Caminaron estas tenebrosas ideas de las regiones ardientes del Indostán á las heladas estepas tártaras por donde penetraron en Rusia y de allí á esa Bulgaria ó *Bugria*, foco de herejías, cuyo nombre es aún hoy una injuria en algunas lenguas. En las regiones del Norte toma el ascetismo indio matices violentos y extravagantes, y se pierde en especulaciones metafísicas: por eso begardos y hermanos del libre espíritu son principalmente, como hemos observado ya, comunistas religiosos,

mientras los dulcinistas y fraticelos, nacidos en el Mediodía, tienen heterodoxia más clara, práctica y racionalista. Del credo budista pudieron tomar los herejes de la Edad media, ántes que de los franciscanos, modelos para su mendicidad místico-socialista: especie de Orden mendicante es el budismo en sus comienzos, y la devota vagancia uno de sus estatutos (60).

Anárquicas y comunistas en su mayor parte, estas herejías vinieron á dar elocuente testimonio de la superioridad de las doctrinas sociales del cristianismo, de quien es prez haber constituido los estados más progresivos, despertando en las razas europeas la actividad, mientras que al borde del Ganges el hombre se dormía soñando con el nirvana; haber fundado la grandeza y poderío de las naciones cerrando la puerta á toda tentativa anárquica que pudiera llevarlas de nuevo á la barbarie. Nadie como el cristianismo ha contrapesado la vida práctica con la espiritual; nadie ha rechazado más la invasión del despotismo y del socialismo, que cada cual derechamente conducirían á Europa al atraso, helando en flor su civilización renaciente. Buena prueba de ello es la decisión de la Iglesia en la controversia sobre la pobreza de Cristo y los Apóstoles. A primera vista diríase que carece de interés social aquella riña de teólogos; y sin embargo, examinando su espíritu, vemos que

estaba preñada de riesgos. Harta más importancia tiene que la discusión sobre la pobreza franciscana. Esta se circunscribe á la Orden, y sólo para ella es grave y vital. Que los franciscanos, sujetos á observar una regla que no obliga á los demas individuos de la sociedad, puedan ó no poseer algo particularmente ó en común, no es cosa que afecte á la sociedad toda; pero si se hubiese declarado que Cristo y los Apóstoles, modelos de la vida cristiana, no poseyeron jamás cosa alguna particular ni colectivamente, tendríamos casi reprobado por la Iglesia el derecho de propiedad y establecido el comunismo en nombre de Cristo; y las consecuencias de tal declaración serían las que se puede suponer. El franciscano Hubertino de Casal abrió camino á la definición del punto discutido, declarando que Cristo y los Apóstoles tuvieron en el mundo dos estados: el de prelados de la Iglesia del Nuevo Testamento, según el cual poseyeron bienes, y dominio y autoridad para distribuirlos en limosnas y á los ministros de la Iglesia; y el de personas privadas, fundamento de la perfección evangélica y total desprecio del mundo, según el cual renunciaron á todo, como dice san Pedro, y por ende á reivindicar en juicio cosa alguna; pero conservando el derecho natural al uso necesario de las cosas de la vida. Juan XXII con firmeza y en repetidas ocasiones declaró que «era herejía el

afirmar pertinazmente que nuestro Redentor y Señor Jesucristo y sus Apóstoles no hubiesen poseído nunca cosa alguna en particular ni en común.» Muchos teólogos franciscanos habían defendido la opinión contraria, fundándose en la Decretal *Exiit qui seminat* de Nicolás III; pero la Orden se sometió á la decisión de la Iglesia, y poco después tuvo ocasión de probar brillantemente su ortodoxia, anatematizando en masa al franciscano Pedro Corvario, de quien la ambición de Luis el Bávvaro hizo un antipapa, y apartándose del general Miguel de Cesena, cuando se obstinó en su cismática rebeldía contra Juan XXII (61).

Este espíritu de adhesión á la autoridad de la Iglesia, y la aceptación y santificación de todos los legítimos fines humanos, abre un abismo entre la idea de san Francisco y la de los sectarios fraticelos y begardos, y aún maniqueos y valdenses, que tienen la nota común de ser — si pueden aplicarse á conceptos antiguos palabras modernas — revolucionarios y anarquistas, á más de enemigos de la disciplina eclesiástica. Begardos y lolardos se distinguen por su tendencia anticlerical y socialista: quieren la ruptura de la regla claustral, la abolición de los votos perpetuos y de la jerarquía de la Iglesia para que el creyente se entienda directamente con Dios. Los insabattatos pretenden que no se obedezca á las potestades eclesiásticas ni seculares, ni im-

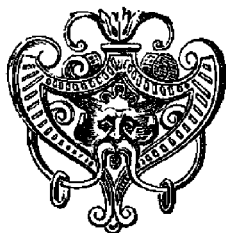
ponga pena alguna corporal á los reos. Dulcino intenta abolir el matrimonio y la propiedad, suprimir toda autoridad civil y religiosa: tempranos albores del *amorismo social* de Bakunine y los radicales nihilistas. En esta aspiración á echar abajo lo existente, á fundar una sociedad nueva é igualitaria, así en lo espiritual como en lo material, se confunden todas aquellas sectas de origen tan vario, de nombres tan distintos; y hay más: esta propensión, no ya liberal, sino comunista en el grado más alto, es distintiva de las herejías del siglo XIII y XIV. Escritores católicos aseguraron con buena fe y mejor intención, que las heterodoxias de todo tiempo se reducen á formas diversas del espíritu revolucionario: para adherirse á tal juicio sería preciso olvidar que errores de carácter reaccionario, como el tradicionalismo, han sido condenados por la Iglesia. En el siglo XIII el comunismo se presenta en forma mística, porque, aunque la plebe aspire á la anarquía social, no se da cuenta de ello: el período es de transición del feudalismo á las monarquías: los pueblos entreven la emancipación y los derechos nuevos que van á conquistar, pero sienten el aguijón de la miseria, y de aquí su brutal comunismo: la Iglesia los contiene, y de aquí su laicismo; los inspiradores les prometen un paraíso, y mezclando los errores dogmáticos y las esperanzas políticas, lánzanse á esa lucha

con toda la fuerza y virginidad de sus utopías no marchitas aún por ningún desengaño. La palingenesia final es el cielo del comunismo, que ahora se ha convertido en el indefinido progreso y el culto de la humanidad. Hoy como ayer — ¡extraña persistencia de los errores! — hay dialécticos que expongan, y pueblos que crean que la desventura anexa á la condición del hombre en este valle de lágrimas, puede vencerse con el advenimiento de instituciones enteramente democráticas, y venir la edad de oro con los adelantos de la ciencia: lo que los fraticelos del siglo XIII entendían por « reinado del Espíritu Santo. »

Ha sido preciso señalar el verdadero puesto de san Francisco y de la Orden Franciscana en la historia de estas ideas — más antiguas de lo que parece — porque no falta quien incluya al Santo de Asís en el número de los precursores de la moderna democracia. Así lo considera, por ejemplo, el célebre orador Emilio Castelar en sus estudios titulados *San Francisco y su convento en Asís*; páginas escritas con imaginación lozana; calor y poesía, pero donde san Francisco es un profeta social y su Orden hermana de los fraticelos (62). Importaba pues indicar hasta dónde llega y en dónde se detiene el espíritu democrático de la obra de san Francisco de Asís, espíritu democrático puramente *afectivo*, de amor y caridad infinita para los pequeños y los débiles y

los ignorantes, pobreza voluntaria que no anatematiza la riqueza, celibato que bendice el matrimonio, humildad popular que venera las ciencias y las artes, igualdad espiritual regulada por la obediencia. Por lo demás, el mundo ha marchado, el poema de la historia cuenta cinco estrofas más, cinco largos siglos; en su transcurso las ideas cumplieron su evolución lógica; los valdenses son hoy protestantes; el fatalismo maniqueo, determinismo científico; el quietismo panteista, filosofía de lo inconsciente y doctrina de *l'infelicità*; á Dulcino ha sucedido Bakunine; y la Orden Franciscana puede repetir con san Buenaventura por boca de Dante:

«
 Ben dico, chi cercasse á foglio á foglio
 nostro volume, ancor troveria carta
 u' leggerebbe: Y' mi son quel che soglio (63).
 »



NOTAS.

(1) Balmes : *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*.

(2) De la gran secta de los husitas ó taboritas, que ocasionó en Bohemia , después de la muerte de Wenceslao IV, la más mortífera y atroz guerra religiosa que haya ensangrentado á Europa , sólo quedan hoy , como monumentos literarios , quince ó veinte volúmenes : el uno estuvo siglo y medio tapiado en el hueco de una muralla , y descubriólo un albañil ; otro oculto en una cuadra ; otro en el fondo de un pozo ; otro lo sacó de la hoguera , casi devorado por las llamas , un lego de los jesuitas. Lo mismo acontece con los rituales cátaros y tratados valdenses.

(3) De la palabra latina bárbara *sabaturn* , origen de las francesas *sabot* y *savate* , y la castellana *zapato*. Menéndez Pelayo : *Historia de los Heterodoxos*. Construyendo castizamente debiéramos decir , no *insabattatos* , sino *enzapatados*.

(4) Alzog : *Historia de la Iglesia*.

(5) Henrion : *Historia de la Iglesia*.

(6) Can tú : *Gli Eretici d'Italia.*

(7) Rohrbacher : *Histoire de l'Eglise.*

(8) En algunas provincias del Mediodía de Francia llaman hoy á los agentes de las sociedades bíblicas, *barbets*, del nombre de *barbas* con que eran conocidos los propagandistas valdenses.

(9) Menéndez Pelayo : *Historia de los Heterodoxos españoles.*

(10) Hé aquí las palabras de san Bernardo acerca de los valdenses : — « *Denique, si fidem interrogas, nihil christianius; si conversationem, nihil irreprehensibilius... Et quæ loquuntur, factis probant... Panem non comedunt otiosi; operantur manibus, unde vitam sustentant.* » — Lo difícil es concordar esta última noticia con la aseveración de algunos autores en que leo que los valdenses vivían en la holganza y de limosna.

(11) Lenormant : *Histoire ancienne de l'Orient.*
t. II.

(12) Zoroastro nació — dice la leyenda — con la sonrisa en los labios; por donde los magos, conociendo que sería enemigo de Arimanes, quisieron matarle en la niñez; pero Ormuz milagrosamente lo salvó. A los treinta años se retiró Zoroastro á la montaña para meditar, bajando de ella con el libro sagrado del Avesta, y entrando por el techo en el palacio del rey Gustaspe. Como éste le pidiese un milagro en prueba de sus doctrinas, Zoroastro le dijo : — « El mayor milagro es el Avesta: léelo y no me pedirás otro; » — á pesar de lo cual, acabó por realizar estupendo prodigio con el caballo favorito de Gustaspe, y éste creyó. Zoroastro entonces pudo

imponerse á los magos sacerdotes de la antigua ley, y enviar misioneros de la nueva por toda Persia. Dubeux : *La Perse*.

(13) « Los gnósticos se llaman así — dice san Juan Crisóstomo — porque pretenden saber más que los otros.... Los gnósticos no discuten, afirman, y su ciencia *esotérica* ó vedada á los profanos, la han recibido, ó de la tradición apostólica, ó de influjos y comunicaciones sobrenaturales. » — Menéndez Pelayo : *Hist. Heter.*

(14) Los paulicianos eran secta maniquea numerosísima en Oriente, donde desempeñaron importante papel social. Con el mismo nombre son conocidos hoy los Paulicianos, que aún subsisten en Bosnia, Servia y Bulgaria.

(15) Estos agentes de propaganda, para comunicarse con pueblos que hablaban distintas lenguas, se servían de una jerga greco-eslavo-latina. que desde las Cruzadas corría por Oriente y las costas del Mediterráneo, y se llamaba lengua franca. Para no ser cogidos tenían un santo y seña con que se daban á conocer á sus afiliados. Iban á pié, y simulaban alguna industria ambulante, para cohonestar sus viajes.

(16) Henrion : *Hist. de la Iglesia*.

(17) La palabra *esquema* viene del griego *σχῆμα*, figura, forma, vestidura.

(18) Se les acusa de conjuros y hechicerías, de quemar niños y de promiscuidad sexual.

(19) « Armañac, Cominges, Beziers, Tolosa, no estaban acordes jamás sino en atacar las iglesias,

Dábaseles poco de las excomuniones. *Comes de Cominges simul tres uxores habebat; Tolosanus, Raymondus VI, plures etiam mulieres habebat, a pueritiaque sua præferebat ejus parentis concubinas* Aquella Judea de Francia — que así llaman al Languedoc — no recuerda la otra tan sólo por su betun y sus olivos: también tiene su Sodoma y su Gomorra. » Michelet: *Histoire de France*.

(20) En una constitución de Federico II se lee lo que sigue: — « *In exemplum martyrum, qui pro fide catholica martyrium subierunt, patarinos se nominant, veluti expositos passioni;* » — y también en las Cortes de Carlos I, que citan igualmente los franceses: — « *Li vice de ceans son coneu, par leur anciens nons, et ne veulent mie qui 'il soient apelé par les propres nons, mais s'apellent Patalins par aucune excellence, et entendent que Patalins vaut autant comme chose abandonée a souffrir passion en l'ensemble des martyrs, qui souffrirent torment por la sainte foy.* » — Cantú: *Eretici d'Italia*.

(21) Cantú: *Op. cit.*

(22) « Vanamente los correos pontificios llevaban á Albi, á Tolosa y á Narbona bulas de excomunión y anatema contra los enemigos de la fe romana. La heterodoxia había entrado hasta en los rectores de las iglesias en que debían fulminarse las bulas, y los mismos obispos, aunque más firmes en la disciplina católica, se hallaban sin poder, no sabían qué resolver, y experimentaban el influjo de la corriente general. » Thierry: *Histoire de la Conquête d'Angleterre par les Normands*.

(23) Michelet: *Histoire de France*. — « La guerra — dice el elegante historiador — era terrible, hecha por hombres tales, sin fe ni ley, contra los cua-

les no era asilo ni la iglesia : gente impía como los modernos , y feroz como los bárbaros.

(24) Según un autor contemporáneo , los clérigos ocultaban la tonsura , porque hasta era injuria el nombre de sacerdote. Inocencio III decía en sus Epístolas , refiriéndose al clero de Languedoc : — « Si el pastor degenerando en mercenario sólo piensa en sí y se aprovecha de la lana y leche de las ovejas sin oponerse á los lobos que las atacan ; si no se interpone como muralla ante el enemigo ; si huye en el instante del riesgo , él mismo ayuda á perder su rebaño... El nombre de Dios es blasfemado á causa de los sacerdotes que se entregan á la avaricia , y buscan las dádivas , y justifican á los impíos dejándose corromper por ellos. » — Raimundo de Rabastens , obispo de Tolosa , había logrado su puesto por simonía ; el arzobispo de Narbona , Berenguer II , no se ocupaba sino en allegar riquezas ; ni visitaba su diócesis , ni acataba las órdenes del Papa , y vendía por dinero los beneficios eclesiásticos : en su tiempo se vió á monjes y canónigos colgar los hábitos , robar á los maridos sus esposas , ejercer la usura , darse á la caza y al juego. Rohrbacher : *Histoire de l'Eglise Catholique*. Ni se concretaba el mal al Languedoc. En 1067 el obispo de Rouen quiere poner coto á la licencia de su clero , y en pleno sínodo lo apedrean. El obispo de Lisieux (1249) no oficia en todo el año una vez sola : los párrocos se embriagan , prestan á rédito crecido , mantienen halcones y descuidan el servicio parroquial. Rosières : *Les curés de campagne au XIII siècle*.

(25) « A juzgar por las injurias que se dicen en las poesías de los trovadores , la nobleza del Mediodía tuvo más ingenio que dignidad. A sangre fría se dirigen unos á otros acusaciones que serían motivo para que los caballeros del Norte se acuchilla-

sen veinte veces. Así Rambaldo de Vaquieras y el marqués Alberto de Malespina se acusan mutuamente, en una tencion, de felonía, robo y otras cosas peores. » Michelet : *Hist. de Franc.*

(26) Thierry : *Conq. d'Angl.*

(27) Guillermo de Tudela.

(28) « Es voluntad de Dios — decía Gregorio IX en su Epístola al obispo de Albano — que manten-gamos la libertad de su Iglesia de tal modo, que la mansedumbre no impida la defensa, pero la defensa no traspase los linderos de la humanidad. Dios no quiere suplicios ni riquezas, sino la conversion de los que erraron. Es indigno del ejército de Cristo matar y mutilar hombres, desfigurando la imágen del Criador : basta guardarlos de tal modo, que la sujecion les sea más provechosa que la libertad. » Al final ordena al obispo impedir toda clase de persecucion. Cantú : *Historia Universal.*

(29) « Este tribunal amonestaba dos veces ántes de intentar procedimiento alguno, y sólo ordenaba el arresto de herejes obstinados y relapsos : aceptaba el arrepentimiento, y solía satisfacerse con castigos morales, lo cual le permitió salvar á bastantes personas que los tribunales ordinarios hubieran condenado. Así es que los Templarios, en la época de su célebre proceso, pedían á gritos que se les sometiese al juicio de la Inquisición... Sea como quiera, dudo que la Inquisición, en todos los siglos que duró, haya matado tanta gente como Inglaterra hizo perecer en el espacio de once años (desde 1641 á 1652) para convertir el país al protestantismo. » *Ibidem.*

(30) « Paulo III fundó en Roma la congregación

del Santo Oficio; pero nunca este Tribunal derramó sangre, aunque por entonces quemaban á los hombres en Francia, en Portugal, en Inglaterra.» *Ibidem.*

(31) Cornejo: *Crónica de la Religión de N. Padre san Francisco*. Autorizó su culto Pío IX.

(32) Nadie estatuyó penas más severas contra cátaros y patarinos, que los príncipes de la casa de Suabia, Federico Barbarroja, Oton III, Federico II, que hoy gozan fama de protectores de la libertad de conciencia. De ellos puede decirse que arrancan los castigos judiciales impuestos á los herejes. Federico II promulgó la primer ley moderna de muerte contra los heterodoxos, á quienes, entre otras blandicies, manda arrancar la lengua.

(33) Ni Tomás de Celano, ni los *Tres socios*, dan á entender sino que fray Elías fuese digno discípulo de san Francisco; santa Inés, hermana de santa Clara, atestigua su edificante trato, y Lucas de Tuy, que conoció personalmente á fray Elías, hácia 1227, le llamaba « hombre santísimo ». De su ingenio y ciencia hacen grandes elogios fray Bernardo de Besa, que lo considera de los más sabios de su tiempo en Italia; Mateo París, y Eccleston.

(34) Véase el capítulo VI, tomo I.

(35) Fray Pánfilo de Magliano.

(36) «*Sed stupendum est de isto Deo, qui talem te cognoscit: et vult quod in tuis manibus ordinem derelinquam.*» Uberr. de Cas.: *Arbor vitæ crucifixæ.*

(37) Cornejo.

(38)

Raban é quivi, é lucemi da lato
il Calavrese abate Giovacchino
di spirito profetico dotato.

(Parad. c. XII.)

(39) « Tiene el autor del *Psalterium decachordon* lugar de los más señalados en la historia del misticismo medioeval; precede á Juan de Parma, al maestro Eckart, á Suso, á Tauler, y á otros contemplativos más ó ménos sospechosos, y alguno de ellos formalmente hereje. » Menéndez Pelayo: *Hist. Heter.*

(40) El orífice Guillermo, profeta de los Amalricianos, predecía que dentro de cinco años vendrían cuatro plagas: el hambre, que acabaría con el pueblo bajo; la espada, con que se destruirían entre sí los señores; los terremotos, que se tragarían á la clase media, y el fuego, que caería sobre los prelados, miembros del Anticristo. Refiriendo el monje César de Heisterbach esta profecía, añade: — « Trece años han pasado, y nada de esto sucedió. » — Rohrbacher: *Hist. de l'Egl.*

(41) El doctor encargado de responder á Juan de Parma empezó su discurso con estas frases: — « Bendito seas tú, y bendito tu lenguaje. La buena simiente que se ha sembrado en el campo de la Iglesia es la religión del bienaventurado Francisco, ó sea de los Frailes Menores. »

(42) Fray Pánfilo de Magliano, á quien seguimos en muchos puntos por la precisión de su cronología y claridad de sus datos, quiere que hasta el siglo XVII no haya sido atribuido categóricamente á Juan de Parma el *Evangelio eterno*. A principios

del siglo XIV — dice — escribió Guidone *Huius confector et auctor fuisse asseritur Joannes de Prima cognomine et origine*;» poco tiempo después Augerio llamó al autor del *Evangelio eterno*: — «*Magister Joannes de Prima cognomine et origine illius civitatis*;» — en 1503 la edición del *Directorio de los Inquisidores* hecha en Barcelona, trae á propósito del *Evangelio eterno* la adición: — «*Cuius auctor fuit et fertur communiter quidem Joannes de Parma Italicus monachus*; y en el siglo XVII el padre Bzovio, con su acostumbrada y enojosa prevención, hizo al beato Juan de Parma autor del *Evangelio eterno*, suprimiendo la palabra *monachus*. Como quiera que sea, y aunque en el siglo XIII no fuese Juan de Parma uno de los muchos supuestos autores del tal libro, lo cierto es que el odio secular buscó en el *Evangelio eterno* medios de dañar á la Orden.

(43) En el siglo XVIII se descubrió la fidedigna crónica de Salimbene, donde se halla la noticia del verdadero autor del *Evangelio eterno*. Conocióle Salimbene familiarmente, y aún sostuvo recias disputas con él.

(44) Rohrbacher dice: — «El acusado no fué hallado culpable sino de adhesión excesiva á la doctrina y persona del abad Joaquín;» — lo cual debe ser error material, porque la persona del abad Joaquín no existía hacía muchísimos años cuando se instruyó el proceso de Juan de Parma.

(45) Salimbene asegura que Juan de Parma moraba en Grecio de grado, y para consuelo suyo; lo cual es muy verosímil si se atiende al número de años que allí pasó, y á la facilidad con que pudiera lograr salir si lo desease.

(46) El fin de Juan de Parma fué digno de su noble vida. Sabedor de que en Grecia se había vuelto á presentar el cisma, obtuvo de Nicolás IV permiso para tornar al campo donde tanto fruto logró en otro tiempo; pero no se lo consintió la muerte, sorprendiéndolo en el camino.

(47) Nicolás III se asesoró para el exámen y explicación de la regla con un experto jurisconsulto, dos cardenales, el General de la Orden, etc.

(48) Incurre muy frecuentemente en esta confusión, v. gr., Cantú, en *Los Herejes de Italia*.

(49) Angel Clareno.

(50) Pedro Juan de Oliva fué acusado de haber introducido algunos errores en sus obras. Mandóle el General de los Franciscanos quemar un tratado acerca de la Virgen, que contenía proposiciones excesivas y malsonantes, y al punto lo ejecutó sin replicar palabra. Juan XXII condenó su *apostilla* á la Biblia. Sixto IV permitió que se leyesen las obras de Oliva, «dejando las espinas y cogiendo las rosas.»

(51) Murió en 1300.

(52) Entre ellos se cuenta el de haber tomado una nodriza para que en el pesebre lo lactase. Asimismo narra Salimbene como le rodeaban doce mozas, que se decían *Apostolesas*.

(53) *In Planctu Eccl.*

(54) No contentos con esto los Terciarios, despacharon bula á los Inquisidores solicitando procediesen con todo rigor contra fraticelos, begardos, etc. Cornejo, que refiere esta circunstancia,

cita una larga serie de autores en demostración de que los fratrícelos ni se originaron ni formaron parte jamás de la Orden Franciscana. *Chron. de la Relig. de N. P. S. Franc.*, t. III, pag. 486.

(55) Laurent: *Etud. sur l'hist de l'hum. L'Orient.*

(56) Llamósele también Saquiamuni, que quiere decir solitario de la raza de Saquia.

(57) E. Caro : *La maladie du pessimisme au dix-neuvième siècle.*

(58) « Circa matrimonium et relationes inter homines ac mulieres religio in Russia provocavit errores inter se maxime oppositos; nam ex una parte nasci facit amorem pravum pseudochristi eorum vulgo dictorum *Eskakunis*, ex altera autem parte absolutam continentiam et eunuchismum illorum qui vulgo vocantur *Eskopetos*... Juxta *Eskopetos* carnalis copulatio protoparentum causa primi fuit peccati, et ideo mutilatio debet redimere ab eo hominem... — Semejantes sectas parecen reproducir en pequeño, en el más jóven de los pueblos de Europa, las enseñanzas heterogéneas que señalaron, en los principios del Cristianismo, á las sectas gnósticas. » Anatole Leroy Beaulieu : *L'Empire des Tsars et les Russes*. Aun cuando este trabajo se publicó en francés en la *Revista de Ambos Mundos*, creemos oportuno traducir la cita al latín para estas páginas. Los afiliados al nihilismo suelen afeitarse las cejas, y usan gafas azules para no agradar, como la famosa Vera Zasulitch.

(59) « En attendant cette apocalypse de la fin du monde et en vue de la préparer, on dit que dans l'Allemagne, et particulièrement á Berlin, il existe á l'heure qu'il est une sorte de secte Schopenhaueriste qui travaille activement á la propagande de

ces idées et qui se reconnait à certains rites, à certaines formules, quelque chose comme une franc-maçonnerie vouée par des serments et des pratiques secrètes á la destruction de l'amour, de ses illusions et de ses oeuvres. » E. Caro: *La maladie du pessimisme*. No alargamos más la cita; pero si tales aberraciones se extienden y dominan en el siglo XIX, ¿por qué hemos de admirarnos de que en el XIII fuese práctica piadosa de algunas sectas el inmolarse las madres á sus recién nacidos?

(60) El Buda, después que se hubo retirado del mundo, no vivió sino de limosnas. Sus discípulos llevaban el nombre de *chiao*, *el que vive de limosnas*.

(61) El 25 de Agosto de 1330, Pedro Corvario, puesta una cuerda al cuello, y postrado á los piés del verdadero pontífice Juan XXII, abdicó sus derechos, si pudiera tenerlos, pidiendo humildemente absolución y penitencia. Hé aquí lo que á propósito del cisma provocado por Luis de Baviera — que no referimos detalladamente por ser ménos importante á la cuestión tratada en este Capítulo — decía el mismo Juan XXII, en una carta á la reina de Francia, que le había escrito recomendándole calurosamente la Orden de Menores: — « Para que quede satisfecha la regia solicitud respecto del cariño que profesamos á esa Orden, queremos que la regia Excelencia sepa indudablemente esto: que desde entonces no ha variado nuestro cariño hácia esa Orden, ántes aumentó, áun cuando aquel Pedro de Corvario, fraile de esa Orden, haya intentado ocupar presuntuosamente la Cátedra del bienaventurado Pedro, y hacerse nombrar por sus secuaces Sumo Pontífice; y Miguel, su general, con algunos secuaces, haya creído sustraerse, como cismático y herético, á nuestra obediencia y la de la Sede Apos-

tólica y ministros de dicha Orden... Sin embargo, la Orden susodicha, en todas partes (á excepción de pocas y viles personas, casi todas sentenciadas ya á cárcel ó sujetas á juicio), tan pronta y plenamente ha obedecido nuestros mandatos, como suele siempre esta Orden obedecer los del Sumo Pontífice y de sus verdaderos generales. Los dichos frailes han observado nuestros entredichos donde pudieron, y donde no, huyeron, yéndose á partes en que pudieron observarlos. Tanto los inquisidores de la herética pravedad, como los ministros y otros de la misma Orden, hicieron distintos procesos, y emanaron varias sentencias, y ahora todos los ministros y otros frailes, despreciando increíble peligro de muerte, apresuran su paso hácia París en busca del ministro general: por todas estas cosas, hija carísima, ¿no ha merecido tal Orden aumento de gracia y favor?»—La condición nada benigna de Juan XXII da más valor á este favorable testimonio.

(62) «Así es que la Orden Franciscana engendra inmediatamente una secta, la cual rompe toda la doctrina ortodoxa, y despierta la tendencia vivísima á creer en segura renovación dogmática después de la renovación moral, para el establecimiento de progresiva iglesia donde sean perpetuas las relaciones del cielo con la conciencia del hombre.» Emilio Castelar: *San Francisco y su convento en Asís*. El Sr. Castelar sabe historia bastante para conocer los lados flacos de esta refulgente síntesis hegeliana: pero ¿quién renuncia á entroncar con san Francisco?

(63) «Bien digo, que quien registre hoja por hoja nuestro volumen, aún encontrará páginas donde leer: Yo soy aquél que siempre fui.» *Parad.*, c. XII.



CAPITULO VI.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LAS ARTES.

Constantino traslada el arte á Bizancio.— Estilo bizantino.— Los mosaistas.— San Márcos.— La ojiva.— Simbolismo.— Renacimiento franciscano.— La basilica de Asis.— Falange de artistas congregados en torno del sepulcro de San Francisco.— Cimabue.— Giotto.— Los giottistas.— El último bizantino.— Los artistas frailes.— Decadencia.— Iglesia de la Porciúncula.— Basilica de san Antonio.— Santa Croce.— Murillo y el Cristo abrazando á San Francisco.

.....
" Por la gracia de Dios hemos sido llamados á manifestar á los hombres groseros que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa.
.....

(Es tatutos de la corporación de pintores de Siena.)
.....

BAJO las ruinas hacinadas por visigodos, vándalos, godos y lombardos, el arte clásico yacía sepultado, sin que pudiese exhumarlo el Cristianismo, que, por una parte, hallaba en los monumentos paganos memorias amargas de sangrientas per-

secuciones, y harto hacía en no cooperar á la obra destructora de Alarico y Astolfo y conservar los tesoros origen más tarde del Renacimiento (1); y, por otra, al traer nuevos ideales á la sociedad, aspiraba á innovar también un arte, informado en su criterio estético, nutrido en su seno, que reflejase sus ideas, bien como los lagos de la tierra reflejan los colores del cielo. Constantino, concentrando el movimiento y el poder en Bizancio, la gran rival de Roma, estampó el sello del genio oriental en la época primera de las artes cristianas. A la metrópoli ostentosa del Bajo Imperio afluyeron cuantos artistas y artífices hábiles quedaban aún en los países latinos: allí fueron trasportados, como cautivos que siguen el carro del vencedor, el famoso *Paladio* y el *Júpiter* de Fídias, la fortuna romana y la belleza griega; mas no rompió ésta sus grillos para alzarse triunfante como un tiempo se alzara entre los conquistadores del Lacio: Constantinopla brotaba ya su flor, el estilo bizantino, como severo é inmutable en sus hieráticas líneas, como el dogma (2) intenso y espléndido en colores, como el celaje y la luz de las comarcas de Oriente. Surgían los mosaistas, transformando la tradición pagana, creando un arte nuevo con procedimientos antiguos, y haciendo que el mosaico, que ántes hablaba el lenguaje correcto y puro del diseño, entonase ahora el himno sonoro y brillante del colorido. Ita-

lia hubo de recibir segunda vez de ajenas manos la antorcha del arte , para nunca dejarla extinguirse. Una pléyade de artistas amalfitanos se consagra á estudiar con los maestros de Bizancio : cuando se construye la iglesia de Monte Casino , á Bizancio piden los fundidores de bronce , los esmaltadores , los mosaistas , los orífices ; y la escuela bizantina , cruzando el Adriático , alza en Venecia un edificio singular , una maravilla , San Márcos , cuyas arcadas se levantan sostenidas por quinientas columnas de mármol blanco , negro , veteado , de alabastro , serpentina y esmaragdina , redondas unas , poligonales otras y cubiertas de inscripciones sirias y armenias , descansando todas en pavimentos de pórfido y jaspes incrustados de misteriosas y proféticas figuras (3) ; y sobre cuyas bóvedas y murallas , cubiertas con áureo manto , se destaca una legión de apóstoles , profetas , vírgenes y ángeles de mosaico , vestidos de azul , de púrpura , de verde y amaranto , como prodigiosas flores abiertas en el jardín del paraíso. Con sus cinco cúpulas , con su ábside semicircular , parece San Márcos joya peregrina , broche constelado de pedrería refulgente : ilusión no muy distante de la verdad , porque gemas y piedras preciosas son en efecto las glaucas serpentinadas , las rubias ágatas , los negros bruñidos ónices , el translúcido alabastro , los jaspes rojos como sangre y salpicados de manchas blancas como

gotas de leche , que parecen digno engarce del medallón de delicado esmalte que brilla sobre el altar mayor , la *Pala de oro*. Y sin embargo, al contemplar el extraño edificio , la asiática prodigalidad de su adorno , la riqueza de sus materiales , adviértese el carácter decadente del Bajo Imperio , retratado en aquel lujo sensual que fascina los ojos sin mover el corazón.

Nó en Oriente, sino en Occidente, hade nacer y crecer la más alta y pura inspiración del arte cristiano; así como en Occidente, y nó en Oriente, ha de perpetuarse la fe ortodoxa. Tenga el origen que quiera la arquitectura que por *gótica* conocemos; sea ó nó impropio darle este nombre en vez del de *ojival* ; provenga su primer idea de las formas piramidales de las coníferas en las selvas germanas , ó de las estalactitas esbeltas de las grutas, ó del templo pelásgico de los Gigantes , ó de las pagodas indias, ó de las construcciones ciclópeas ; fuesen dueños de sus ocultos principios persas y árabes , ó trasmitiésenlos de padres á hijos, desde el tiempo de Salomón, los compañeros masones , es lo cierto que el gótico en todas sus variedades, — así la sencillez sajona como el florecimiento lombardo — expresa con incomparable profundidad y vigor la idea religiosa. Existe una escuela crítica que niega el simbolismo de las catedrales : empresa vana, porque este simbolismo se reveló á las generaciones creyentes de ayer como á las increí-

dulas de hoy; porque el arte y la poesía lo han consagrado, y porque las piedras viven aún, significando lo que significaron siempre. Otros simbolismos, otras alegorías parecen oscuras, y hay que esforzar el entendimiento para comprenderlos: en la catedral gótica, el poeta y el erudito, el católico y el racionalista unánimes sienten y ven la imagen de la ciudad mística, de la Jerusalén celeste; y en las flechas y agujas y en el dominio de la vertical, la aspiración hacia el mundo del espíritu, y en la cruz de la nave, el instrumento de la regeneración humana; y en las vidrieras fulgurantes y el encendido rosetón, los esplendores de la gloria; y en los monstruos que se retuercen en las gárgolas vomitando el agua llovediza, ó se encogen abrumados por la pesadumbre de las cornisas, la deformidad é ignominia del pecado; y en la flora y en la fauna que adorna frisos y capiteles, otros tantos emblemas; y finalmente, hasta en los números; en recuerdo de la Trinidad, de los sellos del Apocalipsis, de los Apóstoles, suelen encontrarse tres ventanas ó puertas, siete bóvedas, doce pilares. Y no por ofrecer carácter tan expresivo merece el estilo ojival la calificación de sublime contrasentido arquitectónico; antes es causa de asombro para inteligentes lo exacto y racional de las reglas de construcción que aplicaban aquellos iniciados de las logias masónicas (4), cuya ciencia esotérica se perdió. No hay artificio más osa-

do ni más feliz que el de las pilastras curvas que sostienen los contrafuertes, ni clases de bóveda más atrevidas y seguras, ni más ligera y elegante trabazón de materiales que la de las torres, ni edificios que á menor peso reúnan más solidez é indestructibilidad.

Lo que cautiva en el gótico es ver cuán armoniosa concordancia estableció entre su arte maestra, — la arquitectura, — y las demás auxiliares. El mosaico en vidrio enciende con irisados matices la frialdad del granito, la orfebrería reproduce en relicarios y vasos sagrados las formas aéreas de la ojiva; el escultor imaginero puebla las hornacinas de místicos personajes; el tallista escribe en cada sitial del coro una página del antiguo ó nuevo Testamento: el miniaturista paciente cubre de viñetas y letras floreadas el misal ó el salterio. Es un concierto de todas las voces del arte, unísonas al entonar la sinfonía de la fe.

Al decaer la escuela bizantina, se extiende la gótica, con mayores alientos y más fecunda y briosa inspiración; pero los artistas han menester nuevos asuntos que exalten la fantasía, horizontes distintos de los que divisaron sus predecesores. A fin de encubrir el dibujo seco y rígido, los angulosos ropajes, las cabezas yertas, las actitudes de momia, apelaron los maestros griegos á la magia del colorido, á los fondos de oro, á la opulencia de los materiales, y como su arte bárbaro no les permiti-

tía representar las ideas con la expresión y movimiento de las figuras, acudieron á medios pueriles, y significaron la grandeza del Eterno, dándole proporciones gigantescas, y colocando los personajes en orden hierático, manifestaron el lugar que espiritualmente les correspondía. El arte naciente pide más; solicita un elemento dramático, un sentimiento real que anime sus creaciones. Nadie pudiera brindárselo mejor que san Francisco de Asís. Su historia, sus prodigios, su amor por la naturaleza, su activa caridad, ofrecen puro y fresco manantial de inspiraciones; viva fuente en que se renueve la exhausta vena bizantina. El platonismo, tan influyente en la filosofía franciscana, que considera las formas sensibles espejo de la divina hermosura, y para quien verdad y belleza son dos atributos de una esencia misma, y la belleza visible verdad exaltada y caldeada por el entusiasmo y la fe, va á animar con su soplo el arte. La escuela que nazca en torno del sepulcro del penitente de Asís, reconocerá los fueros de la naturaleza y los derechos de la vida; traducirá en los semblantes el sentimiento y la inteligencia, y hará de los petrificados modelos bizantinos figuras reales y humanas.

En la tumba de san Francisco de Asís vemos por vez primera campear el estilo ojival que anteriormente sólo se presenta como tentativa y ensayo (5): ya la iglesuela de la Porciún-

cula, cuna de la Orden de Menores, ofrece en su puerta un arco agudo ; pero la corona otro de cintra plena. Cuando fray Elías recibió de Gregorio IX orden de construir un monumento digno de encerrar el cuerpo de san Francisco, eligió para la fundación un lugar del cual huían las gentes, una meseta siniestra donde eran ajusticiados los reos, el *Collado del Infierno*, nombre que el Papa mudó llamándole *Collado del Paraíso*. A petición de fray Elías, Federico II envió á Asís al arquitecto Jacobo Lapo (6) y éste trajo consigo un niño, un aprendiz, que más tarde había de tomar el hábito franciscano, sucederle y dar cima á la obra colosal: fray Felipe de Campello. Comenzáronse los trabajos con la actividad que despertaban entónces tales empresas, llovieron de todas partes dádivas ; acudió un enjambre de obreros, gratuitos y voluntarios unos, soldados otros ; abrió Asís sus ricas canteras de mármol ; se niveló la roca ; allanaron un área inmensa donde asentar el edificio ; y el día de la canonización del Santo, Gregorio IX colocó solemnemente la primera piedra ; en el espacio de veintidos meses estuvo terminado el templo subterráneo ó cripta, y se verificó la traslación del cuerpo y su enterramiento misterioso : después se alzaron con no menos rapidez la iglesia central y la alta. Así se completó el monumento con sus tres cuerpos sobrepuestos, hundido el primero en

las entrañas de la tierra , firmemente apoyado en ella el segundo, y el tercero bañándose en el azul de los cielos. Coronan el cuerpo central arcos agudos apoyados en anchos pilares, de donde brotan los finos haces de columnas de la iglesia alta. A la fría lobreguez de la cripta sucede en la iglesia central tibia claridad cernida por los vidrios de las ojivales ventanas ; mientras en la iglesia superior penetra á torrentes la luz del sol , ayudando á patentizar la traza admirable de su bóveda, que midiendo de largo trescientos treinta y tres palmos romanos , no tiene vigas ó trabes que las sostengan, y sus piedras, apoyadas unas en otras con singular valentía, descansan en los arcos. Severo é imponente es el aspecto exterior de la basílica; la altura del collado que domina le da, desde léjos , apariencia de fortaleza. Dentro , quiso Elías que derramase el arte todos sus tesoros, y que las desnudas murallas vistiesen galas régias, adornándose como la Esposa de los cantares para recibir al Esposo. En derredor del sepulcro de Asís—considerado , después del de Jerusalén, entre los más gloriosos del orbe — se congrega una falange de artistas inspirados por ideales nuevos , y alborea el Renacimiento. Fueron los primeros atraídos Giunta Pisano y Guido de Siena , maestros arcáicos de la pintura italiana, que ya empiezan á soltarse de las ligaduras bizantinas. Giunta , primer propagador

del arte toscano , trazó sobre la puerta de la segunda sacristía de la basílica el curioso y fiel retrato de san Francisco , y en el altar mayor el gran crucifijo al pié del cual se prosterna fray Elías (7), — llegado entónces al apogeo de su tiránico poder.—Cimabue sigue á Guido y á Giunta : discípulo también de los griegos , no osa sacudir del todo su yugo , ni hacer que el aire circule y la perspectiva se ensanche ; pero una tarde , paseándose por la campiña , encuentra un pastorcillo que , sentado en una piedra , sobre delgada lámina de pizarra esbozaba el contorno de una oveja de su rebaño. Cimabue convirtió al zagal en pintor , y aquel niño , amamantado por los ubérrimos pechos de la madre naturaleza , acostumbrado á ver la soledad del campo animada por la presencia de Dios , alcanza lo que no pudo alcanzar su maestro , sujeto por estrechas tradiciones : fundar la pintura italiana , y merecer el láuro que le adjudica un conocido terceto de Dante :

.....
 Credette Cimabue nella pittura
 tener lo campo , ed ora ha Giotto il grido ,
 si che la fama di colui oscura (8).

Giotto es por excelencia el artista del cristiano Renacimiento. No hay sino compararlo

con los bizantinos. En vez de tradición, observación; en lugar de ídolos, hombres; ya no son sus personajes abstracciones, sino criaturas vivientes, cuyas actitudes y semblantes estudió. Todo el arte pictórico de Italia está en germen en Giotto, como en Dante florece toda su poesía. A semejanza de Miguel Angel, señoreaba Giotto tres bellas artes hermanas, arquitectura, escultura y pintura; y cual nuestro Murillo, las tendencias naturalistas de su pincel, léjos de dañar á la idealidad de sus creaciones, la realzan y avaloran. Pues bien; en la leyenda de san Francisco encuentra Giotto inagotable serie de inspiraciones. Puede decirse que pasa su vida artística en oración ante el Santo de Umbría. Peregrino de la belleza y de la piedad, recorre á Italia, y va dejando por donde quiera estrofas del poema franciscano; en Rávena, en Rímini, en Verona y Florencia. Una pintura suya, san Francisco recibiendo los estigmas, gana en Pisa tal aplauso, que al punto le llaman para contribuir á la decoración del famoso cementerio. Pero donde se espacia la vena fecunda de Giotto es en la basilica central y superior de Asís. Veinte años, lo mejor de su carrera, dedicó á vestir las paredes que guardan el sagrado cuerpo. Allí representó á san Francisco en las principales situaciones de su vida; niño aún, pisando el manto que le arroja un profeta de sus altos destinos; mozo ya,

cuando se desnuda el traje puesto para dársele á un pobre; luchando con los primeros impulsos de la vocación, y viendo en sueños banderas y armas que ostentan el signo de la cruz; oyendo la voz del milagroso crucifijo de san Damián que le manda reparar la Iglesia; renunciando en manos de su padre, ante el obispo, los bienes todos que la tierra ofrece; sosteniendo con sus hombros la basílica de Letrán, que oscila; cruzando los aires, arrebatado en un carro de fuego ménos ardiente que el amor que le abrasa; proponiendo al Sultán arrojarle en una hoguera para probar su fe; predicando á las aves que le rodean y escuchan; resucitando al mancebo aplasado bajo los escombros de una pared: — pintura donde el artista se retrató á sí propio, en actitud de contemplar pensativo el suceso: — Y después del tránsito terrenal, la apoteosis: Giotto se remonta á esferas de luz, y con pincel más que nunca egregio traza el triunfo del penitente: san Francisco revestido de preciosa dalmática diaconal recamada de flores, reclinado en silla gestatoria que conduce regocijada legión de ángeles, ascendiendo al empíreo. Ni olvida el pintor las tres vírgenes compañeras de Francisco, que le abren la puerta del cielo: la *Obediencia*, imponiendo á un fraile arrodillado el yugo, haciéndole con el índice señal de silencio, mientras la *Humildad* arroja al mónstruo de la *Soberbia*, mitad can y

mitad hombre; la *Castidad*, doncella hermosísima, protegida por fuerte torreón, empuñada sobre alta roca, á la cual intentan trepar, incitados por Francisco, un fraile Menor, una Clarisa, un Terciario: el fraile es Juan de Muro, general de la Orden; el Terciario Dante Alighieri, grande amigo del artista, y que es fama le sugirió la idea de estos frescos; y, por último, la divina amante, la *Pobreza*, bella, pero demacrada y pálida, tendiendo la diestra á Francisco, jóven aún; mientras Cristo los une y el Padre bendice los desposorios, un perro persigue á la Pobreza con furiosos ladridos, un hombre vestido de púrpura tira piedras á la desposada, otro intenta coronarla de espinas, y allá léjos los avaros aprietan al corazón la repleta bolsa. Al contemplar esta obra de arte, acuden á la memoria las estrofas de Jacopone:

.....
Povertade poverina
ma del cielo cittadina...

.....

A la sombra de la basílica de Asís, en torno del maestro, se agrupó una bandada de discípulos, que después habían de esparcirse y volar por Italia difundiendo la buena nueva del Renacimiento de la pintura. Cavallini, el que ayudó á Giotto á crear el delicioso mo-

saico de la *Navecilla*, dejó en Asís una obra admirada por Miguel Angel, la inmensa *Crucifixión*, en cuyo cielo lloran los ángeles, tras-pasados de elegiaca tristeza. Puccio Cappana, que había de bajar tan jóven al sepulcro, reprodujo la escena de la estigmatización, el Sepulcro de Cristo y el Descendimiento. Obras de Simón Memmi — el amigo de Petrarca, el pintor de Laura, — y Juan Tadeo, cubren también los muros de la basílica. No; el Renacimiento del arte italiano por excelencia, de la pintura, no data de los siglos XV y XVI, ni se origina de la restauración clásica. El siglo XVI es la flor completa, á la tarde de la pintura; pero en el templo de Asís, en el XIV, esparce ya su aroma el capullo y luce la aurora. Desde el XIII, la mayoría de los artistas italianos salen de Toscana, y se señala la escuela de Umbría, tan sóbria y noble en sus procedimientos. Bien comprendió la evolución que se realizaba en el arte aquel Margaritón de Arezzo, pintor, escultor, arquitecto; autor de la tumba de Gregorio X; el que enseñó á restaurar los cuadros, á bruñir el oro, á aplicarlo en láminas; último discípulo de la escuela bizantina, que viéndola vencida al terminar el siglo XIII, emprendió la obra titánica de detener la marcha del tiempo, y de imponer otra vez á la pintura la tradición griega, muriendo de pesadumbre y enojo cuando se convenció de la esterilidad

de sus esfuerzos. Al borde del sepulcro de san Francisco empieza, pues, el Renacimiento pictórico; pero concurren también las demás artes: Fuccio esculpe el mausoleo de Hecuba de Lusiñan: Bonino, natural de Asís, forma una sociedad de artistas vidrieros que decoran las ojivas.

La escuela de artistas frailes, da gallarda muestra de sí con el arquitecto Felipe de Campello, el que terminó la basílica de san Francisco y erigió la de santa Clara; con Mino de Turríta, príncipe de los mosaístas, á quien se atribuyen las pinturas de las paredes laterales de la basílica inferior: con su discípulo Jacobo de Camerino: con fray Martín y fray Francisco de Terranova. Ni en los siglos llamados *renacientes* se apaga la inspiración franciscana: Andrea de Asís, discípulo de Perugino y rival de Rafael, el que fué llamado *Ingegno* por su destreza prodigiosa, y se consumió de melancolía, habiendo quedado ciego en la flor de sus años, trazó en la basílica sus *Sibilas* y *Profetas*; Dominiquino de san Severino talló la sillería del coro; y en plena marea naturalista, el contemplativo Cigola consagró vida y pinceles á tratar un asunto único: la estigmatización de san Francisco. Considerando los límpidos destellos que en la tumba del penitente despide el arte, no parece infundada afirmación la de que en la centuria décimosexta, entre incomparables

esplendores artísticos, se trasluce ya la decadencia cercana é inevitable: desde luego, el arte ha perdido en tal período el rumbo religioso y desconoce los senderos del ideal. Basta á persuadir de ello la comparación de los dos monumentos consagrados á san Francisco en Asís: la basílica ya descrita y la que cubre la Porciúncula, del siglo XIII la primera, la segunda del XVI, ejecutada conforme á los diseños del renombrado arquitecto Vignola. Alzase ésta en risueño llano; son sus proporciones grandiosas y puras; ostenta tres majestuosas naves, diez capillas y una elegante rotonda; pero su estilo dórico enfria el alma: fáltale la sombra, el misterio, la poesía del gótico, el vago sentimiento del infinito que despierta el arco agudo al lanzarse al cielo; y si bajo sus bóvedas no se cobijase la amada Porciúncula, la capillita primitiva, pobre y tosca, humilde nido de la Orden de Menores, apenas tendría el edificio otro interés sino el de revelar la impotencia de un arte esclavo de la materia y de la forma.

Dos monumentos más encierra Italia en que la inspiración franciscana creó maravillas: San Antonio, en Padua, y Santa Croce, en Florencia. Para enriquecer la tumba del taumaturgo, toda magnificencia pareció escasa á las generaciones devotas de aquel popularísimo apóstol, defensor de los débiles, de las mujeres y de los niños, el *Santo* por antono-

masía de la Edad media. Envanecida Padua de poseer los restos de san Antonio, encargó á Nicolás de Pisa la erección de suntuoso templo, que, con sus siete cúpulas, las agujas de sus tres minaretes, se parece á San Marcos, á las mezquitas musulmicas, á los palacios orientales; pero el ábside poligonal, los prolongados arcos, recuerdan la preferencia de los franciscanos por el estilo gótico, que en Italia propagaron. Interiormente, la opulencia del templo sobrepuja cuanto puede concebir la fantasía: la capilla principal, donde reposan las cenizas del Santo, deslumbra como un relámpago de oro y plata y preciosos mármoles: día y noche la iluminan candelabros de argentería sostenidos por figuras de ángeles, y tres lámparas de oro macizo, presente una de ellas del Gran Turco (9): los adornos son de lo más rico y complicado del Renacimiento: puéblanla magníficas estatuas, que, al reflejo de las luces, parecen animarse y vivir; la obra de Andrea Riccio, el soberbio candelero de bronce, tenido por el más bello del orbe, completa la esplendidez del conjunto. Está poblado el templo de obras maestras: Donatello esculpió el gran Crucifijo; Liberi pintó una vez más á san Francisco recibiendo los estigmas; Belano de Padua adornó el coro con bajos relieves de bronce. En la *Scuola del Santo* — contigua á la iglesia — se conservan frescos de Ticiano, escenas que conmemoran la piedad dis-

pensada por el taumaturgo á las mujeres, víctimas de la barbarie conyugal en la Edad media : una esposa muerta á puñaladas por su esposo y resucitada por el Santo : otra acusada, cuyo honor vindica concediendo el habla al párvulo que está en la cuna : con otros muchos episodios de la vida del glorioso predicador. Custodiase en el tesoro del templo su incorrupta lengua, menos fecunda y elegante, pero más influyente en las multitudes que la que atravesó Fulvia con las agujas de su cabello (10).

Con el esplendor de San Antonio de Padua, contrasta la severidad de Santa Croce de Florencia. Arnolfo alzó para los franciscanos sus tres naves : el vasto edificio de estilo gótico florentino , es sombrío, austero, de figura de cruz , alumbrado por altas é imponentes ventanas ojivales , poblado de mausoleos donde reposan grandes hombres, guarnecido á derecha é izquierda de capillas que de padres á hijos ornaron pintores excelsos , Giotto, Estefano y Tadeo Gaddi, Giotto hijo de Estefano, y Angel , hijo de Tadeo, que trazaron la historia de la pecadora Magdalena , el martirio de los apóstoles, la vida de san Francisco, la de la Virgen ; el apocalíptico pincel de Uccello produjo un cuadro del Juicio final ; Cimabue , un retrato auténtico de san Francisco, tan estimado que sólo una vez al año se enseña ; Lucas de la Robia, el rey de la cerá-

mica, los barroes que incrustan el pórtico, las estatuas de santo Domingo y san Bernardino, el gran grupo de porcelana de la Virgen con el Niño; los platos de majólica; Benito de Majano, el admirable púlpito de mármol y bronce; Donatello, la efigie de san Luis de Tolosa, y un Crucifijo, del cual se refiere curiosa anécdota (II). Cruzando las hileras de sepulcros que encierra el recinto de Santa Croce, extraña y profunda impresión sobrecoge el ánimo hallando tan próximas tres tumbas, tres nombres: Miguel Angel, Maquiavelo, Galileo. Parece que las desoladas figuras que lloran sobre el mausoleo de Miguel Angel, las artes hermanas, ven ya en lontananza descender á su ocaso el sol del Renacimiento, y venir la corrupción y el mal gusto y nacer con Galileo — el mismo día y á la misma hora en que Miguel Angel espira — una era en que la ciencia venza y eclipse á las artes.

Entre los artistas españoles á quienes se comunicó la inspiración franciscana, citemos sólo uno, Murillo; y de ese una obra no más, el *Cristo crucificado abrazando á san Francisco*, que guarda el museo de Sevilla. Es lienzo de los que vistos una vez, no se olvidan jamás. Sobre un cielo cubierto de brumas se alza la cruz. Cristo, descolorido, agonizante y trágicamente hermoso, desprende del madero el brazo derecho, que ciñe al cuello de Francisco de Asís: el rostro de éste, levantado, expresa

compasión penetrantísima, amor encendido y sublime: sus manos palpan trémulas de respeto el cuerpo divino; en sus ojos brilla luz de éxtasis; con un pié rechaza desdeñosamente el globo del mundo. Respira el cuadro la sencillez y la unción que distinguen á nuestro soberano pintor místico; las actitudes son naturales, sobrio y conciso el desempeño, dramáticos y potentes los efectos de la luz y colorido; en el grupo hay realismo y sinceridad tal, que nos hace olvidar la historia y creer un instante que así como José y Nicodemuş amataron el sacrosanto cuerpo, pudo Francisco de Asís consolar la agonía del Mártir, y embriagarse en su sangre divina, bebiendo en ella la locura de la cruz. Entre los muchos prodigios, regalos y favores celestiales que se cuentan en las crónicas de san Francisco, no figura el que da asunto al cuadro de Murillo: doblado mérito del pintor, ya que su genio solo concibió la alegoría profunda del abrazo amoroso que al través de las generaciones unió á Francisco de Asís y á Jesucristo: abrazo que dejó al penitente de Umbría eterna sed de martirio, y le hizo viva imagen del Redentor, hasta en sus llagas. Nuestro incomparable Bartolomé Esteban Murillo, nuestro gran artista cristiano, hubiera podido adoptar los estatutos de la corporación de pintores de Siena, que empezaban con estas palabras: «Por la gracia de Dios hemos sido llamados á ma-

nifestar á los hombres groseros, que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa ; nuestra fe consiste principalmente en adorar y creer en un Dios eterno, un Dios de poder infinito, de inmensa sabiduría, de clemencia y amor sin límites ; y estamos persuadidos de que ninguna cosa, por pequeña que sea, puede empezarse ni concluirse sin poder, sin saber, y sin amorosa voluntad.»



NOTAS.

(1) «Cierto que los principales santuarios fueron cerrados desde el tiempo de los hijos de Constantino y Teodosio, y abolidos los sacrificios, y las tierras y rentas pertenecientes á sacerdotes paganos confiscadas; pero las estatuas de divinidades ó héroes, distribuidas por los prefectos de la villa en los sitios públicos, continuaron — perdida ya la significación religiosa que las antiguas creencias les atribuían — sirviendo de adorno admirable á la Roma que no renegaba de su ayer... El cristianismo comprendió al punto que los monumentos de Roma pagana formaban parte de glorias que no le convenía repudiar, ya que según los secretos designios de la Providencia habían servido para agrupar las naciones y prepararlas á recibir el Evangelio... De esta suerte comenzó la singular metamórfosis en que la Edad media cristiana pudo, es cierto, ahogar algún recuerdo persistente de la antigüedad gentílica; pero en conjunto conservó y salvó muchos. — A. Geofroy: *L' Histoire monumentale de Rome et la première renaissance*.

(2) En el pavimento de San Marcos hay grupos y figuras que se atribuyen á la presciencia del célebre abad de Flora, el cual, según la tradición, representó en aquellos jeroglíficos muchos acontecimientos venideros.

(3) Uno de los trabajos en que con más curiosos argumentos se ha defendido esta tesis sin lograr demostrarla, es el breve estudio de R. Rosiéres: *Les cathédrales gothiques*.

(4) Quizá parezca ocioso decir que las logias masonicas en la Edad media eran cosa muy distinta de lo que son hoy las sociedades secretas conocidas con el mismo nombre. Eran gremios de obreros constructores, constituidos bajo una jurisdicción especial: se dividían en maestros, compañeros y aprendices, y ocultaban al vulgo sus conocimientos técnicos: tenían señales para conocerse, y una iniciación simbólica. Más tarde su carácter pasó de artístico á político, y fueron instrumentos de la revolución social.

(5) « El convento de Asís, construido poco después del año 1226, pasa en Italia por el ejemplar más antiguo del estilo gótico; mas no por esto se ha de decir que sea en Italia donde se empleó la ojiva por vez primera. » — Cantú: *Historia Universal*.

(6) Algunos, y entre ellos el P. Palomes, atribuyen á Nicolás Pisano el plan de la basílica de Asís.

(7) La figura de Elías tenía el letrero siguiente: *Jesu Christe pie, miserere precantis Eliæ*; y debajo la inscripción: *Frater Eliás fieri fecit: Juncta Pisanus me pinxit anno 1236, Indictione nona*. Ya no se halla esta pintura en el lugar que ocupaba.

(8) « Creíase que Cimabue señoreaba la pintura; pero ahora oscureció su fama la celebridad de Giotto. »

(9) Ya no existe: la fundieron, para ayuda del pago del impuesto de guerra, en 1797.

(10) Es digno de mención el hecho de que la guardia del templo de San Antonio estuviese encomendada á perros de Dalmacia , de la especie conocida por *perro de pastor*. Cierta noche que un criado de la familia Sografi acertó á quedarse entretenido en rezos hasta despues de cerrada la puerta , se colocaron dos perros á su izquierda y derecha, prontos á devorarlo si hacía el menor movimiento, y así lo tuvieron de rodillas hasta el amanecer.

(11) Cuando Donatello hubo terminado su Crucifijo , lo enseñó , lleno de orgullo á Brunelleschi, que le dijo : — « Ese parece algún aldeano á quien tú crucificaste; » — despues de lo cual , emprendió á su vez pintar un Crucifijo. Cuando Donatello llegó á ver la obra de su rival , cayósele de las manos el cesto en que llevaba el desayuno, y exclamó : — « Yo hago aldeanos ; pero tú haces Cristos. » — Y en efecto, el Cristo de Brunelleschi tiene la nobleza que falta al de su generoso competidor.





CAPITULO VII.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LA CIENCIA.

Carácter práctico de la obra de san Francisco. Importancia científica de las misiones.—Escoto.—Rogerio Bacón.—Hombres de ciencia del siglo XIII: Alberto el Grande.—Vicente de Beauvais.—Superioridad de Bacón.—Su historia.—Sus obras.—El ayudante de laboratorio de Bacón.—Consejas.—Si fué perseguido Rogerio Bacón.—Sus descubrimientos é invenciones admirables.—Funda el método experimental.—Su idea del progreso.—Fuentes de la ciencia de Bacón.—Comparación con Bacón de Verulamio.—Condición de ambos.—Escritos de Rogerio Bacón.—La filosofía inglesa.—Rogerio Bacón y el moderno positivismo.—Escuela baconiana: los frailes hombres de ciencia.—Grandeza de Bacón.

.....
Sine experientia nihil sufficienter sciri potest.

(Rogerio Bacón. *Opus majus.*)

.....
Nada se sabe bien sino por medio de la experiencia.

(Rogerio Bacón. *Obra mayor.*)
.....

AUNQUE á primera vista se tome por paradoja, es cierto que la obra de san Francisco de Asís reúne al carácter contemplativo otro muy positivo y práctico. Cuando san Francisco fundó su Orden,

no se propuso únicamente la salud espiritual de Europa y del orbe : los males del cuerpo, la lepra repugnante , los lamentos del Job de la Edad media tendido en fétido muladar, resonaban sin tregua en su corazón ; y al dictar enseñanzas ascéticas , señaló también reglas de higiene , é impuso á sus frailes deberes de enfermeros : mientras los dominicos se reservan curar las conciencias , extirpar el error, los franciscanos principal y señaladamente cultivan la medicina física , conocen las plantas officinales , y penetrando á impulsos de la caridad en los reinos de la naturaleza , cogen las primicias de su estudio y filosófica investigación. El predominio del misticismo ayuda también á despertar entre los franciscanos el amor de la indagación científica , eximiéndolos de los dogmatismos de la escuela ; y no contribuyen poco al mismo fin las misiones á tierras remotas , en que los *viajantes por Cristo* preludian las glorias geográficas de Colón y eclipsan las de Marco Polo.

A principios del siglo XIII el victorioso Kan Gengis sojuzgaba desde Corea y China hasta Moscovia y Tauris ; envalentonados con el éxito , sus hijos aspiraron á conquistar las regiones europeas , y espantosa irrupción de mogoles se precipitó sobre Sajonia , Bohemia, Hungría y Germania , en una mano la tea, en la otra la lanza , y en la moharra de la lanza la cabeza de un guerrero enemigo : el pánico

que difundían las bárbaras hordas era tal, que al oír su nombre abortaban las mujeres, y Blanca de Castilla decía á su hijo — « ¿ Ves qué siniestros rumores corren por la frontera? la invasión de los tártaros amaga nuestra total ruína, y la de la Iglesia santa : » — á lo cual contestaba san Luis, jugando del vocablo y con la serena energía de su fe : — « Pues madre, ó los tártaros nos mandarán al cielo, ó nosotros los mandaremos al tártaro. » — Cuando la inminencia del peligro forzaba á los reyes á pensar en nuevas guerras, los Papas ideaban expedientes conciliadores, y acariciaban el gigantesco plan de obtener sin efusión de sangre la unión de Asia con Europa, de ligar al Occidente el Oriente con el lazo de las creencias, de uncir al yugo evangélico las fieras tribus devastadoras que amenazaban renovar los días de Atila. Voces misteriosas, narraciones que llegaban, no se sabe cómo, de los desconocidos países del Mogol, inducían á creer que allí se profesaba ya un cristianismo más ó ménos puro y ortodoxo. Para certificar de tan importante noticia ; para conjurar en lo posible el riesgo de la irrupción, fueron enviadas al Asia las legaciones y misiones en que se señaló la Orden de San Francisco. Por los trabajos de los modernos exploradores del Africa y del polo boreal podemos concebir los grados de resolución y fortaleza que necesitaba un misionero del siglo XIII

para internarse en los páramos que se extienden más allá de los montes Urales, cuando además de la ceñuda hostilidad de la naturaleza se les oponía el furor de los nómadas, cebados en el saqueo y la matanza. Emprendían los frailes su caminata á pié, sin llevar más que el hábito puesto, y á veces un libro de oraciones y las vestiduras necesarias para el oficio divino; atravesaban las frias estepas, comían maiz hervido sin sal, bebían leche de yegua ó nieve derretida al calor de sus manos; agregábanse á las caravanas, dormían en el helado desierto, á la tártara, sobre el vientre de los caballos ó bajo el techo de piel de la tienda; encontraban á veces Kanés tolerantes y benignos, que los protegían y escuchaban sus predicaciones, otras daban con crueles jefes y sufrían malos tratamientos y martirio; y así, sin dinero, ni más armas que su constancia, logran llegar hasta el corazón de aquellos ignotos países y penetrar en el mismo sagrado pabellón amarillo del gran Mogol, y oír de boca de los tártaros que ellos habían recibido de Dios, desde remotos tiempos, misión de castigar con el azote de la guerra á las naciones culpables, y que hasta las aves del cielo sabían y contaban el poder del sucesor de Gengis. Fray Juan Plano de Carpi, el apóstol de Bohemia y Noruega, es el primero en informar á Europa de las costumbres y particularidades de la raza mogola; fray Guillermo

de Rubriquis, enviado de San Luís, le imita y escribe la curiosa relación de sus aventuras; fray Juan de Montecorvino se adelanta más aún por el Indostán, no se detiene hasta el imperio chino, y auxiliado por el soberano de la dinastía mogola, funda iglesias, convierte miles de personas, y traduce al tártaro el Oficio divino y el Evangelio; el beato Odorico de Jodernone vence en osadía é infatigable decisión á los más arriesgados exploradores contemporáneos. Verdad que en aquellos lejanos campos no recoge la fe la pingüe cosecha que esperaban los Papas: los misioneros hallaron á los tártaros poco supersticiosos, enemigos de Mahoma, pero budistas del rito lamáico: su supuesto cristianismo no pasó de conseja geográfica; los contados cristianos de Mogolia y China eran restos de la herejía nestoriana, enemigos natos de los católicos; mas si el fruto espiritual no fué tan copioso como se creía ¿quién podrá calcular los resultados científicos y civilizadores de los viajes, misiones y embajadas, que pusieron en contacto partes del mundo aisladas hasta entonces, revelaron á Europa la posibilidad de recorrerlas, y despertaron la industria y actividad comercial y la sed de empresas á que tantos triunfos debió el siglo XVI?

Distínguese la Orden franciscana por el temprano impulso que comunicó al progreso científico. De su seno van saliendo consecuti-

vamente, durante un siglo, los sabios que aplican el análisis al conocimiento de los fenómenos naturales. El filósofo insigne á quien los franciscanos declararon príncipe de su escuela, y cuyas doctrinas abrazaron y sostuvieron con ardor, Dunsio Escoto, consagró al estudio del universo físico hartas horas de su corta vida. Segun Wadingo, era Escoto notabilísimo por la profundidad con que poseía las matemáticas: los adelantos modernos vinieron á demostrar cuánto superaba á Santo Tomás en las ciencias físicas y exactas. Hállanse en sus obras rápidas vislumbres, é indicaciones clarísimas á veces, que revelan lo mucho que se adelantaba á su edad en la inteligencia de la naturaleza al tratar de los primeros principios componentes de los cuerpos; anticipóse Escoto á Leibnicio, Wolfio y Newton; sus opiniones acerca de la extensión y el espacio, la divisibilidad de la materia, la atracción, la gravedad, la electricidad, el flujo y reflujo, la propagación de la luz, su reflexión y refracción, el calórico, los colores, los cometas pueden considerarse hoy previsiones admirables. A semejanza de algunos espíritus elevados y claros de su época, Escoto no creyó que la tierra inmóvil fuese centro de la creación, antes la supuso, como Copérnico, en movimiento, al través de los espacios.

Pero la más alta gloria científica de la Orden franciscana es haber producido el hombre

cuya extraordinaria personalidad vemos agigantarse hoy, al contemplarla á la luz de la ciencia moderna : el que podemos saludar padre de la actual filosofía de la naturaleza , y de las grandes conquistas de los siglos XVIII y XIX. De otros excelsos pensadores caducaron quizás las doctrinas, y queda solo el recuerdo y la fama : Rogerio Bacón vive aún en cada victoria de la inteligencia sobre la materia, en cada paso que adelantan las ciencias exactas, físicas y naturales, predilectas hijas de nuestra edad : para el siglo XIII Rogerio Bacón era un sabio ; para nosotros es precursor, heraldo, profeta inspiradísimo, y saludamos su aparición cómo se saluda á la aurora que disipa la nocturna tiniebla. No demos lugar á que se interprete erradamente el símil ; Rogerio Bacón vivió en el siglo XIII , y el siglo XIII no es era de sombra , sino de claridad intelectual : mas así como el sol no alumbra á un tiempo los dos hemisferios, el entendimiento humano no recorre á la vez ambas esferas de la verdad : la ciencia especulativa y la positiva, el espíritu y la naturaleza. El siglo XIII derramó luz brillante sobre la primer esfera : para nuestros dias estaba guardado el conocimiento de la segunda, y, quién sabe si á edad más venturosa tocará concertar una y otra en síntesis admirable ! Quimera acaso esta esperanza, lícito es acariciarla cuando evocamos la sombra augusta del fraile filósofo

que sostuvo el progreso continuo de la inteligencia humana.

Ni faltan en el siglo XIII vislumbres de algunas ideas en que estriba el concepto científico actual, ni es Rogerio Bacón el único que se adelanta á su época. En el vulgo como en la mayoría de los letrados reina grosera ignorancia respecto del universo físico; Aristóteles domina en las escuelas, y las teorías se anteponen al espíritu práctico; la metafísica vencedora se absorbe en su propia contemplación (1); pero el mismo apogeo de la ciencia especulativa augura su decadencia próxima, y tal investigador aislado se consagra á descubrir fuentes nuevas de verdad. El bienaventurado Alberto el Grande (2), aquél á quien la fantasía de la Edad media atribuyó poder mágico, suponiendo que hacía cubrirse de flor y fruto los árboles en pleno invierno, con otros prodigios no menos asombrosos, no ejerció más hechicerías que sus observaciones y estudios, en los cuales se fundó para enunciar con notable profundidad y lucidez un sistema dinámico de filosofía de la naturaleza.—«Siempre, en la serie de las cosas,»—dice el maestro de Santo Tomás—«la siguiente se explica por la precedente: la primera informa á la segunda; y todas se enlazan entre sí y se remontan necesariamente á la causa soberana, en quien existencia y esencia se unen, y que obrando sin cesar, forma, perfecciona y rige

todas las partes del universo. Obra la causa primera porque *es*, nó en virtud de fuerza prestada; no se divide, pues, en dos partes, una activa y otra inerte; no pierde con la acción la inalterable unidad que le es natural...» (3)—El Padre Secchi podría invocar estas palabras de Alberto el Grande, para confirmar la teoría moderna de la unidad de las fuerzas físicas, de la energía inseparable compañera de la materia. Merece el dominico Vicente de Beauvais figurar al lado de Alberto, por haber presentado en su *Espejo* la atracción universal y la esfericidad de la tierra, añadiendo que á ser plana, el agua no correría, el sol aparecería á la vez en todas partes, y no veríamos al navío que se aleja descender en el horizonte; el benedictino Abelardo sostiene la misma opinión; el franciscano Guillermo de Conches trata de insensatos á los que no la admiten; Arnaldo de Vilanova emprende los primeros ensayos de destilación; el divino poeta Dante adivina la transformación de las fuerzas y la expone en hermosos versos. Sin embargo, ni Alberto el Grande, ni Vicente de Beauvais, ni Dante, significan ante la ciencia moderna lo que Rogerio Bacón. Ellos pudieron interpretar uno ó varios enigmas de la naturaleza; Rogerio Bacón lo hizo también, y en grado sumo, pero hizo más; dió el instrumento que sirve para conocer toda verdad, para aclarar todo misterio fenomenal del universo. Rogerio

Bacón es el revelador del método experimental.

Nació Rogerio Bacón en 1214, cerca de Ilchester, en el condado de Sommerset; su opulenta familia le envió jovencillo á estudiar á Oxford, donde atendió las lecciones de san Edmundo. No contaba veinticinco años cuando ingresó en la Orden de Menores, profesando el mismo día de su entrada. Discípulo de Dunsio Escoto, bebió en los escritos y doctrina de su maestro la predilección por la física, la óptica, la astronomía, las ciencias naturales todas. Más de un cuarto de siglo vivió entregado á arduos estudios en la soledad del claustro, hasta que la fama de los maravillosos descubrimientos realizados por fray Rogerio llegó á oídos del cardenal obispo de Sabina, y éste ordenó á su capellán Raimundo de Laón, que inquirese la verdad. Negóse Rogerio á revelar nada : era franciscano y no podía hacerlo sin permiso del superior ó dispensa pontificia. En breve fué el cardenal de Sabina electo papa, y se llamó Clemente IV; y dueño ya de vencer los escrúpulos de Rogerio, le dirigió una epístola pidiéndole comunicación del fruto de sus tareas (4). Realizó entonces Rogerio, escribiendo el *Opus majus*, el *Opus minus* y el *Opus tertium*, el prodigio que refiere así el editor inglés (5) de sus obras— «Por ser ejemplo de inmenso trabajo y sobrehumana aplicación, estas tres respuestas á la

pregunta del Papa deben—aparte de su mérito intrínseco—contarse entre las mayores curiosidades literarias. Increíbles parecerían los hechos que vamos á referir, á no evidenciarlos los mismos tratados. La epístola pontificia á Bacón está fechada en Viterbo á 22 de Junio de 1266. Si como se infiere del capítulo III del *Opus tertium*, se hallaba entonces Bacón en París ú otro punto de Francia, algunos dias debieron transcurrir antes de que le llegase la orden del Papa. Semanas, ya que no meses corrieron antes de que los copistas necesarios se juntasen y se procurasen los fondos precisos para tal empresa. Y sin embargo, todo se hizo, y terminóse la obra antes de que pasase el año 1267! »—Es de notar que cuando recibió las letras pontificias, no había escrito Bacón ni una página de las tres obras; y el que considere, más aún que las dimensiones, la variedad y novedad de las materias que comprenden, los difíciles cálculos que demandan, ha de maravillarse de la magnitud del esfuerzo llevado á cabo por un fraile del siglo XIII, desprovisto de recursos, de auxilio, de cooperación científica, de investigaciones anteriores que fundasen y corroborasen las suyas. Para que el Pontífice, ajeno á estudios físicos, entendiese lo que las obras contenían, Rogerio envió con los manuscritos y con instrumentos á un discípulo suyo, un fraile de veintiun años, curioso tipo de ayu-

dante de laboratorio en la Edad media, del cual su propio maestro, después de referir como le enseñó lenguas, matemáticas y física, dice—«que no se sabe haya cometido desde su nacimiento pecado mortal, y que lleva un cilicio en custodia de su pureza» (6). —Sea prez inmarcesible del íntegro y virtuoso Clemente IV, que en su breve pontificado de tres años y medio dió tan claros ejemplos de desinterés y piedad, el haber defendido los calumniados trabajos de Bacon, y conocido su singular valía; porque Bacon no se libró de la sospecha que pesaba en aquellos tiempos sobre las ciencias naturales: como Alberto el Grande, como su compañero el franciscano Bongey, Rogerio fué tenido por el vulgo en concepto de hechicero y nigromante, y se refirió de él la leyenda de que, habiendo prometido al demonio entregarle su alma, ya muriese dentro de la Iglesia, ya fuera de ella, á última hora lo burló astutamente muriendo ni dentro ni fuera, en un agujero abierto en el muro de un templo: rara conseja, y extraña acusación recayendo en el escritor del siglo décimotercio que con más copia de razones combatió los embustes y vanidad de la magia (7). Lo que dista mucho de estar probado es que el papa Nicolás III se uniese á la profana multitud en considerar inspiración satánica los trabajos de Bacon. Una obra escrita á mediados del siglo XIV refiere que el General de la Orden de Menores,

Jerónimo de Ascoli, aconsejado de muchos frailes, condenó y reprobó la doctrina de fray Rogerio Bacón, maestro en sagrada teología, por algunas novedades que halló en ella: y fray Rogerio fué sentenciado á cárcel, y mandado á los frailes no siguiesen su doctrina, antes la rechazasen como reprobada por la Orden: asimismo escribió el General á Nicolás III, rogándole interpusiese su autoridad para lograr el abandono de doctrina tan peligrosa (8). Sobre que ningun autor contemporáneo á Bacón habla de esta condena, ni Bacón en sus obras hace la más mínima alusión á las persecuciones que dicen padeció, el texto mismo del cronista indica que no eran sospechas de nigromancia las que influyeron en el ánimo del General, ni reprobó los experimentos científicos de Bacón, sino las novedades teológicas de su doctrina. Tampoco se sabe que la condena de la Santa Sede viniese á confirmar los celos de Jerónimo de Ascoli, ni que cuando éste ciñó la tiara con nombre de Nicolás IV hiciese algo en contra de fray Rogerio ó de sus escritos. La única queja que se encuentra en Bacón—anterior por cierto á la supuesta condena de Nicolás III—es la que exhala en el *Opus Tertium*, indicando á Clemente IV que hacía diez años estaba privado de enseñar, y que al recibir su mandato sintió un regocijo—«como el de Cicerón cuando fué llamado del destierro.»—Que el espíritu de su

época ocasionase contrariedades á Bacón , es cosa natural : inevitable que su franca cruzada contra los métodos de enseñanza en favor entonces le atrajese emulación y odios de los demas doctores, y si se toma en cuenta el carácter y estado de Rogerio Bacón, la índole de sus ocupaciones y el tiempo en que vivió, todavía sorprende como pudo escribir sosegadamente numerosísimos libros, tener ayudantes, discípulos, copistas, aparatos, y acabar en paz sus días.

Al considerar la obra científica de Rogerio Bacón , pasma su variedad y magnitud. Hombres hay que ganaron fama inmortal con una invención ó solamente con aplicar ó perfeccionar un descubrimiento ajeno. Bacón derramó descubrimientos é invenciones, como su compatriota Buckingham las perlas que recamaban su ropaje , con regia largueza. En otros escritores tenemos por presentimiento é intuición asombrosa haber pronosticado algún adelanto de la Edad moderna : Bacón anunció casi todos los que la enorgullecen y honran. Al hablar de instrumentos para navegar en mares ó rios con grandes naves, rigiéndolas un solo hombre y con mayor velocidad que si fuesen llenas de remeros ; de carros que caminasen con inconcebible rapidez sin que tirase de ellos animal alguno (9) , sienta el principio racional del empleo de las fuerzas naturales latentes por el arte, á que obedece

el descubrimiento del vapor; al decir que existía un artefacto chico y utilísimo para levantar pesos enormes, otro para recorrer el fondo de los mares sin peligro de ahogarse, un artificio por medio del cual un hombre sentado, moviendo con un resorte ciertas alas, viaja por el aire como un pájaro, un medio de arrojar puentes sobre el río más ancho sin necesidad de pilastras ni estribos, señala bien claramente la palanca, la escafandra del buzo, los globos aerostáticos, el puente colgante (10). Y es lo más singular que de todas estas novedades peregrinas, dice hablar por experiencia, excepto del artificio para volar, que declara no haber visto, aunque conoce al sabio que lo inventó (11): probablemente éste sería él mismo. Ni demuestra con ménos precisión poseer el secreto de la linterna mágica y del planisferio semoviente; pero sobre todo en óptica, es prodigiosa la riqueza de nuevos puntos de vista y conocimientos que revela. No sólo explica con exactitud las leyes de la visión, la anatomía del ojo, y ahonda los efectos de la reflexión y refracción, la catóptrica y la dióptrica, sino que describe la naturaleza y propiedades de los vidrios cóncavos y convexos, su aplicación á la lectura y observación de objetos lejanos; el aumento de tamaño producido por la lente, con la cual dijo que podían construirse anteojos que diesen á un niño dimensiones gigantescas, y aproximasen á nos-

otros los astros, y leer á gran distancia menudísimos caracteres; anunciando así el telescopio y el microscopio (12), como anunció las dos grandes aplicaciones del vapor. Estudia los fenómenos del arco iris, los halos, los anillos ó zonas coloreadas del sol, los matices diversos de que se tiñen las nubes, la polarización de la luz por el prisma, el orden de los colores en las superficies estriadas; observa los fenómenos tan misteriosos hoy como entonces del magnetismo, la atracción del imán para el hierro, la afinidad química del ácido y la base, el foco de calor solar que concentra la lente, la teoría de los espejos ustorios, las reglas de la perspectiva, la causa de la titilación de las estrellas fijas; y en términos precisos da la receta del más célebre quizá de sus inventos, la pólvora, que, lejos de considerar mero pasatiempo químico, apreció en toda su importancia y resultados, describiendo con gran energía los truenos y rayos artificiales más terribles que los naturales, la explosión y detonación poderosa causada por pequeñísima cantidad, y el estrago que á más altas dosis podría causar en ciudades y ejércitos (13): hé aquí la fórmula, con su frase cabalística, encaminada á recatarla del vulgo: —*Sal petrae Luru Vopo Can Utriet sulphuris, et sic facies tonitruum et coruscationem si scias artificium* (14). ¿No es cierto que tantos inventos, tantas maravillas realizadas por un solo hombre á pesar

de circunstancias y tiempos, son la más interesante y extraña leyenda que encierra el siglo XIII? Es mucho que los sencillos contemporáneos de Bacón le tuviesen por mago y le llamasen *doctor mirabilis*, *doctor admirable*, si nosotros hoy apenas concebimos cómo alcanzó vida ni inteligencia humana para tales investigaciones, y nos damos á pensar si la naturaleza, enamorada del prodigioso fraile, alzó para él el velo que cubre sus acciones, fuerzas y leyes? Cuando vemos á Harvéo, á Realdo Colombo y á Miguel Serveto disputarse al través de los siglos el descubrimiento del curso de la sangre; á Claudio Bernard colocado entre los escogidos de la ciencia por sólo haber estudiado con todos los recursos de la investigación moderna las funciones de una víscera, no podemos menos de calcular cuántos pudieran hartarse con las migajas de la mesa de Rogerio Bacón. Aún nos falta referir los más atrevidos y gloriosos vuelos de su pensamiento científico.

Juegos y ensayos de éste fueron el idear un método abreviado de enseñar los idiomas, y un sistema completo de higiene y *macrobiótica* ó prolongación de la existencia humana; el demostrar los errores del calendario Juliano, hacer un nuevo cómputo rectificado y proponer el primero la corrección que después se llamó Gregoriana por haberse cumplido en 1582 bajo Gregorio XIII; el anticiparse á

Copérnico en señalar los lados flacos del sistema de Tolomeo, el escribir el primer tratado de paleografía griega que el Occidente produjo. Mas si Bacón vale tanto como omnisciente, como pensador todavía más. Dos clases de genios científicos hay: el de la invención y el del método; el que descubre hechos, leyes y causas, y el que señala camino para descubrirlas; en Bacón se reunieron ambos, y si fué inventor egregio, fué metodólogo incomparable; fué el Colón de los países nuevos que habían de explorar las venideras generaciones. Cuando la ciencia positiva se construía *à priori* y por el patrón ideal de las categorías lógicas se cortaba ó, mejor diré, se mutilaba y reducía á la impotencia, Bacón le dió método propio, definitivo y único: la observación, la inducción y la experiencia; pero la experiencia filosófica, que no se contenta con observar los fenómenos sino que los provoca y reproduce para conocer sus leyes. — « Los argumentos — decía Bacón cansado de las estériles disputas que germinaban como malas hierbas en el campo de la escolástica — no resuelven las dudas, ni hacen que repose el espíritu en la intuición de la verdad (15). » — A fin de dar dirección provechosa á los estudios, ideó Bacón vasto plan de reforma científica: tal es el objeto que se propone en el *Opus majus*. Señala cuatro obstáculos al conocimiento: la demasiada sumi-

sión á las opiniones humanas; el conceder autoridad á la costumbre; el temor de irritar ó escandalizar al vulgo; el empeño de ocultar la ignorancia bajo engañosas apariencias de sabiduría: para removerlos, recomienda el maduro examen de cuantas afirmaciones científicas se pronuncien, el no ruborizarse de ignorar, el huir del orgullo ilustrado de los doctos, y, para abrir más fecundo campo á la actividad intelectual, preconiza la utilidad del estudio de las lenguas orientales, hebreo, griego, caldeo, siríaco, árabe, que él poseía tan á fondo, y sin las cuales — aseguraba sentando un principio que ha confirmado la exégesis moderna — no pueden los estudiosos adquirir ciencia divina ni humana, porque las obras de los archifilósofos y las Escrituras están vertidas del griego, del hebreo, del árabe, pero imperfectamente; los traductores latinos desconocen el genio y las arcanidades de las lenguas que manejan, y no es fácil trasportar á un idioma la energía y nervio que poseen ciertas expresiones de otros. Encarece la necesidad de las matemáticas aplicadas no solamente á la medicina, á las investigaciones astronómicas y geográficas, sino á las ciencias mentales y hasta á la teología, en concepto de disciplina intelectual que vigoriza y prepara el entendimiento; y piensa que el descuido de las matemáticas trae la decadencia científica de los latinos, causando ignorancia, tanto más

funesta, cuanto que quien la padece no la nota, ni quiere remediarla. Asimismo demuestra la necesidad de la cronología y astronomía para la interpretación de la Biblia, censurando amargamente la ligereza con que se arrojan las gentes á estudiar teología, ciencia la más alta de todas, sin conocer ni los elementos de las restantes. Por desarraigar este espíritu de superficial rutina, combate Bacon al ídolo de las áulas, á Aristóteles, cuyo mérito no negaba, pero al cual no quería ver tenido por autoridad infalible hasta en las ciencias físicas, donde al par de aciertos loables, atendida su época, incurre en tan groseros errores causando su nefasta influencia los extravíos de sus partidarios respecto del mundo sensible, haciendo que dedujesen lo particular de lo general, y sustituyesen á la realidad de las cosas el hueco sonido de los nombres.

Si fray Rogerio se adelanta en todo á su edad, es natural que como nadie en ella formule la idea del progreso, y distinga más claramente que otro filósofo alguno lo que faltaba á la civilización antigua y lo que había de dar de sí la venidera. No se extinguió ciertamente en la Edad media la idea del progreso, puesto que Hugo de san Víctor, y el divo Tomás, la proclaman ley universal de las cosas: segun el águila de Aquino, el Evangelio es lo sumo de toda la revelación divina, pero en su inteligencia hay un progreso indefinido y con-

tínuo. Mas el genio de Bacón comprende el poder del método experimental : demuéstalo con sus experiencias y descubrimientos : y en el conjunto de sus resultados ve la condición de un progreso científico que no nos es dado limitar (16). Comparemos la idea del progreso, tal cual la conciben las firmes inteligencias de Rogerio Bacón y santo Tomás, con la palin-genesia mística de Amalrico de Chartres y los fanáticos del Evangelio eterno, y observaremos que las separa la misma distancia que divide hoy, por ejemplo, las investigaciones serias y positivas de los Mayer, Faraday y Secchi, de algunas hipótesis transformistas de Haeckel ó de ciertos sueños humanitarios y altruistas de Comte.

Preténdese que Bacón bebió su ciencia en fuentes semítico-hispanas, y que así como Gerberto huyó de su monasterio y se vino á aprender de los sarracenos cordobeses, fray Rogerio viajó por España antes de profesar, empapándose en la prodigiosa cultura físico-matemática de los árabes, y en su lengua, así como en la hebrea y caldea. No cabe dudar que Bacón conoció á los árabes; á Avicena y Averroes estudió á fondo; una cita de sus obras demuestra que había leído también la óptica de Alhazén, aquel físico cuyo genio descubrió la refracción atmosférica, la rarefacción del aire á medida que se eleva, la proporción entre la rapidez de la caída de un cuerpo y el es-

pacio recorrido , las densidades relativas , la teoría del centro de gravedad , la atracción capilar. Asimismo pudo tomar su receta de la pólvora de los moros españoles , que hacía un siglo la poseían ; pero en suma , Bacón precisó su valer y efectos científicos ; y en cuanto á los sorprendentes resultados que logró en óptica , la autoridad de Humboldt nos valga para creer que no los debe á Alhazén , ni á Tolomeo , sino á sus propias observaciones. Por otra parte , ningún genio , aún el inventivo , nace sin semilla ni antecesores : pero al apropiarse la médula y sustancia de la sabiduría antigua , le imprime su propio sello. Bacón no desdeñó ninguna fuente de conocimiento , ni la árabe ni la pagana : sabemos cuán versado era en la lengua griega ; harto debió dominar á Aristóteles , puesto que señaló los defectos y omisiones de sus traductores ; profundizó la retórica , las letras humanas , la poesía ; se graduó en ambos derechos , y aprendió de medicina cuanto se sabía en su época. No se necesitaba menos para atesorar aquella copia casi universal de noticias y luces , vasto conjunto que organiza y fecunda el gran principio de la experiencia.

Tienen su hado los hombres extraordinarios : quiere á veces el destino negarles el puesto que legítimamente les corresponde , ó dejar que otros se lo usurpen. Con Rogerio Bacón cometió este linaje de injusticias la

posteridad ; su homónimo , el canciller Bacón de Verulamio, le arrebató tiempo ha la gloria de haber fundado el método experimental; contribuyen á ello varias causas : Bacón de Verulamio es del Renacimiento, fray Rogerio de la Edad media; Bacón de Verulamio es laico, fray Rogerio viste sayal , y hay mucha gente que niega al sayal y á la Edad media el agua y el fuego y fulmina sobre ambos anatema científico. A no ser por estas que podemos llamar preocupaciones congénitas del espíritu moderno ¿ cabría que un compatriota de los dos Bacón , hombre que tiene también lugar señalado en la historia científica (17) asegurese no ha mucho que la Edad media , doblegada ante la autoridad eclesiástica , no vislumbró siquiera la idea de una ciencia independiente y racional, y que son los árabes , los moros sobre todo , quienes encienden en aquellas tinieblas la antorcha de la investigación metódica y libre ? Si esto afirma un inglés , que por los estudios á que se dedicó debiera profesar el culto de Rogerio Bacón , ¿ qué dirán los moros mismos ? Mas dejando á un lado injusticias que dicta el empeño de exclaustrar y laicizar á toda costa la historia de la ciencia, observemos como aún en su tentativa de revolución intelectual , no se halló solo Bacón en la noche de la Edad media , sino que le acompañó el divino poeta, protestando del vano formulismo de las escuelas , atacando los abusos

del silogismo, recomendando la observación de los hechos: coincidencia que no cede en mengua de la perspicacia de fray Rogerio, porque este acuerdo del arte y de la ciencia que por tan diversos caminos llegan á encontrarse en un mismo punto es prenda segura del acierto de ambos, y signo de los tiempos. En la cadena de pensadores que se suceden proponiendo con más ó menos tino la reforma intelectual — Gerson, Erasmo, Ramus, Luis Vives, Bacón de Verulamio, Leibnicio, Cartesio, Feijóo, Spencer — Rogerio Bacón es el primer eslabón: y ¡notable caso! el fraile del siglo XIII es también quizá el que más se mantiene en los límites de la ciencia pura, de la ciencia positiva tal cual hoy la entendemos, sin ladearse hacia el dogmatismo ni hacia el criticismo, tomando el método experimental por lo que realmente es; un instrumento, un camino, no un sistema afirmativo ó negativo; un medio y no un fin. Acaso con más razón que Bacón de Verulamio pudiera Vives aspirar al título de fundador del método experimental, por la sagacidad con que definió la inducción y la experiencia; pero á uno y otro precede en la historia, y en el pensamiento fray Rogerio. ¿Cómo hubiera podido Bacón de Verulamio idear aquella sabia teoría de las tres tablas de presencia, ausencia y grado, verdadera norma de la moderna experimentación, si no le hubiese abierto camino fray Ro-

gerio con sus aplicaciones de la matemática á toda ciencia? ¿Quién no reconoce en los *ído-los* del canciller la clasificación de los obstáculos al conocimiento, hecha por su antecesor? En fertilidad de ingenio no pueden compararse ambos científicos, porque mientras fray Rogerio posee el dón de la invención, á Verulamio no se debe ningun invento capital; y por lo que hace al carácter, si Bacón de Verulamio ofrece triste—y por dicha poco frecuente—ejemplo de la unión de un gran entendimiento á un alma mezquina, y á una existencia manchada por bajezas y prevaricaciones políticas, Rogerio Bacón presenta el hermoso espectáculo del hombre no menos esclavo de sus votos y de su fe que del ideal científico que persigue. Porque en Rogerio Bacón se reunen en noble y simpático consorcio la piedad del religioso y el perenne infatigable ardor del científico. Un escritor protestante (18) rindió homenaje á la ejemplaridad de fray Rogerio, consignando que — «en la Iglesia vivió y murió, y que todo el trabajo de su vida, en ciencia y filosofía, así como su cotidiano ministerio de asistir á los pobres, fué para él sagrado deber.» — En sus propias obras encontramos rasgos que manifiestan la abnegación con que se consagró á la ciencia, abrazándola desinteresada y puramente y viviendo en ese aprendizaje perpétuo que es condición y estado natural del investigador. Cuando envió á

Clemente IV sus tres primeros libros , había pasado cuarenta años estudiando sin descanso, desde los días infantiles en que aprendió el alfabeto; y añade que , antes de que entrase en la Orden , maravillábase la gente de su superflua labor; y sin embargo , después de profesar , sepultado en la celda , siguió con la misma asiduidad que antes en el mundo. — «Pero desde hace veinte años» — prosigue — «que más especialmente me he dedicado á adquirir sabiduría , abandonando el método vulgar, gasté más de dos mil libras esterlinas con tal objeto , en libros secretos y experimentos varios , y para las lenguas, instrumentos, tablas y cosas del mismo jaez; así como en procurar la amistad de los sabios , y para instruir á mis ayudantes en las lenguas , figuras , números, tablas , instrumentos y otras varias cosas.» — La procedencia de tanto dinero era lícita : un hermano de Bacón y su rica familia se lo enviaban. En estos y otros pormenores se advierte la irresistible vocación científica que distingue al sabio verdadero , que no estudia y se desvela por deseo de gloria , de riquezas ó de mando, sino de verdad , de ciencia pura y libre.

Tantos fueron los escritos de Rogerio Bacón, que afirma un autor ser más difícil recoger los títulos de sus obras que los folios de la Sibila. Créese que de muchas de ellas se haya perdido hasta el nombre (19). Poco

tiempo hace se descubrió en el Museo Británico el manuscrito de la primera parte de una de las más importantes, la que emprendió para explicar todo lo indicado en el *Opus Majus*, *Opus Minus* y *Opus Tertium*, y desenvolver plena y metódicamente sus ideas acerca de la reforma de la enseñanza y la filosofía en general. Y quién sabe, exclamarémos con Cantú (20), lo que pudiera desentrañarse en sus escritos, si en la época de la reforma religiosa no hubiesen creído los novadores que al progreso de la libertad interesaba quemarlos por ser su autor un fraile? No es exageración decir que en la mente poderosa de Bacón estaban reunidas la Enciclopedia y el *Novum Organum* del siglo XIII (21).

Merece notarse como la filosofía, lo mismo que la arquitectura; las filigranas de la piedra, como las construcciones de la razón, tienen fisonomía nacional. Inglaterra es de los países que más confirman esta regla; el carácter práctico de la ciencia inglesa se indica ya en aquel rey Alfredo, que entre metafísica y poesía inventaba las linternas y el reloj de cirios para medir el tiempo (22). En el siglo XIII, y en la Universidad de Oxford, dieron los franciscanos á Inglaterra tres de sus filósofos más profundos y originales, Ocam, Dunsio Escoto y Rogerio Bacón; y aunque en todos ellos — hasta en el idealista y refinado Escoto — se advierte la marca de nacionali-

dad, ninguno como Bacon da la nota verdadera del genio inglés, esa sólida filosofía, experimental y terrestre, informada por un templado empirismo, inclinada á la observación de los hechos, cual la de Alemania á la especulación y á los sistemas *a priori*, que brinda al entendimiento (según el consejo de Bacon de Verulamio) más plomo que alas; filosofía religiosa en su modestia, porque aspira, como aspiró el pio Newton, á conocer á Dios por su sabiduría y por la admirable estructura de las cosas, *per optimas rerum structuras*. Hoy este matiz serio de la filosofía inglesa vino á convertirse, al prescindir del concepto religioso y caer bajo el dominio del positivismo, en marcado color dogmático (23). Escuela de la experiencia pura, el positivismo se declara procedente de Bacon de Verulamio, cuyos aforismos le sirven de principios: admitidas ciertas restricciones, no negarémos que arranca también de Rogerio Bacon. Si el positivismo es consecuente con su genealogía, podrá tener por inaccesible á los medios de comprobación científica de que disponemos hoy la existencia de lo absoluto y de lo infinito; pero se guardará de declararlo nulo ó no existente, antes verá tan clara su realidad como su inaccesibilidad. Supuesto que el positivismo se concretase al terreno experimental; que no pronunciase negaciones tan dogmáticas como cualquiera afirmación; que no confundiese lo

desconocido con lo *incognoscible*; que no hubiese intentado una clasificación estrecha y superficial de los estados del entendimiento, una división arbitraria de las edades de la humanidad, que recuerda los desvaríos del *Evangélio eterno*, y una unidad enciclopédica que en vez de organizar la ciencia la mutila, y desmocha algunas ramas de las más lozanas del gran árbol del conocimiento; que fuese, en suma, escuela modesta de observación y prudencia científica, no tendría Rogerio Bacón derecho para renegar de su progeneritura.

Es de creer que Bacón formó dentro de su patria y de su Orden escuela de ciencia experimental, y que no fué estéril su ejemplo. Ingleses son todos los franciscanos que encontramos dedicados en aquella época al estudio de la naturaleza: Tomás Bongey, á quien el pueblo creyó asociado con el diablo, y del cual nos queda la fama tradicional, pero no las obras; el jovencillo Juan, que no ignoró ninguno de los grandes descubrimientos de su maestro; Pecam, que tan detenidas investigaciones consagró á la naturaleza; Bartolomé Anglico, el autor de la obra *De proprietatibus Rerum*. Todos se encendieron y calentaron á la luz de aquel sol de ciencia, de aquel fraile á quien Humboldt llama la aparición más grande de la Edad media, Voltaire, oro incrustado en la escoria de su siglo, Pico de la Mirándola, fénix de los ingenios, y á quien, con

mayor razón que á Verulamio , pudieran la ciencia de hoy y la ciencia positiva de siempre llamar *dux et auctor*. A nadie sorprenda el impulso científico que recibió la Orden franciscana, porque no riñen los estudios experimentales y la mística , antes concuerdan: en fray Rogerio , por ejemplo, no es difícil encontrar los elementos místicos que indicó un reciente y afamado historiador de la Filosofía (24): Bacon puso por moderadora de la experiencia externa y de las concepciones racionales la experiencia interna , que se funda y descansa en el comercio del alma con Dios.

Al despedirnos de la admirable figura científica del siglo XIII , en cuya frente esplende la estrella matutina , no podemos menos de repetir las palabras de Saisset (25) : — « Sin duda que es bello ser un Santo Tomás , representar un gran siglo , darle voz majestuosa largo tiempo escuchada ; pero es privilegio más grande todavía , y ciertamente más peligroso , el de combatir las preocupaciones de su época , á costa de la propia libertad y del propio descanso , y hacerse , por un milagro de inteligencia , contemporáneo de los genios futuros. »



NOTAS.

(1) Ozanam : *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle.*

(2) Alberto de Bollstædt fué llamado el Grande á causa de su ciencia : nació en Suabia , y lo beatificó Gregorio XV en 1622.

(3) Alberto el Grande : *De causis et processu universi.*

(4) « Queremos y mandamos — decía la Epístola — que á despecho del mandato de cualquier Prelado ó de cualquier constitución de tu Orden, no omitas enviarnos, cuanto antes puedas, escrita en letra clara, aquella obra que, constituidos en menor oficio, te pedimos comunicases á nuestro caro hijo Raimundo de Laon.»

(5) I. S. Brewer publicó *Monumenta Franciscana*, y *Fr. Rogerii Bacon opera quædam hactenus inedita.*

(6) *Opus tertium.*

(7) El *Old Hodge Bacon* de Hudibras y el héroe de la *honorable History of friar Bacon and friar Bongay*, es el personaje que logró la sabiduría con ofrecer entregarse al demonio cuando muriese den-

tro de la iglesia ó fuera de ella, y le engañó yéndose á morir en un agujero del muro de la iglesia. . Morley (*English Writers*). Hé aquí un pasaje de Rogerio Bacón sobre la nulidad de la magia: «De alio vero genere sunt multa miranda, quæ licet in mundo sensibilem utilitatem non habeant, habent tamen spectaculum ineffabile sapientia, et possunt applicari ad probationem omnium occultorum, quibus vulgus inexpertum contradicit; et sunt similia attractioni per magnetem. Nam quis crederet huiusmodi attractioni nisi videret? Et multa miracula naturæ sunt in hac ferri attractione quæ non sciuntur a vulgo sicut experientia docet sollicitum. Sed plura sunt hæc et majora. Nam similiter per lapidem fit auri attractio, et argenti, et omnium metallorum. Idem lapis curret ad acetum, et plantæ ad invicem et partes animalium, divisæ localiter, naturaliter concurrunt. Et postea quam huiusmodi perspexi, nihil mihi difficile est ad credendum, quando bene considero, nec in divinis, sicut nec in humanis.»

(8) *Crónica de los XXIV generales.*

(9) «Nam instrumenta navigandi possunt fieri sine hominibus remigantibus ut naves maximæ fluviales et marinæ ferantur unico homine regente, maiori velocitate quam si plenæ essent hominibus. Item currus possunt fieri ut sine animali moveantur cum impetu inæstimabili.»

«Epistola Fratris Rogerii Baconis de Operibus artis et naturæ et de nullitate magiæ.»

(10) «Item instrumentum, parvum in quantitate, ad elevandum et deprimendum pondera quasi infinita, quo nihil utilius est in casu. Possunt etiam instrumenta fieri ambulandi in mari, vel fluminibus, usque ad fundum absque periculo corporali.

Et infinita quasi talia fieri possunt, ut p[on]tes ultra flumina sine columna vel aliquo sustentaculo, et machinationes, et ingenia inaudita.» — Ibid.

(11) «Hæc autem facta sunt antiquitus et nostris temporibus facta sunt, ut certum est; nisi sit instrumentum volandi quod non vidi, nec hominem qui vidisset cognovi, sed sapientem qui hoc artificium excogitavit explere cognosco.» — Ibid.

(12) «De visione fracta majora sunt. Nam de facili patet, per canones supradictos, quod maxima possunt apparere minima, et e contra; et longe distantia videbuntur propinquissime, et e converso. Nam possumus sic figurare perspicua, et taliter ea ordinare respectu nostri visus et rerum, quod frangentur radii et flectentur quorsuscumque voluerimus, et ut, sub quocumque angulo voluerimus, videbimus rem prope vel longe. Et sic ex incredibili distantia legeremus litteras minutissimas, et pulveres ac arenas numeraremus.» — Opus Majus.

(13) «Soni velut tonitrua possunt fieri, et coruscationes in aere, immo maiori horrore quam illa quæ fiunt per naturam; nam modica materia adaptata, scilicet ad quantitatem unius pollicis, sonum facit horribilem et coruscationem ostendit vehementem; et hoc fit multis modis, quibus omnis civitas, et exercitus destruat.»

(14) Parece que las enigmáticas palabras escritas con mayúscula significan *carbonum pulvere*.

(15) «Scientia experimentalis, a vulgo studentium penitus neglecta; duo tamen sunt modi cognoscendi, scilicet per argumentum et experientiam. Sine experientia nihil sufficienter sciri potest. Argumentum concludit, sed non certificat neque

semovet dubitationem, ut quiescat animus in intuitu veritatis, nisi eam invenit vi experientiæ.» — Opus majus.

(16) Ludovic Carrau : *La philosophie de l'histoire et la loi du progrès*. De este modo expresa Bacón su creencia en el progreso científico — «Aristóteles y sus compañeros debieron ignorar multitud de verdades físicas y propiedades naturales ; hoy mismo ignoran los sabios muchas cosas que mañana sabrá el más ínfimo estudiante. Siempre los últimos que llegan añaden algo á las obras de sus predecesores y rectifican muchos errores : no hay que atenerse, pues, á lo que oímos ó leemos, sino examinar las obras de los antiguos para añadirles lo que les falte, corregirlos donde yerren, y esto siempre con modestia é indulgencia.» — Opus majus.

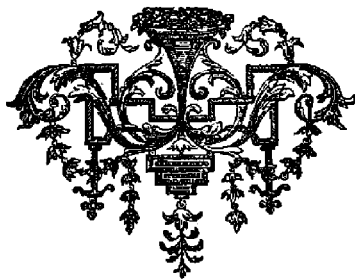
(17) Tyndal : *Address delivered before the British Association assembled at Belfast*.

(18) Morley : *Op. cit.*

(19) Hé aquí los nombres de algunas : *Compendium doctrinæ Theologicæ* : 4 t. — *De utilitate scientiarum et de causis ignorantiae humanæ* : 11 lib, dedicados á Clemente IV. — *Gramática griega, hebrea y caldea* : 2 t. — *De communibus naturalis Philosophiæ* : 4 t. — *De retardatione senectutis et regimine senum* : 2 t. — *De Philosophia naturali* : 8 t. — *De concionibus* : un t. — *De locis sacris* : un t. — *Sobre los sentenciarios del Maestro* : 4 t. — Hasta 86 más de *medicina, matemáticas, astrología, etc.* — *Un Calendario corregido.* — *De studio Theologiæ.* — El *Opus majus* abarcaba todo el conjunto de las ciencias físicas tal cual se comprendían entonces : del *Opus minus*, que era como comentario y reseña del *Opus majus*, no se conserva hoy des-

graciadamente sino un fragmento de manuscrito medio quemado y sin principio ni fin. El *Opus tertium* servia de preámbulo á ambos.

- (20) *Historia Universal.*
- (21) Odhewell.
- (22) Gallibert et Pellé : *L' Angleterre.*
- (23) P. Janet : *Un historien de la philosophie anglaise.*
- (24) El Ilmo. obispo de Córdoba , fray Zeferino González.
- (25) *Précurseurs et disciples de Descartes.*



CAPÍTULO VIII.

LOS FILÓSOFOS FRANCISCANOS.

Origen de la filosofía cristiana.—Fusión con la pagana.—Tentativas enciclopédicas: las sumas.—Periodos de la escolástica.—Siglo de oro.—Papel que desempeñó la Iglesia en el renacimiento filosófico.—Vindicación de la escolástica: su riqueza, variedad, originalidad y amplitud.—Principales direcciones de la escolástica.—Fórmase la filosofía mística en la Orden franciscana.—Condición práctica de la mística.—San Antonio de Padua.—Aristóteles y Platón en la Edad media.—Los universales.—Decadencia escolástica.—Alejandro de Hales.—Adán de Marisco.—Filósofos franciscanos secundarios de Oxford y París.—El acto sorbónico.—El Seráfico Doctor san Buenaventura.—Su historia.—Sus teorías místicas y estéticas.—Dunsio Escoto.—Comparación con santo Tomás.—Doctrinas de Escoto.—De cómo Escoto completa á San Buenaventura.—La Inmaculada Concepción.—Ockam y el nominalismo.—El mártir Raimundo Lulio.—Sus aventuras, escritos y trabajos.—Estado presente de la escolástica.—Breves reflexiones.

.....
Me place que enseñes á los frailes la
santa Teología, pero en tal manera
que el espíritu de la santa oración no
se extinga en vosotros.

.....
(San Francisco de Asís, al conferir
á san Antonio de Padua la facultad
de enseñar.)



ENTRE el gran Doctor de la iglesia de Africa y los no menos insignes del siglo XIII; entre la filosofía patristica y la escolástica, se extiende el largo ocaso in-

telectual causado por las invasiones de germanos y sarracenos y la difícil y laboriosa constitución de la sociedad nueva. Robusto era en demasía, no obstante, el árbol del pensamiento cristiano, y sobrado lozana y copiosa su primera flor, para que la helára del todo la barbarie. A la sombra bienhechora de árbol tan fecundo se cobijaron juntamente las reliquias de lo pasado y las esperanzas del porvenir: si á los discípulos de Agustín repugnaba la memoria de la metafísica pagana, la escuela catequística de Alejandría inicia la conciliación de la antigua ciencia con el entonces joven Cristianismo, subordinando la razón á la fe, pero concediendo á ésta aptitud para el conocimiento mediato de la verdad (1). Así se anunciaban desde el origen mismo de la filosofía cristiana, las dos tendencias, mística y dogmática, destinadas á compartir su cetro.

Desde la centuria V á la VIII, la tradición filosófica vegeta trabajosa y difícilmente; mas al cabo, de tiempo en tiempo, da indicios de su vida algún aislado brote. En el VI siglo dos hombres, si por las creencias cristianos, paganos todavía por la cultura que conservan y atesoran, Casiodoro y Boecio, vierten y extractan en lengua latina obras de los dos archifilósofos griegos, Platón y Aristóteles, mostrando cómo el oro que sus sistemas contienen, puede el Cristianismo beneficiarlo, dejando á la idolatría la escoria y los errores.

Boecio enlaza la antigüedad con la Edad media ; ayúdale Casiodoro ; y ambos aplican el principio sentado ya por los padres de la Iglesia , que en las especulaciones de los pensadores helenos distinguían fragmentos de dispersas verdades , remota participación del Verbo eterno (2). Al amparo de la religión habrá pues de renacer la filosofía , trayéndola de la mano los Padres de la Iglesia deseosos de cimentar y corroborar racionalmente la doctrina revélada , que defendida por vigorosos apologistas , y vencedora , pedía organizarse y adquirir carácter de enseñanza científica. De otra parte , los poderes civiles aspiraban á salvar los flotantes despojos del naufragio de Roma. Teodorico lo intenta ya ; pero á Carlomagno pertenece el glorioso título de fundar aquellas *scholæ* que dieron nombre á la filosofía de la Edad media , y de descubrir en Parma á Alcuino , precursor de la cohorte escolástica: por eso no sin razón se atribuye á Carlomagno el renacimiento científico , y se considera que la figura del héroe carlovingio abre la Edad media propiamente dicha , y que su fuerte brazo no sólo establece el orden civil , sino también el progreso intelectual.

Reciente y vacilante aún la luz de los estudios , buscó abrigo en la Iglesia. Las escuelas se acogen á las Sedes episcopales , á las abadías y los claustros ; sólo allí pudieran hallar regentes, maestros y discípulos. Ni es sólo pro-

tección lo que solicita de la Iglesia la ciencia: es base, campo, itinerario, autoridad dogmática, tradiciones, cimientos en que estribe, asuntos en que ejercitar su actividad juvenil. Y ninguno más digno que los dogmas de la fe. Enorgullécese la ciencia de la alta misión que le compete: desenvolver, analizar, sistematizar el Cristianismo, dar forma filosófica á la religión. Tal era en sus comienzos la elevada aspiración, la tendencia de la escolástica, por donde con acierto opina un moderno pensador (3) que su lema se contiene en la siguiente frase de Escoto Erigena: — «No hay dos ciencias, filosófica la una, y religiosa la otra: la verdadera filosofía es religión, la verdadera religión filosofía.»

Extendida y regularizada gradualmente la enseñanza eclesiástica, que al pronto adoleció de falta de medios, fué á su vez la teología fortificándose y sujetándose á reglas. A excepción quizá de Escoto Erigena, atienden más los primitivos escolásticos á fijar métodos, que á innovar sistemas. De suerte que la escolástica se anuncia como filosofía metódica, categórica, álgebra intelectual encaminada á probar—hasta donde cabe—la fe, por medio de argumentos racionales: empresa para la cual el genio dialéctico del Estagirita ofreció á los nuevos obreros de la ciencia un instrumento admirable, el silogismo, hacha de tres cortes, que de puro afilada vino, andando el tiempo,

á rompérseles en las manos (4). En el *Organum* aristotélico, así como en las especulaciones de san Agustín, se formó la escolástica naciente: y no fué la tradición pagana único elemento extracristiano que entró á componer el cuerpo filosófico: los árabes contribuyeron por su parte con traducciones y comentarios de Aristóteles, nociones de química, cosmografía, astronomía, libros de Avicena, Averroes y Algazel; y acaso, entre las aguas de esta fuente semítica vienen algunas gotas de los lejanos manantiales indios, como la idea bramánica del intelecto uno, comunicada por Averroes, y tan infuyente en el panteismo medioeval.

Pero no se contenta la escolástica con ofrecer método lógico más ó menos perfecto: mayores intentos, propósitos más vastos la animan: quiere concertar en armonioso conjunto toda ciencia humana, bajo la ley de suprema unidad, la palabra divina. De conato tan gigantesco dan indicio las obras capitales de los pensadores escolásticos, esas *Sumas* donde se reúnen cuantos conocimientos abarca la mente, y se estudia á la vez el mundo sensible y el inteligible, la naturaleza, el hombre y Dios, bien como en las catedrales góticas se hallan comprendidos todos los aspectos de la vida material y espiritual, desde la fosa que guarda los cadáveres, hasta el sagrario que encierra la Eucaristía. Alejandro de Hales,

Alberto el Grande , san Buenaventura , Santo Tomás , Dunsio Escoto , emprenden unos tras otros la labor colosal , y ruedan , con sus manos de titanes , el peñasco de la *Suma*; ni aún los cultivadores de ciencias positivas , Rogerio Bacón , Vicente de Beauvais , se eximen de la tendencia enciclopédica y unitaria. El abanderado de la legión escolástica , el *Maestro de las Sentencias* , primer doctor en la célebre Universidad parisién , es ya un compilador , que pretende condensar en su obra toda la nata y médula de la filosofía pagana. A pesar de los defectos y omisiones de Pedro Lombardo , pasa por jefe y modelo de la escuela; tal éxito logró , que sus libros eran manual de los teólogos , sus comentadores se contaron por cientos , figurando entre ellos Santo Tomás y san Buenaventura , y hasta no faltó quien pusiese en verso sus escritos : valiéndole tan extraordinario favor — sin duda alguna — la tentativa enciclopédica , que le encumbró sobre pensadores que en originalidad le vencen , pero andan menos acordes con su época : Lanfranco , Berengario é Hildeberto de Tours , san Anselmo .

Cuatro períodos pueden considerarse en el desenvolvimiento escolástico : el incipiente , que comienza con Carlomagno , ó mejor con Erigena , para terminar á mediados del siglo XI ; el de incremento , en que se discute la cuestión de *universales* , de mediados del XI

al XII; el de perfección, que comprende el XIII y parte del XIV hasta Ockam; el de decadencia, que arranca de Ockam y dura hasta mediados del XV (5). Siglo de oro de la escolástica es, pues, el XIII, y la filosofía de la Edad media alcanza en él su apogeo, como lo alcanzó el arte. En la bienhadada centuria décimotercera, y á principios de la siguiente, Santo Tomás concibe su vasto sistema, donde al par de la ciencia teológica se desenvuelven las jurídicas y políticas; san Buenaventura hermosea y ensancha el horizonte místico; Escoto sube la dialéctica y el análisis á sus esferas más altas y sutiles; Alberto Magno cifra y compendia toda erudición; Rogerio Bacón funda el método experimental; Dante expone las más arcanas doctrinas teológicas bajo el velo singular de sus versos. Primer motor de impulso tan glorioso fué la Iglesia. Inocencio III es pensador y elegante escritor ascético; Urbano IV dispone que, de sobremesa, los cardenales se entretengan en debatir cuestiones filosóficas; Clemente IV defiende y promueve los trabajos científicos de Rogerio Bacón; Inocencio V y Juan XXI se distinguen en concepto de metafísicos y lógicos. Período de admirable concordia entre la razón y la fe: al pronto la teología domina á las demás ciencias, y de ellas es respetuosamente servida: luego camina abrazada fraternalmente con la metafísica; tiempo vendrá en que,

hallándola fuerte y capaz de andar sola, la deje ir por su pié, más sin perderla de vista (6).

Con ser la escolástica tan potente y grandiosa manifestación del entendimiento humano, no se libró de verse envuelta en el desprecio general que presuntuosos é inconsiderados críticos atrajeron á la Edad media; desprecio del cual la redimen hoy tantos y tan eruditos estudios, sin conseguir, no obstante, que del todo se disipe el vulgar error y la preocupación en malhora nacida. De cuantas cosas irreflexivamente se desdeñaron y vilipendiaron en la Edad media, quizás la peor tratada sea la escolástica. Por ignorarla la injuriaron, y con injuriarla, túvose por inútil saberla. Se falló que sus formas pecaban de pedantescas y bárbaras, su fondo de pueril y vacío, su método de árido y estéril; se juzgó de toda ella por su época decadente y por sus excesos. Mas el descrédito de la escolástica habrá de trocarse en justo loor cuando, mejor conocida, se vea que fué de los períodos filosóficos más varios, ricos y libres que honran á la inteligencia humana. En la escolástica se contienen sistemas diversísimos, sectas más numerosas que todas las griegas, indias y chinas, y raciocinios más osados que los de ningún tiempo (7). Por lo que hace á procedimientos, los escolásticos juntan como nadie el genio analítico y el sintético: hábiles en dividir y distinguir, no lo son ménos en organizar; y tocante á

originalidad, la escolástica ofrece, no sólo aquellas pepitas de oro de que habló Leibnicio, sino preciosos diamantes. Principal objeción contra la escolástica — sobre todo cuando hubo cundido el espíritu renaciente del siglo XVI — fué la sequedad y rudeza de la forma: como si la lógica de la escuela, tan exacta y matemática, pudiese disolverse en rebuscadas y pomposas frases. Así como el abogado y el retórico no condensan su oración en fórmulas algebráicas, el geómetra no enuncia sus teoremas con arengas ciceronianas, y el que aspira á raciocinar con precisión rigurosa, prescinde de las superfluidades literarias (8). Declara acerca de este punto un testigo de mayor excepción, un escritor á quien podrá negarse todo, ménos la galanura y magnificencia del estilo, el águila de Meaux: — «El método, manera didáctica al par que contenciosa de tratar las cuestiones, es bueno siempre que no lo tomemos como fin, sino como medio de progreso. Así opina también Santo Tomás» (9). — Y es muy de advertir que alguno de los que más acerbamente increparon á la escolástica, verbigracia Lutero, no se aparta de sus procedimientos, antes los sigue fielmente; y que Alemania, donde se proclamó la Reforma ^{de} maldiciendo de la barbarie monástica y frailesca, fué justamente el país en que — por natural efecto de su carácter analítico — se perpetuaron hasta nuestros

dias frases escolásticas , empleadas con doble oscuridad y alambicamiento por los filósofos racionalistas y panteistas de la moderna pléyada. Pasajes hay de Kant que en lo intrincado de la frase se dejan atrás al más laberíntico escrito del siglo XIV: Schopenhauer pudo decir que la filosofía toda de Hegel es *un silogismo cristalizado*.

Y sin embargo, ¡cuánto fortaleció el entendimiento la mañosa gimnasia escolástica. Hasta añadiremos: ¡cuánto enriqueció al idioma! Pobre en terminología filosófica era el latín clásico: la escolástica creó un vocabulario nuevo para la ciencia (10). No hubo filosofía ménos estacionaria que la escolástica. Los habitantes del claustro, léjos de sumirse en ociosa apatía, experimentaban fiebre de pensar, ansia de ejercitar su razón: á ruegos de los monjes de su priorato, realiza san Anselmo la osada tentativa autodidáctica del *Monologium*. Si la Edad media cultiva los gérmenes sembrados por los padres de la Iglesia, siembra á su vez otros que recogerá la Edad moderna. No son los doctores escolásticos dócil rebaño, como decirse suele; ni en carácter ni en doctrinas se parecen los unos á los otros, todos cuidan de traer elementos propios á la filosofía. Escoto Erígena, notable por su omnienciencia, formula antes que Espinosa la célebre distinción entre *naturaleza naturante* y *naturaleza naturada*, y hace presentir el emanando

tismo ocasionalista ; san Anselmo , el segundo Agustín , da antes que Cartesio la prueba ontológica de la existencia de Dios , y preludia con más felicidad los arrojios de Fichte, fundando el psicologismo ; Abelardo , figura novelesca , genio clásico y culto, temprana aparición de la filosofía laica, anticipa la teoría de la moral independiente y el optimismo leibniciano ; Pedro Lombardo fija el método y da forma duradera á la teología ; Juan de Salisbury sienta un positivismo intelectual, una especie de doctrina de *lo incognoscible*; Alberto Magno, investigador infatigable, impulsa de modo extraordinario el conocimiento de las cosas sensibles; Godescalco es predestinacionista; nominalistas Roscelino y Ockam; realista Escoto ; Bernardo de Chartres y Gilberto Porretano se sumergen en los manantiales platónicos ; Guillermo de Conches inicia el criticismo ecléctico; Hugo y Ricardo de San Víctor ilustran el saber con las luces del misticismo ontológico; Amalrico de Chartres formula el panteísmo absoluto ; David de Dinanto el materialismo; Enrique Gandavense combate el escepticismo ; Egidio Romano profundiza las ciencias político-sociales (11). Si en tan frondosa selva brota maleza de heterodoxia y errores , no olvidemos que la mayor fertilidad, la flor más bella , el más granado fruto de la escolástica se produce en el campo ortodoxo: indicio evidente de su savia cristia-

na. Pero si la condición general de la escolástica es ortodoxa, no es exclusiva, ántes armónica y ecléctica: como que empieza por recoger y enlazar la tradición pagana con la cristiana, aprovechando cuanto aprovecharse merece de la herencia de lo pasado. En el seno de la Iglesia, con su aprobación, viven y especulan genios originales y verdaderamente libres, á la vez que espléndidamente ortodoxos: aquel Durando, obispo de Meaux, pensador tan nuevo para su época, que pidió la libertad del método; aquel san Anselmo, que usando cual nadie de la razón, nunca llegó al racionalismo; aquel Raimundo Lulio, armonista tan brioso; aquel Santo Tomás, que expuso en épocas feudales aún la doctrina del gobierno mixto. Así los escolásticos, unos en la sumisión á la Iglesia, son varios como pensadores y como hombres: esta es la fecundidad cristiana, el amplio cauce que la supuesta intolerancia de la Edad media abría al pensamiento. Si al mismo tiempo combatió las herejías, pudo gloriarse de no imponer á ningún hereje pena tan afrentosa como la que el Sultán de Marruecos hizo sufrir al célebre filósofo Averroes, condenándole á retractarse en el pórtico de la gran mezquita, mientras los creyentes que entraban, le escupían al rostro.

Pero así como en los mares todos del globo do ninan dos corrientes principales, la del golfo y la polar, en la vasta extensión de la fi-

lososofía ortodoxa de la Edad media se señalan dos grandes direcciones, la mística y la dogmática. Direcciones que representan —no estrecha y exclusivamente, sino en general— las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo. Santo Domingo produce los dogmáticos, San Francisco los místicos : y cuanto pudieran tener de inflexibles y duras las formas escolásticas, que aspiran á convencer el entendimiento, lo compensa con creces la mística, persuadiendo á la voluntad. Sabemos cómo esta abrasada y amante filosofía viene de S. Agustín ; ya Tertuliano había dicho que la ciencia del cristianismo consiste en buscar á Dios con corazón sencillo ; Lactancio , que el hombre debe aspirar á la verdad y poner su confianza y salvación en la palabra divina , no en la sabiduría humana ; no se descuidaron los primeros escolásticos en recoger y atar los hilos de oro de tan hermosas tradiciones. Alcuino, el precursor de la escuela, declaró que para el cristiano la filosofía verdadera es rectitud de la vida, meditación de la muerte, desprecio y apartamiento del siglo, aspiración á la patria futura ; Lanfranco reprobó las sutilezas del silogismo, llamando sabio al que conoce y glorifica á Dios ; en Lombardo hay preludios místicos, como son su doctrina del amor, de la bienaventuranza, y del simbolismo de la creación, que refleja á su autor cual un espejo, idea que más tarde desenvolvió tan egregia-

mente San Buenaventura; Juan de Salisbury profesó que en amar á Dios consiste la esencia de la filosofía; Hugo de San Victor llegó al misticismo por sendas en cierto modo escépticas, afirmando la inseguridad de la lógica, y que el raciocinio no puede conducir á la certeza incontrovertible. Y es que las vías de la lógica eran ágrias y difíciles, y muchas almas prefirieron reposar con San Francisco en los oasis de la contemplación. El cansancio de las inteligencias hartas de disputas, favoreció ocasionalmente el advenimiento de la mística, la cual por ley de su propia naturaleza, había de florecer en la Orden del Santo, que, reprobando la vana ciencia y los sabios presuntuosos, decía á sus discípulos: — «En el día de la tribulación se hallarán esas gentes con las manos vacías. Quisiera yo que trabajasen en confirmarse en la virtud, á fin de que en las horas de prueba tuviesen al Señor consigo. Pues día vendrá en que por inútiles se arrojen los libros de las ventanas, ó á oscuros rincones. No solicito que mis hermanos sean curiosos de ciencia y libros; lo que pido es que se funden en la santa humildad, en la oración y en la pobreza, nuestra reina y señora. Sólo este es seguro camino para su salvación y edificación del prójimo, porque llamados están á seguir é imitar á Cristo (12).» — Y como en cierta ocasión le preguntasen si tenía por bueno que los hombres de ciencia ya recibidos en

la Orden continuaran estudiando la Santa Escritura, los Padres y la teología,—«Pláceme» —contestó—«con tal que á ejemplo de Cristo, que más se daba á la oración que á la lectura, no descuiden esos frailes el rezar, y estudien, no tanto para saber como han de producirse, cuanto para poner en práctica y hacer practicar á los demás lo que han aprendido (13).» — Palabras que formulan claramente la distinción de la dogmática y la mística, y su diferente objeto : aquélla teórica y racional ; ésta positiva. Mas no existe entre ambas antagonismo, antes se completan : si la dogmática es la razón pura de la Edad media, la mística su razón práctica : corresponde la una á la ciencia, la otra á la vida, y no las separa la funesta y mortal antinomia que puso en la razón especulativa y la practica el filósofo de Konisberg. Al través de las enseñanzas del Santo de Asís parece como que se ve alborear el incomparable libro, digno de llamarse *Suma* de la mística ; libro todo empapado en espíritu franciscano, la imitación de Cristo, donde el fiel asciende,—como Dante por los círculos del mundo suprasensible,—de la vida purgativa á la iluminativa, y de ésta, con poderoso socorro de la gracia, á la unitiva, nombrada por Santa Teresa *beso de la boca de Dios*. No es mucho que el autor de la Imitación —sea él quien fuere (14)— diga con frecuencia en apoyo de sus máximas—«Así habla el humilde Francisco.»

Nadie deduzca de las doctrinas de San Francisco sobre estudios, que fuese el misticismo escuela de ignorancia. El misticismo, al parecer, sencillo y humilde, es realmente el fin de la sabiduría, el más allá de la ciencia : cuando Jacopone de Todi, el poeta místico, adopta las formas candorosas ó groseras del pueblo, ya se deja atrás á Platón y á Aristóteles, á los retóricos y á los teólogos : apártase de ellos, no porque no los conozca, no porque no haya dedicado diez años de su vida á profundizarlos, sino porque no le satisfacen, no llenan el vacío inconmensurable de su alma. Ni la Orden de Menores hizo nunca profesión de despreciar ó proscribir el estudio : al contrario : las dos escuelas más famosas de la Edad media en ciencias filosóficas son París y Oxford: en la primera, alma madre de doctores franciscanos, veremos brillar con claridad vivísima á Alejandro de Hales, Nicolás de Lira; Macron, San Buenaventura : la segunda franciscana casi exclusivamente, la ilustran Escoto, Ockam, Rogerio Bacón, por no nombrar á otras lumbreras.

Con todo, es evidente lo que ya queda advertido, á saber : que caracterizan á la filosofía mística miras prácticas y positivas. Acostumbraba San Francisco predicar sin desplegar los labios, haciendo oficio de sermón su aspecto humilde y penitente, las mortificaciones escritas en su rostro. Lo mismo intenta

la mística : enseñar y convertir sin echar mano del raciocinio, con solo el amor, el sentimiento. Un franciscano hubo que singularmente aplicó la filosofía á la vida práctica, San Antonio de Padua, adecuado intérprete del ardiente misticismo popular. Antonio fué el primer Lector de teología de la Orden; San Francisco, al conferirle la facultad de enseñar en cátedra, le encargaba encarecidamente no dejase extinguirse en los frailes el espíritu de oración. De tal manera habia logrado Antonio al principio ocultar sus conocimientos científicos, que sus compañeros apenas le creían capaz de leer el Breviario : y á no descubrirse por imprevistas circunstancias, que el silencioso fraile portugués era eficacísimo y docto orador, hubiera muerto ignorado; pero apenas se supo, eligiéronle para inaugurar la enseñanza en la Orden (15). Mas bien que la cátedra, es el púlpito el lugar en que Antonio desenvolvió las doctrinas morales, tomadas , no de los filósofos paganos caros á su siglo sino de las Escrituras, en que era tan profundo, qu ellegaron á llamarle *Arca del Testamento*. Comentando un pasaje del libro de los Reyes, dice , para definir el perfecto orador sagrado : —«El predicador es un Elías, que ha de ascender al monte Carmelo, ó sea á la cima de la santa plática, donde adquiera ciencia y aprenda á cercenar por medio de mística circuncisión todo lo supérfluo, todo lo ocioso.» —

Con este precepto excluye la retórica, la elocuencia pomposa, y galana, la imitación servil de modelos latinos.—«Ay de aquel»—exclama — «cuya predicación resplandezca de gloria, mientras las obras le cubren de vergüenza !»

Por tal manera se anticipaba la mística á infundir en las venas del cuerpo escolástico soplo y calor de vida, lo que hoy se llama con novedad no infeliz, *sentido interno*. Y en verdad que le convenía, pues no faltó entre los eclesiásticos cierta orgullosa pretensión de resolverlo todo por sus procedimientos científicos; ingénua vanidad, que suele ir con la juventud. Asimismo,—en un movimiento filosófico tan fundamentalmente cristiano como el de la Edad media,—sorprende no poco ver concedida la hegemonía á un pagano, Aristóteles. No obstante, bien considerado el hecho, se explica y cohonest. Antiguo era ya el elemento aristotélico en la filosofía cristiana : venía de la escuela dogmática y exegetica, del tiempo de los Atanasios y Naciancenos. Y en realidad qué hacer, si solo cabía elegir entre Aristóteles y Platón, y este era tan poco conocido que Santo Tomás lamentaba la rareza de sus obras y dificultad de conseguirlas ? Aparte de que él método inductivo de Platón, no satisfacía el ansia de una edad deseosa de aprender presto y reorganizarse, que veía detrás de sí la devastación causada por el torrente bárbaro, y

anhelaba edificar sobre el informe montón de ruinas, reconstruir el desmoronado monumento. Aristóteles, lógico en grado eminente, se le ofrece por maestro y guía, y acéptalo: en él halla realizado su deseo de la distribución y clasificación de los conocimientos humanos: á falta de otras fuentes, la enciclopedia aristotélica presta inmenso servicio; es base y modelo de cuantas han de sucederle. Insensiblemente va la escolástica formándose en Aristóteles y otorgándole la primacía: su dialéctica, su formalismo lógico y regulador, se comunican á la escuela, y sólo las inteligencias nutridas en la tradición agustiniana platonizan. Cuatro siglos dura la victoria peripatética: cuatro siglos en que Aristóteles pasó por autoridad casi inconcusa, andando acordes en este punto los filósofos musulmanes de Córdoba y Bagdad y los pensadores cristianos. Ni pereció con la Edad media la fama extraordinaria del jefe del Liceo: atestígüelo, por no mentar otros sucesos, la trágica muerte de Ramus. ¿Qué mucho, si aún escritores contemporáneos opinan que toda la filosofía griega, de Tales á Platón inclusive, carece de originalidad y espontaneidad, y es mera rapsodia de la mitología de Oriente, hasta que Aristóteles le presta carácter genuino y espíritu científico? (16).

Entre los dos grandes pensadores griegos que con desigual fortuna señorearon la Edad

media, la diferencia es mas bien formal que real : no se contradicen ; ya lo había observado Cicerón, al afirmar que el Liceo y la Academia, distintos en nombre, son análogos en doctrina. Así pudieron repartirse el imperio del pensamiento cristiano ; pero éste volaba ya mas alto. Los doctores escolásticos, aunque discípulos de Platón y Aristóteles, formaron, alumbrados por la luz de Cristo, superior concepto de la igualdad y dignidad humana. Cuestiones dejó planteadas la antigüedad que elucidaron y resolvieron ellos con alientos mayores. Dígalo la memorable disputa de los *universales*, que fué principio de la decadencia de la escuela, pero tambien piedra de toque donde probó su valer. En este y otros problemas no menos importantes, fijaron su atención los escolásticos tan injustamente acusados de emplearse no más que en ergotismos vacíos y sofísticos juegos de palabras. Lanfranco, por ejemplo, corrigiendo y rectificando los textos adulterados por Berengario de Tours, resucitó la crítica : Godescalco y Rábano Mauro, al discutir acerca de la gracia no apuraron una sutileza teológica, sino el fundamento mismo de la ética ; mas la discusión de los universales es tan trascendental de suyo, que para entender algun tanto la labor de las inteligencias en el siglo XIII, es fuerza no ignorarla.

Boecio, rezagado del paganismo, último

romano, echó en un pasaje de su versión de Porfirio las simientes de tan empeñada disputa. Recogiólas Roscelino, afirmando que las ideas generales son meras abstracciones formadas en el entendimiento, mediante comparación de cierto número de individuos que reducimos á un concepto común, concepto que no existe fuera del entendimiento que lo concibió; por donde las ideas generales son en el fondo palabras no más, *flatus vocis*. ¿A dónde llega Roscelino por tales senderos? A deducir que siendo vanas palabras las ideas generales, solo en las particularidades está lo real: corolario: en la Trinidad, lo real son sus tres personas, no la unidad de su esencia: de aquí los errores antitrinitarios de Roscelino, que paran en grosero triteísmo. Abrumado por las impugnaciones de San Anselmo, Roscelino se retracta; y Felipe de Champeaux, dando en el extremo opuesto, sostiene que las ideas generales distan tanto de ser meros nombres, cuanto que son las únicas entidades que existen, y solo mediante ellas conocemos los individuos: lo real es la humanidad, los hombres son sus fragmentos. Entre Roscelino y Felipe se situó Abelardo, otorgando realidad á los universales y á las particularidades á la vez: ya tenemos fundados los tres sistemas, nominalismo, realismo y conceptualismo, que tanto fragor metieron hasta que santo Tomás esclareció y resolvió perfectamente el problema.

Para los nominalistas no hay género, ni universalidad que la de los vocablos; para los conceptualistas, los universales son reales en la mente; para los realistas puros, los universales son objetivamente reales en la naturaleza. El caso era averiguar si las nociones generales de la razón, las ideas, existen nominal ó realmente: la idea existe sin duda; pero ¿qué valor objetivo hemos de atribuirle? Delicada y grave cuestión, que de una y otra parte se presenta guarnecida de escollos. Los realistas caen en multiplicar entidades y abstracciones, y van arrastrados al idealismo excéptico: los nominalistas, al más desenfrenado empirismo. Inclinábase la Iglesia á las conclusiones realistas, sin reprobar esplicitamente el nominalismo: en ambos sistemas hubo su ortodoxia y su heterodoxia, sus verdades y sus errores, como verémos: el nominalismo de Roscelino fué condenado por materialista, por panteista el realismo de Amalrico de Chartres. Entre las soluciones más ingeniosas puede contarse la del dominico Vicente de Beauvais, que declara que las ideas generales no están solamente en la inteligencia, sino en la realidad, puesto que la inteligencia las abstrae de individuos reales: ciertamente las nociones que de las cosas adquirimos carecen de modelo sustancial en la naturaleza; pero en la mente divina estaba, antes de la creación, su idea general, sus ti-

pos, así universales como individuales. Atraídos y solicitados por tan hondo problema, todos los atletas de la escolástica quieren probar en él sus fuerzas. Santo Tomás enseña que lo universal no está en los individuos sino en potencia; Dunsio Escoto, que en acto, y que en vez de ser creado por la inteligencia, es dado como realidad, aplicando esta doctrina á la teología; el Doctor Sutil sostiene la Inmaculada Concepción de la Virgen; Rogerio Bacón se inclina al dictámen ecléctico (17); y un alumno del realista Escoto, de singular talento, Ockam, cuando á principios del siglo XIV yacía vencido el nominalismo, abraza con ardor su causa y renueva la polémica hasta obtener el título de *príncipe de los nominalistas*. Esta vital cuestión de los universales, que comprende al par el mundo de la naturaleza y el del espíritu, es de aquellas que perpetuamente han de dar asunto al discurso y ocupación al entendimiento. Debatida ya entre estóicos, platónicos y peripatéticos, ahincadamente discutida en la Edad media, llegará á renovarse en nuestros días, con la forma y carácter propio de la edad presente, en la investigación acerca del origen de los seres y en las hipótesis evolucionistas y transformistas, que filosóficamente consideradas, no son sino nominalismo aplicado á las ciencias naturales, bien como la pugna entre nominalistas y realistas es episodio del antiquí-

simo combate entre idealismo y sensualismo

Decayó la escolástica; ¿y cómo no? Todo decae, hasta las formas que toma la verdad en nuestro intelecto. La escolástica hubo de eclipsarse al concluir la Edad media, que á su vez termina al romper el protestantismo la unidad cristiana de las sociedades, al declararse el poder civil independiente del eclesiástico: divorcio que imitó la filosofía, apartándose de la teología que la nutriera á sus pechos. Y decayó, además, porque llevaba en su seno el abuso del dogmatismo y aún del criticismo; porque el materialismo averroista la minó, y porque ante los estudios filosóficos se alzó rival temible, el del Derecho, la invasión de la jurisprudencia, antagonismo algo semejante al que hoy se manifiesta entre las ciencias físicas y la metafísica, y en que el Derecho llevaba la mejor parte, siendo camino para llegar á los honores, las prebendas y hasta las dignidades eclesiásticas, mientras los filósofos yacían pobres y olvidados (18). Ni estaba la escolástica limpia de toda culpa: buena parte de su descrédito se debió al tedio ocasionado por la docta palabrería, al escaso atractivo que encerraban argumentos entretejidos como redes, silogismos intrincados como nudos, asuntos frívolos y aún temerarios, si hemos de estar á la opinión de un obispo que escribía á un Papa esta queja de las aulas:— «Hay tantos escándalos como escritos, tantas

blasfemias como disputas. » — Dijérase que, á semejanza de la arquitectura gótica, que al declinar carga de hojarascas, flores y adornos sus antes sobrios monumentos, la escolástica en sus últimos instantes se envuelve en preguntas, respuestas, sutilezas, argucias y proposiciones. A despecho de lo cual podemos exclamar : ¡ gloriosa filosofía la que aún en su fase decadente se honra con nombres como el de Dunsio Escoto, Raimundo Lulio, Ockam !

Antonio de Pádua fué el primer lector de teología de la Orden franciscana ; Alejandro de Hales su primer profesor universitario. Alejandro, inglés de nación, se detuvo en el monasterio benedictino de Hales : de allí pasó á estudiar á París. De su vocación á la Orden de Menores se refiere curiosa leyenda : dicese que siendo Alejandro muy devoto de la Virgen, y habiendo ofrecido conceder cuanto le pidiesen en su nombre, si rehusó entrar en las Ordenes benedictinas y dominica, no pudo negarse á la súplica de un lego franciscano que por amor de María le rogó vistiese el hábito, ya que los Menores carecían de un maestro tan sabio como él (19). También se cuenta que corriendo el año de noviciado, la austera vida y el apartamiento del mundo se le hacían muy cuesta arriba, y le dominaba profunda tristeza, cuando una noche se le apareció san Francisco, que ascendía por fragoso monte

cargado con pesada cruz; y como Alejandro quisiese ayudarle á llevar el grave peso, el Santo le dijo con severo rostro: — « No tienes valor para soportar una cruz de paja, y vas á aliviarme de ésta de leño? » — Alejandro se sintió desde aquel punto mismo encendido en fervor. Admitido en la Orden que había de alumbrar con su ciencia, dedicó todo el tiempo que penitencias y oraciones le dejaban libre á la enseñanza magistral. Ganó presto celebridad inmensa: su coetáneo el cronista Salimbene atestigua que los dos hombres más famosos del mundo, en sus días, eran el rey Juan de Jerusalén y el maestro Alejandro, — « por lo cual — escribe — en su loor fué compuesto un cántico, mitad latino y mitad francés, que yo canté muchas veces. » — En otro lugar, el mismo cronista asegura que — « según decían cuantos conocieron bien á Alejandro, no hubo en su época otro semejante á él. » — Llamábanle, en efecto, *Doctor de los doctores; fuente de vida*. De su doctrina, afirmaba el canciller Gerson, que todo elogio le viene corto, añadiendo que preguntado á Santo Tomás cuál fuese el mejor modo de estudiar teología, respondió: — « Ejercitarse asiduamente en conocer un solo Doctor; » — y como le interrogasen qué Doctor había de ser ese, declaró: — « Alejandro de Hales » (20). — Lo cierto es que aquel maestro tan reverenciado de su época parece ilustre filósofo. Distinguió

á Alejandro aplicación constante del silogismo á la teología, por donde dió á la ciencia divina forma rigurosa y racional; y le adornó abundantísima erudición profana, conocimiento más exacto y completo de los escritos de Aristóteles: sus predecesores apenas sabían sino de los tratados contenidos en el *Organum*; el Halense estudió y aprovechó toda la enciclopedia aristotélica, y acaso, con Alberto el Grande, fué el más notable traductor y comentador del Estagirita. Citó á Platón, y adaptó al cristianismo sus teorías; estudió á los árabes, á Avicena; recogió en un haz la dispersa cultura exterior, griega, oriental, hebráica; y fué el primero que en estilo escolástico escribió sobre el célebre *Maestro de las Sentencias*, que así era llamado Pedro Lombardo cuando cada filósofo tenía su nombre de combate y triunfo. El de Alejandro de Hales fué Doctor *irrefragable*, título que le dió el público, y confirmó Alejandro IV al dirigir al ministro provincial de Francia el diploma *De fontibus Paradisi*, donde, elogiando la Suma de Alejandro, declaró que en ella se ordenaba — «larga copia de sentencias irrefragables.» — Y, de hecho — dice el cardenal Manning — la *Summa Universæ Theologiæ* de Alejandro hubiera inaugurado nuevo período, si la amplitud y método más perfecto de la obra de santo Tomás no la eclipsasen. Pero fué gloria del Halense que así santo Tomás

como san Buenaventura viniesen á sentarse al pié de su cátedra, y que los puntos del *Espejo Moral* de Vicente de Beauvais que Belarmino halló en los escritos del Angel de las escuelas, fuesen inspiración de Alejandro (21).

Tuvo Alejandro de Hales en alto grado el dón de fecundidad que caracteriza á los escritores de aquellos siglos, en que, sintiendo la necesidad de levantar el edificio científico, dábanse prisa todos á acarrear materiales, sin detenerse mucho á pulirlos y escogerlos; en que brotaban los libros con premura y vigor, como rudos y potentes renuevos de cortado árbol. Alejandro dejaba una biblioteca (22) cuando su muerte privó á la Universidad de París del magno Doctor, que no sólo la ilustraba, sino que la edificaba bajo un sayal llevado ejemplarmente por espacio de veintitrés años. Expresando el sentimiento causado por la pérdida del Halense, cantó Juan de Garlandia:

.....
 Enitet ergo senum speculum bonitatis amœnum
 exemplar juvenum florenti dogmate plenum,
 qui fuit Ecclesiæ directa columna, fenestra
 lucida, turibulum redolens, campana sonora (23).

Alejandro de Hales atrajo en París cantidad de letrados á la Orden franciscana: Adán de París, Juan de Rupela, Odón de Rigaldo.

En Oxford se realizó igual movimiento con Adán de Marisco, el cual fué á su vez impulsado del ejemplo de su compañero y amigo Adán de Oxford, á quien vió en sueños ascender por tan alta escala, que vanamente se esforzaba en seguirle... Murió, en efecto, Adán de Oxford en opinión de Santo, predicando á los sarracenos: de él narra Eccleston (24) la misma anécdota que trasladamos al hablar de la vocación del Halense: las flores de la leyenda embalsaman la historia de los austeros pensadores escolásticos. Adán de Marisco fué el primer maestro franciscano que en Oxford enseñó: llamábanle *Doctor ilustrado*. De su mérito hay un testigo insigne, Rogerio Bacón, según el cual, sobre el vulgo de imperfectos filósofos, se alza perfecto Adán de Marisco, á quien compara con Avicena y Aristóteles, elogiando sobre todo su definición de la naturaleza del alma, su conocimiento de las lenguas extranjeras. Vivió Adán de Marisco en íntima familiaridad con eminentes personajes de su época: la mayor parte de sus obras se ha perdido, y quizá por eso el nombre del amigo de Grostete y Simón de Monforte apenas figura hoy en los anales filosóficos.

Enmendando otros olvidos de la posteridad, detengámonos un instante — antes de llegar á las altas cimas, Buenaventura, Escoto, Raimundo Lulio — á recordar la nume-

rosa serie de pensadores franciscanos de Oxford y París, que llenaron las cátedras con su enseñanza y su voz, y hoy duermen para siempre en el silencio del sepulcro, como sus trabajos, el fruto de sus heroicos esfuerzos, yace quizás en oscuros rincones de bibliotecas, ó se dispersó hecho polvo y ceniza por los aires. Interés melancólico se despierta al evocar esos nombres que las generaciones se apresuraron á borrar de su memoria, y que parece no han servido, cual las nebulosas que se pierden en las profundidades del cielo, sino para hacer resaltar más con su resplandor vago la claridad brillante de los astros de primera magnitud. No obstante, tienen los secundarios su valor, su puesto en el sistema intelectual; y algo debieron valer y significar Juan de Rupela, maestro bajo Alejandro de Hales, que según Bernardo de Besa, lució á su lado como estrella luminosa; Roberto de Bastia, autor de un libro sobre el alma, y uno de los innumerables comentadores de Pedro Lombardo; Odón de Rigaldo, del cual sabemos por el cronista Salimbene que fué tan feo de rostro como gracioso de modales y obras, amigo de san Luis, óptimo disputador y predicador grato, que asistió á san Buena-ventura en los graves empeños del Concilio Lugdunense; Guillermo Melitón — uno de los comisionados por Alejandro IV para completar la Suma del Halense — que murió predi-

cando, interrumpiendo el sermón para despedirse sosegadamente del auditorio; Estrabón de Bayona, de quien se refiere un caso parecido al que se cuenta de Dunsio Escoto, á saber: que tanto apretó con sus argumentos al terrible adversario de las Ordenes mendicantes, Guillermo de San Amor, que éste hubo de exclamar: — « O eres ángel, ó diablo, ó Estrabón de Bayona; » — Alejandro de Villadei, insigne gramático, filósofo, matemático y astrónomo, que compendió en hexámetros la gramática y las Escrituras, en cármenes leoninos las Actas de los Apóstoles, en versos elegiacos el Ritual y el Calendario; Gilberto de Tournay, escritor moral muy predilecto de Alejandro IV; Juan Wallis, á quien por el valer y copia de sus escritos llamaron *Árbol de vida*, esculpiendo un árbol sobre su losa sepulcral. Desde Alejandro de Hales hasta san Buenaventura se alza tan briosa hueste: después vienen los discípulos del Doctor Seráfico: Alejandro de Alejandría, apodado el *Jóven* para distinguirlo del de Hales; Arloto de Prado, concordador de la Biblia, vencedor de todos los dialécticos de su tiempo; Ricardo Mediavilla, Doctor *profundo, sólido y fundadísimo*, cuyas doctrinas sirvieron para confutar las de Wicleff en Constanza.

No cubrió tan completo olvido la fama de Francisco Mairón. Es Mairón el gladiador infatigable de la disputa escolástica, el intro-

ductor de la formidable prueba escolar, el *acto sorbónico*, en el cual había de permanecer el candidato, de cinco de la madrugada á siete de la tarde, sin comer ni moverse, en una misma postura de cuerpo y disposición de ánimo, respondiendo á todos y cada uno de sus opositores. Si durante aquellas mortales catorce horas flaqueaban la carne ó el espíritu, el atleta venido se retiraba sonrojado de la arena; si por el contrario contestaba á la última objeción con claro discurso y sereno rostro, era llevado en volandas y en triunfo, y aclamado por los estudiantes. Francisco Mairón fué el primero á ensayarse en tan difícil paso de armas; por lo cual, en la Universidad, el primer acto sorbónico era siempre sostenido por un franciscano, el último por un dominico, y decíase proverbialmente: — «*Franciscanus aperit, Dominicanus Sorbonam claudit.*» — Recuérdase también hoy con respeto el nombre de Nicolás de Lira, el *Doctor útil*, el gran escriturario. Sus comentarios á la Escritura son de los monumentos imperecederos que nos legó la edad escolástica.

Con san Buenaventura dejamos á un lado las arideces de la escuela para descansar en florido oasis. La inteligencia del Seráfico Doctor se manifiesta adornada de aquella gracia y atractivo que distinguen al luminoso genio helénico de su maestro Platón. No ménos amable y noble es la piadosa historia de su vi-

da. En Bagnorea, villita del Estado de Florencia, tuvieron un hijo los humildes esposos Fidanza. Cayó el niño peligrosamente enfermo, y acertando á pasar por allí san Francisco de Asís en el último período de su peregrinación terrestre, la madre desconsolada le presentó el niño moribundo. Francisco lo tomó en brazos, exclamando al devolvérselo sano: — « ¡Buenaventura! » — Desde entonces fué llamado Buenaventura el que los griegos nombraron después *Eustaquio*, á causa de su sabiduría. Del episodio de la portentosa curación dice san Buenaventura en el prólogo de la *Leyenda menor*: — « Por voto hecho al beato Francisco por mi madre, ofreciéndome á mí, que estaba gravísimamente enfermo, cuando era todavía niño, fuí arrancado de las fauces de la muerte y restituido á la robustez y salud de la vida. Recordándolo con viva memoria, lo declaro en sincera confesión, por no merecer la tacha de ingrato callando tamaño beneficio. » — Llegado á la edad de veinte años, cumplió el mancebo el voto de su madre, vistiendo el sayal. Era la hostia pura, digna en todo de Dios. A columbina sencillez, mente poética, entendimiento soberano, unía Buenaventura gallardo cuerpo y apacible belleza en el semblante, natural alegre y amorosa condición, voz sonora y palabra láctea y facunda: en tal manera, que admirado de sus raras prendas, solia decir su maestro

Alejandro de Hales que en aquel mozo parecía no haber pecado Adán (25). Al año séptimo de su ingreso en la Orden leía Buenaventura en París las Sentencias; al décimo, alcanzaba la cátedra magistral. Graduóse de Doctor en compañía de su amigo y condiscípulo Tomás de Aquino, al cual cedió por humildad la precedencia. Cuando Juan de Parma dejó el generalato, señaló á Buenaventura para sucederle. Quiso el Papa promoverle á la Sede de York, — «porque — decía la Bula — Buenaventura se ha hecho grato á todos en todo.» — Pero no aceptó. Muerto Clemente IV en Viterbo, prodújose uno de los interregnos, en aquellas épocas frecuentes, por falta de concordia entre los cardenales para elegir el sucesor. Inútilmente se trajo al cónclave el féretro del Papa difunto, por si la contemplación de la muerte amansaba á los discolos; hasta que desplegando Buenaventura los recursos de su elocuencia, los persuadió á nombrar á Teobaldo Visconti. Venerado de todos, fácilmente pudiera entónces el general de los Menores ceñirse la tiara; pero tan distante andaba de su ánimo la ambición, que cuando, poco después, le envía Gregorio X el capelo cardenalicio, los legados le encuentran fregando la vajilla del convento, y él los ruega que, mientras termina su labor de estropajo, cubran el capelo de las ramas de un arbusto que sombrea la puerta de la cocina. Sólo los intereses

de la cristiandad pudieran obligarle á desempeñar el papel político y teológico que le cupo en el Concilio Lugdunense, donde unió el Asia á Europa, la Iglesia griega á la latina. Fueron texto de su discurso las palabras del profeta Baruch:— «Sal, Jerusalén, sube á á la colina, y mira á tus hijos reunidos del Oriente al Occidente.» — Himno triunfal propio de ocasión tan señalada, cuando el Evangelio y la Epístola se cantaron en griego y latín en una misma misa, y en el Credo se extinguió la memorable y encarnizada disputa de dos mundos, repitiéndose tres veces que — «el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.» — Pintoresca variedad de gentes llenaba la sala del Concilio: reyes, abades, obispos, patriarcas y primados, logotetas bizantinos, embajadores del Emperador griego y del Kan mogol; y al alzarse en la cuarta sesión solemne el cántico del *Te-Deum*, los corazones se estremecieron de júbilo porque ya había un solo pastor para un rebaño solo. Mas el héroe de tan gran victoria no sobrevivió á ella: cumplida su misión, se extingue Buenaventura. Estalló en él, después de aquella gloriosa sesión cuarta, oculta y devastadora dolencia; y abrasado de amor, dícese que al aplicarle al costado la hostia, se rompió su carne, abriendo camino á Cristo para que se aposentase en el corazón. Así pasó, en la hora culminante del triunfo (26) el hombre

más hermoso, docto y santo de su época (27) y uno de sus mayores y más geniales filósofos. San Buenaventura es místico, mas no reniega de la razón. En la teoría del ser se adelanta á Cartesio y Malebranche, combinando felizmente intuición y raciocinio: asimismo expresa el célebre concepto que Pascal repitió sin mejorarlo, cuando deduciendo la idea de Dios de la del ser, dice: —« Como el ser purísimo y absoluto es eterno y presente, abraza y penetra toda duración, siendo á la vez centro y circunferencia. Como es simple y grande, está todo entero en todo y fuera de todo, de suerte que es esfera inteligible, cuyo centro se halla en todas partes y la circunferencia en ninguna. » — Mas la originalidad, el carácter propio de la metafísica de san Buenaventura se debe á su tinte poético, que le distingue de otras rígidas inteligencias, parapetadas tras la lógica inflexible del aula. Sin duda el doctor Seráfico había estudiado: dos Biblias escritas todas de su puño, que se conservaban aún en el siglo XVII, atestiguan lo muy versado que fué en las Escrituras. Pero si entendía, era para amar: en cierta ocasión, maravillado Santo Tomás de su ciencia, quiso ver los libros de donde la tomaba, y Buenaventura, despues de enseñarle corto número de volúmenes, descorrió una cortina y mostróle una efígie del Crucificado, asegurándole ser aquella la obra que más leía. El gran mís-

tico Gerson dice de él : — «Dudo que en tiempo alguno tuviese la universidad de París doctor y maestro tan eminente: y si me preguntasen cuál ha de estudiarse, respondo, sin mengua de la grandeza de otros, que Buena-ventura... Ninguna doctrina hay más sublime, divina, saludable y suave... De este doctor afirma hoy con exactitud la Iglesia lo que Cristo del Bautista: *Erat lucerna ardens et lucens*..... Cristo dijo: — Vine á arrojar fuego en la tierra: qué pretendo yo, sino que arda? — En la diestra de Dios está la ley de fuego cuyas palabras abrasan vehementemente... Esto sentía y consideraba, al doctrinar y escribir, nuestro maestro Buenaventura. Seráfico y querúbico debemos llamarle, pues inflama voluntades y entendimientos alumbra. Otros doctores distraen la inteligencia: éste con el amor, une la mente á Dios. — «*Expandit ignem cum lumine*, » declaraba Tritemio de la teología de San Buenaventura: y aludiendo á lo abrasado de su elocuencia — «*Non instantia, sed inflammantia verba proferebat*.» — Como saetas encendidas se clavaban sus palabras: en aquella época de períodos ampulosos, el estilo de muchas obras suyas es animado, claro, viviente. El que emplea en las dos *Leyendas*, mayor y menor, de San Francisco es tal, que de él sentía Leonardo Aretino — «*In illo scribendi genere à nemine Bonaventura superari potest*.» — Y, de cierto, más que biografías, son

poemas, inspirados , alumbrados por suave aurora mística. Para muestra del incendio de afectos que consume á Buenaventura, de la viveza de las metáforas con que lo declara, baste un pasaje de uno de sus escritos, *Estímulo del amor divino*.—«Entréme»—dice — «por las llagas de Cristo con los ojos abiertos, mas llenáronseme de la preciosa sangre; y sin ver ya cosa alguna, empecé á caminar palpan-do con las manos hasta penetrar en las entra-ñas de su caridad, donde inflamado y ligado con dulces ligaduras, no pude ya encontrar salida. Por lo cual establecí allí mi habitación y morada, y me alimento de los manjares que él se alimenta , y bebo con abundancia y me embriago del licor que él bebe : y tanta es la copia de deleites que gozo, que no hay pala-bras para significarla...»—Con todo, no se aísla Buenaventura en el egoísmo de su con-templación, antes en el mismo *Estímulo* ex-clama :—«¿ Cómo puede decir que ama á Dios y apetece las delicias de su caridad quien vien-do al hombre , imagen suya, envuelto en las inmundicias del pecado , no trata de redimir su miseria? Quién, recordando que el Hijo de Dios murió en una cruz por rescatar las almas, no se resolverá con denuedo á perecer también por ellas »—Y más adelante añade con celo sublime :—«Si estuviese certísimo de no ver nunca el rostro de Dios, ni gozar su bienaven-turanza, todavía quisiera , para honrarle tan

sólo , morir por cualquier hombre.»—El poeta penitente de Todí expresa esta misma idea en versos volcánicos.

Para escribir sus *Seis alas de los Serafines*, su admirable *Itinerario de la mente en Dios*, Buenaventura se retiró al monte Albernia, cuyas duras rocas se habían reblandecido al contacto de las candentes lágrimas de Francisco de Asís. El serafín que en aquel mismo lugar traspasó con rayos de amor á Francisco, ofrece á Buenaventura símbolo adecuado con que figurar las vías por donde se asciende á la union extática. Con el ala primera vuela el alma á contemplar á Dios en las cosas materiales ; con la segunda sube por ellas hasta su autor ; con la tercera lo considera en sí misma ; con la cuarta ve y oye al esposo , lo adora, lo goza, se hace toda de él ; con la quinta alcanza la luz del sér, en su pura simplicidad ; con la sexta ya no percibe á Dios en su unidad, sino en su Trinidad inefable, que no se llama el Sér, sino el Bien ; y entonces no le resta más que invocar la muerte. Estas obras, que son de lo más bello que produjo san Buenaventura, concebidas en solitaria gruta de áspera montaña, sin libros ni estudios, prueban que el misticismo del Seráfico doctor no nace solo de las tradiciones agustinianas, sino del ardiente impulso comunicado por san Francisco á sus discípulos.

Donde se revela más original y marcada

la personalidad filosófica de san Buenaventura es en su estética, armoniosa corrección del *Timeo* por el Evangelio. A causa de ella principalmente, merece Buenaventura ser llamado Platón de la Edad media. Cabalmente por la estética influyó Platón en el pensamiento cristiano. Al contrario de Aristóteles, que es un dialéctico, Platón se presenta poeta y artista: Aristóteles trae de la mano el sensualismo, Platón introduce el idealismo. Si en el fondo concuerdan, según creía Cicerón, en la forma difieren tanto, cuanto difirió el genio de santo Tomás del de san Buenaventura. Comparando á ambos se advierte el contraste: san Buenaventura, más amante, de más rica y lozana fantasía, se inclina al ontologismo, antepone el corazón al entendimiento; santo Tomás tiene al entendimiento por facultad superior á todas; y el estilo y método de uno y otro Doctor se diferencian, cual el del jefe de la Academia dél del Liceo.

Veamos cómo pudo el cristianismo contemplar la hermosura por los ojos del alumno de Sócrates. Partiendo de su concepto de las ideas, subordinando constantemente lo particular á lo general, el mundo sensible y perecedero al inteligible, residencia de la eterna verdad, Platón distingue en su estética la aparente hermosura material, de la belleza misma, belleza inalterable que no cae bajo el dominio de los sentidos, sino del intelecto; y

mientras los sentidos apetecen lo externo, lo visible de la hermosura, el amor del alma busca la otra belleza suprasensible y perenne. Tal es la renombrada, la importantísima teoría del amor platónico, del bello ideal, con la cual estrechamente se enlazan las manifestaciones artísticas más peregrinas de la Edad media: el estilo gótico, la caballería, la creación de la Beatriz de Dante, frutos delicados y exquisitos del genio ateniense adoptado por el sentimiento cristiano, esmaltes y filigranas que nos admira encontrar bajo la ruda corteza de la barbarie. Oigamos ahora á san Buenaventura desenvolver su estética propia, fundada en Platón. Dos libros contienen, según el Doctor Seráfico, toda ciencia: uno interior, el conjunto de ideas divinas preexistentes, tipos de los seres; otro exterior, el mundo, donde las mismas ideas divinas se manifiestan en imperfectos y perecederos caracteres selladas. Lee el ángel en el primero, la bestia en el segundo; á la perfección del universo, convino una criatura que interpretase á la vez ambos, explicando las páginas del uno con las del otro; y fué esta criatura el hombre, al cual la filosofía va subiendo por todos los grados de la creación, hasta aproximarle á Dios. De tres modos puede lograrlo: el hombre nota los objetos exteriores por la percepción; se fija en ellos por el goce; los conoce por el juicio; mas no percibimos en las cosas sensi-

bles la sustancia , sino los fenómenos ó imágenes que hieren nuestra facultad sensoria. —Al llegar á este punto viene el Evangelio, y completa las especulaciones platónicas. Tales imágenes nos recuerdan al Verbo divino, imagen del Padre y único que le conoce. Mas sólo la belleza nos causa placer, y la belleza no es sino proporción en el número — aquí recordamos que Platón oyó las enseñanzas pitagóricas. —Y como toda criatura es bella en algún grado , el número se halla en todas , y siendo el número y el cálculo señal eminente de la inteligencia, donde quiera es forzoso advertir las huellas del Artífice Supremo. El juicio por excelencia es la abstracción, que prescindiendo de los pasajeros fenómenos de tiempo, lugar y mudanza, se atiene á las cualidades permanentes, á lo inmutable y absoluto ; y siendo Dios el único sér absoluto é inmutable, se sigue que en Él está la norma de nuestros conocimientos, y que existe un arte divino que crea toda belleza y nos ilumina para juzgarla. Así funde la mente de Buenaventura elementos itálicos, socráticos y platónicos , atándolos con el lazo de oro del criterio cristiano. De su consideración de Dios como artista viene el predominio que otorga á dos facultades altamente poéticas: la imaginación y el sentimiento; del desarrollo de ambas , el simbolismo. San Buenaventura es simbolista en sus poesías, en su meta-

física, en su estilo. Ya conocemos el símbolo místico de las *Seis alas*, que inspiró quizás al más poeta de nuestros filósofos, á santa Teresa, la idea de sus *Moradas*. En las *Legendas* de san Francisco, Buenaventura presenta al Serafín de Asís contemplando la naturaleza con mirada platónica, — «porque — dice — á los ojos del siervo de Dios, eran los seres creados como otros tantos arroyos del manantial de bondad infinita donde anhelaba saciarse, y sus virtudes divinas le parecía que formaban celeste concierto, cuyos acordes escuchaba con el espíritu. » — Si nos hemos parado en las teorías estéticas de san Buenaventura, es que acaso son lo más característico de su brillante personalidad, y á la vez el punto en que más se identifica con san Francisco, cuyas cualidades apasionadas, artísticas y dramáticas representa en la esfera filosófica.

Enunciada de tal suerte por Buenaventura la metafísica del amor y de la voluntad, aparece un genio harto distinto del suyo — un raciocinador, un lógico — que la sienta sobre bases dialécticas, entronizándola en el aula. Este vigoroso pensador, este atleta de la razón iluminada, no es sino Dunsio Escoto. Al nombrarle, involuntariamente recordamos también á santo Tomás. Todo nos lo trae á la memoria: las escuelas rivales que nacieron en torno de los dos grandes maestros, la se-

mejanza de sus métodos. En la historia del pensamiento de la Edad media, santo Tomás representa una era, un período completo. Rico y de esclarecidísima sangre, abandonó todo por dedicarse á pensar. A los cinco años ya meditaba: en su vida no hay sucesos, no hay más que ideas. Absorto en su vivir interior, ni advertía las tormentas cuando iba embarcado, ni que una vela encendida le abrasaba los dedos. El resumen de su vasto entendimiento fué una obra colosal, la *Suma*, donde á más de profunda metafísica y moral, se contienen teorías políticas que — si es lícito emplear una frase moderna — conciertan la libertad y el orden, si bien en la tentativa enciclopédica logró mejor éxito que santo Tomás Alberto el Grande, versadísimo en las ciencias de la naturaleza. Escoto difirió de ambos. Menos erudito que Alberto, fué más sabio, dominó más las materias que estudiaba: en física presintió no pocos adelantos de nuestros días; en matemáticas fué — al decir de Waddingo — un prodigio; de química y de óptica escribió tratados especiales. Mas la condición propia de su talento consistía en aquella sagacidad, acuidad y firmeza del discurso, que le ganó el dictado de *Sutil*. Tomás y Escoto, el dominico y el franciscano, llenan con su inteligencia el siglo XIII: mirando al ocaso de la Edad media, vemos de una parte al *gran buey mudo de Sicilia* (que así llamaban á san-

to Tomás sus compañeros de aula por lo reflexivo y taciturno), pesando, distinguiendo, definiendo, clasificando; de otra, al *Doctor Subtil*, esculpiendo en el mármol de su lógica los amorosos trasportes de Francisco y Buenaventura; consolidando, cristalizando la mística en el raciocinio, bien como los imagineros de las catedrales entallaban en las piedras, vivi-ficándolas, los símbolos cristianos, y las afinaban y labraban para que penetrase en ellas la idea, cual la escolástica aguzaba la palabra por que manifestase lo abstracto del pensamiento.

¿ En qué disentían aquellos dos hombres extraordinarios? Sus tendencias distintas son las que desde un principio, desde los primeros Padres de la Iglesia, advertimos en la filosofía cristiana. El Angel de las Escuelas, apartándose de san Agustín, otorgaba más importancia al libre arbitrio, menos á la gracia; Escoto seguía á Agustín tan adecuadamente, alcanzando su sentir, que llegó á decirse que si alguien vituperaba al uno, forzosamente había de abatir al otro; Tomás consideraba real la distinción entre el alma y sus potencias, Escoto formal solamente; y mientras aquél enseñaba que en la posesión de la bienaventuranza perfecta, la intuición de la esencia divina es el acto principal y esencial, éste sostenía que lo es el amor: mostrándose en tal opinión hijo legítimo de san Francisco,

sucesor de san Buenaventura, y fundador de lo que llamar pudiéramos mística racional. Con la voluntad, no con el entendimiento, conquistára el mundo san Francisco: Escoto antepone la voluntad al entendimiento, por cuanto, á fuer de potencia libre, guarda el imperio y señorío de sí misma. Como principio soberano de certidumbre establecía la revelación: afirmando que los atributos de la Divina Omnipotencia y la inmortalidad, ó—como entónces se decía — incorruptibilidad del alma, no eran tan perfectamente demostrables con sólo las fuerzas de la razón humana como con ayuda de la verdad revelada, ponía dique al racionalismo, á cierta idolatría tributada en la escuela á los filósofos paganos, cuyas especulaciones pensaban no pocos escolásticos ser suficientes á probar la fe.

Curiosa es la teoría ética de Escoto.—«Nada importa la criatura con tal que no sea ofendido el Criador: antes que ofender á Dios elijamos primero el ser aniquilados: y no por evitar las penas del infierno, que no es fin bastante, sino por puro amor de Dios, porque no se toque á su honra quebrantando su ley. Con tal propósito debe el hombre exponerse, no sólo á los tormentos, no sólo á la muerte corporal, sino al mismo no ser: perezca el alma incorruptible, antes que obre la voluntad contra la ley divina; aniquílese el espíritu criado, antes que el Criador sea ofendido.» —

Por boca de Jacopone había expresado la poesía igual sentimiento : la salvación secundaria ante el amor de Dios; el mismo infierno, solicitado si en tal absurdo cupiese amor (29).

Reconocía Escoto dos ejemplares de las cosas—los dos libros en que, según san Buenaventura, se contiene toda ciencia—el uno increado, la idea, que descansa eternamente en la razón divina y es causa activa (30); el otro creado, lo universal ó sea la especie inteligible formada en el intelecto humano por los objetos exteriores, y percibida por los sentidos (31). De aquí dos criterios de verdad, falible el uno en cuanto implica la variabilidad del objeto concebido y del intelecto que lo concibe; el otro enteramente cierto, pues la razón lo contempla en su eterno ejemplar, que es Dios : y la idea divina, si bien se nos manifiesta de indirecto modo, es para nuestra inteligencia causa de comprensión. Por lo cual concluye el Doctor Sutil que el hombre no alcanza la fuente de la verdad en las cosas creadas, ni puede tener por criterio absoluto el testimonio de los sentidos : así tocaba sabiamente el sensualismo aristotélico, que insidioso iba deslizándose en las aulas; pero al mismo tiempo, deteníase antes de ascender á las vertiginosas cimas del idealismo trascendental, añadiendo que, cuando la experiencia sensible se deriva lógicamente de un principio, puede ofrecernos tan indudable certeza como

el conocimiento racional : con lo cual se establece el deseado vínculo entre el sugeto y el objeto , entre la experiencia sensible y el raciocinio. Sólo esta sólida y profunda teoría basta para redimir á Escoto de la nota de filósofo crítico y disolvente , si ya no lo acreditase de creador y constructor la firme base en que asienta la certeza. Puesto que toda certeza — añade — depende de un principio superior , fuerza es admitir que conocemos las verdades en la luz eterna , que ellas mismas són luz que atestigua inmediatamente su verdad propia , y que la increada luz es juntamente primer principio de toda realidad especulativa y fin último de toda verdad práctica. Completa Escoto su sistema místico-racional , considerando la voluntad divina fuente del orden universal , ley absoluta y suprema (32).

Es innegable que el genio de Escoto tiene una faz crítica : la maravillosa perspicacia de su entendimiento le llevó á pasar por finísimo tamiz los argumentos de sus adversarios : no hubo impugnador más temible. Ya sabemos como combatió la tendencia peligrosa de Aristóteles , filósofo que conocía tan á fondo , que escribió sobre él hasta cuatro volúmenes: analítico en grado sumo , Escoto vía al punto la objeción , el lado flaco de los sistemas. Bien como los físicos contemporáneos emprenden experiencias que les permiten obser-

var hasta sus últimos límites la rarefacción y disociación de la materia, y los fisiólogos estudian en la diminuta célula el origen del organismo, Escoto ahondó y sutilizó los más recónditos y abstrusos conceptos del entendimiento humano. Y no bastándole con definir, distinguir y dividir lo que antes nadie había definido; con describir la naturaleza de Dios —dice el jesuita Labé— á la manera de quien la ve; con fijar su mirada de águila — afirma Tritemio — en regiones donde nadie la había fijado; con poseer — según declara Cornelio *a Lapide* — aquel sutil espíritu de inteligencia de que habla Salomón, impulsóle su empeño de precisar y dar á la ciencia carácter riguroso y exacto, á enriquecer el tecnicismo escolástico con gran copia de vocablos y aún frases nuevas, por él fabricadas, valiéndose de elementos latinos, según lo requería el caso. Mas no se limita Escoto á impugnar ni á argüir: bríos tiene y aliento para edificar también. No es maravilla que toda la Orden franciscana recibiese por Doctor y maestro al hombre que sistematizó y dió forma escolástica — la forma científica de la Edad media — á lo que hasta su advenimiento la tuvo principalmente artística, así en san Francisco como en Jacopone de Todi y san Buenaventura. Ni fué únicamente en el terreno de la razón donde los franciscanos pudieron seguir á Escoto sin desmentir las tradiciones de la

Orden : en el de la teología le debieron también su mayor triunfo.

Nació Escoto el mismo año de la muerte de san Buenaventura. Inclínanse los antiguos autores á tenerle por irlandés, de Ultonia, aquel misterioso *territorio de la luz* á donde abordó el apóstol de Irlanda San Patricio (33). Sus padres eran pobres : hasta los ocho años de edad vivió apacentando ovejas. Llegaron dos franciscanos pidiendo limosna á las puertas de su alquería ; vieron y hablaron al zagalajo, y hallaron que no sabía ni pronunciar una oración : le recitaron la dominical, y él la repitió sin vacilar al pie de la letra : enamorados de tan feliz memoria, pidieron el niño á sus padres, ofreciéndose á costear su educación y enseñanza; y en el convento donde le recogieron tomó á su tiempo el hábito. Dícese que al comenzar sus estudios, le parecían por todo extremo difíciles, y pidió á la Virgen, de quien era ya muy devoto, que ó le relevase del precepto de obediencia que le obligaba á aplicarse, ó abriese su cerrado entendimiento : despues de esta plegaria le saltó sueño profundo, y al despertar halló tan clara y fortalecida la inteligencia, que ya ningún obstáculo le vedaba alcanzar lo antes inaccesible. Desde entonces ofreció consagrar su sabiduría á la gloria de la Virgen. Fué á Oxford, donde oyó las lecciones de Guillermo Varrón, el *Doctor fundado*; y cuando éste pasó

á la universidad de París, Escoto le sucedió en su cátedra. En breve tiempo reunió más de tres mil oyentes, y la matrícula de Oxford bajo su enseñanza, subió de cuatro mil alumnos á treinta mil. La fama del jóven profesor volaba por toda Europa. Parece inconcebible como en tiempos de comunicaciones tan difíciles podía esparcirse el renombre de los sabios: pero ello es que se esparcía: por oír á un filósofo ó teólogo célebre emprendíanse largos viajes, se cruzaban mares borrascosos é inhospitalarias comarcas, y no era desusado caso hallar por los caminos de Alemania ó de Francia caravanas de estudiantes que se dirigían á Oxford para ver y escuchar á Dunsio Escoto. Contaba éste á la sazón veinticuatro ó veinticinco años.

En Oxford escribió sobre Aristóteles, y nacieron sus áureos libros, *Primer principio* y *Teoremas*: en aquél, para convencer á los gentiles, concluye cuanto del ser y perfecciones de Dios puede por razón natural percibir el humano entendimiento; en éste reduce la teología á principios generales, y establece reglas para tratar de toda materia discutible. Antes había realizado sus grandes trabajos acerca de ciencias naturales; y al par que exponía la Escritura y adelgazaba la metafísica, ejercía el ministerio de la predicación con eficacia tal, que, dice un autor, sus sermones arrebatában para Dios los ánimos de los oyen-

tes, como el rápido arroyo lleva tras sí las menudas arenas. Atravesando un campo, vió á un labrador que, al sembrar, se impacientaba y renegaba de las mulas de la yunta, y reprendiéndole su exceso.— « Padre — contestó él con el sombrío fatalismo de la ignorancia— ¿por qué te cansas en predicarme? Yo sé que se ha de cumplir forzosamente lo que Dios dispuso; si es que me he de salvar, me salvaré por mal que viva; si condenar, me condenaré por bien que obre. » — « Entónces— dijo Escoto — ¿á qué labras la tierra? ¿Qué te importa que esos animales la labren bien ó mal? » — Interesante es la anécdota, porque sirve de defensa á Escoto si alguien le acusase de extender en demasía la acción de la gracia.

La constante creencia de los antiguos Padres de la Iglesia en el misterio de la Inmaculada Concepción de María, se había no enturbiado, pero sí oscurecido asaz con las disputas originadas por el heresiarca Pelagio. Negaba Pelagio el pecado original, para no conceder la necesidad de la gracia; y con el fin de oponerse á su error, los Santos Padres insistieron en la universalidad del pecado original, eximiendo sólo á Cristo por haber sido concebido sin obra de varón. Mas como al hablar de la Virgen, lo hiciesen otorgándole la plenitud de gracia y lo demás que el dogma enseña, reinó sin disputa por diez siglos la sentencia de

su Concepción Inmaculada. Como en el siglo XI se celebrase en algunas partes su fiesta el día 8 de Diciembre, tal novedad despertó dudas, y nació la discusión. San Anselmo defendió lo que se llama sentencia piadosa; impugnóla san Bernardo con ciertas restricciones. Trabóse la cuestión, dificultada por conceptos equívocos, hijos algunos de la atrasada fisiología de la época, y que ni breve ni oportuno sería mentar. En el curso del debate la opinión piadosa tuvo contra sí á teólogos eminentes: los dominicos Alberto Magno y santo Tomás, Enrique Gandavense, el agustiniano Egidio Romano, hasta los franciscanos Alejandro de Hales y san Buenaventura, si bien estos últimos mudaron de parecer más adelante, y Alejandro defendió en su *Mariale Magnum* la pureza de María (34). Recientemente combatida desde mediados del siglo XII hasta fines del XIII, llegó la opinión piadosa á verse abandonada en las escuelas, y hubo de refugiarse en los claustros, allí donde oración y humildad mantenían viva la fe en las inefables maravillas de la gracia. Pero mientras la Universidad de París abrazaba la opinión menos piadosa, Escoto, aplicando á la teología sus doctrinas metafísicas sobre la voluntad de Dios, defendía en Oxford, con gran aplauso y auditorio, la contraria. San Buenaventura, con sus ardientes himnos de serafín, había suscitado la legión de franciscanos caballeros

de la Virgen, y dispuestos á romper lanzas por ella: la dialéctica de Escoto forjaba las armas para el torneo. En París, los franciscanos se alzaban frente á la Universidad predicando y enseñando sin tregua la que desde entonces dió en llamarse *opinión de los Menores*. Acertadamente dice un autor contemporáneo (35) que en aquellas épocas, contrapezada la diversidad nacional por la unidad eclesiástica, las Ordenes eran como vasto pueblo extendido por la superficie de Europa, y animado de unas mismas tendencias y aspiraciones: por lo cual la historia de las Ordenes doctas contiene la del entendimiento humano. Partidarios de la gracia, los franciscanos se declararon donde quiera en pró de la sentencia piadosa, con tanto celo, que les valió ser tratados de herejes por sus antagonistas (36)

Sabedor Benedicto XI de las discordias que ocasionaba la polémica, ordenó una disputa pública en la Universidad de París, donde los franciscanos pudiesen defenderse. El gallego Gonzalo de Balboa, general á la sazón de la Orden, envió una patente al joven filósofo inglés, citándole á la lid, y llamándole — « el amado en Cristo Juan Escoto, de cuya loable vida, ciencia excelente, ingenio sutilísimo y otras altas prendas, ya por larga experiencia, y ya por la fama que se dilata en todas partes, estoy plenamente informado. » — No bien llega Escoto á París, pídenle, co-

mo ensayo de ~~sus fuerzas~~, que , sin darse á conocer , argumentase en un acto que se celebraba en cierto colegio: entonces se refiere de él , como de Estrabón de Bayona , que uno de los asistentes exclamó: — « O eres ángel del cielo , ó demonio del infierno , ó Escoto de Duno. » — Fijóse el día de la disputa solemne ; se congregó la Sorbona ; el canciller introdujo á los legados apostólicos , y llenóse el recinto de inmensa concurrencia. Al dirigirse Escoto al palenque , cruzó ante una capilla , sobre cuyo pórtico se destacaba una escultura de la Virgen. Arrodillóse Escoto , y alzando los ojos á la efigie , dijo: — « Permite, Virgen sagrada, que yo te alabe ; dame poder contra tus enemigos. » — Al punto se inclinó , prometiendo ayuda, la cabeza de piedra de la estatua (37).

Observemos el espectáculo de la memorable disputa — uno de los más característicos de la Edad media. — Merced al empleo de la lengua latina, que orillaba la dificultad de las distintas hablas, hasta doscientos doctores se reúnen para argüir sucesivamente á Escoto, quien, sufrida la nube de saetas escolásticas, se levanta, y repite de memoria todos los argumentos de sus contrarios por el mismo orden en que fueron propuestos. En seguida comienza á distinguir, desenredar, rebatir, pulverizar toda objeción. Bien como la luz polarizada se convierte en un haz de innumera-

bles rayos luminosos, la dialéctica de Escoto se parte, se adelgaza, se sutiliza para atravesar aquella niebla de dificultades; finalmente, pronuncia el argumento decisivo de la voluntad y de la gracia: — «*Potuit, desinit, ergo fecit.*» — Y cuando se calla, ya descolorido, exánime, pero vencedor, álzase el auditorio de sus escaños, un clamor inmenso puebla los aires: — «¡ Víctor, Escoto !» — Se encienden luminarias; espárcese alborozada la gente; Escoto sale llevado como en triunfo, aclamado *Doctor sutil*. Al día siguiente se junta la Universidad, y á claustro pleno aprueba la sentencia piadosa; confirma á Escoto el nombre de Doctor sutil, y hace voto de celebrar cada año, solemnemente, la festividad del Misterio de la Inmaculada: tradición mantenida con tanto respeto, que en el año 1383 la misma Universidad decreta no graduar á sujeto alguno si primero no jurase defender la pureza original de María. En nuestros días, Pío IX ha declarado dogma de fe la opinión teológica de Escoto.

Después de la victoria, Escoto se quedó enseñando en la Sorbona, y al pié de su cátedra vinieron á sentarse para oírle dos extranjeros: el mallorquín Raimundo Lulio, el florentino Dante Alighieri. Hallábase cierto día esparciéndose con sus alumnos por el *Prado de los Clérigos*, paseo escolar célebre en París, cuando recibió cartas del general de la Orden,

que le mandaban pasar á Colonia de Agripina para fundar la Universidad y combatir á los begardos. Al punto dijo adios á sus acompañantes, y echó á andar. Los discípulos querían que volviese al convento para despedirse, mas él respondió: — «El Padre general no me ordena volver al convento, sino ir á Colonia.» — Hizo el viaje pidiendo limosna, y cuando entró en la ciudad, el lucido y numeroso concurso que le aguardaba se admiró viendo que el renombrado filósofo, la antorcha de Oxford, el campeón de la Sorbona, era un mendigo, descalzo, con vil y remendada túnica, al hombro la alforja que contenía menudrugos ofrecidos por la caridad popular. En Colonia sostuvo Escoto varias y empeñadas disputas, no sólo con los begardos, gente ínfima é ignorante en su mayor parte, sino con los dominicos, discípulos de Alberto Magno, que impugnaban la sentencia piadosa: en alguna de estas polémicas, inflamado en el fuego de la batalla, rompió en sudor copioso: salió para ir á su convento atravesando la helada atmósfera de la calle, y sobrecogido de mortal pasmo, no pudo sino tenderse en el lecho y rendirse á la muerte. Digno fin del incansable adalid del aula, del *Doctor Mariano*, perecer luchando, y que sus últimas palabras fuesen argumentos. No había cumplido treinta y cuatro años cuando falleció (39). La celebridad de Escoto, la brillante y numerosa

escuela filosófica que dejó formada y que creció singularmente en pocos años (40), le ganó detractores : caso común en aquellos tiempos en que no era maravilla que una contienda teológica encendiese odios y costase sangre. Como un siglo después del tránsito de Escoto, insinuaron algunos autores que había sido enterrado vivo : corrió otro siglo, y Paulo Jovio, médico italiano, uno de aquellos escritores escépticos y venales que pulularon en el Renacimiento, refirió el suceso, asegurando que Escoto, castigado por Dios con una apoplejía, y aceleradamente enterrado, se había roto la cabeza, en su desesperación, contra la bóveda del sepulcro : el dominico Brovio, eterno enemigo de los franciscanos, añadió detalles horribles, describió á Escoto comiéndose las manos antes de espirar. Ocioso parece decir que la Orden de Menores se dió prisa á vindicar á su doctor y maestro; y á la verdad que no eran rigurosamente necesarios los muchos y convincentes panegíricos de Escoto para desmentir la fábula, constando como consta que no fué enterrado en bóveda, sino en una fosa abierta en la tierra, conforme á su humilde instituto (41). Inspiró gran veneración el sepulcro del defensor de la Virgen; por algún tiempo el pueblo le rindió culto : la imagen de Escoto fué pintada con aureola en no pocos templos, y la fama de su elocuencia duró tanto, que al trasladar sus huesos dí-

jose que manaba de ellos perfumada leche.

Realista como el Angel de las escuelas, más todavía, Escoto tuvo sin embargo por discípulo al jefe de la escuela nominalista, Ockam. A pesar del contraste, la filiación escotista de Ockam se revela claramente en muchos puntos: así como Escoto fundaba la certeza en la revelación y el orden universal en la voluntad divina, Ockam dió esta misma suprema voluntad por base á la ética: reconócese también por procedente de Escoto cuando renueva la teoría del conocimiento del alma por sus atributos. Es la aparición de Ockam un signo de los tiempos: filósofo de decadencia, pertenece á un siglo decadente y sombrío, el XIV, cuando la escolástica presenta dos síntomas de caducidad: el predominio de los sistemas exclusivos y cerrados sobre los armónicos, el divorcio incipiente de la filosofía y la teología. Ockam nació en el condado de Surrey, á fines del siglo XIII. De inteligencia poco común, enseñó brillantemente en París bajo Felipe el Hermoso. En su vida importa distinguir dos períodos, el uno anterior, posterior el otro á 1322. Durante el primero es indudable su ortodoxia: en el segundo, afiliado al partido cismático de Luis de Baviera, escribe sañudamente contra Juan XXII, diciendo al príncipe alemán: — «Defiéndeme tú con la espada, que yo te defenderé con la pluma » (42). — Triste espectáculo el del re-

ligioso abrazando la causa del poder temporal contra el espiritual; cuando ni aún le queda la disculpa de que la potestad de la tierra está representada por un Ludovico Pio ó un san Luis, sino por ambiciosos sin talento como el Bávaro, ó mercaderes sin entrañas como Felipe el Hermoso. Ockam persistió en su separación de la Iglesia hasta 1349, año en que se humilla arrepentido, pide absolución de las censuras, y se declara pronto á obedecer á la Santa Sede (43): por donde se ve cuánto yerra Tenneman y los que como él afirman que Ockam murió en Munich perseguido, mas no domado. Si es cierto que Ockam escribió cosas intolerables en sus libelos contra Juan XXII, á quien combatió sin reverencia ni sobriedad; si se mostró cesarista, regalista y cismático, no así que en sus trabajos y obras filosóficas se contenga doctrina alguna condenada por la Iglesia. Podrán los comentarios suyos que se leían en las aulas encerrar opiniones ménos probables, pero á las cuales no faltan secuaces, y que corren con pié seguro en las escuelas teológicas, sin tacha de herejía. Bien cabe afirmar que, léjos de ser el nominalismo elemento de heterodoxia para Ockam, fué Ockam el que, con su conducta y actitud, hizo sospechoso el nominalismo. Este yacía muerto. Santo Tomás y Escoto lo habían sepultado bajo el peso de su dialéctica, cuando Ockam lo renovó, diciendo que, puesto que

las ideas generales no tienen existencia independiente sino en las cosas ó en Dios, y en las cosas no caben ideas generales y en Dios tampoco están como esencia independiente, sino como mero objeto de conocimiento, y en el intelecto lo mismo, las ideas generales son vanas entidades escolásticas, sin realidad alguna. Atacada así por cabos sueltos la noción de los universales, Ockam la emprendió con otra teoría célebre, la de las especies sensibles é inteligibles. Afirmaba con razón la escuela que entre los objetos exteriores y el entendimiento humano servían de intermediarios unas imágenes, harto desemejantes á las voladoras imágenes, *Eἰδωλα* de Demócrito. Las especies sensibles é inteligibles de la escuela, la distincion que ésta hace del objeto *quod* y *quo sentimus et intelligimus*, corresponden cabalmente al análisis claro, exacto y profundísimo de las operaciones del alma. Ockam disipó los excesos de esta teoría, declarando que la única realidad es el objeto conocido y el sujeto que conoce, y formulando el axioma razonable: — «No multipliquemos entes sin necesidad; no hagamos con mucho lo que puede hacerse con poco.» (44). — El *príncipe de los nominalistas* — que así fué llamado Ockam — tuvo discípulos insignes: Durando de Meaux, *Doctor resueltísimo*; Juan Buridan, gran partidario del libre arbitrio; Enrique de Hesse, matemático y astrónomo; Raimundo

de Sabunde ; Adan Vodam, Gabriel Biel, que dió el golpe de gracia á las especies volantes, y en fin, Gersón. Caracteriza á la pléyada ockamista el amor de las ciencias físicas, del análisis, la independendencia respecto del método y tradiciones de la escuela, y al par señalada tendencia mística. Los hombres más notables del siglo XIV, testigos de la ruina de la exageracion abstrusa de la Escolástica, son místicos : Gersón, Taulero, Petrarca. Su melancolía no halla consuelo sino en Dios.

Para defenderse y combatir á Ockam se unieron escotistas y tomistas, todas las fuerzas del realismo. Como teólogo le acusaron de pelagianismo ; y no obstante — importa repetirlo — aquel nominalismo no fué formal herejía. En diversas universidades católicas hubo cátedras de nominalismo ockamista. El año de 1473, habiendo el maestro Juan Boucart y los tomistas de París gestionado que el rey prohibiese la cátedra nominalista de la universidad, los nominalistas probaron que en Bohemia habían sido sus doctrinas martillo de herejes. Juan de Hus, Jerónimo de Praga, eran en efecto escolásticos realistas. El primero sostuvo el crédito del realismo en la universidad de Praga : el segundo denunció por heterodoxos á los nominalistas. La condena del concilio de Constanza resolvió la duda: los dos heresiarcas bohemios, en quienes renacía Wicleff, subieron á la hoguera.

San Buenaventura, Escoto, Ockam, se formaron en el claustro: mas no es ciertamente el laico Raimundo Lulio inferior á ninguno de ellos. Con Abelardo, Lulio es el personaje más novelesco de los anales escolásticos; aún añadirémos que sobrepuja la poesía de su historia á la del amante de Eloísa. Mientras Abelardo, vencido y agriado por la mala ventura, arrastra su inútil existencia de asilo en asilo, de convento en convento, la personalidad moral é intelectual de Lulio crece y se acendra y toca en las cumbres más altas y sublimes, al través de los romancescos azares de su vida, coronada por heroica muerte. Atendido su carácter y condiciones, Raimundo Lulio es, mejor que europeo, africano. Arrulló su cuna en Mallorca el himno del azul Mediterráneo: de un lado tiene Mallorca á España, en su parte más oriental, la florida Valencia, las soleadas vegas de Murcia; del otro, á Italia, que envía á las Baleares las auras volcánicas de Cerdeña; enfrente el Magreb, la tierra musulmana, la misteriosa enemiga del Cristianismo. El padre de Lulio, barcelonés, servía al rey de Aragón cuando éste conquistó las islas. En el reparto le tocó un lote considerable; avecindóse entonces en Palma, con su consorte Ana de Heril: Raimundo nació tarde, y fué su nacimiento solicitado con muchas lágrimas por el estéril matrimonio. Enviado ya mancebo á la corte de

Jaime I, su destreza, arrojo y gallardía le distinguieron presto, y desde paje fué subiendo hasta senescal y mayordomo mayor. Fogoso, amigo de caza, de opulencia y de placeres, él mismo nos dice en su poema *Desconort* como en la mocedad, olvidado del verdadero Dios, se dió á deleites y carnalidades. Ni bastaron á templar sus ímpetus juveniles las bodas con la noble doncella Catalina de Labats: la esposa, nunca amada, se vió desairada presto, y Raimundo se prendó, con todo el ardor del temperamento meridional, de una dama genovesa llamada Ambrosia de Castelló, tras de la cual, causando gran escándalo, se entró á caballo por la iglesia de santa Eulalia. Dióle cita entonces la dama, y descubriendo el seno, le mostró, con triste sonrisa, la podredumbre de una úlcera. El efecto fué terrible: Raimundo sintió como si un rayo abrasase sus potencias y lo inmutase todo: desde aquel mismo día comenzó dura penitencia; anduvo en peregrinación, pidiendo limosna, á Santiago de Compostela y á Monseñate; pidió perdón á su mujer, y castigó su propio cuerpo con no vistas austeridades. Quería ir á París á estudiar las ciencias: mas su amigo Raimundo de Peñafort le persuadió á meditar primero en la soledad. Ya germinaban en su mente las tres grandes ideas: cruzada á Tierra Santa, predicación del Evangelio á judíos y sarracenos, demostración racio-

nal de las verdades religiosas: dedicóse á aprender de un su esclavo la lengua árabe, y el esclavo, comprendiendo que el propósito de su amo y alumno era combatir el Corán, le asestó alevosa puñalada, dejándole por muerto. Pero curó, y al fallecer su esposa, repartida la hacienda entre sus hijos y los pobres, se retiró, vistiendo grosero saco, al monte Randa, donde hizo vida contemplativa y extática, derramando su corazón como agua en la presencia de Dios. Bajó á Palma exhortando á convertirse á los pecadores: y refiere la leyenda que despues de una noche pasada en oración, un arbusto que crecía á la puerta de su morada apareció dibujado en todas sus hojas de caracteres latinos, arábigos, griegos, como dando á entender á Raimundo su destino cosmopolita (45). Llenos están aquellos lugares de tradiciones relativas á Raimundo: el dia de la conversión de san Pablo, la gruta del monte Randa se impregna de fragancia celestial, la fragancia que allí derramó Cristo al curar al penitente gravísima enfermedad. Fuera de sí de amor, Lulio corría por prados y selvas en busca del Amado. Un dia encuentra á un ermitaño junto á una fuente, y le pregunta el remedio para salir de prisiones, para dejar de amar en grado tan subido. Sus incendios místicos le llevan á anhelar que la vida se le acabe para reunirse al Amado; los pájaros del verjel le dan lecciones é inteligencia de amor;

corre por las calles, pregúntanle las gentes si está loco, y él responde, como San Francisco, que ha perdido voluntad y entendimiento.

Mas el retiro de Randa no fué sino comienzo de la vida activísima de Lulio. ¿De qué modo adquirió su profunda ciencia? El pueblo creyó que por infusión, por inspiración, no explicándose como el ignorante y superficial galán de ayer, ascendía hoy á *Doctor iluminado*, á magno inventor. Ello es que maravilla la adquisición de los conocimientos de Raimundo, si consideramos que apenas hay en su vida período sedentario en que pudiese consagrarse á reunirlos. Antes de su conversión, aborrecía las letras. Después, le encontramos recorriendo el mundo, persiguiendo, aventurero filósofo, su ideal. Cuarenta años peregrinó sin tregua. En uno de sus viajes, una excursión á París, para conseguir de Felipe el Hermoso la fundación de un colegio de lenguas semíticas, entró en la Sorbona á la cátedra de Escoto, y oyó atento, ya inclinando en señal de aprobación la cabeza, ya torciendo el rostro como quien disiente. El joven profesor reparó en los ademanes de aquel hombre, pobre en el traje, inteligente y noble en la fisonomía, de ardientes ojos y cana cabellera. Terminada la lección bajó de la cátedra, y llegándose al extranjero, preguntóle: — « *¿Domine, quæ pars?* » — Y Raimundo contestó, jugando del vocablo, con

una definición de Dios : — « *Dominus non est pars, sed totum simplicissimum ab omni partium compositione alienum.* » — Escoto vió que se las había con un maestro, y empezó á departir con él : de allí resultó la entrada de Raimundo en el aula parisién. Pero no era la ciencia principal objeto de la peregrinación del Doctor iluminado: sus planes más vastos se referían al Oriente, y á aquella tierra de Africa, colocada ante las costas de España como amenazador centinela, como alfanje perpetuamente desenvainado. El fracaso militar de las Cruzadas inspiraba á Raimundo Lulio un pensamiento nuevo, la cruzada intelectual, la conversión en masa del Oriente. Así es que no cesó de excitar al Papa, á los príncipes cristianos, á las repúblicas de Italia, á que conquisten las naciones sarracenas, no tanto con las armas, cuanto con el entendimiento. En sus excursiones iba juntando limosnas, que remitía al Papa á fin de que allegase tropas y medios de emprender la cruzada. Fué á Roma exclusivamente para lograr de Nicolás III que enviase á Tartaria tres misioneros franciscanos; de Honorio IV obtuvo la creación de un colegio de lenguas orientales; de Jaime II consiguió lo mismo: el colegio se estableció en Miramar, y los Menores, instruidos allí, salían á convertir sarracenos. Raimundo aspiraba á apoderarse del Oriente con la posesión de sus idiomas, con la supe-

rioridad científica del Occidente: no es mucho que le encendiese en cólera ver que un doctor sarraceno y español, Averroes, iba infiltrando en las aulas cristianas gérmenes sensualistas y materialistas: de aquí otra cruzada contra Averroes; por donde quiera que pasa Raimundo Lulio, denuncia y refuta al comentador cordobés. En Bona disputa con cincuenta doctores árabes, averroistas, y el populacho le escarnece, golpea y tira de las barbas, acabando por cerrarle con un candado la boca; en Chipre pelea con los cismáticos griegos y los obispos secuaces de Nestorio, con no menor valentía. Lo que parece increíble es que Raimundo, buscando por espacio de cuarenta y cinco años el martirio en Africa, en Siria, en Palestina, en Egipto, tardase tanto en encontrarlo. Ya sabemos el mal tratamiento de Bona; en Túnez fué públicamente azotado; corrió peligros sin número, naufragios, enfermedades; arrojáronle de Bujía por loco, y vuelto otra vez á predicar la fe, consiguió al cabo que, sacándole de la ciudad á empellones, lo apedreasen. Y tal es el vigor de su constitución, que cuando á la noche dos mercaderes genoveses van al lugar del suplicio á recoger piadosamente sus reliquias, hallan al octogenario anciano sepultado bajo un túmulo de piedras, nadando en uu charco de sangre, pero vivo aún, y pueden trasportarlo á su galera, y llevarlo á Mallorca, para que

exhale el espíritu ante las costas de la patria. Los franciscanos reclamaron para su iglesia el cuerpo del mártir, que vestía desde el tiempo de su conversión hábito de la Orden Tercera; diéronle culto las Baleares, y la isla se pobló de imágenes del bienaventurado Raimundo (46).

Hombre fué tan singular: caballero andante de una idea, enseñó á su país, marcó con su sangre el camino por donde debiera extender su dominación é influjo, la ruta de Africa: el Quijote místico, el poeta visionario de Mallorca, nos dió lecciones de alta política, que por nuestro mal no hemos aprovechado: culpa cuyo reato pagamos ya, y pagaremos con creces andando el tiempo. La inteligencia, no aparece inferior á la acción en el filósofo insigne que, con Rogerio Bacón, abre el tercer período de la escolástica. Cuando ésta cayó en descrédito, se dijo comunmente que así como Alberto el grande quiso construir una máquina de andar y hablar, Raimundo Lulio ideó una de pensar (47). Por donde el insigne mallorquín fué contado entre los fautores de la decadencia, y su *Arte Magna* acusada de reducir el entendimiento á un mecanismo: tratábase no más que de aplicar á cualquier materia ciertos predicados, que Lulio reunía por clases, marcadas cada una con su letra del alfabeto; disponíalos después en círculos concéntricos, de suerte que cada letra significase un atributo: así se formaba

complicado artificio de predicados relativos y absolutos, preguntas y respuestas, accidentales, proposiciones y moralidades, todo entretejido como metafísica telaraña, dispuesto en casillas y triángulos: con imprimir movimiento de rotación á algunos círculos de la figura, resolvía Lulio cuanta cuestión se ofreciese, y el espíritu obraba con la precisión fatal propia de la materia. A duras penas hubo quien reconociese que la máquina pensante indicaba una tentativa fecunda, la reducción de toda idea á ciertas ideas madres (48), categorías que, reproducidas en el orden total de las cosas, ofrecen en su combinación imagen del sistema del universo; á duras penas hubo quien otorgase al inventor del aparato la aspiración de toda mente elevada: la síntesis, la ciencia concebida, no en sus partes, pero en su indivisible unidad (49). Mas hoy—dirémos con un ilustre autor novísimo (50)—comienza á entenderse que era ligereza científica despreciar al Doctor iluminado y tratar de *Arte deceptoria* su Arte magna. Trabajos de muchos y muy eruditos escritores patentizaron, no solamente el valor del sistema filosófico de Raimundo, sino de sus obras literarias. Y así como brilla su fama de pensador, de enciclopedista, de novelista, resplandece su ortodoxia, puesta también en duda por manejos de implacables émulos.

Obtuvo la doctrina de Lulio, enseñada por

él mismo en Mompeller y París, cátedras especiales en las Universidades de Mallorca, Barcelona y Valencia, y fué profesada en el reino de Aragón; el general de los franciscanos, Gaufredo, ordenó á sus frailes concediesen al maestro Raimundo lugar oportuno donde explicar su método: cuarenta profesores de París firmaron un diploma, en el cual examinado el sistema luliano, lo declaraban bueno, útil, necesario, en nada repugnante á la fe, antes muy conducente á confirmarla; en el siglo XV, el lulismo florece y domina en España, y cuenta en sus filas á Raimundo de Sabunde; espéranle expositores y comentadores como Jordano Bruno, Cornelio Agripa, Pedro Ciruelo, Leibnicio; protectores como Cisneros y Felipe II. Pero al par, tuvo encarnizados enemigos, que llegaron hasta fingir una Bula condenatoria de las doctrinas de Lulio. Otra imputación le fué dirigida, la de alquimista supersticioso, que desmienten diversos pasajes de sus obras: en el *Arbor scientiæ* se rie de los que trabajan vanamente queriendo convertir el azogue en plata sólida: en el de *Principiis Medicinæ* moteja con donaire á los dementes alquimistas, enloquecidos por su príncipe Mercurio, y soñando oro con las bolsas vacías y las capas rotas. La acusación de alquimista se explica, no obstante: como Rogerio Bacón, como Escoto, Raimundo pertenece á la época en que los doctores

escolásticos se sentían atraídos y solicitados por el estudio y observación de la naturaleza.

Llegaron á atribuirse á Lulio hasta cuatro mil tratados : en realidad no escribió menos de quinientos libros, ya en latín, ya en romance catalán, que constituyen verdadera enciclopedia : hay los de didáctica simbólica, como el *Arbor scientiæ* ; de mística, como el *Liber contemplationis* ; de teología racional, como el *De Articulis fidei* ; de polémica filosófica, como la *Lamentatio*, contra los Averroístas ; novelesco-prácticos, como el *Blanquerna*, el *Orden de la Caballería*, el *Libre de Maravellles* : amén de muchas poesías líricas y morales, y tratados de lógica, retórica, medicina, metafísica, derecho y matemáticas (51). Dos notas se advierten en la doctrina de Lulio : es armónica y es popular : porque el ánima vehemente y generosa del Doctor iluminado toda se vuelve acción, toda se deshace por comunicarse, no ya á su patria sino al mundo entero ; cuando no halla otro medio de convencer, recurre á la poesía, á la predicación, á los viajes ; propagandista incansable, escribe en verso vulgar altas verdades teológicas, las pruebas de la Encarnación y de la Trinidad. Su anhelo era demostrar racionalmente los dogmas de la fe, á fin de que por los senderos de la razón, fuesen conquistados los infieles, que yacían en tinieblas : á propósito de lo cual dice en el *Desconort* : —«Si el hom-

bre no pudiese sincerar su fe, ¿podría culpar Dios á los cristianos si no la mostrasen á los infieles? Los infieles se podrían quejar justamente de Dios, porque no permitía que la mayor verdad fuese probada» — Y corrigiendo lo atrevido de esta teoría, añade — «De que nuestra fe se pueda probar, no se sigue que la cosa probada contenga ni abarque al ente increado, sino que entiende de él aquello que le es concedido.» — Al propio empeño de hacer á todos accesibles las verdades supremas, debe atribuirse la invención gráfica y simbólica del arte combinatoria, donde aplicando el principio realista de Escoto, que las ideas tienen doubles ejemplares en la naturaleza y el espíritu, una realidad ontológica y otra subjetiva, quiso representarlas por determinado número de fórmulas, y que de la combinación de éstas resultase el conjunto de las verdades complejas. Respecto de la verdadera concepción, filosófica y original de Raimundo, el armonismo, reproduciremos un pasaje del claro autor antes citado (52): — «engarza con hilo de oro el mundo de la materia al del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo á reducir las discordancias y resolver las antinomias, para que reducida á unidad la muchedumbre de las diferencias (como dijo el más elegante de los lulianos) venza y triunfe y ponga su silla, no como unidad panteística, sino como última

razón de todo, aquella generación infinita, aquella espiración cumplida, eterna é infinitamente pasiva y activa á la vez, en quien la esencia y existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza.»

Del breve estudio que á la escolástica, consagramos resultan dos convicciones: la de su variedad, fertilidad y riqueza, la de su influjo en el vigor del pensamiento occidental. El carácter lógico de la raza europea, la índole analítica de nuestros idiomas, se deben en gran parte á la educación fortalecedora de la escuela. Mas no limitemos á sistema de pedagogía la varonil filosofía que alcanzó en el siglo XIII su apogeo. Hoy, que el ariete de la crítica arruinó los frágiles monumentos de los sistemas alemanes, el espíritu escolástico se alza otra vez, y sacudiendo el rancio polvo del aula y adoptando formas más compatibles con la Edad moderna, se impone, y afirma el imperecedero papel que á la filosofía metódica corresponde en la historia del entendimiento humano: porque el nombre de escolástica no significa, en su acepción genérica, las teorías de este ó de aquel Maestro; sino un método riguroso y lógico, una manera especial y ajustada de raciocinar. Señaladamente el movimiento intelectual católico tiende á la resurrección de la filosofía de la Edad media. La voz de mayor autoridad en el mundo cristiano, la de León XIII, en la Encíclica

Æterni Patris, dió impulso á la reacción escolástica, que tan fecunda puede ser si no se concreta exclusivamente á estudiar á un solo Maestro de las aulas, grande, insigne sin duda, mas no el único: Santo Tomás. No se llega por el camino del exclusivismo á la unidad, antes á la pobreza; si al resplandeciente arcoiris de la escolástica despojamos de algun color, menoscabaremos su hermosura. Guardémonos de proscribir á ninguno de los grandes pensadores que erigieron la pirámide gloriosa de la filosofía cristiana: no mutilemos la catedral de la Edad media quitándole sus pilares — San Buenaventura, Lulio, Escoto, Occam, Bacón, misticismo, armonismo, metafísica de la voluntad, nominalismo, método experimental; — que todo ello encerrado en los límites que señala la fe, es fruto de un árbol santo, esmalte de la ciencia ortodoxa, patrimonio de Cristo, usufructo de la Iglesia. Si uno de los mas distinguidos promovedores de la reacción neo-tomista en nuestro país (53) al establecer con lucidez la distinción entre la filosofía esencialmente cristiana y la que lo es accidentalmente, reconoce que, desde la venida del Redentor, áun las obras de panteístas, materialistas y positivistas están saturadas de la influencia del Cristianismo, ¡cuánto más ancho horizonte podrá hallar el pensamiento cristiano en las de esclarecidos genios que escribieron con aplauso de la Iglesia, y cuyas doctrinas profesaron millares

de católicos, en las épocas de mayor esplendor y prosperidad del Catolicismo !

No vayamos más allá que los escolásticos, quienes con Santo Tomás á la cabeza, beneficiaron la herencia del pasado, acogieron presurosos la filosofía pagana ; no vayamos más allá que el siglo XIII, que siguió á Maestros muy diversos en opiniones ; no vayamos mas allá que la Iglesia, que reunió en los altares á esos Maestros. Ni reneguemos del ayer ni del mañana : el tronco que produjo Agustines y Tomases no habrá perdido para siempre su savia generadora ; la filosofía y la teología , senos que nutrieron la inteligencia , no se habrán agotado y secado sin esperanza de que vuelvan á manar jamás gota de leche. Triste fuera decirlo, mil veces más triste creerlo. Disculpa el genio del Angel de las escuelas la predilección que hoy se le otorga : no fuera bastante á disculpar la mano atrevida que en su nombre quisiese extinguir la luz de algun otro astro del firmamento católico. Si sustancialmente los grandes escolásticos quieren lo mismo ; si una es la verdad, diversos los modos de buscarla , concebirla y expresarla : diversos, no adversos : unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso. La imparcialidad de un entendimiento escaso, mas no cautivo de ningun maestro ni sistema, nos valga al decir : puesto al sol, lugar en el campo católico para toda filosofía ortodoxa.

NOTAS.

(1) Fr. Ceferino González, *Historia de la filosofía*.

(2) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII siècle*.

(3) Cousin, *Cours de l'histoire de la philosophie*.

(4) No falta quien diga que el silogismo se encuentra ya en el sistema de filosofía india conocido por *niaya*, y que de un libro persa, el Dabistán, consta que Calistenes envió á Aristóteles obras sanscritas de donde pudo tomar el artificio silogístico. Pero Barthelemy Saint Hilaire demuestra ser la lógica *niaya* grosera é inferior al silogismo en todo.

(5) Fr. Ceferino González, *op. cit.*

(6) Ozanam, *op. cit.*

(7) Cousin, *op. cit.*

(8) Rohrbacher, *Histoire de l'Eglise Catholique*.—*La scolastique*.

(9) Bossuet, *Defense de la tradition et des Saints Pères*.

(10) Lo reconoce aún el infeliz racionalista Thibergien en su *Generación de los conocimientos humanos*. Se han publicado varios diccionarios de términos escolásticos, sumamente útiles; si bien creemos preferible el estudiarlos en sus propias fuentes por medio de los índices de las obras de Santo Tomás, san Buenaventura, Escoto, Suarez, etc.

(11) Ni es sólo en las aulas, sino también entre la multitud, donde puede observarse la grande y á veces desordenada actividad intelectual de la Edad Media. En Toscana existía numerosa secta pitagórica; los epicúreos eran lo bastante numerosos en Florencia para formar temible facción y ocasionar sangrientas colisiones: más tarde el materialismo aparece como doctrina pública de los gibelinos. (*Ozanám, op. cit.*) Véase el capítulo *La pobreza franciscana y las herejías comunistas*.

(12) «*Ventura est enim tribulatio, quando libri ad nihilum utiles in fenestris et latebris projicientur. Nolo fratres meos cupidos esse scientiæ et librorum, sed volo, eos fundari super sanctam humilitatem... et dominam paupertatem.*» S. Franc. (*Opúscula.*)

(13) «*Nec tantum studeant, ut sciant qualiter debeant loqui, sed ut audita faciant, et cum fecerint aliis facienda proponant.*» (S. Bonav.)

(14) Es cuestión debatidísima, y nunca satisfactoriamente resuelta, la del autor de la *Imitación*, así como del siglo en que fué escrito tan admirable libro. Hubo quien lo atribuyese á san Bernardo, que murió veintinueve años antes del nacimiento de san Francisco de Asís, mencionado en la *Imitación* expresamente. Con mayores visos de verdad fué adjudicado, ya al canónigo Tomás Kempis, ya á Juan Charlier, más conocido por Gersón, que tan im-

portante papel desempeñó en el concilio de Constanza. El tercer candidato, acaso el más autorizado, es el benedictino Juan Gersen de Cabanaco. De todas suertes, el problema está en pie, no sin que la crítica haya advertido en la Imitación, como en la Iliada, señales de haber sido compuesta por distintos autores. San Francisco de Sales soltaba la dificultad, diciendo que el autor del libro era el Espíritu Santo.

(15) San Francisco había disuelto la primera escuela franciscana, fundada en Bolonia por el Ministro Provincial Juan de Eustaquia, por haber sido instituida sin su anuencia, con gran lujo y con profesores seculares.

(16) Röth, *Geschichte unserer abendländischer Philosophie*.

(17) Sin razón suficiente cuenta Thibergien *op. cit.* á Rogerio Bacon entre los nominalistas.

(18) A tal extremo llegó la preponderancia de los juristas, que Inocencio IV hubo de dar una Bula encaminada á favorecer el restablecimiento de los abandonados estudios filosóficos. «Circula, decía, un rumor funesto, que de boca en boca llegó hasta nuestros oídos, causándonos aflicción. . Dícese que la multitud de los aspirantes al sacerdocio, abandonando y hasta repudiando los estudios filosóficos, y por consiguiente las enseñanzas de la teología, corre en masa á las escuelas donde se explican las leyes civiles...»—Y, refiriéndose á la preferencia otorgada á los juristas, añade:—« Los hijos de la filosofía, tan tiernamente acogidos en su seno, tan asiduamente nutridos de sus doctrinas, tan confirmados por su celo en los deberes de la vida, languidecen en miseria, sin poseer ni el pan de cada día,

ni la vestidura de su desnudez , obligados á huir donde no los vean , buscando la sombra , como aves nocturnas , mientras los eclesiásticos , hechos leguleyos , montados en soberbios caballos , vestidos de púrpura , cubiertos de seda , oro y pedrerías , reflejando en sus arreos los rayos del escandalizado sol , dan por todas partes el espectáculo de su orgullo y se muestran no como vicarios de Cristo , sino como herederos de Lucifer , provocando la cólera del pueblo , no sólo contra sí mismos , sino contra la sacra autoridad que indignamente representan.... Queremos remediar este inusitado desorden , y que vuelvan las inteligencias al estudio de la teología , ó al de la filosofía por lo menos , que si no mueve á dulces y piadosos sentimientos , descubre las primeras luces de la verdad eterna.»—A renglón seguido dicta varias providencias á fin de que no sea el estudio de las leyes único camino para obtener prebendas y dignidades eclesiásticas.

(19) Cree Fr. Pánfilo de Magliano (*Storia di San Francesco é de Francescani*) que por adulterada tradición se atribuye á Alejandro de Hales esta anécdota , que Ecclestón refiere de Adan de Oxford. Más autorizada es la versión de Harpsfeld , que piensa que Alejandro de Hales fué movido por el suceso de su compatriota Juan de San Gil , el cual predicando en cierta ocasión al clero sobre el desprecio del mundo , para añadir el ejemplo á la palabra , descendió del púlpito , se desnudó el traje que llevaba puesto , vistió el hábito de dominico , y subiendo otra vez á la cátedra terminó su sermón.

(20) «*Respondit : exercere se in uno Doctore præcipue. Dum ultra peteretur : quis esset talis Doctor? Alexander , ait , de Ales.*»

(21) Entre los muchos testimonios que Fr. Da-

mián Cornejo (*Crónica de la religión de N. P. San Francisco*) aduce para probar que Santo Tomás fué discípulo de Alejandro de Hales, parece el más curioso la existencia de una pintura antiquísima, que se hallaba colocada sobre la puerta del Capítulo del Convento grande de S. Francisco en París, donde entre muchos discípulos que estaban oyendo á Alejandro, aparecían Santo Tomás y San Buena-ventura.

(22) Hé aquí los títulos de sus obras. *Summa Virtutum*, escrita por mandato de Inocencio IV y examinada y aprobada por setenta y dos Maestros de la Universidad de París y por Alejandro IV.—Sobre los Salmos.—Sobre los Profetas Menores.—Sobre los libros de los Jueces, Josué, Reyes, Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel.—Cuatro tomos sobre los Evangelios de S. Lucas y S. Marcos y Epístolas de S. Pablo.—Uno sobre el Apocalipsis.—Concordia del Antiguo y Nuevo Testamento.—Un tomo sobre Job.—Otro sobre la Epístola de S. Pablo á los Romanos.—Postilla sobre toda la Escritura.—Un tomo de *Mysteriis Ecclesiæ*.—Otro, *Summa resolutionum*.—Cuatro sobre los Sentenciarios de Pedro Lombardo.—Dos del *Fructorium Vitiorum*.—Un tratado de Sacramento *Pœnitentiæ*.—Un tomo de *Sermones varios*.—Otro de *Legibus*.—Otro de *Negligentia*.—Otro de *Concordantia utriusque juris canonici et civilis*.—Doce libros sobre la *Metafísica de Aristóteles*.—Uno *Vida de Mahoma y contra sus errores*.—Otro *Vida de S. Tomás Cantuariense*.—Otro *Vida y hechos de Ricardo de Inglaterra*.—Seis libros *Mariale Magnum*, en alabanza de la Virgen.—Un tratado especial sobre su Concepción, comentando el versículo de los Cantares *Tota pulchra es, amica mea*.

(23) Dice el epitafio de Alejandro de Hales, gra-

bado en el monumento que le fué erigido en el coro de la Iglesia de su Orden:

Gloria Doctorum , decus et flos Philosophorum ,
auctor scriptorum , vir Alexander , variorum ,
norma modernorum , fons veri , lux aliorum ,
inclytus Anglorum , Archilevita , sed horum
prætor cunctorum , Fratrum collega Minorum
factus egenorum , sed primus Doctor eorum.

(24) *De Adventu Fratrum minorum in Angliam.*

(25) «*Septimus a Beato Francisco successit præclarissimus frater Bonaventura de Balneoregio, qui cum juvenis intrasset ordinem, tanta bonæ indolis honestate pollebat, ut magnus ille magister Alexander diceret aliquando de ipso quod in eo videbatur Adam non peccasse.*» (Bernard. de Besa). A la hermosura corporal de San Buenaventura alude hasta el himno de su oficio , diciendo :

*Eloquens , mitis , facilis , modestus ,
moribus castus , facie decorus.*

(26) «*Patres Concilii Lugdunensis Græcorum errores condemnarunt secundum mentem Divi Bonaventuræ , cujus quatuor libros sententiarum præ manibus habebant.*» Miguel Vivien , *Hist. Conc. Lugd.*

(27) San Buenaventura fué canonizado , por Sixto IV , en la Octava de Pascua de 1482. Se le concedieron los mismos honores que á Santo Tomás. Sixto V inscribió á san Buenaventura sexto doctor de la Iglesia; los cinco anteriores son: Ambrosio , Jerónimo , Agustín , Gregorio y Tomás.

(28) «*Sphæra intelligibilis , cujus centrum est*

ubique et circumferentia nusquam. (Itinerarium mentis in Deum.)

(29) *Dimandai á Dio t' inferno ,
lui amando é me perdendo. (Jac. de Todi.)*

(30) «*Idea in ipsa mente divina causans rem.*»

(31) «*Species , sive conceptus universalis formatus ex re , sensibus percepta ab intellectu creato.*»

(32) «*Voluntas Dei absoluta summa est lex.*

(33) La patria de Escoto ha sido discutida : Inglaterra , Escocia é Irlanda , se disputaron la gloria de haberle dado la primer luz. Un antiguo epitafio pone en boca de Escoto :

*Scotia me genuit , Anglia me suscepit ,
Gallia me docuit , Colonia me tenet.*

Lo más fundado parece que fué irlandés , nacido cerca de la ciudad de Duno ó Duns , de donde le llamaron *Dunsio* , y *Escoto* de Irlanda , conocida antes por *Scotia*. En los escritos de Escoto se halla algun modismo irlandés.

(34) Requeriría la historia exacta de tan célebre cuestión pormenores que no caben en el espacio de este trabajo. A la imposibilidad de detallarla se debe que algunos juicios parezcan exclusivos , quizás injustos. Como quiera que la cuestión era entonces opinable y libre , sucede que algunos doctores , entre ellos santo Tomás , si en un lugar de sus obras se inclinan á la sentencia menos piadosa , en otro atemperan su juicio ; que el dictamen de san Bernardo y san Buenaventura se explica y atenúa mediante ciertas restricciones , etc. Nos es forzoso , sin que

otra cosa permita la índole de estas páginas, indicar solamente los rasgos principales de los grandes acontecimientos del siglo XIII. El que quiera conocer á fondo la historia de la opinión sostenida por Escoto, obras hallará abundantes donde se satisfaga. Como biografía de Escoto, merece recomendarse la eruditísima del elegante escritor español Fray José Jimenez de Samaniego, general de los Menores.

(35) Cousin, *Op. cit.*

(36) «*Religiosi quidam in tantam Conceptionis altercationem proruperunt, ut Ordinis Minorum Fratres hæreticos affirmarent, quia Dei Genitricem sine originali macula conceptam fuisse prædicationibus protestabuntur.*» Bernard. de Bust. (*Offic. Concept.*).

(37) Refieren el milagro de la imagen de París los autores españoles: Cristóbal Moreno (*De puritate Virginis*) fol. 273. c. 4. Valencia, 1582.—Pineda, Jesuita (*In advert. ad privil. Jonn. Reg. Aragonia*) Sevilla, 1615.—Lezana, Carmelita (*in apolog.*) c. 15. Madrid 1616.—Miranda, que escribió en últimos del siglo XVI y principios del XVII.—Gregorio Ruiz, (*Vida de Escoto*).—En 1599 se imprimieron en Madrid los *Discursos evangélicos* y espirituales del R. P. Alonso de la Cruz. En el sermón de la Concepción dice refiriéndose á Escoto: «Doctor Santo, á quien la imagen de la Virgen Santa se le humilló.»—«El P. Fr. Dermicio Tadeo en su *Nitela Franciscana* impresa en Londres, 1627, dice en la pág. 66 hablando de la santidad de Escoto: «*Perseverantiæ argumentum est statua virginis Parisiis, quæ ad orationem ejus inflexa cervice perpetuum sanctitatis Scoticæ etiamnum præstat monumentum.*» En 1614 publicó el Dr. Gonzalo Sánchez Luzero sus *Discursos teológicos de la Inmaculada Concepción*, y en la

aprobación que por orden del Cardenal Sandoval, Arzobispo de Toledo, hizo el obispo Fr. Francisco de Sosa se lee: « En la Universidad de París sucedió aquel famoso milagro, que yendo Escoto desde su monasterio de San Francisco al colegio de Sorbona á disputar sobre este misterio, haciendo reverencia á una imagen de Nuestra Señora de bulto, que está sobre la puerta de la capilla Real, dijo de rodillas: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, y la imagen inclinó la cabeza, y en testimonio del milagro se quedó así: y aunque no parece se puede poner dolo en tradición tan antigua, y aclamada por una tan gran Ciudad, se confirma mucho la maravilla con la postura misma que la imagen tiene hoy; porque siendo en lo demás muy linda, y de gran escultor, como lo es toda la fábrica de aquella Real Capilla, no parece posible haberla dejado la cabeza en la forma que está, tan inclinada contra toda arquitectura sin mirar al Niño que tiene en los brazos, ni al pueblo» En términos parecidos narra el hecho Hugo Cavello. El V. P. Fr. Francisco Gonzaga, por los años de 1579, después de averiguar detenidamente la constante fama y tradición perpetua del suceso, hizo que se dibujase en bronce la imagen que se inclinó al Doctor sutil.

(38) Refieren la disputa Pelbarto Temesuario (*Stellar*). L. 4. p. 2.—Vernuleo (*Paneg. pro Scot*).—Luis Manganelis (*Vida de Escoto*).—Pedro Ojeda, jesuita (*Reformat. pro Immacul. Concep.*)—c. 15.—Salazar, id. (*De Concep.*)—Juan Baconio, Antonio Eucaro (*Elucid. Virg.*)—El V. Fr. Juan de Meppis, agustino, (*Tractat. de Immacul. Virg. Concep.*) refiere así el triunfo de Escoto. «Decimus Doctor est »Joannes Scotus, super 3 Sententiarum; ubi determinat, Virginem sine peccato originali conceptam, »per rationes subtiles: ut quilibet cognoscat qualem »devotionem habuit prædictus Doctor circa Virgi-

»nem, et ejus Conceptionem. Nam existens Parisiis,
 »proposita illa quæstione, utrum B. Virgo esset con-
 »cepta in peccato originali, pro majori parte conclu-
 »serunt B. Virginem fore conceptam in peccato ori-
 »ginali. Sed prædictus Doctor audiens talia, quamvis
 »esset parva statura inter illos; attamen omnibus
 »altior et subtilior intellectu, accinctus gladio Spiri-
 »tus S. omnia dicta eorum recitavit, et rationes sol-
 »vit, et superaddens multas rationes probantes Vir-
 »ginem non esse conceptam in peccato originali.
 »Omnes igitur stupefacti de tan subtilissima intelli-
 »gentia, decreverunt quod de cætero Scotus, Doctor
 »Subtilis vocaretur. Aliqui vero volentes primam
 »opinionem pertinaciter asserere ibidem, scilicet
 »quod esset concepta in originali, multis dignitatibus
 »fuerunt privati, et expulsi de civitate in civitatem;
 »et aliqui de Regno Franciæ. Hic ibidem coram tota
 »Universitate determinatum fuit, quod B. Virgo
 »non fuit concepta in peccato originali; et obligavit
 »se singulis annis Universitas prædicta, velle cele-
 »brare festum Conceptionis Virginis, præsentem totam
 »Universitatem in vespers et Missa. • En *Le Defen-
 soire de la Conception de la Glorieuse V. Marie.*
(Rouen, 1514) se halla este pasaje : « Joannes Scotus
 »proposa la question à Paris devant tous les Doc-
 »teurs en pleine Université, et soulut tous les ar-
 »gumens des arguans, contraires à la Sainte Con-
 »ception : qui furent estimez plus de deux cens : et
 »de merveilleuse memoire tous les recita, et soulut,
 »et allegua des auctorités, et raisons innumerables,
 »par les qualles il prouvit qu'elle estoit concevé
 »sans peché originel. Parquoy toute l' Université
 »par grande admiration l' appellerent le Docteur
 »subtil. Et tous les ans pour la reverence de l' Escot,
 »l' Université celebre la Feste de la Conception, et
 »l' Evesque de Paris est tenu de y assister aux Ves-
 »pres, et Messe, et fait l' Office, et un Maitre fait
 »le sermon au Couvent des Preschetirs quand la

»Feste vient au Dimenché. Et se elle est en outre
»jour, il se fait au Couvent des Cordeliers. Et quasi
»tous depuis luy ont ensuivi son opinion.»

(39) Considerando la corta vida de Escoto y su continua labor de predicación y cátedra, admira el número y calidad de las Obras que dejó. Segun la lista de Samaniego, son: *Gramática especulativa*, 1 lib.—Sobre los *Universales de Porfirio*, 1.—Sobre los *Predicamentos de Aristóteles*, 1.—Sobre el libro de *Perihermenias*, 2.—Sobre los *Eleucos*, 1.—Sobre los *Priorísticos*, 2.—Sobre los *Posteriorísticos*, 2.—Sobre los *Físicos*, 8.—Cuest. sob. lib. de *Anima*, 1.—Sobre los *Meteoros*, 4.—*Metafísica sumaria ó textual*, 12.—Id. *cuestionaria* 12.—*Comp. de la Metaf.*, 1.—*Del principio de las cosas*, 1.—*Del primer principio*, 1.—*Teoremas*, 1.—*Coment. in imperfect.*, 1.—*Tetragrammaton*, 1.—*Sententiar. Oxon.*, 4.—*Reportadas*, 4.—*Quodlibet. schol.* 1.—*Colac. paris*, 1.—*Del conoc. de Dios*, 1.—*De la perfección de los Estados*, 1.—*De la pobreza de Cristo*, 1.—*Post. Sobre la Escr.* 1.—*Lect. sob. el Gen.* 1.—*Coment. sob. los cuatro Evang.*, 4.—*Sob. las Epíst. de San Pab.*, 2.—*Sermones de Santos*, 1.—*Serm. de tiempo*, 1.—Sea lícito deplorar que las obras del doctor Sutil, del émulo ilustre de Santo Tomás, hayan llegado á ser una rareza bibliográfica, y difícilísimo su hallazgo y lectura. En Noviembre de 1880 recorrí las librerías de París en demanda de un ejemplar completo de Escoto, sin encontrarlo; por último los libreros descubrieron uno en el fondo de Alemania, otro en una extraviada aldea de Italia; pero por cada uno de los dos pedían cerca de mil duros. No está pues al alcance de todas las fortunas el capricho de leer al célebre Doctor de la Edad Media, y sería muy de desear una edición moderna, clara, económica, convenientemente ilustrada con introducción, notas y comentarios.

(40) Entre los escotistas de más nombre merecen citarse: Alvaro Pelagio, gallego, gran canonista; Antonio Andrés, aragonés, *Doctor dulcífuo*; el elegante escritor Diego de Estella; Fr. Alfonso de Castro; Andrés Vega, Francisco Orantes, teólogos de los famosos de Trento; San Bernardino de Sena; San Juan de Capistrano; San Jácome de la Marca; San Pedro de Alcántara; San Francisco Solano; el Cardenal Jiménez de Cisneros; Gualtero Barleo, *Doctor claro*; Landolfo Caraccioli, *Doctor colectivo*; Guillermo Oc-Kam, *Doctor singular*; el gran expositor Nicolás de Lira; el analista Wadingo, con otros que fuera interminable nombrar: segun Caramuel, la escuela escotista era más numerosa ella sola que todas las demás juntas. Formóse y se consolidó, así como la opuesta de tomistas, cuando en 1387 Juan de Montesón, dominico, sostuvo en París una tesis contra la Inmaculada Concepción. Hasta el siglo XV, y durante buena parte del XVI se mantuvo resplandeciente el crédito teológico y filosófico de Escoto. llamado por Sixto V *Sol de los doctores*, por Escalígero *lima de la verdad*, comparado por Cardano á Euclides y Aristóteles. Lo que presta mayor interés á estos pormenores es el olvido que hoy envuelve, no tanto el nombre, cuanto las obras y teorías metafísicas de Escoto, al cual no obstante los modernos historiadores de la filosofía otorgan altísimo puesto, como á pensador original y profundo.

(41) «*Nulla est apud Franciscanos Agrippinenses vacua tumba, neque antea fuisse, aut est, in mentibus hominum memoria, aut in Ecclesia vel conventu vestigium.*» De los muchos epitafios de Escoto trasladaremos aquí el primero, no muy elegante aunque de mucha energía, grabado en la lápida que cubría su fosa, á la entrada de la sacristía de San Francisco de Colonia.

Clauditur hic vivus, fons Ecclesiæ via, rivus;
Doctor justitiæ, studii flos, arca sophiæ;
Ingenia scandens, Scripturæ abdita pandens,
In teneris annis fuit, ergo memento Joannis:
Hunc Deus ornatum fac cœlitus esse beatum,
Pro Patre translato modulemur pectore grato.
Dux fuit huic Cleri, Claustri lux, et tuba veri.

(42) « *Tu me defendas gladio, ego te defendam calamo.* »

(43) Segun consta de un documento de los Archivos Vaticanos, transcrito por Wadlugo. Es un diploma de Clemente VI al Ministro general de los Menores, concediéndole las facultades necesarias para reconciliar á Guillermo Oc-Kam y otros pocos frailes de su Orden que lo solicitan, por haber seguido á Miguel de Cesena y á Luis de Baviera.

(44) *Entia non sunt multiplicanda præter necessitatem. Frustra fit per plura quod fieri potest per pauciora.* »

(45) Trae Fr. Damián Cornejo tan curiosa tradición, añadiendo: « Este espinó ó zarza se conserva hoy, y en sus hojas se registra continuado este prodigio. Son testigos oculares los moradores de esta Isla, y como uno de ellos lo escribió el R. Padre Fr. Buenaventura Armengol, en la resumta breve que escribió de la vida de Raimundo Lulio, y se hallará en el principio del libro intitulado *Ars generalis*, que el R. Padre Fr. Francisco Marzal, Lector jubilado, hijo de la provincia de Mallorca, dió á luz el año de 1643. »

(46) Consérvase en Mallorca tradición de haber concedido León X bula para celebrar Oficio y Misa propia el 16 de Junio, día del martirio del Beato

Ramon Loll. En el convento de los PP. Dominicos se guardaba un libro, cuyo índice cita así: *Officium gloriosissimi et Beatissimi Martyris Magistri Raymundi Luli* etc. En varias ocasiones se ha intentado el proceso de su canonización. Felipe II puso gran empeño en lograrla; y há pocos años, Pío IX, ratificando su culto, le concedió Misa y rezos propios y los honores de Beato.

(47) Tal es la opinión, v. gr. de Hegel (*Geschichte der Philosophie*).

(48) Thibergien, *Op. cit.*

(49) Cousin, *Op. cit.*

(50) Menéndez Pelayo (*Historia de los Heterodoxos Españoles*).

(51) Aquí es ocasión de repetir algo de lo dicho de las obras de Escoto. ¿Por qué ha de ser en España problema de difícil solución el hacerse con los escritos del Doctor iluminado? Por qué no tenemos ediciones modernas, con texto y traducción, para los que, no poseyendo la lengua latina ni la catalana, deseen leer á uno de los autores de más preclaro genio y de más variada producción con que se honra la Península?

(52) Menéndez Pelayo.

(53) El Ilmo. Obispo de Córdoba, Fr. Ceferino González. *Op. cit.*



CAPÍTULO IX.

SAN FRANCISCO Y LA POESÍA.

La poesía y la historia.—Transformación del latín.—Nacimiento del romance toscano.—Federico II y los trovadores.—Muere la literatura caballeresca con la casa de Suabia.—Vida intelectual del siglo XIII.—Poesía popular. S. Francisco trovador.—Si fué poeta.—Cántico del Sol.—In foco.—Amor di caritate.—¿Son obra de San Francisco las tres poesías?—Escuela poética franciscana.—Por qué nos interesan hoy los trovadores.—Fray Pacifico.—El autor del Dies iræ.—San Buenaventura poeta.—Jacopone de Todi.—Su historia.—Sus primeros cánticos.—Sus trasportes.—Carácter humano, al par que místico, de su poesía.—Sus defectos.—Himno de la Pobreza.—Los dos Stabat Mater.—Las sátiras de Jacopone.—Celestino V y los zelantes.—Bonifacio VIII y Jacopone.—La poesía mística.—Otros poetas franciscanos.—Las Florecillas.—Predecesores de Dante.—Difusión de la escuela franciscana.

Ave, oh rima! Con bell' arte
su le carte
te persegue il trovadore;
ma tu brilli, tu scintilli
tu zampilli
su del popolo da'l cuore.

(Giosué Carducci.—Alla rima.)

Salve, oh rima! En el papel te busca
artificiosamente el trovador, mientras
tú brillas, resplandeces, brotas en el
corazon del pueblo.

(Josué Carducci.—A la rima.)



QUEL gran genio de la antigüedad helénica, que tanta influencia ejerció en el desenvolvimiento de la metafísica

cristiana, Aristóteles, opina que la diferencia entre historiador y poeta no consiste en el uso de la rima, puesto que si Herodoto escribiese en verso su historia, no por eso dejaría de serlo, sino en que el historiador narra lo que aconteció, el poeta lo que acontecer pudo lógicamente, por donde viene la poesía á ser más seria y filosófica que la historia, y á referirse más á lo universal, mientras la historia á lo particular se ciñe (1). ¿No parece como si adivinara el Estagirita el advenimiento de tiempos en que para estudiar y conocer una época en espíritu y verdad se acude, mejor que á sus crónicas, á sus monumentos literarios?

Cuando Roma hubo obtenido el imperio del mundo, impuso á las sojuzgadas naciones costumbres, leyes, idioma, y hasta el culto y reverente imitación de los grandes escritores latinos. Así creó un género de unidad, mejor dijera de uniformidad, que si cimentada en la fuerza de las armas, se consolidó mediante la superior cultura y hábil política del vencedor. Vino el Cristianismo á tiempo que la lengua latina por todas partes estaba extendida; circunstancia que ayudó á difundir la nueva fe, facilitando su predicación y propaganda. La parte civilizada de Europa hablaba latin en los siglos IV y V, y apenas si en remotas montañas ó aldehuelas miserables se conservaban reliquias de idiomas autóctonos.

Mas la entrada de los bárbaros en el im-

perio vino—no de golpe, sino gradualmente— á restablecer la variedad. Comenzó la transformación del latín, tanto más fácil é inevitable, cuanto más correcta, elegante y exacta era aquella clásica lengua, difícil para hablada y para escrita, y tan primorosa y gallarda en su estructura, que aún despues de formada, sus eximios gramáticos y maestros disputaban y contendían sobre hartos puntos de prosodia y sintáxis. Llevan los dialectos literarios— que solemos llamar lenguas clásicas — en su propia perfeccion, la sentencia de muerte; desde que un idioma no varía, no se enriquece ni aumenta : sucédele lo que á la rama desgajada del árbol, que falta de savia, necesariamente se seca. Es cada lengua hablada organismo viviente en labios y pensamiento humano, y anda sujeta á la condición de todo sér organizado : variar. Se reduce la historia de una lengua á la de su natural desarrollo, regulado por dos leyes : alteración fonética, renovación. Por grados la metamorfosis se cumple, y se presenta el fenómeno que vulgarmente denominamos un nuevo idioma, y en rigor no es sino la evolución del antiguo. Claro se ve este hecho en las seis lenguas romances conocidas por neo-latinas. El italiano, por ejemplo, no posee un gérmen propio vital, toda vez que ni una radical nueva contiene: es latín transformado, latín moderno, si ya no preferimos que fuese el latín italiano anti-

guo (2). Es, pues, imágen llamar al italiano hijo del latín; y metáfora más atrevida aún calificarlo, como Byron, de *dulce latín bastardo*. Ni en tiempos de su mayor apogeo se habló el latín clásico con igual pureza en las provincias del imperio que en el Lacio, y de seguro la plebe romana cometería las faltas de elocución que suelen las plebes todas. Así como es difícil evitar que en bien cultivado jardín nazcan silvestres hierbas, debió serlo que entre el vergel del sermón latino asomasen las expresiones populares, luchando por subir á la superficie y vivir, con su vigorosa espontaneidad de plantas rústicas.

No es dable señalar puntualmente la fecha en que se convierte el latín en lenguas romances; la modificación es lenta, pende de causas complejas, acontecimientos políticos y sociales, que á manera de impetuosas corrientes de agua viva, rompen la lisa y helada superficie de un idioma clásico, arrastran en su raudal los témpanos del habla antigua, y al cabo los funden. Así la Iglesia cristiana, que trajo un elemento de profunda unidad interna, contribuyó, no obstante á diversificar las lenguas y transformar el latín, procurando hacerlo llano para las clases ínfimas, simplificando su construcción y escaseando el hipérbaton. Doble fué la metamorfosis; mientras el latín, acomodándose á la inteligencia del pueblo, se rebajaba y plagaba de barbarismos y solecismos,

rompían las lenguas vulgares su fóbco capullo y adquirían soltura y flexibilidad; trocaban las formas sintéticas del latín por otras analíticas más adecuadas al estado social que se iniciaba, y se diferenciaban tomando carácter propio. En una misma nación surgen del latín varios dialectos, que tienen su hado: mientras los unos, ocultos acaso en erizadas sierras, en hondos valles, en provincias que aisló su situación topográfica, se quedan eternamente rudos é informes y no pasan de jerga villanesca, otros se acrisolan y refinan, dejan precipitarse el sedimento vulgar y plebeyo, y ascienden á lengua literaria y á idioma general de una gran nación. Nótese que en las comarcas cultas, al par que el dialecto suelta los andadores y camina ya seguro y fuerte — enriqueciéndose con la copia de palabras y giros correspondientes á las múltiples necesidades é ideas que sugiere la civilización — se atiende también á conservar el latín á título de lengua docta, restaurándolo en su pristina integridad y cuidando con amor de que no se pierda ninguno de sus tesoros. Mucho tiempo aún sigue siendo el latín habla de los oradores, poetas y retóricos: sufren largo período de gestación los dialectos, y son usados familiarmente en el hogar, en plazas y mercados, antes de que nadie crea posible otorgar á aquel eloquio bajo é imperfecto la dignidad de la poesía. No debió ser un letrado quien por vez primera ri-

mó en romance, sino algun anónimo improvisador popular, algun marinero que, remendando sus redes, tarareó grosera copla, alguna hilandera que acompañaba el estribillo con el ronquido del torno. De esta suerte se explica que mientras ya en 812 el Concilio de Torsi recomienda á los clérigos que pronuncien sus homilías en *lengua romance rústica* para que mejor los entienda el pueblo, hasta más de dos siglos después no encontramos los primitivos monumentos literarios de la lengua italiana, las cantilenas de Ciullo de Alcamo y Folcachiero de Siena, donde el idioma tiene su propio sér y carácter, si bien anda mezclado con hartas voces latinas, provenzales y francesas, que áun faltaban, sin duda, en su caudal.

Comienza el movimiento literario de Italia provocado artificiosamente, cultivado como flor de estufa por Federico II, en Sicilia. La córte brillante de Palermo se convierte en núcleo, donde afluyen los trovadores italianos á ganar la palma del ingenio. Era el suelo volcánico de Sicilia horno en que se caldeaba la fantasía: quedaban en él restos de cultura griega; trajéronle los normandos el elemento caballeresco, y los sarracenos las galas de la poesía oriental, multicolora, rica y pródiga en adornos, como los alicatados de los moriscos camarines. Vivía Federico II entre goces de muy distinta especie: había arrojado de Sicilia á los árabes con las armas, pero con-

vocó una falange de sabios mahometanos que le enseñasen medicina, astrología, filosofía; reunió odaliscas y trovadores, pues le deleitaban las letras como á un griego de la decadencia: dióse él mismo á trovar, en lo que le imitaron Enzo y Manfredo, sus hijos, porque la raza de Hohenstaufen, de trágicos destinos, tiene en la masa de la sangre el valor guerrero y el amor de la poesía, y á su lengua teutónica prefiere para la rima el jóven romance italiano. Mas este florecimiento poético que en Italia determinó la casa de Suabia, llevaba en sí mismo gérmenes del mal que había de acabarle. No porque falten en la pléyada siciliana inspirados trovadores: Reinaldo de Aquino, Odo de Colona, Rugeron de Palermo, Jacobo de Lentino, conocen el arte, poseen sentimiento lírico, hallán rasgos felices, lidian con las asperezas y verdores de la lengua y suelen vencerlos; pero la poesía trovadoresca, erótica y quintesenciada, ampulosa y oriental, estaba del todo fuera de las corrientes de la vida italiana; correspondía á un ideal caballeresco, nunca en Italia aceptado y dominante. Si en la feudal Germania la literatura caballeresca era fruto del estado social y se desarrollaba con vitalidad y pujanza incomparables, produciendo en dos siglos más de doscientos *minnesänger* célebres, no así en una nación como Italia, donde cabe decir que no hubo lo que se llama Edad Media.

Harto expresa el nombre de aquellos trovadores germánicos el espíritu que los animaba: *minnesänger*, cantores de amor, pero no del amor natural é impetuoso, de la pasión, del *liebe*, sino del amor sutil, galante, andantesco, *tencionado*, *minne*, que no invoca á la amada, sino á la dama de los pensamientos del trovador, y explica sutil y discretamente, y refina y alambica pasiones, más que sentidas, fantaseadas. Tal género de poesía tiene sus moldes y pautas convencionales dispuestas de antemano, que impiden se manifieste libremente la personalidad del poeta: por lo cual se nota cierta uniformidad y monotonía en la lírica de los trovadores; de análoga manera, dicen y piensan todos, ya en las nebulosas regiones de Alsacia y Suabia, ya bajo el cielo claro de Provenza y Sicilia. De esta nota se eximen los *troveros* del Norte, épicos en su mayor parte. Tres ciclos de fábulas y leyendas dan asunto á sus poemas: aventuras de caudillos godos, francos y borgoñones, contemporáneas de la gran emigración de los pueblos, *sagas* que forman los *Nibelungen* y el *Libro de los Héroes*: gestas carlovingias, Carlomagno, Roldan, Roncesvalles; y por último, ciclo breton del Santo Grial, de Artús y de la Tabla Redonda, alegórico y elegiaco, genuinamente septentrional (3). No es que entre los troveros no se cultivase también la poesía lírica: ensayáronse en todos los gé-

neros: cantinelas, plantos de amor; tenciones, serventesios, pastorelas, serenatas, alboradas, ovillejos y rondas... Pero lo que en ellos domina, —singularmente en el Norte de Francia, —es el carácter narrativo, ejemplar; la epopeya, el cuento, la fábula, el apólogo; la novela. ¡Cuán diversa la lírica elegante y cortesana de Provenza, Cataluña y Sicilia! Solían ser los trovadores en el decir libres, en el amor licenciosos, en el estilo selectos, en la sátira agudos, en religion heterodoxos; de lengua suelta para increpar, así al clero, á los Obispos, á Roma, como al cruzado moroso que tardaba en embarcarse para Palestina. Vagabundos, iban de córte en córte, huyendo si los perseguían, quedándose años y años donde los halagaban, sin rumbo, sin ley, unidos no obstante entre sí por los estatutos de una especie de código poético; del cual eran cánones la galantería con las damas, la admiración por el guerrero heroísmo, y cierto frívolo desdén de la virtud, que anticipaba en ellos, con más risueños matices, el irónico escepticismo de algunos grandes poetas modernos.

En Germania, á fuer de género nacional, la literatura caballeresca vivió vida robusta y larga, y tuvo tradición tan duradera, que á Bürger y á Goethe y á los ingenios más nutridos de letras y estudios clásicos, inspiró alguna de sus mejores obras el ideal del feuda-

lismo. También se hubiera perpetuado en Provenza, á no ocurrir los sangrientos lances de la guerra albigense; mientras que en Sicilia murió de muerte natural, porque carecía de raíces en el corazón del país. Pedía Italia sus municipios, sus fueros, su independencia, su libre constitución en pequeños Estados, y rechazaba á los Césares alemanes, representantes de la autocracia y el feudalismo. Más que la fuerza de las armas, arrojó á la casa de Suabia la opinión pública. Cuando quiso Federico II tener en Italia un cuerpo de ejército seguro y adicto, hubo de formarlo con los sarracenos que en Sicilia cautivó, y el servirse de tal milicia, le hizo aún más aborrecible. Una mujer, santa Clara, toma el viril en las manos para que retroceda la infiel cohorte: una niña, Rosa de Viterbo, sale por aldeas y ciudades predicando y concitando los ánimos contra el enemigo de la Iglesia y de la libertad. El odio á Federico llega hasta atribuirle una blasfemia célebre, ó un libro no menos impío y famoso que la misma blasfemia: *De tribus impostoribus*, libro que á pesar de su fama nadie había visto por razones potísimas (4). Cae prisionero de los boloñeses el hijo del Emperador, Enzo el hermoso, de dorados bucles; ofrece el padre por su rescate tesoros, y la inexorable ciudadanía de Bolonia no responde á las ofertas, y se rie de las amenazas, y construye un palacio para encerrar

al cautivo, y allí lo deja pudrirse veinte años, regateándole el alimento á veces, y pareciéndole todo chico castigo para aquel retoño de la raza invasora. Una mano oculta abrevia con el veneno los dias de Conrado; Sicilia misma, baluarte del poder imperial, no siempre lo sostiene con igual constancia; Lombardía lo desprecia; y el mal hado de la casa alemana en Italia alcanza hasta el adolescente Conradino, su último representante, que halla en vez de la corona el cadalso (5). Así fenecce la estirpe de Federico Barbarroja (6), y con ella la poesía caballeresca en Italia, género artificioso, pasatiempo culto, discreteo de gaya ciencia, aristocrático, áulico y nunca sincero. Pero aquella Italia papal y municipal á un tiempo, desgarrada por los bandos, fuerte en la conciencia de su actividad política y su patriotismo urbano, federación de ciudades, semejantes á las repúblicas griegas hasta en ser á veces presa de déspotas como Ezequino ó Can de la Escala, ¿no había de tener su expresión real, su fórmula en literatura? Sí tal: Toscana se la dará.

A la frustrada tentativa de Sicilia, sucedieron dos grandes direcciones que puede decirse absorbieron á Italia. Fué la una el desarrollo de los estudios, la ciencia enciclopédica del siglo XIII; escolástica, derecho, humanidades, Aristóteles, Justiniano y Virgilio. La segunda es la corriente religiosa, el fervor

monástico y popular. Ambas tienen su representación en la tendencia dominante de los dos Ordenes de Predicadores y Menores : los Dominicos poseen al magno atleta de la razón, santo Tomás : entre los Franciscanos se desarrolla un arte nuevo , y surge una falange de poetas—incluso el Fundador—hasta que más tarde, armonizándose en un solo hombre la dirección intelectual y la artística , den por fruto la gran epopeya del catolicismo, la Divina Comedia.

Señalóse la vuelta á los estudios clásicos por mayor y más esmerado cultivo de la lengua latina , y escribiéronse bastantes cármes y poemas que hoy yacen sepultados en el olvido , sin que de esta regla se exceptúen más que las poesías litúrgicas , dictadas por la fe religiosa , no por una fria reacción. Mas la poesía verdadera que despuntaba—arte rudo aún , pero lleno de ingenuidad y frescura—es la vulgar , la que componen en romance y para el pueblo poetas que ni son trovadores ni retóricos. Que toda poesía necesita —si aspira á ser algo más que pasatiempo—concordar con algún sentimiento ó creencia poderosa en el espíritu de su época : ser voz social , dar forma á lo que se piensa y quiere en derredor suyo. Poesía sin eco en el corazón humano, es vano sonido que agita estérilmente el aire. ¿ Qué significaban á principios del siglo XIII las imitaciones de la lírica pagana? Deman-

daba el pueblo otros cantos , nuevos , jóvenes y bañados en el fresco rocío del Evangelio. Pudo entonces decirse de la rima lo que hoy dice un poeta neo-clásico (7) :

«Ave , o rima ! Con bell'arte
su le carte
te persegue il trovadore :
ma tu brilli , tu scintilli ,
tu zampilli
su del popolo da'l cuore.»

.....

De los primeros intérpretes de la naciente poesía fué san Francisco de Asís. En sus mocedades , cuando no convertido aún hacía frecuentes viajes á Francia y dábanle por esto y por su conocimiento del idioma el apodo de *Francesco* , aprendió la ciencia gaya de los provenzales , y trovó entre sus alegres socios de fiestas y banquetes. Que tuviese lozana fantasía y temperamento artístico en grado sumo, es cosa evidente; sus enseñanzas y sus parábolas , sus dichos y hechos, los actos todos de su vida prodigiosa, ostentan sello de poesía incomparable. No obstante, bien pudiera haberse limitado —al ménos desde que vistió el sayal— á poetizar con obras , sin rimar, ni escribir; pero testimonios fidedignos demuestran lo contrario, y se le atribuyen poesías, en especial una, que parece tan ajustada á su

condición, y modo de ver y considerar la naturaleza, que no deja cabida al recelo de que pueda ser apócrifa. A pesar de lo cual, un escritor italiano de erudición y talento (8) negó terminantemente á san Francisco los laureles de poeta: y no ha mucho se alzó entre nosotros una voz autorizadísima, que si no se los niega se los discute (9). Serían decisivos ambos dictámenes, si se fundasen en datos y pruebas sólidas; mientras tal requisito les falte, en esta cuestión y otras que más adelante se tocarán es lícito atenerse á la opinión generalmente admitida, que abonan tantos y tantos historiadores y críticos, alguno de ellos contemporáneo y familiar del Santo (10).

Si presta autenticidad á una obra reflejar exactamente el carácter y espíritu de su presunto autor, personificándolo en cierto modo, el himno de *Frate Sole* pertenece legítimamente á san Francisco de Asís. Respecto de otras dos poesías, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate*, que también se le atribuyen, hacen dudoso el caso las muchas y esenciales diferencias que entre ellas y el himno se advierten. Mientras *Frate Sole* tiene cierto sabor bíblico, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate* se enlazan con la poesía trovadoresca: *In foco* es una *tencion*; *Amor di caritate*, un poema psicológico-místico; ambas en su forma elegantes, en su metro correctas, sobre todo la última, al paso que en el canto del Sol el me-

tro es rudimentario : prosa cortada , ritmo co-
jo é inexperto : unas veces sustituye la aso-
nancia á la rima , otras se halla sólo al prin-
cipio y fin de la estrofa. La lengua , bisoña y
dura en el himno , es copiosa y brillante en el
poema y la tención : particularidades más fá-
ciles de observar en el original italiano que en
traducciones como la que sin esperanza de éxito
intentamos (II).

«CÁNTICO DEL SOL.

» Señor alto , poderoso y bueno , tuyas son
las alabanzas , la gloria y bendición toda. A tí
sólo se deben , y hombre alguno es digno de
nombrarte.

« Loado seas , Señor mio , con todas tus
criaturas , especialmente mi señor hermano el
Sol , que nos da la luz y el día , y es bello , es-
plendoroso y radiante , y da testimonio de Tí.

« Loado seas , Señor mio , por la herma-
na luna y las estrellas. Claras , bellas y pre-
ciosas las formaste en los cielos.

« Loado seas , Señor mio , por mi herma-
no el viento ; por el aire , las nubes , la calma
y los tiempos todos : con ellos sustentas tus
criaturas.

« Loado seas , Señor mio , por la hermana
agua , que es utilísima , preciosa , casta y hu-
milde.

« Loado seas , Señor mio , por el hermoso
fuego ; con él alumbras la noche , y es hermo-
so , alegre , fuerte y robustísimo.

« Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la madre tierra, que nos nutre y sostiene, y produce frutos diversos, hierba y pintadas flores.»

Escrito llevaba hasta aquí san Francisco, cuando un suceso inesperado le movió á añadir una estrofa más. Fué el caso que se engendraron rencillas entre el Obispo y las autoridades de Asís; llegó á tanto la discordia, que aquél fulminó el entredicho; sus adversarios se desquitaron declarándole fuera de la ley. San Francisco entonces agregó á su cántico:

« Loado seas, Señor mío, por aquéllos que por tu amor perdonan y sufren tribulaciones y enfermedades. Bienaventurados los que en paz las sufren, porque Tú los coronarás.»

Ordenó en seguida á sus discípulos entrasen en la ciudad, y distribuidos en dos coros, cantasen el nuevo versículo delante del Obispo: es fama que con este arbitrio se ablandaron los ánimos y se apaciguó la contienda. Conducido más tarde Francisco á Foligno con intento de que allí se aliviasen sus achaques, presintió el plazo de su muerte, y compuso la estrofa final.

« Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual no se libra hombre alguno. Ay de aquellos que en pecado mortal fallecen: bienaventurados los que

acatan tu santa voluntad, pues nada podrá contra ellos la muerte segunda.

» Load y bendecid á mi Señor, dadle gracias y con gran humildad servidle. »

¿No recuerda este bello canto la sencillez arrebatadora de alguno de los libros sagrados? La accion de gracias al principio de cada estrofa es procedimiento primitivo, del cual huirían los expertos en el arte : y sin embargo, ¡ qué de religiosa majestad le presta esa nota grave, monótonamente repetida !

Tan marcada semejanza ofrece *Frate sole* con el himno de Azarías y sus hermanos en el horno de Babilonia, que induce á creer si adrede ó involuntariamente lo tomó san Francisco por modelo. Mas cotéjese ahora el cántico del Sol con la segunda poesía atribuida al penitente de Asís (12).

« En una hoguera me puso el amor : el amor me puso en una hoguera ¡ hoguera de amor !

» El amante corderillo , mi nuevo esposo, me dió una sortija : prendióme, y despues me hirió con un puñal , partiéndome el corazón.

» En una hoguera me puso el amor, etc.

» Partiόμε el corazón , y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el arco del amor flechas mortales : en guerra se trocó mi paz , y de amor espiro. — » En una hoguera , etc.

» Enamorado espiro, y no os maraville: el bote fué dado con lanza descomunal: ancha y larga es la moharra: sabed que cien brazas me la introdujeron.

» En una hoguera, etc.

» Tan espesos llovían dardos sobre mí, que yo agonizaba: embracé una rodela; entonces menudearon los disparos, y sin que me valiese defensa, quebrantaron mis miembros: tal es su poder.

» En una hoguera, etc.

» Arrojólos con tal vigor, que el edificio se derrumbaba. Yo os diré cómo hui de la muerte. Dando altas voces, apuntó una ballesta y dirigióme nuevos disparos.

» En una hoguera, etc.

» Sus armas arrojadizas eran emplomadas piedras de mil libras de peso cada cual: lanzábalas tan aprisa, que no las pude contar. Y ni una sola erraba.

» En una hoguera, etc.

» Ni una erraba, tan diestro era en disparar. Yo yacía en el suelo, exánime, quebrantado todo, insensible como un muerto.

» En una hoguera, etc.

» Pero no muerto de muerte, sino de exceso de gozo. Luégo reviví, y de tal modo me tornaron los ánimos, que pude seguir las huellas que á la corte del Cielo me enderezaban.

» En una hoguera, etc.

» Vuelto ya en mí, vestíme presto la arma-

dura, y lidié con Cristo; entré á caballo por sus tierras y encontrándome con Él, prontamente le eché los brazos y de Él me vengué.

» En una hoguera, etc.

» Y despues de vengarme, traté con Él paces; porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.—» En una hoguera, etc.

Nos vedan las dimensiones del poema *Amor di caritate* trasladarlo entero, porque consta de nada ménos que trescientos sesenta y cuatro versos; basten al intento de darlo á conocer algunas estrofas (13).

«FRANCISCO.—Amor de caridad, ¿por qué así me hieres? Traspasado tengo el corazón y de amor ardiendo.

» Arde y se consume y no halla sosiego: no puede huir, porque está ligado: como la cera al fuego se derrite; viviendo muere y desfallece: pide descanso, y en un horno se encuentra. ¡A dónde voy! ¡ay de mí! á tal languidez! á morir en vida! tanto es mi ardor!

» Antes de conocer el amor, pídeselo á Cristo, soñando dulzuras, deleitosas paces y fin de mis penas; mas llegado ya á esta alteza, sufro tormentos que nunca imaginé; el corazón se me hiende y raja de calor: ni sé lo que soy, ni á qué me parezco: muero de deleite, y sin corazón vivo.

» He perdido corazón, juicio, voluntad,

placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Un árbol de amor, cargado de frutos y en mi corazón plantado, me nutre. ¡Quién así me trasformó, tan presto, robándome todo, juicio, vigor, voluntad?

»En pago del amor, dí el mundo entero: sin nada me quedé: á ser la creación mia, sin vacilar la diera por el amor. Pero me llamo á engaño: todo lo di, y no sé á dónde este amor me arrastra: estoy anonadado: paso por loco: vendíme, y ya nada valgo.

»Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver á entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco que en mí se extinguiese el amor. Mi alma toda en él se abrasa: unida, transformada, ¿quién puede arrebatárle su amor?

»Ni hierro ni fuego la apartarán de él: no se separa lo que en tal manera se unió: ni dolor ni muerte llegan á las alturas en que el alma vive: debajo de sí ve todo, y sobre todas las cosas se eleva. Pues, alma, ¿cómo alcanzaste á poseer tanto bien? Diótelo Cristo: abrázate con él amorosamente.

.....

»Oye, dulce dueño, mis penas. No puedo resistir tal ardor: apoderóse el amor de mí, y ni sé por dónde ando, ni lo que hago, ni lo que

digo, voy como fuéра de mí; á veces destallezco; no acierto á llevar este martirio, que con mortales ánsias me roba el corazón.

»Robado me hán el corazón: no sé cómo haga: los que me ven, preguntan si place á Cristo amor sin obras; mas ¿qué culpa tengo yo si no te place? Que el amor me aprieta y ciñe hasta quitarme habla, voluntad y accion; perdí la facultad de sentir.

«Hablar supe, pero me he vuelto mudo: veía, y cegué: no hay más hondo abismo. Callando hablo, huyendo me prenden; cayendo subo, poseyendo me poseen. ¡Amor sin límites, por qué me enloqueces y matas en tan ardiente horno!

CRISTO.—«Ya que me amas, regula tu amor: sin órden no hay virtud; ya que por mí suspiras tanto, regeneráte en la virtud, quiero que me ames con ordenado afecto: por sus frutos se conoce al árbol: por sus resultados las cosas todas.

»Cuanto he criado, con número y peso lo crié, y ordenélo á su fin. Mediante el órden se conserva todo: y la caridad, más aún es por su naturaleza ordenada. Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de órden estás.

FRANCISCO.—«¡Oh, Cristo! ¡El corazón me robaste, y pidesme que ordene mi mente su amor! Pero si en tí me transformé, ¿cómo he de mandar en mis afectos? Como el hierro se inflama al fuego, y al sol se ilumina el aire,

y pierden y mudan forma, así la mente vestida de tí es amor.

.....
»Ni tú te libraste del amor: hízote bajar del cielo á la tierra: por amor descendiste á bajeza tal: despreciado anduviste por el mundo: ni casa ni heredad poseiste, sino pobreza que nos enriqueció; en vida y en muerte mostraste el amor sin límites que en tu corazón ardía!

.....
»No te contuvo la cordura cuando derramaste tu amor: no naciste de la carne, sino del amor, amor encarnado para salvarnos: por abrazarnos deseaste la Cruz; y hasta pienso que aquel silencio tuyo y aquel no defenderte ante Pilatos, fué por lograr tal premio en la Cruz amorosa.

»Allí se retiró la cordura y vióse el amor solamente; allí no sirvió el poder, ni la virtud aprovechó. Allí se derramaba el amor grande. y en rostro y voluntad solo se veía amor, amor que desde la Cruz tan amorosamente abrazaba al hombre.

»Siestoy, pues, enamorado, embriagado con tal dulzura, quién me zaherirá por ello, oh Jesucristo! ¿Qué mucho que haya enloquecido y perdido fortaleza y vigor, si á tí el amor te dominó de tal suerte que casi abatió tu grandeza toda? ¿Cómo pretendes que yo resista? ¿Quién no querrá enloquecer de tí, amor?»

Bien se ve cuán distintas son entre sí las tres poesías atribuidas á san Francisco. *In foco* es una *tencion*, no sólo por su forma, sino por su carácter caballeresco y apasionado; abunda en imágenes atrevidas y brillantes que subyugan la fantasía y encienden la mente: escrita parece en verdad con caracteres de llama. Hasta la lanza, el broquel, los dardos, el caballero que se arma para cabalgar por los dominios de Cristo, son reminiscencias trovadorescas; y la arrebatadora energía, el brillo y abundancia de la vena poética que fluye en *In foco*, contrastan con la sóbria concision de *Frate sole. Amor di caritate*, con carecer del ímpetu y colorido extraordinario de *In foco*, es más perfecta, rica y acabada obra de arte; al par que correccion de forma, atesora profundidad y elevación de pensamiento: no es posible análisis más detenido, ahincado y hondo de un alma apasionada, ni exposición más hermosa de los conceptos de la mística, ni diálogo más elocuente entre el alma y Dios. No es la tranquilidad extática de la unión: es el ánsia insaciable de la posesión y del goce, un alboroto de afectos que sujeta la rienda de oro de la rima: son las frases vehementes y persuasivas del amor humano, sublimadas á declarar los más arcanos anhelos del divino. En tan largo poema no se abate jamás la inspiración. Divídese en estrofas de diez versos, de artificio métrico primoroso; mas el corazón

que siente y la mente que rige aún son superiores en este caso al arte que aliña. Con razón aplica un biógrafo de san Francisco (14) á *Amor de caritate* lo que san Bernardino de Sena dijo del *Cantar de los cantares*. «Es el amor quien canta en este cántico, y si alguno quisiese comprenderle, fuerza será que ame. El que no ame, en balde oirá este cántico de amor: no puede un alma fria entender sus cláusulas ardientes: bárbaro y extraño es su idioma para los que no aman: hiéreles el oído como vano y estéril són» (15).

Ahora bien: ¿ es admisible, sin incurrir en ligereza crítica, que poesías tan diversas entre sí como las que quedan trasladadas ó extractadas, sean obra de un mismo autor? Y puesto que á un solo autor se adjudiquen, ¿ será san Francisco de Asís?

Respecto de la primera, *Cántico del Sol*, parecen tan convincentes los testimonios,— en particular el desinteresado y coetáneo de Tomás de Celano, — que la dan por obra de san Francisco, que no es lícito albergar la duda más leve. Importa poco que la primer mención expresa de tal poesía la haga Bartolomé de Pisa en un libro escrito en 1385, ciento sesenta años después de la muerte del Santo; pues las palabras y señas de Celano se refieren claramente al himno, en términos de no poderse aplicar sino á él. Por lo que hace á *In foco* y *Amor di caritate*, considero que la opi-

nión de Ozanám suelta las dificultades que ofrece el aceptarlas como de san Francisco. Piensa el autor de los *Poetas franciscanos* que ambas poesías revelan en su factura labor de mano más experta que las retocó: el tema es de san Francisco, pero dispuesto, ordenado y quizás parafraseado por algun discípulo competente en literatura. A este dictamen del elegante crítico puede agregarse la observación de que el retoque y arreglo de las poesías debió ser bastante posterior á san Francisco, en vida del cual, no habiendo alcanzado la lengua tal perfección, balbucía sus primeras ingenuas rimas. Prueba de que el romance no ostentaba en tiempo de san Francisco mayor pulimento del que le dió en *Frate sole*, y por consiguiente, no debe imputarse al escritor la rudeza y tosquedad del habla, es el hallar aún más imperfecta y escabrosa que la suya la elocución de otro canto contemporáneo, compuesto nada menos que por el poeta laureado del César, Guillermo de Lisciano, más adelante fray Pacífico (16).

Se demuestra, pues, que de tres poesías atribuidas á san Francisco, sólo una puede (al menos en su forma actual) haber sido escrita por él. Es dable que se presente en algún monumento de literatura arcáica un fenómeno como el de la lamentación de Jorge Manrique, donde estrofas enteras parecen escritas ayer; pero son azares inverosímiles en un

idioma que , literariamente hablando , está en mantillas y es aún informe é incierto. Para inducirnos á creer que *In foco* y *Amor di caritate* sean de san Francisco , se aduce la autoridad, ciertamente poderosa , de san Bernardino de Sena , que se las atribuye de un modo terminante. Si damos por buena la solución de Ozanam , no hay reparo en que , en efecto, los materiales del edificio de ambas composiciones pertenezcan á san Francisco; pero la construcción , á algun fraile poeta que por humildad ocultó su nombre tras el del maestro; con lo cual pudo san Bernardino de Sena, sin ofensa de la verdad , atribuir los cantos á su primer dueño , callando lo demás , ó por sabido, ó por deferir á la voluntad del arquitecto mismo. Indicio moral vehementísimo, en apoyo de este parecer, es la viveza y color con que *In foco* expresa lo que san Francisco debió experimentar al recibir los estigmas en la cumbre del Sinaí franciscano, el monte Albernia , al momento que vió descender sobre él un serafín con seis alas , fijo en una cruz, que con rayos de fuego le atravesó manos , pies y costado. No cabe significar con más fuerza la visita inefable y terrible del espíritu divino en la transverberación misteriosa, que en la imagen de aquel hombre agobiado , anonadado, falleciendo de deleite , caído en tierra , sin aliento y sin vida, partido el corazón con el cuchillo de un placer más intenso que todos

los dolores imaginables, abrumado y fuera de sí á puros goces que no le caben ya en el alma. Aparte de este eco de tan importante circunstancia en la vida de san Francisco, se percibe en *In foco* el carácter del aventurero mancebo que sólo renunció á militar con Gualtero de Briena para hacerse caballero andante del divino amor, y que llama á sus éxtasis un paso de armas y á sus deseos del cielo una cabalgata por los dominios de Cristo. *Amor di caritate* no refleja ninguna época señalada en la existencia de san Francisco, la idea fundamental, un amoroso pugilato entre Cristo y el alma, es propia de la mística franciscana; pero la profundidad con que se ventila el punto de la recta ordenación del amor, parece que indica pensamiento analítico y reflexivo, fijo en sucesos posteriores á san Francisco: disensiones de mitigados y zelantes, controversias sobre la pobreza, herejías quietistas. Falta la sencillez propia del Santo, y hay ampliificaciones, hermosas y diestramente introducidas, y que, no obstante, semejan postizas en el estilo del penitente de Asís. En suma, *Amor di caritate* es la poesía donde menos se destaca la personalidad de san Francisco, lo cual esfuerza la sospecha de que la parafraseó otro poeta verdadero, mas de distinta índole incapaz de encerrar su vena copiosa en los límites del tema propuesto.

De todas suertes, resulta que san Fran-

cisco de Asís fué, no solamente poeta, sino señalador de un nuevo rumbo poético, fundador de una escuela fecunda, lozana, destinada á brotar innumerables y floridos retoños. No consideraron la poesía los frailes como los trovadores; donde éstos veían un arte, aquéllos encontraron vehículo para llegar al corazón del pueblo; el trovador versifica sediento de conquistar gloria y aplauso; el fraile de expresar sus temores y esperanzas, sus aspiraciones y creencias, de conmover y corregir: rima sus devotas ternezas, sus altas contemplaciones, sus regalados arrobos, las dramáticas escenas de la Pasión, los terrores del infierno, los premios del Paraíso: moraliza, enseña, satiriza, ahonda problemas teológicos, suelta la rienda á sus afectos, y, sin saberlo, funda é impulsa las mejores direcciones de la nueva poesía italiana, desde el realismo dantesco hasta el melancólico lirismo de Petrarca, no exento de sabor místico á despecho de su filiación provenzal.

En dos ramas se dividen los poetas franciscanos: latinistas y escritores en dialecto vulgar. Descuento de la pléyada á fray Pacífico, el laureado cantor, á pesar de haberlo incluido Ozanam, y á imitación de Ozanam, cuantos tocaron este asunto, pero sin razón plausible, en mi concepto, como no sea la de enriquecer con un nombre más el catálogo. Guillermo de Lisciano no sigue la dirección.

poética que comienza con san Francisco: es un trovador de la escuela de Sicilia; entra en el claustro, y desde entonces no se sabe que haya rimado cosa alguna: á lo sumo se cree que dividió en estrofas el cántico de *Frate sole*, y que compuso la música de ciertos himnos piadosos que á coro entonaba el pueblo. Por lo demás, es probable que el nombre de Guillermo de Lisciano yaciese hoy sepulto en el olvido, á no haber tomado él justamente la resolución de enterrarse en una celda. Gran fama gozó, sin embargo, en el siglo: llamábanle *Rey de los versos*, y dicese que nadie le aventajó en canciones eróticas y en poesías galantes y libres (17), por lo cual el Emperador le coronó con gran pompa, honor á ningún otro otorgado. Acontece al *Rey de los versos* lo que suele á los trovadores: célebres en vida por sus trovas, lo son en la posteridad por su vida. ¿Quién lee hoy á ninguno de aquellos cantores tan encomiados, sino el erudito, al inquirir los orígenes de la literatura moderna? Lo que nos interesa é interesará siempre es Guillén de Cabestany con el corazón arrancado por el celoso marido de Margarita; Rudel navegando hácia Tierra Santa en busca de la condesa de Trípoli, á quien ama sin conocerla, contrayendo en la travesía una enfermedad mortal, y espirando en el júbilo de la primer caricia y del anillo que su amada le pone en el dedo; Bernardo de Ventadour, ex-

piando penitente en el Císter sus devaneos mundanos y su demasiada fortuna con las damas; Guillermo de Lisciano desciñéndose la corona de laurel para calarse la capilla de san Francisco. Inmortalidad, nó en la literatura, pero sí en la leyenda y en la historia. La verdadera poesía que hoy nos resta del que después fué fray Pacífico, son sus visiones, cuando casualmente oye predicar á Francisco de Asís en San Severino, y ve el cuerpo del predicador atravesado por dos espadas resplandecientes en figura de cruz, y escrita en su frente la letra Tau, signo misterioso con que el ángel de la profecía de Ezequiel señala á los que no serán exterminados, porque gimen; y en el cielo divisa el sitial de oro que perdió Satanás por su soberbia, reservado para el humildísimo mendicante, y echándose á los piés de Francisco, le pide la cuerda y el sayal y un nombre de paz que encubriese la profana gloria del suyo. Amén de maestro en gaya ciencia, debió Pacífico ser docto en otras materias, cuando Blanca de Castilla le eligió para educador del gran príncipe con razón llamado el Marco Aurelio del Cristianismo.

Entre los latinistas franciscanos descuella Tomás de Celano, autor del *Dies iræ*: inspiración tan grandiosa, que aún hoy, que no aterra á las multitudes el miedo á los castigos de ultratumba, infunde religioso pavor al resonar en las misas de difuntos. Su impo-

nente y vaga sublimidad es perceptible hasta para los que no saben latín , merced á especial combinación eufónica , á una relación musical del sonido de las palabras y el asunto de la poesía , por lo cual acertadamente nota un crítico ilustre (18) que en tan magnífica secuencia las asonancias y consonantes reiteradas adquieren singular majestad.

Dies iræ , dies illa
solvet seclum in favilla ,
teste David cum sybilla (19).

«No hay duda» — añade — «en que cuando la frecuente repetición de estas sílabas uniformes se apoyaba en la majestuosa lentitud del canto gregoriano , debía ejercer gran imperio en las almas. Y al emplear un poeta moderno , Goethe , este mismo canto como recurso dramático , instrumento de terror y remordimiento , que conturba la imaginación de una jóven , muestra haber comprendido lo mucho que aumenta la emoción religiosa el sonido de aquellas finales terribles.»

Tomás de Celano fué uno de los sabios que corrieron atraídos al foco de la naciente Orden franciscana cuando ésta se hubo arraigado y constituido. En el claustro no olvidó las letras , antes escribió lo que había de ganarle duradero renombre ; la vida de san Francisco , y las secuencias, *Sanctitatis nova signa y*

Dies iræ ; la propiedad de esta última se le disputa, sin argumentos que basten á negársela (20).

Tal vez debiera preceder á Tomás de Celano, san Buenaventura. El gran metafísico, Platón de la Edad Media, es insigne poeta en verso, en prosa, y hasta cuando especula racionalmente. Su temperamento poético se revela en todo y siempre; condiciona su filosofía, informada por ardiente misticismo, empeñada en ir más allá que la flaca razón, y remontarse á esferas de luz y serenidad y amor, ayudándose de la fantasía para representar con emblemas y signos y figurar en las cosas sensibles la belleza suprasensible que no concibe el intelecto: á cuyo fin hemos de apelar «á la gracia y no á la ciencia, al deseo y no al discurso, al gemir de las oraciones y no al estudio de los libros, al Esposo y no al pedagogo, á Dios y no al hombre.» (21) A san Buenaventura debemos los tiernos é interesantes pormenores de la familiaridad de san Francisco con las aves y comercio afectuoso con la naturaleza toda, consignados en su hermosa Leyenda: él nos pintó las alondras revoloteando sobre el techo de la casa en que san Francisco yace cadáver, y celebrando con alegría su glorioso tránsito; que en estos y otros ingenuos detalles se complace y detiene el pensador de magna inteligencia. Por san Buenaventura fué establecida la devoción del *Ánge-*

Ius, oración poética de la tarde, que tiene algo de la apacible tristeza crepuscular (22). Apasionado amador de la Virgen, consagróle buena parte de sus poemas y cantó sus loores en floridos y galanos cármenes:

Ave, coeleste lilium!
Ave, rosa speciosa!
Ave, mater humilium,
superis imperiosa!
Deitatis triclinium!
Hac in valle lacrymarum,
da robur, fer auxilium,
o excusatrix culparum! (23).

Digno de estudio entre todos los poetas de la Orden, más aún que ambos cronistas de San Francisco, el sabio Celano y el filósofo idealista de Bagnorea, es Jacopone de Todi; porque significa á la vez como hombre y como poeta, como político y como penitente; porque comprende y domina ambos géneros, el latín litúrgico y la poesía en romance; porque descubre recónditos manantiales de poesía en el inculto campo popular, y porque son sus poemas trasunto fiel del espíritu de su edad y de la vida de su tiempo, considerada desde uno de sus puntos de vista más característicos.

En Jacopone, para entender al poeta, importa estar al corriente de la vida y vicisitudes del hombre, que dan la clave de cuanto escri-

bió; porque, á diferencia de los trovadores, Jacopone no compuso estrofa que no traduzca exactamente el estado de su ánimo, ó desahogue algún sentimiento profundo, ó se relacione con los sucesos de su agitada existencia: sin que, á pesar de éste que hoy llamaríamos subjetivismo, haya poesía más objetiva que la suya, en cuanto á reflejar lo que siente el corazón y piensa el cerebro de su época y de su siglo. Narremos, pues, la historia de Jacopone, sin los escrúpulos que asaltaron al docto Ozanám cuando tuvo que hablar de un Beato, reverenciado en los altares, y adversario acérrimo de un Papa. Lejos de ser piedra de escándalo, Jacopone y su vida representan exactamente la Edad media, aquella era en que la Iglesia de Cristo fué amada con delirio, y por ende, zelada con rabia; en que todos querían custodiar la pureza de la mística Esposa, y la sospecha de la profanación encendía furor inextinguible; en que los intereses de la Cristianidad eran el interés de cada cristiano, y en que tan alto rayaba la espiritual libertad, que nadie extrañó que los Papas autorizasen el culto del poeta que eligió á un Papa por blanco de sus quemantes sátiras.

Nada encierran digno de mención los primeros años y mocedad de Jacopone. Fué nacido en Todi, villa de origen etrusco, muy importante á fines del siglo XIII, que hoy sólo atrae al viajero por sus fuertes murallas anti-

guas y curioso templo de Marte. Era Jacopone de la familia de los Benedetti, ciudadanos pudientes y respetados en la villa: siguió con lucimiento el curso de Derecho en la Universidad de Bolonia, y terminados los estudios y graduado, volvióse á su país natal, ejerció la profesión y fué presto el jurisconsulto de más nombre en Todi. Rico, y esperando aún mayores ganancias, tomó esposa joven, bella é ilustre, y duraban aún las amorosas finezas entre los consortes, cuando acertó á llevarla un día á presenciar los públicos regocijos que en la villa se celebraban. Era uso erigir para las damas un palco elevado desde donde viesén cómodamente los populares festejos: subió á él la esposa de Jacobo Benedetti, y de pronto, en mitad de la función, desplomóse el tablado con estrépito espantoso, y las infelices que lo ocupaban cayeron de él revueltas en montón informe. Corrió Jacobo; de entre los palpitan-tes cuerpos sacó en vilo el de su mujer, y como respirase aún, quiso desabrocharle el jubón: resistíase ella con todo el resto de sus fuerzas; condújola entonces á lugar más apartado, y al descubrir el blanco seno, vió, bajo el traje de gala de la moribunda, áspero cilicio. Al punto mismo conoció que lo que estrechaban sus brazos era ya un cadáver.

Apenas es dado concebir en la actualidad el efecto de situación semejante en el alma de un hombre de la Edad Media: catástrofes

presencian hoy los individuos y los pueblos, mas de ordinario las olvidan presto, y ni influyen en su conducta, ni estremecen su conciencia, ni sugieren la idea de la eternidad y de la vida futura, que presta tan dramático interés á los monumentos artísticos de los siglos XII y XIII. Desde el instante en que Jacobo vió espirar á su gentil compañera, dióse á extravagancias tales, que parecia sin seso; y en breve Jacobo Benedetti, el renombrado jurisconsulto, el influyente ciudadano, fué señalado con el dedo por los granujas de la calle, que convirtieron su nombre en el despectivo de *Jacopone*, Jacobo el loco, el insensato. Vendió bienes y casa, y segun costumbre de entonces, repartió á los pobres el precio: pasábase dia y noche en las calles, vestido de andrajos, siendo objeto de mofa y desdén. Convidánle á la boda de su rica sobrina, y asiste untado de miel y emplumado: le reprende su familia por tan peregrino arreo, y contesta:—«Piensa mi hermano ilustrar nuestro nombre con su cordura, y lo he de ilustrar yo con mi demencia.»—En otra fiesta se presenta andando en cuatro piés, cinchado y aparejado como asno, entristeciendo con tal vista á los espectadores, que recordaban su clara inteligencia y su ciencia forense. Le entrega un pariente suyo un par de pollos, y le dice: «Llévalos á mi casa.» *Jacopone* los deposita en el mausoleo de familia: enójase el dueño de las aves, y él res-

ponde:—«Pues, ¿cuál es tu casa sino esa que has de habitar por toda la eternidad?»—Entre burlas y veras, causaba ya Jacopone cuándo risa y cuándo respeto, y á algunos parecía ejemplar penitencia su locura: la multitud se congregaba á oírle, si en plazas y calles, con estilo fogoso y apasionado, reprendía los vicios. Diez años corrieron de esta suerte, y Jacopone, terciario ya, quiso ingresar en la orden de los Menores. Recelaban los frailes admitirle, por su extraño proceder y por la sospecha de enajenacion mental; con tal ocasión se reveló por vez primera el poeta, y Jacopone escribió dos poemas, que le abrieron las puertas del convento. Está el uno en prosa rimada latina, en italiano vulgar el otro: titúlase el primero *De contemptu mundi*, y no rebasa del límite de tantas declamaciones como siempre se pronunciaron acerca de la vanidad de las cosas humanas y los goces perecederos de la tierra, asunto manoseado en todas las literaturas desde la hebrea hasta la contemporánea; pero en el segundo despunta ya el poeta genial, y se inaugura su manera propia, aquella rusticidad semi-plebeya, aquella pujanza y franqueza en el sentir, aquellos destellos felices, aquella originalidad ardiente y sin freno.

Udite nova pazzia
che mi viene in fantasia...

«Escuchad, escuchad una nueva locura

que á las mientes se me vino. Quisiera estar muerto, porque viví mal. Dejo los goces del mundo y tomo mejor camino. Quiero probar si soy ó no soy hombre : negarme á mí mismo y llevar la cruz para hacer locura duradera. Yo diré cómo ha de ser esta locura : confundirme y mezclaréme con hombres indoctos, que desbarran, que desbarran con santa insensatez.

» Cristo, tú conoces lo que pienso y sabes cuán grandemente desprecio el mundo, donde permanecí por empeño de aprender filosofía. Pretendí, empapándome en la metafísica, llegar á ahondar la teología, saber cómo puede el alma gozar de Dios, pasando por todos los grados de jerarquía celeste, cómo la Trinidad hace un Dios único, y cómo el Verbo hubo de encarnar en María. Divina cosa es la ciencia : crisol donde se refina el oro de ley. Pero á cuántos perdieron los sofismas teológicos ! Oid, pues, lo que he resuelto : he resuelto pasar por estúpido, ignorante y mentecato, por hombre extravagante y risible. Vayan noramala silogismos, retruécanos y sofismas, aforismos é insolubles cuestiones y arte sutil del cálculo. Gritad cuanto os plazca, tú, Sócrates, y tú, Platón ; os dejo sofocaros, argüiros mutuamente y atollaros en el pantano al fin. Quéde-se allá el arte maravilloso cuyos secretos reveló Aristóteles y las platónicas doctrinas, heterodoxas á veces. El entendimiento sencillo y

puro se eleva solo, y sin auxilios de la filosofía, sube á presencia de Dios. Os dejo los rancios libros que amé tanto, y las rúbricas de Cicerón á mi oído tan gratas. Os dejo el tañer de instrumentos, las cancioncillas, las damas y damiselas hermosas, sus artificios, sus mortales flechas y sus sutilezas y ardides. Sean vuestros, florines, ducados y carlinos, nobles y escudos genoveses, y toda mercancía semejante. A ensayarme voy en religión estrecha y poderosa: ya dirán las pruebas si soy latón ó bronce. Voy á gran combate, á dura labor, á terrible esfuerzo. ¡Oh Cristo, asístame tu fortaleza y salga yo victorioso! Voy á amar con amor la Cruz cuyo fuego ya me consume, y pedirle humilde que se me pegue su locura. Voy á innovar en mí alma contemplativa que venza al mundo; voy á buscar paz y gozo en dulce agonia. Voy á intentar entrar en el paraíso por sendas que conozco; Señor, dame que entienda y cumpla tu voluntad aquí, que despues no me cuidaré de si es resolución tuya perderme ó salvarme.»

Expresa este poema todas las aspiraciones del misticismo, hasta tocar al borde del quietismo, donde, sin embargo, no llega á precipitarse el poeta. A un lado, filósofos, teólogos, sempiternos disputadores, ergotistas vacíos; dejemos la ciencia deficiente que intenta apagar con huecas frases y pomposas definiciones la sed inextinguible de verdad que abrasa el

alma; pongamos el labio en la fuente eterna de vivas aguas, el amor; hagámonos párvulos, fatuos, más ínfimos que el lodo de la tierra, para poder entrar en el reino de los cielos.

En la primer época de su ingreso en el claustro, ofreció Jacopone el curioso ejemplo de imitación de los actos del Fundador, tan frecuente en las Ordenes fervorosas. Como san Francisco, no quiso pasar de lego, y rehusó el sacerdocio; como él, vagaba por el campo, abrazaba los árboles y las rocas, derramaba copioso llanto, y si le preguntaban el por qué, respondía: — «Lloro porque el amor no es amado.» — En la exaltación de su espíritu, en sus encendidos transportes de caridad deseaba bajar al purgatorio y al infierno y sufrir él solo los tormentos de todos los réprobos y hasta de los mismos ángeles malos, por aliviarlos; y por refinamiento de tortura anhelaba que, sin agradecersele, le volviesen despreciativos la espalda y entrasen en el cielo antes que él y á vista suya, dejándole en los negros abismos: gigantesco sueño de un martirio indefinido, de una crucifixión universal, la hiel de todas las amargas derramada sobre un hombre solo, y bebida con ansia, como si fuese divina ambrosía. Comía Jacopone pan duro y escaso: ajenjos echaba en el jarro del agua: en cierta ocasión deseó un trozo de carne, y por castigo del deseo, colgó la vianda en su celda, hasta que, corrompiéndose,

infestó el aire, y el guardián del convento encerró á Jacopone en un lugar vil, donde entró diciendo alegremente :

« ¡ O giubilo del core
che fai cantar d'amore ! »

Era la deseada meta de la humillación, el desdén apetecido, la negación de sí propio llevada hasta el paroxismo. De tal raptura del ánimo en Dios, nacen aquellas poesías que, según un historiador reciente de la literatura italiana (24), son poesías de un santo, animado del divino amor. Ni sabe Jacopone de provenzales, ni de trovadores, ni de códigos de gaya ciencia : tales esferas le son ignotas. No cuida del arte, no solicita prez de lengua ni de estilo : antes afecta plebeyo hablar, con tanto placer como hallaban los santos en vestir harapos de mendigos. Una cosa pretende, desahogar su alma que rebosa afectos, exaltada por el sentimiento religioso. Ignora asimismo teología y filosofía: nada tiene de escolástico. Se comprende que poeta tan desusado fuese puesto en olvido del público culto; de suerte, que sus poesías se conservaron, más que como obra literaria, como libro de devoción. Y sin embargo, hay en Jacopone una vena de inspiración límpida, popular y espontánea, que no encontramos en los poetas cultos que le precedieron. Si los mil trovadores

italianos hubiesen sentido con el calor y eficacia que de tal suerte inflama el alma religiosa de Jacopone, tendríamos una poesía menos docta y artística, pero más popular y sincera.»

No ignoraba, por cierto, Jacopone filosofía, ni menos teología, pues con tal ahinco la estudió en sus diez primeros años de penitencia: ni cabe tanta luz mística sin otra gran claridad intelectual, ni el rigor y exactitud de las doctrinas que en algunos poemas desarrolla, dan á entender sino que fuese muy versado en metafísica y ciencia teológica. Él mismo nos dice, en su canción «*Udite nova pazzia*», el afán con que se consagró á profundizarla, y como no satisfecho ni convencido, pasó de la dogmática á la mística, encontrando rápidamente, por vía intuitiva, lo que el raciocinio no acierta á dar al cansado entendimiento. Resolución que le sugirió un método propio, y franqueóle caminos desconocidos hasta entonces; mas para seguirlos no necesitó pié menos firme y vista menos perspicaz que para orientarse en los laberintos dialécticos.

Desembarazado ya Jacopone del incómodo peso de los preceptos, libre de los grillos de la tradición artística, dueño de entregarse á su inspiración personal, hízolo con sobrado descuido á veces, pero otras en cambio, con naturalidad embelesadora. Apenas hay ternura y suavidad que á la suya iguale al describir es-

cenar domésticas y sencillas, como el sueño del niño Jesús. «Vamos todos,» — dice, — «á ver á Jesús dormido : tal dulzura y gracia brota de su semblante, que hace florecer y reir tierra, aire y cielo» (25). En otro poema supone el júbilo de la Virgen madre despues de su alumbramiento feliz. «Dime, dulce María» — exclama interpelándola familiarmente, — «dime con cuanto afán mirabas á tu hijuelo, Cristo mi Dios... Pienso que, tan luego como sin dolor lo pariste, lo primero que harías, fué adorarle : lo pusiste sobre el heno del pesebre, envolviéndolo en pañales pobres y escasos, toda llena de pasmo y regocijo... ¡Oh cuánto gozo, cuánto bien te hacía tenerle en tus brazos! ¡Dímelo, María, por compasión... Supongo que entonces le besaste el rostro, y dijiste : ¡ Ah, hijo mio!

«Ya le llamabas hijuelo, ya padre y señor; ya Jesús, ya mi Dios. ¡Cuán dulce amor sintió tu corazón al lactarle en tu regazo! ¡Cuántos actos dulcísimos de suave ternura!

» Si á veces, de dia, se quedaba dormido, ibas quedito, muy quedo, y apoyabas tu boca en su rostro y decíasle con maternal sonrisa : No duermas más : basta de sueño (26).»

No hay poesía más humana y real que estos versos sagrados : la naturaleza misma debe haber dictado á Jacopone el rasgo delicioso de la madre despertando al niño , estorbándole el sueño diurno á fin de reservarle el de la no-

che , ó más bien , para que la vea y sienta sus caricias , para *destar il paradiso* , según declara el poeta. Así en Jacopone las cosas divinas nos conmueven , no sólo por medio de los sentidos , sino principalmente del corazón. Los loores de san Buenaventura , que envuelve á la Virgen en rosas , lirios y azucenas , y la ciñe de astros , parecen artificiosos y tibios al lado de la elocuencia de Jacopone , cuando exclama : «Recibe ¡oh mujer! en tu hermoso regazo mis amargas lágrimas; bien sabes que soy prójimo y hermano tuyo , y negarlo no puedes (27).»

El que canta con tal delicadeza las alegrías maternas , no es menos afortunado al describir el día pavoroso y tremendo que inspiró la oda de Tomás de Celano. «No hallo lugar donde ocultarme , monte , llanura , gruta ni selva : la mirada de Dios me circunda é infunde terror en todas partes... Sonará entonces la trompeta celeste , resucitados serán todos los muertos y llamados ante el Tribunal de Cristo ; el fuego ardiente cruzará veloz por los aires (28).» ¡ Cuán enérgicamente traduce la primera estrofa el temor de la conciencia culpable que siente en torno la mirada divina ! Pues al lado de estas bellezas que tocan en sublimes , tiene Jacopone caprichosos prosaismos , como el del cántico 48 , en que pide á Dios que *por cortesía* se sirva mandarle— «cuartanas , tercianas , dolor de muelas , de

cabeza y vientre (29).» — Con razón opina el historiador ya citado, que la mezcla de trivialidad y grandeza, la tosquedad vulgar y el ardiente idealismo de Jacopone, hacen comparable el conjunto de sus poesías á las catedrales góticas. Así como en estas se hallan, al lado de las agujas que ascienden á lo infinito, las gárgolas cubiertas de grotescos relieves y caricaturas; y sobre las naves sombrías el rosetón flameante de luz y los vidrios encendidos con los matices todos del cielo, en Jacopone hay alta poesía y bajo realismo, claridades y tinieblas. Mas si puede negarse á Jacopone la armonía del arte, no así la del pensamiento. No hay poeta más consecuente y acorde consigo mismo. Es siempre el santo, que desdeñando las cosas terrenas, habla de ellas con humorismo satírico, con aquel desenfadado naturalismo que no evitará tampoco el autor de la *Divina Comedia*: pero cuando Jacopone canta el mundo del espíritu, se depura su lenguaje y la poesía se ennoblece sin perder su carácter de espontaneidad. No hay sino ver cuán discreta es la verdad anatómica de la canción *Anima benedetta*, que es fama entonó momentos antes de morir; cuán majestuoso y nítido el *Cántico á María*; qué gallardía y frescura de imaginación en el simbolismo de *Chi Gesù vuole amare*.

Hasta doscientos once cantos se incluyen en la colección de Jacopone; uno de ellos, de

cuatrocientos cuarenta versos, es especie de poema teológico, y su asunto la regeneración de la humana naturaleza. Otro, un dramita titulado la *Compasión de la Virgen*, donde parece que despunta toda la inspiración del *Stabat Mater dolorosa*: no es, en efecto, menos patética, y sí muy semejante, la pintura del desconsuelo de la Madre al pié de la Cruz. De las poesías líricas más bellas y originales de Jacopone, es la que celebra la pobreza sin impasibilidad estoica ni soberbia cínica, con sincero y risueño desasimiento (30).

«Dulce amor de la pobreza, ¡cuánto debemos amarte!

»Pobreza pobrecilla, tu hermana es la humildad: una escudilla te basta para comer y beber.

»Esto quiere la pobreza: pan, agua y hierbas solamente: si llega convidado, se añaden unos granos de sal.

»La pobreza va segura; rencor no conoce, ni ladrones que robarla puedan.

»La pobreza llama á la puerta: ni alforja ni bolsa tiene: nada lleva consigo, sino lo poco que ha de comer.

»La pobreza muere en paz sin hacer testamento: ni cuñados ni parientes se disputan sus bienes.

»La pobreza que se angustia y desea riquezas, siempre vive afligida: para ella no hay consuelo.

»La pobreza anda ligera : vive alegre y sin ceño : en todas partes es peregrina : no quiere llevar nada á cuestras.

.....
»La pobreza, gran monarquía, domina el mundo todo : señorea altamente cuantas cosas despreció.

»La pobreza, alta ciencia de poseer despreciando : cuanto más baja sus aspiraciones, más gana en libertad.

»Al verdadero pobre de profesión está prometido el supremo reino : esto dice el mismo Cristo, que no puede engañar.

.....
»La pobreza es no tener nada, no poseer nada, conceptuarse vil y reinar con Cristo después.»

Entre todos los poemas de Jacopone, hay uno destinado por excelencia á la inmortalidad : grito de dolor que atraviesa los siglos, inspirando á grandes pintores y músicos, arrancando lágrimas á las generaciones que fueron y son, porque nunca aparece la musa de Jacopone más humana que en la divina elegía del *Stabat Mater* de la Cruz (31). Pues bien : la misma mano que diseñó la trágica figura de la madre viendo con sus ojos el suplicio de su unigénito, la retrató en el primer instante de maternal ventura.

«Esta obra incomparable,» —dice el tantas veces citado Ozanam, refiriéndose al *Sta-*

bat de la Cruz, — «bastaría á la gloria de Jacopone ; mas al par que el *Stabat* del Calvario, quiso componer el *Stabat* del pesebre , donde aparece la Virgen madre en todo el júbilo del alumbramiento. Escribiólo en igual metro y cantidad de rimas: de suerte que cabe dudar un instante cuál fué el primero , si el canto de dolor ó el de alegría. Con todo , la posteridad escogió entre estas dos perlas semejantes, y conservando amorosamente la una , dejó enterrada la otra. Creo inédito aún el *Stabat Mater speciosa* (32) , y cuando pruebo á traducir alguna estrofa, siento evaporarse el encanto del idioma , de la melodía y del antiguo candor (33).» Con harto más motivo que el docto escritor, tememos al trasladar del latín al castellano las siguientes:

«Estaba la hermosa Madre , llena de gozo, al lado del heno , donde yacía el niño.

»Henchida el alma de ferviente alegría y regocijo penetróla el júbilo.

»¡ Oh cuán contenta y venturosa se halló la inmaculada Madre del Unigénito !

»¡ Quién no se alegraría de ver á la Madre de Cristo en tal recreo ?

»¿ Quién no compartirá su gozo, si contempla á la Madre de Cristo jugar con el Hijo ?

»Por los pecados de su raza, vió á Cristo en compañía del jumento y sujeto al frio riguroso.

»En pié estaban anciano y Virgen , mudos y sin voz , atónito el corazón.

»Ea , Madre , fuente de amor , haz que sienta contigo , que pruebe tus ardientes afectos.

»Al morir mi cuerpo , haz que goce el alma la visión de tu Hijo.»

Cotejando ambos *Stabat* , ocurre la idea de que , sin género de duda , el del pesebre es el segundo , y el de la Cruz le sirvió de modelo. Nótase en el de la Cruz inspiración más sostenida ; el raudal de poesía brota de una vez , el pensamiento , entero , firme y brioso , se remonta con soberano empuje hasta las más eminentes cimas de la sublimidad trágica. Si bien en el del pesebre hay toques y pinceladas gratas y tiernas , no deja de advertirse cierta presión impuesta por la necesidad de ajustarse á giros y combinaciones propuestas de antemano. Compárese el apóstrofe desgarrador en el *Stabat de la Cruz* : — « ¿ Qué hombre habrá que no lllore , si ve en tal tormento á la madre de Cristo ? » — Casi pierde todo su vigor en el del pesebre , cuando invirtiendo el sentimiento exclama : — « ¿ Quién no se alegra de ver á la madre de Cristo en tal recreo ? » — Mas no por esto es indigno de estimación el segundo *Stabat* , ni hay causa para negar que sea Jacopone autor de ambos (34). Es frecuente en el arte medioeval la tendencia á du-

plicar, á hacer pares las obras artísticas: limitado el artista á cierto número de temas, escasos los medios técnicos de que dispone, exaltada poderosamente su fantasía por una forma particular, simbolista por religión, filósofo por lo que contempla, sujeta sus creaciones á expresar el desarrollo lógico de un asunto. Lo cual puede comprobarse en las pinturas, en los vidrios de las catedrales, en los retablos, en la imaginería de las portadas; rara vez dejan en el tríptico de hacer juego la pintura de las hojas izquierda y derecha; y se nota el hecho de que, por lo regular, haya siempre un lado muy superior en mérito al otro, como acontece con las perlas gemelas de Jacopone.

Consideremos ahora uno de los aspectos más interesantes del singular poeta tudertano; conozcámosle satírico, flagelando los vicios de su época, advirtiéndolo con rudo celo á un pontífice, luchando con otro, vencido al fin, y humillándose penitente. Vacante se hallaba la silla apostólica por muerte de Nicolás IV, primer papa que dió de su seno la Orden de Menores, y que bajó al sepulcro agobiado de dolor por el desastre de Tolemaida y mal suceso de las Cruzadas; y duraba dos años el largo interregno, no sin daño y peligro grande de los intereses de la Cristiandad. Desde su celda seguía Jacopone con ansioso cuidado las vicisitudes de la Iglesia. No bastaba á su

espíritu ardiente, á su temperamento enérgico, la serenidad de la contemplación; hombre templado para la lucha, compuesto de hierro y llama, podía domar sus sentidos, pero no sujetar los arranques de su alma fogosa. El dolor de ver á la Iglesia sola y viuda, le inspiró la célebre lamentación, primer poesía suya que tuvo influencia en los acontecimientos históricos, y que su popularidad de poeta y su ejemplaridad de penitente ayudaron á difundir:

«*Piange la Ecclesia, piange e dolura...*» (35)

«¿Por qué lloras, noble madre?» — pregunta el poeta á la Iglesia. — «¿Por qué tan gran dolor?» — «Hijo,» — responde ella — «tanto lloro, que no puedo más: muertos veo á mi padre, á mi esposo; hijos, hermanos y parientes perdí, y presos en cadenas están todos mis amigos».

Si parecen recargados los colores del cuadro, acordémonos de que en Roma ardía la discordia y la anarquía reinaba, y entre los Cardenales se anunciaba el cisma ya. Escondíase por entonces en la gruta de áspera montaña de los Abruzzos ulteriores un solitario, un pobre clérigo, hijo de familia oscura, en torno del cual se agrupaba un puñado de hombres deseosos de imitar su vida: él la pasaba en estrechísima celda: ayudábanle á misa por un ventanillo: comía mendrugos de negro pan: usaba cilicio, y gruesa cadena á la cintura:

guardaba silencio perpetuo, y entrado en el año setenta y cuatro de su edad, preparábase á morir santamente. Un dia llegó á oídos de los Cardenales cómo había sido revelado á un varón justo que si no se concertaban presto para elegir papa, serían castigados por Dios en el plazo de cuatro meses. Vinieron á recordar entonces al autor de la profecía, que no era sino el emparedado solitario, Pedro de Morón, y deshechos en lágrimas pensando en sus austeridades y virtudes, unánimes le eligieron para la silla vacante. Cuando la comisión de Prelados y Cardenales fué á notificar la elección al nuevo Papa, vieron asomarse á la reja un anciano amojamado, pálido, erizada la barba, húmedos de llanto los ojos, hecho un espectro. Poco despues aquel espectro entraba en Aquila, caballero en un asno, que otra montura no quiso; llevaban el asno del diestro, de un lado el rey de Sicilia, del otro el de Hungría.

Pesóle á aquel viejo la tiara en la venerable cabeza. Gobernó con rigidez y rectitud; pero agobiado de temores, espantándole las responsabilidades de su cargo. Decíase continuamente á sí propio lo que Jacopone le advertía en verso :

« ¿Che farái, Pier da Morrone? »

« ¿Qué harás Pedro de Morón? á prueba

estás ahora, veremos de qué te sirvieron las contemplaciones de tu retiro. Si burlas las esperanzas del mundo, será anatema. Cual la flecha mira al blanco, así se vuelve hácia tí el mundo entero: si no mantienes recta la balanza, á Dios apelarán de tus juicios. Gran pena me dió de tí cuando pronunciaron tus labios la palabra *accepto*: palabra que puso á tu cuello yugo tan pesado, que acaso sea ocasión de condenarte. Desconfía de los beneficiados, siempre hambrientos de prebendas: tal es su sed, que no hay beber que la aplaque. Guárdate de los concusionarios, que te harán ver lo blanco negro. Si no sabes defenderte, mal año para tí.»

Andaba á la sazón dividida la Orden de Menores en los dos bandos: de *zelantes ó espirituales*, que pretendían mantener en toda su estrechez y rigor la observancia de la pobreza franciscana; y de *conventuales*, que pedían regla más mitigada y conforme á la humana condición. En algunos puntos, — la Marca por ejemplo, — habían sido tratados los primeros por los últimos como rebeldes y facciosos, y castigados con encierro: mas al subir al Pontificado Pedro de Morón, acudieron á él en queja, y el austero asceta los protegió y autorizó para apartarse de los conventuales y vivir como deseaban, observando los últimos ápices de la regla. Poco les duró la buena ventura, porque muy en breve Pedro Celestino,

atemorizado, ansioso de paz, bajó voluntariamente de la Silla y entró á ocuparla el cardenal Benito Cayetano, electo papa con nombre de Bonifacio VIII. Sabía Bonifacio que los zelantes no simpatizaban con él, y recordaban y amaban mucho á Pedro Celestino: por lo cual ordenó su disolución y reincorporación en las comunidades de conventuales, removiendo al ministro general Gaufredo, jefe del zelantismo. El descontento y dolor de los perseguidos comenzó entonces á revelarse en la acogida que dieron á los siniestros rumores que acerca de Bonifacio VIII circulaban. Era Bonifacio hombre de altas prendas de inteligencia y carácter, gran canonista y jurisconsulto, puro en sus costumbres; pero acusábanle de intrigante y ambicioso: decíase que había arrancado violentamente la abdicación de Pedro Celestino, negábase por ende la legitimidad de la elección de su sucesor, y la indignación creció al saberse que el santo Pedro de Morón había espirado prisionero en un castillo de Campania, en malsano calabozo, declarando los carceleros que á la hora de su muerte vieron una cruz de oro suspendida en el aire. Celestino pasó plaza de mártir, Bonifacio de verdugo (36). Acaeció que, cierto día, el Papa llamó á Jacopone de Todi para que le interpretase una visión: en sueños se le apareciera una campana sin badajo, cuya circunferencia abrazaba el mundo todo. Jacopone,

que en cuerpo y alma pertenecía á lo que podemos llamar partido radical, la explicó así : —«Sepa Vuestra Santidad que el tamaño de la campana significa el poder pontificio, que abarca el universo. ¡ Cuenta con que el badajo que le falta no sea el buen ejemplo que estais obligado á darle! »

Entretanto la hostilidad contra Bonifacio, —instigada por los manejos de Felipe el Hermoso,—crecía en Italia, y Jacopone vino al fin á tomar parte en ella con el brazo y con la voz, con sátiras y con actos. Dos Colonnas, dos Cardenales adversos al Papa, protestaron pública y solemnemente de su elección, y lo citaron por usurpador ante el próximo Concilio Ecuménico; Jacopone firmó el acta en calidad de testigo. Al mismo tiempo su musa satírica, la que con tan vivos tonos pintaba los pecados y vicios sociales, las mujeres perdiendo el alma por galas fútiles, los prelados reposando en cómodas sillas, las monjas y los religiosos arrojando á palos del claustro á la mendiga Pobreza, se desbordó en aquellos versos célebres :

«O Papa Bonifacio ,
molto hai jocato al mondo...»

« ¡ Oh papa Bonifacio , cuánto has jugado el juego mundanal ! Me temo que al cabo habrás de salir perdidoso. Asi como la salaman-

dra vive en el fuego, tú hallas en el escándalo gusto y deleite. Tu lengua se desata contra toda regla religiosa, y blasfemas, despreciando toda ley. Ni monarca ni emperador se acercan á tí sin recibir cruel herida. ¡Oh avaricia criminal! ¡Sed prodigiosa, capaz de beber tanto oro sin saciarse!» Dos alusiones que en esta sátira se encuentran á la violencia de Anagni y á la muerte de Bonifacio VIII, dan á entender que habiendo sido compuesta estando Bonifacio en el apogeo de su poder, antes de la excomunión y prisión de Jacopone, hay en ella addendas de mano extraña, y no todas sus invectivas pueden imputarse al poeta de Todi. Sea como quiera, es lo cierto que el autor de la sátira hubo de refugiarse en Palestrina, villa donde se hicieron fuertes los Colonnas sediciosos: Bonifacio la tomó, hízola arrasar y edificar de nuevo, y Jacopone fué encerrado en lóbrega mazmorra, donde, aunque cargado de cadenas, bebiendo el agua corrompida de una cloaca, temblando de fiebre, sólo la excomunión fué parte á abatirle. Poseído ya del convencimiento de que la elección de Bonifacio era perfectamente legal y canónica; sabedor de que los dos Cardenales cismáticos se habían arrojado á los piés del Papa, vestidos de negro, la sogá al cuello, exclamando:—«¡Padre, pequé contra el cielo y contra tí; no merezco llamarme hijo tuyo; por nuestros crímenes nos afliges!»—he-

rído por el rayo espiritual, Jacopone dobló la frente.—«Absuélveme,»—suplicaba á Bonifacio,—«y tenme en prisión y castigado hasta la hora de mi muerte.» Para colmo de dolor, llega el año 1300, anúnciase el Jubileo universal, ve Jacopone pasar olas de gente que acude á Roma á ganarlo, y no puede unirse á ellas. Entonces canta su arrepentimiento.

« Il pastor, per mio peccato ,
posto m'ha fuor del'ovilo.»

« Por mi culpa me echó el pastor del redil, y mis balidos no logran abrimela puerta. ¡ Oh pastor! ¿ Cómo no te despierta mi gemido? Largo tiempo llamé y no me escucharon.

» Soy el siervo del centurión, indigno de que entres en mi pobre morada. Basta que por escrito me absuelvas. Una palabra tuya me sacará del muladar.

» Mucho há que yazgo bajo el pórtico de Salomón, al borde de la Piscina. Gran movimiento se produjo en las aguas estos dias de perdón. El tiempo corre, y aún espero me digas que me levante, tome mi lecho y me vuelva á mi hogar.

« Yacía muerta la doncella en casa del jefe de la sinagoga. De peor condición es mi alma, tanto le pesa el yugo de la muerte. Ruégote me tiendas la mano y me restituyas á san Francisco para que con mis hermanos me siente á la mesa.

« Sentenciado al infierno , toco ya á sus dinteles. La Orden que fué mi madre viste de luto , y con ella su séquito. Ella quiere que tu voz poderosa me diga : — Levántate , viejo. — Entonces trocaránse las lágrimas derramadas en cánticos de gozo. »

El implorado perdón no vino. Un día el Papa cruzó ante la prisión de Jacopone , y hablándole al través de la reja , — « Jacobo , — le dijo — ¿ cuándo saldrás de la cárcel ? » — « Padre Santo , cuando tú entres , » — contestó el zelante. — Tres años despues del Jubileo , Guillermo de Nogaret , emisario del perpetuo enemigo de Bonifacio , el rey de Francia , llega secretamente á Anagni y con ayuda de Sciarra Colonna , amotina al pueblo , allana el palacio pontificio y atropella y encarcela al Papa , que muere á poco abrumado , en su avanzadísima edad , por tratamientos que siempre serán crueles , aunque descontemos el famoso bofetón , negado por graves historiadores. El sucesor de Bonifacio VIII , san Benito XI , absolvió de las censuras á los cismáticos , y el poeta , dejando su calabozo , fué á morir en paz al convento de Collazone. Embelleció los tres últimos años de su vida terrestre la amistad de fray Juan de Albornoz , á quien , agonizando , quiso ver y estrechar en sus brazos. Jacopone pasó de este mundo la noche de Navidad , cantando cánticos. El pueblo , que le amaba le veneró en los altares (37).

Sobre tantas y tan varias aptitudes; sobre el satírico y el moralista; sobre cuanto fué Jacopone, descuella el poeta místico. Eslo por el mismo desdén de la forma y por la impetuosidad y ardor del sentimiento. Está en Jacopone la grosería popular al exterior, cual el burdo y remendado hábito en los frailes de Ribera. Y así como el rostro, ojos y expresión de éstos respiran idealidad, lo interno de la poesía de Jacopone es ansia insaciable y sublime, incendios amorosos tan vivos, que toda la clarifican y acrisolan y vuelven oro puro. Este propio encendimiento roba á la mística la serenidad y sosiego, la conciencia reflexiva que pide el arte. Si cabe una comparación profana, pero expresiva, recordaremos á Apeles, que, retratando á la hermosa concubina de Alejandro, guió diestramente el pincel mientras sólo admiraba su hermosura sin llegar á desearla; mas tan pronto como se hubo inflamado de amor por ella, la mano turbada no supo terminar la obra. El alma que apetece la divina hermosura, anda como arrebatada y fuera de sí, y aún con la posesión no puede satisfacerse, porque no es dada en la tierra; y así vive inquieta y sedienta de unirse al objeto de sus ansias, que con su grandeza la confunde, con su regalo la embriaga, con su belleza la suspende y con su majestad la abisma. Por eso falta en la poesía mística la armoniosa perfección del arte clásico; y siendo cierto que nadie

como el habitante del claustro reúne aquellas condiciones exigidas por Hegel (38) al poeta, de vivir exento de toda preocupación práctica, de contemplar el mundo con mirada serena y libre y de ver como centro de las existencias, —por cima de la diversidad de intereses humanos,—al Sér único ante el cual todo parece mezquino y pasajero, y la pasión y el deseo se extinguen, en cambio, contemplación tan exaltada da á la poesía carácter más expresivo que técnico.

Puédese contar entre los poetas franciscanos á fray Hugo de Panciera, cuyas poesías se incluyeron en algún manuscrito de las de Jacopone, y á fray Salimbene, autor de un libro de versos festivos. No conociendo las obras del uno ni del otro, ignoramos hasta qué punto se enlazan á la escuela que nace con san Francisco. Un poeta anónimo hay, que no es menos poeta por haber escrito en prosa; á saber, el autor de las deliciosas é ingenuas narraciones llamadas Florecillas de san Francisco (39). Junta este libro popular gracia y movimiento dramático á unción y suavidad penetrantísimas, que embelesan áun al que las lee sin propósito piadoso. Es una serie de tablas del beato Angélico, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de místicos arabescos; pero circula al través de su estilo hagiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbría;

la naturaleza sonríe en sus páginas con san Francisco predicando á las aves, ungiendo de aceite la piedra, pactando con el lobo; el corazón se alegra también con las donosas sencilleces de Junípero y los fraternales extremos de santa Clara. Otro poeta digno de mención y desconocido hasta que una mano piadosa (40) lo desenterró de entre el polvo de la biblioteca Marciana, es Giacomino de Verona, el indudable predecesor de Dante. Sus ignorados poemas contienen no pocos rasgos fundamentales de la Divina Comedia, y prueban una vez más que el genio no nace por generación espontánea, sino retoñando de antiguas raíces (41). Claramente se sabe hoy de cuántos y distintos manantiales y arroyuelos se formó aquel caudaloso río de la epopeya dantesca, y el fraile veronés no es de los que ménos ayudaron á engrosarlo. A la verdad, no declara Dante haber bebido en fuentes franciscanas, mientras cita continuamente los clásicos antiguos y se confiesa deudor de los trovadores: circunstancia que puede achacarse á la impersonalidad de la poesía claustral, á su carácter menos literario que devoto, á la falta de pretensiones artísticas y científicas de sus cultivadores. El tesoro poético de los frailes, como el del pueblo, estaba abierto á todo el mundo, y no era patrimonio de nadie. Mas no porque Dante tomase de él á manos llenas, se le ha de inscribir en el catálogo de los poetas exclu-

sivamente franciscanos. Así como reúne Dánte toda la ciencia enciclopédica de su siglo, armoniza las dos direcciones que dominan en él: la científico-dogmática y la místico-poética; Aristóteles y Platón, los Predicadores y los Menores, santo Tomás y san Buenaventura. Por eso es el sumo cantor de la Edad media.

Decir hasta dónde llegaron los efectos del espíritu franciscano en la literatura mística; señalar la dirección de aquella aura amorosa en que se propagó, como en el aire el sonido, la antigua voz platónica concertada armoniosamente con la cristiana; descubrir sus indudables huellas en la *Imitación de Cristo*, en los teósofos alemanes, en los incomparables místicos españoles, fuera empresa que pediría largas investigaciones y un grueso volumen. Limitándonos á nuestra patria, baste recordar cómo se trasluce la filiación franciscana en las obras del iluminado Doctor y mártir Raimundo Lulio (42), y cómo más tarde la advertimos en el *Cancionero* de fray Ambrosio Montesinos (43), que aun cuando no es poeta místico, sino sagrado y moral, parece á veces espejo donde se refleja—en más elegante y atildada forma—la sátira franca y el ejemplarismo humorista de Jacopone; porque á imitación del zelante del siglo XIII, el predicador poeta del XVI no recela describir á los eclesiásticos, que cargados de transitorios oficios, vanse

desde la flor deste mundo
al infierno más profundo
como plomo;

y á los prelados vestidos de seda y grana,
olvidándose de la Cruz, y de que

no tienen guantes ni anillos
las manos que nos formaron,
mas clavos, que con martillo
que es lástima de decillo
en tí, árbol, se enclavaron;

y á las monjas,

lisonjeras
de entrincados apetitos;

ni avisar á los reyes que las holandas, los
vanos placeres, los regalos y sensualidades
de su vida, son aderezar su carne y manirla
para que más gustosos la coman los gusanos
del sepulcro, naturales herederos de su cuer-
po; y apelando, como tambien apelaba el can-
tor de Todi, á la medicina de la burla, pinta á

las doncellas ventaneras,
trotahuertos y negocios,

huyendo del encerramiento y de la cuerda
esquivez, y parando en perdición segura; á
las viudas llenas de arrebol y afeite, cuyos
carrillos

parecen perros asados,
bermejuelos y amarillos;

y á las damas cortesanas, enredadas en li-
viandades, de quienes con frase enérgica ase-
gura que

no tienen las honras sanas
y tienen las almas muertas;

y por último, siguiendo paso á paso la musa
austera y ardiente de su modelo, llama á la
riqueza mar de peligros, minero de males, y
exclama casi con las mismas frases de Ja-
copone:

La pobreza voluntaria,
desnuda de toda renta,
es victoria tan plenaria
que de la carne contraria
al fraile menor exenta.
Rey lo hace y heredero
del cielo, que nó de cobre,
y seguidor verdadero
de la vida y alto fuero
de Dios pobre.

Ni es el predicador de los Reyes Católicos el
único ejemplo del influjo de Jacopone en nues-
tras literatura devota, ascética y mística: la
idea trascendental y profunda del celebrado
soneto castellano, generalmente atribuido á
San Francisco Javier, «No me mueve, mi
Dios, para quererte,» está tomada de un pa-
reado de Jacopone:

«Del inferno non temere,
ne del cielo speme avere;»

así como en la conocida letrilla de la doctora de Avila

«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero»

no hay sino el tema, no menos famoso, de un sermón de san Francisco, que la poetisa alambicó:

«Tanto é il bene che io aspetto
che ogni pena m'è diletto.»

Pocos hombres habrán tenido mayor irradiación poética que san Francisco. ¿Qué mucho, si el espíritu del trovador milagroso y la poesía se reducen á una palabra, melodiosa y dulce, bella en la lengua humana como en la seráfica: *amor*?



NOTAS.

(1) Aristóteles , (Poética , version francesa de J. Barthélemy Saint-Hilaire). El traductor combate esta opinion del autor en el *Prefacio* , esforzándose en demostrar y probar la superioridad de la Historia sobre la Poesía.—Añade Aristóteles al pasaje citado : « Lo universal , generalmente hablando , es el conjunto de palabras y acciones que á determinado personaje convienen , verosímil ó necesariamente : y este es el fin á que se ordena la poesía.»

(2) Max Müller : (Science du langage).

(3) Schlegel , (Histoire de littérature ancienne et moderne : Traduction française.)—Menzel , (Geschichte der Deutschen Dichtung). — Darmesteter , (Langue et littérature française au moyen Age).

(4) V. Menéndez Pelayo , (Historia de los Heterodoxos españoles , t. I.) Después de enumerar los muchos personajes que fueron tenidos por autores del libro *De tribus impostoribus* , entre los cuales suenan dos ó tres españoles , demuestra el Sr. Menéndez Pelayo no haberse podido encontrar jamás ejemplar alguno de tal obra , hasta que en el siglo XVIII , y excitada la codicia de libreros y eruditos , comenzaron á correr los que hoy se conocen y son apócrifos y forjados para la venta. « En resumen » —añade — « el *De tribus impostoribus* , como obra de la Edad media , es un mito.»

(5) Hé aquí cómo pinta su muerte un insigne poeta de nuestros días, que por singular anacronismo resucitó la inspiración, las miras políticas y la personalidad artística de los trovadores del siglo XIII.

.....

« Él era, él mismo,
él era, Conradino! Nunca tuvo
más gallardo doncel gentil doncella,
ni mejor paladín causa más noble.
Entonces, del patíbulo las gradas
subió tranquilo el novio de la muerte.
Sonreía feliz...»

.....

VICTOR BALAGUER. (*El Guante del Degollado.*)

(6) Raümer, (Geschichte der Hohenstaufen).

(7) Giosué Carducci, (Odi barbare).

(8) El P. Ireneo Affó.

(9) El Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, (Discurso de recepción en la Academia Española). Estas son sus palabras: « La inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba á purificar é idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente llevada por los mendicantes franciscanos, desde el Santo fundador, *que si no es seguro que hiciese versos (sea ó no suyo el himno de Frate Sole)* fué á lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida, y en aquel simpático y penetrante amor suyo á la naturaleza.»

(10) Hé aquí lo que cita el P. Palomes (Storia di S. Francesco d' Assisi). S. Bernardino de Sena (Sermones). El P. de la Haye (Op. S. Francisci). Wadingo (Annales). Crescimbeni (Storia della vulgare poesia). Quadrio (Storia é ragionamento d'ogni poesia). Tiraboschi (Storia della letteratura italiana). Cantú (Nuove fonti é schiarimenti al vol. XI: Primordi della lingua italiana). Göerres (S. Francois d' Assise, troubadour). Vogt (Der heilige Franciscus von Assisi). Chavin de Malan (Histoire de Saint Francois d' Assise). Ozanam (Les poëtes franciscains et les sources de la Divine Comédie). A los cuales añado: Pánfilo de Magliano (Storia de S. Francesco é de' Francescani). Castelar (San Francisco y su Convento en Asís). Francesco Paoli (Y cantici di S. Francesco, illustrati); y para contrapeso de alguna de estas autoridades que pudiese por cualquier motivo ser recusada, agregaré la más valedera y firme, Tomás de Celano, testigo ocular, que cuenta el nacimiento del himno de Frate Sole, y no en són apologético, sino con la sencillez del que refiere un suceso que presenció y no imagina que nadie pueda poner en duda. Dice así: «*Paucos dies, qui usque ad transitum ejus restabant, expendit in laudem, socios valde dilectos secum Christum laudare instituens: invitabat creaturas ad laudem Dei, et per verba quædam, quæ olim composuerat, ipse eas ad divinum hortabatur amorem, nam et mortem ipsam cunctis terribilem et exosam hortabatur ad laudem*» (Vita, II, pág. 270). El pasaje, corroborado á mayor abundamiento y explicado por otros inequívocos, es terminante: poco ántes de su última enfermedad había compuesto S. Francisco ciertas loas cantables en que «convidaba á las criaturas á alabar á Dios, y las exhortaba al amor divino, hasta á la misma terrible y odiosa muerte persuadiendo á que tributase loores.»

De las *Fioretti di S. Francesco* entresacamos algún párrafo que en sustancia conforma con el relato

de Tomás de Celano: «Estando el Padre Seráfico, pocos días antes de su muerte, enfermo en Asís, frecuentemente cantaba loores de Cristo: por lo cual, algunos de sus compañeros más sencillos, que del todo no comprendían el espíritu del Santo, temieron no se escandalizasen los vecinos, que teniendo gran fe en él y reputándole santo, podían figurarse que debiera pensar en la muerte, y ántes llorar que cantar. Entonces el Padre respondió: — Dios me ha revelado que de ahora en breves días se concluiría mi vida, y al revelármelo me prometió la remisión de todos mis pecados y el goce del Paraíso: y si antes lloré mi muerte y mis culpas, ahora estoy lleno de júbilo y no puedo llorar más, y por esto canto y cantaré á Dios.» — (Fioretti: Consid. sull. Stim.)

«Sintiendo fray León una tentación del demonio... deseó tener cualquier cosa *escrita de mano* de san Francisco, pensando que si la tuviese, la tentación se acabaría... y deseándolo, por vergüenza ó respeto no osaba decirlo á san Francisco... pero éste lo supo por revelación, con lo cual le llamó, pidió tintero, pluma y papel, y escribió de su puño unos *Loores de Cristo*, según deseaba el fraile; y al final hizo la letra *Tau*, encargándole los guardase. (Ibid.)

(11) Hé aquí el texto italiano de *Frate Sole*, según lo restableció el profesor Boehmer, después de minuciosas investigaciones y cotejo de cuatro antiqüísimos códices donde se contiene: uno de ellos (el del Sacro Convento), anterior á 1233.

Altissimu onnipotente bon Signore
tue son le laude, la gloria é l' onore
é onne benedictione.

A te solu se confano,
é nulo omo é dignu te mentovare.

Laudatu sii, mi Signore, con tutte le tue creature
 specialmente miser lu frate Sole
 In quali jorna . é allumini noi per lui ;
 et illu é bellu é radiante cun grande splendore ,
 de Té, Altissimu, porta significazione.

Laudatu sii, mi Signore, per sora luna é le stelle.
 In cielo le hai formate clarite é preziose é belle.

Laudatu sii, mi Signore, per frate ventu
 é per aere, e nubilu, e serenü, e onne tempu ,
 per le quale á le tue creature dai sustentamentu.

Laudatu sii, mi Signore, per sor'acqua ,
 la quale é multu utile, e umile, e pretiosa e casta.

Laudatu sii, mi Signore, per frate focu ,
 per lo quale inallumini la nocte
 et illu é bellu, et jucundo, et robustissimu é forte.

Laudatu sii, mi Signore, per sora nostra matre terra ,
 la quale ne sustenta é governa ,
 e produce diversi fructi, e coloriti fiori, et erba.

Laudatu sii, mi Signore, per quilli che perdonan per lo tu
 e susteneno infirmitate e tribulatione. (amore,

Beati quilli che lè sustenerono in pace ,
 ca da Te, Altissimu, serano incoronati ,

Laudatu sii, mi Signore, per sora nostra morte corporale
 da la quale nullu omo vivente pó scampare.
 Guai á quilli che morrano in le peccata mortali.
 Beati quilli che si trovarano in le tue santissime voluntati,
 ca la morte secunda non li poterá far male.

Laudate et benedicite mio Signore, e regratiate ,
 e servite a Lui cón grande umilitate

(12) In foco amor mi mise,
 in foco amor mi mise,
 in foco amor mi mise,
 Il mio sposo novello
 quando l'anel si mise
 l'agnello amorosello,
 poiché in prigion mi mise,
 ferimmi d'un coltello.

tutto il cor mi divise , etc.

In foco amor mi mise , etc.

Divisemi lo core
e l'corpo cadé in terra ,
quel quadrello d'amore ,
che balestra disserra ,
percosse con ardore ,
di pace fece guerra ,
moromi del suo amore.

In foco amor mi mise , etc.

S'io moro innamorato ,
non ven' maravigliate ,
che l'colpo mi fu dato
da lancia smisurate
di ferro lungo é lato ,
cento braccia , sappiate ,
che m' ha tutto passato.

In foco amor mi mise , etc.

Poi si fer le lancia spesse ,
che tutto m' agonizzaro ,
allor presi un pavese ,
e i colpi piú spessaro ,
che niente mi difese ,
tutto mi fracassaro ,
con tal forza le stese.

In foco amor mi mise , etc.

Distesele si forte ,
che l' dificio sconció.
Ed io scampai da morte
come vi contaró.
Gridando molto forte
un trabocco rizzó ,
ché mi dié nuove sorte.

In foco amor mi mise , etc.

Le sorte , che mandava ,
eran pietre piombate
che ciascuna gravava
mille libre pesate :
si spese le gittava ,
non le arci numerate ,
nula mai mi fallava.
In foco amor mi mise , etc.

« Non ni » arebbe fallato ,
si ben tirar sapeva.
In terra era io sternato ,
aitar non mi poteva.
Tutto era fracassato ;
niente piú mi sentiva
com' uom ch' era passato.
In foco amor mi mise , etc.

Passato non per morte ,
ma di gioia adescato.
Poi rivissi si forte
dentro del cor tornato ,
che seguii quelle scorte
che m' aviano guidato
nella superna corte.
In foco amor mi mise , etc.

Poi che tornato fui ,
á Cristo feci guerra ,
tosto armato mi fui ,
cavalcai in sua terra ,
scontrandomi con Lui.
Tostamente l'afferro ,
mi vendico di Lui.
In foco amor mi mise , etc.

Poiché fui vindicato ,
lo feci con Lui pace ,

perché prima era stato
l'amor molto verace.

Di Cristo innamorato
or son fatto capace
di Cristo consolato.

In foco amor mi mise, etc.

(13)

FRANCISCO.

Amor di caritate,
perché m'hai sì ferito?
Lo cor tutto ho partito,
ed arde per amore.

Arde ed incende, nullo trova loco,
non può fuggir però ched é ligado,
si si consuma come cera al foco,
vivendo muor, languisce stemperato,
domanda di poter fuggire un poco,
ed in fornace trovasi locato.

Ohimé! do'son menato?

A sì forte languire!
Vivendo sí morire,
tanto monta l'ardore!

Inanzi ch'io provassi, domandava
amor á Cristo, pensando dolzura,
in pace di dolcezza star pensava
for d'ogni pena, e possendendo altura
provo tomento qual non cogitava;
che l' cor mi si fende per calura.
Non posso dar figura
di chi tengo sembianza,
ch' io moro in dolcetanza
é vivo senza core.

Agio perduto il core é senno tutto,
voglia, piacere é tutto sentimento;
ogni belleza mi par fango brutto,
delicie é ricchezze perdimento.

Un arbore d'amore con gran fruto.
in cor piantato, mi dá pascimento.

Chi fe tal mutamento
in mi senza dimora,
gettando tutto fora
voglia, senso é vigore?

Per comperar l' amore tutto ho datto
lo mondo; é mi ho tutto barattato;
se tutto fosse mio quel ch' é creato,
darialo per amor senza ogni patto.
E trovomi d' amor tutto inganatto,
che tutto ho dato, é non so do' son tratto.

Per amor son disfatto,
pazzo sí son creduto,
ma perch'io son venduto
di me non ho valore.

Credevami la gente revocare,
amici che son for di questa via,
ma chi é dato piú non si può dare,
né servo far chi fugga signoria.
Nanzi la pietra porriasi mollare,
che l'amor che mi tiene in sua balía:
tutta la voglia mia
d' amore si é infocata:
unita, trasformata,
chi le torrá l' amore?

Foco, ne ferro non la può partire:
non si divide cosa tanto unita:
pena, né morte già non può salire
á quell' altezza, dove sta rapita.
Sotto si vede tutte cose gire,
ed ella sopra tutte sta aggrandita.
Alma com' sei salita
á posseder tal bene?
Cristo, da cui il ti viene,
abbraccial' con dolzore.

.....
Risguarda, dolce amor, la pena mia,
tanto calor non posso sofferire,
l'amor mi ha preso, non so ov'io mi sia,

che faccia, o dica, non posso sentire ;
come smarrito sí vo per la via ,
spesso strangoscio per forte languire.

Non so come soffrire
io possa tal tormento ,
lo cual con passamento
da me fura lo core.

Cor mé' furato: no posso vedere
che debba fare, e che spesso mi faccia ,
e chi mi vede, dice e vuol sapere,
se amor senz'atto á te, Cristo, piaccia.
Se nol ti piace, che poss'io valere?

Di tal misura la mente m'allaccia
l'amore, é si m' abbraccia,
che tolmi lo parlare,
volere ed operare ,
perdo tutto sentore.

Sapea parlare, ed or son fatto muto ,
vedeva, é mo son cieco diventato.
Si grande abisso non fu mai veduto,
tacendo parlo, fuggo e son legato ,
scendendo salgo, tengo e son tenuto,
di fuor son dentro, caccio e son cacciato.

Oh amore smisurato!
Perché mi fai impazzire,
ed in fornace morire
di si forte calore?

CRISTO.

Ordina questo amore tu che m'ami.
Non é virtù senz'ordine trovata
e poiché di trovar tanto me brami,
sia con virtù la mente rinovata.
Ad amar me io voglio che tu chiami
la caritate, quale sia ordinata.

L'arbore sí é provata
per l'ordine del frutto,
lo qual dimostra tutto

d'ogni cosa il valore.
 Tutte le cosse, che aggio create,
 con numero son fatte é con misura,
 ed al lor fine son tutte ordinate:
 conservasi per ordin tal valura:
 e molto più ancora caritate
 e ordinata in la sua natura
 Or come per calura,
 anima, se' impazzita?
 Fuor d' ordine se' uscita,
 non te infrenó il fervore.

FRANCISCO.

Cristo, lo core tu mi hai furato
 e dice, che ad amare ordin' la mente?
 Comme dappoi che sono in te mutato
 pommì nulla restar di conveniente?
 Sì come ferro che tutto é infocato,
 ed aere che dal sol fatto é lucente,
 di lor forma perdenti
 son per altra figura,
 così la mente pura
 di Te vestita é amore.

.....
 Tu dall' amore non ti difendesti,
 di cielo in terra ello ti fé venire:
 amore, á tal bassezza discendesti?
 Com' uon dispetto per lo mondo gire,
 né casa, né terra non volesti.
 Tal povertade per nui arricchire
 in vita ed in morire,
 mostrasti per certanza
 amor di smisuranza,
 che ardeva in lo tuo core!

.....
 Con sapienza non ti contenesti
 che lo tuo amore spesso non versassi.
 D'amore, non di carne, tu nascesti

si che umanato amore ne salvassi:
per abbracciarne in croce si corresti:
io credo che però tu non parlassi,
ne té, amor, scusassi
davanti á Pilato
per compir tal mercato
in croce dell'amore.

Lá véggio che sapienza si celava,
é solo amore si poteva vedere
é la potenza già non si mostrava
che egli era sua virtute in dispiacere.
Grande era quell'amor, che si versava,
altro che amore non potendo avere
nel viso e nel volere;
amor sempre legando,
et in croce abbracciando
l'uomo con tanto amore.

Dunque, Gesù, s'io son si innamorato
inebriato per sí gran dolcezza,
che mi riprendi? s'io vo impazzato
et in me perdo senno e ogni fortezza?
Poiché l'amore t'ha così legato
quasi privato d'ogni tua grandezza,
come saria fortezza
in me di contradire?
Ch'io non voglia impazzire
per abbracciar te, Amore?

.....

(14) Chavin de Malán.

(15) S. Bernard, (in Cant. Serm. 79)

(16) Hé aquí un trozo del canto á que me refiero,
dedicado á celebrar la entrada de Enrique VI, emperador de Germania y rey de Sicilia, en Ascolí:

In laude de Augusto Sennor Enrico sexto, Rege

de Romani; figlio de Domene... Friderico Imperatore, qui sta in ista civitate de Esculo con multo suo placere et con multa gloria et triumpho de Civitate.

*Tu es illo valente Imperatore
qui porte ad Esculan gloria et triumpho.
Renove tu, sennor, illu splendore
qui come tanti sole...
Multi Rege in ista á nui venenti
civitate... prima de Piceno... etc.*

Lancetti, (Memorie intorno ai Poeti laureati.)

(17) «Erat in Marchia Anconitana secularis quidam sui oblitus et Dei nescius, qui se totum prostituerat vanitati. Vocabatur nomen ejus *Rex Versuum*, eo quod princeps foret lasciva cantantium et inventor secularium cantionum»... (Cf. Wadding. ad. ann. 1212 et 1225.)

(18) Villemain, (*Tableau du moyen Age*).

(19) El ser tan conocida la secuencia *Dies iræ* me persuade á no trasladarla aquí.

(20) Dice Fr. Pánfilo de Magliano en su *Storia de San Francesco*:

«En la Laurenciana de Florencia existe un Misal franciscano manuscrito que ciertamente es del siglo décimotercio, porque falta en él la fiesta y misa de Santa María *ad Nives*, mandada celebrar á toda la Orden en el Capítulo general de Génova, en 1302. En dicho Misal no está señalada secuencia para ninguna Misa; pero al final, y á guisa de apéndice, se encuentran las secuencias *Victimæ Paschalis* y *Dies iræ*. Al 2 de Noviembre no marca la Commemoración de todos los difuntos; pero en la última parte del Misal hay varias misas de muertos, de las cuales

una tiene la rúbrica: « *Missa pro anima de cujus salute dubitatur.* » En ella está el *Dies iræ* tal cual se recita en la actualidad, con sólo las leves variantes: « *Tuba mirum sparget sonum; Judex ergo cum cen- sebit; Quia sum causa tuæ viæ; culpa jubet vultus meus; Sed tu bonas fac benigne;* » y el último verso es: « *Dona ei requiem. Amen.* » Confirmase con esto lo que notó Sbaraglia, de ser vanos los argumentos aducidos para probar que dicha secuencia de difuntos no fuese usada en los siglos XIII, XIV y XV; á lo sumo concederémos que no era de uso general, pero ello es que existía, y *ad libitum* la usaban algunos, hasta que universalmente la adoptó la Iglesia, como sucedió con la secuencia *Stabat Mater dolorosa* del Beato Jacopone, y con otras secuencias é himnos. Y el hallarse la secuencia *Dies iræ* en el citado Misal franciscano del siglo XIII, y el haberse atribuido constantemente en el XIV no á otro sino á Tomás de Celano, debiera persuadir á los escritores de los siglos XV y siguientes á buscar mejores argumentos para probar que no fuese él, sino otro, el autor. » Sin fundamento adjudican algunos al papa Inocencio III el *Dies iræ*; y el Sr. Menéndez Pelayo, en el ya citado Discurso de recepcion en la Academia, deja iguales á Inocencio y á Celano, y á alguien más, diciendo: « Anónimas son, hasta la fecha, la mayor oda y la mayor elegía del cristianismo: el *Dies iræ* y el *Stabat Mater*; y ni en uno ni en otro creemos escuchar la voz aislada de un poeta, por grande que él sea, sino que en los versos bárbaros del primero viven y palpitan todos los terrores de la Edad media, agitada por las visiones del milenario, y en el segundo todas las dulzuras y regalos que pudo inspirar, nó á un hombre, nó á una generación, sino á edades enteras, la devoción de la Madre del Verbo. » Sobre que esto está muy bien dicho, es acertadísima la observación referente á la impersonalidad que distingue á la poesía cuando acierta á

contener el espíritu de una época; pero la poesía más impersonal tiene poetas ó poeta, y no atino por qué el del *Dies iræ* no ha de ser Tomás de Celano, literato y sabio que dejó el siglo embargado quizás del terror que tan soberanamente expresa en su oda. El erudito alemán que estudió los himnos eclesiásticos de la Edad media atribuye también á Tomás de Celano el *Dies iræ*, pero advirtiendo que los seis versos últimos (desde *Lacrymosa dies illa*) son tomados de un responsorio más antiguo. (Möne: *Hymni latini medii ævi e codd. mss. edidit et adnotationibus illustravit.*—)

(21) « Si autem quæris quomodo hæc fiant, interroga gratiam, non doctrinam; desiderium, non intellectum; gemitum orationis, non studium lectionis; sponsum, non magistrum; Deum, non hominem. » (*Itinerarium mentis in Deum.*)

(22) Idem enim piissimus cultor gloriosæ Virginis Matris Jesu instituit ut fratres populum hortarentur ad salutandam eandem, signo campanæ quod post Completorium datur, quod creditum sit eandem ea hora ab angelo salutatam. » (*Acta canonizationis S. Bonaventuræ.*)

(23) El poema en que se hallan estas estrofas fué traducido al francés por el gran dramático Corneille, y algunos críticos no lo admiten por obra de san Buenaventura. Suyos son el Oficio de Pasion, *Recordare sancta Crucis*, *Jesu salutis hostia*, el cántico *Salve Virgo virginum*, *Stella matutina*: los cármes leoninos; *Laus honor, o Christe*, y otra composición mixta de prosa y verso; titulada *Corona B. Mariæ Virginis*. Cuéntase que Urbano IV, encomendó á la vez á santo Tomás y san Buenaventura la composición del oficio del *Corpus Domini*, y que habiendo

san Buenaventura leido lo escrito por santo Tomás,
rasgó su propia obra.

(24) F. de Sanctis, (Storia della letteratura italiana; Nápoles, 1873.)

- (25) « Andiam tutti á vedere
 Gesú cuando dormía :
 la terra, l'aria, il cielo
 fiorir , rider faccia ;
 tanta dolcezza é grazia
 dalla sua faccia uscia. »

.....

- (26) « Di, María dolce , con quanto disio
 miravi il tuo figliuol Cristo mio Dio.
 Quando tu il partoristi senza pena
 la prima cosa , credo, che facesti ,
 si l'adorasti , ó di grazia piena ,
 poi sopra il fien nel presepio il ponesti :
 con pochi e pover panni l'involgesti ,
 maravigliando o godendo, creid' io.
 O quanto gaudío avevi e quanto bene
 quanto tu lo tenevi fra le braccia !
 Dillo, María , che forse si conviene
 che un poco per pietá mi satisfaccia.
 Baciavil tu allora nella faccia ,
 se ben credo , é dicevi : ó figliuol mio !
 Quando figliuol , quando padre é signore ,
 quando Dio , é cuando Gesú lo chiamavi ;
 ó quanto dolce amor sentivi al core
 quando in grembo il tenevi ed allattavi !
 Quanti dolci atti é d'amore soavi
 vedevi essendo col tuo figliuol pio !

Quando un poco talora il di dormiva ,
e tu destar volendo il paradiso

pian piano andavi, che non ti sentiva
e la tua bocca ponevi al suo viso,
e poi dicevi con materno riso:
non dormir più che ti sarebbe rio.»

.....

- (27) «Ricevi, ó donna, nel tuo grembo bello
le mie lacrime amare:
tu sai che ti son prossimo e fratello,
e tu nol puoi negare.»

.....

- (28) «Non trovo loco dove mi nasconda,
monte né piano, ne grotta ó foresta:
che la veduta di Dio mi circonda
é in ogni loco paura mi desta.

.....

Allor vedrai del Ciel tromba sonare,
e tutti morti vedrai suscitare,
avanti al Tribunal di Cristo andare,
e il foco ardente per l'aria volare
con gran velocitate.»

.....

- (29) «O Signor, per cortesia
mandami la malsania;
á me la febre quartana,
la continua e la terzana,
e me venga mal di dente,
mal di capo e mal di ventre.»

.....

- (30) Dolce amor di povertade,
quanto ti deggiamo amare!
Povertade poverella
umiltade e tua sorella:
ben ti basta una scodella
et al bere et al mangiare.

Povertade questo vole
pan e acqua e erbe sole,
se le vien alcun di fore.
se vi aggiunge un po' di sale.
Povertá vatte alla porta
e non ha sacca, né borsa,
nulla cosa seco porta
se non quanto ha da mangiare.

.....
Povertade muore in pace,
nullo testamento face:
né parenti, ne cognate
non si senton litigare.

.....
Povertade, che va trista,
che desidera ricchezza,
sempre mai ne vive afflitta,
non si può mai consolare.

.....
Povertade va leggera;
vive allegra e non altera;
é per tutto forastera;
nulla cosa vuol portare.

.....
Povertá; gran monarchía,
tutto l'mondo hai 'n tua balía.
Quant 'hai alta signoria
d'ogni cosa ch' hai sprezzata!
Povertá, alto sapere,
disprezzando possedere,
quanto avvilia il suo volere
tanto sale in libertade.
Al ver povero professo
l' alto regno vien promesso.
Questo dice Cristo istesso,
che già mai non può fallare.

.....
Povertade é nulla avere,

nulla cosa possedere;
se medesimo vil tenere
e con Cristo poi regnare.»

(31) Por las mismas razones que el *Dies iræ*, se omite insertar aquí el *Stabat Mater dolorosa*, que nadie desconoce.

(32) En las dos ediciones de las poesías de Jacopone hechas en Venecia en los años de 1515 y 1556, se hallan ambos *Stabat*. No acertaba, pues, Ozanam al creer inédito (aunque sí poco conocido) el *Stabat* del pesebre. Las frases que emplea Ozanam para hablar de los dos *Stabat* son las mismas de Chavin de Malan, de quien Ozanam tomó párrafos enteros, sin poner ni quitar una letra.

(33) Hé aquí el *Stabat* del pesebre, que como tan nuevo para el público en general, merece incluirse íntegro:

Stabat Mater speciosa
juxta foenum gaudiosa
dum jacebat parvulus.

Cujus animam gaudentem,
lætābundam et ferventem
pertransivit júbilus.

O quam læta et beata
fuit illa immaculata
Mater Unigeniti!

Quæ gaudebat et ridebat,
exultabat, cum videbat
nati partum inclýti.

Ecquis est qui non gauderet
Christi matrem si videret
in tanto solatio?

Quis non posset collætari,
Christi Matrem contemplari

ludentem cum filio?

Pro peccatis suæ gentis
Christum vidit cum jumentis
et algori subditum.

Vidit suum dulcem natum
vagientem, adoratum
vili diversorio.

Nato Christo in præsepe,
cœli cives canunt læte
cum immenso gaudio.

Stabat senex cum puella
non cum verbo, nec loquela,
stupescens cordibus.

Eia, Mater, fons amoris,
me sentire vim ardoris,
fac ut tecum sentiam!

Fac ut ardeat cor meum
in amando Christum Deum,
ut sibi complaceam.

Sancta Mater, istud agas;
prone introducas plagas
cordi fixas valide.

Tui nati cœlo lapsi,
jam dignati fœno nasci
pœnas mecum divide.

Fac me vere congaudere,
Jesulino cohærere,
donec ego vixero.

In me sistat ardor tui,
puerino fac me frui,
dum sum in exilio.

Hunc ardorem fac communem
ne facias me immunem
ab hoc desiderio.

Virgo virginum præclara,
mihi jam non sis amara:
fac me parvum rapere.

Fac ut portem pulchrum fantem,

qui nascendo vicit mortem ,
volens vitam tradere.

Fac me tecum satiari ,
nato tuo inebriari
stans inter tripudia.

Inflammatum et accensus
obstupescit omnis sensus
tali de commercio.

Fac me nato custodiri ,
verbo Dei præmuniri ,
conservari gratia.

Quando corpus morietur ,
fac ut animæ donetur
tui nati visio.

Hay todavía dos tercetos más , que no se tienen por obra de Jacopone , sino añadidos posteriormente.

Omnes stabulum amantes
et pastores vigilantes
pernoctantes sociant.

Per virtutem nati tui ,
fac , ut electi sui
ad patriam veniant.

Amen.

(34) Ya queda citado un trozo del *Discurso* del Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo , donde niega á Tomás de Celano la propiedad del *Dies iræ* y á Jacopone la del *Stabat Mater dolorosa*. La razon en que en otro lugar funda esta última negación es la siguiente : —« El Beato Jacopone de Todí... no compuso el *Stabat* , dígase lo que se quiera , porque nadie se parodia á sí mismo.» Suponiendo que esta frase se referirá al *Stabat* del pesebre, hallo : 1.º Que el *Stabat* del pesebre no es parodia; á lo sumo parece imitación inferior al modelo , áun cuando Ozanam

lo considera digna pareja del de la Cruz. 2.^o Que este hecho de copiarse y repetirse un autor á sí mismo, con más ó ménos éxito, es frecuente en el arte de la Edad Media, y no desusado en el de época alguna. 3.^o Que dado y no concedido que el *Stabat* del pesebre sea parodia, todavía no hay causa para atribuir la parodia á Jacopone y quitarle la propiedad de la cosa parodiada: porque, bien mirado, si Jacopone no pudo ser autor de ambos *Stabat*, el mismo derecho hay para negarle uno que otro: y aún será justo —supuestas sus grandes facultades y rica vena poética— atribuirle el más bello. Como suyos corrieron los dos: como suyos figuran en el códice manuscrito de la Biblioteca de París señalado con el número 7.783 y citado por Ozanam, donde se halla el *Stabat Mater dolorosa* al fólío 111, el *Stabat Mater speciosa* al 109; hállanse también en las dos ediciones de Venecia del siglo XVI. No obstante, es tan profundo el respeto que me inspira la vasta ciencia, talento extraordinario y erudición incomparable de mi caro amigo el Sr. Menéndez Pelayo, que aún cuando en su Discurso no aduce datos justificativos de la tala de poetas franciscanos que despiadadamente realiza, su opinión sola hace fuerza; y es además tan extraño caso el de que el jóven é ilustre autor de los *Heterodoxos españoles* aventure aserciones, y aserciones contrarias á la opinión admitida, sin apoyarlas siquiera en dos docenas de citas y en pruebas y testimonios inéditos descubiertos por su celosa diligencia, que llego á pensar que también respecto de este asunto ha de guardar documentos importantes y novísimos el precioso archivo de su memoria, por más que en el Discurso los haya omitido, por no hacer enfadosa la lectura pública. De suerte que en las observaciones que dejo expuestas entra aún más anhelo de recibir luz, — y nadie como el Sr. Menéndez Pelayo puede derramarla en tales oscuridades, — que deseo de mantener las glorias de un poeta favorito

Cumple que lo declare, porque no quisiera que nadie me supusiese conatos polémicos tan ajenos á mi voluntad como inaccesibles á mis fuerzas.

- (35) « Piange la Ecclesia, piange é d'olora
sente tortura de pessimo stato.
O nobilissima mamma, che piangi?
Mostri che senti dolor molto magni:
narramel'modo perché tanto lagni
che si duro pianto fai smisurato.

Figlio, io si piango, che m'aggio anoito:
veggiomi morto padre é marito:
figli, fratelli, é nepoti ho smarrito:
ogni mio amico é preso é legato.»

- (36) Röhrbacher, (Histoire de l'Eglise.)

(37) Su epitafio dice así: «Ossa B. Jacoponi de Benedictis, Tudertini, Fr. Ordinis Minorum, qui stultus propter Christum nova mundum arte delusit et cælum rapuit. • En la catedral de Prato, en Toscana, se ha descubierto un fresco antiguo que representa á Jacopone de tamaño natural, con hábito franciscano gris, la cabeza cercada de una auréola de dorados rayos; al pié dice: *Beato Jacopo da Todi*. Ante el pecho sostiene con la siniestra y señala con la diestra un libro, en que se lee:

« Ke farai frate Jacopone
hor se' giunto al paraone.»

La pintura es de la escuela de Giotto y se cree del año 1400. El fresco se ha trasladado á tela, y se enseña en la sala capitular, contigua á la Catedral:» y — dice el autor de donde tomo estas noticias: — «Es maravilla verla en tan buen estado y tan conforme con la idea que tenemos de Jacopone, austero y exhalando de sus ojos fuego de amor divino.» La

edición *princeps* de las obras de Jacopone es de Florencia, 1490: Wadingo cita otras varias que siguieron. La Academia de la Crusca las declaró *testo di lingua*.

(38) Hegel, (Poetica, t. I).

(39) No es seguro que las *Floreциllas* sean obra de fray Juan Marignolli, escritor fecundo, autor de diversos libros, que en 1354 ocupó la silla episcopal de Bisignano.

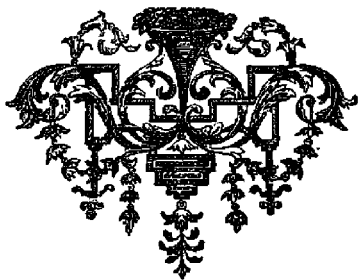
(40) Ozanam. Nunca podrá tocarse este asunto de la poesía franciscana sin citar al ilustre escritor que lo trató en un libro definitivo.

(41) Fué ayer, y sin embargo, ¡cuánto camino anduvo la crítica desde que un tan ilustre y sagaz erudito como Villemain, podía decir en pública cátedra que «nada anuncia ni precede al Dante,» y negar, en otra ocasión, que el Dante debiese inspiraciones á la poesía frailesca! Con todo, ya no faltó entonces quien, más avisado, advirtiese á Villemain que en algo Dante procedía de Jacopone; en lo cual él no quiso convenir, y aún se escandalizó del supuesto.

(42) En su tantas veces mencionado *Discurso*, el Sr. Menéndez Pelayo ha considerado al B. Raimundo como poeta místico, por una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte del libro V de su novela *Blanquerna*.

(43) Fr. Ambrosio de Montesinos, franciscano, fué ilustre predicador de los Reyes Católicos y Obispo de Cerdeña. Escribió en lengua vulgar: *Epístolas y Evangelios para todo el año, con sus doctrinas*

y sermones: 1512. — *Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas*: 1508. — *Sermones varios*: publicados en Medina, 1586. — Tradujo al castellano por orden de la Reina Isabel la *Vita Christi* de Cartujano, impresa en Alcalá, 1502. — La *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, en el tomo que lleva por título *Romancero y Cancionero Sagrados*, publicó el *Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas*.





LA DIVINA COMMEDIA

DI

DANTE ALIGHIERI.



PARADISO.

CANTO DECIMOPRIMO.

Dalle Parole dette da san Tommaso sorgono dubbj nell' animo di Dante; ed il Santo, prendendo a dichiarargli il primo, tratta divinemente la vita di san Francesco.

O insensata cura de' mortali ,
Quanto son difettivi sillogismi
Quei che ti fanno in basso batter l' ali !

Chi dietro á iura , e chi ad aforismi
Sen giva , è chi seguendo sacerdozio ,
E chi regnar per forza ó per sofismi ,

E chi rubare , e chi civil negozio ,
Chi , nel diletto della carne involto ,

S' affaticava , et chi si dava all' ozio ;
Quand' io , da tutte queste cose sciolto , 10
Con Beatrice m' era suso in cielo
Cotanto gloriosamente accolto.

Poi che ciascuno fu tornato nelo
Punto del cerchio in che avanti s' era ,
Fermossi come á candelier candelò. 15

Ed io senti dentro á quella lumiera ,
Che pria m' avea parlato , sorridendo
Incominciar , facendosi piú mera :

Così com' io del suo raggio m' accendo ,
Sì , riguardando nella luce eterna , 20
Li tuoi pensieri , onde cagioni , apprendo.

Tu dubbii , ed hai voler che si ricerna
In sì aperta é sì distesa lingua
Lo dicer mio , ch' al tuo sentir si sterna ,
Ove dinanzi dissi : *U' ben s' impingua* , 25
E là u' dissi : *Non surse il secondo* ,
E qui é uopo che ben si distingua.

La providenza , che governa il mondo
Con quel consiglio , nel quale ogni aspetto
Creato é vinto pria che vada al fondo , 30

Perocché andasse ver lo suo diletto
La sposa di Colui , ch' ad alte grida
Disposó lei col sangue benedetto ,
In sé sicura é anche á lui piú fida ,
Duo Principi ordinó in suo favore , 35
Ché quínci é quíndi le fosser per guida.

L' un fu tutto serafico in ardore ,
L' altro per sapienza in terra fue
Di cherubica luce uno splendore.

Dell' un dirò , perocché d' ambedue 40
Si dice l' un pregiando, qual ch' uom prende,
Perché ad un fine fur l' opere sue.

Intra Tupíno, e l' acqua che discende
Del colle eletto dal beato Ubaldo ,
Fertile costa d' alto monte pende , 45

Onde Perugia sente freddo e caldo
Da porta Sole , e dirietro le piange
Per grave giogo Nocera con Gualdo.

Di quella costa , la' dov' ella frange
Piú sua ratezza , nacque al mondo un Sole , 50
Come fa questo tal volta di Gange.

Peró chi d' esso loco fa parole
Non dica Ascesi , che direbbe corto ,
Ma Oriente , se proprio dir vuole.

Non era ancor molto lontan dall' orto , 55
Ch' ei cominciò á far sentir la terra
Della sua gran virtute alcun conforto ;

Che per tal donna giovinetto in guerra
Del padre corse , á cui , com' alla morte ,
La porta del piacer nessun disserra ; 60

E dinanzi alla sua spiritual corte ;
El coram patre le si fece unito ;
Poscia di di' in di' l' amó piú forte.

Questa , privata del primo maríto ,
Mille e cent' anni e piú dispetta e scura 65
Fino á costui si stette senza invito ;

Né valse udir che la trovó sicura
Con Amiclate , al suon della sua voce ,
Colui ch' á tutto il mondo fe' paura ;

Né valse esser costante , né feroce , 70

Si che , dove Maria rimase giuso ,
Ella con Crísto salse in sulla croce.

Ma perch' io non proceda troppo chiuso ,
Francesco e Povertá per questi amanti
Prendi oramai nel mío parlar diffuso. 75

La lor concordia e i lor lieti sembianti ,
Amore e maravíglia e dolce sguardo
Facean esser cagion de' pensier santi ;

Tanto che il venerabile Bernardo
Si scalzó prima , e dietro á tanta pace 80
Corse , e correndo gli parv' esser tardo.

O ignota ricchezza , ó ben verace !
Scalzasi Egidio e scalzasi Silvestro
Dietro allo sposo ; si la sposa piace.

Indi sen va quel padre e quel maestro 85
Con la sua donna , e con quella famiglia
Che già legava l' umile capestro ;

Né gli gravó viltá di cuor le ciglia ,
Per esser fi' di Pietro Bernardone ,
Ni per parer dispetto a maraviglia. 90

Ma regalmente sua dura intenzione
Ad Innocenzio aperse , e da lui ebbe
Primo sigillo á sua religione.

Poi che la gente poverella crebbe
Dietro á costui , la cui mirabil vita 95
Meglio in gloria del ciel si canterebbe ,

Di seconda corona redimita
Tu per Onorio dall' eterno spiro
La santa voglia d' esto archimandrita.

E poi che , per la sete del martiro , 100
Nella presenza del Soldan superba

Predicó Cristo e gli altri che il seguirono ;

E per trovare á conversione acerba
Tropo la gente , e per non stare indarno ,
Reddissi al frutto dell' italica erba ;

Nel crudo sasso , intra Tevere ed Arno ,
Da Cristo prese l' ultimo sigillo ,
Che le sue membra due anni portarno.

Quando á colui ch' a tanto ben sortillo ,
Piacque di trarlo suso alla mercede ,
Ch' egli acquistó nel suo farsi pusillo ;

Ai frati suoi , si com' a giuste erede
Raccomandó la sua donna piú cara ,
E comandó che l' amassero á fede ;

E del suo grembo l' anima preclara
Muover sí volle , tornando al suo regno ,
Ed al suo corpo non volle altra bara.

Pensa oramai qual fu colui , che degno
Collega fu a mantener la barca
Di Pietro in alto mar per dritto regno !

E questi fu il nostro patriarca ,
Perché qual segue lui , com' ei comanda ,
Discerner puoi che buona merce carca.

Ma il suo peculio di nuova vivanda
E fatto ghiotto sí , ch' esser non puote
Che per diversi salti non si spanda :

E quanto le sue pecore remote
E vagabonde piu' da esso vanno ,
Piu' tornano all' ovil di latte vote.

Ben son di quelle che temono il danno ,
E stringonsi al pastor ; ma si son poche ,
Che le cappe fornisce poco panno.

Or , se le mie parole non son fioche ,
Se la tua udienza é stata attenta ,
Se ciò che ho detto alla mente rivoche , 135
In parte fia la tuo voglia contenta ,
Perché vedrai la pianta onde si scheggia ,
E vedrá il correggier che s'argomenta
U' ben s' impingua , se non si vaneggia.





LA DIVINA COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI.



EL PARAISO.



CANTO UNDÉCIMO.

Algunas expresiones que usa Santo Tomás en el precedente razonamiento, dan ocasión á dudas en el ánimo del Poeta; y el Santo, que ve lo que en su interior pasa, para desvanecérselas, le habla de las dos grandes columnas que puso Dios á su zozobran-te Iglesia en Francisco y en Domingo, refiriéndole con tornísimo afecto la angelical vida del primero.

Qh insensatos afanes de los mortales!
¡Qué débiles son las razones que os inducen á no levantar vuestro vuelo de la tierra! Quién se encaminaba tras el derecho, quién tras los aforismos; quién pretendía medrar con el sacerdocio, quién reinar por la fuerza ó por el sofisma, ó robando, ó adminis-

trando los intereses civiles, mientras otros se enervaban encenagados en el amor de la carne, ó consumidos en la ociosidad; al paso que yo, libre de todos estos cuidados, me remontaba con Beatriz al cielo, donde tan gloriosamente se me acogía.

Así que cada cual se volvió al punto de la esfera en que antes estaba, quedó allí inmóvil como una vela en su candelero; y dentro de aquella luz que había acabado de hablarme, oí una voz que empezó á decir sonriendo y cada vez más brillante: «Así como yo me abraso en los rayos de la luz eterna con sólo contemplarla, descubro la causa de que nacen tus pensamientos. Tú estás dudando, y deseas que te explique con palabras tan claras y comprensibles, que estén al alcance de tu inteligencia, aquellas que antes dije del *camino en que se halla nutritivo pasto*, y las otras de que *no tuvo segundo*; y en cuanto á éstas, menester es distinguir bien de personas (1).

«La Providencia, que gobierna el mundo con aquella sabiduría en que se pierde toda vista humana antes de penetrar en sus profundos designios, para que llegase hasta su amado la esposa (2) de Aquél que exhalando un alto grito se desposó con ella vertiendo su bendita sangre, y para que se le uniese más confiada en sí y más constante respecto á él, eligió por auxiliares dos campeones que le sirviesen de guías: uno por su ferviente caridad fué un serafín (3);

el otro por su sabiduría fué en la tierra un destello de la luz de los querubines (4). Hablaré del uno, porque á los dos se alaba, cualquiera de ambos que sea objeto de alabanza, dado que sus obras se encaminaron á un mismo fin.

«Entre el Tupino y la corriente que desciende de la colina que eligió por albergue el bienaventurado Ubaldo, pende una fértil ladera de aquella alta montaña, de donde recibe Perusa por medio de la Puerta del Sol (5) el calor y el frio, mientras por detrás de la montaña gimen bajo pesado yugo Nocera y Gualdo. En aquella ladera, y donde la pendiente es menos rápida, nació para el mundo un sol, como esté en que nos hallamos, que en cierto tiempo parece salir del Ganges. Por eso, los que quieran hablar de aquel lugar no deben llamarle Asís, que nada significa, sino Oriente, si tratan de darle su propio nombre. No estaba aún muy lejano este astro de su cuna, cuando empezó á hacer sentir á la tierra los efectos de su gran virtud, pues en tan tierna edad tuvo contiendas con su padre por amar ya á la beldad (6), á quien, como á la muerte, nadie ve entrar placentero por su puertas; y ante su juez espiritual (7), y *coram patre*, se unió á ella: y cada dia la amó mas ardientemente (8). Viuda ella de su primer marido (9), hacía mas de mil y cien años, y menospreciada y oscurecida, permaneció, hasta que

llegó él, sin que nadie la solicitase. De nada sirvió se dijese de ella que el que puso espanto en todo el mundo la halló tranquila en la cabaña de Amiclas cuando solicitaba á voces el auxilio de éste (10). Ni sirvió tampoco que mientras María estaba al pié de la Cruz, ella subiese con Cristo constante y animosa hasta su altura. Mas para no parecer por demás oscuro, diré que Francisco y la pobreza son los amantes á quienes seguiré aludiendo en mi difusa plática. Su íntima union, sus regocijados semblantes, su amor, la admiración que producían y sus dulces miradas, imprimían santos pensamientos en los demás; tanto, que el venerable Bernardo (11) fué el primero que se descalzó para correr tras tanta aventura, y corriendo y todo creía andar con tardío paso. ¡Oh desconocida riqueza! ¡oh verdadero bien! Descalzáronse enseguida Gil y Silvestre (12), y fueron en pos del esposo, que tanto la esposa los enamoraba: y desde entonces vivió aquel padre y maestro con su señora, y con la familia que ceñía ya el cordón humilde. Y nó por bajeza de alma llevaba inclinada la frente, aún siendo hijo de Pedro Bernardone y pareciendo en extremo despreciable, pues con la más noble llaneza presentó su austera regla al pontífice Inocencio, y obtuvo de él la primera aprobación de su Orden. Aumentóse el pobre rebaño de aquél pastor, cuya admirable vida se cantaría mejor

en la gloria celestial, y el Eterno Espíritu coronó segunda vez por medio del papa Honorio el santo propósito de este archifundador. Y luego que ansioso de conquistar la palma del martirio, predicó en presencia del Soberbio Soldán la doctrina de Cristo y de sus apóstoles, hallando sobrado rebeldes á su conversión aquellas gentes, y no pudiendo subsistir ocioso, regresó á recoger en Italia el fruto de su cosecha. En un duro peñasco, entre el Tíber y el Arno, recibió de Cristo el postrer estigma (13) que llevaron sus miembros por espacio de dos años; y cuando plugo al que para tanto bien le había elegido, elevarle al premio de que se había hecho digno, haciéndose tan humilde, recomendó á sus hermanos, como á sus legítimos herederos, su más querida prenda, encargándoles que fuesen fieles á su amor; y á poco se desprendió del mortal seno su ilustre alma, para volver á su reino, sin querer para su cuerpo otro féretro que su mísera mortaja.

«Considera ahora quien sería el compañero digno de regir la barca de Pedro en alta mar con seguro rumbo. Fué nuestro patriarca (14); y desde luego comprenderás que el que le sigue, observando lo que él manda, llevará buena mercancía. Pero su rebaño se ha hecho tan codicioso de nuevos pastos, que no puede menos de diseminarse por varios puntos; y cuanto más se apartan de él sus ovejas vaga-

bundas, más exhaustas de leche vuelven á su redil. Algunas hay que, temerosas del riesgo, se acogen á su pastor, pero en tan corto número que con poco paño tienen de sobra para abrigarse. Ahora bien: si mis palabras no son ininteligibles, si tu atención ha sido constante, y retienes bien en tu mente cuanto he dicho, debe estar satisfecho en parte tu deseo, porque verás de qué planta he sacado jugo, y entenderás la advertencia que te dirigía al decir que *se halla nutritivo pasto, si no se extra-
vía uno en vanidades.*



NOTAS.

- (1) La segunda duda se resuelve en el canto XIII.
- (2) La Iglesia y su amado Jesucristo , como ya se ha dicho.
- (3) San Francisco, cuya patria Asís se describe á continuación.
- (4) Santo Domingo.
- (5) Nombre de una Puerta de Perusa. Pinta aquí el poeta la situación topográfica de la ciudad de Asís.
- (6) La virtud de la pobreza.
- (7) El obispo de Asís, ante quien renunció á todos los bienes mundanos.
- (8) *Coram patre* , en presencia de su padre.
- (9) Jesucristo. Entiéndase esta metáfora en sentido muy lato y puramente alusivo á la muerte del Salvador , quien espiró en la cruz abrazado con la Pobreza. En ningún siglo , en ningún tiempo ha dejado de suscitar el Señor en su Iglesia almas enamoradas de la pobreza evangélica ; pero al poeta se le permite tomar la perfección extraordinaria de lo visible y aparente por única y propia de san Francisco de Asís.

(10) Amíclas, pobre pescador. á cuya cabaña llegó César una noche, para pedirle que le trasladase en su barca desde Durazo á Italia.

(11) Bernardo de Quintaval fué el primero que siguió á San Francisco.

(12) Otros dos compañeros del mismo Santo.

(13) No necesitamos justificar el empleo que aquí hacemos de esta voz, por más que se use en sentido de imprimir afrenta. En el de marca de esclavitud, bien pueden tomarse en este caso las llagas á que alude el texto.

(14) Santo Domingo, de cuya órden era Santo Tomás. Pero el decir *nuestro patriarca* ¿confirmará la aseveración de que Dante vistió hábito religioso?





OFICIO PARVO
DE SAN FRANCISCO.

*Por ser este bellissimo Oficio tan desconocido
que ni aun en los Breviarios seráficos se incluye,
lo trasladamos aquí.*

AD MATUTINUM.

Invitat. Jesum Christum mortem passum
venite adoremus. Et Franciscum huic com-
passum devote collaudemus. — Venite exul-
temus.

HYMNUS.

Jesu, puer dulcissime,
O amans amantissime,
Qui natus in præsepio,
Mundum replesti gaudio.

Franciscus post te clamat
Bethleem puer ingeminat
Liquore mellis dulcius
Sonat Mariæ filius.

A quorum pari stabulo
Carnis in hoc ergastulo,
Tam sanctum mater filium
Parit de spinis filium.
Gloria tibi, Domine, etc. Amén.

Antiphona. Quasi stella matutina, quam
decora lux divina perfusus novo lumine, mun-
di, carnis et serpentis, pro salute nostræ gen-
tis, victor superno numine.

Psalm. Misericordias Domini in æternum
cantabo, etc.

℣ Iste puer magnus coram Domino.

℞ Nam et manus ejus cum ipso est. Pater
noster.

Absolutio. Precibus et meritis B. Francis-
ci, et omnium sanctorum perducatur nos Domi-
nus ad regna cœlorum. Amén.

Jube domine benedicere.

Francisci sacra lectio hæc nostra sit pro-
fectio.

Lectio I. Sancte Francisce pater dulcissi-
me, nostræ militiæ ductor fidelissime, ora pro
nobis Mariæ Filium, ut per te det nobis refri-
gerium, qui te nobis misit in sæculum. Tu
autem, Domine, miserere nostri.

℞ Candida sidereum speculantur corda to-
nantem; indicium candor virginitatis habet.—
℣ Dum tua seraphico signantur, lumine
membra.—Indicium.

Lectio II. Sol oriens mundo in tenebris,

amator castitatis, perfectus evangelicæ relator paupertatis, purus angelicæ obedientiæ sectator, qui gregis es seraphici dux, Pastor, Christo gratus, Minorum splendor gloriæ, cum seraphim beatus, ora pro nobis æterni Filium Patris, ut nos ducat ad gaudia supernæ civitatis.

℣ Inclyta Seraphici resonent miracula patris; cujus in extincto corpore frondet amor. — ✕ Clarus Evangelicæ semper novitatis amator. — Cujus.

Lectio III. O martyr desiderio seraphici ardoris, Francisce, cultor gloriæ angelici decoris, in passione Domini aquas rigans mœroris, cum Christo passo gladio confixus es doloris; conversus cor in speciem tu cerei liquoris, impressam fers imaginem sic nostri redemptoris.

℣ Sanguine adhuc tepido (quis credere posset?) Odore nectaris etherei stigmata quinque virent. ✕ Sanctaque sacrati pia vulnera corporis undas, gurgite adhuc vivo sanguinis eliciunt. — Odore. — *Te Deum laudamus, etc.*

AD LAUDES.

Ant. Hoc tibi seraphico signavit lumine corpus; tempore quo doluit Jesus amantis amans.

Psal. Deus Deus meus, ad te de luce vigilo.

Capit. Quasi terebinthus extendi ramos meos, et quasi vitis fructificavi flores odoris et honestatis.

HYMNUS.

Aurea cœli sidera micant,
Lucifer alto lumine fulget,
Aëris atræ fugite nubes,
Falsaque mundi gaudia cessent.
Ferrei luxus spernite sæcli,
Callidus ipse fugiat hostis.
Lumine claro cernite verum
Seraphim senis clarior alis
Imprimit sacro stigmata viro.
Inclita summo gloria regi. Amén.

Ÿ Signatus sum signo Dei vivi,
✠ In domo eorum qui me diligebant.

ORATIO.

Omnipotens sempiterne Deus, qui unigeniti Filii tui gloriosa nativitate mundum visitans humano generi remedia contulisti, qui hunc iterum à via veritatis errantem per Beatum Franciscum confessorem tuum ad lumen justitiæ revocare dignatus es, da quæsumus ut qui ex iniquitate nostra relabimur, pietatis tuæ gratia sublevemur. Per.

AD PRIMAM.

De vocatione et conversione Sancti Francisci pro salute mundi.

HYMNUS.

Ab ortu solis volitat
Ascendens alter angelus ,
Tam clara voce clamat
Splendore miro fulgidus.
Franciscus orbis speculum
Luce perfundens sæculum
Signo fulgens mirifico
Decoreque seraphico. Amén.

Ant. Bina percussis jam lucent sidera
flammis.

Sidera divina juncta calore simul,
Ignibus in mediis liquido cum corpore
corpus

Empyreum fixi signa gerens Domini.

Psal. Benedicam Dominum in omni tem-
pore.

Capit. Beatus vir qui legit, et audit ver-
ba prophetiæ hujus, et servat ea quæ in ea
scripta sunt : tempus enim prope est.

℣ Lux orta est justo,

℞ Rectis corde lætitia.

ORATIO.

Deus, qui per beatum Franciscum confessorum tuum, labentem Ecclesiam reparare disponens, seraphicam religionem plantare voluisti; da ut per ejus exempla ad te gradientes liberis tibi mentibus servire mereamur. Per...

AD TERTIAM.

De institutione ordinis et regula B. Francisci.

HYMNUS.

O civis cœli curiæ,
Supernæ pater patriæ,
Ad laudem Jesu nominis
Confer medelam languidis.
Vas plenum bonis omnibus,
Cunctis olens virtutibus
Odoris miri lilium
Dei sequendo Filium.
Post Patrem tantæ gloriæ
Tantæ ducem victoriæ
Post hanc columnam luminis
Crucem portemus humeris. Amén.

Ant. Tres ordines hic ordinat, primumque fratrum nominat Minorum, pauperumque fit

Dominarum medius, sed Pœnitentium tertius
sexum capit utrumque.

Psal. Cœli enarrant gloriam Dei.

Capit. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei.

✠ Justus ut palma florebit,

✠ Sicut cedrus Libani multiplicabitur.

ORATIO.

Deus, qui populum tuum per Moysem ducem de manu Pharaonis, ac Ægypti efgastulo liberare dignatus es, da nobis famulis tuis, ut quem in terris militiæ nostræ ducem cognovimus, ipsum quoque ad cœlestem gloriam sequi mereamur. Per...

AD SEXTAM.

De studio orationis sancti Francisci, ac spiritu prophetiæ.

HYMNUS.

Summa Deus Trinitas,
O mera Christi charitas,
Francisci contemplatio,
Sit nostra meditatio.
Seraphicis ardoribus
Solvamur in mœroribus

Mixtumque fletu gaudium
Sit nobis refrigerium.

Devotæ mentis oculo
Ploremus in hoc sæculo
Amara Christi passio
Hæc nostra sit compassio. Amén.

Ant. Multum amat quem inflammat amor
ille seraphicus : in quo duplex requievit spiri-
tus propheticus.

Psalm. Quemadmodum desiderat cervus
ad fontes aquarum, etc.

Capit. De omni corde suo laudavit Deum,
et dilexit eum qui fecit illum , et exaudita est
oratio ejus.

Ÿ. Esto fidelis usque ad mortem ,

℞. Et dabo tibi coronam vitæ.

ORATIO.

Adsit nobis , quæsumus , Domine Jesu
Christe , beatissimi Patris nostri pia, humilis,
et devota supplicatio , in cujus carne præroga-
tiva mirabili , passionis tuæ sacra stigmata
renovasti , et præsta ut passionis tuæ circa
nos beneficia jugiter sentiamus. Per.....

AD NONAM.

De obedientia creaturarum ad beatum Franciscum.

HYMNUS.

Septem diurnis laudibus
Colatur vir seraphicus ,
Supernæ civis patriæ
Sanctæque dux militiæ.
Ferarum cadit feritas
Et avium velocitas ;
Qui creaturis imperat ,
Se totum Christo consecrat.
Æterno regi gloria ,
Per quam reguntur omnia
Francisci piis precibus ,
Fruamur nos cœlestibus. Amén.

Ant. Quidquid in rebus reperit delectamenti , regerit in gloriam factoris.

Psalm. Quid est homo quod memor es ejus ?—Etc.

Capit. Posuit Dominus timorem illius super omnem carnem , et dominatus est bestiis terræ , et volatilibus cœli.

Ÿ. Gloria et honori coronasti eum , Domine.

℞. Et constituisti eum super opera manuum tuarum.

ORATIO.

Ecclesiam tuam , quæsumus Domine , benignus illustra , quam beati Francisci meritis et doctrinis illuminare voluisti , ut ad dona perveniat sempiterna. Per.....

AD VESPERAS.

De impressione sacrorum stigmatum B. Francisci.

Ant. Crucis magnum mysterium super Francisco claruit , dum signatus apparuit cruce duorum ensium.

Psalm. Laudate Dominum omnes gentes.
—Etc.

Capit. Ecce ego Joannes vidi alterum angelum , ascendentem ab ortu solis , habentem signum Dei vivi.

HYMNUS.

O lux de luce prodiens ,
Francisci corpus feriens ,
Coelumque replens gaudio
In majestatis solio.

Paternæ splendor gloriæ
Signum gerens victoriæ ,

Spes , amor et protectio ,
Jesu nostra redemptio.

Hoc novæ lucis radio
Confixus est ut gladio
Honore fulgens regio,
In cœlesti collegio.

In volis , plantis , latere
Signatur hoc caractere ,
Quo felix jam per sæcula
Plaude turba paupercula.

Uni trinoque Domino
Sit gloria sine termino ,
Te nostra laudent carmina ,
O gloriosa Domina. Amen.

ψ. Signasti, Domine, servum tuum Fran-
ciscum,

℞. Signis redemptionis nostræ.

AD MAGNIFICAT.

Ant. O cui sacratas licuit contingere pla-
gas, Cæsaris empyrei dulcis amator , ave.

ORATIO.

Omnipotens sempiterne Deus , qui friges-
cente mundo , etc.

AD COMPLETORIUM.

**De transitu B. Francisci , et de portatione ad
cælum.**

Ant. O decus angelicum , pater ingens ordinis almi.

Seraphici semper gloria nostra , vale.

Fer , pater , auxilium nobis faveasque precamur :

Qui tua nobiscum stigmata sacra colunt.

Me quoque mendicum solita pietate gubernas.

Qui tibi pro meritis munera parva fero.

Psalm. Voce mea ad Dominum clama-
vi, etc.

HYMNUS.

Supernæ vocis júbilo
Sanctorumque tripudio ,
Seraphicis clamoribus
Exultet cælum laudibus.

Cœlorum portas pandite ,
Minorum decus canite :
Vexilla regis gloriæ
Portat miles victoriæ.

Supernæ sedis præmia
Francisci tenet gloria ,

Triumphum post mirificum
Chorum scandit seraphicum.

Ad laudem regis gloriæ,
Franciscique memoriæ
Hos finis post principium
Convertat ad initium. Amén.

Capit. Valde speciosus es in splendore tuo,
gyrasti cœlum in circuitu gloriæ tuæ, dextera
Excelsi coronavit te.

ψ. Gloriosus apparuisti in conspectu Do-
mini.

℞. Propterea decorem induit te Dominus.

ORATIO.

Deus qui sanctissimam animam beatissi-
mi patris nostri Francisci, confessoris tui,
fracto sacri corporis alabastro seraphicis spi-
ritibus sociare dignatus es; da nobis famulis
tuis, ut ejus meritis et intercessione, ad æter-
na polorum regna, te adjuvante, pervenire
mereamur. Per.....

(*Ex thesauro precum et litaniarum Guillelmi
Gazet.—Arras, 1602.*)



INDICE.

CAPITULO PRIMERO.

La Orden Tercera.

Págs.

Dos corrientes en la Edad media. — La Iglesia encauza la corriente ascética. — Carácter, objeto y regla de la Orden Tercera. — Su utilidad social. — Luquesio y Bonadona. — Mateo de Rubeis. — Difusión de la Orden. — Palabras de Pedro de las Viñas. — Terciarios célebres. — San Fernando y Berenguela su madre. — San Luis y Blanca de Castilla. — Dante, Calderón y Lope de Vega. — Últimas horas de Cervántes. — Colón en la Rábida. — La Orden Tercera en nuestros días. 1

CAPITULO II.

La indulgencia de las Rosas.

San Francisco pide á Dios la indulgencia. — La obtiene de Honorio III. — El zarzal florido. — Visión gloriosa. — Promulgación. — Qué cosa son indulgencias y jubileos. — Su importancia social en la Edad media. — El Jubileo magno del siglo XIV. — El de la Porciúncula. — Alegoría de la penitencia en el Purgatorio de Dante. 33

CAPITULO III.

San Francisco y la mujer.

La mujer en la Edad media.—Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino.—La hermana espiritual de san Francisco.—Inés.—Las Clarisas.—La arrepentida de Rímini.—Filósofas y escritoras.—Las Terciarias.—La enemiga del César.—La arrepentida de Cortona.—Isabel de Hungría.—Libertad de la mujer en la fe.—Las mujeres y san Francisco.....	53

CAPITULO IV.

San Francisco y la naturaleza.

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo.—Los monjes.—La Edad media y el Renacimiento.—La Edad moderna.—Los solitarios del yermo.—Plenitud de amor en san Francisco.—Los corderos y las aves.—El hermano lobo.—El misterio del pesebre.—El himno.—Las alondras... ..	115

CAPITULO V.

La pobreza franciscana y las herejías comunistas.

Actividad intelectual del siglo XIII.—Monjes y frailes.—Tendencia comunista.—Relación	

histórica de la Orden franciscana y las herejías del siglo XIII.—División de las sectas.—Valdenses.—Maniqueos : su origen.—Sabor gnóstico del maniqueísmo.—Su difusión y creencias.—Pedro Parente.—Cruzada contra el Mediodía de Francia.—Papel de la Orden franciscana en el territorio albigense.—Fray Elías.—Su historia y carácter.—Indicios de zelantismo.—Joaquín de Cosenza.—Amalrico de Chartres.—El Evangelio eterno.—La Universidad de París.—Libelo de Guillermo de San Amor.—Juan de Parma.—Zelantes y fraticelos.—Juan de Oliva.—Celestino V.—Bonifacio VIII.—Espirituales y mitigados.—Relajación.—Hubertino de Casal.—Segarello.—Las turbas de apostólicos.—Dulcino y Margarita.—Begardos y beguinas.—Distinción de zelantes, fraticelos y dulcinistas.—Orígenes del panteísmo místico.—El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante.—Enlace del budismo con las herejías comunistas.—Carácter pesimista del moderno nihilismo.—La controversia sobre la pobreza de Cristo : espíritu social de la Iglesia.—Puntos de contacto de las herejías del siglo XIII y el socialismo y comunismo actuales.—Esperanza en la palingenesis final.—Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden franciscana. 145

CAPITULO VI.

La inspiración franciscana en las artes.

Constantino traslada el arte á Bizancio.—Estilo bizantino.—Los mosaístas.—San Márcos.

—La ojiva. — Simbolismo. — Renacimiento franciscano. — La basílica de Asís. — Falange de artistas congregados en torno del sepulcro de san Francisco. — Cimabue. — Giotto. — Los giotistas. — El último bizantino. — Los artistas frailes. — Decadencia. — Iglesia de la Porciúncula. — Basílica de San Antonio. — Santa Croce. — Murillo y el <i>Cristo abrazando á San Francisco</i>	223

CAPITULO VII.

La inspiración franciscana en la ciencia.

Carácter práctico de la obra de san Francisco. Importancia científica de las misiones. — Escoto. — Rogerio Bacón. — Hombres de ciencia del siglo XIII: Alberto el Grande. — Vicente de Beauvais. — Superioridad de Bacón. — Su historia. — Sus obras. — El ayudante de laboratorio de Bacón. — Consejas. — Si fué perseguido Rogerio Bacón. — Sus descubrimientos é invenciones admirables. — Funda el método experimental. — Su idea del progreso. — Fuentes de la ciencia de Bacón. — Comparación con Bacón de Verulamio. — Condición de ambos. — Escritos de Rogerio Bacón. — La filosofía inglesa. — Rogerio Bacón y el moderno positivismo. — Escuela baconiana: los frailes hombres de ciencia. — Grandeza de Bacón.....	247

CAPITULO VIII.

Los filósofos franciscanos.

Orígen de la filosofía cristiana. — Fusión con la pagana. — Tentativas enciclopédicas : las *Sumas*. — Períodos de la escolástica. — Siglo de oro. — Papel que desempeñó la Iglesia en el renacimiento filosófico. — Vindicación de la escolástica : su riqueza , variedad , originalidad y amplitud. — Principales direcciones de la escolástica. — Fórmase la filosofía mística en la Orden franciscana. — Condición práctica de la mística. — San Antonio de Padua. — Aristóteles y Platón en la Edad media. — Los universales. — Decadencia escolástica. — Alejandro de Halés. — Adán de Marisco. — Filósofos franciscanos secundarios de Oxford y París. — El *acto sorbónico*. — El seráfico doctor san Buenaventura. — Su historia. — Sus teorías místicas y estéticas. — Dunsco Escoto. — Comparación con santo Tomás. — Doctrinas de Escoto. — De cómo Escoto completa á san Buenaventura. — La Inmaculada Concepción. — Ockam y el nominalismo. — El mártir Raimundo Lulio. — Sus aventuras, escritos y trabajos. — Estado presente de la escolástica. — Breves reflexiones. 283

CAPITULO IX.

San Francisco y la poesía.

La poesía y la historia. — Transformación del latín. — Nacimiento del romance toscano. — Federico II y los trovadores. — Muere la lite-

ratura caballeresca con la casa de Suabia.—
 Vida intelectual del siglo XIII.—Poesía po-
 pular.—San Francisco trovador.—Si fué poe-
 ta.—Cántico del Sol.—*In foco*.—*Amor di ca-
 ritate*.—¿Son obra de san Francisco las tres
 poesías?—Escuela poética franciscana.—
 Porque nos interesan hoy los trovadores.—
 Fray Pacífico.—El autor del *Dies iræ*.—
 San Buenaventura poeta.—Jacopone de To-
 di.—Su historia.—Sus primeros cánticos.—
 Sus transportes.—Carácter humano, al par
 que místico, de su poesía.—Sus defectos.—
 Himno de la pobreza.—Los dos *Stabat Ma-
 ter*.—Las sátiras de Jacopone.—Celestino V
 y los zelantes.—Bonifacio VIII y Jacopone.
 —La poesía mística.—Otros poetas francis-
 canos.—Las florecillas.—Predecesores de
 Dante.—Difusión de la escuela franciscana. 373

Canto XI del <i>Paradiso</i> de Dante.....	463
Versión castellana.....	469
Oficio parvo de san Francisco.....	477



FE DE ERRATAS.

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
17	18	varones	barones
104	28	con el	en el
224	23	como severo	severo
240	9	fecunda	facunda
251	9	Jodernone	Podernone
281	5	Odhwewell	Whewell
297	23	la imitación	la Imitación
298	21	Macron	Mayrón
300	11	eclesiásticos	escolásticos
304	1	ni universalidad	ni más universalidad
305	8	realidad, aplicando	realidad : aplicando
305	9	teología ;	teología ,
340	15	Brovio	Bzovio
387	29	el hermoso	el hermano
391	23	pídeselo	pedíselo